



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>

788 [redacted]

2
2

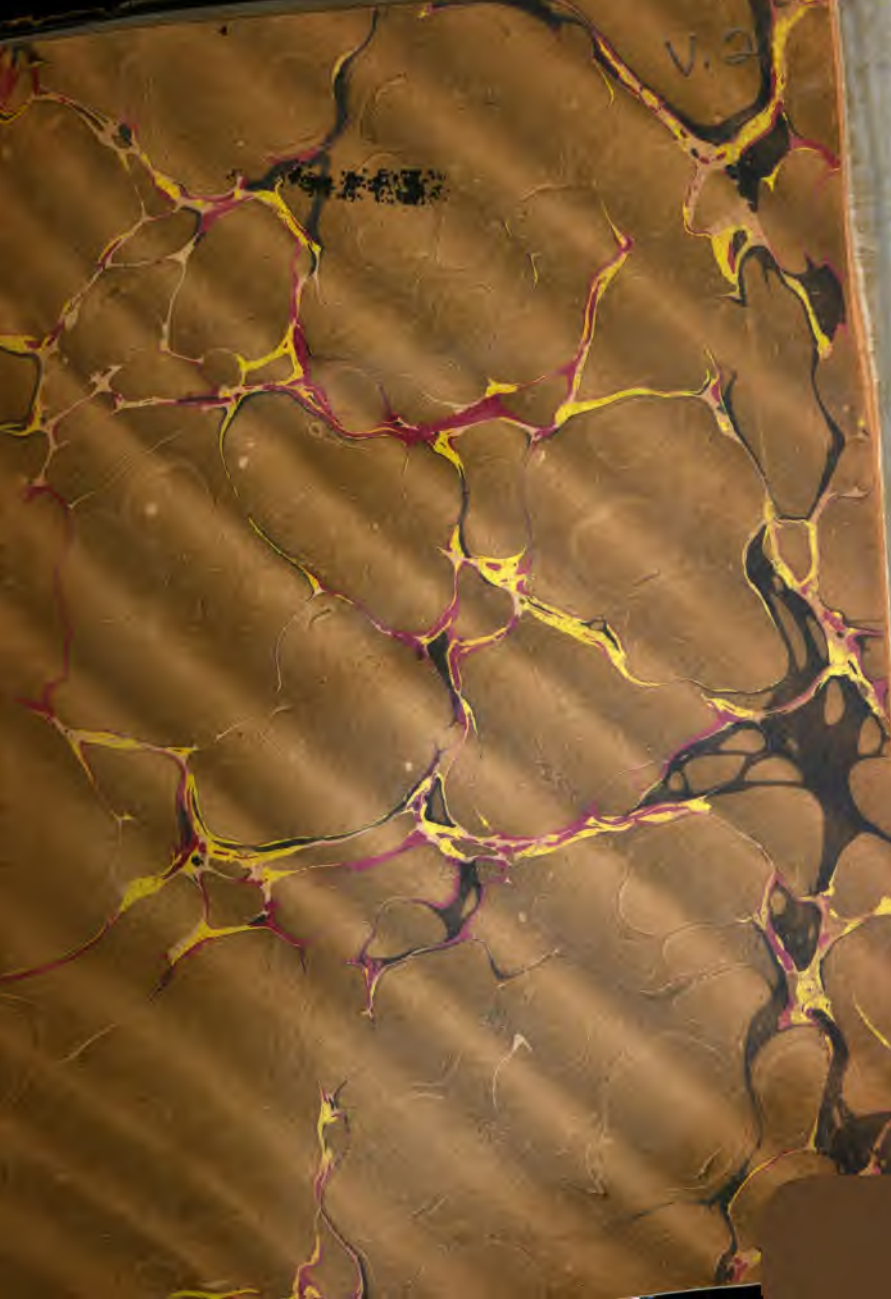
G868.808 OY3T V.2 LAC



THE LIBRARY
OF
THE UNIVERSITY
OF TEXAS

G868.808
Oy3t
v.2

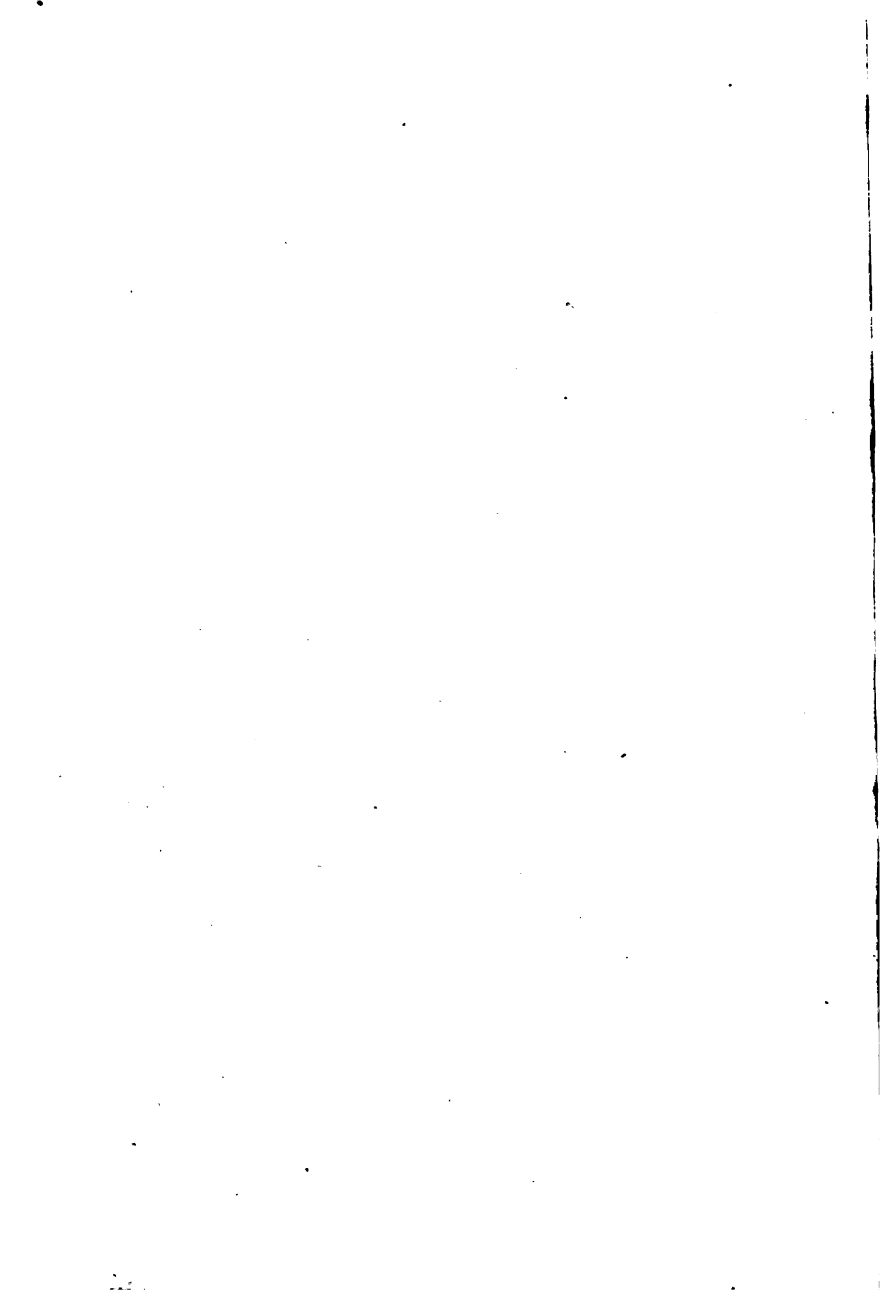




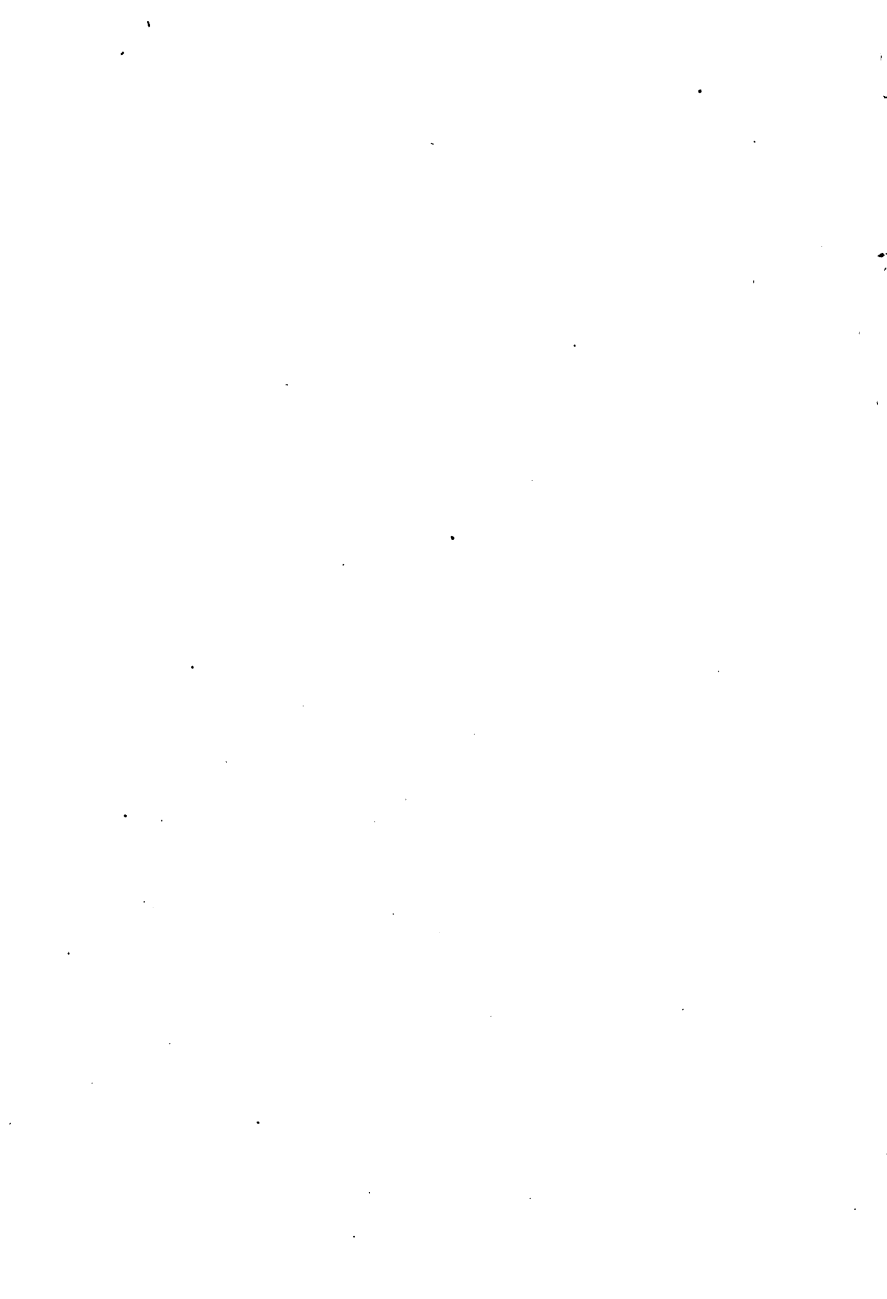
v. 2







TROZOS ESCOGIDOS
DE
LITERATURA CASTELLANA



TROZOS ESCOGIDOS

DE

LITERATURA CASTELLANA

DESDE EL SIGLO XII HASTA NUESTROS DÍAS

(ESPAÑA Y AMÉRICA)

POR

CALIXTO OYUELA

Catedrático de Literatura preceptiva y de Literatura española
y de los Estados hispano-americanos, en el Colegio Nacional de la Capital.

PROSA — TOMO II



BUENOS AIRES

Ángel Estrada—Bolívar 196 á 204

MDCCCLXXXV



SIGLO XIX

Usos, trajes y modales del siglo XVIII.

(Fragmento.)

EL siglo XIX en que hoy vivimos ha ocasionado tal revolución en nuestros trajes, usos y costumbres, que es necesario para comprenderla haber visto ú oído muy por menor el método de vida que observaban las gentes en el siglo anterior, que tuvo la fortuna de alcanzar.

Apenas un caballero se levantaba del lecho, ya se le estaba esperando para hacerle la barba (porque ningún español se afeitaba á sí mismo): esta operación era entonces más dilatada que en el día, en que dos tercios de cara se quedan sin rasurar. En seguida de este afán comenzaba su oficio el peluquero, que no empleaba poco tiempo en batir, ensebar, freír y empolverar la cabeza. Acto continuo principiaba el prolijo trabajo de vestirse, que no lo finalizaban los más diligentes en menos de tres cuartos de hora: tantas eran las piezas de sus atavíos, y tantas las hevillas con que se ajustaban, desde la que apretaba el cobartín hasta las que sujetaban el calzado. Terminada por fin esta faena, nuestro hombre ce-

ñía su espada, tomaba bajo el brazo su sombrero, y se encomendaba á Dios para arrostrar la intemperie á cuerpo gentil y la cabeza descubierta. Si caminaba á pie era con suma precaución y tiento, para librar del polvo ó de los barros la media de seda blanca y el zapato á la mahonesa. Conocí un militar que adquirió extraordinaria consideración y fama porque atrevesaba á Madrid en invierno sin enlodarse. Y no era extraño que tal cualidad fuese envidiada, porque el correr las calles no era empleo limitado, como ahora, á los que tienen agencias ó negocios. El más independiente de los hombres tenía los indispensables deberes de un ceremonial distribuído con tal exactitud y precisión, que no había día de holganza. Se daban pascuas tres veces al año; se felicitaba á todos en el día del santo de su nombre y en el aniversario de su nacimiento. Faltar á una enhorabuena ó á una misa de parida era bastante para que dos familias se enconasen. El más corto viaje no podía emprenderse sin una despedida general, que tenía su paga al día siguiente, y se repetía á la vuelta con nombre de bienvenida. En las festividades de los santos cuyo nombre más abunda, un extranjero que entrase en cualquier ciudad ó villa, la hubiera juzgado envuelta en una conmoción política ó en un incendio. Las gentes todas corriendo azoradas se encontraban, se impelían gritándose y estorbándose. Había infelices que se caían muertos de cansancio y despecho por faltarles el tiempo para acudir á peinar, calzar, afeitar y vestir á sus parroquianos. Tal era la sociedad en estas solemnidades. Pero hablemos de los días ordinarios. A la una se comía, y se comía más que ahora; pero era necesario más habilidad para saber comer que para saber ganarlo. Había unos cucuruchos de cartón para adaptarse encima de los vuelos, porque era cosa sentada que el uso de las manos era nulo mientras estaban rodeadas de tales adornos. Se habían inventado otras máquinas y preservativos para librar de manchas el bordado de la chupa y las vueltas del pecho de la camisola; pero ninguna de estas invenciones era tan com-

plicada y singular como las que había que usar para dormir la estais, costumbre general y tal vez útil en nuestro clima. Yo vi al célebre Jovellanos boca abajo, sin tocar en la almohada sino con la frente, para no descomponer los bucles.

Porque sólo á las personas que no habían de concurrir después á grandes tertulias les era lícito prescindir del peinado y recogerse el pelo en una redecilla. Estos salían embozados en una capa de grana, pero no más aptos para pasear en el campo, porque la media de seda y el escarpín no permitían salir de los caminos reales. Al fin, los hombres sentaban el pie; pero las damas, elevadas sobre dos tacones, daban pasos peligrosos y parecidos á los de la gallina cuando escarba. Oprimidas además por una cotilla cruel, ¿qué ejercicio podían hacer, ni qué agitación eran capaces de resistir? Tan perpetua era en ellas la cotilla, que había madres de familia que criaban á sus hijos dándoles el pecho por una pequeña trampa ó portezuela practicada en el peto de la cotilla misma, mientras las infelices criaturas, apretando su rostro inutilmente contra las inflexibles ballenas, buscaban el calor del seno maternal.

Había día de tres metamorfosis en los caballeros. Capa y cofia á la mañana; á lo militar después, y á la tarde de majo para ir á los toros. Para tan dulce recreo mezclábanse entre la plebe los más graves personajes con montera malagueña. Y allí se divertían á silbar, ó se desgañitaban á pedir perros. Los teatros (llamados corrales con mucha razón) no ofrecían mayor moralidad ni menos alboroto. El silencio, decoro y compostura lo tenía reservado la gravedad española para las tertulias. Nada en efecto más grave y patético que un *refresco*. Las damas en el estrado formaban una batalla inflanqueable, que no daba otro signo de sensibilidad que el movimiento acompasado de los abanicos. En otra paralela se hallaban los señores, también colocados por el orden de clases, dignidades y méritos. Como si allí se hubiesen reunido, no á solazarse, sino á escuchar la tremenda sentencia del valle de Josafat.

Nada de música, nada de baile, nada de conversación festiva ó interesante. Sólo los jugadores de naipes, colocados en medio de la estancia, tenían derecho á gritar y decirse balones, ó marcar á porrazos en la mesa el número de sus triunfos. Pero estos eran pies fijos que jamás cedían su puesto, y cuya vida había sido un revesino de medio siglo. Concluía esta función, retiradas las familias á sus casas, empleaban tanto tiempo para despojarse de sus complicadas galas, como el que habían gastado en adornarse de ellas. Mientras que se desarmaba la cabeza de la dama, abatiendo el enorme erizón y escofieta, en la frente de su esposo se destruían baterías de rizos que se envolvían en algodones. ¡Cuántas de estas nocturnas sobremesas presencié siendo niño, admirado y afligido al ver disminuirse, aniquilarse la estatura, la forma y el volumen de los autores de mi existencia, cuyas facciones y fisonomías quedaban para mí desconocidas!

La última de las diarias ocupaciones ostensibles de nuestros mayores era la de dar cuerda á los relojes de faltriquera; y no era éste pequeño ejercicio, porque cada individuo usaba dos, y cada uno con dos sobrecajas. ¡Todo era duplicado en aquel feliz tiempo! Dos muestras, dos pañuelos, y dos cajas para el polvo.

Tal es el bosquejo de aquellas costumbres, inocentes cuanto se quisiere, pero formularias. El propietario, el mercader, el artesano, el pobre, el rico, el noble y el plebeyo, por fórmula entregaban su hijo al dómine; por fórmula se matriculaba el gramático; por fórmula emprendía una carrera; por fórmula se graduaba; por fórmula tomaba un uniforme; por fórmula se embarcaba para América, de donde volvía sin saber que había antípodas; y por fórmula, en fin, el mayor número de los hijos de familia se dedicaba á la profesión vitalicia de pretendiente en la Corte, gastando, encaneciendo y meditando la guía de forasteros. Pero la profesión más formularia en trajes, usos y modales ha desaparecido como el nenúfar y plantas agáricas por el cultivo. Tales eran los abates, objeto de tonadillas, de sai-

netes, de países de abanicos. Objeto de curiosidad, de admiración y de entretenimiento para el bello sexo, como lo son las madrágoras para los aprendices de botánica. El que quiera conocer á fondo las costumbres españolas en el siglo XVIII, estudie el teatro de don Ramón de la Cruz, las poesías de Iglesias y los caprichos de Goya.

JOSÉ SOMOZA.

Mi primera sensación benéfica.

(Fragmento.)

A los diez años daba yo malas muestras de mi persona, y mis travesuras eran menos inocentes que las de los otros niños. En el tiempo de los nidos, corría á los campos, trepaba á la copa de los más altos álamos, escalaba las puntas de los riscos, cubiertas de hiedra, penetraba los bosques más sombríos; ni perdonaba, como los otros chicos, á la alegre golondrina, que habita en el hogar del labrador; antes bien, acechaba la ocasión en que estos acudían á sus labores para abrir sus ventanas ó sus puertas, coger los pajarillos, ó quebrar los huevos y destruir el nido. Las mujeres me trataban de sacrílego, y sólo toleraban estos atentados por consideración á la bondad y á las virtudes de mi padre. Un día me fuí armado de un larguísimo varal á caer el nido de la golondrina que criaba en el techo del portal de la casa de ayuntamiento, y para que la pájara no se me escapase, cerré, aunque con trabajo, las altas puertas de la calle; mas la pobre avecilla, después de haber volado en torno de sus hijos, se me escapó por

una reja baja de donde salía un débil resplandor de luz artificial. Fui á asomarme alzándome en la punta de los pies, y vi un lóbrego calabozo de donde se exhalaba un olor fétido, y se escuchaba ruido de cadenas, acompañado de bajos y lamentables suspiros. Sorprendióme esta triste mansión, y más cuando sentí una de mis manos, que tenía apoyada en la reja, cogida y apretada por otra mano áspera y sumamente ardiente. Quise huir, mas no pude desasir mi mano. Entonces se presentó á la reja un semblante descarnado y pálido, casi cubierto todo de una barba espesa y cana. Salieron de sus labios trémulas palabras, entre las cuales pude distinguir: «No temas, «hijo, soy un pobre preso.» El temor que me erizaba el pelo no me impidió buscar en mis bolsillos, con la mano que tenía libre, un real de plata que era mi caudal, y alargársela á aquel espectro. Pero él, asíéndome también de aquella mano, me dijo: «No . . . no . . ., es menester que me salves la vida.» Mi situación no era muy cómoda, porque el buen hombre tirando de mis brazos para acercarme á sí, me obligaba á apoyar la frente contra la reja; pero la curiosidad y la compasión me la hacían tolerable. «Soy un pobre anciano «abandonado en este calabozo por una muerte acaecida en un «pinar de esa sierra, y mi inocencia sola no me libraré á lo «menos de perecer de frío y de mis achaques, si me coge otro «invierno en esta cárcel. Mira, hijo mío, en tu casa está, «según he sabido, el señor don Juan Meléndez, oidor de Va- «lladolid; cuéntale mis miserias; que me atienda; que estoy «con calentura hace seis meses; que me haga el favor al «menos de que se me ajusticie prontamente.» El infeliz comenzó á sollozar, y yo igualmente, sin tener ya miedo ni acordarme de la golondrina. Eran cosas más serias las que debían ocupar á un hombrecito que podía ya salvar la vida á otro. Lleno de estas reflexiones, hablé, lloré, conmoví; me acuerdo que mi padre exclamó abrazándome: «¡Ay si viviera tu madre!» Don Juan Meléndez era muy sensible. Vió al preso, se informó de la causa, le halló inocente y le ofreció

su apoyo. Yo no cabía de gozo; me veía acariciado y fuera de un pupilaje en que me habían metido por travieso. Pasábame el que ser bueno fuese tan fácil y tan agradable. Tres meses habían pasado desde que Meléndez había llegado á la chancillería, y mi preso caía en una melancolía de que ni mis socorros ni mis consuelos podían sacarle, cuando un día recibió mi padre carta con copia de la favorable sentencia.

¡Yo que lo oigo! Sin decir nada á nadie, sin buscar el sombrero (nevaba fuertemente con ventisca), plántome en la calle, corro á la cárcel, me empino á la reja y grito como un loco: «Tío Moreno, ya está V. libre.» Esta imprudencia causó el efecto que era natural: el anciano cayó redondo en tierra, dando con la cabeza en el poyo de la ventana. Por fortuna mi buen padre, sospechando el motivo de mi salida, había venido á buscarme, y por su orden fué socorrido prontamente el preso. Éste de allí á pocos días salió de la cárcel y pudo pasearse por el pueblo, llevándome en brazos siempre á la taberna, al juego de la pelota, al tiro de la barra, y á todos les decía: «¡Este es el ángel que me ha librado!» Yo le quise mucho, como que le debía los mejores ratos que había experimentado, y le socorrí hasta su muerte, que no sucedió sino algunos años después, sin que los muchos que han pasado hasta el día me le hayan hecho olvidar. Siempre que miro en un techo un nido de golondrinas, suspiro por el tío Moreno; pero este suspiro mismo no carece de dulzura.

Cuando algún fatuo, en Madrid, me pregunta con desdén cómo puedo vivir entre las peñas, casi que me da gana de contarle este caso, y hacerle comprender que la felicidad no sólo habita allá en los coliseos, en las concurrencias, ni aun en las bibliotecas espaciosas: se la suele encontrar, aun sin buscarla, hasta en la reja de una triste cárcel!

JOSÉ SOMOZA.

Historia del reinado de Isabel II.

Inspirar debía vivos recelos la insurrección, que de nuevo acababa de levantar la cabeza en Málaga entre estrépito y sangre, y cuyos gritos habían repetido con corto intervalo las más de las capitales de las provincias andaluzas y de la corona de Aragón. Inspirarlos debían igualmente las manobras, antes clandestinas y subterráneas, y á la sazón poco recatadas, de los fautores del desorden, que desde Madrid lanzaban sin descanso, y casi sin precauciones, excitaciones sediciosas á las demás ciudades del reino. Irritados de la derrota de su partido en las elecciones últimas, y seguros de que la gran mayoría de los diputados nuevos estaba de acuerdo para el establecimiento de un régimen que asegurase definitivamente el reposo del reino, resolvieron frustrar este propósito, oponiendo bandera á bandera, y tremolando la de la constitución de Cádiz, que á favor de su antiguo prestigio, podía legitimar en cierta manera ó hasta cierto punto, los excesos nuevos á que iban á entregarse, y asegurar la impunidad de los que antes cometieran. El gobierno, sin medios propios para reprimir unos ni castigar otros, y amenazado, por la escisión sucesiva de las provincias, de ver reducido su poder al rastro de la capital, creyó deber acudir á uno de sus aliados, y el 5 de Agosto encargó al embajador de la reina en París solicitar de aquel gabinete un auxilio, con el cual «esperaba poder retirar del ejército del norte las fuerzas necesarias para castigar á los rebeldes del mediodía.»

Lisonjeóse el ministerio de que, demostrada la magnitud y la inminencia del peligro, y la imposibilidad de atenuarlo ó de desvanecerlo de otro modo que por la cooperación de la Francia, no se negaría el gobierno de este país á prestarla eficaz, sobre todo cuando por virtud de su autorización explícita, gruesos destacamentos de diferentes cuerpos de su ejército se reunían á la sazón en Pau, y se organizaban en batallones,

destinados á reforzar los de la reina. Un agente especial (Bois-le-Comte) acababa además de llegar á Madrid, con el encargo de arreglar algunos pormenores relativos á aquella cooperación, que reputada eficaz desde luego, se supuso que sería decisiva cuando la actitud, conciliadora á un tiempo y enérgica, de las nuevas córtés que iban á reunirse, desarmase á los anarquistas de las provincias, paralizando el influjo de las sugerencias de los de Madrid. El vigor que mostraba el capitán general de esta resistencia, y la confianza que inspiraba la disciplina de la guardia real, parecían alejar el temor de un trastorno instantáneo, único suceso capaz de frustrar tan patrióticas esperanzas.

Ignoraban, sin embargo, los que se entregaban á ellas, la constancia con que trabajaban las sociedades secretas para impedir la reunión de las cortes. Ignoraban asimismo que el único ministro que residía en la Granja cerca de la reina (Barrio Ayuso), mirando como la expresión del voto de las provincias, las exigencias de las juntas establecidas últimamente en muchas de ellas, inclinaba á la gobernadora á que las contentase nombrando presidente del gabinete á Calatrava, á quien aquel ministro suponía el poder necesario para conjurar la tempestad que creía amenazar al reino. Ignoraban, en fin, que para asegurar y completar el trastorno, contaban sus directores con fondos, escasos sí, pero suficientes para corromper algunos sarjentos y cabos de la guarnición de la Granja, á la cual era fácil descarriar, ya haciéndola vislumbrar recompensas, ya exaltándola con el vino. Doce mil duros que el 10 de Agosto se enviaron de Madrid al Sitio, debían pues bastar; y bastaron en efecto, para promover en él una insurrección militar.

Entre 8 y 9 de la noche del 12, los granaderos del primer regimiento de provinciales de la guardia salieron de su cuartel, situado fuera del recinto de la Granja, y acaudillados por sus sarjentos, avanzaron á la puerta de Hierro, gritando *Viva la constitución*. Del teatro, donde se hallaban los más de sus

oficiales, corrieron al punto á atajar el daño, poniéndose al frente de sus compañías, y el comandante general de la guardia provincial, conde de San Román, se presentó asimismo á arreglarlas. Los soldados que iban á la cabeza de la columna mostraron ceder á la voz de su general; pero reconvenidos por los de las últimas filas y reforzados éstos por los del 4º regimiento de infantería, que atropellando la guardia de prevención, habían también salido de su cuartel y dirigiéndose al mismo punto, trocaron sus apariencias de sumisión en denuestos contra San Román. Retiróse éste, y los amotinados, forzando la puerta de Hierro, que él había hecho cerrar, se encaminaron á las igualmente cerradas del palacio, cuya guardia hallaron reforzada por otras compañías del mismo 4º regimiento, que acuarteladas en la plaza, no habían hasta entonces tomado parte en la insurrección. Atronaban la residencia real los vivas á la constitución, á Mina y á Inglaterra; los mueras á Quesada y San Román, y las vociferaciones contra la Gobernadora, á las cuales los guardias de corps desde su cuartel respondían con vivas á Isabel II y á su madre, no sin que estas aclamaciones provocasen de parte de los sublevados demostraciones para atacarles en su asilo mismo. Entre tanto los granaderos á caballo de la guardia, rechazando con indignación las proposiciones que les hicieron los provinciales de unirse á ellos, y echando abajo la puerta del Matadero, entraron en el Sitio, y se formaron en la plaza llamada de la Cacharrería, donde en breve se les unieron los guardias de corps, componiendo entre ambos cuerpos una fuerza de 130 caballos. Con ellos habría sobrado para acabar en una hora con los 600 ó 700 rebeldes, si la algazara que estos promovían no aterrasede á los jefes superiores, que, encerrados en palacio, nada hicieron para dirigir, ni aun para aprovechar el entusiasmo de los leales.

JAVIER DE BURGOS.

Elogio de la reina Isabel la Católica.

Sería asunto digno de una pluma erudita á un mismo tiempo y filosófica presentar el estado en que se hallaba la ilustración castellana al subir doña Isabel al trono; describir sus adelantos durante aquel importante reinado, y mostrar el influjo y parte que este tuvo en la gloria literaria española de la centuria XVI. Lo que vamos á hacer será más bien de-linear por mayor el cuadro de este argumento que desempeñarlo.

Por el tiempo en que empezó á reinar doña Isabel, la nobleza tenía como vinculado en sí el honor y el poder; el resto del pueblo castellano carecía absolutamente de consideración, y á semejanza de los antiguos ilotas, sólo obraba en materias de interés público como instrumento de la voluntad de los nobles y señaladamente de los magnates. La nobleza, por su parte, miraba generalmente con desdén la doctrina y las luces, y creyendo que sólo era digna de ella la profesión de las armas, despreciaba como baja y humilde la de las letras. De las pocas personas de alta clase que se apartaron de la regla general, unos dejaron en opiniones su nombre, como don Enrique de Villena, otros contribuyeron á confirmar con su ejemplo que la afición á las letras se oponía á otras inclinaciones elevadas y generosas, como sucedió con los mismos don Juan II y don Enrique IV. La educación de los Reyes Católicos se ajustó con estas ideas, y tuvo cortísima parte en ella el cuidado de adornar el entendimiento.

Doña Isabel supo hacerse superior á esta funesta preocupación de su siglo; y aunque la guerra de Portugal, el sosiego interior del reino, la reforma urgente de los abusos y los preparativos para la conquista de Granada distrajeron su atención desde los principios de su reinado, nunca perdió de vista el proyecto de aumentar la cultura y el amor del saber en los ánimos de sus vasallos. El fruto correspondió á sus tareas; y

si al empuñar el cetro halló á los castellanos valientes y feroces, al morir los dejó valientes y cultos. Su corte fué el principal teatro de esta agradable transformación. Los grandes, los nobles, los palaciegos eran los que se mostraban más amantes y solícitos de los favores de las musas. La corte precedía á la nación en el honor y cultivo de las letras; la nación seguía, pero su instrucción, inferior siempre á la de la corte, indicaba cuál era el verdadero origen de la luz, y que no era la nación quien la daba, sino quien la recibía. No fué así en tiempo de Felipe II; y esta observación que hacemos al paso es una de las que deben tenerse presentes al formar el paralelo entre los dos reinados de Isabel y de Felipe, para decidir á cuál de los dos debe darse la gloria de la ilustración española en aquel siglo.

La reina persuadía con su ejemplo. Para uso suyo había compuesto Diego Valera una crónica de España, precedida de la descripción de las tres partes del mundo conocidas hasta entonces, obra que tenía concluída su autor en el año de 1481. Por una carta que escribió á doña Isabel el cronista Fernando del Pulgar, se ve que, antes de empezarse la guerra contra los moros de Granada, estudiaba aquella princesa la lengua latina y había aprendido otras. La latina, cuyo estudio consideran hoy algunos poco menos que como ocupación incivil y aldeana, era en aquella época la que por lo común cultivaban exclusivamente los literatos, y la única que solía mirarse como digna, no sólo del culto religioso, no sólo de las ciencias, sino también de las negociaciones políticas. Continuó por largo tiempo la costumbre de usarse del latín como idioma común entre los potentados de Europa. Más de un siglo después el padre Juan de Mariana, al describir las calidades del príncipe, contaba entre ellas la facilidad de hablar correctamente el latín, para entender á los enviados de las cortes extranjeras y contestarles con dignidad y gracia; y todavía quedan en nuestra diplomacia actual vestigios de aquella costumbre. Doña Beatriz Galindo fué la maestra de quien aprendió Isabel á entender

los embajadores y los libros latinos con la facilidad que refiere Marineo

De esta suerte se difundió rápidamente y se estableció en la comitiva de Isabel la cultura y la ilustración. Á ejemplo de la reina, sus damas quisieron también cultivar sus entendimientos, y para ellas se dice que escribió Antonio de Lebrija el tratado de gramática sobre la lengua castellana que dió á luz en 1492. La reina fomentaba con ardor los proyectos literarios, disponía se compusiesen libros, y admitía gustosa su dedicatoria, que no era entonces, como ahora, un nombre vano, sino argumento cierto de aprecio y protección de los libros y de sus autores. Alonso de Palencia le dedicó su Diccionario y sus traducciones de Josefo; Diego de Valera su Crónica; Antonio de Lebrija sus artes de gramática latina y castellana; Rodrigo de Santaella su Vocabulario; Alonso de Córdoba las Tablas astronómicas; Diego de Almela el Compendio historial de las crónicas de España; Encina su Cancionero; Alonso de Barajas su descripción de Sicilia; Gonzalo de Ayora la traducción latina del libro de la Naturaleza del hombre; Fernando del Pulgar su Historia de los reyes moros de Granada y sus Claros varones de Castilla.

El cardenal de España don Pedro González de Mendoza, á quien el favor de los Reyes Católicos y la parte que tuvo en los mayores negocios de su tiempo hicieron dar el nombre de tercer rey de España, había mostrado ya desde los juveniles años su aplicación á las letras en las versiones castellanas que hizo de la Eneida y de la Odisea, de Ovidio, de Valerio Máximo y de Salustio, para uso de su padre el célebre marqués de Santillana, que ignoraba la lengua latina. Don Alonso de Fonseca, arzobispo de Santiago, tan docto como amigo de los doctos y de los libros, de que formó una copiosa colección muy celebrada en aquel tiempo, había recibido en Italia las semillas del buen gusto y afición á la literatura, que cultivó después en España. Don Juan de Zúñiga, último maestre del orden de Alcántara, fué generoso protector y amigo de Antonio

de Lebrija. El santo arzobispo de Granada, don Hernando de Talavera, en quien fué igual la ciencia á la sabiduría, según la hermosa expresión de Marineo, promotor y constante apoyo de todo lo bueno, obró como principal móvil en la empresa de establecer el estudio de las humanidades entre los cortesanos. El insigne cardenal arzobispo de Toledo, fray Francisco Jiménez de Cisneros, es mirado con razón como el Mecenas de aquel siglo y como fautor general de las letras y literatos. Tales fueron los prelados más autorizados y de mayor influjo por aquel tiempo en Castilla.

La multitud de poetas é trovadores é músicos de todas artes que entre otras grandezas de la corte de doña Isabel cuenta Bernáldez, indicaba los progresos y fruto de los estudios amenos y su influjo en las costumbres y carácter de la nación. Y aquella nobleza castellana que desdeñaba con orgullo los adornos del entendimiento, cual la describió Pedro Mártir, llegó á sacudir esta preocupación de tal modo, que según escribe Jovio en el elogio de Lebrija, no era tenido por noble el que mostraba aversión á las letras y á los estudios. La reina fué quien supo persuadir á los castellanos que la perfección del entendimiento no estaba refida con los alientos del corazón; é inspirándoles el deseo de hermanar la nueva cultura con la valentía heredada de sus mayores, hizo que trasmitiesen ambas calidades reunidas á sus descendientes.

DIEGO CLEMENCÍN.

Oratoria política.

(Arte de hablar en prosa y verso.)

Bajo este título general se comprenden todos los discursos pronunciados en aquellas reuniones ó juntas en que se ventilan y deciden cuestiones relativas al gobierno de las naciones, to-

mándose la palabra *gobierno* en toda la extensión que tiene en el uso común. Así, pertenece á esta clase toda arenga en que se defiende ó combate una resolución, ya se refiera á la política propiamente dicha, ya á la legislación, ya á la paz ó á la guerra, ya á la administración interior del Estado. Este género de elocuencia de tan frecuente uso en las repúblicas antiguas, desapareció con su caída; porque bajo el imperio militar de los romanos, aunque se trataban las mismas cuestiones en consejos públicos ó secretos, la irresistible autoridad del monarca hacía inútil todo debate, y la timidez de los consejeros se limitaba á corroborar con su voto, y alabar con bajas adulaciones la más ligera indicación de la voluntad soberana. Establecida en las monarquías de la edad media una especie de representación nacional por la reunión de los barones y prelados en ciertas épocas para entender en materia de gobierno, volvió á renacer la elocuencia popular; pero tan tosca y desaliñada como debía esperarse de la ignorancia de aquellos siglos. Mas cualquiera que fuese, volvió á eclipsarse de nuevo poco después del renacimiento de las letras; porque habiéndose acrecentado, y muy felizmente para los pueblos, la autoridad de los príncipes, por causas que no es de este lugar exponer, dejaron de convocarse aquellas juntas generales en los pueblos que las tenían. Así, sólo en Inglaterra y en las repúblicas aristocráticas de Venecia, Génova y Holanda, que tenían juntas deliberantes, es donde hubo alguna sombra de las antiguas tribunas; hasta que la erección de una república democrática en la América del Norte, la revolución francesa y el establecimiento del gobierno representativo en algunos estados, han resucitado en parte la antigua manera de arengar á una asamblea numerosa sobre materias políticas. Es, pues, necesario tratar de esta especie de oratoria, aunque en realidad es muy poco lo que en un tratado de retórica puede enseñarse que sea útil en la práctica. El que aspire á brillar algún día en los consejos gubernativos debe prepararse á desempeñar tan difícil encargo haciendo un estudio profundo de las leyes,

la economía política, la estadística, el sistema de hacienda y administración, la diplomacia, y en los países católicos hasta el derecho canónico y la disciplina de la Iglesia. Con estos estudios y el de las reglas generales del arte de hablar; con la atenta lectura de los oradores más célebres antiguos y modernos, y teniendo, por otra parte, las prendas naturales que pide la profesión de orador público, podrá sobresalir en los congresos deliberantes; pero sin estos requisitos, poco ó nada le ayudarán los preceptos de los retóricos, sobre todo de los antiguos. Porque si bien las oraciones políticas de nuestro tiempo son de la misma clase que las pronunciadas por Demóstenes en la plaza de Atenas, y por Cicerón en la de Roma, el auditorio no es el mismo: y esta sola circunstancia la da un carácter particular, y hace que casi todas las observaciones de los antiguos maestros sobre el género deliberativo, que es cabalmente lo que nosotros llamamos oratoria política, no sean aplicables á los discursos que ahora se pronuncian delante de los cuerpos legislativos.

Los antiguos hablaban á un auditorio compuesto por la mayor parte de la ruda é ignorante plebe, y tenían por consiguiente que dirigirse más bien á las pasiones que á la razón de sus oyentes, acomodándose á su rudeza y proponiendo las pruebas con alguna prolijidad. Los oradores modernos hablan á un cuerpo escogido, en cuyos individuos se debe suponer mucha instrucción é inteligencia, y á los cuales bastan por lo común ligeras indicaciones, y no es tan necesario conmover fuertemente su corazón, como ilustrar y convencer su entendimiento. Además, los antiguos hablaban en la plaza pública y delante de un inmenso gentío; y así como les era necesario levantar mucho la voz para ser oídos, tenían también que abultar y exajerar los objetos más de lo que hoy permite la rigurosa exactitud lógica cuando se habla en un recinto cerrado y á una concurrencia infinitamente menor que la que llenaba la gran plaza de Atenas, ó el vasto foro de Roma. Estas observaciones deben tenerse presentes cuando se lean y

estudien los oradores antiguos para no imitar servilmente su manera difusa y declamatoria. Las únicas oraciones de Cicerón que son parecidas á las de nuestros congresos, son las que dijo en el senado; pero aun en éstas, la costumbre y el hábito le impusieron la obligación de darlas el mismo aire y giro que á las rigurosamente populares. Las arengas políticas que tenemos de Demóstenes fueron pronunciadas todas en la plaza pública; y aunque menos retóricas, por decirlo así, que las de Cicerón, no convendría hoy, aun en la cámara baja del parlamento inglés, hablar á los diputados como él hablaba á los atenienses.

Supuesto, pues, que las reglas contenidas en las antiguas retóricas no son ni aplicables ni útiles en el día, veamos qué preceptos, ó más bien qué consejos, deberán darse á los oradores políticos, que puedan guiarlos en su difícil carrera. He dicho *consejos*, porque, en efecto, cuanto puede enseñarse sobre la oratoria política, y hasta cierto punto sobre la forense y la sagrada, está subordinado á las circunstancias locales, y casi es imposible dar una sola regla terminante y precisa que sea aplicable á todos los casos. Ciertos principios generales, que la prudencia del orador aplicará en cada ocasión, es todo lo que puede esperarse de un tratado didáctico sobre la materia. Así Blair, que en otros puntos ha establecido con mucha exactitud y en tono dogmático reglas verdaderamente tales, no ha podido dar sobre el presente más que indicaciones genéricas que él mismo recapitula en estos términos:

« El fin de la elocución popular es la persuasión, y esta se debe fundar en el convencimiento. Pruebas y razones han de ser la base de nuestros discursos, si no queremos ser unos meros declamadores. Debemos empeñarnos ardientemente por aquel lado de la causa que abrazamos, y explicar en lo posible nuestros mismos sentimientos, y no unos fingidos. Los pensamientos deben meditarse de antemano más que las palabras. Se ha de procurar un método y orden claro. La expresión debe ser fervorosa y animada; pero aunque la

vehemencia puede á veces venir bien, deben contenerla y refrenarla ciertos respetos debidos al auditorio y al decoro del orador mismo. El estilo debe ser corriente y fácil, y más bien fuerte y descriptivo que difuso, y la recitación resuelta y firme. »

Todo esto es mucha verdad; pero también lo es que cuando llega el caso de hablar en público, semejantes generalidades nada enseñan; y la lástima es que no hay otra en los tratados de retórica. Así, supuestas las reglas generales del arte de hablar, y las comunes á todos los discursos públicos, lo único que puede añadirse respecto de las arengas políticas se reduce á lo siguiente.

En ellas el exordio debe constar por regla general de los pensamientos llamados costumbres oratorias; porque como entonces hace el orador oficio de consejero, es muy importante que desde luego procure dar muestras de prudencia, veracidad, recta intención y otras buenas cualidades esenciales en quien ha de dar consejo. Es excusado prevenir que esto se haga sin afectación, observando cuanto arriba se dijo sobre la modestia, sencillez y decoro que deben reinar en todo el discurso, y particularmente en el exordio.

En este género regularmente no hay proposición formal; pero si alguna vez conviene insinuar el punto de que se trata, ha de hacerse en pocas palabras, añadiendo las reflexiones ó recordando los hechos que deben tenerse presentes, sin descender á formales y extendidas narraciones, á no ser en algún raro caso en que las circunstancias lo exijan.

La confirmación se hace del mismo modo que en los discursos judiciales, con la diferencia de que comunmente contienen más número de *ejemplos* que de *argumentos* positivos. Esto se funda en que tratándose de acciones futuras, y siendo lo pasado la regla de lo venidero, al argumento más poderoso de que una cosa saldrá bien en lo sucesivo, será el que siempre haya tenido buen éxito, y al contrario. En efecto, vemos que los hombres, para emprender ó no cualquiera cosa, con-

sultan la experiencia de lo pasado, y se deciden por lo que se ha hecho en otras ocasiones semejantes, haciendo poco caso de argumentos puramente metafísicos. Y lo aciertan, porque toda deliberación es un verdadero cálculo de probabilidades, cuyos datos se han de tomar de la experiencia. Después de los ejemplos, lo que más influye en la voluntad de los oyentes para determinarlos á abrazar el consejo que se les da, es el crédito del orador. Por esto, no sólo en el exordio, como ya se dijo, sino también en la confirmación y en todo el discurso, deben irse sembrando los rasgos que hemos llamado expresión de costumbres, observando lo que se enseñó acerca de uno en general.

Algunos de estos rasgos con una breve recapitulación, forman por lo común el epílogo de las oraciones polítticas. Por tanto, nada hay que añadir á lo dicho sobre las costumbres y la peroración.

JOSÉ MAMERTO GÓMEZ HERMOSILLA.

Discurso preliminar.

(Romancero de romances caballerescos é históricos.)

Cayó el imperio romano, y con él la religión y literatura pagana; pero algunas reminiscencias de sus fábulas quedaron todavía, aunque despojadas del colorido y brillo sensual que depuso en ellas la imaginación risueña de los griegos y el carácter de la antigua civilización. La memoria de estas fábulas, descompuestas y vestidas de más severidad y menos riqueza, pudo servir de elemento á algunas ficciones caballerescas. ¿Por qué los recuerdos de un Hércules y un Teseo no habrán producido á Roldán y Reinaldos, y los de Medea y Calipso

una Urganda y una Viviana? La serpiente Pitón y la hidra de Lerna ¿no serán ascendientes de las sierpes y dragones encantados? El de las Hespérides ¿no se parece al jardín de Falerina? Si los griegos y romanos tenían Titanes y Polifemos, gigantes descomunales y feroces hay entre los modernos; si aquellos poblaban de magos la Tesalia, nosotros de brujas llenamos los cementerios. Aquiles, todo invulnerable, sino en la planta del pie, tiene su imitación en Roldán y Ferragús, y las armas de Vulcano, en el encantado yelmo de Mambrino y en la armadura de Argalá. ¿Cómo, pues, se desemeja tanto la idealidad poética de la antigua y moderna civilización, á pesar de la analogía marcada que existe en la base de sus fábulas? Así como la mitología índica perdió en gran manera su misticismo exagerado y sus monstruosas representaciones de la deidad al pasar entre los egipcios, así la de estos dejó su severa y gigantesca rigidez, acomodándose á la brillante, risueña, apacible imaginación que el clima y las anteriores costumbres inspiraron á los griegos, y así también las fábulas de Hesiodo, Homero y Virgilio, glosadas por los pueblos del Norte y modificadas por sus tradiciones, se revistieron del carácter propio y peculiar que distingue los siglos medios. Diferentes hábitos, costumbres y existencias alteraron necesariamente el modo de considerar las cosas, y cambiando el espíritu, formas, idealidad y modo de concebir en poesía lo maravilloso, han producido un sistema acomodado á las nuevas bases sociales. Los griegos y romanos consideraban la especie humana bajo el imperio del fatalismo, y al hombre en general como un sér máquina sometido al inflexible destino. Su ídolo era la patria, á ella se sacrificaba toda individualidad; los más fieros republicanos se tenían por más esclavos de ella, y abdicaban todo interés personal ante el objeto de su culto. Este modo de sociedad formaba un centro de existencia común y exterior que excluía la importancia del hombre como individuo, para atribuirle á un ente abstracto. Así es que la idealidad poética de la cosmogonía griega se adapta muy poco

á la expresión de los sentimientos íntimos é individuales que tanto preponderan en las sociedades modernas. En éstas el espíritu aventurero y las costumbres de los pueblos del Norte, amalgamados con las tradiciones orientales y con la moral del Cristianismo, crearon una idealidad poética que se apoya en la importancia del hombre individual, en los sentimientos íntimos del alma, en la lucha de la voluntad con las pasiones y en la propensión á espiritualizarlo todo. La patria del cristiano no es terrenal, y para conquistarla, cuenta sólo con la protección divina y con los esfuerzos personales é independientes que haga sobre sí mismo.

Los griegos, y los pueblos gentiles que, como los romanos, adoptaron el sistema político y religioso de aquéllos, fundaron su cosmogonía en la personificación alegórica de la naturaleza exterior, revistiendo sus fenómenos con bellas, pero materiales formas; y así constituyeron sus goces y penas en el placer ó el dolor físico. Los modernos hallaron el fondo de su poesía, no en el colorido brillante de una imaginación risueña, sino en el sentimiento íntimo del libre albedrío, en el combate de las pasiones, en la importancia y superioridad con que Dios levantó al hombre y al género humano sobre los seres de la creación, y en fin, en el deseo de la patria mística que debe conquistar. Los hombres de la antigua sociedad derramaban sus pasiones, y como no luchaban contra ellas ni las comprimían, jamás formaron grandes contrastes morales; los de la moderna, combatiéndolas de continuo, las concentraron en su interior, y cuando ya el corazón no basta á contenerlas, se abren paso desgarrándole, como el fuego de un volcán rompe las entrañas de la tierra, y lanza furioso enormes rocas sobre las columnas de humo que él mismo vomita. Tales son los extremos de donde parte la antigua y la moderna poesía, y entre ellos existe un número infinito de graduaciones que se suceden hasta llegar del uno al otro.

Las reminiscencias de los tiempos heroicos griegos, las tradiciones orientales, el sombrío y melancólico carácter de la

ficciones escandinavas, el espíritu aventurero de los normandos, las costumbres feudales, el lujo de la imaginación árabe y los sentimientos espirituales de la doctrina cristiana, han sido los elementos de la poesía que inventó los Artuses y Tristanes, los Roldanes y Oliveros, y los Palmerines y Amadis, preponderando en cada cual de estas fábulas caballerescas algunas de las cualidades que constituyen el compuesto de tantos medios poéticos de distinto origen.

Pero lo que más caracteriza estas ficciones, es el espíritu vago y fantástico que domina en ellas. Productos de una imaginación sin freno, colocadas en un mundo ideal y sin límites, creando exclusivamente por ella y para ella, y tan lejanas de la realidad como de la verdad prosaica, aparecen como una fantasma impalpable en medio de los aires, cuyas formas vagas no pueden fijarse ni comprenderse. Aunque en esta clase de ficciones se ve el espíritu general de los tiempos, pocas se distinguen bien por el color local y gráfico de cierto y determinado país. Al considerarlas, parece que el universo entero era gobernado y dominado por una sola idea, y que todos los países del mundo estaban contiguos. Sin duda la falta de conocimientos geográficos é históricos daba libertad á los autores de libros caballerescos para colocar impunemente y sin escándalo la China á seis leguas de París, para hacer caminar un héroe en media hora millares de leguas, para crear islas é imperios que nunca existieron, y en fin, para considerar un soldán de Babilonia con los mismos hábitos y costumbres que un galante y aventuroso caballero normando. Siendo en este género de poesía todo vago y sin límites, se ven frecuentemente repetidas unas mismas aventuras, y aplicadas á distintos héroes, sin que el entendimiento eche de ver inconsecuencia alguna, porque como en todos los caballeros preponderará casi un mismo sentimiento y una misma idea, nada se opone á que en sus acciones sean muy semejantes. Un espíritu poco más ó menos igual dirige á los Tristanes y Lanzarotes, y respectivamente á los Roldanes y Oliveros, á saber, el entusiasmo

religioso, el ferviente proselitismo, el aprecio de la fuerza regida más bien por el instinto, que contenida por las leyes, el culto hacia el bello sexo, la voluptuosidad disfrazada con colores místicos y platónicos, y en fin, la confianza sin límites que cada caballero tenía en sus fuerzas y valor personal, que le hacía acometer impertérrito un ejército numeroso y cien descomunales gigantes, sin dudar un punto de la victoria. ¿Quién se atreverá á comparar un Hércules por sus hazañas y su delicadeza en amor, con el valiente y amartelado Amadís? Aquél vence uno á uno los monstruos y tiranos de su patria, éste se presenta impávido ante un centenar de endriagos que destruye en un momento; Hércules conquista una corona de laurel, Amadís una sonrisa de su dama; el uno depone su clava, ciñéndose una rueca el lado de Onfale, al otro le conduce Amor sobre la Peña pobre para expiar los desdenes de su amiga haciendo una penitencia ascética y religiosa.

La mitología griega, conservando eterna juventud y lozanía se sonríe á la imaginación, y no tiene rival cuando trata de materializarlo todo. La de los siglos medios, melancólica y fantástica, que todo lo espiritualiza, templa algún tanto su lloroso semblante, ó la intensidad de su pasión, con las ficciones orientales y árabes que ha adoptado. A par de los follo-nes y mal intencionados gigantes, pone los nobles y generosos caballeros, defensores de la oprimida inocencia; junto á las oscuras cavernas de los magos están los jardines y palacios encantados de Alcina, y en ellos los deliciosos placeres. Tal caballero lo sacrifica hoy todo al amor, que mañana se ciñe el hábito de ermitaño y expía sus pecados al pie de un rústico altar, donde otro, desdeñado de su dama ó atormentado de remordimientos, acude á buscar los consuelos de la religión. Yo no pondré en competencia los medios de una y otra poesía, pues si la caballeresca interesa mi corazón y mi alma por la mezcla que en ella se observa de sensualidad y ternura, de debilidad y de razón, de flaquezas y arrepentimientos, y de heroísmo y superstición, la de los griegos, con sus bellas y

voluptuosas imágenes, y su ameno, rico y brillante colorido, halaga mis sentidos y se sonríe dulcemente á mi enajenada fantasía. Si alguna vez llega tiempo en que no choque ó se tolere ver el mundo maravilloso de los griegos antiguos mezclado con el de los siglos medios, como lo está con las ficciones orientales sin que se repare el anacronismo, lograremos tener un sistema poético que reuna todos los medios posibles de perfección, y entonces no nos repugnarán muchas de las ficciones de Dante y de Camoens, que ahora criticamos por inconvenientes.

AGUSTÍN DURÁN.

Entrada de los franceses.

(Historia del levantamiento, guerra y revolución de España.)

Clara ya y del todo descubierta la política de Napoleón respecto de Portugal, disponían en tanto los fingidos aliados de España dar al mundo una señalada prueba de alevosía. Por las estrechuras de Roncesvalles se encaminó hacia Pamplona el general D'Armagnac con tres batallones, y presentándose repentinamente delante de aquella plaza, se le permitió sin obstáculo alojar dentro sus tropas. No contento el francés con esta demostración de amistad y confianza, solicitó del virey, marqués de Vallesantoro, meter en la ciudadela dos batallones de suizos, so color de tener recelos de su fidelidad. Negóse á ello el virey, alegando que no le era lícito acceder á tan grave propuesta sin autoridad de la corte: adecuada contestación y digna del debido elogio, si la vigilancia hubiera corres-

pondido á lo que requería la crítica situación de la plaza. Pero tal era el descuido, tal el incomprensible abandono, que hasta dentro de la misma ciudadela iban todos los días los soldados franceses á buscar sus raciones, sin que se tomasen ni las comunes precauciones de tiempo de paz. No así prevenido el general d'Armagnac, se había de antemano hospedado en casa del marqués de Vesolla, porque situado aquel edificio al remate de la explanada y en frente de la puerta principal de la ciudadela, podía desde allí acechar con más facilidad el oportuno momento para la ejecución de su alevoso designio. Viendo frustrado su primer intento con la repulsa del virey, ideó el francés recurrir á un vergonzoso ardid. Uno á uno y con estudiada disimulación, mandó que en la noche del 15 al 16 de Febrero pasasen con armas á su posada cierto número de granaderos, al paso que en la mañana siguiente soldados escogidos, guiados bajo disfraz por el jefe del batallón Robert, acudieron á la ciudadela á tomar los víveres de costumbre. Nevaba, y bajo pretexto de aguardar á su jefe empezaron los últimos á divertirse tirándose unos á otros pellas de nieve; distrajeron con el entretenimiento la atención de los españoles, y corriendo y jugando de aquella manera, se pusieron algunos sobre el puente levadizo para impedir que le alzasen. Á poco y á una señal convenida se abalanzaron los restantes al cuerpo de guardia, desarmaron á los descuidados centinelas, y apoderándose de los fusiles del resto de la tropa, colocados en el armero, franquearon la entrada á los granaderos ocultos en casa de d'Armagnac, á los que de cerca siguieron todos los demás. La traición se ejecutó con tanta celeridad, que apenas había recibido la primera noticia el desavocado virey, cuando ya los franceses se habían del todo posesionado de la ciudadela. D'Armagnac le escribió entonces, á manera de satisfacción, un oficio, en que al paso que se disculpaba con la necesidad, lisonjeábase de que en nada se alteraría la buena armonía propia de dos fieles aliados: género de mofa con que hacía resaltar su fementida conducta.

Por el mismo tiempo se había reunido en los Pirineos orientales una división de tropas italianas y francesas, compuesta de once mil hombres de infantería y mil setecientos de caballería. En 4 de Febrero tomó en Perpignan el mando el general Duhesme, quien en sus memorias cuenta sólo disponibles siete mil soldados; á sus órdenes estaban el general italiano Lecchi y el francés Chabran. A pocos días penetraron por la Junquera, dirigiéndose á Barcelona, con intento, decían, de proseguir su viaje á Valencia. Antes de avistar los muros de la capital de Cataluña, recibió Duhesme una intimación del capitán general, conde de Ezpeleta, sucesor por aquellos días del de Santa Clara, para suspender su marcha hasta que consultase á la corte. Completamente ignoraba ésta el envío de tropas por el lado oriental de España, ni el embajador francés había siquiera informado de la novedad, tanto más importante, cuanto Portugal no podía servir de capa á la reciente expedición. Duhesme, lejos de arredrarse con el requerimiento de Ezpeleta, contestó de palabra con arrogancia que á todo evento llevaría á cabo las órdenes del emperador, y que sobre el capitán general de Cataluña recaería la responsabilidad de cualquiera desavenencia. Celebró un consejo el conde de Ezpeleta, y en él se acordó permitir la entrada en Barcelona á las tropas francesas. Así lo realizaron en 13 de aquel mes, quedando no obstante en poder de la guarnición española Moujuich y la ciudadela. Pidió Duhesme que en prueba de buena armonía se dejase á sus tropas alternar con las nacionales en la guardia de todas las puertas. Falto de instrucciones y temeroso de la enemistad francesa, accedió Ezpeleta, con harta si bien disculpable debilidad, á la imperiosa demanda, colocando Duhesme en la puerta principal de la misma ciudadela una compañía de granaderos, en cuyo puesto había solamente veinte soldados españoles. Pesaroso el capitán general de haber llevado tan allá su condescendencia, rogó al francés que retirase aquel piquete; pero muy otras eran las intenciones del último, no contentándose ya con nada menos que con la total

ocupación. Andaba también Duhesme más receloso á causa de la llegada á Barcelona del oficial de artillería D. Joaquín Osuna, á quien suponía enviado con especial encargo de que se velase por la conservación de la plaza, probable conjetura, en efecto, si en Madrid hubiera habido sombra de buen gobierno; mas era tan al contrario, que Osuna había sido comisionado para facilitar á los aliados cuanto apeteciesen, y para recomendar la buena armonía y mejor trato. Sólo se insinuó en instrucción verbal que procurase de paso indagar en las conversaciones con los oficiales cuál fuese el verdadero objeto de la expedición, como si para ello hubiera habido necesidad de correr hasta Barcelona, y de despachar expresamente un oficial de explorador.

Trató en fin Duhesme de apoderarse por sorpresa de la ciudadela y de Monjuich el 28 de Febrero; fué estimulado con el recibo aquel mismo día de una carta escrita en París por el ministro de la guerra, en la cual le suponía dueño de los fuertes de Barcelona: tácito modo de ordenar lo que á las claras hubiera sido inicuo y vergonzoso. Para adormecer la vigilancia de los españoles, esparcieron los franceses por la ciudad que se les había enviado la orden de continuar su camino á Cádiz, mentirosa voz que se hacía más inverosímil con la llegada del correo recibido.

Dijeron también que antes de la partida debían revistar las tropas, y con aquel pretexto las juntaron en la explanada de la ciudadela, apostando en el camino que de allí va á la Aduana un batallón de vélites italianos, y colocando la demás fuerza de modo que llamase hacia otra parte la atención de los curiosos. Hecha la reseña de algunos cuerpos, se dirigió el general Lecchi, con grande acompañamiento de estado mayor, del lado de la puerta principal de la ciudadela, y aparentando comunicar órdenes al oficial de guardia, se detuvo en el puente levadizo, para dar lugar á que los vélites, cuya derecha se había apoyado en la misma estacada, avanzasen cubiertos por el rebellín que defiende la entrada. Ganaron de este modo

el puente embarazado con los caballos, después de haber arrollado al primer centinela, cuya voz fué apagada por el ruido de los tambores franceses que en las bóvedas resonaban.

Entonces penetró Lecchi dentro del recinto principal con su numerosa comitiva; le siguió el batallón de vélites, y la compañía de granaderos, que ya de antemano montaba la guardia en la puerta principal, reprimió á los 20 españoles, obligados á ceder al número y á la sorpresa. Cuatro batallones franceses acudieron después á sostener al que primero había entrado á hurtadillas, y acabaron de hacerse dueños de la ciudadela. Dos batallones de guardias españolas y walonas la guarnecían; pero llenos de confianza oficiales y soldados, habían ido á la ciudad á sus diversas ocupaciones, y cuando quisieron volver á sus puestos, encontraron resistencia en los franceses, quienes al fin se lo permitieron después de haber tomado escrupulosas precauciones. Los españoles pasaron luego la noche y casi todo el siguiente día formados en frente de sus nuevos y molestos huéspedes; é inquietos éstos con aquella hostil demostración, lograron que se diese orden á los nuestros de acuartelarse fuera y evacuar la plaza. Santilly, comandante español, así que vió tan desleal proceder, se presentó á Lecchi como prisionero de guerra, quien osando recordarle la amistad y alianza de ambas naciones, al mismo tiempo que arteramente quebrantaba todos los vínculos, le recibió con esmerado agasajo.

Entretanto y á la hora en que parte de la guarnición había bajado á la ciudad, otro cuerpo francés avanzaba hacia Monjuich. La situación elevada y descubierta de este fuerte impidió á los extranjeros tocar sin ser vistos al pie de los muros. Al aproximarse se alzó el puente levadizo, y en balde intimó el comandante francés Floresti que se le abriesen las puertas: allí mandaba don Mariano Álvarez. Desconcertado Duhesme en su doloso intento, recurrió á Ezpeleta, y poniendo por delante las órdenes del emperador, le amenazó tomar por fuerza lo que de grado no se le rindiese. Atemorizado el capitán ge-

neral, ordenó la entrega; dudó Alvarez un instante; mas la severidad de la disciplina militar y el sosiego que todavía reinaba por todas partes, le forzaron á obedecer al mandato de su jefe. Sin embargo, habiéndose conmovido algún tanto Barcelona con la alevosa ocupación de la ciudadela, se aguardó á muy entrada la noche para que sin riesgo pudiesen los franceses entrar en el recinto de Monjuich.

Irritados á lo sumo con semejantes y repetidas perfidias los generosos pechos de los militares españoles, se tomaron exquisitas providencias para evitar un compromiso, y dejando en Barcelona á las guardias españolas y walonas con la artillería, se mandó salir á Villafranca al regimiento de Extremadura. . . .

He aquí el modo insidioso con que en medio de la paz y de una estrecha alianza se privó á España de sus plazas más importantes: perfidia atroz, deshonrosa artería en guerreros envejecidos en la gloriosa profesión de las armas, ajena é indigna de una nación grande y belicosa.

EL CONDE DE TORENO.

Acción del Bruch.

(Historia del levantamiento, guerra y revolución de España.)

Es el somatén en Cataluña, « un género de socorro, como dice Zurita, repentino y cierto, que muchas veces ha sido de grande efecto. » Está conocido de tiempo inmemorial, teniendo que acudir al repique de la campana concejil todos los hombres aptos para las armas en las diversas veguerías ó partidos, según lo dispone el usaje de Barcelona. Fué en este

caso no menos provechoso que en otros antiguos y renombrados. Había pocas armas, y municiones tan escasas, que careciendo de balas de fusil, se cortaron las varillas de hierro de las cortinas para que supliesen la falta.

Los somatenes de Igualada y Manresa fueron los primeros que se prepararon, y al hijo de un mercader, llamado Francisco Rivera, tenfasele por principal caudillo. Apostáronse, pues, y se escondieron entre los matorrales y arboleda de las alturas del Bruch. Apenas había pasado la columna francesa las casas que llevan el mismo nombre, y tomado la revuelta que forma el camino real antes de emparejar con el de Manresa, cuando fué detenida por el inesperado fuego de los encubiertos somatenes. Schwartz, después de un rato de espera, embistió á sus contrarios; replegáronse estos, y disputando el terreno á palmos, se dividieron, unos yendo la vuelta de Igualada, y otros la de Casa-Masana. Desalojados del último punto y teniéndose por perdidos, apriesa se retiraban, y completa hubiera sido su derrota á no haber afortunadamente Schwartz desistido de perseguirlos. Admirados los manresanos de la suspensión del francés, cobraron aliento, y engrosados con el somatén de San Pedro, compuesto de buenos y esforzados tiradores, volvieron de nuevo á la carga. Venía con los recién llegados un tambor, quien, como más experto, hizo las veces de general en jefe. Vivamente acometieron todos juntos á los franceses de Casa-Masana, los que se recogieron al cuerpo de la columna que comía el rancho á retaguardia.

El número de somatenes crecía por momentos, sus ánimos se enardecían, adquiriendo ventaja sobre los franceses descaecidos con la impensada embestida. Schwartz, al ver retirarse su vanguardia, y al ruido de la caja del somatén de San Pedro, persuadióse que tropa de línea auxiliaba al paisanaje. Formó entonces el cuadro para evitar ser envuelto, y al cabo de cierto tiempo determinó retroceder á Barcelona. Aunque molestados los enemigos por los somatenes en flanco y retaguardia, llegaron sin desorden hasta Esparraguera.

Los vecinos de esta villa puestos en acecho, y sabiendo que los enemigos se retiraban, atajaron la calle larga y angosta que la atraviesa, con todo linaje de obstáculos, en especial con muebles y utensilios de casa. Al anochecer se acercaron los franceses, y penetrando en la calle con imprudencia la cabeza de la columna, cayeron en la celada que les estaba armada. De todas partes empezaron á ofenderlos á tejazos y pedradas, con algunos escopetazos y hasta con calderadas de agua hirviendo. Schwartz suspendió el paso, y dividiendo su gente en dos trozos, la hizo caminar á derecha é izquierda de la villa. Apretó después la marcha durante la noche, hostigado incesantemente por los somatenes, los que le cogieron un cañón en la Riera de Cabrera y le acosaron hasta Martorell. No imitaron sus habitantes el ejemplo de los de Esparraguera, y así fué permitido á los franceses entrar en Barcelona el 8 de Junio; pero tan destrozados y abatidos, que dieron claro indicio de la derrota experimentada. Su pérdida no dejó de ser considerable, mayormente si se atiende que fueron acometidos por gente allegadiza y con escasas y malas armas. De los nuestros pocos perecieron, estando siempre amparados del terreno, y protegidos en el alcance por toda la población.

Toca á los catalanes la gloria de haber sido los primeros en España que postraron con feliz éxito el orgullo de los invasores. Fué en efecto la victoria del Bruch la que antes que ninguna otra mereció ser calificada con tal nombre. Y semejante triunfo, admirable en sus circunstancias, resonando por todo el Principado, excitó noble emulación en todos sus habitantes, declarándose á porffa los pueblos unos en pos de otros y denodadamente.

EL CONDE DE TORENO.

Triunfos navales de Roger de Lauria.

(Vidas de españoles célebres.)

Las aguas de Malta fueron el teatro de la primera victoria de Roger. Tuvo aviso de que las galeras francesas navegaban la vuelta de aquella isla, para socorrer la ciudadela sitiada por los aragoneses, y al instante se dirigió con las suyas á encontrarlas. Hallólas descuidadas en el puerto; y aunque pudo acometerlas de improviso sin ser sentido, quiso más bien esperar el día para la batalla, y les envió un esquite á decirles que se rindiesen, ó se aperciesen á la pelea. Sin duda que quiso dar crédito á sus armas, manifestando á los enemigos que desdafiaba los medios de la astucia, y solo quería valerse del esfuerzo; mas el éxito únicamente podía absolverle de esta temeraria bizarría. Eran las galeras enemigas veinte, y las suyas diez y ocho; al rayar el día embistieron las unas con las otras, y pelearon con tanto tesón y encarnizamiento, como si de aquella jornada dependiese la restitución de la Sicilia. Medio día era pasado, y aún duraba la acción, cuando el general francés vió que sus galeras cedían, y se inclinaban á huir. Llamábase Guillermo Corner, y estaba dotado de un valor extraordinario: encendido de saña por la flaqueza de los suyos, quiso aventurarlo todo de una vez, y con denuedo terrible acometió la capitana de Lauria, creyendo librada su victoria en tomarla ó destruirla. Abordóla por la proa: él con una hacha de armas empezó á hacerse camino por medio de sus enemigos, hiriendo y matando en ellos; Roger le salió al encuentro, y los dos pelearon entre sí con el esfuerzo que lo distinguía y el furor que los animaba. En medio de la refriega una azcona arrojada clava á Roger por un pie á las tablas del navío, y una piedra derriba á Guillermo el hacha que tenía en la mano; entonces el general español, que había podido desclavarse la azcona, la arrojó á su contrario, que atras

vesado con ella, cayó sobre la cubierta sin vida. Su muerte acabó de declarar la victoria por los nuestros, que con diez galeras apresadas, y rendidas las islas de Gozo, Malta y Lípá. ri, volvieron triunfantes á Sicilia.

Alzado con esta ventaja el ánimo á mayores cosas, Roger, armando cuantas galeras había en la isla, costeó con ellas toda la marina de Calabria, y se dirigió á Nápoles, en cuyas cercanías se puso como provocando al enemigo. Para más irritarle se acercó á los muros, y lanzó sobre la ciudad toda clase de armas arrojadizas. Después recorrió la marina occidental de Pauslipo, infestando la costa, saqueando los lugares, y talando y destruyendo los jardines y viñedos de la ribera. Miraban los napolitanos desde sus murallas esta devastación, y ardían ya por salir á castigar la soberbia insolente de sus contrarios. El rey Carlos no se hallaba allí entonces; mas el príncipe de Salerno, su hijo, á quien había dejado el gobierno del estado, en su ausencia, ansioso de vengar aquella afrenta, hizo armar los barones y caballeros que con él estaban; y llenando de gente y pertrechos bélicos las galeras que había en el puerto, salió él mismo en persona en busca de los nuestros. No concuerdan los historiadores en el número de galeras que había de una parte y otra, aunque todos afirman que eran muchas más las enemigas. Roger, viéndolas venir, hízose á la vela, como que rehusaba el combate, para alejarlas del puerto: lo cual, visto por los napolitanos, les acrecentó el orgullo de tal manera, que ya denostaban á los catalanes y sicilianos, y les mostraban de lejos las sogas y cuerdas que habían de servir á su esclavitud y á sus suplicios. Cuando ya estuvieron en alta mar, saltó Roger en un esquife, y recorriendo con él por los buques de su armada, exhortaba á los suyos á la pelea, y les señalaba la pompa y la riqueza de los barones y caballeros franceses, como despojos ciertos de su aliento y su destreza: hecho esto, volvió á subir á su galera, puso con ligereza increíble la escuadra en orden de batalla, y partió furiosamente á encontrar con la enemiga.

Trabóse el combate, que ya por las fuerzas que concurrían, ya por la animosidad de los combatientes, ya por las consecuencias importantes que tuvo, fué el más ilustre de los que hasta entonces se habían dado por mar en aquel tiempo. Animaba á los nuestros el deseo de conservar el dominio y gloria recientemente ganados; mientras que los franceses ardían en ansia de vengar las afrentas y daños recibidos. Embestíanse con furor, procurando romper con el ímpetu y la fuerza la muralla que oponían los contrarios; y aferradas las galeras por las proas, revolvíanse de una parte á otra á buscar el lado en que más pudiesen ofender, sin que en tal conflicto y en semejante cercanía, se disparase tiro que no fuese mortal. Pero aunque las fuerzas del príncipe eran superiores á las de Roger, se vió muy desde el principio del combate, cuánta ventaja llevaban los soldados prácticos en las maniobras navales á los cortesanos y caballeros, poco ejercitados en ellas. Algunas de las galeras enemigas, que pudieron desahuirse, tomaron la vuelta de Nápoles con el genovés Henrique de Mar, que logró al fin escaparse. Volaron á su alcance las catalanas, y tomaron diez de ellas con todos los guerreros que contenían. Roger, desde su navío, animaba á los suyos al seguimiento, y cuando los sentía flaquear, los amenazaba furioso si dejaban escapar la presa. Entretanto, se peleaba terriblemente al rededor de la galera de Capua, donde iba el príncipe de Salerno. Allí estaba la mejor gente, allí los más bravos caballeros. Unidos, apiñados entre sí, formaban un muro delante de su caudillo; y peleando desesperados, contrastaban la industria y esfuerzo de los nuestros, y ponían en balanza la victoria. Roger, cansado de esta resistencia, mandó barrenar la galera y desfondarla para echarla á pique; entonces el príncipe, temeroso ya de su muerte, le hizo llamar y le entregó su espada, pidiéndole la vida y la de los que iban con él. Roger le dió la mano, y le pasó á su galera, quedando hechos al mismo tiempo prisioneros el general de la escuadra enemiga, Jacobo Brusson, Guillermo

Stendardo y otros ilustres caballeros italianos y provenzales.

Ganada la batalla, los nuestros, fieros con el suceso, dieron la vuelta á Nápoles, y presentándose delante de la ciudad con toda la arrogancia de su triunfo, empezaron á excitarla á la sedición y á la novedad. Tumultuáronse los moradores, unos por miedo, otros con deseo de sacudir el yugo francés, y en altas voces gritaban: «Viva Roger, muera Carlos.» Costó mucho afán á los ciudadanos, amigos del orden, contener esta agitación; y Roger, perdida la esperanza de que el movimiento siguiese, hizo vela para Mecina.

MANUEL JOSÉ QUINTANA.

Lecciones de literatura española.

(Introducción.)

Habiendo sido honrado en 1822 por el *Ateneo* con el título de profesor de literatura española, serví esta cátedra hasta mayo de 1823, en que la invasión francesa acabó con aquella sabia y utilísima corporación, así como con otras muchas cosas. Nombrado ahora por el nuevo Ateneo español para la misma clase, puedo, al continuar mis lecciones, decir como el ilustre Luis de León, cuando saliendo de las cárceles de la Inquisición, subió por la primera vez á su cátedra de teología: *Digimos en la lección de ayer*... Esta coincidencia con aquel grande hombre me sería sumamente lisonjera, si yo solo, y no toda la nación, hubiese participado de la terrible catástrofe de 1823.

Me parece oportuno, antes de dar principio á este nuevo

curso, hacer una ligera reseña de las materias que se tomaron en el anterior.

Empezamos nuestras explicaciones por la poesía, y recorrimos todos sus ramos, excepto la dramática, desde los orígenes más remotos de la lengua castellana hasta nuestros días. Observamos aun en composiciones informes, como el poema del *Cid* el de *Alejandro* y en los Berceos la lucha perpetua entre un idioma todavía inculto y bárbaro, y el genio de la inspiración, que pugnaba por dominarlo y plegarlo á sus movimientos. Esta lucha fué ya menos terrible en las composiciones del arcipreste de Hita, y aun menos en las de los poetas del siglo XV. No olvidamos la atrevida empresa del genio español Juan de Mena, de crear en nuestra versificación un lenguaje poético y exclusivo. En fin, llegamos al siglo de Garcilaso; expusimos los progresos rápidos de la poesía y del idioma; notamos las causas de su decadencia espantosa hasta mediados del siglo XVIII, y de su restauración en el último tercio de este siglo, debida á los Luzanes, á los Moratines y á los Meléndez.

Numerosas aplicaciones se hicieron, ya por mí, ya por los discípulos de la clase, de los principios generales de la poesía épica, lírica y elegíaca, á las mejores composiciones, que fueron analizadas, de los poetas del siglo XVI y de los de la restauración á fines del siglo XVIII. De modo que, cuando se abolió el Ateneo, estaba casi concluído el curso de poesía que me había propuesto explicar.

Pero en todo él nada se dijo de nuestra poesía dramática: materia inmensa, en la cual hemos sido creadores de un género particular, y que merece ella sola un año entero; así por lo poco conocida que es, como por el espíritu de sistema con que se ha juzgado y condenado sin apelación nuestro teatro del siglo XVII.

Este, pues, será el objeto de las explicaciones en el presente curso.

Pero antes de dar principio á ellas, no podemos desenten-

dernos de la gran cuestión que divide en el día la literatura europea, acerca de la preferencia que reclaman unos á favor de la literatura *clásica*, y otros á favor de la *romántica*: cuestión que no ha faltado quien quiera darle un barniz político, asimilando los clásicos á los absolutistas, y los románticos á los liberales: como si el liberalismo consistiera en el desprecio de toda ley y norma de conducta, desprecio que suelen afectar algunos que toman el nombre de *románticos*, con respecto á las reglas y leyes del arte.

Pero empecemos por definir las voces, porque es imposible raciocinar sobre cosas que no están bien definidas, ó no se sabe lo que son.

La palabra *clásico* siempre ha significado lo que es perfecto en su género, en materia de literatura, y que debe servir de modelo á todos los que quieran emprender la misma carrera. Shakspeare es un escritor clásico para los dramáticos ingleses, á pesar de que se le mira como el jefe del drama *romántico*.

Tomada la palabra *clásico* en este sentido, claro es que debe comprender lo que sea superior en todos los géneros, incluso el que se llama *romántico*. El *Otelo* de Shakspeare, *El Médico de su honra*, de Calderón, *El Desdén con el desdén*, de Moreto, son composiciones *clásicas*, tomada la voz en este sentido.

La palabra *romántico*, inglesa en su origen, si atendemos á éste, significa todo lo que se asemeja al mundo ideal que se finge en la novela (*roman*). Aventuras, lances imprevistos, nigrománticos y apariciones, trasgos, vestiglos y gigantes son los elementos de la novela, definida en su totalidad. Este género, muy poco cultivado en la antigüedad griega y romana, fué sin embargo la literatura favorita de los siglos medios. Después de la restauración de las letras, se modificó según las ideas y costumbres nuevas: y continuó siendo la diversión de las personas que no tienen pretensiones en literatura.

Sin embargo, sería una insigne necedad despreciarlo: á él pertenece la inmortal obra del *Quijote*.

Nosotros no podemos creer, como algunos, que el género clásico sea aquel en que se observan las reglas, y romántico el en que se desprecian, entregándose el poeta á todos los desvaríos de la imaginación. La poesía es un arte: y no hay arte sin reglas, deducidas de la observación de la naturaleza y de los modelos.

De lo dicho hasta aquí se infiere, que no hay más que dos géneros: uno *bueno* y otro *malo*, así en literatura como en las demás artes y ciencias.

Las composiciones que exciten un grande interés, serán *buenas* á pesar de algunos defectos. Las que nos causen sueño, fastidio ó risa por los delirios del autor, serán *malas* á pesar de algunas bellezas.

Sólo hay un sentido en el cual las palabras *clásico* y *romántico* tengan para nosotros una diferencia verdadera y útil de conocer y de observar, y es entendiendo por literatura *clásica*, la de la antigüedad griega y romana, y por literatura *romántica*, la de la Europa en los siglos medios. Bajo este aspecto, la cuestión se presenta en un punto de vista más elevado, y merece llamar la atención del humanista, del historiador y del filósofo.

En efecto, si la literatura de cualquier nación ha de ser una pintura fiel de sus ideas, costumbres y sentimientos, claro es que la de los griegos y romanos debió ser muy diversa de la de los pueblos de la edad media. Los primeros vivieron, por decirlo así, en el foro; su religión era la de los sentidos y de la imaginación, con poca ó ninguna influencia en la moral: así su literatura debía ser esencialmente la de las imágenes que embellecen la naturaleza, y la de los sentimientos comunes y conocidos de la humanidad. No había entre ellos poderes sobrenaturales desconocidos y misteriosos: porque sus dioses, á pesar de la multitud de ellos que poseían, tenían señalados los círculos de sus atribuciones, así como los ma-

gistrados de sus repúblicas. No había pasiones ni afectos que tuviesen una fisonomía individual, porque la comunicación continua de los ciudadanos entre sí asimilaba todos los afectos políticos y sociales. Las fiestas religiosas eran públicas, solemnes, llenas de pompa: mas ningún recogimiento, ninguna reflexión sobre sí mismo, ningún resultado moral exigían del particular que asistía á ellas, sino el principio general de que se deben venerar y temer los dioses, y obedecer las leyes.

La vida social de los pueblos de la edad media era enteramente contraria. Los gobiernos monárquicos y federales aislaron los hombres y las familias en los castillos y en las casas. Los goce y aplicaciones de la vida doméstica se sustituyeron á los movimientos de las plazas públicas. Las pasiones individuales adquirieron mayor energía, no templadas ni modificadas por el trato de la vida común. Pero estas diferencias, aunque muy grandes, aparecen pequeñas en comparación de la que produjo el principio religioso del cristianismo. El hombre, puesto en íntima comunicación con el Sér Supremo, infinito, inmenso é indefinible, y obligado á merecer su amor, á temer su justicia, debió dar á sus deseos é inspiraciones religiosas aquella vaguedad sublime, aquella dirección indefinida que es propia del pensamiento cuando se lanza en el abismo de la inmensidad; y volviendo después sobre sí mismo y examinando los senos más profundos del corazón, descubrir los dos hombres contrarios que en él existen en lucha perpetua: uno sometido á la razón, otro que quiere romper el freno, y abandonarse al arbitrio de las pasiones. Estas tomaron un carácter particular, no sólo porque era necesario dominarlas, sino también porque en cada individuo eran más ó menos poderosas según la resistencia.

Basta lo que hemos dicho para demostrar cuán diversa debía ser la literatura de dos épocas tan diversas en posición social y religiosa. La primera daba margen á describir pasiones comunes, fiestas públicas, males y bienes de la sociedad

considerada en general: la segunda, hombres aislados, los afectos luchando contra el deber y tomando un carácter particular en cada individuo, los combates interiores del alma, poderes sobrenaturales, invisibles y misteriosos. La primera literatura debió pintar al *hombre exterior*: la segunda al *interior*: y esta diferencia es tan notable, que hubo de modificar las mismas reglas de convencion; porque para describir en general un afecto, como el amor, los celos ó la ambición, no se necesita un cuadro tan extenso como para describirlo en un individuo, que lucha contra él, y unas veces es vencido, otras vencedor.

Un solo hecho basta para demostrar que esta no es una teoría forjada arbitrariamente, sino deducida de la misma naturaleza de las cosas. Regístrese todo el teatro, toda la literatura griega y romana; y no se hallarán ejemplos de esta lucha entre la *pasión* y el *deber*; aunque algunas veces se encuentre entre una ó más pasiones. El contraste, la lid entre *el hombre de la razón* y *el hombre de los sentidos* es característico y exclusivo de la literatura de los pueblos cristianos.

Una y otra carrera están abiertas igualmente al genio. Cualquiera de ellas se puede emprender, con tal que agrade, que interese, y sobre todo, que respete la moral. Jamás debe olvidar el poeta que la descripción del hombre ha de ejercer necesariamente una influencia cierta é indeclinable en las costumbres: y que esa influencia ha de ser buena ó mala. Ahora bien, la belleza es incompatible con la inmoralidad. Yo sigo con terror, pero con mucho interés, á Lope de Almeida en la comedia *Á secreto agravio secreta venganza*, de Calderón. Observo sus primeras sospechas; su solicitud para ocultarlas de su esposa; la certidumbre que adquiere de su agravio; su juramento de vengarle; su cuidado en preparar los medios de venganza de modo que no le deshonne la publicidad misma del desagravio. Poco me importa que se varíe el lugar de la escena, que pase más tiempo que el de la representación: porque á nada atiendo

sino á las convulsiones y tormentos de aquel corazón noble, ofendido y despedazado por el amor, los celos, el honor y la venganza.

Pero cuando veo al autor del *Angelo* pugnar por hacer interesante y respetable una mujer prostituida: al de *Antony*, no sólo disculpar, sino ennoblecer el adulterio y el asesinato; cuando se me presenta en *la Torre de Nesle* á las princesas de la casa real de Francia entretenidas en arrojar al Sena al rayar el alba los amantes con quienes habían pasado la noche, me escapo con indignación de aquel estercolero moral, y me refugio á leer una tragedia de Racine ó una comedia de Moreto, donde estoy seguro de no encontrar esas monstruosidades ridículas al mismo tiempo que atroces, de la naturaleza humana.

ALBERTO LISTA.

U n a n a r i z .

Anécdota de Carnaval.

—¿Permites que me siente junto á ti, serranita?

—Con mucho gusto. Y te agradezco que prefieras mi lado al de tantas bellezas como brillan en el salón. ¿Me conoces por ventura?

—No, hasta ahora no; y es muy posible que me suceda lo mismo aunque te quites la careta. Pero ¿qué importa? Esta noche podemos empezar á conocernos y á tratarnos, si tu quieres. Los conocimientos que se hacen en un baile de máscaras no suelen ser los peores.

—También suelen dar terribles petardos.

—No seré yo quien te lo niegue, que algunos he llevado; pero....

—Y algunos habrás dado también.

—No. Poco puede engañar quien acostumbra á presentarse en todas partes, sin exceptuar los saraos de carnaval, con su cara descubierta.

—En efecto; tú no tienes por qué ocultarla, y no de todos los hombres se puede decir lo mismo.

—Gracias, amable serrana. ¿Me conoces, según eso?

—Sí, de vista. Me han dicho que eres poeta. ¿Quieres hacerme versos?

—Te los haré, si lo deseas, porque siempre me he preciado de complaciente con las damas; pero sepa yo primero, tu nombre.

—Atribúyeme cualquiera: Filis, Laura, Filena; uno que te parezca poético. Yo no te he de decir el mío verdadero, sino el primero que me ocurra: con que más vale que tú propio lo finjas á tu gusto.

—Pero sin ver, al menos, el rostro, cuyas perfecciones he de ensalzar, sin conocer al dulce objeto de mis inspiraciones....

—¿Eso dice un poeta? Á vosotros, que vivís siempre en las ilimitadas regiones de lo ideal, ¿qué falta os hace la presencia de los objetos de vuestro culto? Yo, por mi parte, no fío tanto de mi cara, ni me parece tan estéril tu imaginación, que me aventure á descubrirme.

—Verdad es que los poetas, ya que en su número me quieres contar, solemos pasear nuestro espíritu por los espacios imaginarios; pero no nos alimentamos sólo de ilusiones, y de mí sé decirte que en materia de placeres estoy y estaré siempre por lo positivo.

—¿Y qué placer puedes tú prometerte de ver mi cara?

—El de admirarla, si es bonita como presumo; el de adorarla....

—¡Siempre tenéis la adoración en la boca! Merecerfais los

poetas que os desterrasen de toda república cristiana y bien constituida.

—¿Por qué, bien mío?

—Si decís lo que siente vuestro corazón, por idólatras impíos; y si lo contrario, por embusteros. Haces bien en venir sin careta. Los poetas no la necesitáis para mentir. Siempre estáis de máscara.

—Si eso es cierto, con mucho gusto acepto por mi parte una cualidad que tanto me asemeja al bello sexo.

—¿Tan fingidas somos las mujeres?

—Sí, mascarita. En cuanto á eso no podéis decir que os acusan los hombres sin fundamento; pero es preciso confesar, al mismo tiempo, que la desconfianza y la tiranía de los hombres ocasiona vuestra falta de sinceridad, y que vuestras ficciones son por lo general muy dignas de indulgencia, porque os obliga á ellas el mismo deseo de agradarnos. Pero ¿es posible que no he de verte la cara?

—No puede ser. *El deseo de agradarte* me aconseja que conserve careta.

—Tu conversación me encanta, y cada palabra aviva más mi justa impaciencia de conocerte.

—¿Acaso has necesitado verme la cara para suponerla llena de *perfecciones*? ¿No me llamaste, de buenas á primeras, *dulce objeto de tus inspiraciones*? Créeme; tu interés y el mío se oponen al acto de condescendencia que solicitas. Mientras permanezca tapada, estoy segura de oír en tu boca frases lisonjeras, á que tal vez no estoy acostumbrada. Si desaparece de mi rostro el protector cendal, ¡adiós ilusión! La yerta cortesanía, la adusta seriedad sucederán á los elogios, á los requiebros, á la tierna adhesión con que, si no engreída, me tienes, á lo menos, divertida y contenta.

—Esa modestia es para mí la prueba más evidente de tu mucho mérito.

—Sí; ya que carezca de otro, tengo el mérito de ser modesta.... Digo mal: de ser sincera.

—A poder yo confundirte con el vulgo de las mujeres, no me costaría ahora mucho trabajo el creerte. El carnaval no es otra cosa que el reverso de la medalla del mundo, y sin duda las damas, á la sombra del tafetán, que parece convidarlas á mentir, fingen menos que con su propia cara. ¡Tienen tan pocas ocasiones de decir la verdad impunemente! . . . Pero tú . . . Tú no eres fea: lo puedo jurar. Á fuerza de errores y desengaños he llegado á adquirir cierto tacto, cierta pericia en punto á calificar máscaras. No me equivoco así como quiera. ¡Oh, tengo yo buena *nariz*! (Al decir esto, advertí en mi interlocutora un movimiento como de sorpresa ó de disgusto. Me figuré que había sonado mal á sus oídos una frase tan vulgar, y me apresuré á disculparme por no haberme expresado con la cultura que ella merecía; pero riéndose mi serrana y apretándome la mano, me manifestó con suma finura que perdonaba de buena gracia un *lapsus linguae* de tan poca trascendencia, y yo continúe):—Sólo por una cosa sentiría que te desenmascarases.

—¿Por qué?

—Porque ya no me sería lícito hablarte como á una serrana, como á una máscara. ¿No es un dolor el haber de renunciar á esta cariñosa familiaridad, á este delicioso *tuteo* que permiten los bailes de carnaval? Ahora te hablo como se hablan los amigos íntimos, los hermanos, los esposos, los amantes!

—Pues, y si cometo la indiscreción de quitarme la careta, te faltará tiempo para levantarte, y apenas podrás articular un tibio y desapacible: *¡d los pies de usted!*

—¡Qué gusto de mortificarme! ¿Me juzgas tú capaz de semejante desatención? Quiero suponer por un momento que eres fea, horrible. ¿Te despojarías, con la careta que me está desesperando, de los atractivos de tu conversación, de esa voz que me hechiza, de esa afabilidad que me cautiva, de esa gracia que me embelesa? ¿Cómo puede parecer mal una mujer con tales dotes? Si tu cara es fea, yo te lo perdono.

—Mira lo que dices. ¿Serás tú más indulgente que los demás hombres? ¿Estarás menos dominado que ellos por el amor

propio? La fealdad es para vosotros el mayor crimen de una mujer.

—Ó yo soy de otra especie, ó tú calumnias á los hombres, serranita. Desata, si no, esa carátula envidiosa de mi dicha, y verás cómo, lejos de entibiarse, se aumenta mi cariño. Y no creas que es tan aventurada mi proposición. ¿Dónde puede residir esa fealdad con que pretendes asustarme? ¿No veo yo la mórbida elengancia de tu talle? ¿No estrecho en la mía tu hermosa mano? ¿No me está enamorando tu pie donoso y pequeño? ¿No me revela mayores hechizos la palpitación de ese pecho celestial? ¿No me hieren los rayos de esos morenos ojos encantadores? Esas trenzas de ébano que forman tan bello contraste con la animada blancura de tu garganta, ¿de quién son si no tuyas? ¿Tan mal sé yo sortear los movimientos de tu cabeza, que no haya visto ya sonreír deleitosa tu boca divina?

—Pues con todos esos primores que tanto encareces, te aseguro que soy una visión y que has de horripilarte si me descubro.

—¡ Oh, que no! ¡ Si es imposible Tu cuerpo, tus facciones

—¿ Las has visto todas?

—Puedo decir que sí. La *nariz* es lo único . . . (Aquí me interrumpió con una carcajada). ¿ Te ríes? ¿ Eres acaso . . . roma?

—Ó Cartago. ¿ Qué sé yo? No te empeñes en averiguarlo.

—No; no es posible que una *nariz* anómala y heterogénea desluzca el grato conjunto de tantos atractivos. Y sobre todo, yo acepto todas las consecuencias del favor que te pido. Con esa boca, con esos ojos, con esas formas incomparables . . . yo te permito que seas chata ó narigona.

—¡ Imprudente!

—¡ Ea, descúbrete! Salga el sol para mí á las dos de la mañana.

—¡ Temerario!

—¿Me obligarás á que te lo ruegue de rodillas? ¿Me expondrás á ser la irrisión del baile?

—Basta; bien. ¡Tú lo quieres! Me vas á ver sin máscara. ¡Que hayamos de ser tan débiles las mujeres!... Pero, á lo menos, no sean mis manos las que abran la caja de Pandora. Recibe por las tuyas el castigo de tu loca impaciencia.

—¿Eso más? ¡Oh gloria! ¡Oh ventura! ¡Envidiadme, mortales! ¡Dadme la lira, ó musas! En este momento soy Píndaro, soy Tirteo....

—En este momento eres un insensato.

—¡Qué rabia! No acierto á desatar este nudo... Lo cortaré... ¡Ah! Ya está. ¡Herme....

No pude concluir el vocablo; tal fué mi sorpresa, tal mi asombro, tal mi terror. ¡Qué nariz! ¡Qué nariz!! ¡Qué nariz!!! No hubiera creído que la naturaleza fuese capaz de llevar á tal extremo el pleonasma, la hipérbole, la **amplificación**. El soneto de Quevedo:

Érase un hombre á una nariz pegado....

sería pobre y descolorido para pintarla. Aquella no era nariz humana. Aquello era una remolacha, un alfanje, un guardacantón, una pirámide de Egipto. ¡Gran Dios! ¡Y dicen que nuestra patria se está regenerando! ¿Pues cómo se consienten todavía tamaños abusos? Si es justo condenar todo lo que se oponga á la marcha lenta, pero progresiva, de nuestras instituciones, todo lo intempestivo, todo lo *exagerado*, ¿cómo no se da una ley contra la *exageración* de las narices?

En medio del horror que me causaba aquella funesta mutación de escena, hubiera yo querido separarme de la nariguda serrana sin incurrir en la nota de grosero. Hice increíbles esfuerzos para proferir algunas frases de galantería... ¡Imposible! Si hubiera yo tenido delante de mí un espejo, estoy seguro de haber visto entonces la cara de un tonto.

Por dicha mía, la serrana, que sin duda había aprendido á resignarse con su deformidad y con todos los efectos de ella,

se refa muy de buena fe, no sé si de mi conflicto ó de sí propia. Esto me dió ánimo para levantarme con pretexto de ir á saludar á un amigo, y sin osar mirarla otra vez, me despedí con un seco y displicente á *los pies de usted*.

El rubor daba alas á mis pies; la cólera me cegaba; me faltaba tierra para huir; tropezaba en muebles, en personas, en mí mismo, y me hubiera marchado á mi casa, sin esperar el coche ni rescatar la capa, á no haberme excitado la misma pesadumbre que tenía, un hambre tan desahogada . . . como la nariz á cuya sombra anocheció mi alegría. Volé, pues, al *ambigú*, me apoderé de una mesa, arrebaté la lista, pedí lo que más pronto me pudieran traer; comí, no ya con apetito, con ira, de cuatro platos diferentes, y ya me iban á traer el quinto, cuando hé aquí que se sienta enfrente de mí . . . ¡Justicia divina! . . . la misma serrana, ó por mejor decir, la misma nariz que poco antes me había horrorizado. Mi primer impulso fué levantarme y correr; pero la chusca serrana me dejó petrificado, diciéndome con una dulzura infernal:

—¡Qué! ¿Se va usted por no convidarme á cenar?

Yo me turbé como un necio . . . y la *nariz* se refa, y por mi desgracia no se refa el galán que la acompañaba, que lo hubiera celebrado por poder desahogar contra él mi furor.

—Señora . . .

—No le haré á usted mucho gasto. Un vaso de ponche á la romana, y nada más.

Semejante descaro me picó vivamente y resolví vengarme mofándome de ella.

—Tendré muchísimo gusto en obsequiar á usted, señorita; pero temo que esa nariz usurpe las funciones de la boca. Si no se quita usted la *careta*, no sé cómo . . .

—Claro está. No había de beber con ella. Me la quitaré.

—¡Cómo! . . . ¿Qué dice usted? . . . Pues . . .

En esto echó mano á su nariz y . . . ¡se la arrancó!

¡Pecador de mí! Era postiza, era de cartón, y quedó descu-

bierta la suya verdadera, no menos agraciada y perfecta que las demás facciones de su cara.

¿Cómo pintar mi vergüenza, mi desesperación al ver tan preciosa criatura y al recordar la ligereza, la descortesía, la iniquidad de mi conducta? Iba á pedirla mil perdones, á llorar mi error, á besar postrado el polvo de sus pies; pero la cruel dió el brazo á su pareja, me desconcertó con una mirada severa, y desapareció, diciéndome fríamente: *Beso á usted la mano.*

MANUEL BRETÓN DE LOS HERREROS.

Un baile en Triana.

(*Escenas andaluzas.*)

Después que concluyó el romance, salió la *Perla* con su amante el Xerezano á bailar. Él tan bien plantado en su persona cuanto lleno de majeza y boato en su vestir, y ella así picante en su corte y traza como lindísima en su rostro, y realzada y limpia en las sayas y vestidos. El Xerezano sin sombrero, porque lo arrojó á los pies de la *Perla* para provocarla al baile, y ella sin mantilla y vestida de blanco, comenzaron por el són de la rondeña á dar muestras de su habilidad y gentileza. El pie pulido de ella se perdía de vista por los giros y vueltas que describía y por los juegos y primores que ejecutaba; su cabeza airosa, ya volviéndola gentilmente al lado opuesto de por donde serenamente discurría, ya apartándola con desdén y desenfado de entre sus brazos, ya orlándola con ellos como queriéndola ocultar y embozarse, ofrecía para el gusto las proporciones de un busto griego, para la imaginación las ilusiones de un sueño voluptuoso. Los brazos mórbidos y de linda proporción, ora se

columpiaban, ora los alzaba como en éxtasis, ora los abandonaba como en desmayo; ya los agitaba como en frenesí y delirio, ya los sublimaba ó derribaba alternativamente como quien recoge flores ó rosas que se la caen. Aquí doblaba la cintura, allí retrepaba el talle, por doquier se estremecía, por todas partes circulaba, ora blandamente, como cisne que hien-de el agua, ora ágil y rápida, como sífide que corta el aire. El bailaror la seguía, menos como rival en destreza que como mortal que sigue á una diosa. Los cantadores y cantadoras llovían coplas para provocar y multiplicar otras mudanzas y nuevas actitudes. Éste cantaba aquello de:

Toma, niña, esa naranja,
Que la cogí de mi huerto;
No la partas con cuchillo,
Que va mi corazón dentro.

Otro lo de:

Hermosa deidad, no llores,
De mi amor no tomes quejas,
Que es propio de las abejas
Picar donde encuentran flores.

El concurso se animaba, se enardecía, tocaba en el delirio. Una recogía la pandereta, y volviéndola y revolviéndola entre los dedos, animaba el compás diestra y donosamente. Aquél con las palmas sostenía la medida, y, según costumbre, ganábale, para después del baile, con el tocador, un abrazo de la bailadora. Todos aplaudían, todos delibaran.—¡Orza! ¡orza! (decía el uno) *de este lado, bergantín empavesado!* Otro, al ver y gozarse de un movimiento picante, en una actitud de desenfado:—¡Zas, puñalada; rechiquetita, pero bien dada! De una parte exclamaban, pidiendo nuevas mudanzas:—¡Máteme Vm. la curiana! ¡Hágame Vm. el bien parado!; de otra, queriendo llevar el baile á la última raya del desenfado:—*Eche Vm. más ajo al pique! ¡Movimientos y más movimien-*

tos! ¡Quién podrá explicar ni describir, ni el fuego, ni el placer, ni la locura, así como tampoco reproducir las sales y chistes que en semejantes fiestas y zambras rebosan por todas partes y se derraman á manos llenas y perdidament!!!

SERAFÍN ESTÉBANEZ CALDERÓN.

Asamblea general de los caballeros y damas de Triana, y toma de hábito en la orden, de cierta rubia bailadora.

(Escenas andaluzas.)

Mientras el Conde-Duque
 Pierde al Rey la España,
 Perla bailadora,
 Solázame y baila.
 Que tu pie tan sólo,
 Si pulido danza,
 Pintando en los aires,
 Saltando en las tablas,
 Podrá, y tu hermosura,
 Borrarme del alma
 Pensamientos tristes,
 Amarguras y ansias;
 Y tu lindo aseó
 Y donaire y gracia,
 El placer y gusto
 Sacarme á la cara.

(Comedia Verdadera.)

El día de la convocatoria era domingo: la hora fué al punto del crepúsculo vespertino, y el lugar en cierta casa

ubicada en la capital del mundo, cabeza visible de la España (el barrio de Triana), con frontispicio á la calle *Non plus ultra*, que es la de Castilla, y con tapiales al mar de los ríos y al río de la gloria, quinto del Paraíso, á quien al presente los nacidos llamamos Guadalquivir. Si este palacio, por su humilde sobrecrito y modesta apariencia no lo hubiera escogido por suyo ningún Duc de Venecia, en cambio no lo desdefñara para regalada mansión nocturna el visir más amigo de frescuras y de perfumes, si le dejaran contemplar el paisaje mágico y la vista deliciosa que desde el jardín de la casa se alcanzaba. Y si una tarde del mes de mayo se sintiera halagados en los sentidos por el aroma de las flores y por el manso ruido de las aguas y de los árboles que allí se goza, desabrochando aquéllas sus capullos y columpiándose éstos al impulso del viento que consigo trae el murmullo lejano del río y que se lleva tras sí el sonoro estruendo de los inmediatos raudales desprendidos de la alta alberca; no hay más decir, sino que, dejando los pensiles del Oriente, vendría á tomar asiento en Sevilla y á avecindarse en Triana. Aquel verjel y cerco de verdura era en verdad agradable por extremo.

La puerta que llevaba al zaguán y á los aposentos bajos de la casa, se cobijaba con dos hermosos parrales de una pámpana verde, vívida y luciente, que se confundía con los vástagos de muchos jazmines altos y enredados por las paredes de la cerca. Tales jazmines, que si éstos eran reales, aquéllos eran moriscos, dejaban todos asomar por entre las oscuras y aspadas ramas de sus vástagos, los blanquísimos pétalos y los perfumados cálices de sus flores. Con los jazmines, la madre-selva y la pasionaria se entrelazaban confundidas, ostentando éstas su morado ribete y aquéllas sus perfiles albos y olorosos. En los arriates de en medio crecían varios carambucos y mirabeles, si coronados éstos de sus ramos de nácar y oro, aquéllos lloviendo sus glóbulos de topacio que resaltaban más entre los tallos de limoneros, cidros y naranjos vestidos de

azahar que se mecían pomposamente al viento. Número sin cuento de tiestos y macetas de flores se levantaban al frente en anfiteatro, colocadas en andenes de tablas invisibles á los ojos por los festones de ramaje y verdura que de todas partes rebosaban y se desprendían. Aquí, remedando á la rosa, las moscuetas y diamelas daban alarma á la vista, disparando antes su aroma al ambiente: allí la nicaragua, las campánulas, las arreboleras, avergonzaban la pura luz del sol con sus matices y cambiantes. El galán de día, abrochando ya sus capullos, que durante la siesta embalsamaban el contorno, daba lugar á que la dama de noche desabrochara los suyos para embriagar en suavísimas esencias el aire y los sentidos. También el nardo y los jacintos pagaban allí copiosamente su tributo de olores para formar con las demás flores aquella nube de voluptuosidad y de amor que cobijaba toda la estancia. De los ramos y de los vástagos de arbustos y de árboles de aquí y de allá, colgaban alternativamente con cintas de todos colores, tallas de fresquísimo barro y faroles pintados, aquéllas, sin duda, para resfriar el agua al halago del ambiente, y éstos para alumbrar la escena que á poco había de representarse. Alguno que otro pájaro y colorín revolaba entre las ramas como queriendo saber las aventuras de dos ó tres mirlos y verderoles, que, encerrados en sus jaulas de caña y alambre colgadas entre las flores, se deshacían en gorjeos, y carrerillas, y sentidas entonaciones, celebrando, sin duda, los encantos de aquel lugar...

Á más andar declinaba la tardecilla, y se dejaba sentir el cefirillo que á tal hora, rasando las aguas, sube travesando río arriba del Guadalquivir, trayendo consigo el consuelo y la frescura. Un color plácido de Aurora sonrosaba el ambiente, dando un tinte delicioso é inexplicable á los edificios y montes que se parecían al lejos, y el humo ya esparcido que los hornos de porcelana y azulejos vomitaban en columnas rectas ó en parábolas y espirales, obedeciendo fácil y elegantemente al halago del viento, dieran el último remate al cuadro, si no se

hubieran detenido (para darlo, ellas, en las revueltas de Gelves, apareciendo entonces) dos ó tres embarcaciones que á vela tendida emparejaban entonces la Torre del Oro, con proras pintadas y airosas banderolas y gallardetes. En este punto entraba por la puerta del jardín cierta persona, que por su traza singular, y por venir como de gufa de gran séquito y acompañamiento, exige con razón punto redondo y párrafo separado.

El entrante era ya, en verdad, de edad provecta y aun madura: la cara no era nada desagradable: ovalada, con ojos negros, vivos é inteligentes; con la nariz regular, con boca ancha, pero dejando ver regulares y blancos dientes; con la frente levantada y bien calzada de pelo, y con cierto gesto de auto-riedad afectada, pero por nadie contradicha, daban al todo de la persona las afueras y exterior de algún patriarca de aviesa y enrevesada laya. Un pañolillo de hierbas doblado cuidadosamente como para el cuello, rodeaba la cabeza con cierto primor y lisura, para dar entrada ajustada al sombrerillo calañés de ala estrecha y copa encaramada que, con faja de terciopelo negro y respuntes y rapacejos azules, daban cima y corona á esta nuestra figura del primer término. Un marsellés rico, con mangas primorosamente bordadas y golpes de sedería en lugar correspondiente, cobijaba sus brazos y espaldas, dejando ver por los remates de todo el ruedo, caídas, solapas y cuello, la ancha franja de pasamanería, en donde resaltaban en esmerada labor y prolijo dibujo de sedas de varios y vivos matices, todos los encuentros, grupos, lances y suertes de una corrida real de toros, desde el enchiqueramiento de las fieras hasta el trance del cachetín y el arrastradero de las mulillas y caleserillos. El marsellés era, en verdad, lo que nosotros los hombres llamamos una prenda de Rey. El jubetín era morado y muy abierto, dejando ver la camisa blancamente almidonada, con cuellecillo arrollado, ciñéndolo en rededor un cabestrillo encarnado de seda catalana. El calzón era de pana azul, tomados los jarretes con cenojiles copiosos de lana fina de

colores, dibujándose en todo lo largo del pernil la botonadura de alcahofillas de plata, que venían corriendo entre dos cordoncillos bordados de burato celeste. La faja era también encarnada, y un primoroso botfín vaquero, aunque algo usado, cubría la pantorrilla, cobijando el zapato, que era voltizo aunque airoso y bien cortado, con tapas bien bordadas y sujetándolos con plantillas de correas, apuntadas con cada tres cabezas por banda, de broches de metal relucientes como el oro.

.....

«Y dichos señores, no dejándose llevar de voces vanas, ni de pronto y súbito, antes bien dando tiempo al tiempo, consultando, interrogando é inquiriendo, según la importancia del caso requiere, siempre salía y remanecía lo mismo, pintiparado, á saber: que la dicha bailadora era cosa rica y grande; y no contentos con ello, nombraron **personas diputadas** y señaladas de su seno y grey, para que se llevasen ellas á sí mismas, y en brazos ó en piernas se transportasen y portearan al sitio y lugar en donde se parecía y mostraba tanta maravilla, para que dieran informe, por escrito y de palabra, de lo que viesen y entendiesen, resultando de todo mayor canonización, gloria y edificación; por todo lo cual, mirando, considerando y contemplando esto, aquello, lo otro y lo de más allá, dichos señores dijeron:

«Que por cuanto dicha bailadora tiene la estampa y el corte legítimo de la tierra, retrepada y echada atrás, con sus debidos dares y tomares, y sus altibajos correspondientes en el cuerpecillo, cinturilla de anillo, pie de relicario, pantorrilla de gran catedral, y de allí á los cielos, y á que los brazos son, si los despliega, las alas en la paloma, y si los enarca, las armas del dios Cupido; el pecho, búcaro de claveles, y el cuello y la cabeza como los de la garza, si mira al sol y luego á la tierra; atendiendo á que mide el suelo y hiende el aire con la majestad de corregidora, la gracia y la sabiduría de la Gitanilla de Menfis; á que suena y tañe, pica y

repica los palillos con rigor y brío, salero y compás, como bailadora deputada de rifas y festejos; á que lleva y trae el mundillo con vendaval y riguridades, con sus correspondientes temblores, molinete, estremecimientos y serenidades; á que da el páseo y hace la procesión con el boato y la misma gala que la Jura del Rey y la festividad del *Corpus Christi*; á que sube y baja su zaranda como Dios manda, pidiendo á voz en grito harina y mohina para su zarandillo y cedazo; á que se coge y encoge, dilata y desliza como anguila en el agua; teniendo en cuenta su manera de navegar y tomar y soltar rizos, que se empavesa y arrisca, echando juanetes y escandalosa, con flámulas y gallardetes, llegándose hasta los cielos, amainando y arriando de súbito, quedando en facha, desafiando con bandera de guerra potentados de la tierra y de los mares; considerando que aquel braceo es de todo recibo, como de jardinera que coge rosas y flores, ó gitanilla que lucha y baila con su propia sombra; mirando muy en ello aquellos disparos y estalles de pies, que no los alcanzan los ojos, ni puede divisarlos el pensamiento del alma; á que con los sudichos pies escribe en el aire y pinta en la misma luz, tirándolos como cosilla perdida hacia los cuatros ángulos de la tierra, trayéndolos, empero, á su voluntad, como rayos que tiene *Undebel* en la mano, á su verdadero centro y asiento debido; á que los juega y esgrime como maestro de espada prieta, que los escarcea y engaratusa, los baraja, vibra y ondea como el escardillo y sus resplandores en la pared; á que los teje y trenza como los bolillos en manos de la encajera; á que fija el uno en la tierra tan firme cuanto el polo antártico, levanta el otro y se hace chapitel de torre que el viento revuelve ó lo recoge, y se convierte en el pájaro que hace la letra Y, ó lo extiende y se hace reloj que señala desde las seis á las siete, y, en fin, á que los bate y *desplega* como sus alas las aves y las mariposas, y su abanico las mozuelas y las viudas; contemplando que en todos los trances, pasos y accidentes del baile pone cuanto condimento y especias son

convinientes, sin omitir el comino y la alcarabea; á que toma tierra con gracia y aseo; á que es pernera, chazadora, galopante y lomo levantado; á que lleva los jaeces con rumbo, y á que todos los arreos los sacude con gala y aire, dejando ver mucho y adivinar más: dichos altos señores y atemorizadores de hombres fallaron en toda regla que debían declarar y declararon á la referida bailadora, mujer legítima de la tierra, serrana líquida, y trianaera apurada por todos cuatro costados, y que por tal la señalan y fallan una, dos y tres veces, y las demás necesarias en derecho, sin que nadie pueda venir en contrario, y que, por lo mismo, se la inscriba en el número de las primeras y decuriones de la Hermandad, señalándosele aposento en el barrio de Triana como feligresa y colegiala, y haciéndosele ya repartimiento de sal por su derecho de vecindaje; entendiéndose que este repartimiento de sal no es el que pagan los *Romants de Sesé* por firmán del capataz *Mon*, sino que es el donativo de sandunga y salero que dan diariamente al mundo las mujeres de nuestro bando, para que se rocíe por todas partes y no mueran de desaborimiento los hombres, y que á ésta se la cargue la mano, que tiene mina de sales, y si da mucha, más le queda; se declara, *asimesmo*, que su personilla es la estampa de lo bueno, y cortada de molde para la historia de nuestros bailes, y que ni pizca más ni pizca menos fuera tan de recibo cuanto al presente lo es en propia esencia y potencia; que las vultas, revueltas y mudanzas que finge, las carrerillas que hace, los encuentros y golpes que da y las suertes que saca, es que lo pinta soberanamente. Y se declara que de cintura á la zaga es la reina de todos los movimientos. Se declara también que, cual ninguna, pinta la Chacona y la Gambada, las campanelas y la Gallarda, y que el Vigía de Cádiz no tiene más señales ni las levanta más en alto que ella los perniles y *pinreles*; que si mata la araña con todo conocimiento y tilín, con gran primor y aseo, y valiéndose de la punta, luego con el calcaño desmenuza el mundo y trocara en cibera los perdigones;

que hace el *bien parado*, y que juega á guardas y metedores como nadie; que finge el capeo con el trapo de sus sayas; que gallea, cita al torillo, entra y sale en jurisdicción, pone arponcillos siempre rematando y sin enfrontilarse ni quedando en embroque, sino cuando lo quiere y es su gusto; que llama los pollitos como la clueca moñona, que llamaba uno y salían veinte. . .»

En tanto, cierto agradable bullicio y cierto sonoro estruendo se parecía y oía por todas partes, y era que la orquesta se preparaba y el banquete no estaba lejos. En efecto: al lado de la vihuela maestra se iban colocando otras guitarras de menos alcance, una tiorba con teclado corrido, dos bandurrias y un discante de pluma, todo punteado y rajado por manos diestras é incansables por extremo. Dos muchachos manejaban los platillos engendrados con sendas planchas de veloneros; y un chicuchín que fué un tiempo de la banda del regimiento de Écija, y dando el tin-tan con la ayuda de cierto antiguo tamborilero de los batallones de Marina, ponían la corona al instrumental. Por el otro lado se estre mecían platos y se trasegaban líquidos, se encendían las candilejas y faroles, y se quemaban candeladas y hogueras de San Juan. En algunas de éstas, sobre trébedes de hierro y en anafes muy pintados, se levantaba el goloso aparato de los pestiños, borrachuelos y buñuelos, viéndose aquí hervir el aceite como si fuese oro líquido, saltar y estallar allí la masa somorgujándose y bañándose después por los estanques de miel viva y rubia, y que todo después, en salvilla rústica, pero limpia, sevillana, iba á llenar los ámbitos de la mesa. En ésta se descubijaban y desmonteraban los hondos platos y dilatadas fuentes, que ofrecían de pronto, ora altos rimeros de pescados fritos, rubios como las candelas, los albures, las bogas, las lisas, las pescadillas y el abadejo, ora anchos mares de salsas apetitosas, en donde misteriosamente se embozaban los menudillos, la uña de vaca y de carnero, los tasajos de carne, los trozos de sollo y de pescada, y los res-

tos de muchos habitantes de los gallineros y vivares. El tomate y el pimiento ocupaban lugar de privilegio, mostrándose, no en coalición mentida, sino en confederación y maridaje firme, perenne y sabroso con las entrañuelas de las aves, embutidos de sangre, y en frescas ensaladas y gazpachos, que eran como el rocío y lluvia bonancible de aquella zona tórrida de bebidas y de manjares. Los mariscos eran innumerables, pues además de varios guisos de ostiones, burgados, cañadillas y coquinas del morcillón, almejas y de la lapa, hechos y preparados según el recetario de Pedro de la Cambra, habían llegado por el vapor, y se mostraban allí, con su capa de grana, grandes escuadrones de cangrejos, bocas de la Isla, langostines y camarones, gran cantidad de conchas, caracolillos, búzanos, centollas y otra porción de llamativos y poderosos conjuros para alejar el agua y acercar el vino. En cuanto á postres, frutas, golosinas y chucherías, el abastecimiento no era menor....

El tiempo andaba, entre tanto, y el festejo se encendía cada vez más, y era que, como velada de Señora Santa Ana, todo el barrio de Triana, iluminado como una hoguera, cantaba, bailaba y se daba perdidamente al placer y al regocijo. La numerosa y escogida cofradía, con quien también nos hemos contentado y regocijado nosotros, para aumentar tanto rebato y estrepitosa alegría y dilatar más la hora de vivísima algazara que aquella noche trae consigo siempre en Sevilla, no tuvo más que trocar el sitio de su sesión, sacándolo de la casa consabida y traspasándolo al ancho ámbito del Arenal y cercanos huertos y melonares. Allí volvió á enredarse la fiesta, el baile y los cantares, dando también cada uno de por sí aventajada muestra por su persona, Ezpeletilla y los demás continuos y familiares de la Dolores; sólo se notó que el poder central de la vihuela maestra se había debilitado mucho, puesto que aquí y allí, al són de otros instrumentos emancipados del centro común y en derredor de ellos, se formaban y aparecían otras ruedas y bailes, de donde se separaban en

seguida otros grupos y corros menos numerosos, que al fin se apartaban y dividían todos en parejas silenciosas y furtivas, que iban á esperar el alba por debajo de los limoneros y olivares.

SERAFÍN ESTÉBANEZ CALDERÓN.

De tejas arriba.

(*Escenas matritenses.*)

I

Madre Claudia.

«... á tus tiernas palomillas
El vuelo peligroso las rehuses;
Que andan muchos azores por asillas,
De cuyas uñas penden los despojos
De otras aves incautas y sencillas.»

Bartolomé de Argensola.

—Dios sea en esta casa.

—Y en la de Vd., buena madre, santas noches; ¿qué se ofrece?

—Nada, hijo, sino venir en cuerpo y en ánima á ponerme al su mandar, como vecinos que somos, y amigos, que, Dios mediante, tenemos que ser.

—Por muchos años; y ya veo que, si no me engaña el corazón, estoy hablando con la señora Claudia, la que viene á habitar la buhardilla número 7.

—Doña Claudia me llamaron en el siglo, y esa misma soy, en buen hora lo cuente; pero tal me verás que no me conocerás, y yo misma me tiento y no me encuentro; ¡cosas del

mundol hoy por ti, mañana por mí; y como dijo el otro, abájense los adarves y álzanse los muladares; que hoy día nadie puede decir de esta agua no beberé; y mientras la viuda llora, bailan otros en la boda. . . . No digo esto por mal decir, que de menos nos hizo Dios, y viva la gallina y aunque sea con su pepita; sino explícolo para dar á conocer á vuesa merced, señor vecino, que aquí donde me ve con estos trapos, yo también fui persona, y no como quiera, sino, como suele decirse, empingorotada y de capuz. . . . pero vive cien años y verás desengaños, y tras el día viene la noche, que lo que Dios da llevárselo ha, y el caballo de regalo suele parar en rocín de molinero.

Pero dejando esto á un lado, y viniendo á lo que importa —¿qué tal va la parroquia en la tienda nueva?— ¡Válgame Dios, y qué aseada y qué provista está de cuanto el Señor crió. . . . ¡Tal me vea yo á la hora de mi muertel. . . . ¿Es rosol ó aniseta. . . .? Gracias por el favor; ¡bien haya la Mancha, que da vino en vez de agua. . . ! Á la salud de ustedes, caballeros. . . . ¡fuego de Dios, y qué calorcillo tiene el espíritu. . . ! ¡y qué bien le parecen al lado esos mantecadillos que están diciendo «comedme»! ¡Ah! si no estuviera una tan atrasada en esto que ahora llaman el *porsupuesto*, en Dios y en mi ánima que no había de pedir ayuda para dar buena cuenta de ellos. . . . apostarí que son obra de aquellas manecitas que con tanto salero hacen ahora saltar á la aguja. . . . gracias, hija mía, por el favor. . . . bien se la conoce que es hija de tal padre. . . . ¡bendícala Dios, y qué hermosa es y qué garrida. . . ! Ya me temo yo que han de llorar su venida todos los mozos del barrio.

—Gracias, madre Claudia.

—Bien hacéis, hija, en dar las gracias, que para eso las tenéis, y aun para quedaros después con ellas; ¡ay! quién me tornara á mí de ese talle y esa frescura, y no me robara la experiencia de mundo, que por el alma de mi padre, que otro gallo me había de cantar, y no me vería ahora en medio

del arroyo, como quien dice; pero así somos todas: mientras nos reluce el pellejo, poco consejo; y luego que vienen los años, llorar por los que son idos.... ¡Cuánto más valiera mascar mientras nos ayudan los dientes, y.... ¿no es verdad hija mía....? ¿qué, no me entiendes? ¡picaruelal! ¿pues á qué vienen esos colores que se te han asomado al rostro? Pero ¡pecadora de mí! ya veo que no conviene distraerte de tu labor, pues que te has picado con la aguja, y..... ¡válgame Dios....! ¡qué no diera alguno que yo me sé bien, por atajar con sus labios esa gota de coral....!

—¿Alguno, madre?

—Alguno digo, y no hay que hacerse la desentendida, sino ponerle el nombre que mejor le cuadre ...; pero bajemos la voz, que ya señor padre ha acabado de servir á los parroquianos y se viene derechito hacia nosotras; por fin, hija mía, más días hay que longanizas, y cuando queráis noticias de la tierra, sabed que allá, cerca del cielo hay una vieja que os quiere bien.—Y ahora me voy, señor vecino, que ya ha acabado de ser noche, y la vieja honrada, su puerta cerrada, y cada uno en su casa y Dios en la de todos.... Á fe que ya me he de ver y de desear para subir la escalera, y á no ser por un cuarto roñoso de Segovia que traigo aquí para trocarlo por un palmo de cerilla.... ¿También ese favor....? Muy obligada me voy, señor vecino; á bien que Dios es mayordomo de los pobres, y él se lo pagará con su tanto por ciento.... Y pues ya me siento alumbrada por esas manos caritativas, iremos paso á paso caminando á mi chiscón, donde me espera el huso con deseos de bailar, y mi amigo Micifuz durmiendo al amor de la lumbre, si no es que se haya salido á los tejados en busca de las vecinas, salidas también como él.... que amor con amor se paga, niña mía, y cuando nace él, nace ella; y si no fuera por esto, ¿para qué estamos acá abajo los unos y las otras?... Con que buenas noches, vecino; y cuidado, niña, que no hay que olvidar á quien bien nos quiere, y que cuando quieras tomarte el trabajo de llegar al último tramo de la escalera,

sabrás muchas cosas y habilidades, así de punto y aguja como de cazo y sartén; que, gracias á Dios y á mis años, así me da el naípe para aderezar un guisado como para coser un surcido.... Con que, adiós.

La buena vieja, dicho esto, salió por la puerta de la tienda que daba al portal, y después de persignada, y sosteniendo con la diestra mano la vacilante cerilla, colocada la siniestra entre ella y su rostro para evitar la ofuscación de sus resplandores, subió pausadamente los noventa y siete escalones que se contaban hasta su chiribitil, haciendo descanso en todas las mesetas ó tramos de los diversos pisos. Y llegada que fué arriba, sacó de su faltriquera la llave, y con temblorosa dirección la encajó en la cerradura; reunió todas sus fuerzas para dar las vueltas, y la puerta se abrió; mas, desgraciadamente, con un impulso muy superior á la resistencia de la cerilla, la cual negó en aquel momento sus reflejos; quiero decir, que se apagó; y la vieja que entraba, y el gato que se esperezaba sobre el fogón, se quedaron á buenas noches.

II.

Las buhardillas.

Algunos días eran pasados, y ya la buena madre sabía por puntos y comas las condiciones y semblanzas de todos sus convecinos, y más especialmente de aquella parte de la tripulación de la casa que, á hablar con propiedad, cobijaba bajo un mismo techo.

Este quinto estado de aquel mecánico artificio no distaba, como hemos visto, más que unos cien palmos de la superficie de la calle, y por lo tanto, tocaba ya en la región de las nubes, con lo cual no habrá de extrañarse si tal cual tormenta solía de vez en cuando alterar la uniformidad de aquella atmósfera. Semejantes tormentas, de que apenas tenemos no-

ticia los habitantes del centro, son harto frecuentes en las alturas; sino que nuestra pequeñez microscópica no sabe distinguir las, ó bien afectamos desdeñarlas por el ningún interés que nos inspiran; pero no han faltado por eso arriesgados aeronautas que ascendieron de intento á estudiarlas; y de uno de éstos, que logró bajar, aunque con una pierna menos, es de quien hube yo en confianza las noticias y observaciones que de suso y de yuso son y serán explicadas.

Dividíase, pues, el elevado recinto que queda señalado, en un doble callejón á diestra y siniestra mano, que prestaba paso y comunicación á ocho ó diez celdillas ó habitaciones, tan cómodas como cepo veneciano, y tan anchurosas como nichos de cementerio. En ellas, mediante sendos treinta reales nominales de alquiler mensual, habían hallado medio de colocarse otros tantos grupos de figuras, reducidas á tal extremo, cuáles por las desdichas pasadas, cuáles por las miserias presentes.

Sabía, por ejemplo, Madre Claudia, que en la primera buhardilla de la derecha, conforme vamos, vivía un pobre empleado, entrado en nueve meses, reloj descompuesto apuntando á Marzo, y con cuatro chiquillos por pesas, que tiraban hacia la próxima Navidad.

Sabía que en la de más allá existía una honrada viuda, fuera de cuenta, clamando en vano por los dividendos del Monte Pío, y sustentada escasamente por el trabajo de tres hijas doncellas, que todo el mundo sabe lo poco que en estos tiempos vale una honrada doncellez. Más allá cobijaba con dificultad un matrimonio joven, zapatero y ribeteadora; él, mozo garrido, de chaquetilla redonda y sortija en el corbatín; ella, airosa y esbelta estampa, de zagalejo corto y mantilla de tira.

En el agujero del rincón que formaba el ángulo de la casa, había entablado su laboratorio un químico de portal, gran confectionador de agua de Colonia y rosa de Turquía, y bálsamo de la Meca, y aceite de Macasar; vendía, además, corbatines y

almohadillas, fósforos y pajuelas, cajetillas y otros menesteres, para lo cual mantenía relaciones con todos los mozos de los cafés, y cuando esto no bastaba, corría con los empeños de alhajas, y negociaba por cuenta de algún anónimo cartas de pago y billetes del Tesoro, ó bien acomodaba sirvientes, ó limpiaba botas en el portal. Él, en fin, era un verdadero tipo de la industria fabricante y mercantil; y tan pronto se traducía en francés, como se trocaba en italiano; y ora se adornaba con un levitín blanco y una enorme corbata, como *il Dottore Dulcamara*, ora corría las calles con sombrero de calaña y agraciado marsellés.

Frontera de la habitación del químico había dado fondo una física criatura, que sin más preparaciones que sus gracias naturales, era capaz de volatilizar la cabeza más templada. Valencia, el jardín de España, había sido la cuna de este pimpollo, y con decir esto, no hay necesidad de añadir si sería linda, pues es bien sabido que en aquel delicioso país es más difícil encontrar una fea, que en otro tropezar con una hermosa. El contar las aventuras por donde esta había venido desde las riberas del Turia á las del Manzanares, y á las sombrías tejas de Madrid desde los pajizos techos del Caballal, fuera asunto para más despacio; baste decir que vino ella, ó que la trajeron, y que la abandonaron, ó que se abandonó, en el término que en el día era tan romancescamente libre como la bella *Esmeralda* de Víctor Hugo, aunque, si va á decir la verdad, algo más positiva que ella; efectos todos del siglo prosaico en que vivimos, en el cual no se matan los hombres por las muchachas de la calle, ni se contentan éstas con bailar y tocar el pandero.

Pared por medio de la valenciana vivía un viejo adusto y regañón, escribiente memorialista á dos reales el pliego, que por el día, detrás de su biombo en un portal, escuchaba las relaciones de los pretendientes, y les ensartaba memoriales, y seguía la correspondencia de media Asturias, y recibía las confesiones de todas las mozas del barrio; y sucedióle á veces,

como veía poco, á pesar de los anteojos, trocar los frenos, quiero decir, los papeles, y asentar una declaración de amor en un pliego del sello cuarto, ó pretender un estanquillo en una orla de corazones y Cupidos. Con lo cual, y otras desazones que le proporcionaba su oficio, traía la cabeza tan llena de embolismos y de bilis, que siempre venía á casa regañando, y como solterón y que no tenía mujer con quien pegarla, la solía pegar con toda la vecindad.

Últimamente, en el ángulo opuesto, y para que nada faltase á este risueño drama, tenía su mansión un hombre de presa (*corchete*, que suele decir el vulgo), el cual, cuando creía que nadie le miraba, solía hacer sus excursiones por el tejado á correr con los gatos, por inclinación y natural simpatía. Hombre de rostro enjuto y sospechoso; cuerpo sutil y mal configurado; manos negras como su ropilla; nariz torcida como la intención; antípoda del agua como un hidrófobo; amante del vino como el mosquito; vara enroscada como sus palabras; oído listo á las promesas y cerrado á las plegarias; multiplicado á veces como edición estereotípica, y tan invisible é impalpable otras, que no pocas llegaron á dudar los vecinos si subía por la escalera ó por el cañón de la chimenea.

Con tan opuestos elementos, combinados ingeniosamente por la casualidad, déjase conocer si podría estar ociosa la imaginación de nuestra Claudia, ó si más bien llegaría en breves días á ser, como si dijéramos, el centro de aquel sistema; planeta fijo que, girando únicamente sobre sí mismo, obligara á los demás á girar dentro de la órbita que les señaló en su derredor.

.

IV

Peripecia.

Una noche... ¡qué noche!... llovía á cántaros, y los vientos desencadenados amenazaban arrancar la miserable techum-

bre de la buhardilla de Madre Claudia; rodaban las tejas y caían á la calle con estrepito, envueltas en torrentes de agua; por los ángulos del desván aparecían goteras interminables, cansadas, que llenaban las jofainas, los barreños, las artesas, y prometían inundar aquel miserable recinto, disolviendo su mecánico artificio; y de vez en cuando un brillante relámpago venía á iluminar todo el horror de aquella escena, y una prolongada detonación concluía por hacerla más terrible é imponente.

Rezaba la vieja y pasaba de dos en dos las cuentas de su rosario, puesta de hinojos delante de una estampa de Santa Bárbara, pegada con pan mascado en el comedio de la pared. De tiempo en tiempo entreabría cuidadosa el ventanillo, por ver si serenaba la tormenta, y volvía á rezar y á darse golpes de pecho, y se asustaba de ver el gato que saltaba por las paredes, y temblaba creyendo haber oído andar en la puerta, y retrocedía al mirar su sombra, viendo en ella temblar su espantable figura, á las trémulas ondulaciones del candil.

En esto un trueno horrísono estalló, y el gato dió un brinco hacia la chimenea, y cayó la luz, y todo quedó en la más profunda oscuridad... La vieja despavorida corre á la puerta, á tiempo que esta se abre por sí misma, y al fulgor de otro relámpago, se ve entrar con precaución á un bulto negro y embozado, que alarga la mano y cierra la puerta detrás de él.

—¡Jesús mil veces!—grita la vieja, y cae en el suelo sin voz ni esfuerzo para decir más.

—Nada tema V., madre Claudia... soy yo... ¿no se acuerda V. lo que me prometió para esta noche...?

—En el nombre sea de Dios, señorito; el Señor le perdona á usía el susto que me ha dado, pues pienso que en tres semanas no me lo han de sacar del ánima.

—Vaya, buena madre, álcese del suelo y encienda una luz, que nos veamos las caras, y pueda yo colgar la capa, que la traigo como sopa de rancho.

—¡Ay, señor! pero con esta noche, que parece que va el cielo á juntarse con la tierra... Mas cuenta que como estoy tan azorada, ni sé qué me hago, ni dónde puse la pajuela.

—A bien que aquí traigo yo fósforos y...

—Alabado sea el Señor; Dios me dé luz en el alma y en el cuerpo; traiga, traiga aquí y endiñaré el candil...pero ¿qué es esto? ¿Usía tiembla también...? (Y así era la verdad, que el osado mancebo, al alargar la luz á la vieja y mirar su lívida y desencajada faz, no pudo menos de hacer un movimiento de retroceso.)

Encendido ya el candil, restablecida la calma y serenado por fin el ruido de la tormenta, pudo entablarse un diálogo misterioso entre la vieja y el señorito, en que éste porfiaba, y la vieja se hacía de rogar; y aquél juraba, y ésta se refa, y luego sacaba aquél un bolsillo, y ésta se ponía á discurrir.

—¿Pero no ve usía, señorito, que me pide un imposible? Yo no le diré que ella no le quiera á usía, y mucho, que á mis años y á mi experiencia no lo ha podido ocultar; pero al fin usía es usía, y ella es una pobre muchacha, hija de un tendero de bien, que se mira en ella como en las niñas de sus ojos, y, aunque pobre, también tiene su aquel; y si él llegara á sospechar la intención con que por usía ha venido á esta casa... ¡Dios nos libre!

—Todo eso está bien, replicó el caballero; pero es lo cierto que ella me quiere, porque yo lo sé, porque ella no me lo ha disimulado, y luego, tú me prometiste convencerla...

—Y mucho, que varias veces la he tanteado sobre el particular; pero, amiguito, una cosa es apuntar y otra caer el gorrión; que no se ganó Zamora en una hora, y para el hierro ablandar, machacar y machacar... No, sino aguarda la breva en Enero, y verás si cae.

—¡Maldita seas con tus refranes y con tu eterno charlar! ¿Pues no me dijiste, vieja del diablo, que esta noche...?

—No es esto decirle á usía que yo no ponga de mío hasta donde se me alcance al magín, que Dios deja obrar las se-

gundas y aun las terceras causas, y por falta de voluntad, ni aun de memoria, no me ha de pedir cuenta el Señor; pero nunca la pude reducir á bondad, y eso que la conté el oro y el moro, y la pinté, como quien dice, pajaritas en el aire; pero así es el mundo; para unas no basta el *so*, ni para otras el *arre*; y muchas conozco yo que no se harían tan remolonas.

—No me vayas á hablar de otras, como sueles, bruja maldita... Yo no he venido aquí á escuchar tus graznidos, ni por todas tus protegidas hubiera subido un solo escalón de esta escalera infernal... Vengo sólo á que me cumplas tu promesa... y ya tú sabes que yo no tengo cara de que se me hagan en balde.

—Pues á eso voy, señor: ¡cáspita! y qué vivos de genio son estos boquirubios, y que...

—Perdona, buena Claudia; pero mi impaciencia...

—Después que una se desvive por servirlos, haciéndose (como quien dice) piedra de molino, para que ellos coman la harina...

—Pero...

—Ande usted de aquí para allí como un zarandillo, por la gracia del señor, cuando á él le convenga; deje usted su establecimiento de la calle de las Huertas,—que bien me estaba yo en él sin estos trampantojos;—súbase usted á las nubes como el gavián, y póngase desde allí en acecho de la perdiz... y todo, ¿para qué...?

—Tienes razón, Claudia, tienes razón; pero como tú me dijiste...

—Y ya se ve que dije, y no me vuelvo atrás, que bien sé lo que me tengo que hacer; pero...

—Mira: toma lo que llevo conmigo, y esto será nada más que principio de mi eterno agradecimiento; pero, por tu vida, que hagas porque yo la vea esta noche, aquí mismo, en tu casa, y... su padre está de guardia, ya ves tú que mejor ocasión...

—Y ¿por quién sabe usfa todo eso, sino por mí?

—Es verdad, dices bien; mucho tengo que agradecerte.

—Quiera Dios que dure, y que á lo mejor no me muestre las uñas.

—No lo temas, amiga Claudia, mi protectora, mi esperanza; ahora baja, que se va haciendo tarde, y me pesan los momentos que dilate el mirarla en mi presencia.

—Vaya, ya bajo, y para la subida me encomiendo á Dios; pero, sobre todo, señorito, me encomiendo también á su prudencia y... ¡Ah! mejor será que os escondáis tras de la puerta, porque el susto de veros no la incline á volver atrás.

—Bien, bien, como queráis, madre Claudia.

Y la vieja se santiguó, y ayudada de su cerilla comenzó á bajar pausadamente la escalera; llegada á la tienda, entabló un diálogo, al parecer indiferente, con la inocente criatura, que, como hemos sabido, estaba sola, con un hermanito de pocos años; y como se quejase de dolores en las sienes, á causa de la tormenta, luego la brindó la vieja con que subiese á su buhardilla, donde la pondría unos parches de alcanfor que la remediasen, con que la prometió que la había de dar las gracias; y la inocente creyó al pie de la letra el consejo de aquel maligno reptil, y luego emprendió con ella la subida de la escalera, encargando de paso á su hermanito el cuidado de la tienda.

Llegadas que fueron arriba, abre Claudia la puerta, cuidando de cubrir con ella á su cómplice; vuelve entonces á cerrar, y éste, ya descubierto, se arroja precipitado á los pies de la joven, y la renueva con los más vivos colores sus juramentos y sus deseos. La sorpresa y la indignación privaron por un momento á la niña del uso de la voz; después lanzó una mirada suplicante á la vieja, la cual, con su diabólica sonrisa, la dió á conocer lo que podía esperar de ella; entonces aquella alma pura recobró toda la energía propia de la virtud; en vano la vieja y el galán quieren detenerla; en vano son los juramentos, las promesas, las amenazas; arráncase vio-

lentamente de sus manos, corre desalada á la puerta, hace saltar los cerrojos y aparece en lo alto de la escalera gritando:

«¡Favor, vecinos, favor!»

En el mismo punto se abren simultáneamente las puertas de las demás habitaciones; y mientras los más próximos acuden á preguntar á la niña, se oye cercano el estrepitoso andar de un hombre armado de pies á cabeza, que subía los escalones cuatro á cuatro, gritando desafortadamente:

—Mi hija... mi hija... ¿quién me la ofende?

A esta pregunta contestan el memorialista y el alguacil, trayendo de las orejas á madre Claudia hasta plantarla de rodillas á sus pies, en tanto que el galán anónimo había tenido por conveniente escapar por el tejado...

El zapatero (que subía á este tiempo la escalera en amor y compañía con la valencianita) mira escapar á su esposa de la buhardilla del químico, y se enfurece de veras, sin reparar que él también tenía por qué callar; en tanto, los chicos del cesante gritan que en el callejón de las esteras hay tres bultos escondidos, que sin duda deben de ser los facciosos...y súbito el aguacil y el memorialista, y el tendero y el cesante, corren á verificar su captura, á tiempo que las niñas de la viuda salen despavoridas, gritando que no los maten, que no son los facciosos, si no sus novios, que, á falta de otro sitio, estaban hablando con ellas en el callejón.

El químico (que desde su chiscón observaba aquel embrollado caos) no halla otro medio para poner término á semejante escena, que reunir multitud de mixtos de salitre y plata fulminante, con que produce un estampido semejante al de un tiro de cañón, y á su horribísimo impulso ruedan por la escalera todos los interlocutores de aquel drama: el tendero, con su hija; el memorialista y el cesante, con los chicos; éstos, agarrados de la vieja; las niñas, de sus galanes; el zapatero, de la viuda; la ribeteadora, del químico; y el alguacil, de la valenciana, gritando: «Favor á la justicia; dejadme á esta pecorilla, que es el cuerpo del delito.»

V.

Desenlace.

Ocho días eran pasados, y el alguacil, en virtud de providencia de su merced el señor alcalde del barrio, había hecho desocupar toda la casa y colocado á la vieja en una buena reclusión; el tendero había cerrado su almacén, y caminaba con su hija hacia las montañas de Santander; las niñas de la viuda, por disposición de ésta, trabajaban entre vidrieras bajo la dirección de *Madama Tul Bobiné*; el zapatero había apaleado á su mujer, y estaba en la cárcel, y ésta se había colocado bajo la protección del químico; finalmente, la valencianita alquilaba un cuarto entresuelo, calle de los Jardines, y al tiempo de extender el recibo, daba por su fiador... al alguacil.

RAMÓN DE MESONERO ROMANOS.

El castellano viejo.

Ya en mi edad pocas veces gusto de alterar el orden que en mi manera de vivir tengo hace tiempo establecido, y fundo esta repugnancia, en que no he abandonado mis lares ni un solo día para quebrantar mi sistema, sin que haya sucedido el arrepentimiento más sincero al desvanecimiento de mis engañadas esperanzas. Un resto, con todo eso, del antiguo ceremonial que en su trato tenían adoptado nuestros padres, me obliga á aceptar, á veces, ciertos convites, á que parecería el negarse grosería, ó por lo menos, ridícula afectación de delicadeza.

Andábame días pasados por esas calles, á buscar materiales para mis artículos. Embebido en mis pensamientos, me sorprendí varias veces á mí mismo riendo como un pobre de mis propias ideas y moviendo maquinalmente los labios; algún tropezón me recordaba de cuando en cuando que para andar por el empedrado de Madrid no es la mejor circunstancia la de ser poeta ni filósofo; más de una sonrisa maligna, más de un gesto de admiración de los que á mi lado pasaban, me hacía reflexionar que los soliloquios no se deben hacer en público; y no pocos encontrones que, al volver las esquinas, di con quien tan distraída y rápidamente como yo las doblaba, me hicieron conocer que los distraídos no entran en el número de los cuerpos clásicos, y mucho menos de los seres gloriosos é impasibles. En semejante situación de espíritu, ¿qué sensación no debería de producirme una horrible palmada que una gran mano, pegada (á lo que por entonces entendí) á un grandísimo brazo, vino á descargar sobre uno de mis hombros, que por desgracia, no tienen punto alguno de semejanza con los de Atlante?

No queriendo dar á entender que desconocía este enérgico modo de anunciarse, ni desairar el agasajo de quien sin duda había creído hacerme más que mediano, dejándome torcido para todo el día, traté sólo de volverme por conocer quién fuese tan mi amigo para tratarme tan mal; pero mi castellano viejo es hombre que cuando está de gracias no se ha de dejar ninguna en el tintero. ¿Cómo dirá el lector que siguió dándome pruebas de confianza y cariño? Echóme las manos á los ojos, y sujetándome por detrás: «¿Quién soy?» gritaba, alborozado con el buen éxito de su delicada travesura. «¿Quién soy?»—Un animal, iba á responderle; pero me acordé de repente de quién podría ser, y sustituyendo cantidades iguales: «Braulio eres», le dije. Al oírme, suelta sus manos, ríe, se aprieta los ijares, alborota la calle y pónenos á entrambos en escena.—«¡Bien, mi amigo! Pues ¿en qué me has conocido?—¿Quién pudiera ser sino tú..?»—«Has venido ya de tu Viz-

caya? — No, Braulio, no he venido. — Siempre el mismo genio. ¿Qué quieres? es la pregunta del español. ¡Cuánto me alegro de que estés aquí! ¿Sabes que mañana son mis días? — Te los deseo muy felices.--Déjate de cumplimientos entre nosotros; ya sabes que yo soy franco y castellano viejo: el pan, pan, y el vino, vino; por consiguiente, exijo de tí que no vayas á dármelos, pero estás convidado. — ¿Á qué? — Á comer conmigo. — No es posible. — No hay remedio. — No puedo, insisto temblando. — ¿No puedes? — Gracias. — ¿Gracias? Vete á paseo; amigo, como no soy el duque de F. ., ni el conde de P...» ¿Quién se resiste á una sorpresa de esa especie? ¿Quién quiere parecer vano? — No es eso, sino que... Pues si no es eso, me interrumpe, te espero á las dos: en casa se come á la española, temprano. Tengo mucha gente; tendremos al famoso X., que nos improvisará de lo lindo; T. nos cantará de sobremesa una rondeña con su gracia natural; y por la noche J. cantará y tocará alguna co-silla.» Esto me consoló algún tanto, y fué preciso ceder; un día malo, dije para mí, cualquiera lo pasa; en este mundo, para conservar amigos, es preciso tener el valor de aguantar sus obsequios. — «No faltarás, si no quieres que riñamos. —No faltaré», dije con voz exánime y ánimo decaído, como el zorro que se revuelve inútilmente dentro de la trampa donde se ha dejado coger. «Pues hasta mañana;» y me dió un torniscón por despedida. VÍle marchar como el labrador ve alejarse la nube de su sembrado, y quedéme discurriendo cómo podían entenderse estas amistades tan hostiles y tan funestas.

Ya habrá conocido el lector, siendo tan perspicaz como yo le imagino, que mi amigo Braulio está muy lejos de pertenecer á lo que se llama gran mundo y sociedad de buen tono; pero no es tampoco un hombre de la clase inferior, puesto que es un empleado de los de segundo orden, que reune entre su sueldo y su hacienda cuarenta mil reales de renta; que tiene una cintita atada al ojal, y una crucecita á

la sombra de la solapa; que es persona, en fin, cuya clase, familia y comodidades, de ninguna manera se oponen á que tuviese una educación más escogida y modales más suaves é insinuantes. Mas la vanidad le ha sorprendido por donde ha sorprendido casi siempre á toda ó á la mayor parte de nuestra clase media, y á toda nuestra clase baja. Es tal su patriotismo, que dará todas las lindezas del extranjero por un dedo de su país. Esta ceguedad le hace adoptar todas las responsabilidades de tan inconsiderado carifio; de paso que defiende que no hay vinos como los españoles, en lo cual bien puede tener razón, defiende que no hay educación como la española, en lo cual bien pudiera no tenerla; á trueque de defender que el cielo de Madrid es purísimo, defenderá que nuestras manolas son las más encantadoras de todas las mujeres; es un hombre, en fin, que vive de exclusivas, á quien sucede poco más ó menos lo que á una parienta mía, que se muere por las jorobas sólo porque tuvo un querido que llevaba una excrecencia bastante visible sobre entrambos omoplatos.

No hay que hablarle, pues, de estos usos sociales, de estos respetos mutuos, de estas reticencias urbanas, de esa delicadeza de trato que establece entre los hombres una preciosa armonía, diciendo sólo lo que debe agradar y callando siempre lo que puede ofender. Él se muere *por plantarle una fresca al lucero del alba*, como suele decir, y cuando tiene un resentimiento, se le *espeta á uno cara á cara*. Como tiene trocados todos los frenos, dice de los cumplimientos que ya sabe lo que quiere decir *cumplo y miento*; llama á la urbanidad hipocresía, y á la decencia monadas; á toda cosa buena le aplica un mal apodo; el lenguaje de la finura es para él poco más que griego: cree que toda la crianza está reducida á decir *Dios guarde á ustedes* al entrar en una sala, y añadir *con permiso de usted* cada vez que se mueve; á preguntar á cada uno por toda su familia y á despedirse de todo el mundo; cosas todas que así se guardará él

de olvidarlas como de tener pacto con franceses. En conclusión, hombres de estos que no saben levantarse para despedirse, sino en corporación con alguno ó algunos otros; que han de dejar humildemente debajo de una mesa su sombrero, que llaman *su cabeza*, y que, cuando se hallan en sociedad, por desgracia sin un socorrido bastón, darían cualquiera cosa por no tener manos ni brazos, porque, en realidad, no saben dónde ponerlos, ni qué cosa se puede hacer con los brazos en una sociedad.

Llegaron las dos, y como ya conocía yo á mi Braulio, no me pareció conveniente acicalarme demasiado para ir á comer; estoy seguro de que se hubiera picado: no quise, sin embargo, excusar un frac de color y un pañuelo blanco, cosa indispensable en un día de días en semejantes casas; vestíme, sobre todo, lo más despacio que me fue posible, como se reconcilia al pie del suplicio el infeliz reo, que quisiera tener cien pecados más cometidos que contar para ganar tiempo; era citado á las dos, y entré en la sala á las dos y media.

No quiero hablar de las infinitas visitas ceremoniosas que antes de la hora de comer entraron y salieron en aquella casa, entre las cuales no eran de despreciar todos los empleados de su oficina con sus señoras y sus niños, y sus capas, y sus paraguas, y sus chanclos, y sus perritos; déjome en blanco los necios cumplimientos que dijeron al señor de los días; no hablo del inmenso círculo con que guarnecía la sala el concurso de tantas personas heterogéneas, que hablaron de que el tiempo iba á mudar, y de que en invierno suele hacer más frío que en verano. Vengamos al caso: dieron las cuatro, y nos hallamos solos los convidados. Desgraciadamente para mí, el señor de X., que debía divertirnos tanto, gran conocedor de esta clase de convites, había tenido la habilidad de ponerse malo aquella mañana; el famoso T. se hallaba oportunamente comprometido para otro convite; y la señorita que tan bien había de cantar y tocar, estaba ronca, en tal disposición, que se asombraba ella misma de que se la enten-

diese una sola palabra, y tenía un panadizo en un dedo. ¡Cuántas esperanzas desvanecidas!

«Supuesto que estamos los que hemos de comer, exclamó don Braulio, vamos á la mesa, querida mía.—Espera un momento, le contestó su esposa, casi al oído; con tanta visita, yo he faltado algunos momentos de allá dentro y.... —Bien, pero mira que son las cuatro ... —Al instante comeremos.... » Las cinco eran cuando nos sentábamos á la mesa.

«Señores, dijo el anfitrión al vernos titubear en nuestras respectivas colocaciones; exijo la mayor franqueza; en mi casa no se usan cumplimientos. ¡Ah, Fígaro! quiero que estés con toda comodidad; eres poeta, y además, estos señores, que saben nuestras íntimas relaciones, no se ofenderán si te prefiero; quítate el frac, no sea que le manches.—¿Qué tengo de manchar? le respondí, mordiéndome los labios.—No importa, te daré una chaqueta mía; siento que no haya para todos.—No hay necesidad.—¡Oh! sí, sí, ¡mi chaqueta! Toma, mírala: un poco ancha te vendrá.—Pero, Braulio... —No hay remedio, no te andes con etiquetas; » y en esto me quita él mismo el frac, *velis, nolis*, y quedo sepultado en una cumplida chaqueta rayada, por la cual sólo asomaba los pies y la cabeza, y cuyas mangas no me permitieran comer probablemente. Díle las gracias: al fin, el hombre creía hacerme un obsequio.

Los días en que mi amigo no tiene convidados, se contenta con una mesa baja, poco más que banquetta de zapatero, porque él y su mujer, como dice, ¿para qué quieren más? Desde la tal mesita, y como se sube el agua del pozo, hace subir la comida hasta la boca, adonde llega goteando después de una larga travesía; porque pensar que estas gentes han de tener una mesa regular, y estar cómodos todos los días del año, es pensar en lo excusado. Ya se concibe, pues, que la instalación de una gran mesa de convite era un acontecimiento en aquella casa; así que, se había creído

capaz de contener catorce personas que éramos, una mesa donde apenas podrían comer ocho cómodamente. Hubimos de sentarnos de medio lado como quien va á arrimar el hombro á la comida, y entablaron los codos de los convidados íntimas relaciones entre sí con la más fraternal inteligencia del mundo. Colocáronme, por mucha distinción, entre un niño de cinco años, encaramado en unas almohadas que era preciso enderezar á cada momento, porque las ladeaba la natural turbulencia de mi joven al átere, y uno de esos hombres que ocupan en el mundo el espacio y sitio de tres, cuya corpulencia por todos lados se salía de madre de la única silla en que se hallaba sentado, digámoslo así, como en la punta de una aguja. Desdobláronse silenciosamente las servilletas, nuevas á la verdad, porque tampoco eran muebles en uso para todos los días, y fueron izadas por todos aquellos buenos señores á los ojales de sus fraques, como cuerpos intermedios entre las salsas y las solapas.

—«Ustedes harán penitencia, señores, exclamó el anfitrión, una vez sentado; pero hay que hacerse cargo de que no estamos en Genieys»; frase que creyó preciso decir. Necia afectación es esta, si es mentira, dije yo para mí; y si es verdad, gran torpeza convidar á los amigos á hacer penitencia. Desgraciadamente no tardé mucho en conocer que había en aquella expresión más verdad de la que mi buen Braulio se figuraba. Interminables y de mal gusto fueron los cumplimientos con que para dar y recibir cada plato nos aburrimos unos á otros. «Sírvase usted.—Hágame usted el favor.—De ninguna manera.—No lo recibiré.—Páselo usted á la señora.—Está bien ahí.—Perdone usted.—Gracias.—Sin etiqueta, señores», exclamó Braulio, y se echó el primero con su propia cuchara. Sucedió á la sopa un cocido surtido de todas las sabrosas impertinencias de este engorrosísimo, aunque buen plato; cruza por aquí la carne; por allá la verdura; acá los garbanzos; allá el jamón; la gallina por derecha; por medio el tocino; por izquierda los embuchados de Extremadura:

siguióle un plato de ternera mechada, que Dios maldiga, y á éste otro, y otros, y otros; mitad traídos de la fonda, que esto basta para que excusen hacer su elogio; mitad hechos en casa por la criada de todos los días, por una vizcaina auxiliar, tomada al intento para aquella festividad, y por el ama de la casa, que en semejantes ocasiones debe estar en todo, y por consiguiente suele no estar en nada.

«Este plato hay que disimularle, decía ésta de unos pichones; están un poco quemados.—Pero, mujer . . . —Hombre, mé aparté un momento, y ya sabes lo que son las criadas.—¡Qué lástima que este pavo no haya estado media hora más al fuego! Se puso algo tarde.—¿No les parece á ustedes que está algo ahumado este estofado?—¿Qué quieres? Una no puede estar en todo.—¡Oh, está excelente, exclamábamos todos, dejándonoslo en el plato; excelente!—Este pescado está pasado.—Pues en el despacho de la diligencia del fresco dijeron que acababa de llegar; ¡el criado es tan bruto!—¿De dónde se ha traído este vino?—En eso no tienes razón, porque es . . . —Es malísimo». Estos diálogos cortos iban exornados con una infinidad de miradas furtivas del marido, para advertirle continuamente á su mujer alguna negligencia, queriendo darnos á entender entrambos á dos que estaban muy al corriente de todas las fórmulas que en semejantes casos se reputan en finura, y que todas las torpezas eran hijas de los criados, que nunca han de aprender á servir. Pero estas negligencias se repetían tan á menudo, servían tan poco ya las miradas, que le fué preciso al marido recurrir á los pellizcos y á los pisotones; y ya la señora, que á duras penas había podido hacerse superior hasta entonces á las persecuciones de su esposo, tenía la faz encendida y los ojos llorosos. «Señora, no se incomode usted por eso, le dijo el que á su lado tenía.—¡Ah! les aseguro á ustedes que no vuelvo á hacer estas cosas en casa; ustedes no saben lo que es esto; otra vez, Braulio, iremos á la fonda y no tendrás . . . —Usted, señora mía, hará lo que . . . —¡Braulio! ¡Braulio!»

Una tormenta espantosa estaba á punto de estallar; empero, todos los convidados á porfía probamos á aplacar aquellas disputas, hijas del deseo de dar á entender la mayor delicadeza, para lo cual no fué poca parte la manía de Braulio y la expresión concluyente que dirigió de nuevo á la concurrencia acerca de la inutilidad de los cumplimientos, que así llama él al estar bien servido y al saber comer. ¿Hay nada más ridículo que estas gentes que quieren pasar por finas en medio de la más crasa ignorancia de los usos sociales? ¿que para obsequiarle le obligan á usted á comer y beber por fuerza, y no le dejan medio de hacer su gusto? ¿Por qué habrá gentes que sólo quieren comer con alguna más limpieza los días de días?

Á todo esto, el niño que á mi izquierda tenía hacía saltar las aceitunas á un plato de magras con tomate, y una vino á parar á uno de mis ojos, que no volvió á ver claro en todo el día; y el señor gordo de mi derecha había tenido la precaución de ir dejando en el mantel, al lado de mi pan, los huesos de las suyas, y los de las aves que había roído; el convidado de enfrente, que se preciaba de trinchador, se había encargado de hacer la autopsia de un capón, ó sea gallo, que esto nunca se supo; fuese por la edad avanzada de la víctima, fuese por los ningunos conocimientos anatómicos del victimario, jamás parecieron las coyunturas. « Este capón no tiene coyunturas », exclamaba el infeliz, sudando y forcejeando, más como quien cava que como quien trincha. ¡Cosa más rara! En una de las embestidas, resbaló el tenedor sobre el animal, como si tuviera escama, y el capón, violentamente despedido, pareció querer tomar su vuelo como en sus tiempos más felices, y se posó en el mantel tranquilamente, como pudiera en un palo de un gallinero.

El susto fué general y la alarma llegó á su colmo cuando un surtidor de caldo, impulsado por el animal furioso, saltó á inundar mi limpiezísima camisa: levántase rápidamente, á este punto, el trinchador, con ánimo de cazar el ave prófuga, y al

precipitarse sobre ella, una botella que tiene á la derecha, con la que tropieza su brazo, abandonando su posición perpendicular, derrama un abundante caño de Valdepeñas sobre el capón y el mantel; corre el vino, auméntase la algazara, llueve la sal sobre el vino para salvar el mantel; para salvar la mesa se ingiere por debajo de él una servilleta, y una eminencia se levanta sobre el teatro de tantas ruinas. Una criada toda azorada retira el capón en el plato de su salsa; al pasar sobre mí hace una pequeña inclinación, y una lluvia maléfica de grasa descende, como el rocío sobre los prados, á dejar eternas huellas en mi pantalón color de perla; la angustia y el aturdimiento de la criada no conocen término; retráse atolondrada sin acertar con las excusas; al volverse tropieza con el criado que traía una docena de platos limpios y una salvilla con las copas para los vinos generosos, y toda aquella máquina viene al suelo con el más horroroso estruendo y confusión. «¡Por San Pedro!» exclama, dando una voz, Braulio, difundida ya sobre sus facciones una palidez mortal, al paso que brota fuego el rostro de su esposa. «Pero sigamos, señores, no ha sido nada», añade volviendo en sí.

¡Oh honradas casas donde un modesto cocido y un principio final constituyen la felicidad diaria de una familia, huid del tumulto de un convite de días! Sólo la costumbre de comer y servirse bien diariamente puede evitar semejantes destrozos.

¿Hay más desgracias? ¡Santo cielo! ¡Sí, las hay para mí, infeliz! Doña Juana, la de los dientes negros y amarillos, me alarga de su plato y con su propio tenedor una fineza, que es indispensable aceptar y tragar; el niño se divierte en despedir á los ojos de los concurrentes los huesos disparados de las cerezas; don Leandro me hace probar el manzanilla exquisito, que he rehusado, en su misma copa, que conserva las indelebles señales de sus labios grasientos; mi gordo fuma ya sin cesar y me hace cañón de su chimenea; por fin, ¡oh última de las desgracias! crece el alboroto y la conversación; roncas ya las voces piden versos y décimas; y no hay más poeta que Fígaro.

«Es preciso.—Tiene usted que decir algo, claman todos.—Désele pie forzado; que diga una copla á cada uno.—Yo le daré el pie: *A don Braulio en este día.*—Señores, ¡por Dios! —No hay remedio.—En mi vida he improvisado.—No se haga usted el chiquito.—Me marcharé.—Cerrar la puerta.—No se sale de aquí sin decir algo.» Y digo versos, por fin, y vomito disparates, y los celebran, y crece la bulla y el humo y el infierno.

Á Dios gracias, logro escaparme de aquel nuevo *Pandemonio*. Por fin, ya respiro el aire fresco y desembarazado de la calle; ya no hay necios, ya no hay castellanos viejos á mi alrededor.

¡Santo Dios, yo te doy gracias, exclamo respirando, como el ciervo que acaba de escaparse de una docena de perros, y que oye ya apenas sus ladridos; para de aquí en adelante no te pido riquezas, no te pido empleos, no honores; líbrame de los convites caseros y de días de días; líbrame de estas casas en que es un convite un acontecimiento; en que sólo se pone la mesa decente para los convidados; en que creen hacer obsequios cuando dan mortificaciones; en que se hacen finezas, en que se dicen versos, en que hay niños, en que hay gordos, en que reina, en fin, la brutal franqueza de los castellanos viejos! Quiero que, si caigo de nuevo en tentaciones semejantes, me falte un *roastbeef*, desaparezca del mundo el *beefsteak*, anonaden los timbales de macarrones, no haya pavos en Perigueux, ni pasteles en Perigord, se sequen los viñedos de Burdeos, y beban, en fin, todos, menos yo, la deliciosa espuma del champagne.

Concluída mi deprecación mental, corro á mi habitación á despojarme de mi camisa y de mi pantalón, reflexionando en mi interior que no son unos todos los hombres, puesto que los de un mismo país, acaso de un mismo entendimiento, no tienen unas mismas costumbres, ni una misma delicadeza, cuando ven las cosas de tan distinta manera. Vístome, y vuelvo á olvidar tan funesto día entre el corto número de gentes que pien-

san que viven sujetas al provechoso yugo de una buena educación, libre y desembarazada, y que fingen acaso estimarse y respetarse mutuamente, para no incomodarse, al paso que las otras hacen ostentación de incomodarse, y se ofenden y se maltratan, queriéndose y estimándose tal vez verdaderamente.

MARIANO JOSÉ DE LARRA.

La noche buena de 1836.—Yo y mi criado. ¹

Delirio filosófico.

El número 24 me es fatal: si tuviera que probarlo diría que el día 24 nací. Doce veces al año amanece sin embargo el día 24: soy supersticioso, porque el corazón del hombre necesita creer algo, y cree mentiras cuando no encuentra verdades que creer; sin duda por esta razón creen los amantes, los casados y los pueblos, á sus ídolos, á sus consortes y á sus gobiernos; y una de mis supersticiones consiste en creer que no puede haber para mí un día 24 bueno. El día 23 es siempre en mi calendario víspera de desgracia, y á imitación de aquel jefe de policía ruso que mandaba tener prontas las bombas las vísperas de incendios, así yo desde el 23 me prevengo, para el siguiente día, de sufrimiento y de resignación, y en dando las doce, ni tomo vaso en mi mano por no romperle, ni apunto carta por no perderla, ni enamoro á mujer porque no me diga que sí, pues en punto á amores tengo otra superstición: imagino que la mayor desgracia que á un hombre puede suceder, es que una mujer le diga que le quiere. Si no la cree, es un tormento,

¹ Por esta vez sacrifico la urbanidad á la verdad. Francamente, creo que valgo más que mi criado: si así no fuese, le serviría yo á él. En esto soy al revés del divino orador que dice: *Cuadra y yo.*

y si la cree.... ¡Bien aventurado aquel á quien la mujer dice *no quiero*, porque ese, á lo menos, oye la verdad!

El último día 23 del año 1836 acababa de expirar en la muestra de mi péndola, y, consecuente en mis principios supersticiosos, ya estaba yo agachado esperando el aguacero y sin poder conciliar el sueño. Así pasé las horas de la noche, más largas para el triste desvelado que una guerra civil; hasta que por fin la mañana vino con paso de intervención, es decir, lentísimamente, á teñir de púrpura y rosa las cortinas de mi estancia.

El día anterior había sido hermoso, y no sé por qué me daba el corazón que el día 24 había de ser *día de agua*. Fué peor todavía; amaneció nevando. Miré el termómetro, y marcaba muchos grados bajo cero: como el crédito del Estado.

Resuelto á no moverme, porque tuviera que hacerlo todo la suerte este mes, incliné la frente, cargada, como el cielo, de nubes frías; apoyé los codos en mi mesa, y paré tal, que cualquiera me hubiera reconocido por escritor público en tiempo de libertad de imprenta, ó me hubiera tenido por miliciano nacional citado para un ejercicio. Ora vagaba mi vista sobre la multitud de artículos y folletos que yacen empezados y no acabados há más de seis meses sobre mi mesa, y de que sólo existen los títulos, como esos nichos preparados en los cementerios, que no aguardan más que el cadáver; comparación exacta, porque en cada artículo entierro una esperanza ó una ilusión. Ora volvía los ojos á los cristales de mi balcón; veíalos empañados y como llorosos por dentro; los vapores condensados se deslizaban á manera de lágrimas á lo largo del diáfano cristal; así se empaña la vida, pensaba; así el frío exterior del mundo condensa las penas en lo interior del hombre; así caen gota á gota las lágrimas sobre el corazón. Los que ven de fuera los cristales, los ven tersos y brillantes; los que ven sólo los rostros, los ven alegres y serenos....

Haré merced á mis lectores de las más de mis meditacio-

nes: no hay periódicos bastantes en Madrid; acaso no hay lectores bastantes tampoco. Dichoso el que tiene oficina; dichoso el empleado, aun sin sueldo ó sin cobrarlo, que es lo mismo: al menos, no está obligado á pensar, puede fumar, puede leer la gaceta!!

«¡Las cuatro! ¡La comida!» me dijo una voz de criado, una voz de entonación servil y sumisa; en el hombre que sirve, hasta la voz parece pedir permiso para sonar. Esta palabra me sacó de mi estupor; é involuntariamente iba á exclamar como don Quijote: «Come, Sancho hijo, come, tú que no eres caballero andante y que naciste para comer;» porque al fin los filósofos, es decir, los desgraciados, podemos no comer; pero los criados de los filósofos!!! Una idea más luminosa me ocurrió: era día de navidad. Me acordé de que en sus famosas saturnales los romanos trocaban los papeles, y que los esclavos podían decir la verdad á sus amos. Costumbre humilde, digna del cristianismo. Miré á mi criado y dije para mí: «Esta noche me dirás la verdad.» Saqué de mi gaveta unas monedas; tenían el busto de los monarcas de España; cualquiera diría que son retratos; sin embargo, eran artículos de periódico. Las miré con orgullo: «Come y bebe de mis artículos, añadí con desprecio: sólo en esa forma, sólo por medio de esa estratagemata se pueden meter los artículos en el cuerpo de ciertas gentes.» Una risa estúpida se dibujó en la fisonomía de aquel sér que los naturalistas han tenido la bondad de llamar racional sólo porque lo han visto hombre. Mi criado se rió. Era aquella risa el demonio de la gula que reconocía su campo.

Tercié la capa, calé el sombrero, y en la calle.

¿Qué es un aniversario? Acaso un error de fecha. Si no se hubiera compartido el año en trescientos sesenta y cinco días, ¿qué sería de nuestros aniversarios? Pero al pueblo le han dicho: «Hoy es un aniversario:», y el pueblo ha respondido: «Pues si es un aniversario, comamos, y comamos doble.» ¿Por qué come hoy más que ayer? Ó ayer pasó

hambre, ú hoy pasará indigestión. Miserable humanidad, destinada siempre á quedarse más acá ó ir más allá.

Hace mil ochocientos treinta y seis años nació el Redentor del mundo; nació el que no reconoce principio, y el que no reconoce fin; nació para morir. Sublime misterio.

¿Hay misterio que celebrar? «Pues, comamos», dice el hombre; no dice: «Reflexionemos.» El vientre es el encargado de cumplir con las grandes solemnidades. El hombre tiene que recurrir á la materia para pagar las deudas del espíritu. ¡Argumento terrible en favor del alma!

Para ir desde mi casa al teatro es preciso pasar por la plaza, tan indispensablemente como es preciso pasar por el dolor para ir desde la cuna al sepulcro. Montones de comestibles acumulados, risa y algazara, compra y venta, sobras por todas partes y alegría. No pudo menos de ocurrirme la idea de Bilbao: figuróseme ver de pronto que se alzaba por entre las montañas de víveres una frente altísima y extenuada: una mano seca y roída llevaba á una boca cárdena, y negra de morder cartuchos, un manojo de laurel sangriento. Y aquella boca no hablaba. Pero el rostro entero se dirigía á los bulliciosos liberales de Madrid que traficaban. Era horrible el contraste de la fisonomía escuálida y de los rostros alegres. Era la reconvención y la culpa; aquella agria y severa, ésta indiferente y descarada.

Todos aquellos víveres han sido aquí traídos de distintas provincias para la colación cristiana de una capital. En una cena de ayuno se come una ciudad á las demás.

¡Las cinco! hora del teatro: el telón se levanta á la vista de un pueblo palpitante y bullicioso. Dos comedias de circunstancias, ó yo estoy loco. Una representación en que los hombres son mujeres y las mujeres hombres. Hé aquí nuestra época y nuestras costumbres. Los hombres ya no saben sino hablar como las mujeres, en congresos y en corrillos. Y las mujeres son hombres; ellas son las únicas que conquistan. Segunda comedia: un novio que no ve el logro

de su esperanza: ese novio es el pueblo español: no se casa con un solo gobierno con quien no tenga que reñir al día siguiente. Es un matrimonio repetido á lo infinito.

Pero las orgías llaman á los ciudadanos. Ciérranse las puertas, ábrense las cocinas. Dos horas, tres horas, y yo rondo de calle en calle á merced de mi pensamiento. La luz que ilumina los banquetes viene á herir mis ojos por las rendijas de los balcones; el ruido de los panderos y de la bacanal, que estremece los pisos y las vidrieras, se abre paso hasta mis sentidos, y entra en ellos como cufia á mano, rompiendo y desbaratando.

Las doce van á dar: las campanas que ha dejado la junta de enajenación en el aire, y que en estar todavía en el aire se parecen á todas nuestras cosas, citan á los cristianos al oficio divino. ¿Qué es esto? ¿Va á expirar el 24, y no me ha ocurrido en él más contratiempo que mi mal humor de todos los días? Pero mi criado me espera en mi casa, como espera la cuba al catador: llena de vino; mis artículos, hechos moneda, mi moneda hecha mosto se ha apoderado del imbécil como imaginé, y el Asturiano ya no es un hombre, es todo verdad.

Mi criado tiene de mesa lo cuadrado y el estar en talla al alcance de la mano. Por tanto, es un mueble cómodo; su color es el que indica la ausencia completa de aquello con que se piensa, es decir que es bueno; las manos se confundirían con los pies, si no fuera por los zapatos, y porque anda casualmente sobre los últimos; á imitación de la mayor parte de los hombres, tiene orejas que están á uno y otro lado de la cabeza, como los floreros en una *consola*, de adorno, ó como los balcones figurados, por donde no entra ni sale nada; también tiene dos ojos en la cara; él cree ver con ellos, ¡qué chasco se llevar! Á pesar de esta pintura, todavía sería difícil reconocerle entre la multitud, porque, al fin, no es sino un ejemplar de la grande edición hecha por la Providencia, de la humanidad, y que yo comparo de

buena gana con las que suelen hacer los autores: algunos ejemplares de regalo, finos y bien empastados; el surtido todo igual, ordinario y á la rústica.

Mi criado pertenece al surtido. Pero la Providencia, que se vale para humillar á los soberbios de los instrumentos más humildes, me reservaba en él, mi mal rato del día 24. La verdad me esperaba en él, y era preciso oírla de sus labios impuros. La verdad es como el agua filtrada, que no llega á los labios sino al través del cieno. Me abrió mi criado, y no tardé en reconocer su estado.

—Aparta, imbécil, exclamé empujando suavemente aquel cuerpo sin alma, que en uno de sus columpios se ventó sobre mí. ¡Oiga! está ebrio. ¡Pobre muchacho! ¡Da lástima!

Me entré de rondón á mi estancia; pero el cuerpo me siguió con un rumor sordo é interrumpido; una vez dentro los dos, su aliento desigual y sus movimientos violentos apagaron la luz; una bocanada de aire, colada por la puerta al abrirme, cerró la de mi habitación, y quedamos dentro, casi á oscuras, yo y mi criado, es decir, la verdad y Fígaro; aquélla en figura de hombre beodo arrimado á los pies de mi cama para no vacilar, y yo á su cabecera, buscando inútilmente un fósforo que nos iluminase.

Dos ojos brillaban como dos llamas fatídicas enfrente de mí: no sé por qué misterio mi criado encontró entonces, y de repente, voz y palabras, y habló y racionó; misterios más raros se han visto acreditados; los fabulistas hacen hablar á los animales, ¿por qué no he de hacer yo hablar á mi criado? Oradores conozco yo, de quienes hace algún tiempo no hubiera hecho una pintura más favorable que de mi astur, y que han roto sin embargo á hablar, y los oye el mundo, y los escucha, y nadie se admira.

En fin, yo cuento un hecho; tal me ha pasado; no escribo para los que dudan de mi veracidad: el que no quiera creerme puede doblar la hoja: eso se ahorrará, tal vez, de fastidio;

pero una voz salió de mi criado, y entre ella y la mía se estableció el siguiente diálogo:

—¡Lástimal dijo la voz, repitiendo mi piadosa exclamación. ¿Y por qué me has de tener lástima, escritor? Yo á ti, ya lo entiendo.

—¿Tú á mí? pregunté sobrecogido ya por un terror supersticioso: y era que la voz empezaba á decir verdad.

—Escucha: tú vienes triste, como de costumbre; yo estoy más alegre que suelo. ¿Por qué ese color pálido, ese rostro deshecho, esas hondas y verdes ojeras que ilumino con mi luz al abrirte todas las noches? ¿Por qué esa distracción constante y esas palabras vagas é interrumpidas, de que sorprendo todos los días fragmentos errantes sobre tus labios? ¿Por qué te vuelves y te revuelves en tu mullido lecho, como un criminal acostado con su remordimiento, en tanto que yo ronco sobre mi tosca tarima? ¿Quién debe tener lástima á quién? No pareces criminal: la justicia no te prende, al menos; verdad es que la justicia no prende sino á los pequeños criminales, á los que roban con ganzúa, ó á los que matan con puñal; pero á los que arrebatan el sosiego de una familia, seduciendo á la mujer casada ó á la hija honesta; á los que roban con los naipes en la mano; á los que matan una existencia con una palabra dicha al oído, con una carta cerrada; á esos ni los llama la sociedad criminales, ni la justicia los prende, porque la víctima no arroja sangre, ni manifiesta herida, sino agoniza lentamente, consumida por el veneno de la pasión que su verdugo le ha propinado. ¡Qué de tísicos han muerto asesinados por una infiel, por un ingrato, por un calumniador! Los entierran: dicen que la cura no ha alcanzado y que los médicos no la entendieron. Pero la puñalada hipócrita alcanzó é hirió el corazón. Tú acaso eres de esos criminales, y hay un acusador dentro de ti, y ese frac elegante, y esa media de seda, y ese chaleco de tisú de oro que yo te he visto, son tus armas maldecidas.

—Silencio, hombre borracho.

—No: has de oír al vino, una vez que habla. Acaso ese oro que á fuer de elegante has ganado en tu sarao, y que vuelcas con indiferencia sobre tu tocador, es el precio del honor de una familia; acaso ese billete que desdoblas, es un anónimo embustero que va á separar de ti para siempre á la mujer que adorabas; acaso es una prueba de la ingratitude de ella ó de su perfidia. Más de uno te he visto morder y despedazar con tus uñas y tus dientes en los momentos en que el buen tono cede el paso á la pasión y á la saciedad.

Tú buscas la felicidad en el corazón humano, y para eso le destrozas, hozando en él, como quien remueve la tierra en busca de un tesoro. Yo nada busco, y el desengaño no me espera á la vuelta de la esperanza. Tú eres literato y escritor, y ¡qué tormentos no te hace pasar tu amor propio, ajado diariamente por la indiferencia de unos, por la envidia de otros, por el rencor de muchos! Preciado de gracioso, harías reír á costa de un amigo, si amigos hubiera, y no quieres tener remordimiento. Hombre de partido, haces la guerra á otro partido; ó cada vencimiento es una humillación, ó compras la victoria demasiado cara para gozar de ella. Ofendes, y no quieres tener enemigos. Á mí ¿quién me calumnia? ¿Quién me conoce? Tú me pagas un salario bastante á cubrir mis necesidades; á ti te paga el mundo, como paga á los demás que le sirven. Te llamas liberal y desprecupado, y el día que te apoderes del látigo, azotarás como te han azotado. Los hombres del mundo os llamáis hombres de honor y de carácter, y á cada suceso nuevo cambiáis de opinión, apostatáis de vuestros principios. Despedazado siempre por la sed de gloria ¡inconsecuencia rara! despreciarás acaso á aquellos para quienes escribes, y reclamas con el incensario en la mano su adulación: adulas á tus lectores para ser de ellos adulado, y eres también despedazado por el temor, y no sabes si mañana irás á coger tus laureles á las Baleares ó á un calabozo.

—¡Basta, basta!

—Concluyo: yo, en fin, no tengo necesidades; tú, á pesar de tus riquezas, acaso tendrás que someterte mañana á un usurero para un capricho innecesario, porque vosotros tragáis oro; ó para un banquete de vanidad, en que cada bocado es un tósigo. Tú lees día y noche, buscando la verdad en los libros hoja por hoja, y sufres de no encontrarla ni escrita. Ente ridículo, bailas sin alegría, tu movimiento turbulento es el movimiento de la llama, que, sin gozar ella, quema. Cuando yo necesito de mujeres, echo mano de mi salario, y las encuentro, fieles por más de un cuarto de hora; tú echas mano de tu corazón, y vas y lo arrojas á los pies de la primera que pasa, y no quieres que lo pise y lo lastime, y le entregas ese depósito sin conocerla. Confías tu tesoro á cualquiera, por su linda cara, y crees porque quieres; y si mañana tu tesoro desaparece, llamas ladrón al depositario, debiendo llamarte imprudente y necio á ti mismo.

—¡Piedad! Déjame voz del infierno.

—Concluyo: inventas palabras y haces de ellas sentimientos, ciencias, artes, objetos de existencia. ¿Política, gloria, saber, poder, riqueza, amistad, amor? Y cuando descubres que son palabras, blasfemas y maldices. En tanto, el pobre Asturiano come, bebe y duerme, y nadie le engaña, y, si no es feliz, no es desgraciado, no es, al menos, hombre de mundo, ni ambicioso, ni elegante, ni literato, ni enamorado. Ten lástima ahora al pobre Asturiano. Tú me mandas, pero no te mandas á ti mismo. Tenme lástima, literato. Yo estoy ebrio de vino, es verdad; pero tú lo estás de deseos y de impotencia!!!...

Un ronco sonido terminó el diálogo; el cuerpo, cansado del esfuerzo, había caído al suelo; el órgano de la Providencia había callado, y el Asturiano roncaba. «¡Ahora te conozco, exclamo, día 24!»

Una lágrima preñada de horror y desesperación surcaba mi mejilla ajada ya por el dolor. Á la mañana, amo y criado yacían, aquél en el lecho, éste en el suelo. El primero tenía

todavía abiertos los ojos, y los clavaba con delirio y con delicia en una caja amarilla donde se leía *mañana*. ¿Llegará ese *mañana* fatídico? ¿Qué encerraba la caja? En tanto, la *noche buena* era pasada, y el mundo todo, á mis barbas, cuando hablaba de ella, la seguía llamando *noche buena*.

MARIANO JOSÉ DE LARRA.

Voltaire.

(Lecciones de historia de la literatura española, francesa, inglesa é italiana en el siglo XVIII.)

En el *Ensayo sobre las costumbres y espíritu de las naciones*, Voltaire ha sido acusado de suma superficialidad, vindicándole de esta acusación algunos de sus parciales, y sobre todo un extranjero, religioso, aunque no profesaba nuestra religión, docto, y que por algún tiempo tuvo gran fama, debiéndola, sobre todo, á haber tratado, aunque rápidamente, la misma materia que trató Voltaire. Hablo, señores, de Robertson, autor escocés, que compuso la historia del reinado de Carlos V, y de quien hablaré posteriormente, cuando trate de Inglaterra; diciendo ahora de paso que su fama se halla muy menguada, comparada con lo que fué en otro tiempo, y que adolece del mismo defecto de superficialidad que otros han tachado en el autor francés. Éste vindicó á Voltaire en su introducción á la *Historia de Carlos V*, diciendo que no era superficial sino más que medianamente instruído; y en efecto, si por un lado la acusación de superficialidad, y aun la de no tener la mejor fe, caen sobre Voltaire

y merecidamente, por otro no hay que creer que era un hombre tan falto de instrucción vasta como algunos enemigos suyos han supuesto. Desgracia es de los hombres que tienen un ingenio demasiado vivo y un entendimiento demasiado claro, ser acusados generalmente de poco profundos, aunque no lo sean; y al revés, es propensión del linaje humano considerar como profundo todo lo que parece indigesto, desaliñado y confuso. En Voltaire hay á veces errores, y errores graves, errores crasos; hay errores cometidos de mala fe; pero hay asi mismo gran abundancia de instrucción, gran variedad de conocimientos, pues en ninguna obra más que en aquella, de todas las suyas (y en las suyas más que en las de ningún otro brillaban la agudeza de ingenio y la claridad de entendimiento), en ninguna obra se ve, lo que se llama sentido común, ejercerse sobre los sucesos con tanta maestría, ni tan bien comprendidas las preocupaciones vulgares, ni juicios tan desapasionados, excepto cuando su odio á nuestra religión le dominaba. Pero ¿cuál era su falta, señores? Cabalmente su falta principal, y en esto estoy de acuerdo con otros críticos franceses, su falta principal fué aquella que él creía ser su principal dote: la filosofía: ¿y por qué le faltaba? Señores, aquel hombre insigne, que había visto muchos errores, que había destruído muchas preocupaciones, que había comprendido que la historia no debe ser solamente la exacta narración de los hechos militares y políticos, sino que debe pasar, si ha de juzgarse por lo que él ponía por título de su obra, á tratar de las costumbres y espíritu de los pueblos, de sus constituciones y de sus leyes, y aun de su literatura; aquel hombre, pues, tan superior á todos bajo este aspecto, había tomado una manía, y esta manía fatal anubló de tal manera su entendimiento, que le hizo faltar al verdadero criterio, suponiendo que la religión cristiana era la causa, ó cuando menos, la compañera inseparable de la barbarie de la edad media. Señores, hablando ante un pueblo cristiano y católico, y hablando de Voltaire, del hombre

que principalmente se propuso zaherir y derribar á la religión cristiana, y señaladamente á la católica y á la corte pontificia, parece que debería cefirme á pronunciar una especie de anatema contra el escritor, que contribuyendo en gran manera á destruir en Europa el espíritu religioso, ha causado á la sociedad tantos daños. Pero no es por estelado por donde voy á considerarle. Concedo por un momento que la religión católica, que aquella religión que había sobrevivido á tantos siglos y resistido á tantas persecuciones, y que debía resistir todavía á una persecución mayor, fuese lo que á Voltaire parecía que era (no se escandalice nadie, porque de esta concesión disto mucho). Aun así, si lejos de haberse anublado su entendimiento con la idea de las persecuciones religiosas, al contrario hubiese estado alumbrado de la luz de la razón desapacionada, filosóficamente hablando, debía haber considerado el influjo benéfico del cristianismo en aquellos tiempos, para conservar viva la sociedad, cuando la fuerza brutal, contrapuesta á la dignidad pontificia, no era más que uno de los esfuerzos que hacía para perpetuarse la barberie. Debía haber visto que lo que se llama en idioma moderno el progreso, existe siempre en la sociedad; que si bien en la edad media desaparecieron aquellas artes que tanta gloria dieron á Grecia y á Roma, y se perdieron con ellas muchas cosas que, al par que lisonjean nuestros sentidos, dan alimento á nuestra imaginación, quedó, sin embargo, algo vivo que iba constantemente adelantando; quedó un pensamiento grande, que no había nacido en los tiempos de Grecia y de Roma, el del alma, ese pensamiento que hacía que el hombre aun más vulgar creyese en su conciencia, y del cual carecieron hasta los más famosos ciudadanos de Atenas y de Roma. Debió haber considerado que, reinando este gran pensamiento, produjo la gran consecuencia de la abolición absoluta de la esclavitud. Debió haber considerado que si bien los Papas abusaron de su poder, porque de todo poder se abusa, al mismo tiempo hicieron grandes servicios á las sociedades

venideras. Nada de esto conoció Voltaire; al contrario, ciego de ira contra el cristianismo, se ponía de parte, no del espíritu de progreso que con él iba envuelto, sino del espíritu contrario.

Esta es la falta principal de aquella grande obra. Nada hablaré de su estilo: ¿qué puede decirse, señores, del estilo de Voltaire, que no sea en su alabanza? Si carece de las altas perfecciones del de Bossuet; si le falta la imaginación de aquel varón insigne, sobre todo el estar poseído de aquel afecto vivo á la religión; si no tiene esa ternura que brilla en Fenelón, y de que no dió grandes muestras aquel hombre frívolo, aunque á veces arrebatado; en cambio es siempre fácil, nunca hinchado, siempre claro, siempre ingenioso. Es autor que con dificultad se cae de las manos. Verdad es que á veces pierde un tanto de vista la gravedad histórica. Verdad que se olvida á menudo de la filosofía de que era tan devoto, y se olvida de ella, principalmente, atribuyendo á menudo á causas frívolas lo que, considerado filosóficamente, debería haberle parecido como nacido de causas poderosas. Pero también por partir la narración en trozos pequeños, faltaba así en ella, con la unidad, un verdadero conjunto.

ANTONIO ALCALÁ GALIANO.

R o u s s e a u.

(Lecciones de historia de la literatura española, francesa, inglesa é italiana en el siglo XVIII.)

Antes de hablar de la parte de la historia de Rousseau, relativa á su influjo político, anuncié que hablaría de la obra

inmortal de *Emilio*, no porque la crea una obra llena de verdad; no porque juzgue que el sistema de educación allí propuesto pueda recobrar el concepto que ha perdido; sino porque, en medio de sus faltas, contiene bellezas de orden superior, que todos los hombres sensibles admirarán en todos los siglos, aun separándose del principio que las dicta. He pintado á la sociedad francesa de principios del siglo XVIII; á Voltaire dominando en ella; levantada la bandera de los enciclopédistas por d'Alembert, deísta dudoso, ó, diciéndolo con más propiedad, atéista tímido, y por Diderot, atéista osado, que defendía el ateísmo con entusiasmo, á pesar de la frialdad de esta doctrina. En medio de éstos se apareció Juan Jacobo Rousseau declamando contra la misma civilización, pero alzando la bandera del espiritualismo, que en ninguna parte tremoló más hermosa que en la obra de *Emilio*. El principio que adoptó y explicó y recomendó en la parte de su obra relativa á la educación, así como es erróneo en general, no es, por otra parte, nuevo. En todos los *utopistas* modernos y en la utopía de Tomás Moro, que ha dado á todos los sistemas parecidos su nombre, hay algo semejante; y en la república de Platón y algún otro escrito de la antigüedad hay mucho de la misma especie. Esto no obstante, es bello su empeño de querer formar la razón del hombre y no meramente cargar su memoria, si bien por otro lado, por medio de la segunda, se influye con acierto en la primera. Es hermoso recordar á las madres sus obligaciones, y entre ellas la de criar á sus pechos á los hijos que les ha dado la naturaleza, aunque haciéndose cargo el autor de la corrupción de las costumbres, y de que abundan madres poco dignas de cumplir con obligación tan principal y sagrada, conoce y confiesa que madres de tal especie aciertan en dejar la crianza de sus hijos á una extraña, si mercenaria por otro lado, sencilla, sana y robusta. Es acertado en el *Emilio* recomendar la atención á la parte física del hombre, que con la moral tiene conexión tan estrecha, y es dignísimo de alabanza en la

misma obra el empeño de formar el alma á la virtud antes que el entendimiento. Y sin embargo, señores, lo repito, el total del sistema de educación propuesto en el *Emilio*, es completamente equivocado, y reducido á la práctica en cuanto cabe, pues reducirle completamente es imposible, sale funesto en sus consecuencias, distando infinito de dar, así en lo moral como en lo intelectual, los buenos frutos que su autor se promete. Porque, en verdad, señores, sin ser yo de aquellos que se oponen á los adelantamientos de la sociedad, desacreditando cualquier tentativa para abrirse en la región del entendimiento nuevos caminos por donde se descubran cosas nuevas, diré que es frecuente, al querer apartarse de las sendas trilladas, ir á parar en despeñaderos. Esto cabalmente sucedió á Rousseau cuando quiso separarse de los sistemas de educación conocidos y generalmente seguidos, pues buscando la sencillez y verdad (como advierte bien el insigne M. Villemain), imaginó, á fin de formar la razón de su educando, á un preceptor haciendo de continuo una especie de comedia, ó poniéndole ante los ojos, para darle á conocer bien las cosas en su parte moral ó racional, una perpetua fantasmagoría: de donde resulta enseñarse la verdad por medio de un engaño constante, y de donde bien podría seguirse, conocida la tramoya, desacreditarse su efecto, aunque hubiese sido saludable al principio. Tampoco es acertado, por querer formar el cuerpo, descuidar tanto como quiere el autor, ó diciéndolo con más propiedad, desatender por tiempo tan dilatado el alma, ni queriendo el buen cultivo del entendimiento, desechar al punto que él hace, el instrumento de la memoria y el medio de la lectura. Ello es que en los días de mayor fama de Rousseau, cuando hubo quien tomó por aciertos hasta las extravagancias de su plan de educación, y redujo su teórica puntualmente á práctica, empezando hasta por dar á su hijo y discípulo el nombre de Emilio, sacó un ente cuya moral en nada sobresalía, y cuyo entendimiento no se distinguía, ni por lo agudo ni por lo claro, habiéndolo alumbrado la luz del saber, de intento llegada á sus ojos muy tarde, de un modo no poco imperfecto.

Un trozo hay en la obra de Rousseau que vamos examinando, el cual por la materia de que trata, y por las doctrinas que contiene, es digno en gran parte de reprobación, dándole yo la mfa muy severa, como debo, desde este sitio; pero que, con todo, encierra hartas cosas admirables y aun recomendables, aun sin tomar en cuenta lo magnífico y hechicero de su elocuencia. Hablo de la famosa profesión de fe puesta en boca de un imaginario vicario de Savoya, en la cual se explica y recomienda la doctrina del deísmo. Pero ¡qué deísmo! ¡Cuán diferente del de Voltaire y del de sus discípulos, y del de casi todos los filósofos de aquellos días! Bien es cierto que el materialista Condorcet, en su *Vida de Voltaire*, celebra la tal profesión de fe como un acto de noble arrojo de Rousseau contra la religión cristiana, advirtiéndole que, cuando salió á luz, ni Voltaire se había todavía atrevido á tanto, á lo menos en una obra seria. No es menos cierto que, recién salido á luz el *Emilio*, d'Alembert, según refiere el mismo Rousseau en sus Confesiones, escribió á éste que había compuesto la mejor obra del siglo, elogio que, saliendo de boca de aquel filósofo, debe adjudicarse en la composición elogiada á la parte de ella donde se predica otra religión en vez de la cristiana. Pero los hombres de aquel tiempo en su aprobación y aplauso de toda cuanto combatía la fe antigua según estaba establecida, desconocieron en el que miraban como nuevo campeón en la liga anti-religiosa, un hombre en sus principios más parecido á sus contrarios que á ellos mismos.... Bien hubo de notarlo Voltaire, cuyo entendimiento, además de ser extraordinariamente claro, iba alumbrado por la llama de la envidia que en él excitaba la fama de un hombre llegado en poco tiempo á ser su rival, y rival poderoso. En efecto, lo más notable en Rousseau de ésta era que levantaba la bandera del espiritualismo, enteramente contraria á la que tremolaba en la hueste de los filósofos del siglo XVIII, y que la levantaba y defendía con fe viva, con sincero y fogoso entusiasmo, y con sin par aliento. Así cuando la cultura europea, variando de in-

dole, de ser hija del cristianismo, y fundada en la creencia del alma, pasaba á ser su contraria, ó á lo menos, cuando la parte más principal y lucida de los escritores había dado al movimiento intelectual del siglo en Francia, un impulso que de allí se comunicaba á otros pueblos, y que le llevaba á un deísmo tan cercano al ateísmo que con él se confundía, siendo el dogma dominante el de un materialismo más ó menos embozado, más ó menos claro á la vista de los mismos que le profesaban; cuando las obras de Helvecio recién publicadas aún, ó trabajándose sin remontarse á la primera fama, tenían no pocos admiradores, ó, cuando menos, aprobadores de su doctrina; cuando en el deísmo del patriarca Voltaire se veía clara la negación del alma, hé aquí que se levanta un hombre rehabilitando la parte espiritual de la humana naturaleza, y si empleando para ello en cierto modo las armas de la nueva filosofía, protestando que no las empleaba ó que no las usaba para el mismo fin que solían usarse; devoto, aunque errado en su devoción, y cuyo estilo elocuente y arrebatado, como hijo de sus pensamientos, declaraba bien nacer de otra fuente que de aquella en donde bebían la mayor parte de los ingenios de nota y fama.

Al ente privado de libertad y semejante en todo á los brutos, de los cuales se distinguía por la mejor configuración de sus manos y por la dichosa casualidad de haber acertado con el uso de la palabra, á este ente, que era el hombre de Helvecio, el hombre descrito y calificado en la corte de Federico II de Prusia de *hombre-máquina*, si bien por un autor de corto mérito y no mayor celebridad, que era el médico Lemettrie, el hombre que reconocían Diderot, d'Holbach y todos sus amigos, capitanes de la hueste filosófica, contrapuso Rousseau un hombre con alma, responsable á Dios de sus acciones, movido, no por cálculos de interés, sino por consideraciones de obligación y justicia, y capaz de afectos tiernos y de pensamientos nobles y levantados. Así en su doctrina había una parte de cristianismo, y de lo que en el cristianismo

es admirable, de lo que le distingue de las creencias de la antigüedad y aun de las mejores sectas filosóficas antiguas ó modernas, donde es cuestión dudosa la espiritualidad en el dogma primero. Rousseau, pues, en la filosofía hizo algún servicio á la causa de la humana felicidad, atajando en su carrera á la filosofía envilecedora de la dignidad del hombre, y creando en sus devotos una secta diversa de filósofos, que en un punto importantísimo hacían guerra á los sectarios de otra filosofía, y sin querer venían á ser auxiliares del cristianismo. Así hasta en su no muy decorosa comparación de Sócrates con el Divino Redentor del linaje humano, con agudeza notó, y con algún provecho hizo patente, la ventaja de la moral cristiana á la pagana, aun considerando esta última en uno de sus mejores modelos, en el primero y más admirado filósofo moral entre los gentiles. Por otro lado, Rousseau es vituperable y peligroso, consistiendo cabalmente el peligro de su doctrina en que, acercándose más á la verdad, de ella se descarría y aparta, empleando para el intento una elocuencia por demás seductora, donde brillan el raciocinio y la imaginación á la par, animado todo por un estilo sencillo un tanto y numeroso, y por una dicción llana y no poco correcta, con cierto sabor al siglo décimo sexto.

El siglo en que vivió Rousseau, por lo mismo que le dió tantos admiradores ó adoradores, no pudo hacer justicia completa á su doctrina. Por eso en él hizo tanto y tan grave daño cuanto bien, y por eso llegó á ser execrado á la par que Voltaire por la gente piadosa. Pero el siglo XVIII pasó ya, señores, y nosotros, á alguna distancia de él, estamos ya bien situados para juzgarle, y á cuantos en él florecieron y ganaron fama. Así, hablando de Rousseau, puede descubrirse en él lo que se ocultó á sus contemporáneos en el entusiasmo de admiración apasionada ó de no menos violenta ira, y nosotros mirándole como hombre á quien ni amamos ni odiamos, no deslumbrados ya por sus luces, habiendo visto el efecto de sus predicaciones, como igualmente el de las máximas de los filósofos de

otras sectas, bien podemos, generación nueva y presente, sin dejar de advertir sus yerros y las consecuencias que deban tener y tuvieron, descubrir y dar á notar sus perfecciones hasta morales, y, sin absolverle de culpa, hacerle completa justicia.

ANTONIO ALCALÁ GALIANO.

Elia, ó España treinta año há.

Entristecíase profundamente Carlos bajo aquel cielo ceniciento, que parece el primer atacado del indígena mal, el *spleen*; en aquella fría neblina, en la que se envuelve la gran ciudad como en una mortaja, y que es sobre vuestras cabezas una noche sin estrellas, á vuestro alrededor, una noche sin descanso. Alzábanse, sobre la nieve, tersa y fría como el mármol, los negros y deshojados árboles, como esqueletos que levantasen sus brazos al cielo para pedir sepultura. Para él los días no tenían fin y las noches eran eternas. Y á pesar de parecerle parado el reloj del tiempo, los meses corrían persiguiéndose sin descanso. El invierno daba sus últimos bramidos en el equinoccio al ver triunfar de sus lúgubres noches los días apacibles de la primavera. Aunque pálido y débil, aparecía el sol, como un convaleciente. Cubríase el suelo de un aterciopelado césped como de un fresco vestido de primavera; el campo ostentaba todas sus galas, prodigaba todas sus sonrisas y brindaba todos sus encantos en aquellos sitios campestres, tan suaves y románticos como sus poemas. Pero nada hablaba al corazón del desterrado.... en que sólo cabían recuerdos y esperanzas!

Acabósele de hacer intolerable su situación, cuando calculó que sólo quedaban á Elia dos meses de noviciado. Aguardó aún el último plazo que le había señalado su hermano; pero cuando llegó éste, y vió que, como los anteriores, era este nuevo plazo otro eslabón de una cadena forjada para retenerle ausente, se indignó, y sin esperar más, sin cuidarse de las resultas, pidió su pasaporte, y se embarcó á la ventura.

¡Cómo palpité su corazón de intenso gozo, cuando vió bosquejarse al horizonte la España y redondearse las costas de su patria como el seno de una nodriza! El puro azul del cielo y el brillante azul del mar, parecían entreabrirse como una concha de turquesa para mostrar en su seno la blanca Cádiz como una perla. Vea á su izquierda la ciudad de San Lúcar, pareciendo la urna en que se apoya el Betis, con su corona de juncos, su barba de plateada espuma, y su aliento de azahares. Vió á Rota, el puerto de Santa María, puerto Real, la isla de San Fernando, formados como cortesanos de la primavera en rededor de Cádiz; á Medina, que han labrado en alto como un nido de alabastro. Vió en la bahía aquella selva movediza de masteleros, árboles esclavos tostados con los soles de los trópicos, endurecidos con las nieves de los polos, diciendo alegremente el nombre de su patria con sus lenguas de colores, recogiendo sus velas como pájaros que descansan sus alas, confiando en sus áncoras como el comercio en la buena fe. Fijó una mirada agradecida en el faro de San Sebastián, que Cádiz ha alejado de sí y edificado sobre unas peñas en medio del mar, á fin de que el ruido de la ciudad no pueda distraerle y el de las olas le recuerde su santa misión; cíclope de granito, centinela impenetrable como la confianza, vigilante como los celos, mientras la mar le azota los pies con sus olas y le salpica la frente con sus espumas; perenne vigía, vestal cristiana, cuidando esa pequeña llama que da tanta claridad! ¡Llama santa, con la que la caridad estampa en la páfida oscuridad la voz CUIDADO; dedo de fuego, con el que la humanidad indica el peligro que oculta la noche; buen consejo

envía al través del espacio, las tinieblas y las tempestades, el hermano al hermano; simpatía práctica, que une al que peli-gra aislado, con los que descansan seguros; aulas de caridad, que los ángeles señalan á Dios con el dedo para mostrarle que los hombres recuerdan su santo Evangelio!

Vió Carlos todo este conjunto tan vasto, tan espacioso, tan dilatado, y sin embargo recogido y distinto por la pureza del aire, que impide se confundan los objetos en la distancia. Sobre este inmenso cuadro el cielo andaluz, qué tiene el encanto de una sonrisa, el embeleso de una mirada de amor, la poesía de lo infinito, cuya magia es un magnetismo del alma; ese cielo tan puro, que no se empañá sino con albas nubecillas como copos de nieve, que vagan sin dirección, como la mirada de un recién nacido, y por la noche con sus estrellas, como con sus brillantes la mujer que desea agradar; ese cielo siempre sereno, siempre apacible como la virtud, que no se cubre de nublados, sino después que, reseca la tierra, le dice: TENGO SED!

Apenas hubo desembarcado Carlos en Cádiz y recorrido algunas de sus calles primorosas y derechas como niñas bien criadas, se embarcó para el Puerto, en un falucho que con su semi-arrogante semi-piadoso letrado de

¡Con Dios voy,
Mis obras dirán quien soy!

se le brindaba. Éste, desplegando su enorme vela latina que se hinchó al soplo de la brisa, como se hincha de alegría el corazón que emprende la vuelta á su hogar, se puso á bogar ligero contra las olas, que sorprendidas murmuraban á sus costados como entes voluntariosos á quienes se les quiebra la voluntad.

Pasada la barra, que precede á la entrada del río Guadalete, en cuya orilla se extiende el Puerto de Santa María, quitóse el patrón su sombrero, y entonó en alta voz un Padre Nuestro por las almas de los muchos que han perecido en aquel

peligroso escollo; ¡santo sufragio, tierno recuerdo del que se salva al que sucumbió, que debían respetar por humanidad los que no lo respetan por devoción! Pero esta tierna, piadosa y grave costumbre, ha sido abolida, sirviendo el impío sarcasmo de puñal para unos, de espantajo para otros. Así hicieron los impíos el gran servicio á la *ilustración*, de helar la oración en la boca de la generalidad. Las gentes superiores, á quienes ni hieren ni imponen escarnios, enmudecieron también, temiendo dar pábulo con el testimonio de su fe á que se emitiesen impiedades y herejías que hiciesen más daño que provecho podría causar su buen ejemplo (que buen ejemplo es el socorro, la dádiva moral, obligatorios del que es rico en inteligencia al que es pobre).

Tal es la osadía inaudita y provocativa de los blasfemos, en esta lucha, que hace considerar á los fieles un silencio como una concesión, una tregua como una gracia.

Llegó Carlos al Puerto de Santa María, que, con ser una ciudad poco poblada y tener alrededores estériles, halla medio de ser alegre y bonita; anduvo en poco tiempo en una ligera calesa las tres largas y monótonas leguas que separan este Puerto de San Lúcar, que, rico de frutas; como Pomona, ofrece al sediento viajero su fina manzanilla y las puras y variadas aguas de sus fuentes. Allí donde se traga el mar ansioso las dulces aguas del Guadalquivir, se embarcó en el vapor; el que voló hacia Sevilla, cual si adivinase llevaba un amante que depositar al lado de la que amaba. Subió Carlos las orillas del río, monótonas, solitarias, tristes, como una larga existencia al llegar á su término, y que tanto se alegran, se visten de huertas y naranjos al acercarse á Sevilla, porque Sevilla es su querida, y fueron los confidentes de sus amores los poetas antiguos, y lo son los modernos; que el amor no tiene secretos para la poesía, ni la poesía para el amor; así como no los tienen el alma y el corazón.

Llegó la noche. Alumbraba la luna con su serena luz á la naturaleza arrullada en su dulce *far-niente* por el canto del

ruiseñor, que tiene una indefinida emoción que llena de lágrimas los ojos; por el sonido de las guitarras que esparcen pensamientos de amor, y por la perfumada brisa que la refrescaba, como á una hurí el aire de su abanico de olorosas plumas.

Carlos no quiso desde luego entrar en la dormida ciudad, y se quedó vagando por aquellas calles de árboles de los paseos, entre cuyo ramaje brillaban aún algunas luces de los reverberos, que parecían rayos que el sol hubiese olvidado, escondidos como estaban entre la hojarasca.

Es preciso tener en Sevilla su patria y sus amores, para enajenarse y gozar, como lo hacía Carlos, de la felicidad del regreso ¡que se compra tan cara con la ausencial y saborear como él, la encantadora armonía que entre sí tienen el amor, la primavera, los cantos, la soledad y la luna, astro que está, como el corazón que ama, entre el cielo y la tierra.

FERNÁN CABALLERO.

El nacimiento.

(La noche de Navidad.)

Cuando entraron los niños en la sala, tan embalsamada, tan iluminada, y vieron el hermoso Nacimiento colocado en ella, una inmensa alegría inundó sus corazones. Pero ¿quién es el que ha visto un Nacimiento y no la ha sentido? ¿Quién no se ha hallado como en su casa, en su propiedad, en aquella naturaleza fantástica de corcho y papel engomado, con sus oscuras cuevas, en que ora, ante un Crucifijo, un santo ermitaño, gracioso y sencillo anacronismo, como lo son el cazador que en una selva de matitas de romero dispara un tiro á una perdiz posada en la torre de una ermita como

una cigüeña, y aquel contrabandista con su manta y su sombrero gacho, que con una carga de tabaco se esconde tras de una roca de papel, para dejar libre paso á los tres Reyes, que por las altas cumbres de esos Alpes de corcho caminan en toda su gloria? . . . ¿Quién no siente un placer inexplicable al ver pasar aquel borriquito cargado de leña por un soberbio puente de cantería de papel? . . . ¿Y aquel pradito de bayeta verde desmenuzada en que pacen tan tranquilos y tan blancos aquellos corderitos? ¿No os da frío aquella escarcha tan bien imitada con arenilla de acero? ¿No os da gana de calentaros aquella hoguera tan coloradita que encienden los pastores para calentar al niño? ¿Quién no se afana por descubrir debajo de los cristales que figuran tan bien un río helado, los peces, las tortugas, los cangrejos que están con toda comodidad sobre el cauce de dorada arena, trastornando en sus tamaños respectivos los que les atribuyen los naturalistas? Vése aquí un cangrejo, por cuyas tenazas puede pasar una anguila su vecina, como por el ojo de un puente; aquí un ratón colosal mira con aire de Matamoros á un diminuto y pacífico gatito; más allá un borrico disputa con una libre sobre el grandor de sus orejas, que son de un mismo tamaño; un toro se ve en igual contienda en punto á cuernos con un caracol, y un fornido pato no quiere ceder la primacía á un cisne raquítico. Y estos pájaros de todos colores, que alegran los intrincados bosques de ramas de lentisco, que forman el fondo de este cuadro encantador, ¿no os parecen acaso acudir de las cuatro partes del mundo? ¿No os alegra ver bailar á los pastores? Y sobre todo, ¿no adoráis enternecidos el divino misterio contenido en aquel portalito con su techo de paja, y en el fondo su aureola ó gloria de luz? Nosotros lo decimos francamente, en aquella santa y alegre noche, todo nos parece vivir y sentir; aquellas figuritas de barro hechas por torpes manos, puestas allí con tanta buena fe y tanta devoción, nos parecen animarse y recibir alma, de la alegría y entusiasmo que reinan. La es-

trella que guía los magos, ese oropel y cristal, se nos figura flamígera, y arrojar resplandores. La aureola que circunda el pesebre en que yace el Dios hecho hombre, nos parece brillar, no por las luces que transparenta, sino con un brillo del cielo con los rayos del sol; las zambombas, panderetas y cantos nos son tan simpáticos y tan gratos, como si fuesen los ecos de los que en aquella dichosa noche hicieron resonar los pastores.

¿Puede acaso darse una fiesta más alegre, más sencilla, más tierna y al mismo tiempo más elevada? El nacimiento de un niño en un portal abandonado, y celebrado por pastores; la inocencia, la pobreza, la sencillez, primeras bases del magnífico edificio del cristianismo. Así ¡cuánto no celebran los niños y los pobres esta fiesta! Traen á Dios lo que más le complace, la inocencia, la fe y el amor. ¡Oh noche, bien denominada buena, más alegre que el carnaval, y santa como la semana que lleva este nombre!

FERNÁN CABALLERO.

Descripción.

(La Gaviota.)

El fin de Octubre había sido lluvioso, y Noviembre vestía su verde y abrigado manto de invierno.

Stein se paseaba un día por delante del convento, desde donde se descubría una perspectiva inmensa y uniforme: á la derecha el mar sin límites; á la izquierda la dehesa sin término. En medio se dibujaba, á la claridad del horizonte, el perfil oscuro de las ruinas del fuerte de San Cristóbal, como la imagen de la nada en medio de la inmensidad. La mar,

que no agitaba el soplo más ligero, se mecía blandamente, levantando sin esfuerzo sus oleadas, que los reflejos del sol doraban, como una reina que deja ondear su manto de oro. El convento, con sus grandes, severos y angulosos lineamientos estaba en armonía con el grave y monótono paisaje: su mole ocultaba el único punto del horizonte interceptado en aquel uniforme panorama.

En aquel punto se hallaba el pueblo de Villamar, situado junto á un río tan caudaloso y turbulento en invierno, como pobre y estadizo en verano. Los alrededores, bien cultivados, presentaban de lejos al aspecto de un tablero de damas, en cuyos cuadros variaba de mil modos el color verde: aquí el amarillento de la vid aún cubierta de follaje; allí el verde ceniciento de un olivar, ó el verde esmeralda del trigo que habían hecho brotar las lluvias de otoño; más allá el verde sombrío de las higueras, y todo esto dividido por el verde azulado de las pitas de los vallados. Por la boca del río cruzaban algunas lanchas pescadoras; del lado del convento, en una elevación, se veía una capilla: delante se alzaba una gran cruz, en una base de forma de pirámide, de mampostería blanqueada; detrás había un recinto cubierto de cruces pintadas de negro. Este era el Campo Santo.

Delante de la cruz pendía un farol, siempre encendido; y la cruz, emblema de salvación, servía de faro á los marineros, como si el Señor hubiera querido hacer palpable sus parábolas á aquellos sencillos campesinos, del mismo modo que se hace diariamente palpable á los hombres de fe robusta y sumisa, dignos de aquella gracia.

No puede compararse este árido y uniforme paisaje con los valles de Suiza, con las orillas del Rhin, ó con la costa de la isla de Wight. Sin embargo, hay una magia tan poderosa en las obras de la naturaleza, que ninguna carece de bellezas y atractivos; no hay en ellas un solo objeto desprovisto de interés, y si á veces faltan las palabras para explicar en qué consiste, la inteligencia lo comprende y el corazón lo siente...

El día estaba tan hermoso, que sólo podía compararse á un diamante de aguas exquisitas, de brillante esplendor, y cuyo valor no aminora el más pequeño defecto. El alma y el oído reposaban suavemente en medio del silencio profundo de la naturaleza. En el azul turquí del cielo no se divisaba más que una nubecilla blanca, cuya perezosa inmovilidad la hacía semejante á una odalisca ceñida de velos de gasa, y muellemente recostada en su otomana azul.

La subida de la cuesta, aunque corta y poco empinada, había agotado las fuerzas, aún no restablecidas, de Stein. Quiso descansar un rato y se puso á examinar aquel lugar.

Acercóse al cementerio. Estaba tan verde y tan florido, como si hubiera querido apartar de la muerte el horror que inspira. Las cruces ceñidas de vistosas enredaderas, en cuyas ramas revoloteaban los pajarillos cantando: *¡Descansa en paz!* Nadie habría creído que aquella fuese la mansión de los muertos, si en la entrada no se leyese esta inscripción: *«Creo en la remisión de los pecados, en la resurrección de la carne y en la vida perdurable. Amén.»* La capilla era un edificio cuadrado, estrecho y sencillo, cerrado al frente con una reja y coronada su media naranja con una cruz de hierro. La única entrada era una puertecita inmediata al altar.

En este había un gran cuadro pintado al óleo, que representaba una de las caídas del Señor con la cruz. Detrás se veían la Virgen, San Juan y las tres Marías; y al lado del Señor, los feroces soldados romanos. De puro vieja había tomado esta pintura un tono tan oscuro, que era difícil discernir los objetos; pero aumentando al mismo tiempo el efecto de la profunda devoción que inspiraba su vista, sea porque la meditación y el espiritualismo se avienen mal con los colores chillones y relumbrantes, ó sea por el sello de veneración que imprime el tiempo á las obras del arte, mayormente cuando representan objetos de devoción, que

entonces parecen doblemente santificados por el culto de tantas generaciones. Todo pasa y todo muda en torno de esos piadosos monumentos, menos ellos que permanecen, sin haber agotado los tesoros de consuelos que á manos llenas prodigan.

La devoción de los fieles había adornado el cuadro con diferentes objetos de hojuela de plata, colocados de tal modo, que parecían formar parte de la pintura. Eran éstos una corona de espinas sobre la cabeza del Señor, una diadema de rayos sobre la de la Virgen, y remates en las extremidades de la cruz. Esta costumbre piadosa es extraña y aun ridícula á los ojos del artista, es cierto; pero á bien que la capilla del Cristo del Socorro no era un museo: jamás había atravesado un artista sus umbrales: allí no acudían más que sencillos devotos que sólo iban á rezar.

Las dos paredes laterales estaban cubiertas de ex-votos de arriba abajo.

Los ex-votos son testimonios públicos y auténticos de beneficios recibidos, consignados por el agradecimiento al pie de los altares, unas veces cuando se obtiene la gracia que se pide, otras como cumplimiento de promesas hechas en grandes infortunios y circunstancias apuradas. Allí se ven largas trenzas de cabello, que la hija amante ofreció como su más precioso tesoro, el día en que su madre fué arrancada á las garras de la muerte; niños de plata colgados de cintas color de rosa, que una madre, afligida al ver á su hijo mortalmente herido, consagró, para obtener su alivio, al Señor del Socorro; brazos, ojos, piernas de plata ó de cera, según las facultades del votante, cuadros de naufragios ó de otros grandes peligros, en medio de los cuales los fieles tuvieron lo que los descreídos calificaron de sencillez de creer que sus plegarias podrían ser oídas y otorgadas por la misericordia divina; pues por lo visto las gentes *de alta razón, los ilustrados, los que dicen ser los más y se tienen por los mejores*, no creen que la oración es un lazo entre Dios y el hombre.

Estos cuadros no eran obras maestras del arte; pero quizás, si lo fueran, perderían su fisonomía, y sobre todo, su candor. ¡Y hay todavía personas que, presumiendo hallarse dotadas de un mérito superior, cierran sus almas á las dulces impresiones del candor, que es la inocencia y la serenidad del alma! ¿Acaso ignoran que el candor se va perdiendo al paso que el entusiasmo se apaga? Conservad, españoles, y respetad los débiles vestigios que quedan de cosas tan santas é inestimables. No imitéis al mar Muerto, que mata con sus exhalaciones los pájaros que vuelan sobre sus olas, ni, como él, sequéis las raíces de los árboles á cuya sombra han vivido felices muchos países y tantas generaciones!

FERNÁN CABALLERO.

La poesía andaluza.

(De un discurso académico.)

No voy á pretender de ningún modo que el romance sea primitiva y exclusivamente meridional: faltanme para ello los oportunos datos, y confieso que pudieran presentármese en contra tales argumentos, á los que no sabría qué responder. Pero si la forma externa del romance no es de todo punto morisca, su espíritu, su tono, las ideas á que se le consagró, la civilización que en él hubo de pintarse, no cabe la menor duda en que fueron los de aquel bello país, que las armas de Castilla acababan de conquistar, que sus gerreros contemplaban con satisfecho orgullo, que admiraban sus vates con amoroso asombro. Como ha sucedido mil veces en el mundo, la inteligencia vencida se hacía dueño de la fuerza vencedora, y el pueblo expirante legaba lo más bello de su civilización al pueblo que le había arrebatado su patria y su porvenir.

«Comenzaron aquellos, dice, hablando de los romanos-mo-

riscos un distinguido escritor ¹, á cuya autoridad no iguala ninguna otra en esta materia, y que la Academia Española tiene la fortuna de contar en su seno: comenzaron aquéllos en el siglo XV; en el XVI y parte del XVII llegaron á su apogeo, ya revestidos de la pompa oriental, que aceptamos de los árabes (de los andaluces) directamente. Luego que nuestros caballeros y poetas vieron el país libre de sus contrarios, se apoderaron con frenesí de los recuerdos que nos dejaran; de suerte que, al leer los cantos de aquel tiempo, nadie creería que los moros no ocupasen á España y no la poseyesen aún. Las guerras, los combates, las fiestas, los juegos, los amores, los celos y las pasiones, la expresión de los sentimientos y de las ideas, las galas, los trajes, y hasta los nombres; todo, todo en los romances moriscos es una escena completa, un retrato vivo y brillante, un espejo fiel de aquellos recuerdos que los moros nos dejaron, partiendo á los desiertos de Berbería, y que, amalgamados con los elementos de nuestra antigua civilización, formaron el sistema poético popular, que predominó en España desde las tres últimas décadas del siglo XVI hasta el último tercio del siguiente. Aunque los asuntos de estos romances fuesen fingidos, su espíritu era la misma verdad....

Allí se conoce, desde luego, que se imita, no ya un modelo extraño é indirecto, sino una segunda naturaleza, creada por la combinación de elementos que existían á parte: allí se ve la manera con que se modificaron é influyeron uno en otro dos pueblos diversos, dos razas que muchos siglos se combatieron, mas que habitaban el mismo suelo sobre que guerrearon, y que, á su pesar, y aun sin conciencia de ello, confundían y aunaban sus diferentes civilizaciones».

Es excusado, señores, añadir nada á semejante cuadro. La índole de la poesía árabe-andaluza, su influencia sobre la castellana, están aquí dibujadas de mano maestra, y con una perfección á que sería desacato añadir el más ligero toque.

1 El Sr. D. Agustín Durán.

Después de este importante suceso de la definitiva incorporación de nuestras provincias meridionales en la gran monarquía española, innecesario es decir que no han desmentido aquéllas sus eternos antecedentes, y que han llevado adelante su poético renombre, con una gloria que nada puede eclipsar ni poner en duda. Sin detenerme en los interesantes análisis que habéis escuchado, y aun sin volveros á recordar esa larga, brillante cadena de escritores que han visto la luz del otro lado del Guadiana, séame suficiente citar á Fernando de Herrera y á D. Luis de Góngora, para haceros conocer todo lo que debe el Parnaso español á la musa del Mediodía, y toda la influencia que ha ejercido el genio andaluz en esta vastísima literatura, que no se encierra sólo en nuestros límites peninsulares, sino que se dilata desde el Pirineo hasta los últimos confines del mundo transatlántico.

Y no cito precisamente estos dos nombres, como podéis conocer, ni porque la fama de ellos, ni porque la perfección de las obras que los llevan al frente, las hagan incomparables con cualesquiera otras obras del mismo género. Ha habido y hay nombres más repetidos, más mimados de la fortuna, que también es dios en el mundo literario: ha habido ingenios dotados indudablemente de mejor gusto, cuyas producciones señalará como más correctas una severa crítica: lo que no ha habido desde Juan de Mena acá, es ótras personas que se ocuparan más asidua y constantemente en la elocución poética de nuestro lenguaje, ni á quienes ella deba más, ya en verdaderos adelantos, que al célebre vate de Sevilla, ya en un caos de adelantos y de retrocesos, de perfección y de desolación, que al no menos célebre vate de Córdoba.

Hé aquí, señores, lo que distingue, en mi modo de ver, á la poesía andaluza, desde su unión con la general castellana: el haber sentido, el haber conocido mejor que ninguna otra, la necesidad de una dicción que la caracterizase; el haber trabajado para formarla, el haber dado el ejemplo, por no decir impuesto la ley, á todos los escritores de las demás

provincias. Esa obra tan digna, tan importante en donde quiera, pero mucho más en los países donde domina la forma, donde la poesía es por lo común exterior, donde no puede ser compensado el prosaismo de aquélla por la grandeza de los pensamientos, de los caracteres y de los sucesos á que se consagre; esa obra, en que la concepción es ya un triunfo, en que la consecución es uno de los más altos que puede obtener el genio, esa obra ha sido intentada y llevada principalmente á cabo entre nosotros por Juan de Mena, por Fernando de Herrera y por D. Luis de Góngora, todos tres andaluces, todos tres nacidos á las orillas del Betis, en aquella Turdetania que conservaba sus leyes en verso tres mil años há, y donde hace mil y ochocientos brillaron los poetas del siglo de Nerón, los Sénecas y Lucano.

El tiempo me falta, señores, y no puedo detenerme á manifestar todo lo que debe la elocución poética castellana á los tres grandes ingenios que acabo de citaros. Básteme deplorar que hayamos perdido tan buena parte de lo que la adelantó Juan de Mena en su famoso Laberinto, eterna desesperación, desde ese punto de vista, de los poetas modernos, y cuyo abandono es el cargo más grave contra los introductores de la manera italiana; básteme consignar el imponderable mérito con que restauró todo lo posible de su obra el divino Herrera, restituyendo á nuestra musa el vigor, la armonía, la pompa, la riqueza, la entonación, que nadie le sospechaba, y que hacía exclamar entusiasmado al gran Lope de Vega con aquellos acentos de asombro que se han trasmitido hasta nuestra edad; básteme referir, por último, el triste caso de un ingenio no menor que los otros dos, pero que, arrebatado por un soplo de orgullo, y no queriendo ser el segundo en ninguna vía, se lanzó frecuentemente por una despeñada, en la que nos dejó como ejemplo tantos portentos admirables, y tantas ruinas desastrosas: grande en su belleza, cuando es bello, sobre toda ponderación; grande en sus miserias, cuando es miserable, más allá de todo lo que concibe el entendimiento humano.

Aquí, señores, pongo fin á esa confirmación que había pedido á la historia, de lo que nos inspira en su primer aspecto el examen de la naturaleza y de los pueblos andaluces. Eso basta para mi propósito, sin necesidad de ocuparnos en nombres y en obras más recientes. Lo que se repitió por el largo período de tres mil años, no dudéis que habrá seguido repitiéndose después, y que se repetirá en tanto que duren aquella tierra, aquellas flores, aquel ambiente, aquel sol, aquellos habitantes.

Dios, que reparte los bienes del mundo; Dios, que dilató como un mar inmenso los arenales de la Libia; Dios, que envolvió en sus nieblas, como en un sudario, á la antigua Albión; Dios fué quien arrojó sobre las provincias meridionales de España esa varia y ostentosa vestidura, que las engalana como para un espléndido festín, y quien puso en el corazón de sus moradores la chispa de ardoroso ingenio, que hará brotar constantemente de sus labios fúlgidos raudales de armonía. Si por acaso anheláis hallar un espíritu profundo que os conduzca á la torre de Ugolino, ó al banquete de Macbeth, no le busquéis en ese bello país de que venimos hablando, y cuya poética inspiración nos ocupa en estos momentos. Sería un acaso milagroso que lo encontrarais: donde debéis buscarlo es en las islas del polo, en las cuevas del Apenino. Aquí es otra poesía la que podéis buscar, otra la que siempre ha existido, otra la que perpetuamente hallaréis: poesía exterior, de forma, de brillo, de expansión; poesía que no encierra esos volcanes; poesía que se complace en la dulzura, en la luz, en el deleite; un poco quizá más de lo justo, en la amplitud, en el número, y en la arrogancia; poesía, que aun para morir cuando de morir se trate, preferirá al fragor del trueno y al terrible golpe del rayo, el canto de las sirenas y el sepulcro de hojas de rosa en que envolvían los Césares á sus convidados en la capital del antiguo mundo.

No sé, señores, lo que pensaréis vosotros; pero yo doy gra-

cias á Dios de haber puesto mi cuna á la sombra de aquellos naranjos, y bajo la espléndida bóveda de aquel cielo.

JOAQUÍN FRANCISCO PACHECO.

Los Reyes Católicos.

(Historia general de España.)

A pesar de todo este progreso legislativo y literario, á pesar también de las instituciones de las libertades políticas y del espíritu caballeresco, hallábase España en los últimos tiempos del reinado de Enrique IV de Castilla en uno de aquellos períodos de abatimiento, de pobreza, de inmoralidad, de desquiciamiento y anarquía, que inspiran melancólicos presagios sobre la suerte futura de una nación, é infunden recelos de que se repita una de aquellas grandes catástrofes que en circunstancias análogas suelen sobrevenir á los Estados. ¿Había de permitir la Providencia que por premio de más de siete siglos de terrible lucha y de esfuerzos heroicos por conquistar su independencia y defender su fe, hubiera de caer de nuevo esta nación, tan maravillosamente trabajada y sufrida, en poder de extrañas gentes?

No: bastaba ya de calamidades y de pruebas, bastaba ya de infortunios. Cuando más inminente parecía su disolución, por una extraña combinación de eventualidades, viene á ocupar el trono de Castilla una tierna princesa, hija de un rey débil, y hermana del más impotente y apocado monarca. Esta tierna princesa es la magnánima Isabel.

La escena cambia: la decoración se transforma, y vamos á asistir al magnífico espectáculo de un pueblo que resucita, que

nace á nueva vida, que se levanta, que se organiza, que crece, que adquiere proporciones colosales, que deja pequeños á todos los pueblos del mundo, todo bajo el genio benéfico y tutelar de una mujer.

Inspiración ó talento, inclinación ó cálculo político, entre la multitud de príncipes y personajes que aspiran á obtener su mano, Isabel se fija irrevocablemente en el infante de Aragón, en quien, por un concurso de extrañas combinaciones, recae la herencia de aquel reino. Enlázanse los príncipes y las coronas; la concordia conyugal trae la concordia política; es un doble consorcio de monarcas y de monarquías; y aunque todavía sean Isabel de Castilla y Fernando de Aragón, el que les suceda no será ya rey de Aragón ni rey de Castilla, sino *rey de España*, palabra apetecida, que no habíamos podido pronunciar en tantos centenares de años como hemos históricamente recorrido. Comienza la unidad.

Gran príncipe el monarca aragonés, sin dejar de serlo, lo parece menos al lado de la reina de Castilla. Asociados en la gobernación de los reinos como en la vida doméstica, sus firmas van unidas como sus voluntades: «*Tanto monta,*» es la empresa de sus banderas. Son dos planetas que iluminan á un tiempo el horizonte español; pero el mayor brillo del uno, modera, sin eclipsarle, la luz del otro. La magnanimidad y la virtud, la devoción y el espíritu caballeresco de la reina, descuellan sobre la política fría y calculada, reservada y astuta del rey. Los altos pensamientos, las inspiraciones elevadas vienen de la reina. El rey es grande, la reina eminente. Tendrá España príncipes que iguallen ó excedan á Fernando; vendrá su nieto rodeado de gloria y asombrando al mundo: pasarán generaciones, dinastías y siglos antes que aparezca otra Isabel.

La anarquía social, la licencia y estrago de costumbres, triste herencia de una sucesión de reinados ó corrompidos ó flojos, desaparecen como por encanto. Isabel se consagra á
a nueva tarea, primera necesidad en un reino, con la ener-

gía de un reformador resuelto y alentado, con la prudencia de un consumado político. Sin consideración á clases ni alcurnias, enfrena y castiga á los bandoleros humildes y á los bandidos aristócratas; y los baluartes de la expoliación y de la tiranía y las guardias de los altos criminales son arrasadas por los cimientos. Á poco tiempo, la seguridad pública se afianza; se marcha sin temor por los caminos; los ciudadanos de las poblaciones se entregan sin temor á sus ocupaciones tranquilas; el orden público se restablece; los tribunales administran justicia. Es la reina la que los preside, la que oye las quejas de sus súbditos, la que repara los agravios. Los antiguos tuvieron necesidad de fingir una Astrea y una Temis que bajaran del cielo á hacer justicia á los hombres, é inventaron la edad de oro. España tuvo una reina que hizo realidad la fábula.

Isabel encuentra una nobleza valiente, pero licenciosa; guerrera, pero relajada; poderosa, pero turbulenta y díscola. Primero la humilla para robustecer la majestad; después la moralizará instruyéndola.

Ya no se levantan nuevos castillos; ya no se ponen las armas reales en los escudos de los grandes; las mercedes inmerecidas, otorgadas por príncipes débiles y pródigos, son revocadas, y sus pingües rentas vuelven á acrecer las rentas de la corona, que se aumentan en tres cuartas partes. La arrogante grandeza enmudece ante la imponente energía de la majestad, y el trono de Castilla recobra su perdido poder y su empañado brillo, porque se ha sentado sobre él la mujer fuerte.

Honrando los talentos, las letras y la magistratura, y elevando á los cargos públicos á los hombres de mérito, aunque sean del pueblo, enseña á los magnates que hay profesiones nobles que no son la milicia, virtudes sociales que no son el valor militar, y que la cuna dorada ha dejado de ser un título de monopolio para los honores, las influencias y la participación del poder. Los grandes comprenden ya que necesitan

saber para influir, y que el prestigio se les escapa si no descienden de los artesonados salones de los viejos castillos góticos, á las modestas aulas de los colegios á disputar los laureles literarios á los que antes miraban con superioridad desdeñosa. Aquellos orgullosos magnates que, enamorados de la espada, habían menospreciado las letras, van después á enseñarlas con gloria en las universidades, y obligan á decir á Jovio en el Elogio de Lebrija que «no era tenido por noble el que mostraba aversión á las letras y á los estudios.» Ha hecho, pues, Isabel de una nobleza feroz una nobleza culta; ha ennoblecido la nobleza.

Esos opulentos y altivos grandes-maestros, señores de castillos y de pueblos, de encomiendas y de beneficios, de lanzas y de vasallos, que tantas veces han desafiado y puesto en conflicto la autoridad real con su caballería sagrada, ya no conmoverán más el solio; ni se turbará más la paz del reino en cada vacante de estas altas dignidades, porque ya no hay más grandes-maestros de las órdenes militares que los monarcas mismos.

Hay revoluciones sociales que nos inducen á creer que no siempre las épocas producen los reformadores, ni siempre los cambios de condición que sufre un pueblo han venido preparados por las leyes, las costumbres y las ideas. Por lo menos, nos es fuerza reconocer que, á las veces, siquiera sean muy contadas, un genio extraordinario puede bastar con escasos elementos á transformar una sociedad en el sentido que menos, parecen determinar las ideas y las costumbres que encuentra dominando en el Estado. Y esto es lo que aconteció en España.

Cuando más abocado se podía creer el país á una disolución social, aparece un genio que sin deber á su primera educación sino la formación de su espíritu á una piedad acendrada, y á la escuela del mundo la reflexión sobre los infortunios que nacen del desorden y de la inmoralidad, acomete la empresa de hacer de un cuerpo cadavérico, un cuerpo robusto y brioso;

de una nación desconcertada una nación compacta y vigorosa; de un pueblo corrompido un pueblo moralizado, y lleva su obra á próspero término y feliz remate. Este personaje, con una actividad prodigiosa, con una perseverancia que causa maravilla, y con una universalidad que hace cierto lo inverosímil, purga el suelo de malhechores; organiza tribunales y los preside; administra justicia y manda hacer cuerpos de leyes; derriba las fortalezas de los poderosos, y va á buscar los talentos á los retiros; da ejemplos diarios de virtud y expide cédulas y provisiones para la reforma de las costumbres; enseña con actos propios de piedad y manda con severas pragmáticas; asiste á los templos y recorre los campos de batalla; ora de rodillas ante el altar y revista los campamentos sobre un soberbio corcel; socorre á las vírgenes del claustro y provisiona los ejércitos; erige santuarios y toma plazas de guerra á los enemigos; fomenta las escuelas y organiza la milicia; contiene la relajación del clero y hace cejar la Corte pontificia en su sistema de invasión y de usurpaciones; restablece la buena disciplina en la iglesia española y hace respetar á la tiara los derechos de la corona y las regalías del trono; celebra y preside cortes, y también celebra y preside torneos; vigila la educación del pueblo y cuida de la educación de los príncipes; se ejercita en labores de mano bajo el techo doméstico, y atiende al gobierno de dos mundos; y á diferencia del rey de las tablas astronómicas, no desatiende á la tierra por mirar al cielo, sino que atiende simultáneamente al negocio del cielo y á los negocios de la tierra.

Así brillaban bajo su benéfica protección jurisconsultos como Montalvo; preladados como Mendoza, Talavera y Cisneros; capitanes como Aguilar, Gonzalo y el marqués de Cádiz; literatos como Oliva, Pulgar y Vergara.

Las letras humanas adquieren un prodigioso desarrollo en este reinado feliz. Llega su fama á remotos climas, y desde el fondo de la Holanda, deja oír el sabio Erasmo los acentos de admiración y de elogio que le arranca el vuelo y progreso de

la literatura española. La ilustración se hace extensiva al bello sexo: una dama va á explicar los clásicos en Salamanca, y otra dama sustituye á su padre en la cátedra de retórica de Alcalá. El movimiento literario se extiende desde el romance morisco y la leyenda caballeresca, hasta los estudios graves de las aulas universitarias. Échanse los primeros cimientos del teatro español, que habrá de servir de modelo al mundo en los siglos que van á entrar. Fortuna es también de los esclarecidos Reyes Católicos que venga la invención de la imprenta en su siglo en ayuda de sus esfuerzos, á dar una vida permanente á los progresos de la razón y á centuplicar los medios de propagación de los conocimientos humanos. Merced el prodigioso invento, en el mismo año que se conquista el último baluarte de los moros, se da á la luz pública la primera gramática de la lengua castellana. Á poco tiempo asombra España al mundo con la edición de la Políglota, la empresa tipográfica más gigantesca del siglo.

Todo renace bajo el influjo tutelar de los Reyes Católicos: letras, artes, comercio, leyes, virtud, religiosidad, gobierno. Es el siglo de oro de España.

MODESTO LAFUENTE.

Fragmento de un discurso académico sobre la Biblia.

Hay un libro, tesoro de un pueblo que es hoy fábula y ludibrio de la tierra, y que fué en tiempos pasados la estrella del Oriente, adonde han ido á beber su divina inspiración todos los grandes poetas de las regiones occidentales del mundo, y en el cual han aprendido el secreto de levantar los corazones y de arrebatarse las almas con sobrehumanas y misteriosas armonías. Este libro es la *Biblia*, el libro por excelencia.

En él aprendió Petrarca á modular sus gemidos; en él vió Dante sus terroríficas visiones; de aquella fragua encendida sacó el poeta de Sorrento los espléndidos resplandores de sus cantos. Sin él, Milton no hubiera sorprendido á la mujer en su primera flaqueza, al hombre en su primera culpa, á Luzbel en su primera conquista, á Dios en su primer ceño; ni hubiera podido decir á las gentes la tragedia del Paraíso, ni cantar con canto de dolor la mala ventura y triste hado del humano linaje. Y para hablar de nuestra España, ¿quién enseñó al maestro Fr. Luis de León á ser sencillamente sublime? ¿De quién aprendió Herrera su entonación alta, imperiosa y robusta? ¿Quién inspiraba á Rioja ¹ aquellas lúgubres lamentaciones, llenas de pompa y majestad, y henchidas de tristeza, que dejaba caer sobre los campos marchitos y sobre los mustios collados y sobre las ruinas de los imperios, como un paño de luto? ¿En cuál aprendió Calderón á remontarse á las eternas moradas sobre las plumas de los vientos? ¿Quién puso delante de los ojos de nuestros grandes escritores místicos los oscuros abismos del corazón humano? ¿Quién puso en sus labios aquellas santas armonías, y aquella vigorosa elocuencia, y aquellas tremendas imprecaciones, y aquellas fatídicas amenazas, y aquellos arranques sublimes, y aquellos suavísimos acentos de encendida caridad y de castísimo amor, con que unas veces ponían espanto en la conciencia de los pecadores, y otras levantaban hasta el arrobamiento las limpias almas de los justos? Suprimid la Biblia con la imaginación, y habréis suprimido la bella, la grande literatura española, ó la habréis despojado, al menos, de sus destellos más sublimes, de sus más espléndidos atavíos, de sus soberbias pompas y de sus santas magnificencias.

¿Y qué mucho, señores, que las literaturas se deslustren, si con la supresión de la Biblia quedarían todos los pueblos asentados en tinieblas y en sombra de muerte? Porque en la Bi-

¹ El autor incurre en el error universal entónces, sólo desvanecido en estos últimos años, de atribuir á Rioja la espléndida canción *A las ruinas de Itálica*, joya que pertenece al insigne arbuéologo Rodrigo Caro.—*Nota del colector.*

blia están escritos los Anales del cielo, de la tierra y del género humano; en ella, como en la Divinidad misma, se contiene lo que fué, lo que es y lo que será: en su primera página se cuenta el principio de los tiempos y el de las cosas, y en su última página el fin de las cosas y de los tiempos. Comienza con el Génesis, que es un idilio; y acaba con el Apocalipsis de San Juan, que es un himno fúnebre. El Génesis es bello como la primera brisa que refrescó á los mundos; como la primera aurora que se levantó en el cielo; como la primera flor que brotó en los campos; como la primera palabra amorosa que pronunciaron los hombres; como el primer sol que apareció en el Oriente. El Apocalipsis de San Juan es triste como la última palpitación de la naturaleza; como el último rayo de luz, como la última mirada de un moribundo. Y entre este himno fúnebre y aquel idilio, véanse pasar unas en pos de otras, á la vista de Dios, todas las generaciones, y unos en pos de otros todos los pueblos; las tribus van con sus patriarcas; las repúblicas con sus magistrados; los reinos con sus reyes; los imperios con sus emperadores; Babilonia pasa con su abominación; Nínive con su pompa; Menfis con su sacerdocio; Jerusalén con sus profetas y su templo; Atenas con sus artes y sus héroes; Roma con su diadema y con los despojos del mundo. Nada está firme sino Dios; todo lo demás pasa y muere, como pasa y muere la espuma que va deshaciendo la ola.

Allí se cuentan y se predicen todas las catástrofes, y por eso están allí los modelos inmortales de todas las tragedias; allí se hace el recuento de todos los dolores humanos; por eso las arpas bíblicas resuenan lúgubrementemente, dando los tonos de todas las lamentaciones y de todas las elegías. ¿Quién volverá á gemir como Job, cuando derribado en el suelo por una mano excelsa que le oprime, hiende con sus gemidos y humedece con sus lágrimas los valles de Idumea? ¿Quién volverá á lamentarse como se lamentaba Jeremías en torno de Jerusalén, abandonada de Dios y de las gentes? ¿Quién será

lúgubre y sombrío, como era sombrío y lúgubre Ezequiel, el poeta de los grandes infortunios y de los tremendos castigos, cuando daba á los vientos su arrebatada inspiración, espanto de Babilonia? Cuéntanse allí las batallas del Señor, en cuya presencia son vanos simulacros las batallas de los hombres: por eso la Biblia que contiene los modelos de todas las tragedias, de todas las elegías y de todas las lamentaciones, contiene también el modelo inimitable de todos los cantos de victoria. ¿Quién cantará como Moisés, del otro lado del mar Rojo, cuando cantaba la victoria de Jehová, el vencimiento de Faraón y la libertad de su pueblo? ¿Quién volverá á cantar un himno de victoria como el que cantaba Débora, la sibila de Israel, la amazona de los hebreos, la mujer fuerte de la Biblia? Y si de los himnos de victoria pasamos á los himnos de alabanza, ¿en cuál templo resonaron jamás como en el de Israel, cuando subían al cielo aquellas voces suaves, armoniosas, concertadas, con el delicado perfume de las rosas de Jericó, y con el aroma del incienso del Oriente? Si buscáis modelos de la poesía lírica, ¿qué lira habrá comparable con el arpa de David, el amigo de Dios, el que ponía el oído á las suavísimas consonancias, y á los dulcísimos cantos de las arpas angélicas; ó con el arpa de Salomón, el rey sabio y felicísimo, que puso la sabiduría en sentencias y en proverbios, y acabó por llamar vanidad á la sabiduría; que cantó el amor y sus regalados dejos, y su dulcísima embriaguez, y sus sabrosos transportes, y sus elocuentes delirios? Si buscáis modelos de la poesía bucólica, ¿en dónde los hallaréis tan frescos y tan puros como en la época bíblica del patriarcado; cuando la mujer, la fuente y la flor eran amigas, porque todas juntas, y cada una de por sí, eran el símbolo de la primitiva sencillez y de la cándida inocencia? ¿Dónde hallaréis sino allí los sentimientos limpios y castos, y el encendido pudor de los esposos, y la misteriosa fragancia de las familias patriarcales?

Y ved, señores, por qué todos los grandes poetas, todos los que han sentido sus pechos devorados por la llama inspiradora

de un Dios, han corrido á aplacar su sed en las fuentes bíblicas, de aguas inextinguibles, que ora forman impetuosos torrentes, ora ríos anchurosos y hondables, ya estrepitosas cascadas y bulliciosos arroyos, ó tranquilos estanques y apacibles remansos.

Libro prodigioso aquel, señores, en que el género humano comenzó á leer treinta y tres siglos há; y con leer en él todos los días, todas las noches y todas las horas, aún no se ha acabado su lectura. Libro prodigioso aquel en que se calcula todo, antes de haberse inventado la ciencia de los cálculos; en que sin estudios lingüísticos, se da noticia del origen de las lenguas; en que sin estudios astronómicos, se computan las revoluciones de los astros; en que sin documentos históricos se cuenta la historia; en que sin estudios físicos, se revelan las leyes del mundo. Libro prodigioso aquel, que lo ve todo y que lo sabe todo; que sabe los pensamientos que se levantan en el corazón del hombre, y los que están presentes en la mente de Dios; que ve lo que pasa en los abismos del mar, y lo que sucede en los abismos de la tierra; que cuenta ó predice todas las catástrofes de las gentes, y en donde se encierran y atesoran todos los tesoros de la misericordia, todos los tesoros de la justicia y todos los tesoros de la venganza. Libro, en fin, señores, que cuando los cielos se repliegan sobre sí mismos como un abanico gigantesco, y cuando la tierra padezca desmayos, y el sol recoja su luz, y se apaguen las estrellas, permanecerá él solo con Dios, porque es su eterna palabra, resonando eternamente en las alturas.

JUAN DONOSO CORTÉS.

De la sociedad bajo el imperio de la Iglesia Católica.

(Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo.)

Constituidos, por una parte, el criterio de las ciencias, el criterio de los afectos y el criterio de las acciones, constituidas, por otra, en la sociedad la autoridad política, y en la familia la autoridad doméstica, era necesario constituir otra autoridad sobre todas las humanas, órgano infalible de todos los dogmas, depositaria augusta de todos los criterios, que fuera á un tiempo misma santa y santificante, que fuera la palabra de Dios encarnada en el mundo, la luz de Dios reverberando en todos los horizontes, la caridad divina inflamando todas las almas; que atesorara en altísimo y escondido tabernáculo, para derramarlos por la tierra, los infinitos tesoros de las gracias del cielo; que fuera refrigerio de los hombres fatigados, refugio de los hombres pecadores, fuente de aguas vivas para los que tienen sed, pan de vida eterna para los que tienen hambre, sabiduría para los ignorantes, para los extraviados camino; que estuviera llena de advertencias y de lecciones para los poderosos, y para los pobres llena de amor y de misericordias; una autoridad puesta en tan grande altura que pudiera hablar á todas con imperio, y sobre roca tan firme que no pudiera ser contrastada por las alteradas ondas de este mar sin reposo; una autoridad fundada directamente por Dios, y que no estuviera sujeta á los vaivenes de las cosas humanas; que fuera á un tiempo mismo siempre nueva y siempre antigua, duración y progreso, y á quien asistiera Dios con especial asistencia.

Esa autoridad altísima, infalible, fundada para la eternidad, y en quien se agrada Dios eternamente, es la santa Iglesia Católica, apostólica, romana, cuerpo místico del Señor, esposa dichosa del Verbo: que, puesta como en una región

media entre la tierra y el cielo, cambia plegarias por dones, y ofrece perpetuamente al Padre, por la salvación del mundo, la Sangre preciosísima del Hijo en sacrificio perpetuo y en perfectísimo holocausto.

Como quiera que Dios hace todas las cosas acabadas y perfectas, no era propio de su infinita sabiduría dar la verdad al mundo, y entrando después en su perfecto reposo, dejarla expuesta á las injurias del tiempo, vano asunto de las disputas del hombre. Por esa razón ideó eternamente su Iglesia, que resplandeció en el mundo en la plenitud de los tiempos, hermosísima y perfectísima, con aquella alta perfección y soberana hermosura que tuvo siempre en el entendimiento divino. Desde entonces ella es, para los que navegamos por este mar del mundo que hierve en tempestades, faro luminoso puesto en escollo eminente. Ella sabe lo que nos salva y lo que nos pierde; nuestro primer origen y nuestro último fin; en qué consiste la salvación y en qué la condenación del hombre; y ella sola lo sabe: ella gobierna las almas, y ella sola las gobierna; ella ilumina los entendimientos, y ella sola los ilumina; ella endereza la voluntad, y ella sola la endereza; ella purifica y enciende los afectos, y ella sola los enciende y los purifica; ella mueve los corazones, y ella sola los mueve con la gracia del Espíritu Santo. En ella no cabe ni pecado, ni error, ni flaqueza; su túnica no tiene mancha; para ella las tribulaciones son triunfos, los huracanes y las brisas la llevan al puerto.

Todo en ella es espiritual, sobrenatural y milagroso: es espiritual, porque su gobierno es de las inteligencias, y porque las armas con que se defiende y con que mata son espirituales; es sobrenatural, porque todo lo ordena á un fin sobrenatural, y porque tiene por oficio ser santa y santificar sobrenaturalmente á los hombres; es milagrosa, porque todos los grandes misterios se ordenan á su milagrosa institución, y porque su existencia, su duración, sus conquistas,

son un milagro perpetuo. El Padre envía al Hijo á la tierra, el hijo envía sus apóstoles al mundo, y el Espíritu Santo á sus apóstoles; de esta manera, en la plenitud como en el principio de los tiempos, en la institución de la Iglesia como en la creación universal, intervienen á la vez el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Doce pescadores pronuncian las palabras que suenan misteriosamente en sus oídos, y luego al punto es conturbada la tierra, un fuego desusado arde en las venas del mundo; un torbellino saca de quicio á las naciones, arrebatá á las gentes, trastorna los imperios, confunde las razas, el género humano suda sangre bajo la presión divina, y de toda esa sangre, y de toda esa confusión de razas, de naciones y de gentes, y de esos torbellinos impetuosos, y de ese fuego que circula por todas las venas de la tierra, el mundo sale radiante y renovado, puesto á los pies de la Iglesia de nuestro Señor Jesucristo.

Esa mística ciudad de Dios tiene puertas que miran á todas partes, para significar el universal llamamiento: *Unam omnium Rempublicam agnoscimus mundum*, dice Tertuliano. Para ella no hay bárbaros ni griegos, judíos ni gentiles. En ella caben el scita y el romano, el persa y el macedonio, los que acuden del oriente y del occidente, los que vienen de la banda del septentrión y de las partes del mediodía. Suyo es el santo ministerio de la enseñanza y de la doctrina, suyo el imperio universal y el universal sacerdocio; tiene por ciudadanos á reyes y emperadores; sus héroes son los mártires y los santos. Su invencible milicia se compone de aquellos varones fortísimos que vencieron en sí todos los apetitos de la carne y sus locas concupiscencias. El mismo Dios preside invisiblemente en sus austeros senados y en sus santísimos concilios. Cuando sus pontífices hablan á la tierra, su palabra infalible ha sido escrita ya por el mismo Dios en el cielo.

Esa Iglesia, puesta en el mundo sin fundamentos humanos, después de haberle sacado de un abismo de corrupción, le sacó de la noche de la barbarie. Ella ha combatido siempre

los combates del Señor; y habiendo sido en todos atribulada, ha salido en todos vencedora. Los herejes niegan su doctrina, y triunfa de los herejes; todas las pasiones humanas se revelan contra su imperio, y triunfa de todas las pasiones humanas. El paganismo pelea con ella su último combate, y ella rinde á sus pies al paganismo. Emperadores y reyes la persiguen, y la ferocidad de sus verdugos es vencida por la constancia de sus mártires. Pelea sólo por su santa libertad, y el mundo la da el imperio.

JUAN DONOSO CORTÉS.

**Conocimiento adquirido por el testimonio inmediato
de los sentidos.**

(El Criterio)

De la existencia ó no existencia de un sér, ó bien de que una cosa es ó no es, podemos cerciorarnos de dos maneras: por nosotros mismos, ó por medio de otros.

El conocimiento de la existencia de las cosas que es adquirido por nosotros mismos, sin intervención ajena, proviene de los sentidos mediata ó inmediateamente: ó ellos nos presentan al objeto, ó de las impresiones que los mismos nos causan, pasa el entendimiento á inferir la existencia de lo que no se hace sensible ó no lo es. La vista me informa inmediateamente de la existencia de un edificio que tengo presente; pero un trozo de columna, algunos restos de un pavimento, una inscripción ú otras señales, me hacen conocer que en tal ó cual lugar existió un templo romano. En am-

bos casos debo á los sentidos la noticia: pero en el primero inmediata, en el segundo mediatamente....

El conocimiento inmediato que los sentidos nos dan de la existencia de una cosa es á veces errado, porque no nos servimos como debemos de estos admirables instrumentos que nos ha concedido el Autor de la naturaleza. Los objetos corpóreos, obrando sobre el órgano de los sentidos, causan una impresión á nuestra alma: asegurémonos bien de cuál es esta impresión, sepamos hasta qué punto le corresponde la existencia de un objeto: he aquí las reglas para no errar en estas materias. Algunas explicaciones enseñarán más que los preceptos y teorías.

Veo á larga distancia un objeto que se mueve, y digo: «allí hay un hombre»: acercándome más, descubro que no es así, y que sólo hay un arbusto mecido por el viento. ¿Me ha engañado el sentido de la vista? No, porque la impresión que ella me transmitía era únicamente de un bulto movido; y si yo hubiese atendido bien á la sensación recibida, habría notado que no me pintaba un hombre. Cuando, pues, yo he querido hacerle tal, no debo culpar al sentido, sino á mi poca atención, ó bien, á que notando alguna semejanza entre el bulto y un hombre visto de lejos, he inferido que aquello debía serlo en efecto, sin advertir que la semejanza y la realidad son cosas muy diversas.

Teniendo algunos antecedentes de que se dará una batalla ó se hostilizará alguna plaza, paréceme que he oído cañonazos, y me quedo en la creencia de que ha comenzado el fuego. Noticias posteriores me hacen saber que no se ha disparado un tiro: ¿quién tiene la culpa de mi error? No mi oído, sino yo. El ruido se oía, en efecto; pero era el de los golpes de un leñador que resonaban en el fondo de un bosque distante; era el de cerrarse alguna puerta, cuyo estrépito retumbaba por el edificio y sus cercanías; era el de otra cosa cualquiera que producía un sonido semejante al del estampido de un cañón lejano. ¿Estaba yo bien seguro de que no se

hallaba á mis inmediaciones la causa del ruido que me producía la ilusión? ¿Estaba bastante ejercitado para discernir la verdad, atendida la distancia á que debía hacerse el fuego, la dirección del lugar, y el viento que á la sazón reinaba? No es, pues, el sentido quien me ha engañado, sino mi ligereza y precipitación. La sensación era tal cual debía ser; pero yo le he hecho decir lo que ella no me decía. Si me hubiese contentado con afirmar que oía ruido parecido al de cañonazos distantes, no hubiera inducido á error á otros y á mí mismo.

A uno le presentan un alimento de excelente calidad, y al probarlo dice: «es malo, intolerable, se conoce que hay tal ó cual mezcla», y es que, en efecto, su paladar lo experimenta así. ¿Se engañó el sentido? No, si le pareció amargo, no podía suceder de otra manera, atendida la indisposición gástrica que le tenía cubierta la lengua de un humor que lo maleaba todo. Bastábale á este hombre un poco de reflexión para no condenar tan fácilmente ó al criado ó al revendedor. Cuando el paladar está bien dispuesto, sus sensaciones nos indican las calidades del alimento, en el caso contrario, no.

Conviene notar que para conocer por medio de los sentidos la existencia de un objeto, no basta á veces el uso de uno solo, sino que es preciso emplear otros al mismo tiempo, ó bien atender á las circunstancias que nos pueden prevenir contra la ilusión. Es cierto que el discernir hasta qué punto corresponde la existencia de un objeto á la sensación que recibimos, es obra de la comparación, lo que es fruto de la experiencia. Un ciego á quien se quitan las cataratas no juzga bien de las distancias, tamaños y figuras, hasta haber adquirido la práctica de ver. Esta adquisición la hacemos sin advertirlo desde niños, y así creemos que basta abrir los ojos para juzgar de los objetos tales como son en sí. Una experiencia muy sencilla y frecuente nos convencerá de lo contrario. Un hombre adulto y un niño de tres años están mirando por un vidrio que les ofrece á la vista paisajes,

animales, ejércitos . . . ambos reciben la misma impresión; pero el adulto que sabe bien que no ha salido al campo, y se halla en un aposento cerrado, no se altera, ni por la cercanía de las fieras, ni por los desastres del campo de batalla. Lo que le cuesta trabajo es conservar la ilusión; y más de una vez habrá menester distraerse de la realidad y suplir algunos defectos del cuadro ó instrumento para sentir placer con la presencia del espectáculo. Pero el niño que no compara, que sólo atiende á la sensación en todo su aislamiento, se espanta y llora temiendo que se le han de comer las fieras, ó viendo que tan cruelmente se matan los soldados.

Todavía hay más: experimentamos á cada paso que una perspectiva excelente, de la cual no teníamos noticia, vista á la correspondiente distancia, nos causa ilusión, y nos hace tomar por objetos de relieve los que en realidad son planos. La sensación no es errada; pero sí lo es el juicio que por ella formamos. Si advirtiésemos que caben reglas para producir en la retina la misma impresión con un objeto plano que con otro abultado, nos hubiéramos complacido en la habilidad del artista, sin caer en error. Este habría desaparecido mirando el objeto desde puntos diferentes, ó valiéndonos del tacto

Los que tratan del buen uso de los sentidos suelen advertir que es preciso cuidar de que alguna indisposición no afecte á los órganos, y así se nos comuniquen sensaciones capaces de engañarnos; esto es sin duda muy prudente, pero no tan útil como se cree. Los enfermos raras veces se dedican á estudios serios; y así sus equivocaciones son de poca trascendencia; además que ellos mismos, ó sus allegados, bien pronto notan la alteración del órgano, con lo cual se previene oportunamente el error. Los que necesitan reglas son los que estando sanos de cuerpo no lo están de espíritu, y que, preocupados de un pensamiento, ponen á su disposición y servicio todos sus sentidos, haciéndoles percibir, quizás con la mayor buena fe, todo lo que conviene al apoyo del sistema

excogitado. ¿Qué no descubrirá en los cuerpos celestes el astrónomo que maneja el telescopio, no con ánimo reposado y ajeno de parcialidad, sino con vivo deseo de probar una aserción aventurada con sobrada ligereza? ¿Qué no verá con el microscopio el naturalista que se halle en disposición semejante?

A propósito he dicho que estos errores podían padecerse quizás con la mayor buena fe; porque sucede muy á menudo que el hombre se engaña primero á sí mismo, antes de engañar á los otros. Dominado por su opinión favorita, ansioso de encontrar pruebas para sacarla verdadera, examina los objetos, no para saber sino para vencer; y así acontece que halla en ellos todo lo que quiere. Muchas veces los sentidos no le dicen nada de lo que él pretende; pero le ofrecen algo de semejante: esto es, «exclama alborozado, hélo aquí, es lo mismo que yo sospechaba»; y cuando se levanta en su espíritu alguna duda, procura sofocarla, achácala á poca fe en su incontrastable doctrina, se esfuerza en satisfacerse á sí mismo, cerrando los ojos á la luz, para poder engañar á los otros sin verse precisado á mentir.

Basta haber estudiado el corazón del hombre para conocer que estas escenas no son raras, y que jugamos con nosotros mismos de una manera lastimosa.

¿Necesitamos una convicción? Pues de un modo ú otro trabajamos en formárnosla; al principio la tarea es costosa, pero al fin viene el hábito á robustecer lo débil, se allega el orgullo para no permitir retroceso, y el que comenzó luchando contra sí mismo con un engaño que no se le ocultaba del todo, acaba por ser realmente engañado, y se entrega á su parecer con obstinación incorregible.

JAIME BALMES.

El Protestantismo comparado con el Catolicismo en sus relaciones con la civilización europea.

Este modo de considerar el Protestantismo como un hecho común, agrandado empero y extendido á causa de las circunstancias de la sociedad en que nació, me parece tan filosófico como poco reparado: y así, presentaré otra proposición que nos suministrará juntamente razones y ejemplos. Tal es el estado de las sociedades modernas, de tres siglos á esta parte, que todos los hechos que en ellas se verifiquen han de tomar un carácter de generalidad, y por tanto de gravedad, que los ha de distinguir de los mismos hechos, verificados, empero, en otras épocas en que era diferente el estado de las sociedades. Dando una ojeada á la historia antigua, observaremos que todos los hechos tenían cierto aislamiento, por el cual ni eran tan provechosos cuando eran buenos, ni tan nocivos cuando eran malos. Cartago, Roma, Lacedemonia, Atenas, y todos esos pueblos más ó menos adelantados en la carrera de la civilización, siguen cada cual su camino; pero siempre de una manera particular: las ideas, las costumbres, las formas políticas se sucedían unas á otras, pero no se descubre esa refluencia de las ideas de un pueblo sobre las ideas de otro pueblo, de las costumbres del uno sobre las costumbres del otro, ese espíritu propagador que tiende á confundirlos á todos en un mismo centro: por manera que, excepto el caso de violenta conmistión, se conoce muy bien que podrían los pueblos antiguos estar largo tiempo muy cercanos, conservando íntegramente cada una de sus propias fisonomías, sin experimentar, á causa del contacto, considerables mudanzas.

Observad, empero, cuán de otra manera sucede en Europa: una revolución en un país afecta todos los otros; una idea salida de una escuela pone en agitación á los pueblos, y en alarma á los gobiernos: nada hay aislado, todo se generaliza,

todo se propaga, tomando con la misma expansión una fuerza terrible. Hé aquí por qué no es posible estudiar la historia de un pueblo, sin que se presenten en la escena todos los pueblos; no es posible estudiar la historia de una ciencia, de un arte, sin que se compliquen desde luego cien relaciones con otros objetos que no son ni científicos, ni artísticos: y es porque todos los pueblos se asimilan, todos los objetos se enlazan, todas las relaciones se abarcan y se cruzan; hé aquí por qué no hay un asunto en un país en que no tomen interés, y aun parte, si es posible, todos los demás, y hé aquí por qué, concretándonos á la política, es y será siempre una idea sin aplicaciones la de *no intervención*; pues no se ha visto jamás que cada cual no procure intervenir en todos los negocios que le interesan.

Estos ejemplos, tomados de los órdenes políticos, literarios y artísticos, me parecen muy á propósito para dar á entender mi idea sobre lo que ha sucedido con respecto al orden religioso; y si bien despojan al Protestantismo de ese manto filosófico con que se le ha querido cubrir aun en su cuna; si le quitan todo derecho á suponerse como un pensamiento que, lleno de previsión y de proyectos grandiosos, encerraba grandes destinos, tampoco rebajan en nada su gravedad y su extensión, en nada limitan el hecho, antes sí indican la verdadera causa de que se haya presentado con aspecto tan imponente.

Desde el punto de vista que acabo de señalar, todo se descubre en su verdadero tamaño: los hombres apenas figuran, casi desaparecen; los abusos se ofrecen como son, ocasiones y pretextos; los planes vastos, las ideas altas y generosas, los esfuerzos de independencia, se reducen á suposiciones arbitrarias; el cebo de las depredaciones, la ambición, las rivalidades de los soberanos, juegan como causas más ó menos influyentes, pero siempre en un orden secundario: ninguna causa se excluye, sólo que se las coloca á todas en su lugar, no se permite la exageración de su influencia, y señalándose una

principal, no deja de mirarse el hecho como de tal naturaleza, que en su nacimiento y desarrollo debieron de obrar un sinnúmero de agentes. Y cuando se llega á una cuestión capital en la materia, cuando se pregunta la causa del odio, de la exasperación que han manifestado los sectarios contra Roma; cuando se pregunta si esto no revela algunos grandes abusos de su parte, si no hace sospechar su sinrazón, se puede responder tranquilamente: que siempre se ha visto que las olas en la tormenta braman furiosas contra la roca inmóvil que les resiste.

Tan lejos estoy de atribuir á los abusos la influencia que muchos les han asignado con respecto al nacimiento y desarrollo del Protestantismo, que estoy convencido de que por más reformas legales que se hubieran hecho, por más condescendiente que se hubiera manifestado la autoridad eclesiástica en acceder á demandas y exigencias de todas clases, hubiera acontecido poco más ó menos la misma desgracia.

Es necesario haber reparado bien poco en la extrema inconstancia y movilidad del espíritu humano, y haber estudiado muy poco su historia, para desconocer que era esta una de aquellas grandes calamidades que solo Dios, por providencia especial, es bastante á evitarlas.

JAIME BALMES.

El Protestantismo comparado con el Catolicismo en sus relaciones con la civilización europea.

Nadie que haya saludado la historia de las letras me podrá negar, que en todo tiempo haya tenido la Iglesia en su seno hombres ilustres por su sabiduría. En los primeros siglos, la

historia de los padres de la Iglesia es la historia de los sabios de primer orden, en Europa, en África y en Asia; después de la irrupción de los bárbaros, el catálogo de los hombres que conservaron algo del antiguo saber, no es más que un catálogo de eclesiásticos; y por lo que toca á los tiempos modernos, no es dable señalar un solo ramo de los conocimientos humanos, en que no figuren en primera línea un número considerable de católicos. Es decir, que de 18 siglos á esta parte, hay una serie no interrumpida de sabios, que son católicos, ó que están acordes con un cuerpo de doctrina formado de la reunión de las verdades enseñadas por la Iglesia Católica. Prescindiendo ahora de los caracteres de divinidad que la distinguen, y considerándola únicamente como una escuela, ó una secta cualquiera, puede asegurarse que presenta en el hecho que acabo de consignar, un fenómeno tan extraordinario, que ni es posible hallarle semejante en otra parte, ni es dable explicarle como comprendido en el orden regular de las cosas.

Seguramente que no es nuevo en la historia del espíritu humano, el que una doctrina, más ó menos razonable, haya sido profesada algún tiempo por un cierto número de hombres ilustrados y sabios; este espectáculo lo hemos presenciado en las sectas filosóficas antiguas y modernas; pero que una doctrina se haya sostenido por espacio de muchos siglos, conservando adictos á ella á sabios de todos tiempos y países, y sabios por otra parte muy discordes en sus opiniones particulares, muy diferentes en costumbres, muy opuestos tal vez en intereses, y muy divididos por sus rivalidades, este fenómeno es nuevo, es único, sólo se encuentra en la Iglesia Católica. Exigir fe, unidad en la doctrina, y fomentar de continuo la enseñanza, y provocar la discusión sobre toda clase de materias; incitar y estimular el examen de los mismos cimientos en que estriba la fe, preguntando para ello á las lenguas antiguas, á los monumentos de los tiempos más remotos, á los documentos de la historia, á los descubrimientos de las ciencias

observadoras, á las lecciones de las más elevadas y analíticas; presentarse siempre con generosa confianza en medio de esos grandes liceos, donde una sociedad, rica de talentos y de saber, reúne como en focos de luz todo cuanto le han legado los tiempos anteriores, y lo demás que ella ha podido reunir con sus trabajos, hé aquí lo que ha hecho siempre, y está haciendo todavía, la Iglesia; y sin embargo, la vemos perseverar firme en su fe, en su unidad de doctrina, rodeada de hombres ilustres, cuyas frentes ceñidas de los laureles literarios ganados en cien palestras, se le humillan serenas y tranquilas sin que lo tengan á mengua, sin que crean que deslustran las brillantes aureolas que resplandecen sobre sus cabezas.

Los que miran el catolicismo como una de tantas sectas que han aparecido sobre la tierra, será menester que busquen algún hecho que se parezca á este; será menester que nos expliquen cómo la Iglesia puede de continuo presentarnos ese fenómeno, que tan en oposición se encuentra con la innata volubilidad del espíritu humano: será necesario que nos digan cómo la Iglesia Romana ha podido realizar este prodigio, y qué imán secreto tiene en sus manos el Sumo Pontífice para que él pueda hacer lo que no ha podido otro hombre. Los que inclinan respetuosamente sus frentes al oír la palabra salida del Vaticano; los que abandonan su propio parecer para sujetarse á lo que les dicta un hombre que se apellida *Papa*, no son tan sólo los sencillos é ignorantes; miradlos bien: en sus frentes altivas descubriréis el sentimiento de sus propias fuerzas, y en sus ojos vivos y penetrantes veréis que se trasluce la llama del genio que oscila en su mente. En ellos reconoceréis á los mismos que han ocupado los primeros puestos de las academias europeas, que han llenado el mundo con la fama de sus nombres, nombres transmitidos á las generaciones venideras entre corrientes de oro. Recorred la historia de todos los tiempos, viajad por todos los países del orbe, y si encontráis en alguna parte un conjunto tan extraordinario, el saber unido con la fe, el genio sumiso á la autoridad, la

discusión hermanada con la unidad, presentadle: habréis hecho un descubrimiento importante; habréis ofrecido á la ciencia un nuevo fenómeno que explicar: ¡ah! esto os será imposible, bien lo sabéis; y por esto apelaréis á nuevos eflugios, por esto procuraréis oscurecer con cavilaciones la luz de una observación que sugiere á una razón imparcial, y hasta el sentido común, la legítima consecuencia de que en la Iglesia católica hay algo que no se encuentra en otra parte. . . .

Mil veces he contemplado con asombro ese estupendo prodigio; mil veces he fijado mis ojos sobre ese árbol inmenso que extiende sus ramas desde el Oriente al Occidente, desde el Aquilón al Mediodía: véole cobijando con su sombra á tantos y tan diferentes pueblos; y encuentro descansando tranquilamente debajo de ella la inquieta frente del Genio.

En Oriente, en los primeros siglos de haber aparecido sobre la tierra esa religión divina, en medio de la disolución que se había apoderado de todas las sectas, veo que se agolpan para escuchar su palabra los filósofos más ilustres; y en Grecia, en Asia, en las márgenes del Nilo, en todos esos países donde hormigueaba poco antes un sin número de sectas, veo que se levanta de repente una generación de hombres grandes, ricos de erudición, de saber y de elocuencia, y todos acordes en la *unidad* de la doctrina católica. En Occidente, cuando se va á precipitar sobre el caduco imperio una muchedumbre de bárbaros, que se presentan á lo lejos como negra nube que asoma en el horizonte, preñada de calamidades y desastres; en medio de un pueblo sumergido en la corrupción de costumbres, y olvidado completamente de su antigua grandeza, veo á los únicos hombres que pueden apellidarse dignos herederos del nombre romano, buscar un asilo á su austeridad de costumbres en el retiro de los templos, y pedir á la religión sus inspiraciones para conservar el antiguo saber y enriquecerle y agrandarle. Lléname de admiración y asombro el encontrar al talento sublime, al digno heredero del genio de Platón, que después de haber preguntado por la verdad á

todas las escuelas y sectas, después de haber recorrido todos los errores con briosa osadía y con indomable independencia, se siente al fin dominado por la autoridad de la Iglesia, y el filósofo libre se transforma en el grande obispo de Hipona. En los tiempos modernos desfilan delante de mis ojos esa serie de hombres grandes que brillaron en los siglos de León X y de Luis XIV: veo perpetuarse esa ilustre raza aun al través del calamitoso siglo XVIII; y en el XIX veo que se levantan tambien nuevos atletas, que después de haber acosado el error en todas direcciones, van á colgar sus trofeos á las puertas de la Iglesia católica.

¡Qué prodigio es este! ¡Donde se ha visto jamás una escuela, una secta, una religión semejante! Todo lo estudian, de todo disputan, á todo responden, todo lo saben; pero siempre acordados en la unidad de doctrina, siempre sumisos á la autoridad, siempre inclinando respetuosamente sus frentes, siempre humillándolas en obsequio de la fe: esas frentes donde brilla el saber, donde imprime sus rayos un sentimiento de noble independencia, de donde salen tan generosos arranques. ¿No os parece descubrir un nuevo mundo planetario, donde globos luminosos ruedan en vastas órbitas por la inmensidad del espacio, pero atraídos por una misteriosa fuerza hacia el centro del sistema? Fuerza que no les permite el extravío, sin quitarles empero nada, ni de la magnitud de su mole, ni de la grandiosidad de su movimiento; antes inundándolas de luz, y dando á su marcha una regularidad majestuosa.

JAIME BALMES.

De Villahermosa á la China.

El resplandor del día rebosaba ya por los encumbrados picos de las colinas del Oriente, y las nieblas azules del valle dejaban descubierta la verdura de los campos, como se descorren las cortinas de un lecho al despertar de su dueño. El invierno había retardado algún tiempo sus perezosos pasos al morar entre aquellos quebrados terrenos; y en los arroyos de las praderas, en los torrentes de las colinas y en los hondos callejones de las aldeas quedaba reciente la huella húmeda de sus lluvias copiosas, de sus desoladoras avenidas. Pero sus fríos y sus tempestades habían desaparecido ya: Irene podía saludar desde el mirador un sol amoroso y vivificante. El astro de la mañana, al arrebatarse en pos de sí las emanaciones de la naturaleza ya fecundada, hacía circular en la atmósfera olas de un aire impregnado de fuego, de savia, de vida. Todavía las copas de los árboles no apuntaban más que los primeros brotes de sus hojas, blancas, azules ó rosadas; pero las praderas levantaban ya con lozanía haces de yerba embalsamada; y los céfiros anidados en las silvestres flores de los setos frondosos, salían de su seno, abriendo á millares capullos de rosas, coronas de margaritas blancas y carmesíes, penachos de madreSelva fragante, de aterciopelada purpúrea digital. Más que á los ojos, hablaba la naturaleza al alma, por la aspiración de vida y de fragancia que precede al rico esmalte y suntuosa vegetación de los meses más adelantados, y llegaban los mil perfumes de la estación restauradora, extendidos por las encañadas de los montes, como se dilata el aroma del incienso por las naves de un gran templo al empezarse la religiosa pompa..... Irene pasaba horas muy largas, sentada delante de aquel sol, respirando aquel aire, empapando sus grandes ojos en los torrentes de aquella luz brillantada....

Vosotros . . . la mayor parte de los que leéis estas páginas, ni comprenderéis por qué pasa así las horas, ni os interesáis mucho

en la noticia de este tiempo perdido. ¡Teneis razón!.... Vosotros queréis historia, necesitáis movimiento, deseáis aventuras, buscáis sucesos, peripecias, catástrofes.... lo habíamos olvidado.... Y ¿qué os importa el espectáculo de una mañana de abril desde los miradores de un campanario?.... Os han descrito tantas veces los albores de una aurora, la espléndida salida del sol en su oriente, que estáis por creer que no tiene encantos sino para el pincel del artista, para la fantasía del poeta.... Para vuestros ojos, no, para vuestra imaginación, todavía menos.... Vosotros me exigís otras pinturas, otras escenas.... tenéis derecho á otras emociones.. . Ya lo sé.. .. esperad.... Dejadme aún un momento contemplar ese día de color de rosa, que hace visos de nácar sobre las mejillas cadavéricas de una hermosura solitaria..... Si os dejara entrever, si os empezara á contar que en aquel momento, enfrente de ella, sobre las veredas del monte, ó á sus pies en el crucero del atrio ó en las junqueras del río, la contemplaba misteriosamente un hombre encapotado en los pliegues de una capa oscura, ó disfrazando el apasionado interés de su mirada con una lectura entretenida, tal vez condescenderíais á prestarme atención.... ¡Ah! Pues dejad que sin encanto de misterio ni interés de pasión me detenga aún en la contemplación estática y solitaria de aquella criatura hermosa y moribunda, á quien ya no miran con amor, sino el sol desde su oriente, y los ojos de Dios desde los cielos.

¡Una mañana de primavera!.... ¿Sabéis lo que es ese espectáculo? ¡Ah! Si os dijeran, al presenciarle un día, que aquel sería el último, que vuestros ojos no volverían á contemplar jamás ni aquel sol ni aquel cielo!.... ¡Ah! conoceríais entonces qué tesoros de belleza se guardan en esa monótona historia, en esa insípida novela, que se llama un hermoso día. La juventud en nada tiene esa hermosura; los corazones de veinte y cinco años, las existencias vigorosas y ardientes, no se impresionan de esa poesía. La juventud, como los soles del firmamento, luce con su propia luz, siente por su propia fuerza,

anima el mundo y la naturaleza con la vida que hierve y se elabora dentro de su propio seno. En la primavera de nuestra edad el cielo ríe siempre delante del alma. Nada le importan al joven las inclemencias de la estación ó las nieblas de la atmósfera; que silbe el cierzo en los troncos desnudos; que densas capas de nieve cubran la tierra devastada con un sudario de muerte; lleva él en su espíritu raudales de amor, de alegría, de entusiasmo, de esperanza, como llevan los serafines la bienaventuranza en su aureola, como lleva Satanás el fuego del infierno en sus entrañas.... Pero, al declinar de la tarde del breve día de nuestro sér, en esa primera y sombría pendiente de los caminos de nuestro regreso, al tomar por el sendero que conduce al término de la carrera humana, al sentir ese primer amago de pasmo, de impotencia, en que el corazón tiene aun todo su poder de conmoverse, pero en que ya le falta la fuerza de inspirar; en esos momentos de caimiento y postración, en que el terreno barro recibe la primera idea de su natural flaqueza y de su próxima ruina; en esa edad crítica y atormentada, en que se mide el equinoccio de nuestra razón y de nuestro sentimiento; en ese crepúsculo de un día de verano, tan próximo á una aurora de otoño, que no puede llamarse todavía la senectud de la vida, pero que es ya la vejez de la juventud.... ¡Oh! ... Entonces la vuelta de la primavera, el sol resplandeciente ó entoldado, y el aire tibio de una mañana de abril, son el renacimiento de la vida, y hacen la ilusión de que reflorece la juventud del alma, como se renuevan los capullos de los rosales. Juventud y vida que vienen ya de la atmósfera que nos rodea, que aspiramos fuera de nosotros mismos con aquel placer con que sentimos el calor de la lumbre en las noches rigurosas del invierno; juventud y vida y animación y entusiasmo ilusorio, llamaradas de un fuego que se apaga, estremecimiento misterioso del alma, que ha concedido la muerte.

Por eso los ojos de Irene se fijan dos horas seguidas en las nubes arreboladas de la banda del Poniente y en los celajes

dorados del horizonte oriental; en las crestas de la montañas, que resplandecen como flameros encendidos, y en las pardas gargantas, que sombrean más los negros pinares; en los visos del mar, que recama con golpes de blanca espuma la reventazón de las corrientes equinocciales, y en las arenas refulgentes, que hacen un marco de oro á la inmensa luna de aquel líquido espejo, en que se mira la cara de Dios, al levantarse sobre el mundo.

Por eso brilla un rayo de alegría en sus ojos; por eso se dilatan sus labios con una sonrisa de felicidad, parecida al de la madre que toma la niñez de su hijo por su propia alegre juguetera infancia. Por eso palpita su corazón á compás de los murmullos del aire, de los gemidos del mar ó de los trinos de las aves. Por eso hay un momento en que sueña que su alma es joven todavía, que le viene estrecha la prisión de aquellos claustros y la angostura de aquellos montes. Es que no le queda ni memoria de aquella época, tal vez prematuramente satirizada. En la juventud no hubiera podido pararse quince minutos de seguida ante el espectáculo que la embelesa ahora. Entonces el sol estaba en sus ojos, el aura vital del amor en su aliento, el trinar de las aves en las modulaciones de su garganta, y el tumulto del Océano en el oleaje del sangre, en la espumosa marea de su corazón, hirviente y atormentado. Entónces en dos horas sus ojos hubieran recorrido el mundo, y más allá del mundo, todos los que crea en su magia fecunda la omnipotente fantasía. Ahora su mirada había recorrido un breve espacio de cielo, y vuelta á la tierra, había seguido con la lentitud del andar de un anciano la corriente del río, desde el pie de los montes por donde se abre paso, hasta el seno del puerto donde se confunde con el mar. Ahora parecía escudriñar con tenaz interés las sinuosas revueltas de aquel canal, que ora dilata anchuroso su cauce entre el césped de los verdes sotos, ora enrosca sus espirales de esmeralda entre el laberinto de las fragosas colinas.

De Villa-hermosa á la China

Cuando Javier descendió á la portería le pareció que era ya de noche; tan negro y tan sombrío estaba el cielo, y tan apiñadas las nubes de la desencadenada tormenta. Los truenos no eran ya tan espantosos, y sonaban más lejanos, pero los relámpagos cruzaban sin tregua, de oriente á poniente, entre montaña y montaña, misteriosos triángulos y gigantes cas culebrinas, que se apagaban en el mar. Las ráfagas del huracán hacían rugir medrosamente las arboledas en el valle y los pinares en las cumbres, y por todas las hondas cañadas zumbaban pavorosos, cual si pasaran por la tubería des-acorde de un órgano inmenso, silbidos agudos y lamentables alaridos. Mangas de espesísima lluvia, que los encontrados vientos arremolinaban en líquidas espirales, giraban, envueltas con nubes no menos densas de hojas esparcidas y de ramas desgajadas. Por cada quiebra de las colinas bajaba, hecho río amenazador y espumoso, un raudal, que confundía sus desusados mugidos con el trueno de las nubes, que el eco multiplicaba sin fin entre los montes. El Océano revolvía contra las playas, en furiosa marea, las aguas turbias y rojas que ríos y torrentes le enviaban. El verde esmeralda de su manto se cambiaba en los pardos visos de la piel de las fieras, y los pliegues de su oleaje sostenido y majestuoso, como las columnas de un grande ejército en marcha, eran ya los revueltos borbotones del siniestro hervor, que se asemeja más á los remolinos de las muchedumbres sin dirección ni mando. Las campanas de las aldeas, tañendo á intervalos el toque de nublado, mezclaban su plañidero repique con las esquilas de los rebaños, que se derrumbaban despavoridos por los barrancos á guarecerse en el cobertizo de sus apriscos; y al graznar asustado de las fugitivas tropas de ánades, que remontaban la corriente del río, subían tras ellas por el aire enjambres y nubes de millares de gaviotas, dando al viento sus chillidos lastimeros.

Contempló Javier un momento desde la puerta aquel espectáculo, y respiró algunas bocanadas del aliento de la tempestad; pero considerando temerario el salir en aquel instante, y de todo punto imposible cruzar por los anegados caminos, entróse á esperar en la iglesia que el cielo calmara la furia de los elementos, ó á pedirle tal vez que aquietara la tormenta de sus desatadas pasiones.

Allí había calma y sosiego, allí era la luz blanda y tenebrosa, el aire estaba ligeramente impregnado de suave aroma de incienso y de juncia. La paz del Señor reinaba en la iglesia; algunos ancianos y piadosas mujeres rezaban en voz medrosa, arrimados á los confesionarios ó postrados en las tarimas. Javier, atravesando la nave, fué á arrodillarse á los pies del altar mayor. Las religiosas cantaban en el coro las letanías de la Virgen; el órgano empezaba á sonar con la melodía más lenta de sus registros, y entre aquellos acentos de confusión ó de susto, de timidez juvenil ó de ancianidad temblorosa, aún sobresalía, robusta y confortada, sonora, aunque enronquecida, la voz de Irene, que elevaba al cielo, con el *ora pro nobis* de la flaqueza amedrentada, el *hossanna* que levanta á Dios quien acaba de triunfar, con su ayuda, sobre un campo de batalla.....

De improvisó, y entre el fragor ya disminuído de la tormenta, un extraño y seco estampido, bien diferente del redoble de los truenos, hizo estremecer las paredes del santo edificio; otro estampido más comunica la alarma de un nuevo peligro á los corazones ya sobresaltados..... Javier se alzó de pie inmediatamente: había reconocido aquella detonación siniestra; el metal de voz de aquel desesperado acento debía de serle familiar. Repitióse por tercera vez, y no pudo quedarle duda.....era un cañonazo de alarma. En aquel instante, Pablo el Triste entraba precipitadamente en la iglesia. No venía con el aire devoto, humilde y abatido que le era habitual. Levantaba la cabeza erguida, la mirada enérgica, y era su andar resuelto el del soldado animoso que ha oído la

voz del combate y que ha palpitado de emoción de pelea al primer disparo del fuego enemigo. Dirigióse á Javier, como un ayudante que trajera á su general nuevas de una batalla.—Es en el puerto, señor, le dijo sin otra preparación; la fragata que estaba á la vista pide socorro; un rayo ha caído á su bordo; arde y se va á pique. ¡Incendio y naufragio!.... Pero ya se preparan lanchas de socorro.... hay una en los junciales....—Pues allá pronto, en nombre de Dios, dijo Javier, y arrodillados un segundo en el altar, para santiguarse con la bendición del cielo, salieron aquellos dos hombres, envueltos en el torbellino del viento y arrastrados en el torrente del formidable aguacero, por medio de aquellas gentes despavoridas, mientras que las religiosas entonaban de nuevo, entre ayes de espanto y al compás del cañón pavoroso, el penitente salmo de la Suprema Misericordia.

Vióseles primero á través de las malezas y junciales: á Javier, como si llevara él mismo el rayo y el huracán; sofocado á cada movimiento por el tormentoso remolino, á cada paso atajado por un espumoso torrente; á Pablo el Triste, siguiendo ó precediendo á Javier, con el andar largo, el cuello enhiesto, la mirada encendida y azorada, como va el ardiente lebrél de presa con el disparado alazán de caza, mientras el estampido del cañón, repetido entre las montañas, aumentaba el horror de los estruendos del cielo con la tremenda pulsación de los peligros del hombre. Vióseles en breves instantes en el remanso de la ribera del río, donde los esperaba la lancha, mirar con ansiosos ojos, ya dentro de la bahía, aquel buque cuya presencia indicaban montañas de nevada espuma levantadas en su alrededor; las blancas velas plegadas como las alas de una zarzeta con que jugara la tempestad, y una columna espiral de negra humareda, cortada á trechos de llameados resplandores. Vióse á pocos pasos de allí á otra lancha, cuyos despavoridos marineros se embarcaron inmediatamente á las grandes voces y ademán imperioso de Javier, quien ordenó á Pablo que fuera con ellos para

animarlos y dirigirlos. Vióse brillar en todas aquellas curtidas y atezadas frentes el rayo de entusiasta denuedo con que nuestros marineros responden espontáneamente á una voz animosa que les manda arrostrar peligros y tempestades; y vióseles en breves instantes despreciar el horrible oleaje del mar dentro del puerto, el remolino de las corrientes contra los tajamares del puente, y la reventazón de las rompientes olas contra los malecones del pueblo, que amenazaban convertir los barcos en fragmentos y los edificios en escombros. Vióse á aquellos dos pequeños botes, en que Javier tremolaba, al lado del pabellón rojo y amarillo, la flámula de los colores del puerto, arrastrar, en la fascinación del peligro y en la noble rivalidad del heroísmo, á todos los aterrados patrones y tripulantes de las lanchas; y el mismo capitán del puerto, que, á vista de la tormenta, había contenido con medidas de discreta prudencia el habitual arrojado de las gentes de mar, cediendo ahora al ejemplo de aquellos dos esquifes y de aquellos dos hombres, volaba tras ellos, como sin riesgo y sin obstáculo, sobre la embravecida furia de las aguas. Vióse en pocos minutos una animosa flotilla de más de veinte lanchas, por encanto tripuladas, disputarse en peligrosa regata, por todo lo largo del muelle y de la ribera, la honra de salvar la peligrosa barca, donde cada ola levantaba contra la invasora corriente una altísima sierra de espuma, que con el estruendo y semejanza de una catarata precipitaba en seguida el Océano sobre el entumecido río. Vióseles retrocediendo veinte veces al impulso de la formidable marea, arrebatadas otras tantas en la rapidez de la absorbente resaca, y por mucho tiempo envueltos y anegados, mecidos y levantados, y vueltos á abismar en las hondas cunas ó líquidos columpios que forman las olas encrespadas ó tendidas. Vióseles hacer del vértigo de aquellas sacudidas y del torbellino de aquellos vaivenes, un ejercicio de rivalidad y destreza, en que á cada riesgo de una muerte segura, á cada nuevo hundimiento y á cada salvación lograda, á cada golpe de mar sostenido y pa-

sado, á cada ola montada y vencida, á cada lluvia de onda reventada, traspuesta y aguantada, se alzaba un grito de entusiasmo y un *hossanna* de triunfo, entre todos aquellos héroes oscuros de un combate que no había de tener historia. Y vióseles, por último, rodear en cerco de auxilio á aquella naufraga embarcación, y conseguir desde luego que, á la vista de sus animosas maniobras, hiciera desesperados esfuerzos por impedir que la mar acabara de echarla á pique contra los arrecifes de la costa y los rompientes de la barra, ó que la devorara en un punto el fuego encendido por el cielo sobre el gran mástil herido del rayo.

En este instante, al desaliento de la desesperación habían sucedido los sobrehumanos esfuerzos que alentaba la esperanza en la fraternal ayuda. La salvación podía estar en la presteza y arrojo de los que acudían, como en la pericia y serenidad de los que esperaban. Pero los progresos del incendio, primero reprimidos, luego desarrollados con las ráfagas del impetuosísimo viento, colado entre las fuentes de la combustible máquina, eran mucho más rápidos que el empuje, tantas veces contrariado, de los esforzadísimos remeros, que, al acercarse al buque, se encontraban con un volcán ardiendo en medio de ellos, y que amenazaba, estallando, arrebatarlos y envolverlos á todos en la erupción inminente de su voladura. Daba Javier esforzadas voces y hacía señales al capitán para que abandonara desde luego la fragata, recogiendo la tripulación y fuerza en las lanchas, que se acercaban á todo remo; pero comprendía también á qué extremos conduciría á aquel hombre el honor de su puesto, antes de renunciar á la esperanza de salvar el buque confiado á su mando. Por eso se le vió, á pesar de las llamas que centelleaban rugientes entre la espesa humareda, y á riesgo de que el incendiado bajel estallara sobre sus cabezas, como una inmensa granada, ponerse al costado para ser oído de la tripulación, que, apiñada sobre la obra muerta, quería arrastrar á sus jefes al necesario abandono de la embarcación que se

perdía. Por eso, y á su ejemplo, formados todos los botes de socorro en semicírculo y ala, á barvolento de la abrasada nave, batallando con mil peligros, y á fuerza de temeridades de habilidad y destreza, toda la tropa y marinería de la fragata era recogida y puesta en salvamento, quedando sólo, con muy pocos, el animoso capitán, que se resistía aún en las agonías desesperadas de los últimos esfuerzos. Asfixiado, empero, por el humo de los embreados combustibles, y arrancado dos veces por los suyos de en medio de las llamas, en el momento que daba sus órdenes para intentar un esfuerzo supremo de salvación, un formidable golpe de mar, que reventó contra el castillo de popa, barriendo todo á lo largo, como una desoladora avenida, la extensión del desmantelado puente, arrebató con irresistible violencia al desventurado jefe en los pliegues de sus espumas y en los torrentes de sus ondas, y dió con él en los abismos del Océano....

NICOMEDES PASTOR DÍAZ.

De Villahermosa á la China.

En esta disposición de ánimo asistieron una tarde Enrique y Sofía, convidados por Irene y atraídos por la devoción de aquellos contornos, á una fiesta religiosa, que en las proporciones de la localidad y en medio de sus habitantes, podía llamarse magnífica. Eran los primeros días de setiembre, y se celebraba en el monasterio la festividad de la Virgen, su santa patrona. Los moradores de aquellos campos y de todas las poblaciones comarcanas habían acudido desde por la mañana con sus más vistosas galas y con sus más lujosos atavíos.

El espacio de la iglesia no había podido contener toda la multitud que, rebosando del templo, se derramó por el césped y por los juncales que circundan el modesto edificio. Los marineros de la costa habían concurrido á celebrar y cumplir un voto, y la chaqueta azul, faja encarnada y charolado sombrero de su vistoso uniforme, contrastaba con el pardo rústico sayo de los labradores. Irene tenía aun dedos de hierro para hacer vibrar con armonías solemnes y místicas fantasías el órgano de la Iglesia, acompañando los himnos de las religiosas, que se mezclaban en esta ocasión con un coro numeroso de sacerdotes. Las imágenes de los retablos estaban decoradas con la sencilla esplendidez que acumulaba en sus capillas multitud de cirios y profusión de flores. En los blancos manteles de los altares, en las ropas, recamadas de argentería, de las efigies, y en las guarniciones, cabos y remates de los objetos del culto, habían apurado las piadosas vestales todos los primores de su habilidad, todas las invenciones de su paciencia y todas las coqueterías de adorno negadas á sus severas tocas y á la austeridad de sus uniformes ropajes. El pavimento del presbiterio cubríale una rica alfombra, presente casi oriental de un indiano opulento, salvado de los peligros de un naufragio. El camarín de la Virgen resplandecía todo con estrellas de luces, y el tabernáculo del Sacramento brillaba en medio de un triángulo de fuego, abierto en el pecho de un pelícano de plata. En las gradas del altar se apiñaban vistosos, embalsamando el aire, magníficos ramos de lirios y azucenas, matizados con verde fragante luisa; entre ellos, ricos antiguos candelabros sustentaban blandones de cera rizada, entre lazos y festones de cintas con los colores de la bandera del puerto. En las capillas laterales se ostentaban, ofrenda de devoción ó prodigios de paciencia, ramilletes de flores, cestillos de frutas ó paisajes marítimos, contruñdos é imitados con las conchas y caracolillos de la playa, ó con las madreporas y corales de más apartadas riberas. Dos pequeños navíos, obra de una habilidad más piadosa que ar-

tística, flotaban, suspendidos á guisa de lámparas, á un lado y otro de la bóveda, empavesados vistosamente por la prolija devoción de jóvenes pilotos y marinos. Numerosas jaulas de colorines y canarios, ó de extraños pintados pajaritos, traídos en reliquia por los que vuelven de los viajes de América, adornaban en torno las cornisas de las naves y gorjeaban entre los arpegios del órgano y el canto de los sacerdotes, como acompañan en los verjeles las brisas del viento ó el murmullo de los arroyos. Y desde la verja del presbiterio hasta los cancelos de las puertas mullía el pavimento y cubría sus anchas y azules baldosas de pizarra, una alfombra de juncia y espadaña, de ramos de hinojo y de laurel deshojado, no menos verde y fragante que las lindes de aquellos prados ó el césped herboso de aquellos sotos.

No faltaba en la religiosa ceremonia ninguna persona conocida y notable en dos leguas de contorno. Sólo notaron algunos la desusada ausencia de Pablo el Triste, eterno y voluntario sirviente del culto en toda ceremonia del monasterio; y era que sin duda aquel día había en Valle-de-flores demasiada alegría para su carácter y para su nombre. Aquella tarde era, no solamente festividad, sino romería. En torno de la iglesia se habían levantado puestos y mesas, aderezadas con toscos manteles, cubiertas de bollos y refrescos, dulces, flores del país y figuras de cera, presididas en medio por un santo, engalanado de cintas y lentejuelas. Un aldeano viejo, ó un marinero estropeado, santiguaba con la santa imagen á una madre que traía sus niños, ó al anciano que conducía sus netezuelos; bandejas de antigua porcelana, recamadas con dibujos de tuertes colores recogían el óbolo de estas piadosas ofrendas. Los marineros habían hecho tiendas con velas dobladas, sostenidas en mástiles y remos. Frescas y robustas aldeanas, tendida hasta la corva la larguísima trenza de su incomparable cabellera, hacían en derredor feria y mercado de riquísimas frutas, amontonadas en cestos enormes. Niñas más jóvenes y lindas servían rosquetes y azucarillos

en azafates de mimbre ó en limpios arneros de cedazo. Algo más lejos de los umbrales de la iglesia, en el centro de una era espaciosa, que ceñían en plaza un cerco de recortados bojes y matas colosales de hortensia, y á la que, en concéntrica hilera, daban sombra copudos nogales y altísimos cerezos, se había instalado, rey de la romería y corifeo de la fiesta, el característico *gaitero*, haciendo resonar la pradera con los alaridos de aquel primitivo instrumento, scita á un tiempo y romano, escocés y sármata, que conserva aún en todos los pueblos de origen celta la fraternidad del traje y los cantos tradicionales de esas razas sin historia. En torno de este importante personaje y de su indispensable tamboril, formábanse, en irregulares corros, danzas campestres, en que la ligereza de los movimientos y el ritmo vivísimo de los compases contrastaban singularmente con el pausado carácter y las formas poco aéreas, aunque esbeltas, de aquellas macizas hermosuras. Al otro extremo de la era, instrumentos de cuerdas más pulidamente tocados, daban el són de walses y contradanzas á muchas parejas de los puertos; y aquellas jóvenes de la marina, de proporciones y actitudes tan delicadamente hermosas, ligando el tocado rico de su pañuelo de encaje con la guarnecida grana de su roja esclavina, se complacían en ejecutar aquellos bailes con el primor de las damas de las ciudades. Estrepitosos bravos y alaridos hacían cruzar de corro á corro, de danza á danza, y de una á otra clase, la rivalidad cordial, que estallaba en mutuos aplausos y correspondidas aclamaciones.... Hubo un momento en que de todos aquellos círculos se elevó un inmenso, atronador, unánime y simultáneo viva, y en que mil enramados sombreros y mil pañuelos de colores tremoláronse al viento, saludando una aparición querida y bien llegada. Eran Enrique y su prima, que, después de haber pasado la mañana en la iglesia y visitado detenidamente á Irene, se presentaban de improviso en medio de la fiesta. Sofía, aquella tarde, apenas se distinguía en su traje de las jóvenes de estas riberas. Sólo

en vez del pañuelo, orlaba su cabellera negra leve mantilla de tul blanco, que, cruzando delante del pecho sobre un chal encarnado, se anudaba en la espalda en un lazo de flotantes puntas, para dejar á sus movimientos la libertad de un traje de campo. Pero su figura meridional hacía tan peregrino contraste con aquel adorno y con el carácter de belleza de las jóvenes del país, que su sorprendente hermosura arrancó de todos los labios un grito, no reprimido, de sincera admiración y alabanza. El rubor de estas demostraciones dió un viso de carmín al terso nácar de sus pálidas mejillas, y la complacencia de verse tiernamente acogida y benévolamente aclamada hizo asomar el llanto á sus ojos, y dió á su mirada aquella melancólica expresión de envidia con que las almas lastimadas contemplan una felicidad que comprenden y no alcanzan.... más triste aún cuando la inspiran. Enrique y Sofía difundían en torno suyo la alegría que de lleno no sentían, un entusiasmo de placer de que por completo no participaban. Y sin embargo, aquel espectáculo era para Sofía, más que para nadie, consolador y vivificante. Aquel baile al aire libre y perfumado, al bello sol de una tarde magnífica, en un salón cubierto por el cielo, en medio de frondosísimos árboles y de matizadas flores, no podía dejar de traerle una memoria de comparación con el recinto de otro festín memorable. En este momento, la imagen de aquella fiesta, en las altas horas de la noche, con atmósfera de calor, de polvo, de aspiración de gas y de luz de bujías, con el mohín de las caretas y la extravagancia de los disfraces, con el guirigay de los desacordes gritos y de las voces contrahechas, con la libertad de las conversaciones desembozadas y de las demostraciones provocativas, con el clamoreo de descompuestos brindis y el estrépito y algazara de copas rompidas y botellas chocadas, debía de aparecérsese como la mala visión de una bacanal repugnante, en los ensueños de la calentura ó en el letargo de la embriaguez.... Era natural que la alegría y la inocencia de aquella rústica fiesta, que se ce-

lebraba á la faz de un santuario y como un obsequio á la Virgen, conmoviera profundamente su imaginación y templara aquellos recuerdos con un baño de frescura, soplando por sobre su frente como una corriente de aire que viene por entre agua y flores.... Tal vez no era bastante. La memoria evocada por la sensación involuntaria de aquel contraste, dominó en su fantasía como una aparición de remordimiento, y los compases de aquellos walses y los torbellinos de aquellas parejas le inspiraron como un vértigo de terror.... «Que bailen.... que bailen... », gritaban, en esto, mil voces con clamoreo de invitación y ruego, dirigiéndose á los dos jóvenes, y antes que Sofía hubiera podido deliberar un instante, los brazos de su primo habían enlazado su flexible talle, y volaba, arrebatada en rápido giro, en derredor de los entrelazados mirtos y de las azules hortensias.

Un inmenso tumulto de aplausos saludó la evolución rápida de la bella pareja; pero Sofía se puso pálida como de espanto ó de mareo, y á la primera vuelta iba á parar á Enrique, cuando un solemne repique del monasterio hizo descubrir todas las frentes, deshacer todos los corros, y dirigirse toda aquella multitud á otro más santo y religioso espectáculo. Al estruendoso clamoreo de las campanas, al estampido de centenares de cohetes y armas de fuego, al estrépito y disorde són de todos los tamboriles y rústicos instrumentos, y del inmenso vocerío de aclamación que levantaba la muchedumbre, devotamente entusiasta, salía de la iglesia una solemne procesión, término y principal episodio de aquella festividad.... Aquella pompa religiosa en medio de los campos; aquella imagen de la Virgen, engalanada con mil cintas, recamada con mil flores, radiando entre mil luces, rodeada de palomas prendidas, que volaban al rededor, asistida de niños vestidos de ángeles, con alas de grandes aves marítimas, conducida entre dos largas hileras de ancianos marineros, y pasando triunfante y aclamada por medio de la multitud arrodillada y embebida, tenía para Sofía un carácter, á su manera, magní-

fico, bello y patético, que no siempre había encontrado en los cultos de las grandes basílicas y de las populosas capitales. Luego, tras los sacerdotes, revestidos de blancas y rizadas sobrepellices, campeaba al viento un guión de tisú blanco y dorado, que sostenía penosamente, pero con aire de marcial complacencia, un antiguo general de marina que vivía retirado en aquellos contornos. El veterano de Trafalgar ó de Tolón no tenía más que un brazo con que asir, apoyando el cuento en la tierra, el asta de la santa bandera, y sus largos cabellos blancos caían sobre el cuello de su descolorido uniforme. Asistíanle, llevando los borlones de oro del religioso estandarte, dos guarda-marinas, que parecían ser biznietos del mutilado anciano; y detrás, á alguna distancia, bajo un palio de brocado de plata, cuyas pértigas sostenían las personas más consideradas de la comarca, era llevada con majestad y adoración la sagrada forma del Dios Sacramentado en un viril resplandeciente de oro y pedrería, por un venerable sacerdote, que acompañaban otros seis, vestidos de lujosos ornamentos.

Cuando la religiosa pompa hubo dado casi una vuelta al monasterio, tomó, sin entrar en la iglesia, el sendero que subía á una pequeña colina que se eleva al norte del convento, sobre un recodo de la vía, frente á su embocadura en el mar. La multitud siguió entonces en masa tras de la procesión, y cuando hubieron coronado la altura, quedando atrás el palio, y la Virgen en frente, el preste, con los sacerdotes, se detuvo sobre el punto más culminante de la eminencia, donde había preparado un altar de reposo. Colocado allí el Sacramento, todo aquel gentío se prosternó de rodillas, con el recogimiento profundo de quien espera una gran ceremonia . . .

—¿Qué van á hacer? . . . preguntó en voz baja Sofía á una mujer que estaba á su lado.

—A bendecir el mar, señorita, respondió la aldeana.

—¿Bendecir el mar? . . . replicó Sofía.

—Sí, señora . . . el mar es nuestra principal riqueza, y porqu

nos da tantos mantenimientos de su seno, se le bendice en este día, como á los campos por la primavera . . .

—Calle V., buena mujer, interrumpió un anciano que estaba detrás de Soffa. El mar, señorita, es el cementerio natural de todos nosotros, pobres pescadores y marineros. Se le echa la bendición para que sea lugar sagrado, y tengamos en él sepultura cristiana . . .

En este instante, el preste, tomando el Sacramento, extendiendo sus brazos, y moviéndolos de uno al otro lado en dirección del Océano, hacía pausada y solemnemente la señal de la cruz, como si quisiera estamparla en las olas y dibujarla en los vientos. Una espiral de incienso envolvía, como una blanca nube, el sagrado relicario; los solemnes acentos del *Pange lingua* resonaban al pie de la colina, como los cantos de los levitas en las solemnidades públicas de la antigua Sion; el mar respondía con solemnes mugidos á la bendición de los cielos; el sol, posándose sobre las altas cuestas del poniente, iluminaba con sus rayos oblicuos el simbólico sol de oro en que se custodiaba el Dios vivo; á las campanas sonoras del convento contestaban en lejanos tañidos los esquilones de las parroquias del valle, y toda la multitud, prosternada bajo la bendición del Altísimo, respondía á la solemne exaltación del Sacramento eucarístico sobre la majestad de los mares, rezando, en universal sumiso murmullo, un responso fúnebre por todos los fieles que habían sido, que habían de ser depositados en aquella universal inmensa sepultura.

Soffa rezaba también con inusitado fervor. Soffa ignoraba hasta entonces que la religión de los campos guardara en su seno misterios tan profundos. Soffa ignoraba que el culto de la Divinidad tuviera relaciones tan íntimas y consonancias tan naturales con las condiciones del pueblo. Soffa ignoraba también que en las escenas comunes de la vida vulgar pudiera haber tanta grandeza, y que en la realidad de la existencia, que el mundo se empeña en ver desencantada y materialista, se encontrase tanta felicidad . . . tanto consuelo . . .

De Villahermosa á la China.

Y en alas del torbellino de este infernal pensamiento, rebusando en torno de su faz los pliegues de su manto, deslizando por aquellas sendas, como si los tañidos del bronce y los cantos del funeral la conjurasen, hallóse sola, desorientada, despavorida y sudando fatigosa sobre la cornisa de una escarpada colina, donde un paso más que diera, la hubiera derrumbado en un inmenso precipicio. A los pies de aquella eminencia, casi tajada á pico, sobre un remanso del río, las aguas, como apoyadas en su rebajada corriente, forman un abismo, que muge sordamente en el fondo. De cuando en cuando un extraño remolino levanta de improviso una ola, que azota, reventando, la perpendicular altísima ribera. Árboles corpulentos, sauces frondosos y espesísimos matorrales de torbisco, laurel y zarzamora, vistiendo de opulenta verdura la tajada pendiente, convierten el formidable despeñadero en una inmensa maceta de ramas y flores. Una ancha cornisa de resalto, que guarnece la altura con tres gradas concéntricas, revestidas de césped y helechos, avanza sobre el precipicio, como tres galerías de una altísima torre ó de una feudal almena. Sobre la explanada que las domina, la antigüedad hubiera colocado la graciosa rotonda de un templo griego. Si los árabes hubieran habitado el valle, hubieran construído en aquel sitio una casa de placer, como el Jeneralife; pero los normandos del siglo X, piratas de aquellas costas y pobladores de aquellos campos, habían levantado allí una garita de atalaya, sobre cuyas pobres ruinas crecen hoy silvestres parras y pomposas higueras. Aún no había acabado de cerrar la noche, y la luz, como reflejada por el río y el mar, permitía observar la posición de aquel sitio y contemplar la escena que la eminencia dominaba. Sofía dirigió una mirada lúgubre al abismo de aquel pozo, que tantas veces había arrojado cadáveres sobre los juncales de la orilla fron-

tera; y apartando á uno y otro lado el rebozo del manto que la envolvía y que, á su parecer, la ahogaba, sentóse tristemente sobre la alfombra de helechos, casi colgada sobre el inmenso derrumbadero. La media luz del crepúsculo, desvaneciendo las formas y confundiendo las líneas, disminuía las dimensiones de la altura y aproximaba la distancia de las profundas aguas, que hervían espumosas al empuje de la marea que subía. Un cuarto de luna, que dibujaba en el azul del cielo la hoja brillante de un alfanje oriental, terminaba su carrera y la del día, sobre la cresta de un cerro que descolaba altísimo en el recortado festón de las colinas del poniente. Las luces de la población, asentada más lejos sobre las playas de la embocadura, parecían desde aquella altura los fuegos fatuos de un cementerio, y las brisas del viento, que seguían la encañada del río, traían á los oídos de Sofía el toque de oraciones de las campanas de un convento, y el sordo redoble de retreta á bordo de un buque de guerra, surto á mayor distancia en la bahía. Pero ni los ruidos del agua, ni las armonías del viento, ni los colores del cielo, ni los ecos vivos del mundo, eran bastantes en aquel trance de vértigo fatal á distraer á la extraviada joven del mal pensamiento que tan adelante había penetrado en su voluntad. En aquel tristísimo momento creyóse de todo punto sin recurso en la tierra y abandonada sin piedad por el cielo. La resolución á que había dado acogida no era el desvarío de un instante de arrebato ni el acceso de un delirio. Aquel proyecto había fermentado en su ánimo y echado raíces en su corazón, con la meditación sostenida y profunda de veinte y cuatro horas sin intermisión ni sueño. Durante aquella incubación lenta y ardiente, había acostumbrado sus ojos á mirar cara á cara el espectro del suicidio, y su conciencia á considerar aquel propósito con la severidad de una obligación y con la austeridad de un voto. No se exaltaba y se acometía, como la víctima de un frenesí olérico y repentino: era señora de sí con la seguridad fría

v cruel del asesino alevoso. Más ciega, se hubiera arrojado del primer paso. Estaba bastante segura para detenerse, y para sacar despacio las últimas consecuencias de una razón que sólo había ejercitado para morir. Tal vez probó á satisfacer los últimos escrúpulos de su conciencia. Tal vez en aquel momento quería apurar si la naturaleza tenía bastante fuerza de atracción para detenerla á orilla del abismo por los vínculos del sentimiento y por las inspiraciones de la ternura, tan poderosas, tan materiales en aquella organización meridional y apasionada.

Por desgracia, todos los accidentes poéticos del paisaje, todas las inspiraciones de su imaginación exaltada y de su sensibilidad vehemente, todo el calor que la expansión de tantos reprimidos deseos pudiera dar al sentimiento ardiente de la vida, no habían hecho más que redoblar ante sus ojos la fascinación de la muerte. El frío razonado proyecto de su lógica desesperada, se revestía con los encantos y seducción amorosa de aquella hora, se engalanaba con la poesía de aquel lugar y de aquella perspectiva, para tomar la forma de un éxtasis de pasión y de un arrobamiento de ternura. El corazón de Sofía se abandonaba al delirio de aquella monstruosa voluptuosidad del sepulcro, que las fúnebres leyendas de los siglos medios simbolizaron en los genios de muerte, que vienen á buscar á sus víctimas, revestidos de las gracias de un amor irresistible y de una sobrenatural hermosura. Hundiendo sus miradas en el cielo refulgente; oyendo hervir á sus plantas el abismo surcado de fosfóricas ondas; sintiendo acariciados sus cabellos por las brisas de la noche; aspirando con sendiente afán el penetrante perfume de los verjeles, abrazábase también al fantasma de la tumba con el extremo de aquellas íntimas caricias que nadie en el mundo había recibido de sus fantásticos amores. . . . Sus ojos experimentaban aquella fascinación tentadora que muchos hemos alguna vez sufrido, contemplando solos, durante una hora de embeleso, el oleaje del mar sobre las arenas de una playa ó contra los escarpes de una tajada roca. Nosotros conocemos ese magnetismo irresis-

tible de unos brazos que se levantan del seno de las ondas, de unos ojos tiernos que nos hacen señas amorosas, indicándonos grutas escondidas en el centro de las aguas. Nosotros hemos oído esos cantos de invisible sirena, que vienen á arrullar con el ensalmo de su misteriosa melodía el sueño á que nos brindan, en lechos de coral y sobre cojines de alga y nenúfares; ondinas de seno de nácar, con ojos de esmeralda, y ramos de madrépora en las manos.... Recordamos haber cedido, arrullados por sordos susurros, al adormecimiento de esa páfida somnolencia, y que nuestros miembros se deslizaban al abismo en la fugitiva resaca, con el deleite de un baño suavísimo después de una jornada ardiente por ásperos caminos. Sofía estaba no menos rendida y fatigada, no menos seducida y fascinada, y presa de ese extraño genio tentador. Viajero rendido, dormido en el campo, obraba sobre ella aquel aliento de boa en acecho con que nos arrebatara hacia su boca la muerte deseada; revoloteaban en torno de sus oídos aquellas alas de vampiro, que zumban adormecedoras sobre una frente reclinada en el seno de la desesperación. Contra los atractivos seductores que habían paralizado el natural horror de la tumba, no tenía por escudo el horror de un crimen, ni siquiera la ridiculez de una atrocidad caprichosa. El genio satánico de la seducción, que había desterrado de su mente todos los motivos de razón, había dado también en tierra con todos los reparos de su pudor, con todas las defensas de su conciencia, y Sofía se entregaba á los mortales abrazos que la arrastraban á la tumba, no con el terror de la pasión adúltera ó con el espanto de la inexperiencia seducida, sino con el tranquilo abandono de quien celebra desposorios legítimos en el único tálamo que el mundo le daba y que el cielo le permitía....

NICOMEDES PASTOR DÍAZ.

La hermosura por castigo

Maravilla del Oriente llamaban á la hija del Emperador Teodosio, la sin igual en hermosura Pulqueria, que ya gozaba de tan lisonjero título desde la casi infantil edad de trece años. El apacible genio de la Princesa, nacida como su padre en Itálica, el tierno atractivo de su virginal semblante, la gallardía española de su cuerpo, su entendimiento claro, y su honesta vida sobre todo, le atraían de cerca y de lejos adoradores rendidos, muchos en número y eminentes en jerarquía, sin que ninguno reparase en un defecto gravísimo, que debía de oscurecer no poco las relevantes gracias de la augusta doncella. La hija del sucesor de Valente, la hermana de Arcadio y Honorio, ídolo de la imperial familia, jamás había visto á sus padres, ni á sus hermanos, ni á nadie, ni nada. Pulqueria, cuyos rasgados y hechiceros ojos envidiaban las más gentiles damas de Constantinopla, no veía con ellos. Pulqueria nació y había vivido ciega hasta la edad juvenil. Ciega oyó las cariñosas palabras de su madre Flaccila, cuando la criaba á sus pechos; ciega recibió la bendición de aquella mujer santísima, cuando la llamó el Señor á recibir entre los ángeles el premio debido á sus altas virtudes; ciega había escuchado los rendidos y amorosos ruegos del Príncipe Favencio, que solicitó y obtuvo del padre y de la hija la promesa de poderla llamar esposa en llegando la joven á contar quince abriles.

Feliz Pulqueria por ser hija de padre tal, más feliz por los dones corporales y del espíritu con que la Providencia la había enriquecido, felicísima por el amor que le tenían los suyos; bienes tan superiores y tantos eran nada para ella desde que, entrada en la mocedad y dando oídos á la voz universal que la proclamaba la más bella de las hermosas, nació en su corazón el vanidoso y vehemente deseo de

ver para verse. Persuadida, y con razón, de que su madre habitaba gloriosa la mansión de los bienaventurados, cada noche le dirigía una ardiente súplica para que le alcanzase del Todopoderoso el dón de la vista. Aparecióse una noche Flaccila á Pulqueria en sueños, ó, por mejor decir, sintió Pulqueria una noche que milagrosamente se le ponía delante la feliz matrona, ceñida la sien ya inmortal con la aureola de las esposas sin mancilla, una palma en la diestra y en la izquierda una corona formada de estrellas. «Hija mía (le dijo Flaccila con acento dulcísimo), Dios, que sabe mejor que el hombre lo que al hombre conviene, se niega de continuo á satisfacer vuestros imprudentes antojos, porque, de satisfacéroslos, irremediable se seguiría vuestro daño. Cuando el señor que te crió te mantiene ciega, señal es de que ciega te quiere; y no pudiendo querer la Divina Majestad sino lo mejor y más justo, bien puedes tener por cierto que la privación de la vista era para ti un beneficio tan grande como para otros es el tenerla. Movido, sin embargo, el Señor con mis ruegos, como yo de los tuyos, ha resuelto por fin concedértela, en virtud de su saber y poder infinitos; pero á fin de que ese dón, en vez de producirte males, te sirva para conseguir la corona rica y la inmarcesible palma de los mártires, victoriosas insignias que acerco á tus manos para que las toques, necesario es, hija mía, que te resignes á no ver, hasta la hora precisa de tu muerte, aquellos que más quieras, aquellos cuya vista más ahincadamente deseas. Dí si á ese precio quieres recibir la luz de los ojos, y mañana á medio día te será sobrenaturalmente otorgada».

Con aquella rapidez con que el alma del hombre, en fe de su celestial origen, piensa á veces en una difícil cuestión cuanto hay que discurrir, y la resuelve en un punto, hizo Pulqueria en el imperceptible espacio de tiempo que empleó en pronunciar un *sí*, este largo razonamiento: «Si el Señor me da un bien que yo ansiaba tanto, y ese bien, limitado en parte, me ha de proporcionar, además de la dicha en la

tierra, la felicidad de los justos, loca sería yo en verdad si no lo admitiese. ¿Qué es lo que amo yo más en el mundo? Lo primero, á mi padre; luego, á mi prometido esposo; después, á mis hermanos. Duro me será no ver hasta la hora de mi muerte á mi Favencio, al Emperador, á mis queridos Arcadio y Honorio; pero veré el sol de que nace el día y las estrellas que alumbran la noche; veré el mar, cuyos rugidos oigo desde mi lecho; veré la tierra que piso, las criaturas que la pueblan, la grandeza y esplendor de este soberbio alcázar: leve sacrificio es permanecer siempre ciega para solo un objeto, pudiendo saciar la vista en el campo dilatadísimo de la creación entera. Admito la condición, madre; quiero ver, *st*». Dicho apenas este monosilabo, con la sorda articulación de una persona que habla durmiendo, se desvaneció ó se retiró la visión celeste.

Los goces que provienen del cielo se distinguen de los placeres puramente humanos en una circunstancia notable: éstos en siendo muy vivos, fatigan y á veces matan como el dolor más agudo; las fruiciones que el Altísimo envía á sus predilectos, por intensas que sean, se disfrutan apaciblemente, sin detrimento de nuestro débil sér físico. Así Pulqueria, después de la desaparición de su madre, siguió reposando tranquila; tranquila y gozosa despertó á la hora ordinaria; gozosa y tranquila se dejó ataviar por sus camareras, y pasó á la habitación de su padre, á quien, lo mismo que á sus hermanos, quiso, para que la sorpresa fuese mayor, callar la prodigiosa visita que la noche antes había recibido. Un solo efecto visible producía el júbilo interior que saboreaba Pulqueria: el de animar su rostro con tan nuevo encanto, su voz con un dejo tan dulce, sus ademanes y movimientos con tan admirable dignidad y gracia reunidas, que jamás, ni aun el día que, amando ella ya, supo el amor de Favencio, la habían visto los que la rodeaban, tan alegre y hermosa. Sentada frente al Emperador en una estancia magnífica, teniendo á sus hermanos á un lado, y al otro á su amante, recibía de todos, y aun de Teodosio mismo, afectuosos

encarecimientos de su peregrina belleza, nunca más deslumbradora que entonces, cuando llegó el sol á mediar su curso. Instantánea y portentosamente, como si abriese los ojos después de un sueño apacible y breve sin que la luz los ofendiera, la hermosa hija de Flaccila y de Teodosio, la más bella de las hijas de Itálica, se halló con el divino dón por su madre ofrecido, y supo lo que era ver, lo que era verdaderamente vivir, lo que era embriagarse y desfallecer de puro contento. En un *ay* prolongado se resumieron la sorpresa y el gozo suyos, la admiración y la alegría causadas por el hallazgo y posesión de una dicha, mayor que se la pudo pintar la esperanza, mayor que la había solicitado el deseo. Tres veces cerró y abrió inmediatamente los ojos; tres veces creyó que había muerto y que revivía. Conoció á Favencio, conoció á Teodosio, conoció á sus hermanos; el sol, el cielo, las nubes, los campos, el mar, las estatuas, las pinturas, el brillo de las joyas, los cambiantes de la seda... y quiso, en fin, conocerse á sí misma. Trájole Teodosio un espejo de oro tersísimo.... miróse en él.... y vió en la pulida superficie convexa una túnica y un manto encima, y sobre ellos vió tambien un collar, y más arriba un zarcillo á cada lado, y más arriba una diadema ó cinta sembrada de piedras preciosas.... y todas estas imágenes de túnica, manto, collar, zarcillos y cinta se movían en el espejo, según movía el cuerpo y la cabeza Pulqueria; pero de humana figura no se descubría en el espejo ni rastro. Llevóse la Princesa la diestra á la frente, y entonces desapareció parte de la diadema, como si la taparan con algo: aparecieron en el espejo la manilla y el anillo que adornaban la mano puesta en la frente pero sin verse frente ni mano: después de muy pocos instantes de prueba, se convenció de que el espejo reflejaba todos los objetos que delante de él se ponían, menos la imagen de la princesa desde el cabello á la planta. Probados otros espejos de diferentes materias, aconteció con todos lo mismo; quiso Pulqueria explicar á los circunstantes el terrible prodigio y referir el coloquio habido entre ella y Flaccila, y negósele mal

su grado la lengua á revelar el secreto, que por divina disposición había de mantenerse largos años oculto. Preguntó á su padre y á todos si la veían en el espejo, y respondieron que sí; porque para ellos representaba la imagen de Pulqueria lo mismo que la de otra persona. Cayó, pues, en la cuenta de que el objeto que no le había de ser visible en su vida, era su cuerpo, eran su gracias, y, por consiguiente, que lo que ella amaba más y con más ahinco apetecía ver en el mundo, no era su padre, no eran sus hermanos, ni era el hombre á quien había consagrado su primero y único amor: era ella misma.

Y si algún género de duda le hubiese quedado, el tormento indecible que principió á sentir desde el punto que se vió sin reflejo en el bruñido disco de oro, le hubiera hecho comprender que una hermosura célebre, adorada por todos, naturalmente, sin conocerlo tal vez, y aun sin quererlo de suyo, había de venir por último á idolatrar en sí propia. Ojos, boca, tez, cabellos, garganta, seno, talle, manos, apostura, voz, sonrisa, su andar, su actitud en la silla, su actitud en el carro, su actitud en el templo, todo lo había oído encarecer mil y mil veces: quería, pues, complacerse con su sonrisa, admirar su caída de ojos, percibir el brote y crecimiento de los matices purpúreos con que teñía el rubor sus mejillas, estudiar el tocado más propio para que luciese la rica madeja de sus cabellos, y el vestido más conveniente para que resaltara la morbidez de su cuello y brazos, y la elegancia de su cintura; quería, en fin, conocerse y gozar de sí: había creído llegada la hora, y hallaba que para todo tenía vista menos para verse; ¡no podía ser el engaño más doloroso, más atroz el martirio! Lágrimas de amargura y sollozos de pena se tornó en seguida el momentáneo placer que le causó la inestimable adquisición de la vista; mas ¡oh portentoso con la angustia y el llanto (que todos los que lo vieron lo creyeron de júbilo) parecía más bella que antes, cuando sólo respiraba alegría: díjole Favencio que estaba más hermosa llorando, y este elogio fué para ella una lanzada. Por librarse de la serie larguísima

de padecimientos que veía se le preparaban, hubiera querido entonces que desfigurara su rostro una fealdad espantosa.... con tal que, visible para ella, no lo fuese para otro alguno.

Desde aquel día, que tan venturoso había de haber sido para la hermosa Pulqueria, la risa huyó de sus labios, y de su corazón el contento; pero su seriedad, bien que triste, era bella: todos eran á decírselo, y ella á rogar en vano que enmudecieran en su alabanza. ¡Cuánto no hubo de padecer con los encomios de los poetas que cantaron sus bodas con el amante Príncipe, ya en la lengua de Píndaro, ya en los metros de Horacio! ¡Cuánto no envidió la suerte de los mendigos é imposibilitados, entre quienes solía repartir caritativa sus tesoros! Ellos la veían, y para ella ni aun era visible la dadivosa mano que les alargaba. Dió á luz un hijo, una hija, dos... «Quizá vea mi retrato en esta criatura» exclamaba al sentir fecundado su seno. ¡Vana esperanza! Todos se parecían á Favencio. Desesperada, frenética, se arrancó muchas veces sus ricas galas, desgrefió su cabello, y se vistió con un traje tosco de penitente.... nunca más seductora que en aquel desaliño. Retirada en el palacio para evitar los aplausos del vulgo, llegó á mandar á su servidumbre y familia, y al mismo Favencio, que para no alabarla no la mirasen: fué obedecida; pero ¿cómo sujetar los ojos ni la lengua de sus hijos pequeños? Y aquellos inocentes, admirando en la faz de Pulqueria unos rasgos que la diferenciaban de cuantas mujeres veían, no podían menos de prorrumpir en el lenguaje cándido y fogoso de la infancia: «Madre, querida madre, tú eres la más hermosa de las mujeres»!

—Sí, respondía ella para sí suspirando: «soy la más hermosa del mundo, y es tal mi desdicha que no puedo ver lo que soy». Para desahogarse de alguna manera, escribió una vez una carta á su esposo, refiriendo la aparición de Flaccila y la dura ley á que sus ojos estaban sujetos; mas en el momento de acabar el escrito, se le desapareció de entre las manos.

Muchos años fué Pulqueria infeliz, como víctima rebelde de

una vanidad no satisfecha, hasta que hubo de acordarse de la corona y palma que le ofreció su madre cuando le anunció que vería. Consideró que si no llevaba con paciencia la privación de verse durante su vida, no sólo no ganaría la palma del martirio, sino que ni aun tendría el consuelo de conocerse cuando muriera; y por saciar su curiosidad, á lo menos á la hora de la muerte, se determinó á sufrir con resignación aquel martirio de su deseo, mientras el Señor la mantuviese en el mundo. El excesivo amor de sí misma la había apartado de la virtud, y por consecuencia de la felicidad; y aquel amor, ya bien dirigido, la conducía por fin á la virtud y á la dicha: prueba de que las pasiones humanas únicamente son malas ó buenas, únicamente nos dañan ó nos benefician, según el uso que de ellas hacemos. Así Pulqueria, gastada algún tanto su curiosidad con el tiempo, fué poco á poco avezando á oír sus elogios, primero sin ira, después con tolerancia, más adelante con sufrimiento, y al cabo con humildad reverente. Siempre experimentaba una sensación dolorosa al oír una razón ó percibir una mirada laudatoria ó admirativa; pero un instante después obraba en ella el conocimiento y decía: « Cuando muera me veré: sometámonos, entre tanto, á lo que el Señor ha dispuesto ». No se escondía ya de las gentes para excusarse de oír felicitaciones y cumplidos; no se vestía mal para quitar lucimientos á su belleza; salía con frecuencia en público, prendida y adornada como correspondía á la hija y hermana de los Césares, buscando ocasiones para triunfar de sí misma. Ocurríasele varias veces que su belleza naturalmente debía decaer con los años, y cesar la mortificación que le ocasionaba; equivocóse hasta en esto: Pulqueria estaba condenada á ser bella en todas las edades de la vida. A los quince años florecía con la delicada hermosura de la doncella; de treinta, descollaba con la sazónada y perfecta beldad de la esposa; de cuarenta, ostentaba la gallardía augusta de las madres, que son las reinas del género humano. Iba á cumplir cincuenta años, cargada de hijas y nietos, y su hermosura

indestructible, bien que era otra, no por eso era menos. Ya Teodosio había muerto. En aquel medio siglo todo había envejecido al rededor de Pulqueria; Pulqueria no, Pulqueria tenía la beldad por castigo.

Dispuso Favencio que para celebrar el quinquagésimo aniversario del natalicio feliz de su esposa, viniesen de mañana al palacio imperial todos sus hijos, nueras y yernos, trayendo cada pareja su familia consigo. Sentada en el cuarto de vestir, cuyas paredes cubrían entre fajas de mármol, trozos enormes de pulida obsidiana que servían de espejos, dejábase engalanar por sus damas Pulqueria, no lejos del luciente muro que reflejaba para ella sus vestidos y no sus carnes cuando la ilustre turba invadió la estancia, precipitándose á los pies de la abuela hermosísima. Echada la bendición á todos, desahogado el cariño recíproco en abrazos y en ósculos, hijas, nueras y nietas se disputaron á porfía el honor de ataviar á la augusta princesa española. Quién le servía el calzado, quién le rodeaba el ceñidor, quién le ponía el collar, quién le echaba á los hombros el manto, quién le adornaba los cabellos con la diadema. Era aquel uno de esos momentos de felicidad suprema, que sólo una vez suelen ocurrir en la vida del hombre; Pulqueria, no obstante, había disfrutado otro igual cuando sus ojos cobraron la vista. «Mírate á la pared, señora, le dijo con tierna efusión la mayor y más hermosa de sus nietas; mírate y verás cómo todavía nos vences á todas en hermosura.» Miró Pulqueria por complacer á la nieta, que era su favorita, aunque estaba muy ajena de verse; y por primera vez de su vida percibió en la negra obsidiana una imagen que debía de ser suya. Vió primero una niña de pocos días, que, sin embargo, era ya hermosa; las facciones de la niña fueron sucesivamente cambiándose y tomando la belleza de una criatura bella de un año, de dos y de más; y así fueron apareciendo en la lisa piedra especular cincuenta aspectos ó retratos diferentes de un mismo rostro, todos igualmente bellos: de manera que, en muy breves instantes, conoció Pul-

queria todo lo que había sido, todos los grados de belleza que había contado desde que nació hasta aquel mismo día. « ¿Con que yo he sido esta? » dijo con un acento de indefinible expresión, que confundió á su familia, la cual no veía en el espejo más que la imagen de la abuela, tal como naturalmente debía entonces representarla. « ¿Con que esta soy yo? » volvió á decir mucho más conmovida, y ya balbuciente. Y respondiendo á sus palabras una voz del cielo, aquella voz que la hablara en sueños treinta y cinco años antes, la voz de Flaccila, clara y blandamente le dijo: « Esa fuiste, hija mía; pero mira lo que vas á ser ahora. » Súbito desaparecieron en el mural espejo los atavíos mundanales de la Princesa; cubrió allí su cuerpo una maravillosa túnica, hecha de luz blanca; desprendiéronse sus cabellos de los nudos y adornos que los mantenían sujetos, y derramáronse vagarosos por las espaldas; tomó su rostro un sello de belleza inefable, distinta de lo que se llama belleza en la tierra, porque era la que embellece á los moradores del empíreo; en su diestra apareció la palma del triunfo, en su cabeza la corona de estrellas, refulgente símbolo de imperecedera ventura; dos alas candidísimas, doradas á trechos, le salieron de los hombros; y así representada en la figura de un ángel, que desde nuestro mezquino globo se tornaba al gremio de sus hermanos, clavada la vista en las alturas de la Jerusalén celeste, vió Pulqueria en el negro espejo, después de las gracias de su sér físico, la imagen de su alma. Una sonrisa dulce asomó á sus labios, cerró los ojos, estrechó la mano á Favencio, dejó suavemente caer la cabeza en el seno de su nieta querida, y su espíritu en brazos de la bienaventurada Flaccila, se remontó á las regiones de la dicha sin fin. La obsidiana del muro, que ya no había de ser profanada con otra imagen, perdió su lucidez, convirtiéndose en otra piedra, blanca y sin pulimento, brotando al par en su superficie las letras de aquella carta que escribió Pulqueria para revelar el secreto de sus pesadumbres, la cual se le huyó de las manos en cuanto acabó de trazarla. El dolor que Favencio y sus

hijos experimentaron al perder á Pulqueria, se mitigó al entender por aquel escrito que la siempre hermosa princesa infaliblemente ocupaba una silla en el coro gloriosísimo de los mártires.

Una señora madrileña del siglo pasado, que tenía la rara costumbre de leer este cuento á sus hijas cuando se ponían al tocador para vestirse de baile, añadía de su cosecha siempre, al terminar la lectura, estas breves palabras: « En efecto, queridas, el mayor suplicio para la mujer es el que atormenta su vanidad, así como el castigo mayor para el hombre es aquel en que se le abate el orgullo. » 1

JUAN EUGENIO DE HARTZENBUSCH.

La Maternidad

¿Recordáis, por ventura, los años de vuestra infancia?

¿Recordáis aquellas horas tranquilas, en que libre el alma de pesares y el corazón de inquietudes, dejabais reposar vuestra cabeza en el regazo de una mujer?

¿Recordáis la ternura con que aquella mujer os acariciaba, estrechaba vuestras manos infantiles, é imprimía, sin ruborizarse, sus labios en vuestra frente candorosa?

¿Recordáis cuántas veces enjugaba solícita vuestro llanto, y os adormecía dulcemente al eco blando de una balada de amor?

1 La heroína de «La hermosura por castigo» se llama Pulqueria, y es hija del emperador español Teodosio. Ya supondrá el lector instruido que, habiendo fallecido (según nuestra relación) aquella señora al cumplir cincuenta años, ha de ser diferente de la otra hija de Teodosio, llamada Pulqueria, que murió niña, en vida del padre, y cuya oración fúnebre pronunció San Gregorio Niseno. De nuestra hermosa Princesa, mártir de su hermosura, no dice palabra la historia.

¡Oh! Sí lo recordais. Los que tenemos la dicha de ver todavía á esa mujer sobre la tierra, la invocamos con cariño á todas horas.

Su nombre está escrito en el corazón: es el nombre más tierno de cuantos encierra el diccionario.

El nombre solo de *Madre* nos representa aquella mujer en cuyo seno bebimos el dulcísimo néctar de vida; en cuyo regazo dejábamos reposar nuestra cabeza; aquella mujer que nos acariciaba; que oprimía entre las suyas nuestras manos; que besaba nuestra frente; que enjugaba nuestro llanto; que nos mecia, por fin, en sus brazos al eco blando de una balada de amor.

¡Dichosos mil veces los que todavía podemos contemplarla con los ojos de la realidad!

Vosotros los que habéis perdido á vuestra madre, también podéis verla si tenéis corazón y sentimientos.

Podéis verla en el ensueño dorado de vuestra felicidad. Si el astro de la noche envía sobre la tierra su pálido resplandor, figuraos que el resplandor pálido del astro de la noche es la mirada tranquila y cariñosa que vuestra madre os dirige desde el cielo.

Si veis en la región del cielo una blanca nubecilla, que flota cual tenue gasa sostenida en sus extremos por dos ángeles, es el alma de vuestra madre que al miraros sonrío de cariño desde el cielo.

Si á la caída de una tarde melancólica sentís en el valle un eco vago que se pierde á lo lejos, y que no es el canto de las aves, ni el murmurio de la fuente; arrodillaos, es el aleteo de la oración que por vosotros eleva vuestra madre.

Si en noche apacible del estío acaricia vuestra frente una brisa consoladora; que no es la brisa de los campos, ni el hálito embalsamado de las flores, estremeceos de placer; es el beso de pureza y de ternura que os envía desde el cielo vuestra madre.

Aunque la muerte la arrebate, la madre no deja nunca de existir para vosotros los que tenéis corazón y sentimiento.

II

¡Pueblos que rebajasteis la dignidad de la mujer; que la considerasteis como un sér casi despreciable, venid! La razón os llama á juicio.

El sér que vilipendiáis ha dado vida á vuestros héroes y á vuestros sabios.

Cuando vuestros héroes y vuestros sabios, cuando los Alejandro y los Homeros, los Césares y los Virgilio, cruzaban los azarosos días de la infancia, una mujer los alimentaba con el jugo de su pecho; una mujer los adormecía con el arrullo de su amor.

Cuando sus labios empezaron á articular sonidos, una mujer los enseñó á pronunciar los nombres para vosotros venerandos; y les imbuyó vuestras creencias, y les dijo que había una patria que debían adorar; una patria que ellos ilustraron luego con el brillo de sus conquistas ó con el mágico resplandor de su talento.

¡Detractores sistemáticos del que llamáis sexo débil, recordad que habéis tenido madre, ó que la tenéis todavía!

¡Los que negáis absolutamente la virtud de la mujer, acordaos de vuestra madre!

¡Los que al nombre y á la memoria de madre no sintáis latir de entusiasmo el corazón, apartad, alejaos!

Pero no vayáis á los campos, que allí las tiernas avecillas besan á sus madres en el nido, allí el manso recental trisca de gozo junto á la oveja.

No vayáis á los bosques, que allí podéis ver á la pantera lamer á sus cachorros, y á la leona acariciar á sus hijuelos.

Y no es bien que la leona y la pantera de los bosques, y la oveja y el ave de los prados, enseñen al hombre las leyes inmutables de la naturaleza, al hombre que es rey de la naturaleza y primera figura en el gran panorama de la Creación.

Huid adonde el sol no alumbre, adonde halléis un espacio virgen, jamás hendido por respiración viviente; porque donde

quiera que lleguen los rayos del sol, donde exista un sér organizado y sensible, allí reinará majestuosamente la idea de la maternidad.

III

Cuéntase que á un pintor célebre encomendaron un cuadro, donde se bosquejasen á un tiempo el amor y la pureza.

Y el artista trasladó al lienzo la imagen de una mujer que llevaba en los brazos al hijo de sus entrañas.

Aquel pintor era un sabio. Los brazos de nuestra madre son el trono del amor y la pureza, donde en los albores de la vida del hombre brilla su majestad de rey de la creación.

En esos primeros años de la vida, la madre viene á ser para nosotros una segunda Providencia.

En los años de la niñez, la madre es nuestra primera maestra: ella nos enseña diariamente á alzar las manos al cielo y á bendecir al Dios de las mercedes.

Por ella aprendemos á coordinar las palabras mismas de nuestras primeras oraciones; de esos primeros himnos que el alma eleva á la Reina de los ángeles.

En los años de la adolescencia, ella nos señala los senderos de la virtud, nos avisa de los precipicios, y quizá enjuga la primera lágrima de fuego que hace asomar á nuestros párpados un amor que no es el suyo.

¡Oh! el amor materno no arranca lágrimas de fuego; produce llanto apacible que refresca el alma como el rocío á la tierra, como el céfiro á las flores.

En los años de la juventud consuela nuestras amarguras, perdona nuestros extravíos, y es la amiga que nunca nos engaña; la amante inalterable y fiel que nos ama sin cálculo y sin interés, sin falsedad y sin celos.

Ella es la sola mujer que, sin avergonzarse ni avergonzarnos, puede besar nuestra frente y estrecharnos en su seno.

Ella es la que comparte con nosotros los infortunios y los

males; la que vela nuestro sueño; la que cuenta por segundos las horas de nuestro padecer; la que cierra nuestros párpados en el instante supremo; el único sér, en fin, después de nuestro padre, que no admite consuelos por nuestra pérdida, porque se anega su alma en el mar sin bordes del egoísmo intenso del dolor.

Si es indudable que los padres ocupan en la tierra el lugar de la Divinidad, concluyamos por declarar absurdo é inconcebible el ateísmo.

No puede existir un sér racional que niegue á su madre: si existiere, debe considerarse como una excepción.

Las excepciones, tratándose del linaje humano, se llaman por otro nombre monstruos. Su número es corto por fortuna.

Si consultamos la historia de la humanidad, hallaremos millares de páginas entre cada dos Nerones.

Por cada monstruo, esto es, por cada hombre en cuyo pecho no se anida el amor maternal, hay generaciones sin cuento que rinden homenaje á la santa ley esculpida por la mano de Dios en el corazón de los mortales, y por la mano de Dios en el código inmortal del Sinaí.

En esa doble ley natural y positiva está escrito el amor materno.

El amor materno es el más puro y sublime de todos nuestros amores.

Un autor profundo y sentencioso nos ha legado esta máxima que encierra una gran verdad. La mujer que con sus virtudes y sus gracias cautiva nuestra cabeza y nuestro corazón es la que *más* amamos; la mujer á quien nos unimos con el vínculo del matrimonio es la que amamos *mejor*; la madre es la única mujer que amamos *siempre*.

SEVERO CATALINA.

Desde mi celda.

Cuando, no sin tener que forcejear antes un poco, logré abrir la carcomida y casi deshecha puerta del pequeño cementerio que por casualidad había encontrado en mi camino, y éste se ofreció á mi vista, no pude menos de confirmarme nuevamente en mis ideas. Es imposible ni aun concebir un sitio más agreste, más solitario y más triste, con una agradable tristeza, que aquel. Nada habla allí de la muerte con ese lenguaje enfático y pomposo de los epitafios; nada la recuerda de modo que horrorice con el repugnante espectáculo de sus atavíos y despojos. Cuatro lienzos de tapia humilde, compuestos de arena amasada con piedrecillas de colores, ladrillos rojos y algunos sillares cubiertos de musgo en los ángulos, cercan un pedazo de tierra en el cual la poderosa vegetación de este país, abandonada á sí misma, despliega sus silvestres galas con un lujo y una hermosura imponderables. Al pie de las tapias, y por entre sus rendijas, crecen la hiedra y esas campanillas de color de rosa pálido que suben sosteniéndose en las asperezas del muro hasta trepar á los bardales de heno, por donde se cruzan y se mecen como una flotante guirnalda de verdura. La espesa y fina hierba que cubre el terreno y marca con suave claro-oscuro todas sus ondulaciones, produce el efecto de un tapiz bordado de esas mil florecillas cuyos poéticos nombres ignora la ciencia, y sólo podrían decir las muchachas del lugar, que en las tardes de Mayo las cogen en el halda para engalanar el, retablo de la Virgen.

Allí, en medio de algunas espigas, cuya simiente acaso trajo el aire de las eras cercanas, se columpian las amapolas con sus cuatro hojas purpúreas y descompuestas: las margaritas blancas y menudas, cuyos pétalos arrancan uno á uno los amantes, semejan copos de nieve que el calor no ha podido derretir, contrastando con los dragoncillos corales y esas estre-

llas de cinco rayos, amarillas é inodoras, que llaman de los muertos, las cuales crecen salpicadas en los campo-santos entre las ortigas, las rosas de los espinos, los cardos silvestres y las alcachoferas puntiagudas y frondosas. Una brisa pura y agradable mueve las flores, que se balancean con lentitud, y las altas hierbas, que se inclinan y levantan á su empuje como las pequeñas olas de un mar verde y agitado. El sol resbala suavemente sobre los objetos, los ilumina ó los transparenta, aumentando la intensidad y la brillantez de sus tintas, y parece que los dibuja con un perfil de oro para que destaquen entre sí con más limpieza. Algunas mariposas revolotean de acá para allá, haciendo en el aire esos giros extraños que fatigan la vista que inútilmente se empeña en seguir su vuelo tortuoso; y mientras las abejas estrechan sus círculos, zumbando al rededor de los cálices llenos de perfumada miel, y los pardillos picotean los insectos que pululan por el bardal de la tapia, una lagartija asoma su cabeza triangular y aplastada y sus ojos pequeños y vivos por entre sus hendiduras, y huye temerosa á guarecerse en su escondite al menor movimiento.

Después que hube abarcado con una mirada el conjunto de aquel cuadro, imposible de reproducir con frases siempre descoloridas y pobres, me senté en un pedruzco, lleno de esa emoción sin ideas que experimentamos siempre que una cosa cualquiera nos impresiona profundamente, y parece que nos sobrecoje por su novedad ó su hermosura. En esos instantes rapidísimos en que la sensación fecunda la inteligencia, y allá en el fondo del cerebro tiene lugar la misteriosa concepción de los pensamientos que han de surgir algún día, evocados por la memoria, nada se piensa, nada se razona: los sentidos todos parecen ocupados en recibir y guardar la impresión que analizarán más tarde....

En Sevilla, y en la margen del Guadalquivir que conduce al convento de San Jerónimo, hay cerca del agua una especie de remanso que fertiliza un valle en miniatura formado por

el corte natural de la ribera, que en aquel lugar es bien alta y tiene un rápido declive. Dos ó tres álamos blancos, corpulentos y frondosos, entretejiendo sus copas, defienden aquel sitio de los rayos del sol, que rara vez logra deslizarse entre las ramas, cuyas hojas producen un ruido manso y agradable cuando el viento las agita y las hace parecer, ya plateadas, ya verdes, según del lado que las empuja. Un sauce baña sus raíces en la corriente del río, hacia el que se inclina como agobiado de un peso invisible, y á su alrededor crecen multitud de juncos y de esos lirios amarillos y grandes que nacen espontáneos al borde de los arroyos y las fuentes.

Cuando yo tenía catorce ó quince años y mi alma estaba henchida de deseos sin nombre, de pensamientos puros y de esa esperanza sin límites que es la más preciada joya de la juventud; cuando yo me juzgaba poeta, cuando mi imaginación estaba llena de esas risueñas fábulas del mundo clásico, y Rioja en sus silvas á las flores, Herrera en sus tiernas elegías y todos mis cantores sevillanos, dioses penates de mi especial literatura, me hablaban de continuo del Betis majestuoso, el río de las ninfas, de las náyades y los poetas, que corre al Océano escapándose de un ánfora de cristal, coronado de espadañas y laureles, ¡cuántos días, absorto en la contemplación de mis sueños de niño, fuí á sentarme en su ribera, y allí, donde los álamos me protegían con su sombra, daba rienda suelta á mis pensamientos y forjaba una de esas historias imposibles, en las que hasta el esqueleto de la muerte se vestía á mis ojos con galas fascinadoras y espléndidas! Yo soñaba entonces una vida independiente y dichosa, semejante á la del pájaro, que nace para cantar y Dios le procura de comer; soñaba esa vida tranquila del poeta que irradia con suave luz de una en otra generación; soñaba que la ciudad que me vió nacer se enorgulleciese con mi nombre, añadiéndolo al brillante catálogo de sus ilustres hijos; y cuando la muerte pusiera un término á mi existencia, me colocasen para dormir el sueño de oro de la

inmortalidad á la orilla del Betis, al que yo habíá cantado en odas magníficas, y en aquel mismo punto adonde iba tantas veces á oír el suave murmullo de sus ondas. Una piedra blanca, con una cruz y mi nombre, serían todo el monumento.

Los álamos blancos, balanceándose día y noche sobre mi sepultura, parecerían rezar por mi alma con el susurro de sus hojas plateadas y verdes, entre las que vendrían á refugiarse los pájaros, para cantar al amanecer un himno alegre á la resurrección del espíritu á regiones más serenas; el sauce, cubriendo aquel lugar de una flotante sombra, le prestaría su vaga tristeza, inclinándose y derramando en derredor sus ramas desmayadas y flexibles, como para proteger y acariciar mis despojos; y hasta el río, que en las horas de creciente casi vendría á besar el borde de la losa cercada de juncos, arrullaría mi sueño con una música agradable. Pasado algún tiempo, y después que la losa comenzara á cubrirse de manchas de musgo, una mata de campanillas, de esas campanillas azules con un disco de carmín en el fondo, que tanto me gustaban, crecería á su lado enredándose por entre sus grietas y vistiéndola con sus hojas anchas y transparentes, que no sé por qué misterio tienen la forma de un corazón; los insectos de oro con alas de luz, cuyo zumbido convida á dormir en la calurosa siesta, vendrían á revolotear en torno de sus cálices; para leer mi nombre, ya borroso por la acción de la humedad y los años, sería preciso descorrer un cortinaje de verdura. Pero ¿para qué leer mi nombre? ¿Quién no sabría que yo descansaba allí? Algún desconocido, admirador de mis versos, plantaría un laurel que, descollando altivo entre los otros árboles, hablase á todos de mi gloria; y ya una mujer enamorada que halló en mis cantares un rasgo de esos extraños fenómenos del amor, que sólo las mujeres saben sentir y los poetas descifrar, ya un joven que se sintió inflamado con el sacro fuego que hervía en mi mente, y á quien mis palabras revelaron nuevos

mundos de la inteligencia, hasta entonces para él ignotos, ó un extranjero que vino á Sevilla llamado por la fama de su belleza y los recuerdos que en ella dejaron sus hijos, echaría una flor sobre mi tumba, contemplándola un instante con tierna emoción, con noble envidia ó respetuosa curiosidad: á la mañana, las gotas de rocío resbalarían como lágrimas sobre su superficie.

Después de remontado el sol, sus rayos la dorarían, penetrando tal vez en la tierra y abrigando con su dulce calor mis huesos. En la tarde y á la hora en que las aguas del Guadalquivir copian temblando el horizonte de fuego, la árabe torre y los muros romanos de mi hermosa ciudad, los que siguen la corriente del río en un ligero bote que deja en pos una inquieta línea de oro, dirían al ver aquel rincón de verdura donde la piedra blanqueaba al pie de los árboles: «allí duerme el poeta.» Y cuando el *gran Betis* dilatase sus riberas hasta los montes; cuando sus alteradas ondas, cubriendo el pequeño valle, subiesen hasta la mitad del tronco de los álamos, las ninfas que viven ocultas en el fondo de sus palacios, diáfanos y transparentes, vendrían á agruparse al rededor de mi tumba: yo sentiría la frescura y el rumor del agua agitada por sus juegos; sorprendería el secreto de sus misteriosos amores; sentiría tal vez la ligera huella de sus pies de nieve al resbalar sobre el mármol en una danza cadenciosa, oyendo, en fin, como cuando se duerme ligeramente se oyen las palabras y los sonidos de una manera confusa, el armonioso coro de sus voces juveniles y las notas de sus liras de cristal.

Así soñaba yo en aquella época. ¡A tanto y á tan poco se limitaban entonces mis deseos! Pasados algunos años, luego que hube salido de mi ciudad querida; después que mis ideas tomaron poco á poco otro rumbo, y la imaginación cansada ya de idilios, de ninfas, de poesía y de flores, comenzó á remontarse á épocas distantes, complaciéndose en vestir con sus galas las dramáticas escenas de la historia, fingiendo un marco de oro para cada uno de sus cuadros y haciendo un pedestal

para cada uno de sus personajes, volví á soñar, y, como en las comedias de magia, nuevas decoraciones de fantasía sustituyeron á las antiguas, y la vara mágica del deseo hizo posible en la mente nuevos absurdos.

¡Cuántas veces, después de haber discurrido por las anchurosas naves de alguna de nuestras catedrales góticas, ó de haberme sorprendido la noche en uno de esos imponentes y severos claustros de nuestras históricas abadías, he vuelto á sentir inflamada mi alma con la idea de la gloria, pero una gloria más ruidosa y ardiente que la del poeta! Yo hubiera querido ser un rayo de la guerra; haber influido poderosamente en los destinos de mi patria; haber dejado en sus leyes y sus costumbres la profunda huella de mi paso; que mi nombre resonase unido, y como personificándola, á alguna de sus grandes revoluciones, y luego, satisfecha mi sed de triunfos y de estrépito, caer en un combate, oyendo, como el último rumor del mundo, el agudo clamor de la trompetería de mis valerosas huestes para ser conducido sobre el pavés, envuelto en los pliegues de mi destrozada bandera, emblema de cien victorias, á encontrar la paz del sepulcro en el fondo de uno de esos claustros santos, donde vive el eterno silencio, y al que los siglos prestan su majestad y su color misterioso é indefinible. Una airosa ojiva, erizada de ojas revueltas y puntiagudas, por entre las cuales se enroscaran, asomando su deforme cabeza, por aquí un grifo, por allá uno de esos monstruos alados, engendro de la imaginación del artífice, bañaría en oscura sombra mi sepulcro: á su alrededor, y debajo de calados doseletes, los santos patriarcas, los bienaventurados y los mártires con sus miembros de hierro y sus emblemáticos atributos, parecerían santificarle con su presencia. Dos guerreros inmóviles y vestidos de su fantástica y blanca armadura velarían día y noche de hinojos á sus costados, y mientras que mi estatua de alabastro riquísimo y transparente, con arreos de batallar, la espada sobre el pecho y un león á los pies, dormiría majestuosa sobre el túmulo, los ángeles que, envueltos en largas túnicas y con un dedo en los labios, sos-

tuviesen el cojín sobre que descansaba mi cabeza, parecerían llamar con sus plegarias á las santas visiones de oro que llenan el desconocido sueño de la muerte de los justos, defendiéndome con sus alas de los terrores y de las angustias de una pesadilla eterna.

En los huecos de la urna y entre un sinnúmero de arcos con caireles y grumos de hojas de trébol, rosetas caladas, haces de columnillas y esas largas procesiones de plañideras que, envueltas en sus mantos de piedra, andan, al parecer, en torno del monumento, llorando con llanto sin gemidos, se verían mis escudos triangulares soportados por reyes de armas con sus birretes y sus blasonadas casullas, y en los cuarteles, realzados con vivos colores, merced á un hábil iluminador, las bandas de oro, las estrellas, los versos y los motes heráldicos con una larga inscripción en esa letra gótica, estrecha y puntiaguda, donde el curioso, lleno de hondo respeto, leería con pena y casi desifrándolos, mi nombre, mis títulos y mi gloria. Allí, rodeado de esa atmósfera de majestad que envuelve á todo lo grande, sin que turbaran mi reposo más que el agudo chillido de una de esas aves nocturnas de ojos redondos y fosfóricos, que acaso viniera á anidar entre los huesos del arco, viviría todo lo que vive un recuerdo histórico y glorioso unido á una magnífica obra de arte; y en la noche, cuando un furtivo rayo de luna dibujase en el pavimento del claustro los severos perfiles de las ojivas; cuando sólo se oyesen los gemidos del aire extendiéndose de eco en eco por sus inmensas bóvedas; después de haberse perdido la última vibración de la campana que toca la queda, mi estatua, en la que habría algo de lo que yo fuí, un poco de ese soplo que anima el barro encadenado por un fenómeno incomprensible al granito, ¿quién sabe si se levantaría de su lecho de piedra para discurrir por entre aquellas gigantes arcadas con los otros guerreros que tendrían su sepultura por allí cerca, con los prelados revestidos de sus capas pluviales y sus mitras, y esas damas de largo brial y plegados monjiles que, hermosas aun en la muerte, duermen sobre

las urnas de mármol en los más oscuros ángulos de los templos!

GUSTAVO A. BÉCQUER.

Las hojas secas.

El sol se había puesto: las nubes que cruzaban hechas jirones sobre mi cabeza, iban á amontonarse unas sobre otras en el horizonte lejano. El viento frío de las tardes de otoño arremolinaba las hojas secas á mis pies.

Yo estaba sentado al borde de un camino, por donde siempre vuelven menos de los que van.

No sé en qué pensaba, si en efecto pensaba entonces en alguna cosa. Mi alma temblaba á punto de lanzarse al espacio, como el pájaro tiembla y agita ligeramente las alas antes de levantar el vuelo.

Hay momentos en que, merced á una serie de abstracciones, el espíritu se sustrae á cuanto le rodea, y replegándose en sí mismo, analiza y comprende todos los misteriosos fenómenos de la vida interna del hombre.

Hay otros en que se desliga de la carne, pierde su personalidad y se confunde con los elementos de la naturaleza, se relaciona con su modo de ser, y traduce su incomprensible lenguaje.

Yo me hallaba en uno de estos últimos momentos, cuando solo y en medio de la escueta llanura, oí hablar cerca de mí.

Eran dos hojas secas las que hablaban, y este, poco más ó menos su extraño diálogo:

—¿De dónde vienes, hermana?

—Vengo de rodar con el torbellino, envuelta en la nube del polvo y de las hojas secas nuestras compañeras, á lo largo de la interminable llanura. ¿Y tú?

—Yo he seguido algún tiempo la corriente del río hasta que el vendaval me arrancó de entre el légamo y los juncos de la orilla.

—Y ¿á dónde vas?

—No lo sé: ¿lo sabe acaso el viento que me empuja?

—¡Ay! ¿Quién diría que habíamos de acabar amarillas y secas arrastrándonos por la tierra, nosotras que vivimos vestidas de color y de luz meciéndonos en el aire?

—¿Té acuerdas de los hermosos días en que brotamos; de aquella apacible mañana en que, roto el hinchado botón que nos servía de cuna, nos desplegamos al templado beso del sol como un abanico de esmeraldas?

—¡Oh! ¡Qué dulce era sentirse balanceada por la brisa á aquella altura, bebiendo por todos los poros el aire y la luz!

—¡Oh! ¡Qué hermoso era ver correr el agua del río que lamía las retorcidas raíces del añoso tronco que nos sustentaba, aquel agua limpia y transparente que copiaba como un espejo el azul del cielo, de modo que creíamos vivir suspendidas entre dos abismos azules!

—¡Con qué placer nos asomábamos por cima de las verdes frondas para vernos retratadas en la temblorosa corriente!

—¡Como cantábamos juntas imitando el rumor de la brisa y siguiendo el ritmo de las ondas!

—Los insectos brillantes revoloteaban desplegando sus alas de gasa á nuestro alrededor.

—Y las mariposas blancas y las libelulas azules, que giran por el aire en extraños círculos, se paraban un momento en nuestros dentellados bordes á contarse los secretos de ese misterioso amor que dura un instante y les consume la vida.

—Cada cual de nosotras era un tono en la armonía de su color.

—En las noches de luna, cuando su plateada luz resbalaba sobre la cima de los montes, ¿te acuerdas cómo charlábamos en voz baja entre las diáfanas sombras?

—Y referíamos con un blando susurro las historias de los silfos que se columpian en los hilos de oro que cuelgan las arañas entre los árboles.

—Hasta que suspendíamos nuestra monótona charla para oír embellecidas las quejas del ruiseñor, que había escogido nuestro tronco por escabel.

—Y eran tan tristes y tan suaves sus lamentos que, aunque llenas de gozo al oírle, nos amanecía llorando.

—¡Oh! ¡Qué dulces eran aquellas lágrimas que nos prestaba el rocío de la noche y que resplandecían con todos los colores del iris á la primera luz de la aurora!

—Después vino la alegre banda de jilgueros á llenar de vida y de ruidos el bosque con la alborozada y confusa algarabía de sus cantos.

—Y una enamorada pareja colgó junto á nosotras su redondo nido de aristas y de plumas.

—Nosotras servíamos de abrigo á los pequeñuelos contra las molestas gotas de la lluvia en las tempestades de verano.

—Nosotras les servíamos de dosel y los defendíamos de los importunos rayos del sol.

—Nuestra vida pasaba como un sueño de oro, del que no sospechábamos que se podría despertar.

—Una hermosa tarde en que todo parecía sonreír á nuestro alrededor, en que el sol poniente encendía el ocaso y arrebolaba las nubes, y de la tierra, ligeramente húmeda, se levantaban efluvios de vida y perfumes de flores; dos amantes se detuvieron á la orilla del agua y al pie del tronco que nos sostenía.

—¡Nunca se borrará ese recuerdo de mi memoria! Ella era joven, casi una niña, hermosa y pálida. Él le decía con ternura:—¿Por qué lloras?—Perdona este involuntario sentimiento

de egoísmo, le respondió ella, enjugándose una lágrima; lloro por mí. Lloro la vida que me huye: cuando el cielo se corona de rayos de luz, y la tierra se viste de verdura y de flores, y el viento trae perfumes y cantos de pájaros y armonías distantes, y se ama, y se siente una amada, ¡la vida es buena! — Y por qué no has de vivir? insistió él estrechándole las manos conmovido. — Porque es imposible. Cuando caigan secas esas hojas que murmuran armoniosas sobre nuestras cabezas, yo moriré también, y el viento llevará algún día su polvo y el mío ¿quién sabe adónde?

—Yo lo oí y tú lo oíste, y nos estremecimos y callamos. ¡Debíamos secarnos! ¡Debíamos morir y girar arrastradas por los remolinos del viento! Mudas y llenas de terror permanecíamos aún cuando llegó la noche. ¡Oh! ¡Qué noche tan horrible!

—Por la primera vez faltó á su cita el enamorado ruiseñor que la encantaba con sus quejas.

—A poco volaron los pájaros, y con ellos sus pequeñuelos ya vestidos de plumas; y quedó el nido solo, columpiándose lentamente y triste, como la cuna vacía de un niño muerto.

—Y huyeron las mariposas blancas y las libelulas azules, dejando su lugar á los insectos oscuros que venían á roer nuestras fibras y á depositar en nuestro seno sus asquerosas larvas.

—¡Oh! ¡Y cómo nos estremecíamos encogidas al helado contacto de las escarchas de la noche!

—Perdimos el color y la frescura.

—Perdimos la suavidad y las formas, y lo que antes al tocarnos era como rumor de besos, como murmullo de palabras de enamorados, luego se convirtió en áspero ruido seco, desagradable y triste.

—¡Y al fin volamos desprendidas!

—Hollada bajo el pie de indiferente pasajero, sin cesar arrastrada de un punto á otro entre el polvo y el fango, me he juzgado dichosa cuando podía reposar un instante en el profundo surco de un camino.

—Yo he dado vueltas sin cesar arrastrada por la turbia corriente, y en mi larga peregrinación vi, solo, enlutado y sombrío, contemplando con una mirada distraída las aguas que pasaban y las hojas secas que marcaban su movimiento, á uno de los dos amantes cuyas palabras nos hicieron presentir la muerte.

—Ella también se desprendió de la vida y acaso dormiré en una fosa reciente, sobre la que yo me detuve un momento.

—¡Ay! Ella duerme y reposa al fin, pero nosotras, ¿cuándo acabaremos este largo viaje? . . .

¡Nunca! . . Ya el viento que nos dejó reposar un punto vuelve á soplar, ya me siento estremecida para levantarme de la tierra y seguir con él. ¡Adiós hermana!

—¡Adios!

.....

Silbó el aire, que había permanecido un momento callado, y las hojas se levantaron en confuso remolino, perdiéndose á lo lejos entre las tinieblas de la noche.

Y yo pensé entonces algo que no puedo recordar, y que, aunque lo recordase, no encontraría palabras para decirlo.

GUSTAVO A. BÉCQUER.

Historia social, política y religiosa de los judíos de España y Portugal.

Difícil será abrir la historia de la Península Ibérica, ya civil, ya política, ya religiosa, ora científica, ora literariamente considerada, sin tropezar en cada página con algún hecho ó nombre memorable, relativo á la nación hebrea, há cerca de

dos mil años errante y dispersa en medio de las demás generaciones. Las crónicas de los reyes, las historias de las ciudades y de las órdenes religiosas, tanto militares como conventuales ó monásticas, los anales de las familias, llenos están de acaecimientos, en que tuvo por largo tiempo el pueblo de Israel parte más ó menos activa y directa. Los códigos nacionales, dictados unas veces por los monarcas, formados otras por el clero, é inspirados otras por el sentimiento popular; los libros ascéticos, ahora escritos por los descendientes de la raza hispano-latina, ahora por los conversos del judaísmo; las obras científicas, cuándo traídas de extraños lenguajes, cuándo realizadas con gloria del nombre español, bajo la protección de los príncipes de Aragón y de Castilla, mientras yacían las demás naciones de Europa en medio de la barbarie; las producciones de la amena literatura, debidas ya á los cristianos viejos, ya á los que en el trascurso de los siglos habían hecho suya la religión del Crucificado, pregonan también, con no menor fuerza y verdad, la participación que en uno y otro concepto alcanzó el pueblo proscrito en el desarrollo de la civilización española. En historias, en leyes, en obras ascéticas ó científicas, en libros de controversia ó de poesía, aparece siempre aquella laboriosa á inteligente grey dotada de una actividad sorprendente, que la hace digna de ser maduramente estudiada, cuando se considera sobre todo que, ya se levante á desusada prosperidad, ya se vea envuelta en sangrientas persecuciones, jamás decaen su amor al trabajo ni su celo de la ciencia, títulos altamente legítimos, que le conquistan por mucho tiempo la tolerancia, si no el respeto de sus dominadores.

JOSÉ AMADOR DE LOS RÍOS.

Historia social, política y religiosa de los judíos de España y Portugal.

Larga y formidable era, la serie de libros, ya escritos contra la generación de Judáh por sus propios hijos, ya trazados por los cristianos viejos, quienes envolvían, al fin, en el común anatema á los descendientes de aquellos infatigables propagadores de la ley mosaica. Á gala llegaba á tenerse, durante los siglos XVI y XVII, aun entre los hombres de más levantado y libre espíritu, el poner, siquiera fuese una sola piedra en el edificio, por tan contrarios impulsos y con tan desemejantes y allegadizos materiales levantado. La obra del exterminio se consumaba; y era necesario esparcir al viento las últimas cenizas de la grey israelita. Mas ¿cuál era el resultado de aquella persecución, jamás ensayada con tan perseverante crueldad por otro pueblo alguno, respecto de la historia del hebreo en el suelo de la Península Pirenaica? Á la verdad, no se ha menester grande esfuerzo para discernir que en medio de aquella terrible lucha, en que rara vez se dejaron oír los gritos lastimeros de las víctimas, y donde á la sevicia de la acusación seguían con excesiva frecuencia los sangrientos efectos, ora de la saña popular, antes de 1480, ora de las crueles sentencias del Santo Oficio, después de aquella memorable fecha, no podía brillar serena, majestuosa y tranquila la luz de la verdad histórica, ahogado todo sentimiento de imparcialidad y de justicia por el negro turbión del más apasionado é intolerante fanatismo. Todos aquellos libros de acalorada controversia, en que es lícito, sin embargo, reconocer á veces el doble sello de la ingenuidad y de la ciencia; de pertinaz difamación, donde solo es dado descubrir la vergonzosa cobardía del neófito, á quien tiene en perpetua zozobra el miserable recelo de no ser creído por sus nuevos hermanos, que tal vez le apellidan apóstata; de cruda, irreconciliable persecución y exterminio, donde se contempla al fin el triunfo, nada generoso, del odio antiguo y de la abominación

moderna, revelaban ciertamente una historia; pero era la historia de los rencores, de las preocupaciones y del sangriento antagonismo del pueblo cristiano contra la nación judía, amasada con las injurias, las delaciones y las calumnias de los conversos. Semejante historia, justo es declararlo sin rebozo, si publicaba en todos sus volúmenes el rencoroso anhelo de sus autores, descubría también en todas sus páginas, si no el calculado olvido de la verdad, al menos la más lastimosa y censurable ignorancia de los hechos, probando así que, atentos únicamente á la obra de la destrucción, sólo se habían curado los propugnadores del pueblo israelita de levantar arietes para aportillararlo y reducirlo á míseros escombros.

Horrible era por cierto el retrato moral de los descendientes de Judáh, bosquejado con mano cruel á interesable por sus propios hijos y acabado con no menor intencionalidad por los cristianos, si bien no faltará quien halle en él algunas pinceladas no desconformes del modelo. Apenas existirá, en efecto una pasión mezquina, un sentimiento digno de vituperio, un conato punible, una costumbre execrable, una creencia monstruosa, una réproba superstición, que no se le atribuya y cargue en la inmensa cuenta de sus abominaciones. Los judíos eran ingratos, díscolos, vanagloriosos, falsarios, pérfidos, hipócritas, contumaces y traidores, extremándose todos estos rasgos de su iniquidad en la incalificable tiranía con que habían humillado á los cristianos, al verse levantados por reyes, príncipes ó magnates al poder, las honras y las distinciones, en que aspiraron á ser respetados como ídolos. Sin número eran asimismo las acusaciones que contra ellos habían lanzado conversos y cristianos viejos. Partiendo de las fábulas de Nabucodonosor y de la suposición de sus antiquísimas colonias en el suelo de Iberia, asegurábase que los judíos españoles habían no sólo aprobado sino aconsejado la muerte de Jesús, echando, como los de Jerusalem, sobre sí y sobre sus hijos, la sangre del Ungido. Condenándolos como empedernidos y contumaces en la creencia mosaica, á pesar de la declaración

de Josefo, que reconocía la divinidad de Cristo, motejábases de absurda credulidad y de ceguedad execranda, al esperar día y noche la venida del Mesías, mientras se lamentaban de que tardase por exceso en medio de la cautividad que los aniquilaba, perdido el cetro de Judáh, ó ya le suponían en el mundo, sin revelarse á su pueblo, admitiendo, en fin, no sin irrisoria torpeza, como tales Mesías y como divinos profetas, á miserables embaidores, salidos de la hez de su raza desde los tiempos más remotos . . .

Ahora bien: si todas estas acusaciones, donde se vislumbra alguna vez un principio de exactitud, con otras muchas que nos veda recordar aquí nuestro propio decoro, constituyan en un verdadero monstruo de iniquidad á la generación hebrea, ante los ojos de la cristiana, satisfecha y contenta de haber realizado la destrucción de aquella en el suelo de la Península, ya que no su total exterminio, ¿cómo era posible que, no extinguidas aún las hogueras del Santo Oficio, se hiciera en medio de semejante caos la luz suficiente á iluminarlo? ¿Cómo había de hallar oídos dispuestos á escuchar la verdad, el que osara hablar el lenguaje imparcial y severo de la historia, entre hombres, á quienes el temor de parecer sospechosos forzaba á aplaudir los esfuerzos de los inquisidores, en la extirpación de los despedazados restos del judaísmo? Cuando á muchas y muy ilustres familias, muy doctos y santos prelados, y muy distinguidos caballeros de las Ordenes Militares no habían servido de escudo contra el no aplacado encarnizamiento de la persecución, ni la claridad de las hazañas de sus ilustres hijos, ni la justa y brillante aureola de su ciencia y de sus virtudes, ni el lauro de sus propios merecimientos personales, siendo arrastrados al vilipendio y la deshonra en públicas reconciliaciones, pereciendo en estrechos calabozos, ó viendo manchado con el *sambenito* el nobilísimo hábito de aquellas religiosas milicias, más de una vez quemado en el brasero del Santo Tribunal: empeño temerario hubiera sido (como sería hoy el demandarlo, injustificada exigencia), no

ya el reconocer y quilatar lo que fué y representó en el desarrollo de la patria cultura la perseguida estirpe de Judáh, sino el sospechar siquiera que pudo ser en algún modo conveniente y útil al progreso de aquélla, su existencia en la Península Ibérica.

Y sin embargo, esta era la empresa cuya realización estaba reclamando el superior interés de la humana justicia, que es en suma el alto y prestantísimo interés de la historia. Usurpación, indigna de una nación honrada, y vituperable propósito, merecedor de la reprobación de las gentes, era, por cierto, así el negarse á confesar aquella deuda, si en realidad debía reconocerse, como el seguir lanzando nuevas tinieblas sobre el sangriento cuadro de la vida que el pueblo de Israel había llevado entre nuestros mayores. Justo y razonable parecía, por lo contrario, que pues fueron vanos é impotentes los repetidos esfuerzos que habían hecho muy doctos hebreos para arrojar de su pueblo las acusaciones que los perseguían, aun fuera de España, se levantase al cabo una voz, no amiga (que no se había menester, y hubiera podido ser tenida como interesante), sino dignamente imparcial y noblemente equitativa, que, inspirada en las fuentes de la moral y aun de la misma religión, en cuyo nombre se había consumado la destrucción de la prole de Judáh, llamara á juicio los siglos pasados para demandarles cuenta y razón de sus ideas y de sus hechos, pronunciando al fin la merecida y no eludible sentencia.

Con loable y puro amor á las ciencias y á las letras, ora siguiendo el ejemplo de respetados varones extranjeros, ora sirviéndoles á su vez de modelo y dechado, habían procurado recoger desde el siglo XVII doctos y laboriosísimos españoles las esparcidas memorias de aquellos eminentes hijos del judaísmo, que así bajo el yugo del Islam, como en la servidumbre de las monarquías cristianas, teniendo siempre la pelea á la puerta y no pocas veces aparejada la sentencia de muerte, habían dado altos é inequívocos testimonios de su privilegiada inteligencia, iluminando al par los horizontes de la civili-

zación arábica y de la civilización española. Los esfuerzos de aquellos beneméritos de la ciencia y del arte penetraban hasta las esferas de la religión, dado que en un sentido simplemente histórico y de un modo meramente expositivo: la historia civil y política del pueblo de Israel quedaba, aun coronada aquella empresa, de todo punto intacta, esperando más bonancibles días, en que fuera cumplidero exhibir y ponderar, sin más amor que el amor á la verdad y á la virtud, ni más odio que el odio á la mentira y al crimen, los merecimientos y servicios, los extravíos y los errores de aquel infortunado pueblo, que, arrancado del paterno hogar, buscó y halló asilo en las postreras regiones del mundo conocido, venciendo, para morar en ellas por tantos siglos, arduos, crecientes é innumerables obstáculos, grandes y temerosos conflictos.

JOSÉ AMADOR DE LOS RÍOS.

Historia social, política y religiosa de los judíos de España y Portugal.

Daba el Califa á los reyes deslumbradora y estudiada audiencia en su magnífico alcázar de Az-Zahrá. Sustentado éste en cuatro mil columnas de preciosos mármoles y de elegantísimas formas, mostrábase cubierto de ricos artesonados y admirables domos, construídos todos de incorruptible alerce, pintados de azul y oro y exornados, ya de gallardas y afiligradas ataujías, ya de realzados y esmeradísimos follajes, donde se revelaba, como en todo, la ejercitada é inspirada mano de los artistas bizantinos. Enlosaban sus anchurosas tarbeas vistosos mármoles, que describían, merced á sus

cortes y colores, los más artificiosos trazados geométricos; vestían sus muros, ora delicadas incrustaciones, asimismo de mármol blanco, primorosamente entalladas, ora brillantes alíceres, profusamente esmaltados de muy puros colores; y levantábanse en los centros de sus más suntuosos salones hermosas fuentes, decoradas de conchas, tazones y pilas, y fabricadas de tan exquisitos mármoles como elegantes y variadas trazas. Un grandioso cisne de oro, sobre el cual pendía, desde la elevada media-naranja, la insigne perla de An-Nassir, regalo, como el cisne, de los Emperadores de Bizancio, coronaba, en la ostentosa tarbea denominada del Califa, la más gallarda y delicada de todas estas fuentes, cuya taza enriquecían muy acabados relieves de bellas representaciones plásticas.

Contemplaron los reyes cristianos tanta belleza y magnificencia con no menor placer que admiración; é introducidos, no sin pomposas ceremonias, en el soberbio salón donde los esperaba Abd-er-Rahmán III, rodeado de todos los dignatarios de su fastuosa corte, adelantábase hacia el Califa el desdichado hijo del gran Ramiro II, para repetir la promesa hecha en Pamplona al judío Joseph Aben-Hasdai, presente á tan peregrino acto. Usando de muy benévolas palabras, acogía Abd-er-Rahmán la demanda de don Sancho, el Gordo, obligándose solemnemente al cumplimiento de las ofertas que antes le hiciera por boca del ilustre hebreo. Hasdai apuraba, en consecuencia, los recursos de la medicina, logrando en breve que el desheredado rey de León desechara la monstruosa crasitud que le había hecho el más desventurado de los hombres: el hijo de Ramiro II, al frente de un grueso ejército sarraceno (*innumerabili exercitu*), penetraba en aquellas mismas regiones que había arrebatado su heroico padre al yugo del Islam, restituyéndose al cabo, bien que no sin resistencia, en el trono por él deshonorado (958 á 960). Cumplido por don Sancho el pacto establecido con el Califa, obtenía el judío colmadas albricias de manos de Abad-er-

Rahmán, las cuales se reflejaban directamente sobre su pueblo, constituyendo esta edad una de las épocas más bonancibles y de más grato recuerdo que alcanzó jamás en su dolorosa peregrinación por el mundo la raza proscrita.

Córdoba proseguía siendo, en efecto, aun después de la muerte de aquel esclarecido Califa, acaecida en 961, asilo y morada de todo lo más notable y valioso que en ciencias y letras poseía el judaísmo, merced á la autoridad de Rabbí Mosséh-Aben-Hanoch y al creciente poderío de Abú-Joseph-Aben-Hasdaï, asentado ya en el trono el renombrado Al-Hakem-Al-Mostanssir-bil-láh, digno heredero de tan ilustre padre. Hasdaï seguía llamando al suelo cordobés á todos los hombres de mayor reputación y fama de Oriente y de Occidente; y mientras brillaban á su lado un Rabbí Menahem-Aben-Sarug, un Rabbí Dunásch-Aben-Labrat, un Rabbí Abú-Zacartás Yahia-Aben-David, y tantos otros como ganaron, ya en el cultivo de la poesía, ya en el de la teología y en las ciencias escriturarias, esclarecido renombre, volvía sus miradas á la antigua historia de sus padres, no sin emplear su omnímodo poderío para investigar y reconocer el estado social y político de las tribus israelitas, que florecían á la sazón en las comarcas desconocidas del Oriente.

JOSÉ AMADOR DE LOS RÍOS.

El Crédito.

Tiene la riqueza su perfume como las flores, su espuma como el agua, su atmósfera como la tierra, su espacio como el universo, su poesía como el corazón, su espiritualismo como las ideas.

El crédito es al dinero lo que el resplandor á la luz, lo que la sombra al cuerpo, lo que el eco á los sonidos.

Se puede decir que la riqueza es una especie de aritmética, en que los guarismos inflexibles no suman nunca más que la cantidad exacta, esto es, la cantidad que hay; al mismo tiempo que el crédito es una especie de álgebra que nos representa, por medio de letras fantásticas, las cantidades que se sueñan.

Aunque parezca raro, es indudable que la riqueza tiene su metafísica, su parte abstracta, su fantasía.

El dinero es la realidad, y el crédito la ilusión.

Crédito, digan lo que quieran los economistas, no es más que la pompa del capital, el brillo del oro, el ruido del dinero.

Por medio de ingeniosas combinaciones de cristales, se ha conseguido dar á los objetos más imperceptibles dimensiones fabulosas.

Así es que, al través del microscopio, una gota de agua nos parece el mar, un grano de arena una montaña.

Mucho antes que la ciencia descubriera este medio sencillo de engrandecer todo lo pequeño, la razón, las pasiones y los deseos habían hecho mares de gotas de agua, y mundos de granos de arena.

La razón tomó por su cuenta á ese grano de arena que se llama hombre, y nos lo hace ver, por un esfuerzo de óptica, bajo las formas gigantescas de un Dios.

El amor no quiso ser menos que la razón, y apoderándose de nuestros ojos, cogió esa gota de agua que se llama mujer, y la hizo aparecer sobre la tierra tan grande como un océano de felicidad.

Los deseos, ese vidrio de aumento al través del cual miramos todo lo que apetecemos, nos presentan continuamente mundos ignorados y cielos desconocidos, que á la simple vista no son más que granos de arena y gotas de agua, que el viento de una noche se lleva ó el sol de una mañana disipa.

El nombre, esa contraseña con que viajamos por la vida,

tampoco quiso contentarse con los límites propios de su naturaleza, é inventó el eco prodigioso de la fama y el cristal fantástico de la gloria.

Por medio del ingenioso mecanismo de la posteridad, adquirió el privilegio exclusivo de irse engrandeciendo en la misma proporción que se va alejando.

Este sistema inexplicable, que consiste en aumentar una cantidad sin añadirle nada, se interpuso misteriosamente entre las íntimas relaciones de los números, y se encuentra medio escondido en las primeras nociones de la aritmética.

Cero: hé aquí la demostración matemática de ese sistema.

Aplíquese el cero á la derecha de cualquier guarismo, y la suma crece indefectiblemente, sin que pueda decirse que le ha añadido una nueva cantidad.

La riqueza, cuya propensión natural es á aumentarse, debió de pensar seriamente sobre todo esto, y debió de buscar para sí la aplicación eficaz de un sistema tan maravilloso.

Á fuerza de discurrir, tropezó con un rayo de luz.

Brilló á sus ojos el oro como un pensamiento luminoso, ó mejor dicho, como la forma de su pensamiento.

El problema le debió de parecer resuelto á primera vista. La cuestión era llenar un espacio vacío, y adquirir al mismo tiempo la facilidad de moverse en todas direcciones.

El oro, por una condescendencia sin ejemplo, se prestó á la prueba, sin duda por la codicia de anmentar su valor.

Entregóse á las terminantes exigencias del cuño, y la moneda apareció como una expresión feliz, como la fórmula ignorada de una idea que todavía no había tenido su perfecta representación.

La riqueza adquirió, por decirlo así, su palabra, su frase corriente, su traducción natural, y el dinero se hizo el intérprete de todo valor, abarcando hasta el valor inmenso que un hombre necesita para venderse.

Así empezó el dinero su brillante carrera.

Su misión era llenar el vacío; y se hizo de oro para des-

lumbrar, se hizo sonoro para meter ruido, y redondeándose poco á poco, consiguió la figura más á propósito para circular rápidamente por la supercie de la tierra.

Pero todo esto no era en realidad más que un paso; la ilusión fué desvaneciéndose, y resultó al fin:

Primero, que el resplandor era mayor que la luz.

Segundo, que era más el ruido que las nueces.

Tercero, que la rapidez no consigue jamás que un cuerpo pueda estar á un mismo tiempo en todas partes.

Suma total: que el dinero no llenaba el vacío del bolsillo público ni el de los bolsillos particulares.

En vano corría de un punto á otro saltando de una á otra mano, escapándose sucesivamente de todas partes, para no hacer falta en ninguna.

El bolsillo es intransigente como el estómago, y cuando se siente vacío, no hay manera de convencerle.

Había necesidad de descubrir un medio más seguro, un procedimiento más completo, porque el dinero no era bastante, y la riqueza no crecía con la rapidez necesaria.

Era preciso crear el microscopio, el espejo de aumento, el cero maravilloso.

Un día, la riqueza, fatigada de verse tan pobre de recursos, debió de quedarse dormida.

Si los sueños son algunas veces las representaciones engañosas de nuestros más vivos deseos, la riqueza debió de soñar que se multiplicaba como las arenas del mar y como las estrellas del cielo.

Si lo soñó, debió de creerlo; porque una de las cosas más admirables del sueño es que, después de habernos engañado mil veces, no hay una vez siquiera que, soñando, no nos parezca verdad todo lo que soñamos.

La mentira no ha encontrado otra manera de vivir, y así es que muere en el momento que deja de parecer verdad.

Despertar es simplemente salir de un error.

Pero la riqueza se encontraba en el caso de aprovechar has-

ta el último recurso, y la verdad es que durante el sueño había creído en su prodigiosa multiplicación.

No se daba cuenta de cómo había podido dejarse engañar. Sin saberlo, estaba al borde del descubrimiento.

El fenómeno que no comprendía, no era ni más ni menos que lo que buscaba.

¡Crear en una riqueza imaginaria! Esto no cabía dentro de la cabeza positiva del dinero.

No obstante, el dinero es calculador, y al fin penetró en el secreto.

En él estaba el microscopio, el espejo de aumento, el cero inagotable; allí estaba el CRÉDITO.

Á esta palabra mágica, el bolsillo se dilata como un pecho que respira, y se trasforma en Bolsa.

Necesitaba un nombre proporcionado á su nueva magnitud.

Existía el germen de una raza oscurecida, ignorada, que aún no había encontrado la aplicación de sus facultades; un nuevo sér que necesitaba otra atmósfera para vivir, y detrás del crédito brotó el banquero, como brotaron nuevas generaciones de plantas después de las aguas del diluvio.

Le llegó su vez, y apareció; antes no había tenido nada que hacer sobre la tierra.

Hasta entonces no se habían conocido más que en el mar los bancos de arena, en los jardines los bancos de piedra, los banquetes en ciertas solemnidades, y el banquillo de los acusados en todos los tribunales.

De repente apareció el *Banco*.

Banco es la facultad de disponer de mil no teniendo más que quinientos.

Es doblar un capital con la misma prontitud y con la misma facilidad que se dobla una esquina.

Es omitir dinero y emitir papel.

El modo sencillo y breve de pedir dinero prestado á todo el mundo por medio de billetes.

No es solamente el modo sencillo de pedirlo, sino también el modo de obtenerlo sin rédito ninguno.

Crédito, que, según los economistas, quiere decir confianza, es una palabra que se aplica indistintamente al bolsillo de cualquiera.

Más que confianza, debía llamarse franqueza.

Es una promesa que va de un punto á otro con incansable movilidad, y que nunca se cumple por completo.

Crédito es el déficit que no se liquida jamás definitivamente.

Colóquese un duro en el centro de un círculo de espejos, y la multiplicación saltará á la vista. Tratándose de espejos, esta es una verdadera especulación.

El que tiene un duro, tiene muchísimo más de veinte reales. Tiene tantos duros como personas saben que lo tiene.

Por otra parte, el crédito no es la medida de lo que hay, sino la suma total de lo que debía haber. Por eso es tan grande.

En todo grano de trigo hay una espiga. No falta más que sembrarla, cuidarla por espacio de muchos meses, y que al fin la espiga cuaje y se sazone.

Esto, como se ve, es minucioso, largo é inseguro. El crédito es la rápida abreviatura de todo esto.

No necesita sembrar el grano de trigo ni cuidarlo para traducir en pan la espiga que no ha nacido todavía.

El crédito ha venido en cierto modo á sustituir á la caridad. Antes el que no tenía un cuarto, vivía de limosna; ahora el que no tiene dinero, vive de crédito.

No debe extrañarse, por lo tanto, que el crédito haga tanto papel.

Lo natural, lo lógico, es que el hombre se coma lo que se le pone delante, y delante tiene siempre todo lo que está por venir.

El crédito ha suprimido el tiempo y ha borrado el espacio.

Lo que puede ser alguna vez es ya, ha dicho y es.

La fuerza de todo sofisma consiste en hacer que las cosas sean lo contrario de lo que son.

Así es que se ha hecho del crédito una inmensa riqueza, siendo, por el contrario, una inmensa necesidad.

Nos parece que es lo que sobra, cuando no es más que lo que falta.

JOSE SELGAS.

¿Cuándo está fijado un idioma?

Larga y trabajosa fué tal preparación, habiéndose llevado á cabo entre sangrientas guerras y continuos trastornos, entre densas tinieblas y penosas contrariedades, ó sea durante la que llamamos *Edad Media*, prolongado y curiosísimo paréntesis de diez siglos entre la civilización romana y la moderna.

Los albores del Renacimiento y el espíritu de erudición encontraron ya *formado* el castellano, pero no *fijado*, porque las lenguas no pueden considerarse fijadas hasta que, á fuer de organismos vivientes, han adquirido toda su talla, tomado un carácter definitivo y revelado su idiosincrasia, que es decir, su temperamento propio, individual, idiomático. Las lenguas vivas tienen sus *edades* y hasta sus *minoridades*, y la fijación de su existencia en la Historia no puede declararse hasta que han florecido y dado frutos sazonados. En rigor, *formado* se halló el latín cuando en este idioma se escribieron las leyes de las Doce Tablas, y más formado todavía estaba cuando Plauto y Terencio escribían sus comedias; pero el latín noble, el latín *fijado*, aún había de tardar siglos, durante los cuales nada se vió por cierto comparable á la elocuente prosa de Titio Livio, ni á los armoniosos versos de Virgilio. Así también en el castellano: evidentemente iniciada se hallaba su formación en tiempo de San Isidoro; formado en rigor estaba en 1155, cuando la confirmación de la carta—puebla de Avi-

lés, y muchísimo más formado en el *Poema del Cid*, en las admirables *Partidas*, y otros monumentos escritos en la época de Alfonso el Sabio; pero hay que avanzar hasta los tiempos de Juan de Mena y sus sucesores, despedirse del siglo XV, y entrar un buen trecho en el XVI, para ver á nuestro idioma como reconstituido, regenerado, y desplegar en seguida todo el vigor, toda la gallardía y bríos que autorizan su fijación. Entonces fué cuando los *Romanceros* eclipsaron á los *Cancioneros*, la modesta *Crónica* y la cándida *Leyenda* se remontaron á la majestad de la *Historia*, la *Novela* reemplazó á los *libros de caballerías*, los *Refranes* se levantaron á *Filosofía*, y la tosquedad de las antiguas farsas y de los *juegos de escarnio*, como llaman las *Partidas* á las representaciones escénicas del siglo XIII, empezó á verse sustituida por cierta cultura y decencia en un nuevo *Teatro*. Bien sé (porque él mismo nos lo dice en su *Arte nuevo de hacer Comedias*), bien sé que Lope de Vega encerraba los preceptos con seis llaves, al componerlas; mas lo que por fortuna no pudo encerrar, fué la grandiosidad de los asuntos, el interés de las situaciones, la nobleza de los caracteres y el arte inimitable del diálogo, que formaban el distintivo del Teatro español.

Entonces tuvimos una literatura propia y exclusivamente nacional, porque el humilde *dialecto* de los tiempos ante-históricos, el desaliñado romance de la Edad Media, era ya un idioma nacional, una lengua idónea para dar agraciado cuerpo á todas las creaciones intelectuales de la nueva época. Entonces fueron posibles las obras inmortales de Garcilaso y de Hurtado de Mendoza, de Fray Luis de León, de Fray Luis de Granada y de Santa Teresa, de Lope de Vega y Cervantes, de Fernando de Herrera y de Quevedo, y de otros cien autores esclarecidos, cuyos nombres esmaltan nuestra historia literaria del siglo XVI. Entonces, en fin, pudo Alfonso de Palencia ordenar un primer *Diccionario* (1490), Antonio de Lebrija componer la primera Gramática (1492), y Juan de Valdés, su precioso *Didlogo de las lenguas* (1536).

En una palabra, las lenguas no pueden considerarse *fijadas* hasta que tienen una literatura propia, rica y completa. Entonces han alcanzado el máximo de su estatura, y entonces cabe medirlas, ó sea formar el inventario de sus vocablos, consignar su sistema gramatical, declararlas *idiomas nacionales*, y asegurarles un porvenir en la Historia, como expresión fiel é indeleble que serán del estado de cultura del espíritu humano en una nación y época dadas.

La lengua castellana mereció todas estas honrosas declaraciones en el siglo XVI. Mereciólas, y las obtuvo, por dicha suya, con una pompa singular y sin ejemplo en los anales del mundo. Acompañólas, en efecto, el estruendo del cañón vencedor de Pavía, de San Quintín y de Lepanto, y las precedieron, como providencialmente, los dos descubrimientos más señalados de las edades modernas: el de la imprenta y el de la América: el de la imprenta, como signo de la diuturnidad de la nueva lengua, y el de la América, como signo de la extensión universal que iba á recibir, y que aún dura; porque, si bien carece de la cabal exactitud que tuvo en otros tiempos el dicho de que el sol no se pone jamás para los dominios españoles, todavía cabe decir con toda verdad que *el sol no se pone nunca para el idioma de Castilla*.

PEDRO FELIPE MONLAU.

Representación del movimiento en el arte.

(*Diálogos literarios.*)

- Hoy, vaya con Dios, no es el calor tan insoportable.
 —¡Gracias á esta brisa que templá agradablemente los ardores caniculares!
 —Y nota cuánto contribuye á la riqueza del paisaje. Ayer

no se movía una hoja, y ahora todas las plantas parecen animadas por un espíritu invisible. Á la hermosura de la línea y del color se añade otra nueva hermosura. Aquel extensísimo pinar, mira, parece un lago agitado. Observa la graciosa ondulación de las verdes copas. ¡Qué variedad de reflejos! ¡Qué hermosa inquietud! ¡Con qué gracia se columpian las ramas todas! ¡Cuántas veces á las márgenes de un arroyo engañé el tiempo contemplando el sesgo curso del agua! Allí es ver cómo las ondas se separan y quiebran en mil hebras de plata, y cómo vuelven á juntarse, y luego se precipitan y despeñan, ó ya se detienen copiando en el transparente remanso las imágenes de las flores y del cielo.

—Ponme ahora sobre el verde césped una servilleta como la nieve, con sus buenas lonjas de jamón encima, cuelga del chopo una gaita gallega para tí, y una bota del tinto para mí, y corra el agua.

—De ti sí que puede decirse lo de *antes de los años mil torna el agua á su cubil*.

—No se han borrado de mi memoria aquellas deliciosas noches de la cala de Tamarit, ni el rielar de la luna, ni aquel incesante quiero y no quiero de las olas, ni aquellos gemidos suyos, ó suspiros, ó risas, ó lo que fueren, ni aquel olor de las algas y mariscos, ni aquella escarola, ni aquellas aceitunas, ni aquella merluza que rechinaba en la sartén....

—Basta, basta.

—No, pues también recuerdo que no te hacías de rogar.

—¿Y aquel infeliz bergantín sueco que vimos estrellarse al pie del cabo de Bagur?

—Aún me parece estar viendo las furiosas oleadas que con sus recias acometidas parecían querer subirse á los peñascos y hacerlos trizas.

—¡Qué escena tan lamentable y tan sublime!

—¿Sublime? ¡Cáspital! En trifulcas como esas me he visto yo, y te aseguro que no supe dar en el chiste de la sublimidad. Aquel continuo bambolearse, y sentirse arrebatado á

las nubes, y hundirse en el abismo, aquel crugir del maderamen, aquellos endemoniados silbidos, y velas por aquí, y cuerdas por allá, y latigazos por acullá, y tente firme . . . Aquello sí que es meneo y movimiento continuo. No me olvidaré nunca del golfo de San Jorge. ¡Bendito golfo!

—¿Y en aquel trance terrible no te acordaste de Dios?

—Hombre, á decir verdad . . . ¡Pueden tanto las preocupaciones de la infancia!

—La voz del corazón.

—La voz de la ignorancia, la voz del miedo, y nos entenderemos mejor. Doblemos la hoja, y prosigue: no sea que, hablando del movimiento, nos quedemos encallados.

—Añade á tales espectáculos la velocidad del huracán, los estremecimientos de la tierra, los volcanes, la inquietud de las nubes, el continuo vagar de los astros.

—Etcetera. Efectivamente, nada está en reposo. El mundo es una complicadísima máquina

*que harta está de mal rodar,
y los dos hemos de andar
á tándeme que te tundo.*

La atracción es el gran motor.

—¿Y no hay otro?

—No hace falta; Newton te lo explicará mejor que yo.

—Newton en sus *Principios matemáticos* me dice que sólo Dios, creador de todas las cosas, está presente en todas partes, no sólo por su poder, sino también por su substancia, porque no puede existir poder sin substancia. Lejos de pretender explicar el mecanismo del universo sin el poder de un Dios creador y conservador, cae más bien en el extravío de confundir el espacio y el tiempo con Dios mismo. No son para almas del temple de la de Newton las negaciones ridículas de ciertos astrólogos. La naturaleza no es muda, y Newton, gracias al Señor, no fué sordo. Newton sabía

leer en los movimientos del cielo y de la tierra la verdad eterna de estas palabras de San Pablo en su epístola primera á los romanos: «Porque las perfecciones invisibles de Dios, su poder eterno y su divinidad, se han hecho visibles después de la creación del mundo, por el conocimiento que nos dan sus criaturas».

Y ya que estamos, como vulgarmente se dice, con las manos en la masa, ten paciencia para oír cómo se expresa Keplero al final de la *Harmonía del mundo*. Dice así: «¡Oh tú que por medio de la luz de la naturaleza nos haces suspirar por la luz de tu gracia, para revelarnos la luz de tu gloria, loado seas, Criador mío, Dios mío, por haberme concedido el placer de admirar y adorar tus obras! He terminado el trabajo de mi vida con la fuerza de inteligencia que tú me diste. He contado á los hombres la gloria de tus obras, tan bien como á mi espíritu le ha sido dado comprender la majestad infinita de ellas. Mis sentidos se desvelaron para buscar en cuanto me fuese posible la verdad, con rectitud de corazón y sinceros deseos. Y si yo, que no soy á tus ojos más que un infeliz gusano de la tierra, nacido entre las ataduras del pecado, decir pude alguna cosa contraria á tus sabios designios, ¡que tu divino espíritu me inspire y me corrija! Si la maravillosa hermosura de tus obras ha henchido mi alma; si, á medida que me engolfaba en el trabajo destinado á glorificarte, he buscado mi propia honra acá en la tierra, perdóname, perdóname con tu bondad y tu misericordia, y concédeme la gracia de que mis escritos proclamen tu gloria y contribuyan al bien de todos los hombres. Alabad al Señor ¡oh armonías celestes! y vosotros, los que entendéis estas armonías ¡alabad al Señor! ¡Que mi alma adore á mi Criador toda mi vida! Por el Señor y en el Señor existen todas las cosas, así el mundo material, como el mundo espiritual, todo lo que sabemos y todo lo que no sabemos todavía, porque mucho nos queda que hacer, que no dejamos concluido»....

—Volviendo á lo que decíamos, reconozco que el movi-

miento es un medio de expresión muy poderoso; que por él descubrimos la existencia de fuerzas ocultas que gobiernan el universo y la vida. La observación nos enseña que tanto la forma como el color son engendrados por el movimiento. Lo que no alcanzo á comprender es cómo la escultura y la pintura, que carecen de este medio efficacísimo, pueden comunicar á sus obras tal grado de expresión. Estoy harto de oír que tal estatua, que tal ó cual figura carecen de movimiento y de vida. No dijera más Perogrullo.

En el día, para mover una estatua de Comendador, se necesitaría media docena de jayanes, y me quedo corto.

--No debes tomarlo tan al pie de la letra. En el paisaje de un famoso pintor, no cabe duda que la naturaleza parece animada por un soplo de vida: las hojas parece que se columpian y estremecen, las nubes pasan, las olas corren, la golondrina vuela. Y en un buen cuadro de batalla, entre las inquietas nubes de humo y polvo, vemos agitarse los estandartes, vibrar y centellear las espadas, cruzar las balas, galopar los escuadrones, y el acometer, y el huir, y el caer, y el levantarse de los soldados y capitanes.

--No creía ser corto de vista, pero ya lo voy creyendo.

—En la estatua ¿no ves algunas veces cómo se hincha la musculatura, cómo el seno palpita, cómo se estremece el labio? ¿No parece que debajo de la helada superficie del mármol circula la sangre?

—¡Qué sangre ni qué niño muerto!

—Óyeme, no te alborotes. Es cierto que ni el pintor ni el escultor pueden emplear el movimiento real como medio de expresión; pero sí la representación del movimiento.

—¿La representación del movimiento? ¿Cómo?

—Sorprendiendo en un instante, aunque imperceptible en la muestra de un reloj, claramente percibido por la fantasía, que lo detiene y prolonga cuanto quiere, uno solo de los innumerables y fugaces aspectos del cuerpo que se mueve. La memoria lo guarda, la imaginación lo dibuja y completa, y

la mano lo estampa en el lienzo ó lo esculpe en el mármol. Nadie tiene que preguntar si una figura de Velázquez anda ó está parada, si habla ó calla, si respira con desahogo ó con dificultad, si mira con atención ó si sus ojos vagan distraídos; si la pierna tendida en el suelo junto al marco es de una persona que duerme, ó de una persona despierta, ó de un cadáver. Al contrario, en el cuadro de un pintor vulgar, al través de la corrección del dibujo y de la maestría del colorido, se descubre siempre el maniquí, la inmovilidad y entumecimiento de la muerte.

—No entiendo cuáles son esos innumerables y fugaces aspectos del cuerpo que se mueve.

—Es lo más sencillo. Un mismo cuerpo en reposo puede presentarlos. Por ejemplo, aquel pino, desde aquí donde estamos, nos presenta una forma; visto de la parte opuesta, ó desde cualquier otro punto en que nos situásemos, nos presentaría otra forma distinta. Imagínatelo en el centro de una esfera hueca. Desde cada uno de los puntos de la superficie interior de esta esfera que colocases tu ojo, te ofrecería el pino diversa combinación de líneas, diverso dibujo. Si colocases un daguerreotipo, el resultado sería el mismo. No solamente serían diversos los dibujos, y tantos como puntos pueden concebirse en la circunferencia de la esfera; sino que igual diversidad resultaría en cuanto á las combinaciones de luz y sombras y colores. De modo que de un solo objeto podrías sacar millares de imágenes, millares de copias, todas diferentes. Esta es la razón de que un mismo objeto pueda ser hermoso ó feo, según el punto desde donde se mire, y de que la sola elección del punto de vista nos descubra la habilidad ó la torpeza del pintor. ¿Por qué el daguerreotipo, obrando mecánicamente, obedeciendo à leyes naturales, inflexibles, seguras, que no pueden errar ni mentir, yerra y miente hasta el punto de que muchas veces no se reconozca en el retrato á la persona retratada? ¿Has pensado en ello alguna vez? ¿Crees tú que, por mucho que adelante y se

perfeccione el arte fotográfico, ha de poder jamás robar la palma á los retratos de Velázquez, de Van Dyck ó de Rafael?

—Nada tengo que oponer. Reconozco la importancia de la buena elección del punto de vista. Sé que, cambiando el punto de vista, cambia el plano visual, y por consiguiente, la forma del objeto. Pero no comprendo qué relación pueda tener todo eso con la cuestión de que estábamos tratando. Hablábamos del movimiento, y me pones el ejemplo de un cuerpo en reposo.

—Para los efectos de la visión, ya sea el objeto, ya el ojo del espectador quien se mueva, el resultado es uno mismo. Así como puse el ejemplo del ojo dando vueltas al rededor del objeto, supongamos que, estando quieto el ojo del espectador, girase el objeto sobre sí mismo, ó cambiase de lugar; y tendríamos que, cambiando de la misma manera que antes la relación entre el ojo y el objeto, cambiaría igualmente el punto de vista, y por consiguiente, el plano visual y el aspecto del objeto.

—Convenido. Así sucede que, navegando por la costa, parece que las montañas y pueblos son los que van pasando; ó cuando vamos metidos en un coche arrastrado por la locomotora, los palos del telégrafo y los árboles y las rocas parecen astillas que el huracán arrebata.

—Y á veces tomamos la ilusión por la realidad. Á no haber corregido la razón los errores de los ojos, creeríamos que la Tierra estaba fija, y que el Cielo con todas sus estrellas iba dando vueltas en rededor suyo.

—Y sin embargo, ahora mismo que nos parece estar muy quietos, vamos danzando por esos mundos de Dios con una velocidad de la que no puede darnos idea la más disparada locomotora.

—Pues bien, el cuerpo que se mueve cambia de lugar en el espacio á cada instante, y por consiguiente á cada instante, por más que la imaginación lo divida y subdivida, presenta al ojo del espectador una nueva forma. El daguerreotipo

no puede fijar ninguna de estas formas; pero la imaginación del artista las coge al vuelo, y las fija.

—Corriente. Pero desde el momento en que consigue fijarlas en el lienzo ó mármol, desapareció el movimiento. La estatua que danza se está tan quieta como la que duerme.

—Pero danza, y conoces que danza. La dificultad consiste en saber elegir entre los millones de formas una sola, y robársela al tiempo. Mira aquel esparaván que se cierne allá arriba. La superficie negra que traza en la azulada bóveda del cielo se modifica incesantemente. Una sola pincelada de Velázquez produciría la ilusión del esparaván: lo que no es fácil es saber dar esta pincelada. Si tú ó yo la diésemos, es muy probable que en lugar del esparaván saliese un elefante, ó una mosca, ó una mancha de tinta. Para representar un objeto en movimiento, es preciso distinguir, elegir, detener el punto de vista que huye con la velocidad del relámpago. Sólo la imaginación de los grandes artistas puede hacer este prodigio. Y lo hace: no dudes que lo hace.

En un cuadro de paisaje las ramas de los árboles no se mueven, no se mueven las hojas ni las nubes, es cierto; pero el buen pintor no tiene necesidad de explicarnos si el céfiro sopla agradablemente, ó si corre desencadenado el devastador vendabal: harto lo dice todo el cuadro. En el cuadro histórico ó en la estatua, la actitud, el gesto, el semblante de los personajes, todo vive y habla, como vive y habla en la esfera de la realidad. Y, si cabe decirlo así, no solamente aparece en la representación artística el movimiento físico, el movimiento de los seres corpóreos, sino también, y muy principalmente, el movimiento del espíritu. El pensamiento, los efectos, la voluntad de los personajes, allí están claramente significados, revestidos de cuerpo, convertidos en líneas y colores.

Ya ves como la imagen del movimiento, ya que no el movimiento mismo, ya ves como la ficción del movimiento, ya que no la realidad, constituyen una parte importantísima de los medios de expresión de que disponen la pintura y la es-

cultura; y cómo para entrambas artes no está cegada aquella riquísima fuente de inagotables formas y de inagotable belleza.

—¿Sabes en qué estoy pensando? En la incalculable variedad de perspectivas que incesantemente se ofrecen á la vista del que pasea ó viaja.

—Esta es una de las causas de lo mucho que nos distrae el paseo, y de lo mucho que descansa el espíritu, después que el estudio le tuvo algún tiempo concentrado. El viaje no es más que un paseo al por mayor.

—Y el viaje en ferro-carril un verdadero mareo, una especie de embriaguez ó locura de la vista y de la imaginación.

—Además de la riqueza de líneas y colores, nace del movimiento otro fenómeno, otro elemento de expresión en que debemos fijarnos.

—¿Cuál?

—El sonido. . .

Ninguna forma visible tiene el poder de agitar nuestro ánimo con la energía del sonido. El trueno amedrenta á los hombres y á los animales más que la hosca nube y la súbita luz del relámpago. La oscuridad de la noche es imponente, el miedo transforma en lobos y ladrones que nos están asechando los bultos informes de las plantas; pero el rumor de las propias pisadas ó el ligero roce de una rama hiela de pavor el ánimo del receloso ó distraído caminante. Cuando al cruzar por el monte solitario se levanta impensadamente de tus pies una bandada de perdices, te asustas y te ríes del susto. Al describir el rayo que hiende la encina, la fuente ó la cascada, el río que se desborda, el terremoto que arrasa una ciudad, el incendio que la devora, el volcán que derrama sus corrientes de lava hasta la llanura, el huracán, la tormenta, la batalla, el asalto ó el combate naval, la corrida de toros, el regocijo popular, la noche de invierno, la salida del sol, la vuelta de la primavera, ningún poeta cierra sus oídos á las misteriosas voces de la naturaleza, que penetran y vibran en las profun-

didades del alma con más fuerza que la luz del sol en los ojos. Tú mismo, al hablarme esta tarde de la tormenta del golfo de San Jorge, no echaste en olvido los crugidos de la nave.

El hombre, combinando y dirigiendo por medio de su industria los ruidos informes de la naturaleza inanimada, los transforma en sonidos agradables y expresivos, inventa los instrumentos de música, y convierte la madera de las selvas, los metales de la tierra, las membranas de los animales, en lenguas de su entendimiento y de su corazón. Anima los bosques con el caramillo del pastor, regocija la aldea con el tamboril y la gaita, celebra con la lira la victoria olímpica, alegra el banquete del señor feudal con la gralla del trovador, enciende los pechos del caballero y del bridón con el estrépito del parche y la aguda voz del clarín, anuncia las alegrías y tristezas de la vida y las esperanzas del cielo con los clamores de la campana, hinche de armonía las bóvedas del templo con las cien voces solemnes del órgano que Dios escucha y bendice desde el trono inmutable de su gloria.

JOSÉ COLL Y VEHÍ.

Del carácter de las pasiones en la tragedia y en el drama.

El arte escénico es la representación de la vida real ó posible para el hombre en la existencia terrena. El drama y la tragedia, formas patricias del arte escénico, no aparecen sino cuando el poeta pide inspiración á las pasiones humanas, porque la doliente majestad y soberanía del hombre comienza en el punto en que la pasión se inicia.

Pero ¿es la pasión humana alimento bastante y ofrece la variedad necesaria para el drama? ¿No es monótona esa constante representación del amor, de los celos, de la ambición y de las avaricias que afean ó perturban la existencia? ¿No sería acertado aconsejar á los poetas que buscaran la inspiración allá donde no llegan las pasiones?

¡Inútil consejo y pueril empeño! La pasión humana es, como el mar, infinitamente variable. Los emblemas, los signos y los símbolos no excitarán nunca la simpatía estética, que acude sólo al llamamiento y á la vista de las pasiones humanas. ¿Por qué? Porque la vida individual se cifra y concreta en la lucha con las pasiones. Á las pasiones debemos las más de las dichas que gozamos, y las pasiones causan todas las desventuras que nos afligen. Cambian en el curso de la vida humana de objeto y de carácter, pero no cambia su esencia y su naturaleza. Niños, las sentimos; adolescentes, nos embriagan; hombres ya, luchamos con ellas; nos vencen ó somos vencidos; ancianos, nos espolean y las satisfacemos con astucias ó ingeniosidades sorprendentes; pero siempre son la encarnación del mal en la vida. Y no sólo cambian con la edad, y el amor de la juventud se convierte en la ambición del hombre viril ó en la codicia y envidia del viejo; sino que de generación en generación mudan, pasando las vehemencias de un siglo á ser meros caprichos y antojos en el siguiente, y lo que apenas se estimaba ó presentía en éste, es arrebato y transporte ardentísimo en el inmediato. Y sobre las pasiones individuales hay que estimar las del género y las de la especie, y la historia, además, de las pasiones colectivas. No son sólo las de los pueblos orientales, las de las razas semíticas; ni las griegas y romanas, las de visigodos ó francos; ni las de bizantinos y genoveses, las de sajones y normandos; que á esta variedad que imprime la raza, hay que añadir las más importantes que crean la cultura religiosa, la política y el crecimiento de las ciencias y de las artes, y aun aquellas otras que nacen de exaltaciones y turbulencias sociales.

Recoged en Walter-Scott ó en el Cromwel de Victor Hugo la sombría y lúgubre agitación de los puritanos; comparadlo con la audaz y confiada y altanera de nuestros españoles del siglo XVI, que cruzaban el mar en busca de aventuras y prodigios; la desesperada inquietud del siglo X, que asistía ya al día último, con las bacanales de la Regencia y las asperezas calvinistas de helvéticos y alemanes antes de la paz de Westphalia; y comparando edades y siglos, el de Pericles con el de Nerón, el de San Agustín con el de León X y Francisco I^o, el de las Comunidades con el de la Convención ó el de los Napoleones, la fantasía podrá recorrer un cuadro infinito de apasionamientos tan diversos como lo son los días de la historia, el rostro de los individuos y las costumbres de las razas y de las familias.

Y, sin embargo, el foco es siempre uno mismo: la fuente no cambia; sólo varía la dirección de la corriente eléctrica. La atrae Dios, el mundo, la mujer, el oro ó la venganza; pero, sorda y palpitante, ruge siempre en el corazón humano. Enumerar las pasiones es desvarío, será más hacedero enumerar los cambiantes de la luz quebrándose en un bosque virgen de los Andes. Sobre lo infinito de las pasiones que pueden saltar del seno de la humanidad en su vida histórica, está lo infinitamente pequeño de la individualidad, que imprime rasgos y presta fisonomía propios á cada uno de los incesantes latidos de la pasión en su pecho ó en su fantasía.

¿Qué es la pasión? El sentimiento que, exaltado por la fantasía, paraliza, y por último, subyuga á la voluntad. El sentimiento solo produciría el transporte, el arrebató, el deseo y el afán de satisfacerlo; y satisfecho ó no, la inconstancia de la sensibilidad haría su oficio, y pasaría el fuego como nube de verano, como flor de primavera. Pero la fantasía se apodera de la emoción, del encanto, del placer sentido, y labra, y cincela, y dibuja, y pinta, y enciende más y más el sentimiento, y la creación interior se abulta, y todo lo demás se descolora y palidece, y se borra y huye; y, por último, sola, única,

exclusiva en el amor, en la inteligencia, en la voluntad, campea la misteriosa creación, que fascina, embriaga y enloquece, y ya en las espirales del vértigo, nos arroja al abismo, cual piedra desprendida por mano potente.

La sensibilidad por sí no es temerosa; crea desmayados y lánguidos soñadores, que mueren en la inacción contemplando absortas, mudas é inermes el rielar de la luna ó el bullir de las aguas. La fantasía sin sensibilidad engendra gárrulos retóricos, que se pierden en un piélagó de metáforas é hipérboles.

El carácter propio para la pasión es el formado por la simpática y peligrosa mezcla y maridaje de una sensibilidad exquisita y femenina, con una imaginación exaltada, activa y viril, que no sólo describe y retrata el ideal apetecido, sino que forja, combina, despierta y se enseñoorea de las energías de la voluntad, lanzándolas á la ejecución del plan acariciado.

Todo tiene fuerza y poder para mover al sentimiento. Todo nos atrae ó nos repele, como enseñaban Platón y Aristóteles; todo engendra y provoca pasiones en el alma del hombre. Crefan mal y erraron los que creyeron que sólo la aspiración intelectual movía al corazón; erraron también los que supusieron en los sentidos ese filtro embriagador. La idealidad más pura, como la más grosera corporeidad, aguijonean al espíritu, y mudan y cambian y truecan sus potencias, y lo llevan y lo empujan al cielo ó al infierno. ¡De qué apasionamientos no es susceptible el hombre! ¿Qué hay de real, ni qué puede imaginarse en el mundo de las quimeras, que no sirva para consumir una existencia, esclavizando á la voluntad? Desde la bondad ó belleza de Dios, ó el centelleo de la utopía, hasta la pueralidad del desconfiado que mide por su pequeñez la bondad del cielo, ó el infeliz que corre el mundo tras el oropel que lo deslumbra, la pasión palpita en todos, y por doquiera y en toda ocasión y momento puede producir y engendrar lo patético en lo dramático, si una imaginación vigo-

rosa inunda con sus perspectivas el horizonte de su alma. Más aún. El mundo, contemplado por el hombre, es un llamamiento constante á la pasión. La provocan el embebecimiento que procura el arte; el roce y contacto de la vida social; el recogimiento y la meditación religiosa; el vislumbre de las maravillas de la ciencia; y estas solitudes son enérgicas, constantes, diarias, y nos asedian de día y de noche, en la vigilia y en el sueño.

Cuanto existe en los espacios de lo real, en los anchurosos é incomensurables de lo posible, de lo quimérico, en todo ó en parte, en una de sus facetas ó en el conjunto, hoy y mañana, en las tinieblas ó espléndidamente iluminado, conocido ó sospechado, realizado ó presentido, es un acicate para el sentimiento, un llamamiento para la fantasía, una centella velada, pronta á deslumbrar con brillo intensísimo y fuego devorador.

FRANCISCO DE P. CANALEJAS.

El naturalismo en el arte

El artista siempre es creador. Cuando, al parecer, se limita á reproducir el modelo vivo que contempla, en realidad lo transfigura. ¿Cómo? Hé aquí el misterio, de que él mismo no se da cuenta, ni los que contemplan su obra tampoco, pero que es evidente, sin embargo. Ved un paisaje, una figura cualquiera diseñada por el pintor; ved un personaje humano; ó una escena de la vida, ó un afecto del alma, representados por el poeta. Nada falta en ellos de lo que en realidad los distingue; nada hay tampoco que de la realidad no esté tomado; y, sin embargo, ¡qué nueva vida,

qué extraño esplendor, qué indefinible colorido existe en ellos! ¡Qué singular y desconocida emoción despiertan en nosotros, no sólo distinta, sino superior á la que al verlos en la realidad nos produjeron! ¿Qué nuevo elemento hay en ellos, que antes no advertimos? No cabe dudarlo: este elemento es el alma del artista impresa en la imagen; el sello de la emoción con que la percibió y después la reprodujo; la acción del sujeto sobre el objeto; desconocida en su esencia, pero en sus efectos patente.

Y si esto es notorio tratándose de la reproducción de objetos reales, que efectivamente existen, más lo es todavía cuando de libres y originales creaciones se trata. Ciertamente que estas creaciones, cuando al mundo real se refieren, tienen su base en la realidad y son combinaciones de datos de la experiencia, elaborados y compuestos en maravillosa síntesis por las facultades creadoras del artista; cierto que el paisaje ideal, el cuadro histórico ó de género, el drama ó la novela no reproducen realidades efectivas, pero sí están compuestos con datos de la realidad; y la composición de estos datos, la síntesis de estos elementos y factores, son creación libre del artista. ¿Dónde existen los modelos de Don Quijote, de Hamlet ó de la Concepción de Murillo? Si por ventura los autores de estas creaciones inmortales tuvieron á la vista personajes efectivos, ¿quién se atreverá á afirmar que sus obras son meros retratos de los modelos? Sirviéronles estos para reunir los datos experimentales que la fantasía no se inventa; pero el conjunto, la fisonomía especial, el carácter distintivo de la figura, obra son de su fantasía creadora, y lo que en tales figuras admiramos es la actividad del artista, es su creación personal, es el sello con que las marca, indudablemente, dándoles una vida y una belleza de que á lo sumo posean el germen. Y no hay que decir que la verdad de estas afirmaciones sube de punto en aquellas obras de arte que no aspiran á la reproducción de ningún objeto real, como anteriormente hemos sostenido.

En esta intervención de la personalidad del artista en la obra; en esta elaboración que la realidad experimenta dentro de la fantasía; en esta emoción que en la obra se refleja, consiste lo que se llama idealización artística. La escuela realista no lo ignora, pero no lo declara con la precisión suficiente; habla mucho de emoción personal, de originalidad, pero poco ó nada de idealización, y á fuerza de encarcerar la imitación de la naturaleza, parece olvidarse del carácter ideal de la obra de arte.

Débase esto, sin duda, á una reacción lógica é inevitable contra la antigua teoría del ideal. Repugna con razón á la nueva escuela ver en el arte una especie de visión fantástica ó revelación divina, cuyo resultado es encarnar en la obra un ideal preexistente, la imagen de un arquetipo supremo, que sirve de norma y criterio al artista para corregir las imperfecciones de la realidad y crear algo más bello y perfecto que las creaciones de la naturaleza. En esto procede con perfecto derecho la nueva escuela. La belleza absoluta, el divino arquetipo que la inteligencia contempla en una especie de visión extática, son creaciones fantásticas de la escuela platónica, que no resisten al espíritu crítico de la ciencia moderna. Es cierto que existe un ideal de belleza; pero no un ideal absoluto, universal, abstracto, extraño y superior á la realidad, sino una serie de ideales parciales que corresponden á cada grupo de objetos y que son otros tantos tipos específicos que la inteligencia elabora, y representa la fantasía en imagen, en vista de los datos de la experiencia, reuniendo en un ejemplar ideal las bellezas y perfecciones diseminadas en los individuos y en ellas mezcladas con defectos. Estos tipos específicos sirven al artista (mas no por un trabajo puramente reflexivo, sino por una especie de intuición genial, que se revela en lo que llamamos gusto) para distinguir lo bello de lo feo y crear imágenes perfectas en lo posible, en las que lo feo quede oscurecido y lo bello llevado al más alto punto; y cuando esta intuición de

lo ideal es viva y poderosa en él, la idealización, el embellecimiento de lo reproducido ó creado por el artista surge espontáneamente del fondo de su espíritu y se refleja en la obra sin esfuerzo alguno.

MANUEL DE LA REVILLA.

El naturalismo en el arte

Es indudable que si las exageraciones del naturalismo prevalecieran, el arte caería en profundo abismo.

Desaparecerían al punto, condenadas por el exclusivismo de la escuela, las obras de arte que, no pretendiendo reproducir la realidad, sino las libres creaciones de la imaginación humana, satisfacen esa llamada aspiración del hombre á lo ideal, que es en rigor la manifestación del instinto de lo mejor y de lo perfecto, del amor al bien que se goza en contemplar la realidad idealizada, sublimada, despojada de sus imperfecciones, y que constituye una necesidad imperiosa de nuestra naturaleza. Las artes de puro ornato, las artes ideales, como la música instrumental, por ejemplo, no tendrían razón de ser dentro de una tendencia que rechaza todo lo que no sea fiel reproducción de la naturaleza. El abandono de toda idealidad, el menosprecio sistemático de la forma, la afición á hacer alarde de originalidad y de destreza en la pintura de lo feo, lo repugnante y lo grosero, engendrarían un arte prosaico, pedestre, falto en absoluto de todo elemento ideal y poético, revestido de formas rudas, en el cual el goce estético quedaría reducido á la admiración que produjera la habilidad del artista. Si tales extravíos alcanzasen el triunfo, el arte no tendría razón de ser.

Confiamos en que no sucederá así. Todo movimiento revolucionario trae á la vida un principio nuevo y fecundo, envuelto en lamentables exageraciones, y después de la fiebre del primer momento, el principio queda y las exageraciones pasan. Esto acontecerá con el realismo. El naturalismo, que es la demagogia de la escuela, no prevalecerá, y el principio fundamental del realismo, combinado con lo que hay de verdadero en el idealismo, será la base de una nueva estética y de un arte nuevo. El arte idealista quedará encerrado en la esfera que le es propia, y á las artes expresivas y representativas se exigirá con razón que se inspiren en lo real y fielmente lo reproduzcan, pero con aquel sello de idealidad que á la obra imponen la emoción profunda y la personalidad original del artista, y con aquellos límites que exige el buen gusto. La forma, libre de afectación y de artificio, de hinchada pompa y de académicas y convencionales fórmulas, será expresión natural, sentida y elocuente de la idea, revestirá todos los aspectos que sean necesarios, recorrerá todos los tonos, desde el más solemne y magnífico hasta el más familiar y sencillo, según el asunto lo exija; pero no descenderá á la vulgaridad y la grosería, ni se manchará con las inmundicias que le afean en las producciones de los naturalistas. Ningún objeto real quedará excluído del arte, y aun lo feo, lo horrible y lo malo en él tendrán cabida, con toda su verdad y en toda su desnudez; pero no serán, como se pretende, objeto único de la inspiración del artista, y al ingenio y talento de éste quedará confiada la misión de prescindir de ellos cuando convenga, ó representarlos en formas tales que los hagan aceptables al sentimiento estético. Rotas quedarán las trabas retóricas, las fórmulas académicas, los preceptos convencionales y arcaicos; pero el decoro y el gusto permanecerán como supremas leyes é infranqueables límites del arte. Entonces será el arte libre é ideal combinación de elementos y formas reales, cuando á representar la realidad no se consagre; y en el caso contrario, fiel reproducción de la realidad en todas sus fases, con su

mezcla de luz y de sombra, de bien y de mal, de fealdad y de belleza, embellecida é idealizada, sin falsearla, por la imaginación, la sensibilidad y la inteligencia del artista, que al reproducirla á lo exterior, marcada con el sello de su originalidad poderosa y revestida de formas bellas, habrá creado esa belleza, en sí misma inexplicable, que no procede solamente del objeto, ni tampoco del artista, sino del contacto y choque de ambos elementos, y que es á la manera de fusión íntima y armónico consorcio de la materia con la idea, concertadas en la forma. La realidad como materia, fundamento y fuente de inspiración del arte; la personalidad, la idea, el sentimiento y la fantasía del artista como instrumento de idealización; la belleza como fin; la verdad como ley; el decoro y el gusto como límites y frenos: tales son los elementos que, debidamente concertados, han de cooperar á la aparición de esa creación espléndida que se llama el arte, que nunca se realizará cumplidamente por los procedimientos que el idealismo le traza ó que el naturalismo le impone, sino por los que se originan del racional consorcio entre lo que hay de fecundo y verdadero en la tradición idealista y lo que de verdadero y fecundo tiene la doctrina realista, cuyo principio fundamental—la reproducción exacta de la naturaleza—será de hoy más la base de la estética, siempre que se complete con el principio de la idealización, debida á la actividad libre, creadora y original del artista, y manifestada principalmente en la belleza de la forma.

MANUEL DE LA REVILLA.

Adelardo López de Ayala.

La naturaleza fué generosa con Ayala. No contenta con darle el poderoso genio que con él alentaba; no contenta con

hacer de él un gran poeta y un orador distinguido, había encerrado aquel elevado espíritu en una bella forma material. Ayala era verdaderamente un hombre hermoso. Sobre un cuerpo recio, fornido, de bien desarrolladas formas, pero no muy esbelto, alzábase una cabeza que parecía trazada por la mano de un Velázquez. Cubríale oscura cabellera, que en forma de melena servía de marco á un rostro lleno de expresión, en el que brillaban hermosos ojos, que ora parecían melancólicos, ora lanzaban miradas de fuego. Grandes, poblados y retorcidos bigotes y abundante perilla rodeaban una boca bien proporcionada, dando á la fisonomía un carácter que bien pudiera llamarse arcaico, pues recordaba los retratos que nos ha legado el siglo XVII: era aquella una cabeza artística, más propia de un apuesto caballero de la corte de los Felipes, que de un hijo del siglo XIX; una cabeza de artista y de poeta, llena de vida, de expresión y de nobleza, que á primera vista revelaba el alto espíritu que se ocultaba en ella.

Una imaginación rica y poderosa, unida á un claro y penetrante entendimiento, constituían la inteligencia de Ayala. Mas no pertenecía su imaginación al número de aquellas que se desbordan, á fuerza de inventiva, y que, no refrenadas por una razón serena, fácilmente tocan en los linderos de la locura. Otro tanto acontecía con la sensibilidad de Ayala. Nadie que conozca sus obras desconocerá que sabía sentir y expresar lo que sentía, y que los acentos de la pasión resonaban en sus producciones. Pero jamás confundió la expresión enérgica de las pasiones con los gritos salvajes de los apetitos, ni necesitó para expresarlas menospreciar los fueros del arte. El carácter distintivo del espíritu de Ayala, en cuanto se refleja en sus obras, es un feliz y armónico consorcio de todas las facultades, siempre encerradas en sus justos límites y sometidas á una razón serena que las dirige y regula. La sensibilidad, la fantasía y el entendimiento concurren armónicamente á la producción de sus obras, sin que ninguna predomine; y por eso

no son concepciones delirantes como aquellas en que la imaginación prepondera; ni frías y artificiosas como las que el entendimiento abandonado á sí mismo crea; ni lloronas y falsamente sentimentales, ó desordenadas, exageradas y violentas como las que forja la sensibilidad cuando la razón no la gobierna.

De aquí el carácter armónico de la poesía de Ayala. De aquí aquella verdad, aquella sencillez, aquella inspiración serena, tan bien avenidas con la profundidad del pensamiento, la energía é intensidad del sentimiento y la poesía y belleza de la forma. No hay entre las obras maestras de Ayala ninguna que no haga pensar y sentir, ninguna en que no aparezca ante el contemplador el radiante espectáculo de la hermosura; y para ello no necesita el poeta desfigurar la realidad, exagerar los afectos, dislocar los caracteres ni apelar á forzados y artificiosos recursos ó dejarse llevar por una imaginación desbordada y frenética. Hay en la musa de Ayala algo de aquella serena belleza que tanto nos admira en la musa clásica.

MANUEL DE LA REVILLA.

El Gabán y la Chaqueta.

Algunos meses hacía ya que Martín estaba en Madrid, y aún le aquejaba terriblemente la nostalgia.

Esta enfermedad no se ceba tanto en los que van á una población tal como Madrid, desde una población, aunque mucho menor, también de casas agrupadas y en más ó menos correcta formación, como se ceba en los que van de una aldea, tal como las de Vizcaya, donde las casas están esparcidas sin

orden á modo de bandada de palomas que se extiende á picotear y solazarse entre la perfumada yerba de una ancha pradera.

En Bilbao, por ejemplo, apenas hay balcón ni ventana desde donde, por un lado ó por otro, no se descubran á cierta distancia árboles, y montañas, y caseríos, y campos lindamente labrados; pero, al fin, el que se ha criado en Bilbao, se ha criado viendo balcones frente de su balcón, tiendas frente de su tienda, y calles al lado de su calle; oyendo de día gritos de vendedores ambulantes, y de noche mugidos de serenos soñolientos y rebuznos de rondadores avinados, y oliendo tufaradas de sardinas en parrilla que vienen de las tabernas, y de gas que vienen de la tubería del alumbrado. El que se ha criado en Bilbao y va á Madrid, continúa en Madrid viendo, oyendo y oliendo todo esto y aun mucho más, porque, por ejemplo, *ve* en Madrid desvergonzadas ramerías que todavía no se atreven en Bilbao á entrar en el pleno uso de los derechos individuales; *oye* horribles blasfemias que en Bilbao tienen todavía el inconveniente de exponer al blasfemo á que le rompan la crisma de un bastonazo; y *huele* gases que en el callejón más excusado de Bilbao son desconocidos. Pero el que se ha criado en una de nuestras aldeas y va á Madrid, casi no encuentra allí nada de lo que ha visto, oído y olido en su aldea. Mira desde su balcón. . . . y no ve árboles, ni montañas, ni campos labrados ni por labrar; escucha. . . . y no oye cantos de pájaros ni balidos de ovejas, ni inocentes cantares de labradores y pastorcillos; olfatea. . . . y no huele aromas de las flores y del heno de los campos.

Martín había pasado en Bilbao (descontadas las vacaciones en que volaba á su aldea cantando de alegría como pájaro que vuela á su nido) cinco años, de los diez y ocho de que contaba de vida. Gracias al hábito que había adquirido en Bilbao de ver, oír y oler algo de lo que veía, oía y olía en Madrid, no le mató la nostalgia, que hubiera sido terrible en

una naturaleza como la suya, á no estar envacunado, que como vacuna preservativa de aquella enfermedad se debían considerar los cinco años que había pasado en Bilbao cursando la segunda enseñanza.

Á la edad de diez y ocho años, y particularmente estudiando én una universidad tan concurrida como la de Madrid, y sobre todo, estudiando leyes, cuyas asignaturas son las que mayor número de alumnos cuentan, el estudiante menos simpático y comunicativo se llena de amigos en pocos días. Sin embargo de esto, y de que Martín era sobremanera comunicativo y simpático, algunos meses después de la apertura del curso, iba solo á la Universidad, solo volvía de ella, y ninguno de sus condiscípulos le tuteaba. Más aún: comía y cenaba con sus dos compañeros de hospedaje, y ni éstos sabían apenas de dónde venía ni adónde iba, ni él sabía de dónde venían ni adónde iban ellos. Y era que Martín sólo pensaba en dos cosas y sólo dos cosas veía en el mundo: sus libros de texto y su aldea natal.

Cuando soltaba sus libros de texto, tomaba un tomo de las obras de Calderón que había comprado de lance en un puesto de libros. Aquellos conceptos profundos, aquella riqueza de imágenes, aquel estilo, aquella fantasía, aquel sentimiento ardiente y melancólico que rebosaban las inmortales creaciones del gran percusor del romanticismo moderno, enardécían su alma, que se sentía necesitada de una fuente fresca, serena y pura donde refrigerarse. Martín buscaba ansioso esta fuente, y remontándose en alas del corazón y el pensamiento sobre la cordillera Carpetana volaba, volaba hacia el septentrión é iba siempre á descender, llorando de amor y de alegría, á aquel vallecito de orillas del mar cantábrico, donde al ir á alejarse de él, una cabecita sonrosada y rubia que se apoyaba en su seno, había murmurado bajito, bajito, de modo que sólo Dios y él lo oyeron: «¡Tardes lo que tardes en volver, esperándote me encontrarás en casa ó en el huerto-santo!»

Y entonces Martín cantaba en verso ó en prosa, ó solamen-

te en el fondo de su corazón, que también así se canta, cantares que hubieran hecho estremecer de júbilo al buen cura de Ortega, que deseaba fuese la fuente principal de las inspiraciones de su sobrino el vallecito natal.

Como ya conocemos lo que Martín sentía y pensaba acerca de aquel vallecito, y también las opiniones que á primera vista había formado de Madrid, es inútil que gastemos tiempo y papel reproduciendo alguna otra de las largas cartas que dirigía á su tío con sendos párrafos dedicados á su tía y su prima.

Lo único que haremos será dar á conocer una de las postdatitas que Purita solía poner á las cartas de su tío, con permiso, por supuesto, de éste, que solía obtener por medio de la siguiente lagoteria de que hacía uso cuando veía al cura sentado al bufete.

—Señor tío, ¿está usted escribiendo á Martín?

—Sí, hija, ya le daré memorias tuyas.

—¡Mire usted qué cosa, memorias nada más!... exclamaba la niña haciendo un pucherito, como si quisiera llorar.

—¡Pero muchacha! exclamaba el cura riendo; ¿le he de mandar en la carta algún abrazo de carne y hueso?

—¡Ay, señor tío, contestaba la niña, acercándose al cura y apoyando zalameramente el bracito en su hombro; si yo supiera escribir unas cartas tan hermosas como las que escribe usted, cuántas cositas le había de decir al pobre Martinchul

—¿Y qué le habías de decir, botón de rosa? Alguna boberia, como que te acuerdas mucho de él....

—¿Y qué, es eso bobería?

—No, hija; pero eso lo sabe él demasiado.

—¡Sí, demasiado!... No, si yo le escribiera aunque no fuera más que dos rengloncitos....

—Vamos, le pondrás una postdata, á ver qué tal te portas; pero déjame concluir, zalamera, que tú siempre te has de salir con la tuya.

La niña hacía una caroca al tío y se retiraba á pensar lo que había de decir á Martín. Era tanto, tanto lo que se le

ocurría, que cuando su tío la llamaba para que pusiera la postdata, no sabía qué poner, y se contentaba con escribir niñadas como esta, que su tío y su primo (¡bobalicones!) creían dignas de escribirse en letras de oro:

«P. D.—Has de saber, Martín, que sin enseñarme nadie á sacar *cantas*, las saco desde que te fuiste, y si no, mira la que saqué anoche en el pórtico de la Soledad, cuando subí á rezar á la Virgen una salve mientras se llenaba la errada:

Caminito de la vida,
por ti va sola mi alma,
porque en ti su compañera
la ha dejado solitaria.

La madre de Dios que sabe
de soledades, la valga,
porque son tristes, muy tristes,
las soledades del alma!

ANTONIO DE TRUEBA.

Los tres maldicientes.

(*Don Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza.*)

Lo que al prado el bienhechor rocío, son para el mustio espíritu la risa y la chanza, frecuentemente rendido á la ordinaria fatiga del trabajo y estudio, ó á la más congojosa de pretensiones y cuidados. Los chistes y la risa, como la sal á los manjares, hacen agradable y sana la conversaci3n; pues ligados los hombres con secretos vínculos de simpatía, al modo que la tristeza del uno se reverbera en el semblante del otro, así también una cara risueña mueve y alegra el corazón de

quien la mira. Alma de paseos y corros, las chanzas y burlas, y de juegos y convites, arrójalas cortésmente el discreto, y las recibe y las vuelve con donosura el advertido; cual gozquecillos que retozando entre sí con inofensivos dentezuelos, riñen y están en paz, se muerden y acarician.

Pero ¡cuán fácilmente las cañas pueden volverse lanzas, y el decidor y chancero pasarse á bufón, y del plácido y sereno gracejar venir á la sátira sangrienta y matadora de honras! El papel más difícil fué siempre el del gracioso, porque sus chanzas han de hacer cosquillas y no dolor; y con galano disfraz, ha de parecer alabanza y cortesanía la mordacidad, como la censura afectuoso advertimiento. Del corazón alegre y sencillo de Cervantes brotan los donaires y las gracias; del enconado pecho, la sátira maligna; y muchas veces está en la naturaleza del hombre un cierto espíritu satírico y maldiciente, una pluma veloz y una lengua libre, que no se pueden ir á la mano. Aliméntanse de agudezas maliciosas, y por el gusto de decir una, perderán á un amigo y aun la propia vida. Para estos hombres no valen ni la amenaza ni el castigo, y los antiguos solían compararlos con aquellos pajarracos hambrientos que de los altares robaban la carne de las víctimas, y también con las arañas, que ensuciaban todo aquello en que ponían la garra.

El maldiciente pica; y á la manera que la avispa y el escorpión, no sufre que le toquen.

Una misma punzante frase, disparada á un hijo, será prevención cariñosa; al amigo, desabrimiento fugaz; á persona desconocida, agravio; al desvalido, cobardía; al desdichado, injuria; desacato al superior. Cuando el capricho y la desastrosa arbitrariedad de inicuos depredadores tiraniza á los pueblos, parapetándose tras una brutal soldadesca ó un monarca imbécil, ahora se llame Duque de Lerma, Duque de Uceda, ó Conde Duque de Olivares el detentador de la corona, transfórmanse los chistes en aceradas flechas, mortíferos dardos y puñales buidos. Pero cuando la paz y la abundancia resplandecen con

el imperio de la justicia, los donaires y las flores del ingenio semejan el atavío de los más hechiceros verjeles. Luego que nació Minerva, hizo Júpiter descender del cielo abundantísima lluvia de oro. Luego que se entronizan los facciosos tiranos, hacen que el ingenio, semejante al río de la Lidia, robe al monte Midas su oro para arrojarlo al mar.

¡Cuánto oro de subidos quilates no desperdiciaron los grandes poetas de aquel tiempo, arrojándolo al mar del olvido, en la funesta ocupación de lastimar mil ajenas honras, aniquilar ilustres créditos, descubrir secretos escondidos y contaminar linajes claros, como el infame Clodio, que, á vista de modelo vivo, retrató pamosamente Cervantes!

LUIS FERNÁNDEZ-GUERRA Y ORBE.

Reflexiones.

No ha de reputarse amor de gloria el ridículo vanidoso empeño de transmitir por cualquier medio nuestro nombre á la posteridad. Transmítelo esplendoroso é inmaculado, y mucho más allá del sepulcro dilata siglos y siglos la vida, quien amó la honra, la ciencia y la virtud por sí mismas, y con fe y abnegación incontrastables. Ruin fama y odiosa y aborrecible la del que se arroja en su dañada intención á incendiar el efesino templo; la del que entrega al justo para que le crucifiquen; la del traidor que abre al ismaelita aventurero las puertas de la patria. Pero gloria envidiable seguramente la de Ictino y Rafael, la de Homero y Cervantes, la de Luis de Granada y el Ángel de Aquino, la de Cortés y Guzmán el de Tarifa.

Mucho yerra quien sólo quiere para sí el alimento y regalo

del cuerpo y del espíritu; ponzoñosa fiera es aquel á quien mortifican y entristecen la dicha, la fama y la virtud de los demás; cuando, por divina permisión, en la ajena felicidad consiste la mayor fragancia y realcé de la nuestra. Perversísima y desastrosa manada de hombres aquella que trata, y se sale con la suya, de no diferenciarse de los brutos asidos á la tierra y esclavos de su vientre, pensando necios que con el cuerpo muere el alma, incapaces de nada bueno, santo y noble, tragadores de haciendas, devoradores de pueblos, demolidores de cuanto admirable respetaron los siglos, y perseguidores furibundos de la verdad y la justicia. Aliéntanse y entronzánse con la impunidad del crimen, por ignorancia, flojedad é imprevisión de príncipes y repúblicos menguados, causa y móvil siempre de espantosas catástrofes, y de que en perdición y muerte se coja el fruto del execrable lazo que á los malvados une.

¡Tiempos desventurados, infelicísimos, aquellos en que la riqueza y suntuosidad está en los palacios y casas de los ciudadanos, y la pobreza y miseria en los templos de Dios! ¡Más desventurados á infelices aquellos otros en que los vasos, pinturas y ornamentos del santuario, revueltos con impúdicas imágenes, engalanan el camarín del sibarita y el almacén del presumido y avaro! ¡Calamitosísimo siglo el de la pobreza pública y los particulares opulentos! Los excelsos y prepotentes varones de las grandes épocas adornaron los templos con su piedad y las casas con su gloria.

AURELIO FERNÁNDEZ-GUERRA Y ORBE.

La noche buena del poeta.

(*Cosas que fueron*)

«En un rincón hermoso
de Andalucía,
hay un valle risueño....
¡Dios lo bendiga!
Que en ese valle
tengo amigos, amores,
hermanos, padres

I.

Hace muchos años (¡como que yo tenía siete!) que al oscurecer de un día de invierno, y después de rezar las tres Ave-Marías al toque de oraciones, me dijo mi padre en voz solemne.

—Pedro: esta noche no te acostarás á la misma hora que las gallinas: ya eres grande y debes cenar con tus padres y tus hermanos mayores. Esta noche es *Noche buena*.

Nunca olvidaré el regocijo con que escuché tales palabras.

¡Yo me acostaría tarde!

Dirigí una mirada de desprecio á aquellos de mis hermanos que eran más pequeños que yo, y me puse á discurrir el modo de contar en la escuela, después del día de Reyes, aquella primera aventura, aquella primera calaverada, aquella primera disipación de mi vida.

II.

Eran ya las ánimas, como se dice en mi pueblo.

En mi pueblo: á noventa leguas de Madrid: á mil leguas del mundo: en un pliegue de Sierra-Nevada!

¡Aún me parece veros, padres y hermanos!

Un enorme tronco de encina chisporreteaba en medio del hogar: la negra y ancha campana de la chimenea nos cobri-

jaba: en los rincones estaban mis dos abuelas, que aquella noche se quedaban en nuestra casa á presidir la ceremonia de familia: en seguida se hallaban mis padres, luego nosotros, y entre nosotros los criados....

Porque en aquella fiesta todos representábamos la *casa* y á todos debía calentarnos un mismo fuego.

Recuerdo sí, que los criados estaban en pie y las criadas acurrucadas ó de rodillas. Su respetuosa humildad les vedaba ocupar asiento.

Los gatos dormían en el centro del círculo, con la rabadilla vuelta á la lumbre.

Algunos copos de nieve caían por el cañón de la chimenea, ¡por el camino de los duendes!

¡Y el viento silbaba á lo lejos hablándonos de los ausentes, de los pobres, de los caminantes!

Mi padre y mi hermana mayor tocaban el arpa, y yo les acompañaba, á pesar suyo, con una gran zambomba que había fabricado aquella tarde con un cántaro roto.

¿Conocéis la canción de los Aguinaldos, la que se canta en los pueblos que caen al Oriente del Mulhacen? Pues á esa música se redujo nuestro concierto.

Las criadas se encargaron de la parte vocal, y cantaron coplas como la siguiente:

Esta noche es Noche-buena
y mañana Navidad;
saca la bota, María,
que me voy á emborrachar.

Y todo era bullicio, todo contento: las roscas, los mantecados, el alapí, los dulces hechos por las monjas, el rosolí, el aguardiente de guindas circulaban de mano en mano.... Y se hablaba de ir á la *Misa del Gallo* á las doce de la noche, á los *Pastores* al romper el alba, y de hacer sorbete con la nieve que tapizaba el patio, y de ver el *Nacimiento* que habíamos puesto los muchachos en la torre....

De pronto, en medio de aquella alegría, llegó á mis oídos esta copla, cantada por mi abuela paterna:

La Noche-buena se viene,
la noche buena se va,
y nosotros nos iremos
y no volveremos más.

A pesar de mis pocos años, esta copla me heló el corazón.

Y era que se habían desplegado súbitamente ante mis ojos todos los horizontes melancólicos de la vida.

Fué aquel un raptó de intuición impropio de mi edad; fué un milagroso presentimiento; fué un anuncio de los infabables tedios de la poesía; fué mi primera inspiración. Ello es que vi con una lucidez maravillosa el fatal destino de aquellas tres generaciones allí juntas y que constitufan mi familia. Ello es que mis abuelas, mis padres y mis hermanos me parecieron un ejército en marcha, cuya vanguardia entraba ya en la tumba, mientras que la retaguardia no había acabado de salir de la cuna.

¡Y aquellas tres generaciones componían un siglo!

¡Y todos los siglos habían sido iguales! ¡Y el nuestro desaparecería como los otros, y como todos los que vinieran después!....

La Noche-buena se viene,
La Noche-buena se va....

Tal es la implacable monotonía del tiempo, el péndulo que oscila en el espacio, la indiferente repetición de los hechos, contrastando con nuestros leves años de peregrinación por la tierra....

¡Y nosotros nos iremos,
Y no volveremos más!

¡Concepto horrible, sentencia cruel, cuya claridad terminante fué para mí como el primer aviso que me daba la

muerte, como el primer gesto que me hacía desde la penumbra de lo porvenir!

Entonces desfilaron ante mis ojos mil *Noches-buenas* pasadas, mil hogares apagados, mil familias que habían cenado juntas y que ya no existían; otros niños, otras alegrías, otros cantos perdidos para siempre, los amores de mis abuelas, sus trajes abolidos, su remota juventud, los recuerdos que les asaltarían en aquel momento; la infancia de mis padres, la primera Noche-buena de mi familia; todas aquellas dichas de mi casa, anteriores á mis siete años.... Y luego adiviné, y desfilaron también ante mis ojos, mil *Noches-buenas* más, que vendrían periódicamente; robándonos vida y esperanza; alegrías futuras en que no tendríamos parte todos los allí presentes; mis hermanos que se esparcirían por la tierra; nuestros padres, que naturalmente morirían antes que nosotros; *nosotros*, solos en la vida; el siglo XIX sustituido por el siglo XX; aquellas brasas hechas ceniza; mi juventud evaporada, mi ancianidad, mi sepultura, mi memoria póstuma, el olvido de mí; la indiferencia, la ingratitud con que mis nietos vivirían de mi sangre, reirían y gozarían, cuando los gusanos profanaran en mi cabeza el lugar en que entonces concebía todos aquellos pensamientos....

Un río de lágrimas brotó de mis ojos. Se me preguntó por qué lloraba; y como yo mismo no lo sabía, como no podía discernirlo claramente; como de manera alguna hubiera podido explicarlo, interpretóse que tenía sueño y se me mandó acostar....

Lloré, pues, de nuevo, con este motivo, y corrieron juntas, por consiguiente, mis primeras lágrimas filosóficas y mis últimas lágrimas pueriles; pero pudiendo hoy asegurar que aquella noche de insomnio, en que oí desde la cama el gozoso ruido de una cena á que yo no asistía por ser demasiado niño (según se creyó entonces), ó por ser ya demasiado hombre (según deduzco yo ahora), fué una de las más amargas de mi vida.

Debí al cabo de dormirme, pues no recuerdo si quedaron ó no en conversación la misa del Gallo, la de los Pastores, y el sorbete proyectado.

III

¿Dónde está mi ninez?

Paréceme que acabo de contar un sueño.

¡Qué diablo! ¡Ancha es Castilla!

Mi abuela paterna, la que cantó la copla, murió hace ya mucho tiempo.

En cambio mis hermanos se casan y tienen hijos.

El arpa de mi padre rueda entre los muebles viejos, rota y descordada.

Yo no ceno en mi casa hace algunas Noches-buenas.

El pueblo ha desaparecido en el océano de mi vida, como islote que deja atrás el navegante.

Yo no soy ya aquel Pedro, aquel niño, aquel foco de ignorancia, de curiosidad y de angustia que penetraba temblando en la existencia.

Yo soy ya.... nada menos que un hombre, un habitante de Madrid, que se arrellana cómodamente en la vida, y se engríe de su amplia independencia, como soltero, como novelista, como voluntario de la orfandad que soy, con patillas, deudas, amores y tratamiento de usted!!!

¡Oh! cuando comparo mi actual libertad, mi ancho vivir, el inmenso teatro de mis operaciones, mi temprana experiencia, mi alma descubierta y templada como un piano en noche de concierto, mis atrevimientos, mis ambiciones y mis desdenes, con aquel rapazuelo que tocaba la zambomba hace quince años en un rincón de Andalucía, sonríome por fuera, y hasta lanzo una carcajada, que considero de buen tono, mientras que mi solitario corazón destila en su lóbrega caverna, procurando que no lo vea nadie, una lágrima pura de infinita melancolía....

¡Lágrima santa, que un sello de franqueo lleva al hogar
tranquilo donde envejecen mis padres!

PEDRO A. DE ALARCÓN.

La poesía.

(Compendio del arte poética)

Algunos han tomado la poesía por negocio de puro solaz y pasatiempo, por juguete bueno para ocupar las horas de ocio, ó una especie de receta para alejar el fastidio. Otros se propusieron realzarla, considerándola como una hermosa corteza á propósito para cubrir verdades útiles, como un velo agradable tendido sobre las sentencias morales. Unos y otros erraron: la poesía tiene un valor real y propio, que consiste en elevar el alma á las regiones de lo bello, ennoblecen sus afecciones, cultivar sus inclinaciones derechas y disponerla á la gracia y elegancia moral. De este modo, y no ocultando mañosamente verdades positivas, no haciendo máximas morales y aforismos dogmáticos, obra eficazmente la poesía para adoctrinar y mejorar á los hombres. Aun mayor poder é influjo que el que le cabe sobre los individuos alcanza sobre las naciones, cuyos innumerables miembros hermana, difundiendo afectos semejantes; conserva en ellas el sagrado depósito de la tradición, y con el recuerdo de costumbres y épocas gloriosas, puede ser parte á alzarlas de un abatimiento momentáneo y vergonzosa postración.

La grande influencia que la civilización de los griegos y romanos ha ejercido sobre las naciones modernas, debe mirarse como una de las principales causas de que aquellos

pueblos hayan sido considerados durante algún tiempo como la única patria de la poesía y de las artes; pero si bien en ambos, y sobre todo en el primero, llegaron á un alto punto de esplendor, y les merecieron una atención particular y una especie de culto, todavía es cierto que el hombre, y especialmente el pueblo, de todas épocas ó países, es más ó menos poeta. Entre los asiáticos sobresalieron como tales los indios, los persas, y más recientemente los árabes; al par que los hebreos dieron al arte que nos ocupa el mayor destino que caberle pudo, cual fué el de expresar las inspiraciones divinas, y dejaron á las generaciones venideras ricos tesoros de grandiosa poesía, tanto de la que narra acciones heroicas é importantes, como de aquella que sondea los misteriosos pliegues del corazón humano, y de la que le impele á generosos afectos.

Tampoco se crea que el cultivo de este arte sea privativo de las épocas de costumbres refinadas y de más adelantada cultura, cuyas producciones poéticas, si bien exentas de la rudeza y barbarie que afean las de las edades primitivas, no las igualan en los dotes más preciosos é intrínsecos de naturalidad, candor y entusiasmo. En los principios de un período social, cuando cada tribu forma una como vasta familia, ocupan los poetas la más elevada posición: son los filósofos, los historiadores y sacerdotes del pueblo naciente; su oficio no es el agradar, sino adoctrinar, causar admiración é infundir entusiasmo. Tales eran los bardos de los antiguos celtas y bretones, tales en especial los escaldas de los escandinavos, y tales serían en nuestra España los cantores de los antiguos callaicos ó gallegos, los de los celtíberos, los de los turdetanos, que á sus poemas atribufan seis mil años de antigüedad, y los de los cántabros, que entonaban los suyos al espirar en la cruz. El destino de la poesía, entre pueblos de tal condición, fué el de celebrar fiestas cívicas y religiosas, nupcias y funerales, alimentar bélicos impulsos en los ánimos varoniles, cantar habidas victorias y referir antiguos acaeci-

mientos de amor y desventura. Así es que las poesías, no menos que muchas costumbres de las sociedades nacientes, se asemejan entre sí sobremanera, á pesar de que ciertas diferencias, nãcidas de algùn rasgo peculiar de la raza ó del país, ó de algùn hábito dominante en cada pueblo, las distinguen y dan á cada una el carácter individual que constituye su nacionalidad.

Durante la semi-civilización de la edad media, el destino de los poetas fué un tanto semejante al de los siglos bárbaros. Menestrales y trovadores animaban la mesa del festín con regocijadas canciones, inflamaban los pechos en las refriegas y relataban al amor del hogar afejas leyendas amorosas, devotas ó guerreras. En los modernos siglos, á pesar de no pocas y muy venerandas excepciones, el errado concepto que se formó de la naturaleza de la poesía; la preferencia que de ordinario se ha dado á mostrar artificio y agudeza sobre conmovér y entusiasmar; la extremada y falsa imitación de los antiguos griegos y romanos, han conducido al arte á un estado general de abandono y postración, hasta que casi en nuestros días se ha dado más valor al sentimiento de lo bello, se ha enriquecido la teórica de la poesía con el atinado estudio y profundo conocimiento de varias literaturas antiguas y modernas, y se la ha realzado, señalando y restableciendo su natural y primitiva alianza con la alta filosofía.

La poesía ha roto últimamente las estrechas vallas que limitaban su carrera, y recorriendo el campo de la historia ha encontrado nuevos manantiales y maravillosos espectáculos.

El ciego coplero que, rodeado de crédulos labradores, refiere pavorosas historias; el viejo menestral que al divisar las torres de su señor feudal siente renacer en el pecho los fuegos de la juventud; el trovador airosamente vestido que, acompañándose con la bandurria provenzal ó con el arpa adornada de la cigarra de oro, encantaba las cercanías del Languedoc ó del Llobregat con los más dulces acentos de la dulcísima

habla lemosina; el gondolero veneciano que al cruzar su batel anchos canales plateados por la luna, suspiraba suaves querellas; la hurí de Oriente que durante una noche serena recorría cantando, verjeles de naranjos y rosales; el americano Sachem que al pie de una cascada recordaba los cantares de su infancia; la Maga del Norte que con silvestres sagas conmovía los gigantescos altares de piedra que la dedicaban; el Bardo que, sentado sobre un desnudo peñón, unía su voz á las de los cien espíritus que bramaban durante el ruido del trueno; hasta el profeta que derramaba lágrimas de dolor sobre las desgracias de Sion... todos estos cantores han aparecido en el presente siglo y unido sus acentos á los sublimes versos del padre Homero.

MANUEL MILÁ Y FONTANALS.

La nobleza de Aragón.

(Historia de las alteraciones de Aragón.)

La nobleza de Aragón tuvo el mismo origen que la del resto de España, los elementos aristocráticos de la nación goda, desarrollados en las circunstancias especiales que creó para la península la invasión sarracena y la reconquista del territorio. Si hemos de creer á los historiadores aragoneses, los ricos-hombres en Aragón son tan antiguos como la monarquía, y no falta quien los haga anteriores á los reyes; así sería la verdad si se pudiese prescindir en la historia de los diversos principados que se formaron después de la invasión sarracena, de que todos ellos no eran más que la continuación de la antigua y célebre monarquía de los godos.

De todas maneras, es siempre cierto que los nobles en

Aragón tuvieron desde los principios grande poder é influencia. La nobleza en este reino tenía á la vez una organización política y militar y formaba un cuerpo sólido y compacto en que, con los estrechos lazos de un interés recíproco, estaban unidos todos los miembros, desde el rico-hombre, de natura hasta el último infanzón ó hidalgo. Tres eran los grados principales de la jerarquía nobiliaria. Los ricos-hombres ó nobles por excelencia, los caballeros ó milites, como los llaman los antiguos fueros, y los infanzones ó hidalgos. Sin estos, había la clase de mesnaderos, que eran los que servían en la mesnada ó casa del Rey, y tenían en ella empleo ó mando superior. Todos ellos, al uso y semejanza de otros reinos, poseían tierras, castillos y vasallos, y en los lugares de su señorío gozaban de la justicia y de los demás derechos que en otras partes, aunque en mayor y más extensa escala, como diremos luego. Pero además de estos señoríos, disfrutaban de otro gran elemento de poder. El gobierno de todas las villas y ciudades de realengo, llamado en Aragón « Honor, » pertenecía por antiguas disposiciones única y exclusivamente á la clase de ricos-hombres, primero en feudo amovible según la libre disposición del Rey, después como tenencia perpetua de que no podían ser privados sino por causa legítima y por sentencia dada en el Tribunal de Justicia de Aragón.

Los ricos-hombres gobernaban las villas y lugares de sus Honores; ponían en ellos Justicias y Zalmedinas, cobraban una parte de las cargas públicas, y hacían suyas, excepto en muy pocos casos, las caloñas ó penas pecuniarias, ramo muy importante en aquellos tiempos.

Estos Honores no los podía disfrutar el rico-hombre por sí solo; al contrario, estaba determinado por ley expresa que fuesen divididos en porciones proporcionadas al debido sostenimiento de un caballero, y que fuesen en seguida repartidas única y exclusivamente entre los de esta clase. Llamábanse estas porciones « Caballerías de honor », y los que las obtenían

de mano del rico-hombre cobraban en ellas los derechos que á éste correspondían, pero con la obligación de servirle con las lanzas proporcionadas al producto de la Caballería. Cuando los Honores de amovibles se hicieron perpetuos, las caballerías siguieron la misma suerte, y los caballeros no pudieron ser privados de ellos sino por causa y sentencia legítima.

Pero así como el Rey no podía dar los Honores sino á los ricos-hombres, ni éstos las Caballerías sino á los caballeros, así también nadie podía ser armado caballero ni obtener, por consecuencia, las Caballerías, sino los infanzones ó hidalgos, completándose de esta manera la gran trabazón y enlace de esta aristocracia y la robusta organización del cuerpo compacto que formaba.

EL MARQUÉS DE PIDÁL.

La Civilización en los cinco primeros siglos del Cristianismo.

Tres grandes ideas forman y componen nuestra civilización: Roma, el cristianismo, los bárbaros. Los bárbaros dan la materia con sus tribus; Roma la organización, la forma, con sus leyes y sus códigos, el cristianismo la sustancia, el alma con sus ideas y con sus dogmas. Contemplemos estas tres ideas.

El cristianismo, cuyo origen divino todos reconocemos, cuya eficacia inagotable todos confesamos y sentimos; primera luz que nos ha sonreído entre los ensueños de la inocencia; primera ley que ha refrenado las tempestades y los ímpetus de nuestra juventud; objeto de todas las oraciones, consuelo de todos los dolores; idea, que en el seno del hogar domés-

tico hemos libado, como la miel de la vida, de los labios de nuestra madres, y que guardamos en el fondo del sér como el alma del alma; poesía invisible, que resuena desde la cuna en nuestros oídos; símbolo, que vemos en nuestros campos saludado por el labrador, cuando la golondrina le anuncia la primavera; en nuestras playas adorado por el navegante, cuando la gaviota le señala el buen tiempo; ángel, que nos acompaña en vida, que santifica todas nuestras buenas acciones, y que después de muertos, se sienta silencioso en la tierra donde dormimos, recoge el aroma de nuestra vida, el alma, y lo lleva en sus alas al través de los orbes á Dios; el cristianismo, que es una religión, un arte, una gran filosofía; todo verdad, todo hermosura, todo bondad, como doctrina social, por más que pese á los que quieren unguir con él todas las tiranías; como doctrina social dió dignidad al esclavo, igualó moralmente al pobre con el rico, hizo de todos los hombres una sola familia, de todas las naciones, antes enemigas, la humanidad; y quiso que esta obra de libertad contara entre sus grandes holocaustos el sacrificio del Verbo, y por su primer mártir al Hijo del Eterno.

Esta es el alma de la civilización presente. Ver cómo se desarrolló en los primeros tiempos, cómo luchó con el paganismo, cómo triunfó, será el objeto de nuestras lecciones. Pero no era este el único elemento que en la civilización existía en estos cinco siglos; existía también el mundo clásico. Grecia había hecho de la humanidad, con su cincel de artista, una hermosa estatua que el cristianismo animó con el fuego del cielo; y Roma, la guerrera y legisladora, había logrado que el mundo se postrara ante el ideal clásico de hinojos, y lo recibiera como la preparación interior de otra idea más alta, como el principio de otra vida más grande. Por eso el mundo clásico tiene siempre armonías para nuestros oídos, dulces cánticos para nuestros corazones, y todos nos acordamos de él, como de la cuna de azucenas donde se meció nuestra civilización, como de la misteriosa lámpara, donde

empieza á arder la luz de nuestro espíritu. Yo no puedo mirar á Grecia, la nación de las grandes personificaciones, sin que se me aparezca personificada en la figura de una casta musa. Hermosa como la divina Psychis, las perlas de Oriente, que la traen sus hijos los Pitágoras, los Herodotos, del fondo de los templos antiguos, ornan su frente; la luz de las ideas tiñe de una hermosura divina su rostro; reclinada en su lecho de azucenas, con la caja de oro que guarda el néctar de la vida de sus dioses, en una mano, y en la otra la lira que produce ardorosos himnos, se mira en el celeste seno de aquellos mares, donde se mezclan las aguas del Asia y de Europa como la cadencia de una eterna endecha de amor, y deja errar su mirada por aquellos esplendorosos cielos, y pidiendo inspiración á los mares, á las montañas, á los bosques, á los horizontes, dicta á Homero sus poemas, á Píndaro sus cantos, á Esquilo y Sófocles sus tragedias, á Tucídides y Herodoto la historia, á Platón y Aristóteles la filosofía; y cuando Roma la esclaviza, lejos de atarse á su carro triunfal, entra como señora en sus escuelas, como diosa en sus templos; y si, por último, allá en el siglo quinto de la Iglesia, consiente en ser sacrificada en la casta figura de Hipatia por manos de los sacerdotes cristianos, como víctima coronada de flores que la antigüedad ofrece al nuevo oculto, es después de haber infundido su espíritu en la Iglesia de Oriente y de haber filigranado el Evangelio con el armonioso ritmo de su divina lengua. Pues si Grecia vive hasta el siglo quinto, ¿qué diremos de Roma? En la gran pira que formó con las armas de todos los reyes y de todos los pueblos; en la gran cárcel del Panteón, donde se reunieron los dioses de todas las gentes; en sus códigos, donde se encerraron las costumbres de todos los pueblos, Roma formó el genio de una civilización que todavía vive en nosotros, y resumió el trabajo de toda la historia precedente, para que no se perdiera la obra de la Providencia.

Pero sobre aquel mundo clásico tan hermoso en los siglos que vamos á historiar, se extendía una espada de fuego. Era

la espada de los bárbaros. Venidos del fondo del Oriente, origen de todas las grandes emigraciones, habían acampado en los hielos del Norte, y el alma panteísta que recibieron en su origen, se individualizó en cada uno de aquellos bárbaros en el fondo de sus oscuras cabañas. Mil tribus componían y dividían aquellas gentes, tribus que mandaban sus bandas como grandes manadas de aves de rapiña á devastar las regiones abiertas á su voracidad. Engendrados los más de aquellos bárbaros en un carro, nacidos en un punto, amamantados en otro, no conociendo patria, y por lo mismo radicando en el suelo; poseídos de un instinto viajero, que era el secreto de su destino; azotadas sus espaldas por los hielos y los huracanes que los enpujaban hacia Occidente; sin leyes escritas, sin gobierno organizado; adorando, ora dioses indios, ora griegos, ora divinidades feroces que se abrevaban en sangre, ora una espada puesta de punta en el suelo, á cuyo alrededor danzaban como energúmenos; heridos por tribus todavía más bárbaras, venidas del fondo de la Mongolia á cumplir los decretos del Eterno, tribus que comían y dormían y vivían á caballo, que lanzaban gritos horribles semejantes á los graznidos de los cuervos, que no sabían dónde iban, que se deshacían como las montañas de arena en el desierto y se condensaban como las trombas marinas, hombres horrorosos, que llegaron á espantar á los mismos bárbaros, pues Jornandes los describe trémulo, espantado, pintándonos su piel teñida de negro, sus ojos sanguinolentos, escondidos y luminosos como los del buho, su rostro parecido, *deforme offæ*, á una deforme tortuga, sus mejillas acribilladas de heridas, pues sus madres se las partían al nacer para que sintieran en sus labios antes el hervor de la sangre que la dulzura de la leche; y todos estos bárbaros, que unos venían del Rhin, otros del Danubio, otros de la Scitia, otros de la Escandinavia, como huracanes nacidos de diversos puntos del horizonte, cernían sus ráfagas sobre la cabeza del gran coloso del imperio romano, y arrancaban uno á uno los diamantes á su triunfal corona; diamantes que, al

estrellarse en el suelo, formaban con sus fragmentos las nacionalidades modernas.

EMILIO CASTELAR.

España.

(Del discurso de recepción en la Academia Española.)

España no puede dolerse de la parte que, en la distribución de sus dones, hánle de consuno reservado la Providencia y la naturaleza. La estrella de la tarde, la esposa del sol, guarecida por sus cordilleras, besada de dos mares que la cifen á porfía con sus ondas y con sus espumas, abierta por sus amigas playas y sus seguros puertos á todas las naves del mundo; tan verde, tan húmeda, tan blanda como Escocia, en sus provincias del Norte, y tan ardiente, tan bella, tan luminosa como Italia, en sus provincias del Mediodía; idilio helvético su Noroeste, donde las altas montañas compiten con las serenas rías, juntándose los picachos y los valles, los nidos de los ruiseñores y los nidos de las águilas; epopeya semítica el Sudeste, con sus arenas que el simón abrasa y sus oasis que el azahar perfuma; paleta de mil colores sus costas mediterráneas, de arenas rojas y auras esmaltadas por aguas celestes, de llanuras ceñidas por montañas que tiran á color de zafiro y por asiáticos palmerales bordadas y griegas adelfas; fecundo el suelo, como pocos, en toda especie de frutos, y rico el subsuelo, como ninguno, en toda especie de minerales; cercana al África, cuyos vientos, si encienden sobre manera sus veranos, también dulcifican sus inviernos; unida á América por esa cadena de islas, que empieza en Gades y concluye en Cuba, pasando por aque-

llas felices que debieron guardar la Atlántida de Platón; nuestra tierra reúne en Europa todos los productos y todos los climas europeos, como en el cuerpo reúne el cerebro todas las raíces de la vida; y por tanto, eterna su grandeza, recobrará el antiguo influjo, eclipsado, pero no anochecido, y vendrá á traer en la futura historia la reconciliación á todas las razas, y vendrá á ser en los futuros tiempos la mediadora universal entre todos los continentes.

No conozco escuela de virtud como el hogar; ni conozco hogar como el hogar español, que parezca al igual nido y templo; ni familia como la familia española, que acierte en tanto grado á unir el amor más efusivo con el respeto más supersticioso. Bien es verdad que lo han formado y lo han bendecido nuestras mujeres, no tan de admirar y de querer por su hermosura incomparable, como por sus virtudes y calidades de amantísimas esposas y prósidas y santas madres. Así el ideal podrá desaparecer de todas las conciencias, pero siempre quedará en la conciencia española; el arte podrá enmudecer en todos los horizontes, pero siempre cantará en nuestros caldeados horizontes; la vida dramática podrá destruirse bajo los cilindros de la industria en toda Europa, y no se destruirá en la tierra nativa del drama; la fe dejará de latir en todos los pechos, cuando todavía engendre aquí legiones de héroes y de mártires poseídos de la sed del sacrificio y enamorados rendidamente de la muerte. Así habrá siempre un arte español de inextinguible gloria, en armonía con nuestro íntimo natural y nuestro carácter histórico. No me habléis de esas sabias combinaciones músicas, con que el talento matemático de los artistas del Norte concuerda tantos tonos discordes y combina tan bien instrumentos diversos en sus maravillosas sinfonías; hijo de mi patria y de mi raza, con los oídos organizados como el heleno antiguo y el moderno semita, solamente alcanzo á comprender la melodía, monótona y uniforme si queréis, semejante al sonido del aire en los desiertos, al eco de las ondas en las playas, á los trenos

del profeta en Jerusalén y á los acentos de la guzla en la tienda; sí, la melodía llamada malagueña, polo, playera, saeta, que canta las tristezas y los deliquios de un amor infame, el cual cree corta la vida para su duración, estrecho el Universo á su grandeza, y desea en el dolor engendrado por el combate entre el sentimiento y su expresión, expresarse allá en los espacios necesarios á su intensidad inmortal, allende la tumba, en lo infinito y en lo eterno. Y no me digáis que se sabe bailar casta y noblemente allí donde no baila el pueblo al són de esa jota, que enardece la sangre y da el vértigo de los rápidos y contenidos movimientos; al són de esa muñeira y de ese zortcico que recoge los ecos de la zampoña en las majadas y en los oteros, como ninguna otra égloga; al són de esa guitarra, acompañada por las palmas y las castañuelas, que despierta á la andaluza de su natural soñarrera, y la lanza sobre la mesa, en que campean las cañas rebosantes de manzanilla y jerez, á bailar, echada hacia atrás la cabeza, alzados los brazos al cielo, extáticos los negros ojos que abrasan, ligeros los breves pies como el aire, á bailar uno de esos jaleos, á cuyas cadencias y extremecimientos suspenden allá arriba, de celos y de envidia aquejadas, sus parabólicas y eternas danzas las estrellas.

Y lo que digo del baile y de la música, digo también de nuestras artes plásticas. Enseñadme espacio del planeta donde se combinen el bizantino con el sirio como aquí en España; y entre las ruinas romanas se vean los ajimeses asiáticos; y al través de la ojiva que recuerda las cruzadas, el arco de herradura que recuerda á los Califas; y junto á las torres bermejas y sus estancias de estalactitas empapadas en mil colores, se alcen las agujas góticas exhalando religiosas plegarias; y el Oriente unido con el Occidente produzca nada tan original como los edificios mudejares; y la ornamentación sobrepuesta á las líneas cuasi helénicas, haya dado cosa que se parezca ni de lejos á nuestro plateresco; y desde las iglesias románicas de Asturias, donde los cinceles rudos apenas debastan las piedras groseras,

á los patios árabes de Sevilla, donde al través del alicatado y de la alharaca, se ve y se oye el surtidor cayendo en la alberca de mármol; recorra la imaginación una arquitectura más vária y más hermosa, en sus opuestas manifestaciones, que esta arquitectura española, verdadero ornato de nuestro territorio, esculpido y cincelado por todas las artes á porfía como uno de aquellos áureos escudos, obras predilectas del deslumbrador Renacimiento. Y hemos poblado la majestad de tales edificios con las estatuas de Montañés, de Cano, de Zarcillo; y hemos cincelado sus paredes con las guirnaldas que teñan sobre las piedras los buriles de Berruguete y de Borgoña.

Mas, en el género en que ostentamos originalidad tal que nadie puede disputárnosla con derecho, es en la pintura. Nuestro natural independiente nos ha preservado de las imitaciones artificiosas, y nuestro sentido de la realidad nos ha impedido caer en lo convencional y amanerado. Nosotros competimos en belleza con Florencia y Roma, en verdad con Holanda y Alemania, en color con Florencia y Flandes, en idealismo con Asís y Pisa, aventajando quizá á todos por la nativa y diversa genialidad de nuestros pintores, tan rebeldes á las tiranías de la escuela, como nuestros mismos inmortales dramáticos. ¿Sabeis de alguna decadencia duradera en ese divino arte español? Cuando el saco de Roma dispersó á los discípulos de Rafael, y la muerte de la república florentina hirió en el corazón á Buonarroti, en aquel comienzo de la noche, la hermosura perfecta renació, no por los palacios de Mantua, donde Julio Romano, desposeído de su numen tutelar, tocaba en lo hiperbólico y en lo extravagante, sino por las iglesias de Valencia, donde surgían de la paleta de Juan de Juanes aquellos Salvadores descendidos del Tabor á sus tablas, despidiendo luz espiritual como la que pudieran soñar los místicos en sus deliquios, y encerrados en líneas como las que pudieran trazar los escultores clásicos en los bajos relieves antiguos. Cuando la imitación servil, los procedimientos arbitrarios, la mezcla de escuelas opuestas, la falta de fe en el

helenismo y en el cristianismo, en la religión de la hermosura y en la religión de la verdad, creó la sincrética escuela de Bolognia, herida por irremediable decadencia, como todos los géneros híbridos, salieron de nuestros talleres en tropel aquellos apuestos caballeros y lujosas damas de Sánchez Coello, en cuyas frentes resplandecían las señales de la gloria nacional y en cuyos labios sonaban los versos de Lope y de Herrera; aquellos jinetes y sus caballos dando al vientecillo arrebolado del Guadarrama crines, plumas y bandas con tal arte, que las sentís crugir en vuestro oído; aquellos cíclopes presos en sus cavernas, cuyos desnudos han robado á la naturaleza los secretos de la encarnación y del organismo; aquellos bufones, tan grotescos y ridículos, como caballeros y gentileshombres los vencedores de Breda, çapaces de recoger los trofeos de la victoria sin humillar la dignidad de los vencidos; todas aquellas figuras, reproducciones milagrosas de la realidad misma sobrepujada por el arte, respirando en atmósfera tan verdadera y luminosa, que os entraríais por los cuadros á recoger en vuestra retina los cambiantes de la luz y en vuestros pulmones los soplos del aire; y sobre este universo de tantas formas y de tantos matices, como el cielo estrellado sobre la tierra vívida, en nubes enrojecidas por las reverberaciones del sol sobre las aguas del Guadalquivir, entre coros de arcángeles y serafines que llueven rosas y agitan palmas, calzada por la luna, vestida del inmaculado candor y envuelta en el cerúleo manto, á los pies la culebra del mal herida y en las sienas los resplandores de la luz increada, extáticos los ojos como embebidos en la gloria, y alzado el pecho como para recoger y respirar la palabra creadora, va la virgen de Murillo, como divino arquetipo, en cuyo casto seno renace la hermosura sin sombras del paraíso y recobra la mísera humanidad, ya sin pecado, su primitiva é inmaculada inocencia. La ecuación establecida en nuestra pintura entre la naturalidad y la idealidad resulta de tal suerte íntima, que parece toda una estética en acción, superior, bajo mil aspectos, á un género especialísimo

y concreto del arte. Y á la superioridad de esa estética atribuyo que ni la decadencia de la escuela bolonesa y napolitana imperantes en todo el siglo décimo-séptimo, ni la decadencia universal del siglo último, hayan podido contagiar á la escuela española. Así, mientras los pintores más eminentes, corrompidos y contagiados de pésimo gusto, á una se malogran por su falso colorido y su servidumbre convencional, aragonés egregio dotado de la gracia y de la naturalidad celtibéricas, al par que de creadora fantasía, esboza en imperecederas aguas fuertes las ideas de su tiempo, indecisas como las sombras de su lápiz, y traza las figuras que pasan por su retina, abriendo á aquel pueblo, que, á primera vista decaído, emprendió la guerra de la independencia, los cielos del arte, y los infiernos á la proterva corte que nos manchó con sus liviandades y nos vendió como un ható de ganado, por la codicia vil de un favorito, á la devastadora ambición de un extranjero. No, no decae la pintura española, como no decae el ingenio nacional, que puede hincharse unas veces, perderse en retruécanos otras, pero jamás extinguirse por completo.

Bien es verdad que nuestra poesía se parece á nuestra pintura en su originalidad, en su independencia, en su menosprecio de las reglas convencionales, en su carácter romántico. Así tiene tres obras colosales: el Romancero, el primer poema épico de los tiempos modernos; el Quijote, la primer novela; y los Dramas incomparables, que constituyen el primero, sin duda alguna, entre todos los teatros del mundo. Y no tenemos solamente aptitudes artísticas y poéticas, tenemos también, diga lo que quiera una crítica superficial, grandes aptitudes científicas, reveladas al mundo desde los comienzos mismos de nuestra inmortal historia. Principiaba el imperio romano, y la ciencia española constituía la moral práctica, cuyos preceptos se confunden casi con los preceptos evangélicos, por ser los días del espíritu á semejanza de esos días boreales, que ven los crepúsculos vespertinos y matutinos mezclarse en unos mismos resplandores. Sucumbía la civiliza-

ción latina, y entre las irrupciones alzábanse dos monumentos imperecederos, los dos nuestros, á saber, un código sintético, el Fuero Juzgo, y un libro enciclopédico, las Etimologías de San Isidoro; por todo lo cual nos pertenece en dominio directo y absoluto la ciencia entera de aquellos perturbados tiempos. Y más tarde, entre las guerras del feudalismo, bajo los terrores milenarios, cubierto el mar de piratas y de bandidos la tierra, apagadas las pavesas de las ideas por la pesadumbre de las ruinas, la ciencia anocheciera sin las ciudades españolas, que levantaban sus academias entre las tinieblas y recogían la antorcha apagada en las manos de Atenas, de Alejandría y de Roma. Nuestros andaluces enseñaron á la entonces bárbara Europa la mecánica y la hidráulica; dieron al cálculo así la adelantada numeración índica, que sustituyó á la pobre numeración latina, como el álgebra que amplió la matemática; trocaron el sayal de penitencia pegado á las maceradas carnes monásticas, por el limpio y fresco algodón; extendieron en el siglo noveno, en aquella oscuridad, la topografía y la estadística; conocieron en el cielo ya las manchas del sol, tan instructivas para los estudios astronómicos, y en la tierra las clasificaciones mineralógicas y zoológicas y botánicas, tan necesarias á los progesos del saber; sacaron de las retortas, no la piedra filosofal, en vano buscada, algo más precioso, las aplicaciones de la química á la medicina; manejaron el bisturí con tal arte, que bien puede llamárseles, sin exageración, los fundadores de la cirugía; pusieron los globos terrestres y las esferas armilares y los astrolabios y las clepsidras en las escuelas, y completaron los relojes añadiéndoles el péndulo, cuyas oscilaciones habían de notar más tarde las sinfonías de los mundos y las afinidades y los amores de la atracción; construyeron los primeros observatorios astronómicos en torres tan gallardas como la Giralda bética, y revelaron la refracción de la luz en nuestra atmósfera por medio de observaciones profundísimas; trajeron las bases de la óptica moderna, y siglos antes de las experiencias de Torricelli, adivinaron la

gravedad del aire y las diversas densidades de sus alturas; impulsaron, no solamente la ciencia de las estrellas, sino también la ciencia de las ideas, esparciendo en Provenza, en Toscana, en Sicilia, en los templos del pensamiento, aquella filosofía, por cuyos cánones vivió y se amaestró la Edad Media. Las gentes de los más remotos climas vinieron á nuestras universidades; los astrónomos de las más varias naciones calcularon por las tablas alfonsinas y admitieron el meridiano de Toledo; una prosa sabia, en la cual se escribieron obras magnas como las Partidas, fijóse antes que se fijaran la prosa italiana, francesa y británica; las ideas todas del siglo décimo-cuarto refluieron á la mente de Lulio, cima á la sazón del mundo intelectual, cima que da vértigos; antes de Bacon llamaba Vives el entendimiento á la experiencia contra las abstracciones y arbitrariedades escolásticas; al par de Descartes buscaba Pereira las bases inmovibles de la certidumbre psicológica; precediendo á Harvey, descubría Servet la circulación de la sangre, casi al mismo tiempo que nuestros navegantes completaban la vida planetaria con sus invenciones de continentes y archipiélagos, las cuales evocaban nuevos edenés, nuevos hemisferios, nuevos astros, nuevas constelaciones, en los inmensos espacios del cielo, y florescencia universal en los profundos senos de la tierra.

EMILIO CASTELAR.

Carlos V.

Carlos V, Emperador de Alemania, Rey de España, Señor de las nobles ciudades de Italia, de las de Holanda y Bélgica, y del Nuevo Mundo, acepta de verdad desaffos, ni más

ni menos que cualquier capitán aventurero de su tiempo, y no es culpa suya si no se llevan á cabo; busca en frágiles leños á los piratas hasta sobre los arenales de Túnez ó Argel; blande el primero la lanza en Muhlberg, tal cual le representa el pincel de Ticiano; honra en su estudio á este maravilloso artista, como llora sobre el campo del honor á Garcilaso; guarda toda su vida el recuerdo y aun el luto de su sola mujer, la malograda hermosura que, según cuentan, convirtió en santo á don Francisco de Borja, después de muerta; entrégase un día á merced de su constante adversario Francisco I, y otro da seguro leal á Lutero para que en su presencia dispute con los doctores católicos y los convenza ó se deje de ellos convencer, procurando así evitar, por la sola virtud de la palabra, el nuevo cisma que quizá para siempre había de dividir luego á los cristianos; pide, promueve, protege con igual propósito la celebración del gran Concilio de Trento; remóntase en alas de su voluntad poderosa al temerario, mas generoso intento de lograr por sí la reconciliación dogmática del catolicismo con el protestantismo, mediante amplias y recíprocas transacciones; y vencido, al fin, según tenía que serlo, en la imposible empresa, condénase, todavía en buena edad, al mezquino claustro de Yuste, donde, á la par que ora día y noche, piensa, escribe, aconseja, ordena aún todas las cosas de España, cuna de su madre y patria suya por elección, hasta el punto mismo en que entorna sus ojos la muerte, haciendo así patente al mundo que, no egoísmo vulgar, ni liviano deseo de esquivar trabajos, le encaminaron á aquellas soledades, sino un desprecio sublime de toda vanidad, de todo goce, de todo personal interés. ¿Quién no admirará, si admirar sabe, la grandeza épica que esto encierra? Hasta en aquel odio profundísimo, inflexible, que en Yuste mostraba á la Reforma, después de haber luchado tanto en vano para impedir que viniera el cisma, por medio de la discusión y del concierto de las contrarias opiniones, y de haber luego combatido con

tamaño valor contra sus secuaces en las llanuras germánicas, (odio que heredó de él su hijo, y que transmitió al fin á toda la nación española), podrá echarse de menos habilidad política, pero no grandeza. No es él, por cierto, el solo grande hombre que haya querido remontar en vano la invencible corriente de su siglo, zozobrando en la empresa.

Discúlpanle, además, en el período de la ira, su moderación primitiva y espíritu de conciliación, desconocido y burlado por los protestantes, y tan á mal llevado por la Santa Sede, que todavía guarda Simancas el proceso original que, á causa del *Interim*, se le formó en Roma, sobre indicios vehementes de herejía, bajo el pontificado de Paulo IV. Ciertamente, otros hombres habrán errado menos que él; pero ninguno ha sentido, pensado, puesto por obra más cosas, ni cosas más arduas. Y es de advertir que en este mundo, naturalmente, yerran menos los que menos hacen; y aunque por eso mismo, ó por virtud de las circunstancias, las medianías concluyan la vida en paz con más frecuencia que los grandes hombres, el valor propio de cada cual puede siempre medirlo con rigurosa exactitud la Historia. No ha habido más infelices conquistadores que Aníbal y Napoleón I, al cabo y al fin, y nadie les disputa, no obstante, sus glorias. En resolución, la vida de Carlos V, que tan rápidamente he bosquejado, está más llena aún de arranques heroicos y sentimentales, que de fríos cálculos de razón de Estado; y muchas de sus osadas aventuras militares, marítimas, políticas y religiosas, no son para propuestas por modelo á ningún hombre de gobierno del presente ni de los futuros siglos. Hombres como Carlos V nadie los volverá ya más á ver, según todas las señas, si no es abriendo y profanando con pueril curiosidad los sepulcros.

ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO.

La educación de la mujer.

(*Cartas trascendentales.*)

¿Debe ser la mujer sabia ó ignorante?

No creas que voy á detenerme mucho en contestar, aunque arrostre la sonrisa de los que me oigan. La mujer debe ser ignorante. Pero, ¿cómo? ¿de qué? Hé ahí lo que voy á decirte.

Hemos dado en atribuir á la palabra *ignorante* una significación más lata de la que tiene. Ignorante, entre nosotros, equivale á estúpido, y sin embargo, no es esa su verdadera significación. Por eso te has asustado. Sócrates *ignoraba* los fundamentos de la música; Mozart *ignoraba* los fundamentos de la filosofía de Atenas. ¿Me has comprendido?

Pues bien: yo quiero, ó, por mejor decir, creo que la mujer debe ser ignorante, no estúpida; creo que se la debe educar, pero no como al hombre. Y, ¡ay del día en que acabemos de educar á las mujeres como las educamos hoy, esto es, casi casi lo mismo que á los hombres! Pues cuando ellas sepan lo mismo que nosotros, cuando sientan, piensen y ejecuten lo mismo que nosotros, y, por añadidura, sean encantadoras como lo son, Anatolio del alma, ¿quién dará de mamar á nuestros chicuelos?

La mujer debe ser ignorante con relación á lo que el hombre necesita aprender; pero debe ser sabia con relación á lo que á ella misma corresponde. Si una mujer llega á saber tanto como Séneca, no lo dudes, sería estúpida; al modo que si Séneca hubiese llegado á saber tanto como tu madre, sería hoy el lubidrio, que no la honra, de los cordobeses. ¿Me entiendes ahora también?

Pero temo que me preguntes lo que suelen preguntar los patriotas anglo-americanos: ¿Y por qué esas diferencias entre hombres y mujeres? ¿Pues no son unas y otros una misma ma-

teria y un mismo espíritu? ¿No constituyen ambos la familia humana? ¿Qué privilegio puede tener ni invocar el hombre sobre su compañera?

Permíteme que te trate con cierto desdén si tal preguntas. Pues qué, ¿no has reparado que á la mujer no le sale bigote en el labio superior, ni patillas al rededor de la cara? ¿No has caído en que la mujer tiene la carne más redonda, más blanca y más suave que tú? ¿No has observado que la mujer más alta apenas tiene la estatura del hombre más pequeño? ¿No te dice nada, por último, el que tu madre fuese mujer y no pudiera ser hombre? Hay diferencias entre el hombre y la mujer, porque la hay entre el sol y la luna, porque las hay entre el mar y las montañas, porque las hay entre el que da el pecho á un niño y el que sale á buscar una piel de oso para abrigo.

Por eso digo yo, y siento como axioma, que el que quiera saber lo que necesita una mujer, no tiene más que buscar lo contrario de lo que necesita un hombre.

Nombré al sol y á la luna, y no quiero apelar á otros datos para mi dialéctica. ¿Quieres un plan de educación completo? Eduquemos al hombre y á la mujer como Dios educó al sol y á la luna.

Ambos son redondos, ó por lo menos, lo parecen; ambos dan luz y calor (ya sabes que el calor de la luna está probado); ambos presiden el sistema planetario, como si dijéramos, el sistema viviente de la inmensidad; ambos giran en amante consorcio prestándose sus bienes, y ayudando en común á producirlos; ambos se aman, y se buscan, y se acarician, y, para decirlo en una palabra, á él, se le llama *Él*, y á ella le decimos *Ella*. Él es más alto y más grande, ella más baja y más pequeña; él es fuerte y soberbio, ella débil y tímida; él da una luz que deslumbra, un calor que abrasa, una fecundidad que engendra; ella en su luz es dulce, en su calor suave, en su fecundidad productora; él preside los trabajos del hombre, ella vela el alumbramiento de la mujer. ¿Sabes

lo que pienso, Anatolio? ¿Si serán el sol y la luna, en la tesis divina de lo absoluto, lo que el hombre y la mujer en la tesis humana del pequeño mundo terrenal?

No me contestes, y continúo: Eduquemos al hombre y á la mujer como Dios educó al sol y á la luna. Démosle á él todo el calor, toda la luz, toda la fuerza, toda la actividad; hagámosle profundo en sus concepciones, vehemente en sus actos; que en el invierno hiele, que en el verano abrase; que él conjure la tempestad, que él rasgue la bruma, que él cultive la tierra, que él tire y que sude, que trabaje, en fin, todos los días, aunque duerma todas las noches. Démosle á ella toda la ternura, toda la suavidad, toda la gracia; su luz, reflejo y no más de la del hombre, que sea superficial, pero agradable; su calor, asimismo prestado, que temple con dulzura continua más al alma que al cuerpo, más á la imaginación que á la materia; sus tareas y cuidados que reemplacen también á los de su compañero; pero con menos exigencias, con menor energía; y ya, por último, que vela por el hogar del hombre, que no haya de velar todos los días del mes ni todas las horas de la noche.

¿Enseñarás á la mujer las ciencias? ¿Por qué ni para qué? Basta que tenga la luz prestada de sus nombres, de su objeto y trascendentales fines. ¿Enseñarás á la mujer las artes y la industria? ¿Por qué ni para qué? Basta que tenga las nociones indispensables para auxiliarlas, para coadyuvar á su ejecución, para producir resultados de consuno; pero sin pretender que adquiera iniciativa, sin imbuirla un poder creador que ni necesita, ni tiene, ni obtendrá nunca.

Después de todo, lo que hace falta á la mujer, y lo que yo quiero para ella, es posibilidad de vender la ciencia, de vender el arte, de vender la industria; es decir, de cambiar por dinero sus facultades; y tú sabes bien, Anatolio, que la ciencia y el arte y la industria que se venden, no son las del filósofo y el sabio, sino las del recolector, las del obrero, que siguen al sabio y al filósofo en el resultado de sus tareas.

El expendedor del pan no necesita las mismas cualidades del que siembra el trigo; así como el que fabrica pitos para los muchachos, no necesita conocer los fundamentos de la acústica ni la teoría de las vibraciones.

JOSÉ DE CASTRO Y SERRANO.

Asclepigenia.

Asclepigenia—¡Qué agradable sorpresa! ¿Qué significa venir los tres juntos á mi casa?

Creमतurgo—Envidiable frescura te concedió el cielo. ¿Cómo, al vernos entrar juntos á los tres, no tiembblas, no te asustas, no te hundes avergonzada en el centro de la tierra?

Eumorfo—Eso mismo repito yo. ¿Cómo no te hundes en el centro de la tierra?

Creमतurgo—¡Inicua! Nos estabas engañando á todos.

Eumorfo—Esto pasa de castaño oscuro. ¡Tres á un mismo tiempo!

Creमतurgo—¿Qué puedes alegar en tu defensa?

Eumorfo—Con razón enmudeces.

Asclepigenia—Yo no enmudezco ni con razón ni sin ella.

A fin de probaros que la razón no me falta, os contaré una parábola, si tenéis calma para oírla.

Creमतurgo—Cuenta.

Eumorfo—Te escucho.

Asclepigenia—(A Proclo, que ha estado y sigue silencioso desde que entró) Y tú, ¿qué dices?

Proclo—Nada. Te escucho también.

Asclepigenia—En el jardín de este palacio hay un rosal, que estaba casi seco y perdido por hallarse en terreno estéril.

—¿Qué necesita? me dije yo al contemplarle.—Mantillo, me respondí. Es menester que de las sustancias corrompidas que en el mantillo hay absorba el rosal la savia vivificante que ha de dar lozanía, gala y primor á sus hojas y á sus flores. Cubrí, pues, con mantillo las raíces y el pie del rosal, y el rosal ha reverdecido y florecido, como por encanto.—La verdura de sus hojas es brillante: sus rosas son divinas. Los pétalos de estas rosas tienen el color encendido del alba: el centro parece cáliz de oro: en el cáliz hay miel. ¿Qué sér delicado, elegante, ligero, bonito, en armonía con la rosa, podrá tocar sus pétalos sin marchitarlos, y libar la miel del cáliz con la correspondiente suavidad y finura?—Una aérea, pintada y alegre mariposa, pensé yo. Y apenas lo hube pensado y deseado, acudió la mariposa más gentil y juguetona que he visto en mi vida; y revoloteando en torno de la rosa, se posó en su seno, sin ladear apenas el flexible tallo, y libó la miel del cáliz de oro. Noté, sin embargo, que esto no bastaba. De la rosa se desprendía exquisita fragancia, que iba disipándose por el ambiente y que el céfiro esparcía en sus alas. En la rosa había asimismo belleza extraordinaria, reflejo de la idea; perfección de formas, que encierra puros pensamientos artísticos. Esto sólo puede comprenderlo la inteligencia. Sólo el espíritu puede gozar de todo esto. Es así que la mariposa no tiene inteligencia, ni espíritu, ni siquiera olfato: luego al rosal le faltaba lo mejor. Sus prendas de más valía quedaban sin fin y sin propósito. Entonces vi claro que, si el mantillo y la mariposa eran indispensables para el rosal, eran más indispensables aún mente elevada, espíritu y conciencia, que le comprendiesen y admirasen. Aplicad ahora la parábola y reconoceréis mi justificación. Yo soy el rosal; tú, Crematurgo, eres el mantillo; tú, Eumorfo, la mariposa; y Proclo es la nariz que aspira el aroma y la mente que estima la beldad y goza dignamente de ella. ¿Qué culpa adquiere el rosal de que nada sea completo en este bajo mundo? ¡Lástima es que no se logren mantillo, mariposa, narices y mente

en un ser solo! Como el rosal requería todo esto y no se hallaba reunido, he tenido que buscarlo por separado.

-JUAN VALERA.

Carta de don Luis á su tío.

(*Pepita Jiménez.*)

La monotonía de mi vida en este lugar empieza á fastidiarme bastante, y no porque la vida mía en otras partes haya sido más activa físicamente; antes al contrario, aquí me paseé mucho, á pie y á caballo, voy al campo, y por complacer á mi padre concurro á casinos y reuniones; en fin, vivo como fuera de mi centro y de mi modo de ser; pero mi vida intelectual es nula; no leo un libro, ni apenas me dejan un momento para pensar y meditar sosegadamente: y como el encanto de mi vida estribaba en estos pensamientos y meditaciones, me parece monótona la que hago ahora. Gracias á la paciencia que V. me ha recomendado para todas las ocasiones, puedo sufrirla.

Otra causa de que mi espíritu no esté completamente tranquilo es el anhelo, que cada día siento más vivo, de tomar el estado á que resueltamente me inclino desde hace años. Me parece que en estos momentos, cuando se halla tan cercana la realización del constante sueño de mi vida, es como una profanación distraer la mente hacia otros objetos. Tanto me atormenta esta idea, y tanto cavilo sobre ella, que mi admiración por la belleza de las cosas creadas; por el cielo, tan lleno de estrellas en estas serenas noches de primavera y en esta región de Andalucía; por estos alegres campos, cubiertos ahora

de verdes sembrados, y por estas frescas y amenas huertas con tan lindas y sombrías alamedas, con tantos mansos arroyos y acequias, con tanto lugar apartado y esquivo, con tanto pájaro que le da música y con tantas flores y hierbas olorosas; esta admiración y entusiasmo mío, repito, que en otro tiempo me parecían avenirse por completo con el sentimiento religioso que llenaba mi alma, excitándole y sublimándole en vez de debilitarle, hoy casi me parecen pecaminosa distracción é imperdonable olvido de lo eterno por lo temporal, de lo increado y suprasensible por lo sensible y creado. Aunque con poco aprovechamiento en la virtud; aunque nunca libre mi espíritu de los fantasmas de la imaginación; aunque no exento en mí el hombre interior de las impresiones exteriores y del fatigoso método discursivo; aunque incapaz de reconcentrarme, por un esfuerzo de amor, en el centro mismo de la simple inteligencia, en el ápice de la mente, para ver allí la verdad y la bondad, desnudas de imágenes y de formas, aseguro á V. que tengo miedo del modo de orar imaginario, propio de un hombre corporal y tan poco aprovechado como yo soy. La misma meditación racional me infunde recelo. No quisiera yo hacer discursos para conocer á Dios, ni traer razones de amor para amarle. Quisiera alzarme de un vuelo á la contemplación esencial é íntima. ¡Quién me diese alas como de paloma para volar al seno del que ama mi alma! Pero, ¿cuáles son, dónde están mis méritos? ¿Dónde las mortificaciones, la larga oración y el ayuno? ¿Qué he hecho yo, Dios mío, para que tú me favorezcas?

Harto sé que los impíos del día presente acusan, con falta completa de fundamento, á nuestra santa religión de mover las almas á aborrecer todas las cosas del mundo, á despreciar ó á desdeñar la naturaleza, tal vez á tenerla casi como si hubiera en ella algo de diabólico, encerrando todo su amor y todo su afecto en el que llaman monstruoso egoísmo del amor divino, porque creen que el alma se ama á sí propia

amando á Dios. Harto sé que no es así, que no es esta la verdadera doctrina; que el amor divino es la caridad, y que amar á Dios es amarlo todo, porque todo está en Dios, y Dios está en todo, por inefable y alta manera. Harto sé que no peço amando las cosas por el amor de Dios, lo cual es amarlas por ellas con rectitud; porque, ¿qué son ellas más que la manifestación, la obra, del amor de Dios? Y, sin embargo, no sé qué extraño temor, qué singular escrúpulo, qué apenas perceptible é indeterminado remordimiento me atormenta ahora, cuando tengo, como antes, como en otros días de mi juventud, como en la misma niñez, alguna efusión de ternura, algún raptó de entusiasmo, al penetrar en una enramada frondosa, al oír el canto del ruiseñor en el silencio de la noche, al escuchar el pío de las golondrinas, al sentir el arrullo enamorado de la tórtola, al ver las flores ó al mirar las estrellas. Se me figura á veces que hay en todo esto algo de delectación sensual, algo que me hace olvidar, por un momento al menos, más altas aspiraciones. No quiero yo que en mí el espíritu peque contra la carne; pero no quiero tampoco que la hermosura de la materia, que sus deleites, aun los más delicados, sutiles y aéreos, aun los que más bien por el espíritu que por el cuerpo se perciben, como el silbo delgado del aire fresco cargado de aromas campesinos, como el canto de las aves, como el majestuoso y reposado silencio de las horas nocturnas, en estos jardines y huertas, me distraigan de la contemplación de la superior hermosura, y entibien ni por un momento mi amor hacia quien ha creado esta armoniosa fábrica del mundo.

No se me oculta que todas estas cosas materiales son como las letras de un libro, son como los signos y caracteres donde el alma, atenta á su lectura, puede penetrar un hondo sentido y leer y descubrir la hermosura de Dios, que, si bien imperfectamente, está en ellas como trasunto, ó más bien como cifra, porque no la pintan, sino que la representan. En esta distinción me fundo á veces para dar fuerza á mis escrúpulos v

mortificarme. Porque yo me digo: si amo la hermosura de las cosas terrenales tales como ellas son, y si la amo con exceso, es idolatría; debo amarla como signo, como representación de una hermosura oculta y divina, que vale mil veces más, que es incomparablemente superior en todo.

JUAN VALERA.

Carta de don Luis á su tío.

(*Pepita Jiménez.*)

Sea como sea, anteaer tarde fuimos á la huerta de Pepita. Es hermoso sitio, de lo más ameno y pintoresco que puede imaginarse. El riachuelo que riega casi todas estas huertas, sangrado por mil acequias, pasa al lado de la que visitamos; se forma allí una presa, y cuando se suelta el agua sobrante del riego, cae en un hondo barranco, poblado en ambas márgenes de álamos blancos y negros, mimbrones, adelfas floridas y otros árboles frondosos. La cascada, de agua limpia y transparente, se derrama en el fondo, formando espuma, y luego sigue su curso tortuoso por un cauce que la naturaleza misma ha abierto, esmaltando sus orillas de mil hierbas y flores, y cubriéndolas ahora con multitud de violetas. Las laderas que hay á un extremo de la huerta están llenas de nogales, higueras, avellanos y otros árboles de fruta. Y en la parte llana hay cuadros de hortaliza, de fresas, de tomates, patatas, judías y pimientos, y su poco de jardín, con grande abundancia de flores, de las que por aquí más comúnmente se crían. Los rosales, sobre todo, abundan, y los hay de mil diferentes especies. La casilla del hortelano es más bonita y

limpia de lo que en esta tierra se suele ver, y al lado de la casilla hay otro pequeño edificio reservado para el dueño de la finca, y donde nos agasajó Pepita con una espléndida merienda, á la cual dió pretexto el comer las fresas, que era el principal objeto que allí nos llevaba. La cantidad de fresas fué asombrosa para lo temprano de la estación, y nos fueron servidas con leche de algunas cabras que Pepita también posee.

Asistimos á esta jira el médico, el escribano, mi tía doña Casilda, mi padre y yo; sin faltar el indispensable señor vicario, padre espiritual, y más que padre espiritual, admirador y encomiador perpetuo de Pepita.

Por un refinamiento algo sibarítico, no fué el hortelano, ni su mujer, ni el chiquillo del hortelano, ni ningún otro campesino quien nos sirvió la merienda, sino dos lindas muchachas, criadas y como confidentas de Pepita, vestidas á lo rústico, si bien con suma pulcritud y elegancia. Llevaban trajes de percal de vistosos colores, cortos y ceñidos al cuerpo, pañuelos de seda cubriendo las espaldas, y descubierta la cabeza, donde lucían abundantes y lustrosos cabellos negros, trenzados y atados luego formando un moño en figura de martillo, y por delante rizos sujetos con sendas horquillas, por acá llamados *caracoles*. Sobre el moño ó castaña ostentaba cada una de estas doncellas un ramo de frescas rosas.

Salva la superior riqueza de la tela y su color negro, no era más cortesano el traje de Pepita. Su vestido de merino tenía la misma forma que el de las criadas, y sin ser muy corto, no arrastraba ni recogía suciamente el polvo del camino. Un modesto pañolito de seda negra cubría también, al uso del lugar, su espalda y su pecho, y en la cabeza no ostentaba tocado, ni flor, ni joya, ni más adorno que el de sus propios cabellos rubios. En lo único que noté por parte de Pepita cierto esmero, en que se apartaba de los usos aldeanos, era en llevar guantes. Se conoce que cuida mucho sus manos y que tal vez pone alguna vanidad en tenerlas muy blancas y boni-

tas, con unas uñas lustrosas y sonrosadas; pero si tiene esta vanidad, es disculpable en la flaqueza humana, y al fin, si yo no estoy trascordado, creo que Santa Teresa tuvo la misma vanidad cuando era joven, lo cual no le impidió ser una santa tan grande.

En efecto, yo me explico, aunque no disculpo, esta pícara vanidad. ¡Es tan distinguido, tan aristocrático tener una linda mano! Hasta se me figura á veces que tiene algo de simbólico. La mano es el instrumento de nuestras obras, el signo de nuestra nobleza, el medio por donde la inteligencia reviste de forma sus pensamientos artísticos, y da sér á las creaciones de la voluntad, y ejerce el imperio que Dios concedió al hombre sobre todas las criaturas. Una mano ruda, nerviosa, fuerte, tal vez callosa, de un trabajador, de un obrero, demuestra noblemente ese imperio, pero en lo que tiene de más violento y mecánico. En cambio, las manos de esta Pepita, que parecen casi diáfanas como el alabastro, si bien con leves tintas rosadas, donde cree uno ver circular la sangre pura y sutil, que da á sus venas un ligero viso azul; estas manos, digo, de dedos afilados y de sin par corrección de dibujo, parecen el símbolo del imperio mágico, del dominio misterioso que tiene y ejerce el espíritu humano, sin fuerza material, sobre todas las cosas visibles que han sido inmediatamente creadas por Dios y que por medio del hombre Dios completa y mejora. Imposible parece que quien tiene manos como Pepita tenga pensamiento impuro, ni idea grosera, ni proyecto ruin que esté en discordancia con las limpias manos que debe ejecutarle.

JUAN VALERA.

Pepita Jiménez.

Poco hemos dicho hasta ahora de la figura de D. Luis. Sépase, pues, que era un buen mozo en toda la extensión de la palabra; alto, ligero, bien formado, cabello negro, ojos negros también y llenos de fuego y de dulzura. La color trigüeña, la dentadura blanca, los labios finos, aunque relevados, lo cual le daba un aspecto desdefioso, y algo de atrevido y varonil en todo el ademán, á pesar del recogimiento y de la mansedumbre clericales. Había, por último, en el porte y continente de D. Luis aquel indescriptible sello de distinción y de hidalguía que parece, aunque no lo sea siempre, privativa calidad y exclusivo privilegio de las familias aristocráticas.

Al ver á D. Luis, era menester confesar que Pepita Jiménez sabía de estética por instinto.

Corría, que no andaba, D. Luis por aquellas sendas, saltando arroyos y fijándose apenas en los objetos, casi como toro picado del tábano. Los rústicos con quienes se encontró, los hortelanos que le vieron pasar, tal vez le tuvieron por loco.

Cansado ya de caminar sin propósito, se sentó al pie de una cruz de piedra, junto á las ruinas de un antiguo convento de San Francisco de Paula, que dista más de tres kilómetros del lugar, y allí se hundió en nuevas meditaciones, pero tan confusas, que ni él mismo se daba cuenta de lo que pensaba.

El tañido de las campanas que, atravesando el aire, llegó á aquellas soledades, llamó á la oración á los fieles, y recordándoles la salutación del Ángel á la Sacratísima Virgen, hizo que don D. Luis volviera de su éxtasis y se hallase de nuevo en el mundo real.

El sol acababa de ocultarse detrás de los picos gigantescos de las sierras cercanas, haciendo que las pirámides, agujas y rotos obeliscos de la cumbre se destacasen sobre un fondo de

púrpura y topacio, que tal parecía el cielo, dorado por el sol poniente. Las sombras empezaban á extenderse sobre la vega, y en los montes opuestos á los montes por donde el sol se ocultaba, relucían las peñas más erguidas, como si fueran de oro ó de cristal hecho ascua.

Los vidrios de las ventanas y los blancos muros del remoto santuario de la Virgen, patrona del lugar, que está en lo más alto de un cerro, así como otro pequeño templo ó ermita que hay en otro cerro más cercano, que llaman el Calvario, resplandecían aún como dos faros salvadores, heridos por los postreros rayos oblicuos del sol moribundo.

Una poesía melancólica inspiraba á la naturaleza, y con la música callada que sólo el espíritu acierta á oír, se decía que todo entonaba un himno al Criador. El lento són de las campanas, amortiguado y semiperdido por la distancia, apenas turbaba el reposo de la tierra, y convidaba á la oración, sin distraer los sentidos con rumores. Don Luis se quitó su sombrero, se hincó de rodillas al pie de la cruz, cuyo pedestal le había servido de asiento, y rezó con profunda devoción el *Angelus Domini*.

Las sombras nocturnas fueron pronto ganando terreno; pero la noche, al desplegar su manto y cobijar con él aquellas regiones, se complace en adornarle de más luminosas estrellas y de una luna más clara. La bóveda azul no trocó en negro su color azulado: conservó su azul, aunque le hizo más oscuro. El aire era tan diáfano y tal sutil, que se veían millares y millares de estrellas fulgurando en el éter sin término. La luna plateaba las copas de los árboles y se reflejaba en la corriente de los arroyos, que parecían de un líquido luminoso y transparente, donde se formaban iris y cambiantes como en el ópalo. Entre la espesura de la arboleda cantaban los ruiseñores. Las hierbas y flores vertían más generoso perfume. Por las orillas de las acequias, entre la hierba menuda y las flores silvestres, relucían, como diamantes ó carbunclos, los gusanillos de luz en multitud innumerable. No hay por

allí luciérnagas aladas ni cocuyos; pero estos gusanillos de luz abundan y dan un resplandor bellissimo. Muchos árboles frutales, en flor todavía, muchas acacias y rosales sin cuento embalsamaban el ambiente, impregnándole de suave fragancia.

Don Luis se sintió dominado, seducido, vencido por aquella voluptuosa naturaleza, y dudó de sí. Era menester, no obstante, cumplir la palabra dada y acudir á la cita.

Aunque dando un largo rodeo, aunque recorriendo otras sendas, aunque vacilando á veces en irse á la fuente del río, donde al pie de la sierra brota de una peña viva todo el caudal cristalino que riega las huertas, y es sitio delicioso, don Luis, á paso lento y pausado, se dirigió hacia la población.

Conforme se iba acercando, se aumentaba el terror que le infundía lo que se determinaba á hacer. Penetraba por lo más sombrío de las enramadas, anhelando ver algún prodigio espantable, algún signo, algún aviso que le retrajese. Se acordaba á menudo del estudiante Lisardo, y ansiaba ver su propio entierro. Pero el cielo sonreía con sus mil luces y excitaba á amar; las estrellas se miraban con amor unas á otras; los ruiseñores cantaban enamorados; hasta los grillos agitaban amorosamente sus elictas sonoras, como trovadores el plectro cuando dan una serenata; la tierra toda parecía entregada al amor en aquella tranquila y hermosa noche. Nada de aviso; nada de signo; nada de pompa fúnebre; todo-vida, paz y deleite. ¿Dónde estaba el Ángel de la Guarda?

¿Había dejado á D. Luis como cosa perdida, ó, calculando que no corría peligro alguno, no se cuidaba de apartarle de su propósito? ¿Quién sabe? Tal vez de aquel peligro resultaría un triunfo. San Eduardo y la reina Edita se ofrecían de nuevo á la imaginación de D. Luis y corroboraban su voluntad.

Embelesado en estos discursos, retardaba don Luis su vuel-

ta, y aún se hallaba á alguna distancia del pueblo, cuando sonaron las diez, hora de la cita, en el reloj de la parroquia. Las diez campanadas fueron como diez golpes que le hirieron el corazón. Allí le dolieron materialmente, si bien con un dolor y con un sobresalto mixtos de traidora inquietud y de regalada dulzura..

Don Luis apresuró el paso á fin de no llegar muy tarde, y pronto se encontró en la población.

El lugar estaba animadísimo. Las mozas solteras venían á la fuente del éjido á lavarse la cara, para que fuese fiel el novio á la que le tenía, y para que á la que no le tenía le saltase novio. Mujeres y chiquillos, por acá y por allá, volvían de coger verbeña, ramos de romero ú otras plantas, para hacer sahumeros mágicos. Las guitarras sonaban por varias partes. Los coloquios de amor y las parejas dichosas y apasionadas se oían y se veían á cada momento. La noche y la mañanita de San Juan, aunque fiesta católica, conservan no sé qué resabios del paganismo y naturalismo antiguos. Tal vez sea por la coincidencia aproximada de esta fiesta con el solsticio de verano. Ello es que todo era profano, y no religioso. Todo era amor y galanteo. En nuestros viejos romances y leyendas siempre roba el moro á la linda infantina cristiana, y siempre el caballero cristiano logra su anhelo con la princesa mora, en la noche ó en la mañanita de San Juan, y en el pueblo se diría que conservaban la tradición de los viejos romances.

Las calles estaban llenas de gente. Todo el pueblo estaba en las calles, y además los forasteros. Hacían asimismo muy difícil el tránsito la multitud de mesillas de turrón, arropías y tostones, los puestos de fruta, las tiendas de muñecos y juguetes, y las buñolerías, donde gitanas jóvenes y viejas, ya freían la masa, infestando el aire con el olor del aceite, ya pesaban y servían los buñuelos, ya respondían con donaire á los piropos de los galanes que pasaban, ya decían la buena ventura.

Discurso de recepción en la Academia Española.

También proviene del modo vulgar de entender la poesía, y del empeño de merecer una grande popularidad, la teórica y la práctica de hacer útil la poesía, de ponerla al servicio de algo, de no comprender que, como cosa perfecta, tiene ella en sí misma su fin, y de transformarla de noble en plebeya, de señora en criada. Vamos, dicen algunos poetas, á ser útiles; vamos á enseñar moral, religión, política, filosofía y hasta economía á nuestros conciudadanos; pero, como un hombre puede ser razonable poeta sin saber nada de esto, ó sin saber más que lo que sabe el vulgo á quien se propone adoctrinar, acontece á menudo que personas con bellísimas disposiciones para la poesía, lastimosamente se pierden, viniendo á ser perversos autores de triviales y desmayadas homilías, ó á caer en un gongorismo vulgar y de todo punto insufrible. Mientras que si buscasen la hermosura, que es el fin del arte, la hallarían tal vez, y al llegar á realizarla, se encontrarían con la bondad y con la verdad que en ella hay, y se acercarían al punto en que la ciencia y la virtud coinciden con la poesía y son con ella una misma cosa. Por manera que, en cierto sentido, serían, á par que poetas, virtuosos sin saberlo, y sin quererlo sabios.

El último error de que voy á hablar, por ser el que los corona todos, y en el que todos se cifran, es el que me parece justo llamar error de anacronismo, el de aquellos que pretenden que nuestro siglo es prosaico, y buscan la poesía en los mal entendidos sentimientos de otras edades; el de aquellos que creen que cierta clase de la sociedad tiene el pensamiento de ahora, pero que el vulgo piensa aún como en el siglo XII ó como en el siglo XVI, y para entenderse con él, tratan de sentir y de pensar según imaginan que entonces se sentía y se pensaba. Nada más falso que este gé-

nero, nada más lleno de artificio, de afectación y de mentira; y sin embargo, es el que declaran algunos popular, castizo y espontáneo.

Es falso que nuestro siglo sea un siglo de prosa; más allá de todo lo descubierto y averiguado por la ciencia, halla la imaginación una inmensidad desconocida por donde explararse y volar; y sobre los intereses mundanos están siempre las pasiones nobles, las aspiraciones sublimes, y como digno objeto y término de ellas, una idea de lo infinito, un conocimiento de Dios, [más altos y más acabados que nunca. Así, pues, ni por los pensamientos, ni por los sentimientos, hay razón para suponer que terminó la época de la poesía, que la poesía es propia de los siglos bárbaros, y que en las edades científicas y cultas prevalece la prosa. La poesía tiene y tendrá siempre un altar en el corazón de los hombres, y los adelantos de la civilización y su marcha, cualquiera que sea el camino que tome, no llegarán á destruirle.

Si, por desgracia, predominase el escepticismo entre los hombres, si acabase toda fe, y si por medio de la ciencia llegasen á ser clasificadas prosaicamente las cosas todas, y á perder en apariencia su misterioso encanto, siempre quedaría dentro de esas mismas cosas una sustancia ignorada, llena de oscuridad y de milagros, de la que sólo percibiríamos algunos accidentes por medio de los sentidos, y de cuyo sér sabríamos sólo lo que de aquellas percepciones pudiera deducir é idear el entendimiento con arreglo á sus leyes: siempre quedaría, detrás de esas cosas, cuyo modo y cuya forma comprenderíamos, una esencia oculta, que habría de sér como el encubierto significado de un incomunicable hieroglífico; y siempre quedaría alrededor y en el fondo de esas mismas cosas, que serían limitadas y finitas por mucho que se sumasen ó se multiplicasen, un infinito inexplorado y desconocido que habría de compenetrarlas y de circunscribirlas, y por el cual la imaginación tendería su vuelo, poblándole de hermosos fantasmas. En cuanto á los sentimientos, aun

después de muertos todos los dioses, guardaría el alma humana dos que no pueden perecer en ella, *el de la libertad y el del amor*. Por fortuna, no sólo pensando católicamente y confiando en las promesas del mismo Dios, sino también pensando como filósofos, debemos tener por imposible que llegue esa edad descreída; porque la religión es esencial á la naturaleza humana, y no se puede borrar de ella. Por este lado, pues, no perecerá la poesía. Por el lado contrario, esto es, por un extremo de ciencia y de virtud que nos acercase inmediatamente á la belleza increada, sin necesidad de imágenes y de figuras, ojalá que la poesía llegase á su fin. ¿Á qué manos podría morir mejor que á las del legítimo misticismo, que traería á la tierra cierto perfume y sabor de la bienaventuranza celeste, y haría de cada sér humano un verdadero *gnóstico*, según los Padres griegos le han concebido? Pero mientras no llegue esa edad dichosa, y acaso no llegue hasta la consumación de los tiempos, la poesía será un medio de acercarse á lo eterno y á lo absoluto, por una de sus manifestaciones y por uno de sus resplandores, la hermosura: y el pueblo amará siempre la poesía, y la poesía será siempre popular, sin necesidad de bajarse ni de retroceder á los tiempos pasados, antes elevándose y encaminándose á lo porvenir con fatídica inspiración y no desmentido vaticinio....

He combatido en este discurso los dos errores más contrarios al deseo del profundo y elocuente escritor y del divino poeta, cuyas bellísimas palabras acabo de citar ahora: errores que se oponen ambos á que haya unidad y variedad á la vez: porque la variedad está en la forma ó en el lenguaje, cuya limpieza y hermosura debe preservar de toda mancha esta Real Academia, y no las preservaría si modificásemos el lenguaje según pretenden algunos; y porque la unidad está en el pensamiento, y desaparecería también, si nos aislásemos y apartásemos del trato intelectual con las otras naciones. La lengua, cuya custodia os está confiada,

es como una copa esplendente y rica; donde caben, sin agrandarla ni modificarla, todos los raudales del saber y de la fantasía, por briosos y crecidos que vengan, y donde toman, al entrar, su forma y sus colores; pero esta copa no debe separarse tampoco, por miedo de que se rompa ó quebrante, de esos vivos, inexhaustos, benéficos y salubres raudales, que brotan con abundancia perenne del espíritu del mundo. El licor contenido en ella, no sería entonces, como el vino generoso, que es tanto mejor cuanto más rancio; sino como las aguas estancadas, que se alteran y al fin se vician.

JUAN VALERA.

El fin de una raza.

(*Esbozos y rasguños.*)

Amaneció un día con el viento al Sur, casi en calma; el cielo sonrosado con algunas nubes aturbonadas; la bahía como un espejo; la mar como un lago; la temperatura á placer; el campo verde y fragante; las flores meciéndose sobre los tallos; los árboles entreabriendo sus hinchadas yemas y asomando por ellas las tiernas esmaltadas hojas, que se estremecían y se desplegaban al sentir por primera vez el calor de los rayos del sol vivificante; la sonora voz de las campanas de todos los templos, llenando de armonías el espacio; y el movimiento y la circulación, interrumpidos por la solemnidad de los días anteriores, restableciéndose bulliciosos en todas las arterias de la población.

—¡Hermoso día!—exclamaban las gentes de tierra enca-

minándose á continuar los suspendidos negocios, ó frotándose las manos á la puerta del almacén, ó contemplando la naturaleza desde las entreabiertas vidrieras del gabinete. Y el fervoroso cristiano que volvía del templo, lleno su corazón de místicos regocijos; y el célibe egotsta que, empuñado el *rotén*, se desprecizaba á la puerta de su casa, dispuesto á emprender el higiénico paseo extramuros; y el labrador afanoso que arreaba la yunta y dirigía el arado para abrir el primer surco en su heredad; y el bracero menesteroso.... cada cual, á su manera, saludaba con himnos del corazón aquel inolvidable *Sábado de Gloria* de 1878.

Así llegó el sol á la mitad de su carrera, y el afán de los hombres al descanso del mediodía. Entonces se alzaron súbitamente remolinos de polvo en las calles de la ciudad; azotó la cara de los transeuntes una ráfaga de viento húmedo y frío; oyóse el chasquido de algunas vidrieras sacudidas contra la pared; cubrió los cerros del Oeste un velo achubascado; nublóse repentinamente el sol; tomó la bahía un color verdoso con fajas blanquecinas y rizadas, y comenzó á estrellarse contra las fachadas trasetas de la población una lluvia gruesa y fría.

—Un *galernazo*—dijo la gente con mucho sosiego.—Después del Sur, era de esperar.

Y el que tenía qué, se puso á comer; y el que había comido ya, se tendió á dormir la siesta ó á chupar el clásico cigarro delante de una taza de café.

Según la gente de tierra, no había ocurrido hasta entonces cosa que no fuera en Santander muy natural y corriente; y en verdad que no era para dejar pálido á nadie la rotura de algunos vidrios, unos cuantos paraguas vueltos del revés, tal cual sombrero arrancado de su correspondiente cabeza, y alguna que otra falda encaramada más arriba de lo acostumbrado.

Y sin embargo, uno de aquellos instantes, pasados casi inadvertidamente para la gente de la ciudad, había producido,

á la vista de ella, comò quien dice, el desastre más espantoso que registran los cántabros anales.

Noticias de él fueron los alaridos que comenzaron á oírse luego por las calles, entre la gente marinera: madres clamando por sus hijos; esposas por sus maridos; hijos por sus padres; hermanas por sus hermanos. Aquello era una desolación, y sus clamores atravesaban el alma como un puñal. Corrían, los desventurados, pálidos los rostros y los ojos sin lágrimas, porque para los grandes dolores no existe el consuelo de ellas, buscando en los ojos de los demás una respuesta que nadie podía darles; lo que hacía el contristado espectador era agregarse á ellos y seguirlos, como si el mismo infortunio le empujara. El rumbo de tan tristes cortejos era el Muelle, donde había ya una muchedumbre con los ojos clavados en la boca del puerto. El temporal había cesado casi por completo en tierra, y de la mar sólo se veía una parte de su furia, estrellándose espumosa y rugiente sobre las tristes *Quebrantas*. Conocíase una parte del desastre: lo que de él habían presenciado los pescadores de tres lanchas, únicas que hasta aquella hora habían logrado volver al puerto. Citábanse nombres y se pintaban escenas de horror y de heroísmo. Las lanchas habían llegado medio anegadas; sus tripulantes, con la palidez de la muerte en el semblante, mudos y consternados, con las ropas ceñidas al cuerpo, empapadas en agua; muchos de ellos, con el hércúleo torso desnudo. No les aterraba la idea del peligro en que se habían hallado, pues de otros no menores habían salido con sereno espíritu, sino el cuadro de muerte y desolación que habían contemplado sus ojos entre la furia de la galerna.

Hablábase mucho en los apretados corrillos; oíanse los lamentos de los que ya nada esperaban y de los que temían, y no faltaba quien, para desvanecer tristes presentimientos, hiciera risueños calculos; pero siempre flotaba sobre el llanto y las conversaciones, como respuesta á una pregunta que no se cesaba de hacer, esta frase:

—¡*Todas* están allá!

¡*Todas!* Nunca esta palabra tuvo sonido tan triste y pavoroso. *Todas*; es decir, todas las lanchas *de altura* estaban en la mar, y sólo tres habían vuelto al puerto.

Corriendo aquellos minutos, que parecían siglos, vióse otra, y luego la quinta, rebosando el promontorio de San Martín. Cada una de ellas fué saludada por un rumor que no puede pintarse con palabras, ni con sonidos.

Cerca ya del anochecer, y después de dos horas de esperar en vano los que en el puerto lloraban, y cuando la vista más sutil no había podido distinguir desde los puntos más elevados de la costa ninguna lancha en la mar, y había tiempo sobrado para tener noticias de las que pudieran haberse refugiado en boquetes ó ensenadas, faltaban siete.

Preguntóse por ellas á todos los puertos y fondeaderos del litoral; pero aquellas preguntas se cruzaban en el camino con otras análogas que los preguntados hacían á Santander, y sólo sirvieron para dar á conocer en su horrible extensión el desastre de aquel día memorable. Desde Fuenterrabía á Cabo Mayor, había hundido el azote de la galerna en los abismos del mar, *trescientos ocho* hombres en brevísimos instantes. En este espantoso cúmulo de víctimas, tocábanle *sesenta* al gremio santanderino. ¡Jamás la muerte acechó á los hombres con mayor astucia, ni los hirió con más implacable saña!

JOSÉ MARÍA DE PEREDA.

La derrota.

(*El Sabor de la Tierra.*)

Aún no había cesado la sonata en el campanario, cuando se oyó otra más recia y atronadora en todas las callejas del lugar: mezcla de bramidos, esquilones, silbidos y jujeos. Na-

die había soltado aquella mañana sus ganados, en espera del acuerdo concéjil que las campanas publicaban ya con sus sonoras lenguas por todos los ámbitos de Cumbrales.

Desaparecieron como por encanto los portillos y seturas de las mieses; y cada una de las brechas resultantes fué vomitando en la vega el ganado á borbotones, en abigarrada y pintoresca mezcla de especies, sexos, edades y tamaños: la mansa oveja y el retozón becerro; la cabra arisca y el pe-rezoso buey; la dócil burra y la gentil novilla; la sosegada vaca, el inquieto potro de recría y el toro rozagante. Tras el ganado y por el lado de la Cajigona, que vuelve á ser nuestro observatorio, apareció la gente que lo había conducido, y mucha más que se le fué agregando; pero la parte juiciosa de ella no pasó de los bordes de la meseta. Los muchachos, armados de sendos palos terminados en gruesa y curva cachiporra, se lanzaron mies abajo, silbando al vacuno, apaleando á las burras, ladrando á las ovejas y espantando á los potros con gritos y aspavientos. Pero no era necesaria tan ruidosa excitación para que las inofensivas bestias dieran al traste con la formalidad; pues no bien sus pezuñas hollaron el blando suelo de la mies, toda la extensión de la vega les pareció poco para campo de su regocijo.

¡Válgame Dios, qué triscar el suyo y dar corcovos y sacudir el rabo! ¡Qué mugir los unos, y relinchar los otros, y balar aquestos, y rebuznar por allí, y bramár por el otro lado! ¡Qué embestir los chicos á los grandes, y hacerse éstos los temerosos y los débiles por chanza y pasatiempo! ¡Qué revolcarse los burros, y galopar los potros sin punto de sosiego, como si el lobo los persiguiera! ¡Qué derramarse por la cuesta abajo el compacto rebaño, y entrar en la cañada, largo, angosto y serpeante, verdadero río de lana tomando la forma de su lecho! ¡Qué gallardearse á lo mejor el becerrillo negro con humos de toro, junto á la apuesta novilla, y escarbar el suelo, y bajar la cabeza y mirar en derredor con fiera vista, y hacer la rosca con el rabo, sin qué ni para qué, puesto que

ningún rival le disputaba el campo! ¡Qué perder el tiempo en estos alardes que no eran agradecidos ni siquiera observados! Hasta el manso y trabajado buey olvidaba su esclava condición, sus años y sus fatigas, para tomar parte en el general holgorio con tal cual amago de corcovo mal hecho, y aun ciertos asomos de galanteo á la vaca de su vecino.

Á todo esto, ni pensar en pacer seria y formalmente. Se tiraba un bocado al fresco retoño de la hondonada, pasando de largo; y otro, más lejos, á la *Paulina* de la heredad; y luego otro, de refilón, al verde de una regatada; y así se andaba y se probaba todo sin fijarse en nada, creyendo acaso que lo desconocido era más sabroso que lo ya probado. Faltaba el tiempo para recorrer la blanda y fragante alfombra de la vega, y la loca y desacorde vocería y el sonar incesante de esquilas y cencerros, enardecía las bestias, y túvolas sin juicio ni sosiego cerca de una hora.

Calmados los ímpetus poco á poco, los sesudos bueyes humillaron la cabeza sobre el elegido terreno para pacer de veras y á qué quiere estómago; trocóse en manso lago, sobre este prado ó aquella heredad, cada rebaño que antes fué torrente de ovejas; enderezóse el burro, harto de revolcarse; y sin sacudirse la basura, ahogó los últimos suspiros, roncós y desconcertados, entre cogollos de helechos arrancados á la sombra de una mimbrera terminal; los potros, cesando de correr, cruzaron de dos en dos los enjutos cuellos, se expulgaron á dentelladas y por largo rato... y todo movimiento fué cesando en la vega, hasta que no se oyó en ella otro ruido que el sonoro y acompasado de las esquilas y los cencerillos de las bestias, que los movían al pacer blanda y sosegadamente.

JOSÉ MARÍA DE PEREDA.

Entreacto ruidoso.

(El Sabor de la Tierra.)

Los que madrugaron al otro día (y cuenta que en Cumbrales se levanta al alba la gente) vieron que, mientras el sol salía embozado en crespones de escarlata, sobre las lomas del Sur relucía, fulguraba el celaje, como si fuera lago de cristal fundido; lago con islotes de nácar y grumos de oro; á trechos, ondas purpúreas, blancas vedijas inalterables y *rabos de gallo*, más efímeros, sobrenadando; y por riberas y marco en toda la redondez de este espacio, moles de negras y plomizas nubes amontonadas. Entre una y otra mole, densas brumas cenicientas, valles fantásticos de aquellas raras montañas que se prolongaban, en contrapuestos sentidos, en forma de ásperas cordilleras. En lo más alto del cielo, tenues veladuras rotas; luego el éter purísimo hasta el horizonte del Norte, donde el celaje era cárdeno, mate y estirado, como una inmensa lámina de acero sin bruñir.

El aire era tibio y pesaba tanto sobre el ánimo como sobre el cuerpo; ni una hoja se movía en los árboles, ni una hierba en los campos; la vista y el oído adquirían un alcance prodigioso; las tintas de las montañas, más que calientes, parecían caldeadas; los contornos y relieves flotaban en un ambiente seco y carminoso que, acortando las distancias, engrandecía las moles; y el silbido del pastor y el sonar de las esquilas del ganado, llegaban claros y perceptibles al oído desde los cerros del Mediodía.

Cuando en la Montaña amanece entre estos fenómenos de la naturaleza, todo montañés sabe qué viento va á reinar aquel día; y entonces se llama al espacio brillante rodeado de nubarrones, *el agujero del ábrego*¹

¹ Los campesinos montañeses, los de la región central, por lo menos, llaman ábrego al viento del Sur.

Y por allí salió este caballero, en la ocasión de que se trata, dos horas después de amanecer.

Salió blando, sosegado y apacible, y como de recreo por el campo de sus hazañas, jugueteando con el humo de las chimeneas, las mustias y ya escasas hojas de los árboles, las hierbecillas solitarias de los muros y las sueltas y errabundas pajas de la vega... Lo que haría cualquier cefrillo de tres al cuarto. En Cumbrales no levantaba el polvo de las callejas, ni movía las puertas entornadas, ni siquiera los pliegues de un refajo, ni los picos de una muselina.

Así es que el señor cura tocó muy tranquilo á misa mayor, y luego las tres campanadas para los perezosos; y la iglesia se fué llenando de gente que nada temía y sólo se quejaba del «bichorno, poco al consonante de la bajura del mes que iba corriendo.»

Con esta tranquilidad en los espíritus, y sin alterarse la de la naturaleza, comenzó la misa, gorjeada y solemne.

Pero no había llegado el *Credo* á la mitad, cuando las chanzas comenzaron á enardecer á la fiera; y la tramó con las ramas tenaces, los matorrales espesos y las ventanas cerradas, que, si quiera, le ofrecían alguna resistencia. Mas si doblegaba las unas y bamboleaba los otros, las ventanas no cedían ni le franqueaban el paso.

Tanteóle por las buhardillas, donde las había; y se encontró con que las más de ellas tenían los postigos clavados desde que estaban allí; quiso también entrar en la iglesia, y hasta logró apagar los cirios de los primeros *tajos*; pero le cerraron la puerta apresuradamente. Con estas contrariedades se fué embraveciendo poco á poco, y tornó á las ventanas con propósito de desquiciarlas, metiéndose por las rendijas. Metióse, forcejeó y se hartó de dar bufidos de coraje; pero no logró su intento. En venganza, con las ramas de los frutales de los huertos azotó las viviendas de los dueños. Entonces conocieron éstos que la cosa iba de veras; y los que no lo habían hecho todavía, se trancaron por dentro á llave

y palanca. Esta actitud equivalía á un reto; y el enemigo, rugiendo amenazas, se retiró á sus antros; como para acabar de pertrecharse. La calma y el silencio volvieron á reinar en la naturaleza; pero por pocos momentos.*

Cuando reapareció el monstruo, temblaron hasta los más valientes. Sordos mugidos le precedían, y, á su paso, humillaban los árboles las erguidas copas; alzábase el polvo en remolinos; las puertas se estremecían en sus quiciales, y el día se quedó á media luz parda y traidora. Comenzó la batalla. ¡Qué estruendo!.. ¡qué empuje!.. ¡qué acometidas aquellas! Algunas chimeneas vacilaron, y más de un alero crujió, soltando la carcoma de la vejez al choque de la furia; las puertas más firmes lanzaban gritos de agonía; las podridas ramas de las vetustas higueras saltaban hechas pedazos; en los manzanos tremolaba el muérdago desarraigado, como triste gallardete con que demanda auxilio el desmantelado buque; lloraban escombros las humildes socarreñas sobre sus regazos de ortigas, y chasqueaban y se conmovían los empingorotados tejadillos de las altivas portaladas.

En medio de su ferocidad imponente, el viento tenía caprichos verdaderamente pueriles: recogía las hojas dispersas en solares y callejos, y las arrinconaba donde mejor le parecía, en un solo montón; encrespábale, revolvíale, alzábale del suelo, y en rápido y sonoro remolino subíale muy alto; allí le cernía, le ensanchaba, le encogía, le alargaba, dejábale descender nuevamente; y cuando le tenía en el suelo, dispersaba de un soplo todas las hojas, que desaparecían detrás de los vallados, en los fosos y entre los bardales; volvía á reunir las al instante sacándolas de sus escondrijos, y tornaba á amontonarlas y á cernérlas, á subirlas y á bajarlas, y á darles libertad otra vez, y otra vez á recogerlas. Con el polvo hacía diabluras: nubes espesas, diáfanas neblinas, mangas y espirales. Desconchaba los lomos de los muros revocados, y desnudaba á los viejos de sus vestiduras de yedra.

Tras estos juegos y aquellas violencias, que no eran más

que un tanteo de fuerzas y un ensayo de batalla, las tablas dejaron de estremecerse y las rendijas de silbar; callaron los gemidos de los árboles, y sólo se oyó un rumor, á modo de jadeo, hacia la vega, como si sobre ella y los montes vecinos se hubiera tendido el monstruo á descansar. De vez en cuando se agitaban un poco las ramas, y el polvo y las esparcidas hojas se revolvían en el suelo. Diríase entonces que tenían cara las viviendas y los muros, y los árboles, y que en ellas se pintaba el dolor de lo pasado y el espanto de lo que aún les esperaba. ¡Qué acongojado aspecto ofrecían aquellas casas con los ojos cerrados, y aquellos árboles contraídos y tiritando!

La tregua fué breve, y la embestida que le siguió, con el estruendo de cien batallas, espantosa.

En algunos embates parecía el viento macizo, y entonces resonaban sus golpes como cañonazos; y cada golpe de éstos producía un desastre; lo firme oscilaba; lo vacilante caía; las tejas se encrespaban, hervían en los tejados, como si diablillos danzaran debajo de ellas; y en la casa donde la puerta saltaba de sus pernos, barría el huracán muebles y basares; y al buscar salida por el cumbre, removía las tablas del desván y derrengaba los cabrios. ¡Con qué astucia rastreaba los suelos y husmeaba los hogares, buscando una chispa que llevarse al pajar para regalarse con el espectáculo de un incendio!

No había punto en el lugar donde la furia no metiera su cabeza, y con la cabeza las garras, y con las garras el azote. Por eso todo era estrago y fragor en torno suyo. Silbaba furioso en huecos y rendijas; bufaba en los arbustos; bramaba en los callejones, y en las arboledas rugía; y, en ocasiones, hasta las campanas lanzaban solas desacordes sonidos, con pavor de los fieles que se guarecían en la iglesia.

A lo lejos, un rumor incesante, como el del mar cercano en noche tormentosa; aquí, el crujir de la rama desgajada ó del tronco que se quiebra; allí, el estruendo de la pared que

se derrumba, ó el zumbido del bardal que se agita desesperado y extiende sus greñas espinosas, buscando de qué asirse para que no le arranquen de la tierra que le nutre; y como complemento del cuadro, una luz tétrica y sulfúrea iluminándole; la atmósfera, sofocante y enrarecida, sin sus alegres y naturales pobladores, ocultos á la sazón Dios sabe dónde, llena de objetos raros é inconexos: tallos de maíz, hojas maceradas, polvo, astillas..... y guijarros.

¡Imponentes espectáculos son éstos, y de los más grandiosos que ofrece la naturaleza en la Montaña! ¡Lástima que no puedan contemplarse *al aire libre*, sin grave riesgo de la vida! Bien sé yo quién tuvo la suya muy expuesta en un trance idéntico, por dejarse vencer de la curiosidad que le sacó de casa para admirar el cuadro sin estorbos.

JOSÉ MARÍA DE PEREDA.

Pedro Sánchez.

A un mozo de regular sentido le es fácil construir en su imaginación una ciudad, sin haber visto otra como ella; llenarla de tiendas aparatosas, de caballeros principales....y aun de lo que no existe sino en los cuentos maravillosos; cabe, en fin, hasta mejorar la realidad, y con frecuencia se observa éste fenómeno en las gentes sencillas que han soñado mucho y han visto poco. Pero es imposible adivinar hasta dónde puede elevarse, cuánto puede sentir el espíritu humano excitado por el concurso de agentes externos, de los cuales no se tiene la menor idea. Yo me vi en este caso entonces. No me maravilló el templo con sus tres naves góticas, su coro bajo frente al altar mayor, su suelo de mármoles y sus

capillas sombrías; pues si he de hablar con verdad, cosa más grande y más rica me había imaginado yo para una catedral de población tan renombrada é importante; pero comenzó la misa, y ya el ir y venir de los canónigos, arrastrando las negras colas; el solemne y ostentoso ceremonial del presbiterio; los preludios del órgano; las nubes y el olor de los incensarios agitados por los inquietos monaguillos vestidos de rojo y blanco, y la templada luz que se descomponía en todos los colores del prisma al atravesar los vidrios de las ojivas, imprimieron un nuevo rumbo á mis ideas, sacándolas de sus ordinarios y naturales cauces. Después, á medida que la misa adelantaba, crecía la fuerza de mi atención, porque nuevas ceremonias y no soñadas impresiones la sorprendían y la cautivaban, sin poder yo darme cuenta todavía de si aquel arrobamiento en que comenzaba á caer era solamente una inesperada excitación de mis sentimientos religiosos en ocasión y sitio tan señalados, ó si en él influyó también un exceso de curiosidad. Pero llegó un momento en que á las voces estentóreas de los sochantres, y á las atipladas de los niños de coro, y al sonar de las campanillas de los monagos, y al cántico trémulo é inseguro del oficiante, se unió el estruendo de toda la trompetería del órgano, formando el conjunto un verdadero torrente de armonías que se desbordaba de las naves del templo y parecía estrellarse en inmensas oleadas contra los fustes, y saltar en ecos resonantes desde los mármoles del pavimento hasta los rosetones de las bóvedas. Entonces sentí un extraño cosquilleo que se deslizaba por todas las fibras de mi cuerpo; perdí la noción racional de cuanto tenía delante y en derredor de mí; hundí la cabeza en el pecho; parecióme que los haces de columnas se alargaban y crecían hasta perderse de vista, diáfanos y aéreos, y que la tempestad de sonidos se extendía por todo el espacio hasta llenar los ámbitos del mundo, como la voz terrible de Jeováh. . . .; y *Le vi, sí, Le vi* flotando sobre nubes de incienso y de armonías, entre las abiertas bóvedas del templo, y *Le* sentí en mi corazón y en mi con-

ciencia, y crecieron en ella las más leves faltas hasta la magnitud de enormes culpas, al ardor de la fe que también crecía en mi pecho; humillé mi cabeza... (creo que toqué con la frente el duro mármol en que se hincaban mis rodillas); negé mi labio trémulo á pronunciar las plegarias que salían de mi corazón; brotaron muchas lágrimas de mis ojos; y al verme en presencia de Juez tan grande y majestuoso, avergonzóme la altura del suelo que me sostenía, y envidié la oscuridad y baja-jeza del mísero gusano que se arrastra bajo las costras de la tierra.

JOSÉ MARÍA DE PEREDA.

Bailén.

(*Episodios nacionales.*)

Haciendo alto á orillas del Guadalimar, parte del ejército se entretuvo en marchas incomprensibles, y empleado en esto más de un día, nos encontramos de nuevo sobre Menjíbar al anochecer del 18, punto al cual había llegado horas antes la división del marqués de Coupigny. Reunidos ambos ejércitos, no hubo allí más parada que la precisa para recoger las provisiones de que estábamos tan escasos, y, ya muy de noche, emprendimos el camino de Bailén. Éramos catorce mil hombres. Todo anunciaba que íbamos á tener un encuentro formal con el ejército francés.

Según nuestras noticias, Dupont continuaba en Andújar, reforzado por la división de Vedel. ¿Habían trabado acción con nuestro tercer cuerpo y el de reserva que, pasando el río por Marmalejo, estaban situados en la orilla derecha? Nosotros creíamos que sí, á menos que Castaños no aguardase para atacar enérgicamente; á que la segunda y primera división cayeran sobre la espalda del ejército de Dupont, bajando desde

Bailén. ¿Era este el objeto que nos guiaba en nuestra marcha? Parecíanos que sí.

Entre tanto, llegaba el momento del drama; lejos de nosotros y en los flancos del ejército imperial, mil dramáticas peripecias debían precipitar la catástrofe, irritando paulatinamente al enemigo. Los cuerpos francos y columnas de guerrilleros, mandadas por don Juan de la Cruz, el conde de Valdecañas y el clérigo Argote, se habían desparramado como enjambre mortífero por los pueblos y caseríos que dominaban el cuartel general francés, en las primeras estribaciones de la sierra al norte de Andújar. De tal modo perseguían aquellos ardorosos paisanos á los franceses, y con tanta rapidez se dispersaban para evitar ser atacados, que á los invasores les era de todo punto imposible estar tranquilos un solo momento. El poderoso gigante sacudía de una manotada aquellos moscones venenosos; pero estos volvían á zumbar en derredor suyo, le molestaban con sus terribles picaduras y hufan incólumes sin temer la espada ni el cañón, pues estas armas no se han hecho para mosquitos.

No podían apartarse los franceses de su cuartel general como no fuera en grandes destacamentos: frecuentemente iban mil hombres á llenar en la fuente próxima unas cuantas alcazras de agua. Si por acaso salían á merodear pelotones de poca fuerza, eran despachados por los guerrilleros en menos que se reza un credo. Antes de consentir que se apoderaran de una panera, la quemaban; las fuentes eran enturbiadas con lodo y estiércol, para que no pudiesen beber; los molinos desmontados y enterradas sus piedras para que no molieran un solo grano. ¡Ay de aquel francés que se rezagaba en las marchas de su destacamento! ¡Sentíase de improviso asido por mil coléricas manos; sentíase arrastrado por las mujeres, pellizcado por los chicos y acuchillado por los hombres, hasta que su existencia se apagaba con horrible choque en la fría profundidad de un pozo! El invasor no encontraba asilo en ninguna parte, y forzosamente encerrado en los límites del

cuartel general, veía conjurados contra sí hombres y naturaleza. Por esto, rabioso y desesperado, anhelaba batirse en función campal, seguro de su destreza y costumbre de guerrear; y lamentando la estupefacción del general en jefe, exclamaba: «Demos una batalla, y aunque muera la mitad del ejército, la otra mitad conquistará un charco en que beber y un puñado de trigo seco que llevar á la boca.»

Habían dejado los franceses en Montoro un destacamento de setenta hombres, para custodiar un molino donde fabricaban con dificultad málsima harina. El alcalde de aquella villa, donde no había quedado ni una sola arma de fuego, se atreve, sin embargo, á dar cuenta de los setenta franceses, para lo cual era preciso despachar primero á los veinticinco que á todas horas estaban de guardia en el puente. Reune, pues, algunos paisanos decididos, y, usando el arma blanca, ataca con furia á la guardia; los veinticinco son exterminados; apodérase de sus fusiles; la valiente cuadrilla sorprende el resto del destacamento en la casa donde se albergaba, hace prisioneros á soldados y jefes y los manda á la isla de León. El parte en que se notificó este suceso á la Junta Suprema, decía que todo se hizo con las *varas de los harrieros* (conservo la ortografía del original); pero esta ha de ser una hipérbole andaluza.

Sintiéndose llamado á más grandes acciones don José de la Torre, que así se nombraba aquel alcaldito, sale al encuentro de un convoy que venía de Córdoba, y de los cincuenta y nueve franceses que lo custodiaban, cincuenta quedan tendidos en el camino, y los nueve restantes corren á contar á Dupont lo que ha pasado. Entonces Dupont envía mil hombres á Montoro con encargo de que incendien el pueblo y lleven vivo ó muerto al alcalde. Arde Montoro, y la Torre, conducido vivo, va á ser pasado por las armas; pero un general francés á quien poco antes había dado hospitalidad, intercede por él; es puesto en libertad: y aquel *petit caporal* de las guerrillas, marcha á Sevilla á recibir de la junta los galones de capitán de ejército.

Pues bien, lo que pasaba en Montoro, ocurría en todos los pueblos de la carretera de Andalucía, desde Córdoba hasta Santa Elena. El gigante que incendiaba lugares y destrozaba ejércitos, no podía dar un paso sin encontrar un avispero, y frenético con aquel zumbido, envenenado por los aguijones, maldecía la hora de la invasión. El águila, devorada por los insectos, graznaba á orillas del Guadalquivir, con hambre y calentura, afilando sus garras en el tronco de los olivos, con el ansia de que llegara pronto la ocasión de destrozarse alguna cosa.

BENITO PÉREZ GALDÓS.

Naufragio del "Plantagenet".

(Gloria.)

Después que Su Ilustrísima, bajando de paseo á la playa, dijo aquellas palabras: «¡pobres marineros, pobres navegantes!», siguieron andando á toda prisa para guarecerse en la casilla del resguardo. Todos deploraban el chasco, y aunque D. Ángel reía para animar á los demás, antes se oían quejas que felicitaciones en el grupo. El grave Dr. López Sedeño tuvo la mala suerte de meter el pie derecho en el barro hasta la pantorrilla, con lo que todos recibieron gran disgusto. Por fin llegaron á la casilla del resguardo, que fué como tocar la tierra después de un viaje largo por entre escollos y tempestades.

—Es cosa de cantar un *Te-Deum*,—dijo Romero, sacudiéndose la ropa.

Don Ángel, tomando asiento en un barril vacío que le presentaron con tal objeto, repitió:

—¡Pobres marineros!

En el mismo instante oyóse un cañonazo. Era un buque que pedía auxilio. Miraron todos, y entre la bruma del mar vieron un fantasma que elevaba sus brazos al cielo con desesperación, vomitando humo.

—¡Un vapor, un vapor!—gritaron todos.

Sobre el pequeño muelle reuniéronse al punto muchos marineros y pescadores.

—¡Se estrella contra «Los Camellos»!

A la izquierda de la boca de la ría había una serie de rocas que se mostraban completamente en marea baja, y en la pleamar eran indicadas por movibles espumarajos del agua. Uno de los peñascos tenía forma parecida á un camello, y y de aquí vino el nombre de *Los Camellos* dado á todo el arrecife.

—¡Jesucristo les ampare! ¡Pobres marineros!—exclamó el obispo, asomándose también á la puerta.—¿Conocen ustedes ese barco?

—Es inglés,—indicó un marinero.

—Ya, es el *Plantagenet*,—dijo un forastero que á la sazón se encontraba allí.—He visto este vapor la semana pasada, atracado en los muelles de Macozanedo, descargando géneros ingleses.

—¿Y se perderá, se perderá?—preguntaron con ansiedad D. Juan, D. Angel y los demás de la partida.

—Debe de haber perdido el timón, y no puede gobernar,—dijo un robusto y hermoso marinero, que vestía grueso camión de lana, pantalones recogidos, dejando ver toda la pierna desnuda, y cubría su varonil cabeza de Neptuno con un *sueste* de hule que por todos sus bordes despedía el agua.

—¡Pero se va á ahogar esa pobre gente!—exclamó con terror el Sr. de Lantigua.—Germán, Germán, es preciso hacer un esfuerzo.

—Es ir á buscar la muerte, señor,—repuso Germán llevando la mano á la delantera del *sueste*.

El *Plantagenet*, mientras de este modo se discutía sobre su suerte, se acercaba más á *Los Camellos*.

Arrojaba el vapor silbando con verdadera rabia, como lanza su grito el animal herido que presiente la muerte. Era un buque pesado y sin elegancia. Como nave de carga, su casco parecía un almacén negro, y su arboladura, sin garbo ni esbeltez, consistía en tres palos con escaso cordaje. Tenía dos vergas en el palo de trinquete, y en el de mesana, que era pequeñísimo, flotaba un jirón rojo, ennegrecido por el humo, en cuyas aspas podían reconocerse las insignias de la Gran Bretaña. La proa de puntal se alzaba desmesuradamente, mostrando hasta el último número de las medidas de flotación y las planchas rojas de hierro mal pintado. Daba grandes tumbos á babor y estribor, mostrando, ora la horrible panza, ora la cubierta en desorden, negra y húmeda, las escotillas, el cajón de la máquina, el puente y la chimenea negra con dos anillos blancos y una T, emblema de la casa *Taylor and Co.*, de Swansea, poseedora de treinta y dos buques de carga y pasaje.

El pobre buque inspiraba esa compasión hondamente patética que acompaña al espectáculo de los grandes peligros. Se le veía forcejear con las olas, tratando de gobernarse con la hélice para huir de los escollos, y su figura tomaba la especial fisonomía que adquiere todo lo que interesa, personificándose á los ojos de los que están en salvo. No era un buque, sino un hombre, un pobre náufrago, que luchaba con la resaca; se le veía romper las olas con la dura cabeza, y sacarla fuera para respirar por las dos grandes portas de las anclas, abiertas á manera de narices. La hélice trabajaba con frenesí, tornillando el agua y sacando hirvientes virutas de espuma. Tragaba el casco inmensos sorbos de agua, y al tumbarse los arrojaba en catarata por los portalones, sin cesar de dirigir al cielo su espantosa imprecación en forma de humo denso y de rugiente vapor blanco y rabioso como el chorro de la ballena herida.

—A los condenados ingleses,—dijo Germán,—les pasa esto por borrachos.

—Sabe Dios los cuartillos de aguardiente que tendrá á estas horas en el buche el capitán.

—No digáis desatinos, hijos míos,—manifestó con angustia el señor obispo,—y ved si podéis salvar á esos desgraciados.

Germán puso un gesto que daba miedo.

—Ese buque venía á nuestro puerto,—dijo el prelado, buscando todos los medios para interesar á los rudos marineros ficobrigenses,—con el fin de traernos riquezas, mercancías, dinero, trabajo.

—Perdone Su Ilustrísima,—gruñó uno de los presentes.—El *Plantagenet* no puede entrar en esta ría. No es sino que pasaba para Inglaterra, se sintió con averías y quiso guarecerse en el abra de Ficóbriga, aguantándose á máquina. Pero se le rompió el timón, y ya ve Su Ilustrísima.... Dentro de dos horas no quedará nada.

—Sí, ya veo que el buque no puede salvarse; pero la tripulación, la tripulación....

En aquel momento el pobre *Plantagenet* volvió la proa al Noroeste, y hundió toda la popa en el agua. Había caído en la trampa. Los agudos escollos, como tenazas de hierro, trincaron la quilla de popa y la hélice: la presa no debía ser soltada ya. Alzaba el buque moribundo la proa, dejando en descubierto todo el codaste y á ratos parte de la quilla. Ya no se movió más sino con movimientos pequeños; y en su convulsión postrera, temblaban las rotas jarcias; y el mastelero de trinquete, con la doble cruz formada por las vergas, se doblaba como un báculo roto. Entonces las olas avanzaron triunfantes sobre el cadáver de la nave, que ya era un cuerpo inmóvil, y se posesionaron de él ebrias de feroz gozo. Una entraba frenética y se metía hasta las bodegas; otra pasaba por encima de la cubierta, robando cuanto hallaba al paso; una subía, salpicando, por las escalas de las jarcias hasta tocar las cofas; otra se estrellaba sobre la convexa armadura negra; y

otra, la más fatua de todas, daba un salto hasta la chimenea y entraba por la boca de ella para inundar las máquinas.

BENITO PÉREZ GALDÓS.

El idilio de un enfermo.

Todavía no se ha levantado la neblina que todas las tardes descende sobre el río. Las praderas que lo guarnecen están matizadas de blanco por la éscarcha. Las cimas de las altas montañas se ofrecen á lo lejos teñidas de un fuerte color de naranja. Los bosques de castaños esparcidos por las faldas de las colinas, guardan aún todas las sombras, todos los misterios de la noche. Debajo de estos bosques duerme segura la aldea, cuyas casas blancas déjanse ver apenas entre el follaje. En los ángulos y rincones del valle la escarcha es tan fuerte, que parece un manto de nieve. El cielo está diáfano, de un azul pálido, tirando á verde en el Levante, oscuro hacia el poniente. Algunas nubecillas leves y blancas como copos de vellón, flotan, no obstante, por la atmósfera; los rayos del sol las tiñen á veces de color de rosa; resbalan lentamente por el cristal del firmamento; en ocasiones descansan breves momentos sobre la cima de los peñascos más altos, como si viñiesen adrede á proteger los secretos amores de los genios de la montaña. Por todos lados es necesario levantar mucho la vista para ver el cielo.

Estoy metido en una jaula,—pensó Andrés— en una jaula deliciosa, y sin embargo, hace tiempo que no he respirado tan bien: parece que se me ensancha el pecho y me entra con el aire nueva vida.

Después se rió de sus ilusiones, achacándolas á las ideas tan

favorables al campo que le había inculcado el doctor Ibarra. Así que hubo tomado el desayuno, en compañía de su tío, se echó fuera de casa, para comenzar á poner por obra lo que le habían recetado.

Delante de la rectoral estaba el camino, que hacia la derecha y bajando, conducía al pueblo, y por la izquierda y subiendo, llevaba á Lada; el mismo que él había traído. Detrás había una huertecita en declive, con hortalizas y algunos frutales, y después de la huerta un bosque, también en declive, perteneciente á los mansos de la parroquia, y denominado la Mata. No era una mata en la acepción verdadera de la palabra, sino un bosquecillo formado de árboles de distintas clases, plantado por el antecesor del actual párroco, y que no contarían de existencia más de cuarenta años. Debido á lo cual, los que crecen lentamente, como el roble, el nogal, el haya, etc., no tenían aún la corpulencia que habían de alcanzar con el tiempo: en cambio otros se presentaban en la plenitud de su desarrollo. Víanse soberbios plátanos de espléndido ramaje con sus anchas hojas erizadas de picos; magníficos olmos de oscura copa tallada en punta, como las agujas de las catedrales, y formada de espesísimas y menudas hojas; grandes y robustos castaños de aspecto patriarcal y bonachón, exuberantes de salud y frescura; al lado de éstos ostentaban los abedules sus blancos y delicados troncos: había también acacias silvestres, sosteniendo con delgados y endebles pilares una inmensa bóveda de hojas; numerosos fresnos de elegante y correcta figura, representando en su copa bien cortada la pulcritud clásica; espineras silvestres, tejos, álamos, moreras, y otras varias clases de árboles, todos fraternizando en el pedazo de tierra parroquial que las aficiones agrestes del cura anterior les había asignado.

Andrés sintió un deseo irresistible de ensotarse en aquella espesura; á pesar del vago terror á lo desconocido que un bosque inspira siempre, sobre todo cuando no se han visto más que los del Retiro de Madrid, y del miedo razonable á

los bichos que allí suelen tener guardada, penetró en él resueltamente.

Nunca había visto vegetación tan poderosa, entregada por entero á sí misma, libre para engrandecerse y ostentar caprichos extraños y monstruosos. El buen cura había arrojado un puñado de gérmenes en aquel pañuelo de tierra: la naturaleza había respondido al llamamiento con una sacudida formidable de sus fuerzas interiores, levantando sobre la alfombra de césped un inmenso templo de cúpulas movibles, una catedral de verdura, cuyos fustes de todos colores y tamaños se alineaban en serie indefinida hasta perderse de vista. Y de sus bóvedas altas y tupidas, rasgadas á veces, por un singular capricho, para que se viese el cielo, bajaba más grata frescura, un silencio más religioso que de las naves de piedra de nuestras iglesias góticas. La luz, entrando con esfuerzo al través de aquella múltiple celosía, caía sobre el césped discreta, misteriosa, llena de exquisita dulzura, convidando á las emociones profundas y suaves.

Andrés experimentó una turbación deliciosa al poner la planta en aquel recinto. El olor acre y penetrante de la selva, cargado de emanaciones balsámicas, producto del sudor de los árboles y la tierra, le embriagó dulcemente. La infinita diversidad de luces y sombras que bailaban sin cesar; el contraste de los varios matices del verde, desde el negro profundo hasta el dorado, le ofuscaron. Se sentó, mejor dicho, se dejó caer sobre el césped, y acometido á la vez por la admiración, el temor, el bienestar y la sorpresa, giró la vista en torno, contemplando el templo sublime de la naturaleza. No osaba mover un dedo siquiera, por no turbar la majestad silenciosa y la paz de sus naves. Olvidóse en un punto de toda su vida, de sus placeres como de sus dolores: creyó nacer de nuevo en otras regiones más altas, más puras, más felices. Aquellos árboles, llenos de vigor, henchidos de salud y de fuerza, le seducían; su inmovilidad augusta, el recogimiento de sus copas, le causaban una sensación melancólica; la fortale-

za de sus enormes brazos, que extendían por el espacio, firmes y poderosos, repletos de savia, le infundían respeto y envidia. El bosque todo se ofrecía con vida desordenada y exuberante, con el brío y la soberbia de la juventud: ningún árbol carcomido, ninguna planta marchita; todo viril, todo sano, todo fuerte. Jamás la flaca naturaleza de nuestro joven se sintió tan humillada. Junto á aquellos atletas crasos y plétóricos, que ostentaban su musculatura sosteniendo sin esfuerzo la enorme masa de sus copas, sintióse tan pobre, tan pequeño, que se asombraba de vivir.

Mas esta humillación, lejos de causarle pena, parecía regenerarle. Una alegría extraña penetraba en su corazón y se esparcía por todo su sér, inundándole de tal suerte, que le causaba congojas; era una alegría que le apretaba la garganta y le refrescaba la sangre. Nunca experimentara sensación de placer tan puro ni un sentimiento tan profundo de la belleza. Por primera vez ¡él, que había escrito tantos millares de versos! vió cara á cara á la poesía; el corazón se lo dijo claramente. Era la poesía genuina, esplendorosa y diáfana, sin estrofas ni consonantes, ni mucho menos ripios, que nace de la comunicación de un alma sensible con la naturaleza. Era la poesía que en aquel momento expresaba un mirlo, que vino á posarse cerca, con sus notas puras y cristalinas. El bosque se estremeció de dicha al escuchar aquel grito aflautado, aquel canto tierno y melodioso que recogía la frescura, las armonías, los misteriosos hechizos del bosque, para dirigirlos al Hacedor como un himno matinal de gracias. Andrés también sufrió una sacudida; la emoción, que le había ido embargando poco á poco, se desbordó en lágrimas por sus ojos. Lo que sentía era tan nuevo, tan dulce, que llegaba á hacerle daño. El llanto le refrescó....

Solía por las tardes ir á dormir la siesta á la Mata, debajo de una gran acacia, y se placía en extremo en escuchar horas enteras los gorjeos de los pájaros, los rumores de los árboles, el canto de los insectos. Tendido boca arriba en el césped,

contemplaba sin pestañear el firmamento, sumergiéndose en su mirada en sus profundos senos azules, pensando algunas veces descubrir detrás de ellos algún inefable misterio. Aquella posición le mareaba al cabo de un rato. Entonces solía ver el cielo como inmenso mar de cuyas aguas salían, formando bosque de algas, las copas de los árboles: los pájaros eran las naves que lo surcaban. Cuando el viento azotaba las hojas y removía la tenue gasa azul que las envolvía, corría gozo extraño por todo su cuerpo; acometíanle vivos deseos de volar por aquellas diáfanas regiones; imaginábase en medio de ellas solo, perdido, árbitro de surcar la inmensidad en todas direcciones; sentíase envuelto y acariciado por las olas sutiles del éter; la vista entonces se le ofuscaba, y el vértigo se apoderaba de su cabeza; quedaba algunos instantes con los ojos abiertos sin ver, con el pensamiento despierto sin pensar: era, no obstante, un mareo tan delicioso, un bienestar tan grande, que hubiera querido que durase eternamente.

ARMANDO PALACIO VALDÉS.

La Crítica y los Críticos.

A Jerónimo.

Querido Jerónimo: Si resucitara Molière en estos tiempos de análisis, que dicen los filósofos cursis, no necesitaría consultar con su criada el mérito de sus obras, como es fama que hacía muchas veces, ni siquiera recurrir al criterio infantil de los hijos de los cómicos, sus compañeros, según Voltaire nos dice; pues más de una criada respondona había de darle su opinión, sin que él la consultase, y multitud

muchachos, encaramados en las columnas de cualquier revista, le ajustarían las cuentas, sin menester de que el gran Poquelin se acordase de ellos. Los Molière del día, si alguno hay, que lo dudo, encuentran donde quiera, sin buscarla, á la ignorancia, que pronuncia su veredicto sobre cuanto hay divino y humano, y se queda tan fresca.

Si lo que vale es el juicio de los que no saben una palabra, hoy la crítica ha llegado á un florecimiento asombroso. ¿Qué es, en rigor, lo que hace falta para escribir *juicios críticos*, como dicen los aficionados? En rigor, no hace falta más que mimbres y tiempo. Pluma y papel y un periódico que se preste á publicar cualquier cosa; esto es lo indispensable, y esto donde quiera abunda. Hoy, en general, los diarios, revistas, etcetera, prefieren los trabajos que no se pagan; éstos son para ellos los mejores. Ahora bien, el genio—es cosa averiguada,—vive con muy poco, se mantiene de gloria y no cobra los artículos.

De ahí la facilidad de llegar á las letras de molde.

En cuanto á la ciencia, que antiguamente se decía ser necesaria, hoy no hace falta; es más, estorba, y ni los estudios clásicos, ni la estética, ni la retórica, ni siquiera la gramática son para el crítico más que trabas que dificultan el libre vuelo de su. ∴ vamos, de su poca vergüenza.

Hemos abolido la retórica: bajo pretexto de que había demasiadas figuras, nos hemos quedado sin ninguna; pues si Canalejas consiente que haya cuatro, y Campoamor una, los avanzados van más lejos y las suprimen todas.

Ya no hay clases, ya no hay figuras.

De la gramática, no se diga: por galicismo más ó menos no hemos de reñir, y sobre que la Academia no tiene derecho para imponer sus leyes, cada cual sabe donde le aprieta el régimen, y sólo un dómine pedantón puede tomar á mal que se conjuguen los verbos irregulares como los niños los conjugan, porque eso constituye un lunar que tiene gracia.

Si Blasco dice asola ¹ en vez de asuela (que sí lo dice), tanto mejor; eso es graciosísimo, «asola» ¡ja, ja, ja! ¿no te ríes? ¡Chiquirritín de su papá! A Bremón y á mí nos da ganas de comérselo.

La estética ya no es cosa tan baladí; pero no hace falta estudiarla; todos tienen su estética en su armario, y con saber cinco ó seis terminachos de filosofía de esos que andan por los periódicos y por los discursos, no falta nada, como no sea barajarlos sin ton ni són y salga lo que saliere.

Por lo que toca á estudios de erudición clásica, Dios nos libre de ellos, porque, si sabemos de esas cosas, se nos llamará neos, oscurantistas y se dirá que tenemos mucha memoria pero poco talento, y que no sabemos sintetizar, y que somos amigos del pormenor insignificante, de puro poco filósofos que somos. Algo se necesita saber de literaturas antiguas y modernas; pero todo ello cabe en una hoja de papel, y querer más es degenerar en pedante, ratón de bibliotecas, etc. etc. Oye Jerónimo, lo que has menester en punto á erudición, si quieres ser crítico, que si querrás, pues serías el primero que no lo fuese.

Respecto del Oriente, no te costará trabajo retener en la memoria, que hay por allá un país que se llama China, del cual no se sabe cosa cierta, sino que sus habitantes se dejan engañar con mucha facilidad, de donde les viene el nombre de chinos.

Sobre la India bástete saber que de allá son los parias, y que hay allí una literatura que arde en un candil, aunque tú no sepas cosa de provecho de tal literatura. En general, dirás del Oriente que aquella civilización representa el momento de la unidad indivisa, sin variedad. En cambio, Grecia es el país de la variedad, es la tierra del arte: ¡ah, los griegos! El Partenón, Eleusis... ¡figúrate tú! ¡Grecia!... el arte... en fin, eso, que es la tierra de la variedad.

¹ Voraz incendio el monasterio asola. Esto dice Blasco.

Roma, ya se sabe, representa el derecho, la política, y en literatura es la imitación (por eso no hace falta saber latín). La Edad Media es la desintegración; luego viene el Renacimiento que es la reintegración, y luego la revolución, que es... en fin, ¿quien no sabe lo que es la revolución? Con estas grandes síntesis históricas estás al cabo de la calle.

En punto al juicio que has de formar de los autores, procura que sea, más bien que justo, inaudito por lo extraño; descubre tú, antes que otro lo haga, que Dante era un pobre diablo; que Milton no pasaba de ser un fanático vulgar; y pruébalo, no con el estudio de sus poemas, que no debes haber leído, ni ganas, sino por lo objetivo y lo subjetivo, que son los términos técnicos de esta esgrima de vocablos que se llama la crítica entre nosotros, y que no valen más que las razones geométricas del espadachín de Quevedo.

Desde que hemos dado al traste con Aristóteles, Horacio y Quintiliano, esto de ser crítico es como coser y cantar. De mí puedo decirte que soy ya tan crítico como el que más, y así me lo llaman muchos amigos complacientes; de modo que dentro de poco voy á creerlo yo mismo. Conozco capitanes de reemplazo, fabricantes de papel y corredores de número, que por pasatiempo, por broma, se han metido á criticar y critican tan bonicamente, como si en su vida hubieran hecho otra cosa.

El caso es querer: con un poco de mala voluntad que le tengas al autor de cualquier drama, novela ó lo que sea, y mala voluntad nunca falta, no tienes más que dejar correr la pluma.

Criticar es murmurar, cortarle un sayo al lucero del alba, y eso no se necesita aprenderlo. Si esto no es verdad, por lo menos así lo entiende el público; si quieres que te consideren como crítico de pelo en pecho, da de firme. El mayor elogio que saben hacer de tus críticas los más apasionados amigos es este:—¡Qué palo le ha dado V. á Fulano! —¿Cómo palo? dirás tú, si no entiendes de esto, y te parecerá

una ofensa; pero si sabes de metáforas, te darás por muy satisfecho, y en adelante pegarás palo de ciego, y verás cómo recibes libros de muchos autores que en la dedicatoria te llamarán eminente, ilustre, y cosas así, cuando propiamente debieran llamarte Machuca, Quebranta-huesos, Sansón, Hércules ó Maza de Fraga.

Entre los envidiosos tendrás los más decididos y entusiasmados partidarios, aunque la envidia sea para ti pecado feo, del que jamás te hayas contaminado; pero Dios te libre de desdenar los elogios de la envidia: por más que te repugne vivir entre los de esa ralea, no niegues tu mano ni tus sonrisas en el compadrazgo de las letras á los que te quieren porque *pegas* á sus enemigos; ¡ay de ti, si los envidiosos sospechan que no eres de los suyos!

Podrá suceder que hables mal de las obras literarias porque te parezcan malas; acaso te gúste el puro interés del arte; pero la satisfacción de la conciencia que esto te reporte, guárdala para ti, y aunque no seas malicioso ni pendenciero, no lo niegues cuando te lo llamen: ¡pobre crítico, si te tienen por candoroso y por inocente! Si has de vivir en el mundo, tienes que vivir entre gente de mala voluntad, y harto harás con no llegar tú á ser uno de tantos.

Ya ves que, con entender la aguja de marear un poco, puedes llegar á crítico de los de ahora.

LEOPOLDO ALAS.

San Francisco de Asís.

A tantas pruebas y calamidades como ejercitaron la paciencia del mundo cristiano en la primera mitad de la Edad Media, hay que añadir la más profunda quizá: la alarma trá

gica del milenario. Pensaron las gentes ver expresamente consignado en el Evangelio que el año 1000 de la Encarnación de Cristo había de concluirse el mundo y perecer toda la raza humana. Á medida que se aproximaba la época fatídica, parecían anunciarla males y desdichas sin cuento. El edificio político y social se bamboleaba; los que contemplaban las ruinas del potente imperio romano, también podían ver las del carlovingio, tan presto levantado como caído; dividióse primero en naciones, se fraccionó en estados luego, y Europa, después de aspirar á la unidad, se halló nuevamente destroncada y disuelta. Por efecto natural de tantas invasiones, de tanta fuga y susto, quedaron los campos sin cultivo, desatendida la agricultura; de modo que á fines del siglo X devastaba á Europa el hambre, y un celestín de trigo se paga á peso de oro. Es apocalíptico y tremendo el cuadro de la miseria que sobrevino. Los hombres roían raíces de árboles, arcilla, hierbas; cuando aun eso les faltó, apoderóse de ellos la rabia y se saciaron de carne humana. Á la puerta del convento en que Rábano Mauro distribuía á los indigentes víveres y socorros, se representó drama conmovedor: una pobre madre cayó desmayada de hambre, y la criatura que colgaba de su seno continuó buscando en él los manantiales ya agotados de la vida: los que contemplaban escena tan desgarradora, rompieron, á pesar del endurecimiento que causa la desdicha común, en copiosas lágrimas; pero un hombre cruel, que mendigaba con su mujer, iba ya á arrojarse sobre el niño para devorarle, cuando acertó á divisar, no lejos de allí, dos lobos despedazando á un cervatillo: atacólos, y arrebatándoles su presa, se satisfizo, y aun partió con la infeliz madre, que ya había recobrado los sentidos, la sangrienta vianda. Esta convivencia del hombre y el lobo era frecuente; la fiera bajaba á devorar los cadáveres que quedaban en las calles insepultos; pero el hombre le disputaba el corrompido manjar: en los mercados se ferían miembros humanos, criaturas abiertas en canal y vaciadas como los corderillos para el asador. Al

pálido espectro del hambre, se unió su negro compañero, la peste, uno de esos contagios extraños de la Edad Media, cuyos síntomas consistían en desprenderse la carne de los huesos y caer podrida y deshecha. No es mucho que el orbe convirtiese la mirada al cielo, implorando piedad; que los reyes envidiasen á los monjes; que los claustros se viesan asaltados por muchedumbres que en masa querían sepultarse allí, morir siquiera en paz, sin ver tantos horrores; que el pueblo humedeciese con lágrimas y puliese con sus rodillas la piedra del umbral de los santuarios; que las sacras reliquias fuesen llevadas procesionalmente por calles y plazas, y que los ricos, esperando, según expresamente declaraban, el fin del mundo, legasen á las iglesias todo cuanto poseían. La actividad humana se había paralizado: ocioso fuera edificar ni labrar la tierra, cuando iba á deshacerse y aniquilarse al són de la trompeta final. Mas el abatimiento que precedió á la temida fecha, sólo puede compararse con el júbilo de la humanidad al ver que pasaba, y que el sol continuaba brillando en el cielo, y germinando los campos; y la naturaleza inalterable en su serenidad majestuosa. Sobre todo exultó el pueblo; porque había temblado más; pues los grandes y los reyes, si hemos de estar á las indicaciones de las crónicas, redimidos del hambre por el oro, recelaban harto menos la catástrofe. Etlrede de Inglaterra se hallaba muy ocupado en tratar con los dinamarqueses; en Normandía, el conde Raúl sometía á la liga de los villanos, infligiendo á sus jefes torturas atroces; Otón de Alemania no se descuidaba en invadir á Italia, ni en ordenar el suplicio de Crescencio; el emperador de Oriente, Basilio, arrancaba los ojos á los prisioneros de guerra cogidos en Bulgaria y Macedonia; los reyes de Navarra y Castilla, no cejando en la reconquista, triunfaban en la jornada de Calatañazor; en suma, parece que los terrores del milenario influyeron mucho en la ignorante multitud, bien poco en los grandes; pero bastó, porque el arte que va á nacer saldrá del pueblo: arquitectura ojival, música, poesía romance, todos los

capullos prontos á abrirse, todas las ideas ansiosas de manifestarse, infundidas por la melancólica impresión de lo pasado y las esperanzas risueñas de lo porvenir, flotan en la masa popular, y sólo aguardan un instante de tranquilidad para desenvolverse: conjurado el fantasma del año 1000, álzanse do quiera las catedrales.

La catedral, gigante de piedra, necesita voces que salgan del ancho pulmón de sus naves, y expresen la profundidad del sentir, la grave contrición, el recogimiento del espíritu y la eficacia y ardor de la plegaria. Un acento poseía ya, pero aislado, solitario; los modos ambrosianos, aboliendo el ritmo, no habían logrado establecer la diafonía, la sucesión de sonidos; y aquel canto parecía huérfano, monótono, sin fuerza para llenar la vasta cavidad del edificio: convenía algo que imitase el poderoso conjunto de las voces del pueblo, al elevarse, desde el ábside hasta las bóvedas, como un himno. El empleo de sonidos diversos y simultáneos comenzó en el siglo IX; y pasada la época del terror, se propagó en las iglesias la gran sinfonía religiosa, el órgano. ¿Cómo empezó? ¿Dónde resonaron por vez primera sus acordes sublimes? No se sabe: ignorado como el de los arquitectos, permanece el nombre de los maestros organeros: y sin embargo, complicada y difícil debía de ser la construcción de instrumentos tan colosales: el órgano de Alberstad necesitaba diez personas que diesen á los fuelles; el de Magdeburgo, doce; el enorme de Winchester, setenta. Así como la catedral es la más perfecta creación arquitectónico-religiosa, el órgano es la más acabada obra religioso-musical; sus múltiples armonías, que brotan de un sople mismo, son como la diversidad de formas que adopta la fe en las almas; las notas, ya graves, ya sonoras, ya agudas, que unidas fluyen como raudal inmenso de sonidos, parecen imagen de la Iglesia, donde confesores, mártires, monjes, vírgenes, alzan á un tiempo sus voces diversas para dar testimonio de Cristo. Por modo maravilloso despierta el órgano la impresión misma que produce toda la catedral: la idea de lo infinito,

contenida en sus sonos que pueden prolongarse y durar á medida del deseo, en su vibración ligada y misteriosa. Á esta voz interior de la catedral contesta otra desde lo alto de las torres, grave y amorosa, que convoca al pueblo: la campana. Hoy que en cualquier teatro ó concierto es dado escuchar música clásica, no comprendemos lo que fueron campana y órgano para el hombre de la Edad Media, contemplativo y creyente. Ambos instrumentos expresaban lo que él no podía: meditaciones, éxtasis, clamores del alma sedienta de Dios: todos los cantos del poema religioso, y, al mismo tiempo, la recobrada paz. Al disiparse el terror, al surgir las catedrales, ataviadas, animadas por la campana y el órgano, vestidas de luz y colores, comienza la segunda época de la Edad Media, cuyo glorioso apogeo fué el siglo XIII.

EMILIA PARDO BAZÁN.

San Francisco de Asís.

A poca distancia de Asís se alzaba la ruinoso iglesia de San Damián, sola y desierta, donde Francisco pasaba largas horas arrodillado ó postrado en el suelo, pidiendo al Crucifijo que coronaba el altar, que señalase un fin, un norte á su vida.—«Francisco, repara mi casa que se hunde»—oyó un día decir á la imagen de Cristo. Francisco no pensó en la gran morada de la Iglesia universal, sino en aquel pobre santuario testigo de sus primeras lágrimas: llamó al clérigo Pedro, encargado de la cura de San Damián; dióle cuanto dinero pudo, rogándole lo invertiese en aceite, en el culto; tomó géneros del almacén de su padre, cabalgó hasta Foligno, vendiéndolos en

la feria, enagenó asimismo la cabalgadura, volvió á Asís á pie con el dinero, ofrecióselo á Pedro, y negándose éste con temor á recibirlo, Francisco depositó la suma en el hueco de una ventana.

Hasta ese suceso, el padre de Francisco, con ser de tan distinta condición que su hijo, mostrárase más bien complaciente que otra cosa respecto de él. Escocíanle los despilfarros; torcía el gesto á las bulliciosas diversiones; reprobaba tácitamente el lujo y la largueza del primogénito; pero al cabo iba aflojando los cordones de la bolsa, y ni vedó francachela, ni escatimó galas, ni se resistió á los proyectos belicosos, ni puso coto á la liviana y ociosa vida. Mas cuando averiguó que el importe de los fardos de mercancías vendidos por Francisco se destinaba á reparar un templo, montó, no en cólera, sino en desalentado frenesí. Que un mozo derrochase en placeres, cosa era que aún encajaba bien en las estrechas casillas del cerebro de Pedro Bernardone; pero que gastase en obras pías, significaba no haber otro camino sino encerrarle por demente. Penetró, pues, el mercader en San Damián, buscando al hijo para desahogar en él su furia; ocultóse Francisco en la habitación del clérigo, y como su padre se aproximase al escondite, se llegó medroso á la pared, y las piedras y argamasa, más sensibles que las entrañas paternas, se ablandaron, formando una hornacina en que se ocultó el cuerpo del perseguido. Pasado el riesgo, huyó Francisco al campo, y se refugió en una taberna de las inmediaciones de Asís. Allí bebía la linfa pura de los arroyos, mezclada con el salado licor de sus lágrimas; comía raíces amargas, insípidas hierbas, el acerbo frutillo de los espinos y zarzamoras, el brote reciente de la morera ó del álamo; allí eran su lecho de reposo los agudos peñascales, su mantel las florecillas de la pradera, su eterna compañía el rumor del hilo de agua rezumado por las hendiduras de la roca, el silbo del viento en las copas de los árboles, el canto monótono de la rana en la ciénaga, el ronco arrullo de la paloma zurita desde su nido salvaje. Allí, en aquella Arcadia

trocada en Tebaida por la penitencia, aprendió el alma de Francisco á interpretar el lenguaje de la naturaleza, que de pocos poetas fué expresado con mayor encanto. Allí oyó la voz de todas las cosas unidas en armonioso concierto y subiendo á los cielos, como sinfonía espléndida de la creación. Allí se despertó su ternura inmensa por todos los seres, desde la cigarra que canta en el surco, hasta el sol radiante que ilumina el firmamento. Allí comenzó á mortificar, á aborrecer su carne mortal, guardándola para la vida eterna. Allí, sin ayuda de hombres, solo con el Autor del universo, se verificó la transformación, y sobre la larva grosera del cuerpo revoloteó la mariposa del espíritu, irisada con los matices de la luz y de la gloria. Pero cuando Francisco, pasado un mes, abandonó su selvática guarida y tomó á paso lento el camino de Asís, sus compatriotas no acertaron á leer en su rostro las señales de su comercio con el cielo, como más adelante supieron los florentinos advertir en el de Dante las huellas de la bajada al infierno. El vulgo de Asís no vió sino al antes pulcro, elegante y gentil Francisco, que se presentaba en el estado más lastimoso: hecho guñapos el traje, descalzos los pies, revuelto é inculto el cabello, crecida la barba, la tez marchita, ojerosos los párpados, apagada la pupila, y en todo como fuera de sí. Y el instinto secreto de la crueldad popular, que mancha de sangre las páginas de todas las revoluciones, se despertó, y en vez de mostrar piedad al que consideraban mísero insensato y era poco hacia regocijo de Asís, se arremolinó la multitud en torno suyo, y silbándole y befándole ignominiosamente, ya le arrojaban guijarros, ya infecto lodo, ya le tiraban de los andrajos, ya le escupían y empujaban; y los chicuelos se divertían en hostigarle, y los perros famélicos le mordían, instigados por el furor público y por su natural aversión á las personas de miserable aspecto. Entre grita, algazara y escarnio seguía Francisco su camino, sin oír quizá las vociferaciones de la muchedumbre más de lo que oye el gran navío el mugir de los mares que va cortando su proa.

EMILIA PARDO BAZÁN.

La materia y el espíritu.

(Armonía entre la ciencia y la fe.)

Cuando, apartándonos del tumulto de las ciudades, salimos al campo á contemplar las bellezas que espontáneamente nos ofrece el universo, no podemos menos de experimentar en el alma suave y profundísima emoción. Á la agitación y vocería que poco antes turbaban nuestros sentidos, y confundían y alborotaban nuestras ideas, ha sucedido la calma y la tranquilidad. Sea la hora en que el sol, después de recorrer con pasos de gigante la anchurosa bóveda del firmamento, va apagando sus ardores y está próximo á ocultarse en el lejano horizonte. En esta hora solemne todo reposa y descansa en aparente inmovilidad; todo es sosiego y quietud; y ante la majestad de la naturaleza, que, como cansada del trabajo del día, parece haber suspendido su actividad, cálmase el revuelto torbellino de nuestras imaginaciones y pensamientos, infundiendo en el alma sosiego indefinible y tranquilizando las tempestuosas pasiones del corazón. Á pesar de esto, nada hay que pueda darnos idea tan cabal de la agitación que reina en el universo y todo lo anima y remueve, como esta tranquilidad y muerte aparente. Todo á nuestra vista se ofrece inerte y silencioso; en todas partes no vemos al pronto más que la inactividad y la quietud; mas á poco que examinemos lo que pasa á nuestro alrededor, y adonde quiera que dirijamos la mirada ó la investigación, no encontramos realmente más que la vida, la actividad y el movimiento.

Si comparamos el estado actual de los seres que se ofrecen á nuestra observación, con el que tenían en los momentos anteriores, vemos que el astro del día, que creímos haberse parado en su carrera, se ha acercado más al horizonte, y está ya á punto de trasponerse á nuestra vista para ir á visitar otras regiones y fecundarlas con su eficacia. Levántase

á la otra banda la luna, enviando y esparciendo sobre la tierra su apacible claridad; y en pos de ella el ejército resplandeciente de los astros se apresura á hacer su gloriosa aparición, anunciando por su movimiento la velocidad con que gira nuestro globo por el espacio, é indicando con el suave centelleo de su lumbre y con la variedad de sus colores, la actividad que anima á masas inmensas de materia, alejadas por distancias incalculables.

En la tierra y cerca y en torno de nosotros todo está igualmente penetrado y henchido de misteriosa agitación. El soplo vagaroso de la brisa mece blandamente las copas de los árboles, por entre cuyas hojas tembladoras brillan y desaparecen y tornan á brillar de nuevo los rayos del sol, derramando sobre cuanto tocan la variedad de sus delidados y hermosísimos cambiantes. Las aguas, impulsadas por su propio peso, se deslizan mansamente por el vecino arroyo, y rozando entre las cañas y piedrezuelas, levantan un suave murmurio que llena el ambiente de una deliciosa armonía. Vélese el aire de tenue nubecilla de vapores que, desprendidos invisiblemente de lá tierra, se mezclan con los aromas exhalados por las plantas, indicios de la tumultuosa actividad que interiormente las agita. La grey se va acercando al redil con paso perezoso, y mientras las aves abaten su vuelo para recogerse en sus nidos, donde las esperan ansiosos los tiernos hijuelos, llega al oído el susurro de mil insectos que habían escapado á nuestra observación en medio de los esplendores del día. Todo se mueve, todo vive, todo está lleno y animado de bulliciosa agitación; de todas partes surge la vida, con la maravillosa muchedumbre de sus formas y efectos; y ante la actividad que llena el universo, el hombre, reconcentrando su energía en la contemplación de los objetos que tiene ante su vista, cree percibir el hálito de vida que cunde por todas partes y mueve y agita á todos los seres de la creación; siente el impulso vivaz de la savia que recorre lo interior de las plantas, arrastrando en inquieto torbellino

las moléculas necesarias á su crecimiento y desarrollo; se pinta en la imaginación las ondas del calor, de la luz, de la electricidad y de los agentes invisibles, que rodando por todas partes, y difundiéndose como las ondulaciones de suave melodía, tienen en perpetua vibración á las sustancias materiales. Y cuando, sobrecogido de admiración ante el espectáculo de tantas maravillas, vuelve su atención á sí propio y se siente bañarse en la corriente de vida que llena y envuelve el universo; cuando advierte el movimiento vital que agita su sér; cuando ve brotar de su mente la luz de las ideas, y de su voluntad la acción que le levanta y ennoblece sobre las criaturas visibles, no puede menos de preguntarse á sí mismo: este movimiento que anima á todos los seres; esta fuerza que hinche y penetra la creación, extendiendo á todas partes los efectos de su fecunda actividad, ¿es una misma en todas las criaturas? Los objetos que veo moverse ante mis ojos, ¿se mueven y agitan por sí mismos ó hay detrás de lo que aparece á los sentidos un resorte misterioso, una actividad, fuerza ó principio invisible, pero real y efficacísimo, que los mueve y anima? El movimiento que impulsa el universo, ¿ha existido siempre, ó ha tenido por ventura principio y tendrá tal vez fin?

Tales preguntas se hace todo el que, sorprendido á la vista y consideración de los fenómenos de la naturaleza, pretende buscar la causa de lo que ve y de aquello cuya contemplación le llena de admiración y asombro. Esta investigación ocupó al hombre en los albores de su civilización y cultura; ésta agitó la mente de Platón en la Academia, de Zenón en el Pórtico, de Aristóteles en el Peripato; ésta llenó las alborotadas escuelas y universidades de la Edad Media; agita la afanosa indagación de los filósofos de la presente edad, y agitará perdurablemente la curiosidad humana, mientras brille en nosotros la luz de la inteligencia que la mano de Dios encendió en nuestra alma.

De la Historia considerada como obra artística.

(Del Discurso de entrada en la Real Academia de la Historia.)

De la Historia vengo á hablaros; pero no considerada en su materia y contenido, ni siquiera en las reglas críticas y método de investigación para escribirla, sino de lo que á primera vista parece más extraño y accidental en ella, de lo que condenan muchos desdeñosamente con el nombre de forma; como si la forma fuese mera exornación retórica, y no el espíritu y el alma misma de la historia, que convierte la materia bruta de los hechos y la selva confusa y enorme de los documentos y de las indagaciones, en algo real, ordenado y vivo, que merezca ocupar la mente humana, nunca satisfecha con vacías curiosidades, y anhelosa siempre por las escondidas aguas de lo necesario y de lo eterno. Voy á hablar, pues, no de crítica histórica propiamente dicha, sino de la historia, considerada como arte bella; de la noción estética de la historia, ya que es grave defecto en los modernos tratadistas excluir del cuadro de las artes secundarias el arte maravilloso de los Tucídides, Tácitos y Maquiavelos, mientras que admiten sin reparo y explanan en muchas páginas el arte de la danza ó el de los jardines. No es, en verdad, la historia obra puramente artística, como lo son la poesía ó la música ó las creaciones plásticas; pero son tantos y tales los elementos estéticos que contiene y admite, que obligan, en mi entender, á ponerla en jerarquía superior á la misma oratoria, encadenada casi siempre por un fin útil é inmediato, extraño á la finalidad del arte libre, que en la misma hermosura que engendra se termina y perfecciona, deleitándose con ella, como la madre amorosa con el hijo de sus entrañas.

Cierto que suele carecer la historia del admirable poder que Platón llamó psicagógico, es decir, guiador y conmovedor de las almas, y que no ejerce, por eso, aquel imperio y

señorío sobre los afectos, moviéndolos ó refrenándolos, que fué en lo antiguo el triunfo más codiciado del orador. Pero aunque no sea dado á la historia, sino en casos singulares, producir esta efervescencia y tumulto de pasiones actuales, tiene por suyo el mundo de la realidad humana, con igual y plenísimo derecho que le tienen la epopeya, el drama y la novela. No es arte lírica y personal, sino arte objetiva, guiada y dominada por los estímulos y caricias del mundo exterior, del cual, como de inmensa cantera, arranca los hechos, que luego con verdadera intuición artística, interpreta, traduce y desarrolla.

Pero aunque este poder de interpretación, enfrente de la naturaleza humana y de sus obras, sea verdadera facultad estética, y de ella participen en grado casi igual los maestros de la poesía y de la historia, hay un punto en que la diferencia se marca y aparece profundísima. No consiste, no, esta diferencia, en que el poeta sea dueño de la materia que elabora, y el historiador no, puesto que, en rigor de verdad, ni uno ni otro lo son, trabajando ambos, como trabajan, sobre el fondo esencial y permanente de la naturaleza humana, que ni uno ni otro podrán modificar, so pena de producir obras mentirosas y heridas de muerte desde la cuna. No: el poeta no inventa, ni el historiador tampoco; lo que hacen uno y otro es componer é interpretar los elementos dispersos de la realidad. En el modo de interpretación es en lo que difieren. . .

Es además la vida tan grande, tan luminosa, tan poética é inexhausta, que puede decirse que ha agotado y agota todas las combinaciones posibles en el arte, y que, abriendo por cien partes sus entrañas, manifiesta y saca á luz cada día portentos no imaginados, ante los cuales parece fútil y baladí todo antojo idealista. ¿Qué malvado ha producido el arte más perfecto que César Borja? ¿Qué caballero más perfecto que San Luis? «No consiste (diré con Manzoni) la esencia de la poesía en inventar.....; semejante invención es lo más fácil y más vulgar que hay en el trabajo del espíritu, lo que exige menos

reflexión y también menos imaginación.... ¿Dónde puede encontrarse la verdad dramática, mejor que en lo que los hombres han ejecutado realmente?»

Y entonces se dirá: ¿qué le queda al poeta? ¿En dónde están sus ventajas? ¿Por qué dijo de la poesía Aristóteles que era más honda y filosófica que la historia? Díjolo porque, siendo el poeta (aunque sólo en el momento inicial de la concepción) dueño de sus personajes, históricos ó inventados, puede penetrar hasta el fondo de su alma, escudriñar lo más real é íntimo, sepultarse en los senos de la conciencia de sus personajes, poner en clara luz los recónditos motivos de sus acciones, mostrar en apretado tejido las relaciones de causa y efecto, eliminar lo accesorio, agrupar en grandes masas los acaecimientos y los personajes, borrar lo superfluo, acentuar la expresión, marcar los contornos y las líneas, y hacer que todo color y toda superficie y todo detalle hable su lengua y tenga su valor y conspire además al efecto común.

Algo de esto hace también la historia, pero de un modo mucho más imperfecto y somero, procediendo por indicios, conjeturas y probabilidades, juntando fragmentos mutilados, interrogando testimonios discordes, pero sin ver las intenciones; sin saberlas ni penetrarlas á ciencia cierta, como las ve y sabe el poeta, arrebatado de un numen divino.

No le es lícito á la historia fantasear; no puede, como puede el poeta dramático, introducirse en la mente de sus personajes y hablar por ellos; pero será tanto más perfecta y más artística, cuanto más se acerque, con sus propios medios, á producir los mismos efectos que producen el drama y la novela. Pero entiéndase bien, con sus propios medios, los cuales, en gran parte, no pertenecen al arte, sino á la ciencia, aunque todo, en último resultado, venga á concurrir al grande arte, el arte de composición. De aquí el carácter mixto de la historia; de aquí la inferioridad reconocida por Aristóteles, cuyas palabras hemos de entender, no como suenan, sino de un modo más amplio y libre, afirmando que, lo mismo la his-

toria que la poesía, enseñan, manifiestan y ponen á nuestros ojos, por modo artístico, aunque diverso, lo que hay de eterno y lo que hay de temporal y relativo en cada acción humana, lo que hay de necesario y lo que hay de contingente, lo que hay de universal y lo que hay de temporal en cada individuo....

Y así bien puede afirmarse que no hay dos mundos distintos, uno el de la poesía y otro el de la historia: porque el espíritu humano, que crea la una y la otra, y á un tiempo la ejecuta y la escribe, es uno mismo, y cuando quiere aislar sus actividades y engendrar, v. gr., obras poéticas que no tengan raíces en la historia ó en la sociedad donde nacen, produce sólo un *caput mortuum*, bueno para deleitar solaces académicos, ó para mecer en vaga y malsana cavilación ciertas almas, pero incomprensible, como un jeroglífico egipcio, para los que en el arte quieren ver, ante todo, al hombre mismo que ellos conocen y de cuyos dolores participan, lidiando á brazo partido con el mundo exterior, como se lidia en el mundo de la vida, es decir, en el mundo de la historia.

Digamos, pues, y esto es lo cierto, que si la personalidad humana, independiente y enérgica, vale, es precisamente por el fin, y por la adaptación de los medios al fin, y no fin egoísta y *ad libitum*, sino fin que interese por simpatía á toda la humanidad ó á una porción considerable de ella. De donde se infiere que, lejos de ser la historia prosaica por su índole, es la afirmación y realización más brillante de toda poesía actual y posible, sin que necesite el poeta otra cosa que ojos para verla, y alma para sentirla, y talento de ejecución para reproducirla; pues con esto sólo quedará depurada y magnificada, no tanto por algo exterior y propio suyo que el poeta le añada, como por algo que en la realidad misma está, y que no todos los ojos ven, sino los del artista solamente. Este algo es precisamente lo universal ó lo necesario, que Aristóteles dice; el reflejo de las *íntegras, sencillas, inmóviles y bienaventuradas ideas*, que decía su maestro Platón; la *verdad ideal*

que persigue Hégel. Y esta verdad está en el artista, porque él la entiende; pero está también en la cosa misma, que no sería inteligible sin esta luz. Sin este poder *oftálmico* de descubrir lo universal, que reconocemos en el artista, como cualidad principalísima suya, no hay poesía, pero tampoco hay historia....

La primera (de las concepciones estéticas de la historia), la más perfecta dentro de los límites en que más ó menos voluntariamente se encerró, es la que podemos llamar oratoria ó clásica. No empieza en los *logógrafos*, que propiamente son analistas y no historiadores, ni siquiera en Herodoto, escritor de arte admirable en sus candorosos anacolutos, y en aquella gracia jónica, que alarga las terminaciones, ata negligentemente las frases, y dulcifica las formas, acumulando las vocales. Este plácido abandono, semejante al curso de un arroyo límpido y sereno, es, como ha dicho Otfried Müller la perfección del discurso hablado; pero nada tiene que ver con la severa dialéctica de Tucídides. La historia de Herodoto es la crónica perfecta, tal como podría ejecutarla un griego, mezcla singular de curiosidad infantil y de buen sentido algo escéptico, de gravedad épica y religiosa, y de observación menuda y precisa. Por lo demás, tan lejos está de Tucídides, como Muntaner ó Joinville están lejos de Maquiavelo y de D. Diego de Mendoza.

No es este el tipo de la historia clásica, ni hemos de buscarle definido en los retóricos y maestros *de conscribenda historia*, sino en los mismos grandes ejemplos de la antigüedad, desde Tucídides hasta Tácito, y en unos pocos italianos y españoles del Renacimiento, que, más ó menos de lejos, siguieron sus huellas. Tiene en sus manos la historia unidad orgánica tan vigorosa como la de un poema ó novela; siendo de esto ejemplares perfectísimos las dos historias de Salustio y la de D. Diego de Mendoza, que, por decirlo así, separan de la cadena general de la historia un pedazo de la vida humana, un grupo de acontecimientos interna y lógicamente enlaza-

dos, y que se desarrollan en espacio brevísimo de tiempo. Salustio ha dado la fórmula de este modo de historia, el más próximo de todos al arte puro y libre: «Res gestas. . . *carptim perscribere.*» En torno de la acción principal se agrupan todas las secundarias, tan fuertemente ligadas con la primera, como independientes y libres de lo que les precede y de lo que les sigue. El historiador va graduando sus efectos, y preparara muy de antemano la catástrofe, con tanto amor como un poeta trágico. La vida humana es un drama, y el historiador aspira á reproducirla. Puede ser crítico, puede ser erudito, mientras reúne los materiales de la historia y pesa los testimonios é interroga los documentos; pero llegado á escribirla, no es más que artista, y no tanto quiere dar lecciones, aunque lo anuncie en fastuosos proemios, como reproducir formas y colores, y aun más que estos accidentes externos ó pintorescos de la vida, la vida moral que palpita en el fondo. De aquí bellezas puramente dramáticas; de aquí el análisis de los caracteres; de aquí la necesidad de los retratos, de las epístolas y de los discursos. No le basta al historiador clásico que los personajes hablen con la voz de sus hechos; no le basta presentarlos vivos y en acción; quiere trasladar al papel lo más recóndito de su conciencia, y mostrarnos el laboratorio de los misterios psicológicos. Cartas que no escribieron, discursos que no pronunciaron, inadmisibles en otro género de historia, pero forzosos en este, vienen á darnos, en forma puramente artística, la noción del carácter del héroe y el desarrollo de la pasión. Así se funden armoniosamente ciencia y arte. El historiador se lanza al mundo poético de lo verosímil, en alas de lo verdadero. En las narraciones no refiere, sino que pinta. No explica los motivos de las acciones: hace que los mismos personajes nos los refieran. Y como la pasión es el alma de la tragedia y de la oratoria, el historiador clásico, que es ante todo orador y poeta trágico, es apasionadísimo, á despecho de los preceptos de los retóricos, que le imponen la más severa neutralidad; y lejos de olvidarse de

que es griego ó romano, español ó florentino, aristócrata ó demócrata, republicano ó amigo del imperio, no aparta nunca de los ojos su patria, su raza y su partido, y esculpe á sus héroes predilectos en actitudes épicas y sublimes, y á sus enemigos y émulos los rebaja y los ennegrece, ó á lo sumo les da la grandeza del mal. Y así, no hay una sola de estas grandes historias que no deba sus mayores bellezas á la pasión más ó menos descubierta del autor: pasión de venganza contra la democracia ateniense en Tucídides; pasión de soberbia patricia y estoica en Tácito; pasión de la unidad italiana en Maquiavelo; pasión de portugués separatista en Don Francisco Manuel de Melo. Aun á los más serenos y majestuosos, á los que han querido abarcar todo el curso de la vida de un imperio, á Tito Livio, v., gr., les domina la pasión por la grandeza de su pueblo, y esta pasión es la que da unidad á su obra, y color y fortaleza heroica á su estilo, y perpetuidad como de bronce ó mármol antiguo.

De todo lo cual infiero yo que la historia clásica es grande, bella é interesante, no por lo que los retóricos dicen, sino por todo lo contrario; no porque el historiador sea imparcial, sino al revés, por su parcialidad manifiesta; no porque le sean indiferentes las personas, sino al contrario, porque se enamora de unas y aborrece de muerte á otras, comunicando al que lee este amor y este odio; no porque la historia sea en sus manos la maestra de la vida y el oráculo de los tiempos, sino porque es un puñal y una tea vengadora; no porque abarque mucho y pese desinteresadamente la verdad, sino porque abarca poco y descubre sólo algunos aspectos de la vida, encarnizándose en ellos con fruición artística; no porque sirva de grande enseñanza á reyes, príncipes y capitanes de ejércitos, dándoles lecciones de política, buen gobierno y estrategia, sino porque ha creado figuras tan ideales y serenas como las de la escultura antigua, y otras tan animadas y complejas como las del drama moderno; no porque «enseñe á buen vivir,» como dijo Luis Cabrera, á pesar de los aforismos

con que solían engalanarla, sino porque produjo en Tácito el más grande de los artífices creadores de hombres, si se exceptúa á Shakspeare....

Tuvo también el siglo XVIII (y el nombre de David Hume me lo trae á la memoria) el mérito de haber intentado remediar en algún modo el segundo de los defectos que antes se reconocían en la forma oratoria, quiero decir, el olvido de todas las actividades humanas distintas de la política y de la guerra. Por primera vez comenzó á hablarse en las historias, de comercio, de industria, de artes, de literatura, y hasta de costumbres familiares y domésticas, y á entenderse que el hombre no vive sólo en la plaza pública, ni en el campo de batalla, ni ha de ser forzosamente rey ó tirano, ó siquiera *condottiere* ó capitán de bandidos armados, para que sus hechos parezcan dignos de inscribirse en las tablillas de Cifo.

Todo esto, á la larga, debía ser savia benéfica para el árbol de la historia; pero el siglo XVIII no acertó á coger los frutos, cegado como estaba por el criterio más parcial, más estrecho, más sañudo y más desconocedor y despreciador del espíritu de otras edades que puede imaginarse. La historia continuó siendo literaria; pero no calzó ya el coturno trágico, sino el zueco de la ínfima farsa, y de épica bajó á epigramática, convirtiéndose en un tejido de agudezas miopes, sin generosidad, sin sentido moral y sin nada que se pareciera á segunda vista ni á reconstrucción de lo pasado.

Y no se ha de negar que hay arte insuperable en la eterna transparencia de la prosa de Voltaire; pero arte lejano cuanto cabe del arte de los antiguos, y de la serena, íntegra y desinteresada contemplación de la grandeza ó de las miserias humanas, que piadosamente busca y recoge la historia. Toda la objetividad de ésta se aniquila y desaparece entre los móviles juegos de un estilo expresivo, pero no bello, que á las grandes cualidades de emoción y elocuencia

propias de los antiguos narradores, sustituye el imperio de la gracia personal, y el golpe de la flecha enherbolada, leve y aérea en Voltaire, torpe y plomiza en Gibbon.

Moría, entre tanto, la historia por penuria de elementos pintorescos. Voltaire y los suyos habían dado de mano á las arengas y á los grandes cuadros de composición, ya desacreditados por el abuso retórico. Quedaban los retratos y paralelos, esmaltados con rasgos de *bel-sprit* y malignas agudezas. El libelo invadía por todas partes la jurisdicción de la historia, y si las antiguas y clásicas habían sido (como dice lord Macaulay) *novelas fundadas en hechos*, las modernas solían ser novelas fundadas sobre la mera ingeniosidad del autor. El color local era cosa ignorada; borrábase toda distinción entre la cultura y la barbarie; se escribía en estilo de salón la historia de los pueblos salvajes; se rebajaban todos los puntos ásperos y salientes; todo rasgo enérgico de costumbres era condenado al olvido, y el hombre de la historia no era el sér instable y múltiple de aspectos que conocemos, sino cierta entidad abstracta, á quien se adulaba ó se deprimía, conforme á las necesidades de una tesis.

La tesis y el epigrama enterraron á la historia, y venida la reacción, comenzó á sentirse la sed de algo original, característico y rudo que nos trajera olor de flores agrestes y ruido de selvas primitivas. Y como la historia escrita al modo de Gibbon ó de Voltaire hablaba al ingenio, pero no á los ojos, y la historia escrita al modo antiguo no abarcaba mayor espacio que el que va desde la Acrópolis hasta el Pireo, ó el que se dilata desde el arco de Septimio hasta el anfiteatro Flavio, fué menester que una mitad entera de la historia humana saliese de entre escombros y cenizas, evocada por los conjuros del arte. Sacudieron su manto de polvo las abadías y las torres feudales; tornó á arder un monte de leña en la cocina del señor sajón, mal avenido con la servidumbre de su raza; volvió á correr la tierra el maniferro Goetz de Berlichingen, terror del Obispo de Bamberg y es-

peranza de los aldeanos insurrectos; coronóse de lanzas y de alborotada muchedumbre de croatas, arcabuceros y frailes el campamento de Wallenstein; repitieron las gaitas de los *biglanders* escoceses la marcha de combate; resonó en los lagos de Suiza el juramento de los compañeros de Stauffacher; cayó el Innominado á los pies del cardenal Federico, y se alzó en el lazareto de Milán la bendita figura de Fra-Cristóforo. Se dirá que fueron arte híbrido, arte de transición, el drama y la novela históricos, pero ¡dichoso el arte que tal sangre vino á infundir en el cuerpo anémico de la historia!

Entonces nació la escuela pintoresca, la de los Barante, la de los Thierry, que confiesa su abolengo en *Quentin Durward* y hasta en el carro de Meroveo. Creció la avidez del pormenor característico, el amor de lo infinitamente pequeño, la indumentaria ahogando al prócer ó al villano entre armaduras, jaezes y muebles; y llegó día en que las historias de la Edad Media parecieron iluminaciones de libros de coro ó tablas bizantinas.

Otros buscaron luz por distinto camino, y vióse en Inglaterra renacer, por impulso del más grande de los historiadores modernos, la forma oratoria, tan espléndida como en los mejores días de la antigüedad, y tan rica de pasión y de ardorosa elocuencia como en el yerno de Agrícola: historia parcialísima, lo mismo que sus modelos, historia de facción y de bandera; pero tan sincera, tan honrada y tan sabiamente parcial, que borra con lo que tiene de poema lo mucho que tiene de alegato. Obra varia y tan opulenta como la misma naturaleza; poema de la libertad civil, de la industria y de la prosa; viril esfuerzo de una alma romana, para ennoblecer con majestad patricia el trabajo moderno y llevar de frente todas sus actividades, como si fuesen órganos de un mismo cuerpo, y no aislados mecanismos, cual los consideraba la filosofía del siglo XVIII. Al fin, en esa historia, que no es filosófica, ni religiosa, ni literaria, ni comercial, sino todo esto

y mucho más, y no por fracciones atomísticas, sino todo á un tiempo, y con la misma libertad y movimiento de la vida, el animal humano respiró entero.

Siempre es bueno, cuando se anhela por lo perfecto, detenerse en las cumbres, y por eso quien traza hoy la imagen del arte histórico debe detenerse en lord Macaulay. Pero es condición del entendimiento humano no ver agotada nunca la virtualidad de concebir que en sí lleva, é imaginar siempre, sobre la perfección ya creada, otra perfección más alta. Y así como Marco Tulio fantaseaba la idea del orador perfecto, cual nunca fué vista entre los humanos; y así como el artífice ateniense, cuando labraba la estatua de Jove ó de Minerva, no contemplaba ningún modelo vivo, sino el admirable dechado de perfección que habitaba en su mente y que regía su arte y su mano, así nos es lícito soñar para muy remotas edades con el advenimiento de un historiador aún más grande que Tácito y que Macaulay, el cual haga la historia por la historia, y con alta impersonalidad, y sin más pasión que la de la verdad y la hermosura, reteja y desenrolle la inmensa tela de la vida.

MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO.

Francisco Martínez de La Rosa.

(Estudios de crítica literaria.)

El ingenio flexible y ameno de Martínez de La Rosa se ejercitó en todos los géneros literarios: en la poesía lírica, en la dramática, en la didáctica, en la épica de escuela, en la novela, en la crítica literaria, en la historia, y en la elo-

cuencia política; y no obstante la inferioridad relativa y aun absoluta de muchas obras suyas, es de los autores españoles modernos que pueden recomendarse con menos salvedades, para formar el gusto de los principiantes, porque su continuo esmero de dicción los salvará de la tosquedad y el desaliño, y sus defectos no son de los que han de contagiar á nadie en España, naciendo, como nacen, de pobreza y no de exuberancia de cualidades brillantes.

Dícese que Martínez de La Rosa es poeta clásico, y el último representante del clasicismo entre nosotros; y esto requiere alguna explicación, porque, dicho así, encierra tanta parte, por lo menos, de inexactitud como de verdad. Si por poeta clásico se entiende poeta sensato, correcto, estudioso, que piensa antes de escribir, que toma el arte como cosa grave, que medita sus planes y da el justo valor á las palabras, no hay duda que Martínez de la Rosa lo es, y por eso ha dejado cosas dignas de ser leídas. Si se entiende poeta en quien la razón predomina sobre la fantasía, también le cuadra el dictado. Si se entiende ingenio amamantado desde niño con la lección de los inmortales de Grecia y Roma, y de sus imitadores italianos, franceses y españoles, también podemos decir que Martínez de la Rosa era clásico, siempre con las imperfecciones y lagunas de la educación española de entonces (no es mejor la de ahora), y con el errado modo de entender la antigüedad que nos habían inoculado los franceses. Natural era que toda su vida juzgase la tragedia griega con el criterio de La Harpe, algo modificado, y de ninguna manera con el de Guillermo Schlegel, ni mucho menos con el de Ottfried Müller. Pedirle esto hubiera sido pedirle milagros que no estaba en su naturaleza el dar. Así y todo, algún progreso crítico hay, y muy notable, desde las *Anotaciones de la poetica*, hasta el excelente *Discurso preliminar del Edipo*.

Pero si con el calificativo de poeta clásico se quiere designar, no al que conoce y estudia los antiguos, y en alguna

manera aspira á imitarlos, sino al que logra asimilarse su forma más íntima, sustancial y velada á ojos profanos; al que roba al mármol antiguo la fecunda, imperatoria y alta serenidad, y el plácido reposo, con que reina la idea, soberana señora del mármol; al que procura bañar su espíritu en la severa á par que armoniosa, robusta y sana concepción de la vida, que da unidad al primitivo helenismo, al de Homero, Hesiodo, Píndaro y los trágicos, y que tanto le separa del postizo y contrahecho que vino después; al que, habiendo logrado enamorar, vencer y aprisionar con abrazo viril esta forma indócil, evocada del reino de las sombras, como la Helena de Fausto, hace brotar de su seno, eternamente fecundo, frutos de perfecta madurez y hermosura, que, no sólo regalan y deleitan, sino que nutren y vigorizan el espíritu, imponiéndole rítmica y ordenadora disciplina; forzoso es decir que no estaba guardada para Martínez de la Rosa tan alta gloria, y que así puede compararse su *Edipo* con el de Sófocles, como una estatuita de Pradier con la Minerva de Fidias. Nadie podrá, sin confundir lastimosamente los términos, poner á Martínez de la Rosa en aquella cohorte de ingenios, pocos, muy pocos, *quos æquus amavit Jupiter*, es decir, á quienes se descubrió sin velo la hermosura ateniense ó latina, una de las cosas menos conocidas en el mundo, con andar este lleno de sus falsificaciones y remedos. No es Martínez de la Rosa poeta clásico en el sentido en que lo son Fr. Luis de León, ó Andrés Chénier, ó Hugo Fóscolo, ó Leopardi, ó Goethe en las *Elegías Romanas* y en la *Ifigenia*. Pero ¿á qué exponer estas teorías, ni motivar estas distinciones? ¿Quién las ha de leer, ni quién se ha de fijar en ellas? Ya sé que *canimus surdis*, pretendiendo inculcar doctrina literaria que no es idealismo histórico, mujeril y enfermizo, ni tampoco realismo trivial, de ese que se encuentra al volver de la esquina, y que por ningún lado cumple el religioso fin de depuración moral inseparable del arte. Soy, pues, de opinión, que quien tenga tal doctrina estética, debe guardar-

sela en lo más profundo de su conciencia, y dejar pasar con frente impassible el raudal de la barbarie naturalista ó efectista que, después de todo, no es más que una de tantas plagas con que la Justicia divina visita á los siglos y á las razas degeneradas, que pierden hasta el instinto de lo bello, al perder el de lo verdadero y el de lo bueno. ¡Buscar en el arte armonía, cuando lo que se busca es disonancia; buscar la paz del alma, cuando lo que se busca es la agitación y el tumulto de los nervios; buscar el reflejo de los universales, y el sello y la impresión de las leyes eternas é inmutables, cuando lo que se anhela y se persigue es lo particular, lo mudable, la aberración, el accidente; sustituir al interés de la curiosidad y al golpe mecánico y brutal del efecto, el desarrollo lógico, con ser errátil, de la pasión humana; creer que el arte no acaba en el conflicto y en el problema moral, cuando precisamente allí empieza, sin que esa lucha deba ser otra cosa que el prólogo necesario para que triunfe la perenne *sophrosyne*, y reduzca, domesne y purifique los inferiores afectos de terror y compasión, levantando el alma de las miserias de la vida, con la majestad solemne de un cántico sagrado ó de una iniciación religiosa! ¿Qué hubieran dicho de nuestro arte los griegos, que á Eurípides mismo, tan admirable para nosotros, le tenfan por corruptor, y juzgaban lo patético afeminación y enmuellecimiento del único arte digno de hombres libres?

MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO.

Del estudio de las ciencias exactas y naturales.

¡Felices aquellos que pueden dedicarse desde temprano al estudio de algunos ramos de los conocimientos humanos! To-

dos tienen, sin duda, sus hechizos y sus ventajas, desde la poesía, que, por sus brillantes cuadros, conmueve y hiere la imaginación, hasta la metafísica, que nos hace conocer los resortes secretos de nuestra inteligencia; desde la historia, que nos desenrolla las revoluciones de los imperios, y los progresos de la civilización, hasta la filosofía, que perfecciona las facultades intelectuales, y nos hace amar la verdad. Todos estos estudios son muy dignos de cautivar el espíritu de todo ser racional; pero no son menos los que, elevándonos á la contemplación del universo, nos impulsan á estudiar la causa misma que lo anima: aquellos que nos descubren todo lo maravilloso de esos fenómenos numerosos, tan singulares como importantes; que nos explican la teoría de los vientos y de las borrascas; la de esos relámpagos que nos alumbran con una luz tan particular; la de esos temblores que nos asombran con sus fuerzas, y nos intimidan con sus efectos; la de esos cometas, en fin, sobre los cuales absurdas supersticiones transmitidas por la credulidad en lo antiguo, subsisten aún en el vulgo. Todas estas maravillas, todos estos hechos tan singulares, ¿no son capaces de conmover la atención más indiferente, y entusiasmar la imaginación más fría? Sin intentar avanzarnos hacia ese grande horizonte, delante el cual el perezoso echa pie atrás, por el espanto que le causan su inmensidad y la dificultad de juzgarle, las cosas más vulgares, aun aquellas que muchas personas desprecian, esos pequeños insectos, esos animalejos, esas plantas, y tantos otros objetos, aún más viles y más comunes, despreciados por unos y admirados por otros, ¿no son un mundo de ideas para el que quiera conocer sus costumbres, sus armas, sus astucias é inclinaciones? ¡Cuán admirable es el encadenamiento que existe entre ellos, y la armonía que preside sus acciones y los diferentes períodos de su vida! Cuando el hombre, en sus profundas meditaciones, puede darse razón de todas estas maravillas, contento con su suerte, tributa gracias al Todopoderoso por haberle hecho conocer lo que el vulgo no puede concebir, ni aun comprender.

Si estos placeres, si estos goces no fuesen reales, puros y dignos de desear, ¿cuál sería el hombre que se atreviera á dejar su país para ir á estudiar esas futilidades á naciones, por lo común bárbaras, ó entre los salvajes de la Oceanía, ó á esos bosques y desiertos que sólo habitan enemigos terribles de la especie humana? ¿Cuántas personas no han sido víctimas de su gran celo? Sin embargo de estos tristes ejemplos, la vieja Europa, la joven América boreal y muchas otras naciones ilustres ven todos los días á sus hijos expatriarse, y atravesar mares inmensos por ir á escalar montañas las más altas, y á desafiar espantosos precipicios, con el solo objeto de consultar á la naturaleza en toda su belleza y en todo su horror. Tal es el prestigio de esta ciencia, que no hay casi país cuyas producciones no tengan sus historiadores. Ya el centro de la formidable África ha sido pisado muchas veces por sabios europeos; y los rígidos polos boreal y austral han visto sucumbir sus heladas barreras á la diligencia é intrepidez de los Parry, de los Weddell y de otros muchos hombres científicos, á quienes una pasión decidida por todo lo que podía aumentar sus conocimientos, trasportaba á estas frías y peligrosas regiones.

Si semejantes ejemplos no bastasen para hacer que la juventud chilena se aficiona á ciencias que tienen tantos atractivos, un objeto más noble aún, y más filantrópico, el de la utilidad, debería empeñar el gobierno á emplear toda clase de medios para introducir el gusto por ellas. La historia natural, la física y la química se han hecho ciencias casi populares, y la industria ha llegado á ese grado de elevación y de perfección en que la vemos, cuando los gobiernos ilustrados, convencidos de sus utilidades, hicieron abrir casi en todas las ciudades, cursos públicos, adonde concurrían fabricantes, médicos, farmacéuticos, militares, manufactureros, agricultores, etc., á tomar conocimientos, que después iban á poner en uso en sus talleres, sus laboratorios, sus manufacturas, etc. El estudio de la naturaleza corresponde á todas las clases y á

todas las condiciones: antorcha de la sociedad en general, alumbrada con su bienhechora luz á todos los ramos de la industria y de las ciencias, y desarrolla al mismo tiempo la imaginación del poeta y el juicio del literato, sometiendo sus ideas á ese espíritu de lógica y de método, que constituye uno de los principales atributos de las ciencias naturales.

ANDRÉS BELLO.

Pensamientos.

(Del Discurso en la instalación de la Universidad de Chile.)

Yo no abogaré jamás por el purismo exagerado que condena todo lo nuevo en materia de idioma; creo, por el contrario, que la multitud de ideas nuevas que pasan diariamente del comercio literario á la circulación general, exige voces nuevas que las representen. ¿Hallaremos en el diccionario de Cervantes y de fray Luis de Granada—no quiero ir tan lejos—hallaremos, en el diccionario de Iriarte y Moratín, medios adecuados, signos lúcidos para expresar las nociones comunes que flotan hoy sobre las inteligencias medianamente cultivadas para expresar el pensamiento social? ¡Nuevas instituciones, nuevas leyes, nuevas costumbres, variadas por todas partes á nuestros ojos la materia y las formas; y viejas voces, vieja fraseología! Sobre ser desacordada esa pretensión, porque pugnaría con el primero de los objetos de la lengua, la fácil y clara trasmisión del pensamiento, sería del todo inasequible.

Pero se puede ensanchar el lenguaje, se puede enriquecerlo, se puede acomodarlo á todas las exigencias de la sociedad, y aun á las de la moda, que ejerce un imperio incontestable

sobre la literatura, sin adulterarlo, sin viciar sus construcciones, sin hacer violencia á su genio. ¿Es acaso distinta de la de Pascal y Racine, la lengua de Chateaubriand y Villemain? ¿Y no transparenta perfectamente la de estos dos escritores el pensamiento social de la Francia de nuestros días, tan diferente de la Francia de Luis XIV? Hay más: demos anchas á esta especie de culteranismo; demos carta de nacionalidad á todos los caprichos de un extravagante neologismo; y nuestra América reproducirá dentro de poco la confusión de idiomas, dialectos y jergonzas, el caos babilónico de la edad media; y diez pueblos perderán uno de sus vínculos más poderosos de fraternidad, uno de sus más preciosos instrumentos de correspondencia y comercio.

.....

¡El arte! Al oír esta palabra, aunque tomada de los labios mismos de Goethe, habrá algunos que me califiquen entre los partidarios de la reglas convencionales, que usurparon mucho tiempo ese nombre. Protesto solemnemente contra semejante aserción: y no creo que mis antecedentes la justifiquen. Yo no encuentro el arte en los preceptos estériles de la escuela, en las inexorables unidades, en la muralla de bronce entre los diferentes estilos y géneros, en las cadenas con que se ha querido aprisionar al poeta á nombre de Aristóteles y Horacio, y atribuyéndoles á veces lo que jamás pensaron. Pero creo que hay un arte fundado en las relaciones impalpables, etéreas, de la belleza ideal; relaciones delicadas, pero accesibles á la mirada de lince del genio competentemente preparado; creo que hay un arte que guía á la imaginación en sus más fogosos transportes; creo que, sin ese arte, la fantasía, en vez de encarnar en sus obras el tipo de lo bello, aborta esfinges, creaciones enigmáticas y monstruosas. Esta es mi fe literaria. Libertad en todo; pero no veo libertad, sino embriaguez licenciosa, en las orgías de la imaginación.

ANDRÉS BELLO.

Iniciativa americana en el estudio de las ciencias y las letras.

(Memoria de la Universidad de Chile.)

Nuestra ley orgánica, inspirada, en mi humilde concepto, por las más sanas y liberales ideas, ha encargado á la Universidad, no sólo la enseñanza, sino el cultivo de la literatura y las ciencias; ha querido que fuese á un tiempo universidad y academia; que contribuyese por su parte al aumento y desarrollo de los conocimientos científicos; que no fuese un instrumento pasivo, destinado exclusivamente á la transmisión de los conocimientos adquiridos en naciones más adelantadas, sino que trabajase, como los institutos literarios de otros pueblos civilizados, en aumentar el caudal común. Este propósito aparece á cada paso en la ley orgánica, y hace honor al gobierno y la legislatura que la dictaron. ¿Hay en él algo de presuntuoso, de inoportuno, de superior á nuestras fuerzas, como han supuesto algunos? ¿Estaremos condenados todavía á repetir servilmente las lecciones de la ciencia europea, sin atrevernos á discutir las, á ilustrarlas con aplicaciones locales, á darles una estampa de nacionalidad? Si así lo hiciésemos, seríamos infieles al espíritu de esa misma ciencia europea, y la tributaríamos un culto supersticioso, que ella misma condena. Ella misma nos prescribe el examen, la observación atenta y prolija, la discusión libre, la convicción concienzuda. Es cierto que hay ramos en que debemos, por ahora, limitarnos á oírla, á darle un voto de confianza, y en que nuestro entendimiento, por falta de medios, no puede hacer otra cosa, que admitir los resultados de la experiencia y estudio ajenos. Pero no sucede así en todos los ramos de literatura y ciencia. Los hay que exigen investigaciones locales. La historia chilena, por ejemplo, ¿dónde podrá escribirse mejor que en Chile? ¿No nos toca á nosotros la tarea, á lo menos, de re-

coger materiales, compulsarlos y acrisolarlos? Y lo que se ha hecho hasta ahora en este solo ramo bajo los auspicios de la Universidad; las memorias históricas que cada año se le presentan; lo que se ha trabajado por un distinguido miembro de la Universidad en la historia de la iglesia chilena, lo que ha dado á luz otro distinguido miembro sobre la historia de la constitución chilena, ¿no nos hacen ya divisar todo lo que puede y debe esperarse de nosotros en un estudio peculiarmente nuestro?

Pocas ciencias hay que, para enseñarse de un modo conveniente, no necesiten adaptarse á nosotros, á nuestra naturaleza física, á nuestras circunstancias sociales. ¿Buscaremos la higiene y patología del hombre chileno en los libros europeos, y no estudiaremos hasta qué punto es modificada la organización del cuerpo humano por los accidentes del clima de Chile y de las costumbres chilenas? ¿Y un estudio tan necesario podrá hacerse en otra parte que en Chile? Para la medicina, está abierto en Chile un vasto campo de exploración, casi intacto hasta ahora, pero que muy pronto va á dejar de serlo, y en cuyo cultivo se interesan profundamente la educación física, la salud, la vida, la policía sanitaria y el incremento de la población.

Se han empezado á estudiar en nuestros colegios la historia natural, la física, la química. Por lo que toca á la primera de estas ciencias, que es casi de pura observación, aun para adquirir las primeras nociones, se trata de ver, no las especies de que nos hablan los textos europeos, sino las especies chilenas, el árbol que crece en nuestros bosques, la flor que se desenvuelve en nuestros valles y laderas, la disposición y distribución de los minerales en este suelo que pisamos, y en la cordillera agigantada que lo amuralla; los animales que viven en nuestros montes, en nuestros campos y ríos, y en la mar que baña nuestras costas. Así, los textos mismos de historia natural, es preciso, para que sirvan á la enseñanza en Chile, que se modifiquen, y que la

modificación se haga aquí mismo por observadores inteligentes.

Y dado este paso, suministrada la instrucción conveniente, ¿no daremos otro más, enriqueciendo la ciencia con el conocimiento de nuevos seres y nuevos fenómenos de la creación animada y del mundo inorgánico, aumentando los catálogos de especies, ilustrando, rectificando las noticias del sabio extranjero, recogidas en la mayor parte en viajes hechos á la ligera? El mundo antiguo desea en esta parte la colaboración del nuevo; y no sólo la desea: la provoca y la exige. ¿Cuánto no han hecho ya en esta línea los anglo-americanos? Aun en las provincias españolas de América, y bajo el yugo colonial, se han dado ejemplos de esta importante colaboración. El nombre del granadino Caldas, que jamás visitó la Europa, y el de Molina, que adquirió en Chile los conocimientos á que debió su reputación, figuran honrosamente en las listas de los observadores que han aumentado y enriquecido las ciencias. ¿No seremos nosotros capaces de hacer en el siglo XIX lo que hizo en el XVI el jesuita español José de Acosta, cuya Historia Natural y Moral de las Indias, fruto de sus observaciones personales, es consultada todavía por el naturalista europeo? Y si lo somos, ¿se condenará como importuna la existencia de un cuerpo que promueva y dirija este cultivo de las ciencias?

Lo dicho se aplica á la mineralogía, á la geología, á la teoría de los meteoros, á la teoría del calor, á la teoría del magnetismo.

La base de todos estos estudios es la observación, la observación local, la observación de todos los días, la observación de las agencias naturales en todas las estaciones sobre toda la superficie del globo. La ciencia europea nos pide datos; ¿no tendremos siquiera bastante celo y aplicación para recogerlos? ¿No harán las repúblicas americanas en el progreso general de las ciencias más papel, no tendremos más parte en la mancomunidad de los trabajos del entendimiento hu-

mano, que las tribus africanas, ó las islas de la Oceanía?

Yo pudiera extender mucho estas consideraciones, y darles nueva fuerza aplicándolas á la política, al hombre moral, á la poesía, y á todo género de composición literaria; porque, ó es falso que la literatura es el reflejo de la vida de un pueblo, ó es preciso admitir que cada pueblo de los que no están sumidos en la barbarie, es llamado á reflejarse en una literatura propia, y á estampar en ella sus formas.

ANDRÉS BELLO.

(Venezolano.)

Discurso.

Las letras lo son todo. Las letras viajan, son la luz que inunda en un instante el espacio y lo colora; la arista que lleva el grano de la idea y que es arrebatada por el viento de las edades, para llevar á todas partes germen, árbol, flor y frutos. Las letras crean: Homero ha dado origen á mundos en que él no soñó y que hoy ruedan en el vacío de la gloria; sin la palabra de Demóstenes, la suerte de Grecia no llega á Queronea; sin la de Cicerón, Catilina suplanta á César y precipita el tiempo de Farsalia; y el siglo de Julio II y León X es grande, y Cánova hubiera podido poblar el museo Pio-Clementino de obras suyas, porque había libros santos que hablan maravillas, é historiadores y poetas que son dechados! ¡Qué siglo ese! Las galerías del Vaticano son historias del cielo; y se alcanzó á ver entonces entre otros genios, á un Miguel Ángel, que pudo desbaratar el orbe para llamarlo á juicio, y á un Rafael, que, por la fuerza sola de su mano, hizo encarnar la Virgen en colores, tras de los cuales ve uno su misma gracia divina. Las letras han engendrado el can-

to y la armonía: Beethoven, Haydn y Mozart, los maestros profundos, y Rossini, Bellini y Donizetti, los maestros melódicos, creadores todos ellos de un poder incontrastable que va derecho al alma y la cautiva, y después que la cautiva, la enseña, han calcado en su mayor parte las obras maestras que los ilustran, en las obras maestras de la poesía y de las letras: la poesía precede siempre á la música, como el rayo de luz al arco iris. Las letras son el tesoro inagotable de las bibliotecas, que ocupan hoy los palacios mudos del saber, así como son el oleaje incesante del periodismo, que bafia, agita y fecunda industrias, opiniones, costumbres y creencias.

Las letras han producido en las artes la estética, ciencia que encanta, naturaleza que ríe, especie de creación, donde no hay sonidos sin acordes, ni formas sin belleza. Las letras son en la amargura de la vida miel, en la vida de los pueblos aliento, en el espíritu cultura, en los anales del género humano la única página sin mancha, y en la corriente de los siglos el único bajel que no hace estadía ni naufraga. Las letras son las que han venido labrando este progreso que tenemos, esta civilización que nos honra, esta libertad que es nuestro orgullo. Las letras, por fin, han necesitado del fósforo para domesticar y poner á logro el fuego, del ferro-carril para trasportar el fruto que da el tipo de imprenta, y del alambre para poner á su servicio la electricidad, el único órgano capaz de transmitir, con la rapidez que él tiene, el rayo fecundador del pensamiento.

Y aquí, señores, me siento como con alas, como llevado por el hipogrifo de Astolfo para recorrer de un vuelo los siglos. ¿Qué queda de Roma? Sus libros. ¿Qué de la Edad Media? Sus crónicas. ¿Qué del siglo XV? El Renacimiento. ¿Qué de la edad horrible de César Borgia? Maquiavelo. ¿Qué de la Italia humillada del siglo XVI? Ariosto y Tasso.... Ved: hay en la larga jornada de la humanidad, como se nota ahondando un poco, y á veces sin ello, una estrella que

siempre va, un rastro que siempre queda, de luz todo. ¿Será esta la aguja misteriosa que marca sin cesar el rumbo del viaje; la voz de alerta dada á la peregrinación del porvenir, ó el hilo de la Providencia, que, oculto á veces, á veces ostensible, burla todas las lógicas para hacer triunfar la suya, y hace precipitar la corriente de los sucesos hacia sí, como hacia un centro absorbente? Mirad el siglo de Pericles: la musa del drama y de la historia deja más para la Grecia y para el mundo, que las batallas de Maratón y Salamina; Tucídides casi fué el maestro de Tácito, y Eurípides fué tan grande, que había de ser corona histórica suya que el adusto Sócrates asistiese á la representación de sus obras, y que más tarde hubiese de inmortalizar sus páginas la sangre preciosa de Tulio, que las leía, derramada sobre ellas por los sicarios de Antonio. ¡Hermosos días esos, en que los juegos olímpicos fueron también palestra á ingenios lidiadores; hubo en ellos susurro de aplauso en el concurso, voz de grata fama corriendo de boca en boca, y, en el autor afortunado, rubor de gloria bañando sus mejillas.

¡Oh! me siento trasportado! Quisiera hacer alto delante de esa edad florida, y que levantásemos aquí tres tabernáculos, para contemplar de nuevo esa transfiguración del espíritu que, todavía, después de más de veinte y dos siglos, se ve pasar por sobre nuestras cabezas como un meteoro brillante. ¿Qué dirá ahora la barbarie (yo la interpelo para que comparezca á este lugar), qué dirá cuando, en presencia de ese espectáculo espléndido, vea ella por sus propios ojos, que la sangre no deja sino sangre, las tinieblas sino olvido, y que en la posteridad sólo para la virtud hay honra y para el talento laurel?

CECILIO ACOSTA.

(Venezolano.)

Bolivar y Miranda.

(Resumen de la historia de Venezuela.)

Á Bolivar se debió exclusivamente este viaje de Miranda. El negociador de la Junta en Londres creía, como todos, que su célebre compatriota era el hombre que necesitaba la revolución; y por eso, tomando sobre sí el separarse de algunas instrucciones secretas, le llevó consigo como una adquisición preciosa, le dió hospitalidad en su propia casa y contribuyó, sobre todo, á extender y afirmar su influencia, elogiando calorosamente su mérito y virtudes. De unas y otro era juez idóneo Bolivar, que, aunque joven, tenía el alma y el entendimiento formados con la meditación y el estudio. Menos instruído que su ilustre huésped, había como él viajado por los principales países de la Europa y por algunos de América, con no común provecho, estudiando por do quiera el espíritu, la legislación y la fuerza de los pueblos. Naturalmente le llevó este examen á pensar en la suerte de su patria, cuando, profundamente afligido, vió la inmensa distancia que separaba su imperfecto estado social del de esas naciones europeas tan brillantes y opulentas. Él había visitado á España, y aun hecho larga mansión en la corte: conocía y estimaba el carácter del pueblo tanto como despreciaba las torpes ideas de sus gobernantes; y un tiempo lastimado de la madre patria y de la colonia, juzgaba necesario romper su unión y separar sus destinos. El Nuevo Mundo no debía esperar para mejorar su condición á que una parte del antiguo, carcomida de abusos, se regenerase. Aguardar el bien, de gobiernos absolutos que jamás se corrigen, era insigne desacuerdo; y la revolución que á España convenía y que tarde ó temprano debía declararse, no había formado aún en aquel suelo desgraciado sus primeros elementos. ¿Los tenía América para luchar con su metrópoli, debilitada más no destruída? Esos mismos pueblos que él deseaba hacer pasar del rango de colonias al de naciones

independientes, ¿habían llegado al punto de madurez ó instrucción que eran necesarias para conocer el precio de la libertad, defenderla, y fundarla en un gobierno medianamente organizado? Graves dudas eran éstas, y que por mucho tiempo le tuvieron vacilante entre sus principios y sentimientos patrióticos, y el temor de encender en su patria inútilmente el fuego de las guerras civiles. Bien se le alcanzaba que los pueblos se educan para la libertad con las revoluciones; que estas empiezan por las clases principales y acaban por el vulgo; que, en fin, siendo la espada la única que obtiene concesiones de la tiranía, no había medio entre combatir ó ser esclavos. Pero al mismo tiempo ¿cuán terrible no es la idea de la sangre derramada en fratricida contienda para el que ha de favorecerla! No se trataba aquí de perfeccionar el gobierno, sino de establecerlo sobre bases nuevas; ni de producir en el pueblo un sacudimiento momentáneo, sino de conmoverlo profundamente para conquistar con él la libertad y la soberanía. Pero excitar actividad y ambición en la plebe, que dormía el sueño de la servidumbre, era provocar una tormenta cuyos estragos podían derribar la obra y al obrero; mayormente cuando, una vez dado el primer paso en el camino de las revueltas populares, no es siempre posible el detenerse, volviendo el rostro á la corriente. Bolívar, pues, aunque considerado en la patria, hijo de una noble familia, rico y con talento, no quiso ser de los primeros en proclamar la revolución y la guerra. Estúvose mucho tiempo á observar la marcha de los negocios, el carácter de los hombres que los dirigían, el espíritu del pueblo y los recursos nacionales. Poco satisfecho de algunas de estas cosas, vió, sin embargo, ser necesario acabar lo empezado, no fueran que se entregasen, por defecto de valor y espíritu, á la venganza del gobierno español, pudiendo dar un tiento á la fortuna. Mas ni aun entonces quiso, confiando demasiado en las propias y no probadas fuerzas, librar la suerte de la patria en su impericia; y cuando otros, con menos mérito y modes-

tia, procuraban hacer triunfar descabelladas ambiciones de todo género, él se olvidaba de sí mismo hasta el punto de elevar una capacidad que debía hacer menos necesaria la suya.

La conducta de Bolívar con el antiguo general de la república francesa, prueba, en efecto, un espíritu noble y elevado, eminentemente patriótico, y superior á las miserias de la envidia; y era tanto más admirable cuanto existiendo entre el carácter y sentimientos de los dos, notables semejanzas, no estaban unidos, sin embargo, por mutuas y profundas simpatías. El joven Bolívar, elegante, ligero, dotado de una asombrosa movilidad en la acción y en el pensamiento, encubría, como César, bajo exterioridades amables y al parecer insustanciales, una alma de fuego, enérgica y constante, profunda y atrevida inteligencia, la intrepidez activa y emprendedora del tribuno, el valor sereno del soldado. Con semejantes dotes, y favorecido hasta entonces de la fortuna, había aprendido á no dudar de nada, creyendo que todo era posible á quien sabía pensar y combatir. Un instinto invencible le hacía mirar con horror las anarquías populares, hijas de las revoluciones: y sin haber presenciado las que inundaron en sangre el suelo francés, temblaba á la sola idea de verlas reproducidas en su patria. Para él no había dicha posible sino en el orden, y para conseguirlo, más quería un menoscabo de la libertad, que un peligroso exceso de ella.

Miranda tenía, como él, las virtudes del valor y constancia; igual ingenio, superior instrucción. Grave en su porte, severo en sus costumbres y reservado en palabras y confianzas, más respeto inspiraba que cariño. Muchas desgracias y contrariedades habían acibarado su existencia; más de un desengaño había arrancado de su corazón dulces ilusiones, y ya en el último tercio de su vida, no era el mismo hombre que en mejores días viajó para instruirse hasta los hielos de Rusia y peleó en los dos mundos por la libertad de los pueblos. En uno grande, culto y poderoso, donde el estableci-

miento de la libertad hubiera sido haccedero, Miranda, sencillo y puro republicano, habría dado ejemplo de virtudes y sacrificios heroicos: en las tormentas de la tribuna habría lucido, como sus amigos los famosos y desgraciados girondinos: en el ejército habría, como lo hizo, preferido á la traición de Doumuriez, el juicio del tremendo tribunal de la revolución francesa. Pero apegado por carácter y por educación á las reglas absolutas; acostumbrado á ver la disciplina como la única prenda del triunfo; mal hallado con las conmociones populares, que le traían á la memoria los horrores de aquel terrible trastorno; y hecho, con la edad, más rígido y severo, Miranda era, de todos los hombres, el menos á propósito para transigir con los partidos, tolerarlos y vencerlos. Muchos años ausente de la patria, sus hombres, cosas y opiniones le eran desconocidos. Á poco de examinarla cuidadosamente, llegó á persuadirse que en su suelo, la libertad republicana era imposible; que la educación y las costumbres la hacían incapaz de soportar un estado social semejante al de los pueblos cultos; y que á lo más que podía extenderse su conquista moral, era á obtener un gobierno en que estuviesen combinadas las formas protectoras de la libertad con algunas de la monarquía. De acuerdo en esto con Bolívar, había entre los dos una grande diferencia: el uno ardiente, entusiasta, rebosando en espíritus fecundos de juventud, flexible y popular, tenía todas las cualidades necesarias á un jefe de partido: el otro prudente, frío, decaído con la edad, rígido y menos amado que temido, era más propio para detener en su marcha la revolución, que para darle ensanche. Ambos tenían amigos y valedores poderosos: ambos crédito, virtudes y excelentes intenciones: de ninguno puede decirse con justicia que en sus pensamientos sobre la cosa pública entrase por más en algún tiempo la propia ambición que el patriotismo.

RAFAEL MARÍA BARALT Y RAMÓN DÍAZ.

(Venezolanos.)

El bosque de Chapultepec.

¿Qué fué de aquellos hermosos verjeles, de aquellos bosques magníficos que los reyes de Tenoschtitlan y de Tezcucó plantaron en los días de su grandeza, de su poder y de su gloria?... ¡Todo fué devastado por la barbarie de los conquistadores!

¡Solo tú, bosque grandioso, has sobrevivido á tanta devastación y á tantas ruinas! Tú embelleces todavía con tu frondosidad, con tu verdor y con tus sombras, ese sitio de tantos recuerdos, tan silencioso y lleno de misterios. Todavía en tu recinto se levantan excelsos, robustos y lozanos, aquellos ahuehuetes, bajo cuya sombra reposó Cortés y la hechicera Malitzín, Moctezuma y sus concubinas, y sus guerreros valerosos. Todavía esos árboles gigantesos cubren con su ramaje la alberca en que se bañaron tantas hermosas indias del harén de aquel sultán, y oye aún, junto á esa alberca, aquel mismo murmurio que adormecía á los príncipes de Anahuac, cuando reposaban en el regazo de sus queridas, después de una victoria. Todavía, recorriendo tu recinto, podemos seguir aquellas sendas por donde vagaban los guardias de la corte, casando pájaros y alimañas; y cuando vuelan las aves entre las selvosas ramas de tus árboles, parece que silban en el viento las flechas que disparaban aquellos cazadores. Porque bajo tus bóvedas de verdura, en la espesura de tus excelsos ahuehuetes, y en tus veredas tortuosas y sombrías, por todas partes hay recuerdos, por todas partes aparecen esas memorias de lo pasado, que por sí solas bastarían para hacerte, como eres, tan hermoso!

Venid á este bosque, hombres que amáis la soledad, y que buscáis inspiraciones. Veréis qué bello es, cuando en la alborada del día interrumpen las aves con sus silbidos el silencio con que se adormecía aquella naturaleza salvaje y misteriosa. La cumbre de los árboles más colosales se ilu-

mina con el albor de la mañana, y entonces resaltan más esas sombras, entre las que se mecen suavemente las ramas de la selva. Por entre esas ramas flotantes y sombrías pasan algunos rayos de luz, y uno que otro pájaro atraviesa esas ráfagas, volando perezoso.

Al medio día, la luz del sol cae sobre el bosque, como una gasa de oro que flota entre las ramas. Entonces sorprende más ese hermoso contraste de sombras y de luz, que hace aquel sitio tan bello y misterioso. Uno que otro graznido, uno que otro canto interrumpe el silencio del bosque, porque las aves van en aquella hora á buscar sombra y frescura hasta la cumbre de los ahuehuetes, y á esconderse del sol entre los ramosos brazos de aquellos árboles.

En la tarde, el cielo se tiñe en el occidente de rosicler y nácar, se inunda con un fulgor purpúreo, ó se extiende en él un velo de topacio. Sobre esa tela de luz que flota en el ocaso, veréis cómo se diseñan con sus grandiosas formas, con sus membrudos brazos, y con su tupido y sombrío ramaje aquellos ahuehuetes, que aislados y dispersos, forman en el bosque grupos pintorescos. Entonces vaga entre ellos ese pájaro que llaman crepuscular, porque sale á cazar insectos á la hora en que el lucero de la tarde centellea entre las ramas de la selva. ¡Qué vago se percibe entonces en esta soledad el rumor de la corte populosa y el eco sonoro de las campanas, cuya voz resuena majestuosa, cuando el ángel de la oración baja á la tierra!

En la noche, la oscuridad del bosque es imponente, misterioso el silencio de aquel vasto recinto, y poético el murmurio del viento rumuroso.

Pero nada está, en más armonía con la majestad y silencio de este antiguo bosque, que esa luz aperlada y suave, esa apacible claridad que la luna derrama sobre la copa de los árboles, y esos rayos plateados del astro de la noche, que penetran entre las sombras, que vagan trémulas y brillantes cuando el follaje se agita al soplo de las auras. Entonces

el silencio de la selva interrumpido solamente por el murmullo de la noche, y la luna que riela sobre las ondas de la alberca, y las sombras de los árboles, cuyas formas fantásticas varían á cada instante, todo da á Chapultepec un aspecto salvaje y al mismo tiempo augusto y misterioso. Se trasporta uno involuntariamente á los pasados siglos; y cuando entrevé algunos árboles cubiertos con la niebla vagarosa; cuando escucha el murmullo de los vientos, le parece ver un guerrero que pasa por la selva, un cazador parado bajo un árbol y que se apoya en su arco formidable. Entonces, cuando se levanta de la alberca un vaporcillo que la luna platea ligeramente, parece que asoma entre las aguas una de aquellas beldades indias en tiempo de Guatimoc y de Alvarado.

¡Qué majestuosos sois, soberbios ahuehuetes, y qué venerable es vuestro aspecto, cubiertos con ese parásito ceniciento que crece sobre vuestras ramas y brazos gigantesco! Al veros envueltos en él, se diría que el tiempo había ido acumulando sobre vosotros el polvo de los siglos. Ni las tempestades, ni el huracán os despojan jamás de ese manto pardo y ondeante que os hace tan hermoso. ¡Vivid aún por muchos siglos, árboles excelsos, que tantas veces habéis visto estallar sobre vuestras cabezas el rayo de los cielos!

¡Ah! Si en la soledad hay algunos genios que se recreen en contemplar la belleza salvaje de una naturaleza vigorosa, magnífica y fecunda, yo les pido que sean propicios para vosotros, y que os preserven de la barbarie de los hombres. ¡Ojalá la presente generación no llegue á ver por el suelo vuestros enormes troncos, ni mutilados vuestros brazos, ni marchito el verdor de vuestras ramas! ¡Ojalá un siglo que presume de civilizado conserve y embellezca cada día más ese bosque que los antiguos veneraron como sagrado, y que lo dejaron á su posteridad como un monumento de civilización, como resto magnífico de una vegetación salvaje, exuberante y prodigiosa!

LUIS DE LA ROSA.

(Mejicano.)

Allende.

Un día, hace ya algunos años, caminaba yo por las montañas. Era la estación de primavera; los campos habían vestido su verde ropaje; las florecillas asomaban tímidas sus corolas por las grietas de las rocas. Las unas eran rojas como el pudor de la mujer á los dieciséis años; las otras moradas como la tristeza que se apodera del corazón en cierta época fatal de la vida; las otras amarillas color de oro como la alegría de la juventud. ¿Habéis visto los pajarillos volar de una roca á otra, colgarse después de una rama, recoger, batiendo las alas, el alimento que Dios derrama en las praderas para sus lindas criaturas? ¿Habéis visto al insecto dorado besar amoroso á las flores, y sacar su néctar y llevarse su polen? . . . Todo era fiesta y regocijo en la naturaleza. El cielo azul, el campo con sus ruidos misteriosos, el viento arrojando la delicia y la voluptuosidad con sus frescas alas en medio de los rayos del sol, las montañas unas tras otras, altas, azules, majestuosas, dejando ver en sus eternas cimas los pinos viejos y añosos, y los cedros tiernos y verdes; grandes y solitarias alamedas plantadas por la mano de la naturaleza.

Repentinamente cambió todo este paisaje, y el camino, por una angosta vereda, me condujo á una de esas mesas interminables de la sierra Madre, donde la vegetación es mezquina, donde las rocas asoman sus calvas cabezas, y donde las aves pasan rápidas en parvadas, porque su vista no descubre ni árboles ni flores. El calor era cada vez más fuerte; los rayos del sol de medio día reflejaban sobre las superficies blancas y producían una especie de vértigo que entraba por los ojos y se respiraba en la atmósfera abrasada. Ni un árbol, ni un animal, ni siquiera una choza en aquella inmensa soledad que se perdía en el horizonte tembloroso y lleno de vapores, que no alcanzaba á percibir la vista: era el verdadero desierto de la Siria.

¡Qué encanto! ¡Qué sorpresa, qué sensación inesperada y tan agradable! El desierto desaparece repentinamente, se transforma, se hunde á mis pies, y allá en una profundidad diviso una cosa maravillosa. Es un jardín, una ciudad con altas cúpulas resplandecientes, con casas encarnadas y blancas, con sus almenas feudales y sus balconerías, con calles como si fueran sembradas entre las peñas; y luego diviso los arroyos cristalinos que corren como cintas plateadas; siento la deliciosa humedad; sube hasta mi rostro el perfume de las flores, y se llenan mis pulmones de su aire embalsamado y vivificante, que emana de los mejores amigos del hombre, de los hermosos árboles que creó y cultiva con tanto primor la maravillosa mano del grande y excelso jardinero del mundo.

Unos cuantos minutos más, y estoy ya dentro de San Miguel el Grande, dentro de esa ciudad donde todo es amable, donde todo es bello, donde son simpáticos hasta las pobres muchachuelas que con sus zagalejos encarnados atraviesan las calles, cargadas con su verdura, con sus aves ó con sus manojos de flores.

San Miguel el Grande es en lo interior lo que es Jalapa en la costa del Golfo y lo que es Tepic en el mar del Sur. Ciudades que son á un mismo tiempo aldeas, pueblos, haciendas, jardines, todo á la vez, y participan en ciertas ocasiones del bullicio y de la animación de la ciudad grande, otras de la apacible quietud del pueblo pequeño, y siempre del aroma y de la belleza de los jardines.

San Miguel, además de su posición, de su hermosura y de su clima, es todo él un libro abierto, un monumento histórico, un almanaque de los sucesos de la Independencia. En Querétaro, en San Miguel y en Dolores nació y se desarrolló todo el drama sangriento cuyo prólogo terminó en los patíbulos de Chihuahua.

Allende fué el mosquetero de la revolución. Comenzó batiéndose con la espada y la pistola, y pocos días ántes de morir, todavía arrojó sus balas á la frente de los jefes españoles. Los

historiadores que lo conocieron lo describen como un hombre alto, bien hecho, hermoso, fuerte, ágil en el manejo de las armas, guapo y airoso disparándose en su caballo contra los eneñigos, resuelto y pronto en sus ataques, excelente militar para su época, y hombre de previsión. No siempre se siguieron sus consejos y sus inspiraciones, y quizás por esto la guerra de la Independencia no terminó en el primer período, en que hizo el mismo empuje terrible que la pólvora que se prende encerrada en una mina.

La idea de la Independencia y de la Libertad aparece depositada en el cerebro de Allende mucho antes del año de 1810. ¿Fue el verdadero autor de la idea ó el colaborador de Hidalgo? Parece que lo primero es más probable; pero la gloria reflejó de una manera más intensa en el anciano de Dolores, mientras la muerte y la tumbá fueron igualmente negras é inexorables para los dos.

Allende era hijo de ese pintoresco pueblo de San Miguel, de que he hablado, y su familia y su posición social tan distinguidas, que llegó á ser capitán de dragones de la reina. Sirvió en San Luis á las órdenes de Calleja, y después en el célebre cantón de las Villas.

En principios del año de 1810 ya se registran diversas historias y tradiciones que comprueban que Allende, en unión de otros oficiales de su cuerpo, habían pensado en la Independencia, y que de todo esto tenía conocimiento Hidalgo. La conjuración se descubre; el intendente Riaño, de Guanajuato, manda prender á todos los que, según la denuncia, estaban comprometidos; pero Allende intercepta por una rara casualidad la orden; manda ensillar sus caballos, y en medio de las sombras, y saltando peñascos y barrancas, corre veloz como el viento, llega á las doce de la noche á Dolores, despierta á Hidalgo, hablan los dos un momento, se deciden á arrojarle á lo desconocido de las aventuras, á lo lúgubre y sangriento de la guerra; en una palahra, allí abren su sepulcro, labran su ataud, al saludar á la libertad dicen adios á la vida, se despi-

den de la bella naturaleza, y dan, con cuatro ó cinco miserables del pueblo, el tremendo é histórico grito de Dolores, el 16 de Setiembre de 1810. Hé aquí la Independencia, historia sencilla, rápida, magnífica, sorprendente, inesperada como todas las grandes cosas.

Comenzaron esta obra terrible media docena de hombres. Los mejicanos nunca han medido los acontecimientos, y una vez decididos, no han conocido tampoco la magnitud de las dificultades, ni han podido ya comprender ese triste fenómeno nervioso que se llama miedo. Se lanzan, se arrojan á una aventura, sin temor de estrellar su frente contra ese obstáculo de fierro que se llama lo imposible.

De Dolores marcharon Hidalgo y Allende á San Miguel el Grande. Lo primero que hicieron fué entrar á una iglesia y sacar el lábaro al derredor del cual había de reunirse el pueblo oprimido y desheredado. De San Miguel la marcha fué á Celaya. Ya no eran seis los personajes, sino sesenta mil. En momentos se habían aumentado en una progresión decimal asombrosa y nunca vista.

Hidalgo era el generalísimo. Allende era su segundo; pero estas distinciones poco importaban entre masas que no podían tener organización. Eran masas, instrumentos, fuerzas depositadas durante siglos, y empujadas por el huracán de la guerra. En vez de seguir á la capital, esta avenida humana retrocedió y se dirigió á Guanajuato...

Hidalgo y Allende, después de permanecer en Guanajuato algunos días, salieron para Valladolid, y se posesionaron de la ciudad sin dificultad ninguna. Allí aumentaron y organizaron su tropa tanto como fué posible, y en el mes de Octubre todo ese grande ejército independiente, que en su mayor parte se componía de indígenas mal armados, se dirigió á la capital, tomando el rumbo de Maravatío, la Jordana, Ixtlahuaca y Toluca.

En Méjico reinaba no sólo la consternación sino el terror. El virey Venegas creyó en su última hora; pero haciendo un

esfuerzo, logró reunir una división de tres mil hombres, que puso al mando de D. Torcuato Trujillo, el que salió al encuentro de los insurgentes; pero su número sólo le agobiaba, y á medida que Hidalgo avanzaba, el jefe español retrocedía, hasta que en el monte de las Cruces tomó posiciones que la naturaleza hacía inexpugnables, y se resolvió á esperar.

Fué en esta célebre batalla donde Allende mostró todo su valor personal.

Las tropas de Trujillo eran pocas, como hemos dicho, pero disciplinadas, resueltas y bien situadas en alturas, y cubiertas con la misma fragosidad del terreno y con los árboles y malezas del bosque. Sin embargo de esto, se repetían las cargas confusas, y la muerte y la sangre no hacía más efecto sino irritar y hacer más tenaz á la raza indígena.

Es un hecho bien averiguado que los indios de Hidalgo llegaban hasta las baterías españolas y pretendían tapar con sus sombreros de palma las bocas de los cañones.

Allende, al reconocer los puntos de más peligro, tratando, aunque en vano, de organizar el ataque y de reducirlo á las reglas de la táctica española, observó que los enemigos habían enmascarado unas piezas de artillería con unas ramas, de manera que las columnas que atacaban llegaban hasta cierta distancia, y allí eran desbaratadas por la metralla.

En el instante, sin calcular el peligro ni los obstáculos, dice á los que le rodean:

—Es menester quitar esas piezas, y la batalla será nuestra : seguidme.

Desata el lazo que llevaba en la grupa, pone las espuelas á su caballo, y seguido de algunos rancheros corre sobre aquel horno de fuego, que cubría la verdura de los árboles.

Se oye una detonación, que reproducen los ecos de las montañas, y el intrépido caballero y los que le seguían quedan envueltos en una nube rojiza de humo. ¡Todo se ha perdido!

—¡Viva Méjico!—grita Allende, que había escapado de la metralla; y de un salto llega á donde están las piezas, les tira

el lazo, y lo mismo hacen los rancheros; amarran á la cabeza de la silla, ponen la espuela á los caballos y se llevan la artillería, dejando á los soldados españoles atónitos, con la mecha, el estopín y las balas en la mano.

La batalla se gana completamente; todos los oficiales y soldados españoles quedan tendidos en el campo, y Trujillo, merced á su caballo, se escapa y se presenta como una fantasma sangrienta á anunciar la catástrofe al virey.

MANUEL PAYNO.

(Mejicano.)

Madame Roland.

(Estudios y conferencias de historia y literatura.)

El día en que fué llamada á comparecer ante el inexorable tribunal, donde ni aun le permitieron defenderse, y de cuyo recinto debía marchar directamente al cadalso, salió de su calabozo más risueña y animada que nunca. Vestida de blanco, con un ceñidor de terciopelo negro, sus magníficos cabellos oscuros cayendo en ondas hasta la cintura, fué recibida con viva y tierna simpatía por todos sus compañeros de prisión, hombres y mujeres, adversarios políticos y criminales vulgares. Con una mano sujetaba la orla de su vestido, y abandonaba la otra á una multitud que la besaba llorando. Un testigo presencial declara que eran encantadores en ese instante los colores de su rostro y la sonrisa de sus labios. Á todos contestaba afectuosamente sin decir que iba á la muerte. Pero todos lo sabían. Ante el Tribunal, puesto que le impedían hablar, no quiso defensa de abogado, y se redujo á

exclamar ante sus jueces: «Os doy las gracias por juzgarme digna de la misma suerte de los grandes hombres que habéis asesinado; yo trataré de ir al cadalso con el mismo valor con que ellos fueron.»

De pie sobre el carro fatal, en una tarde del mes de Noviembre, recorrió el largo trayecto desde la Conserjería hasta la plaza de las ejecuciones, consolando y sosteniendo á un hombre débil que iba con ella, condenado al mismo suplicio, y que tenía miedo de morir. La hicieron pasar por delante de la casa á orillas del Sena donde había nacido y pasado su infancia y su juventud, donde había perdido á su santa y cariñosa madre, y sus ojos no se nublaron. Reconoció un amigo entre la multitud que seguía ó aguardaba la fúnebre procesión, y una sonrisa, imperceptible para los demás, fué su único saludo. Al llegar al término del viaje, cedió el turno á su compañero, diciendo: «Subid primero, no tendríais fuerza para verme morir» Y al verdugo que se resistía á intervertir el orden de la ejecución: «¡No desairaréis la última súplica de una mujer!» Mientras moría su compañero, y paseaba su última mirada por el cielo y por la tierra, se fijaron sus ojos en una estatua colosal de la Libertad, que ocupaba el centro de la plaza, á pocos pasos de la guillotina, y pronunció su última palabra: «¡Oh Libertad, cómo te han escarnecido!» ó, según algunos, estas otras: «¡Oh Libertad, cuánto crimen cometido en tu nombre!»

¿Conocéis otra escena que en sublimidad pueda comparársele? Cayó como debía caer la mujer más grande de la historia.

Sus funerales también fueron terribles y dignos de ella. Roland, al saber su muerte, se atravesó con una espada, como Catón al saber la muerte de la libertad romana. Buzot, que estaba más lejos, poco después murió del mismo modo.

Hasta el último minuto quiso el destino marcar fuertemente la superioridad de la mujer respecto de los dos hombres que ocuparon y llenaron su existencia. Ella sucumbió en

elevado teatro, bajo el hacha del verdugo, en medio de los gritos y denuestos de un populacho feroz, desempeñando su difícil y grandioso papel con estupenda energía, mientras ellos perecían oscuramente, solos y apartados, sin la pompa del sacrificio, sin el consuelo de erigir la protesta de su valor enfrente de la iniquidad de la sentencia.

Musa por su genio, heroína por su carácter, mujer por sus sufrimientos; vencida en la vida política, herida de muerte en pleno corazón en su vida privada; triunfante sólo por su talento y sus escritos inmortales; mártir de una causa santa, que la arrastró á la tumba después de haberla forzado á vivir en medio de relámpagos y tempestades desencadenadas, tempestades, sin embargo, que fueron menos violentas y terribles que las que rugieron dentro de su propio pecho; luchando á brazo partido contra un régimen odioso, á cuya extinción contribuyó, pero sin el consuelo de vislumbrar siquiera los albores del régimen nuevo que había de sucederle; su existencia, en conjunto, recuerda la de uno de esos seres en que creyeron los antiguos, cuya fortaleza inspiraba envidia á los mismos Dioses, y que sólo el rayo de la Divinidad era capaz de postrar y destruir.

ENRIQUE PIÑERO,
(Cubano.)

El guardiero.

No sé, amigo mío, si tú alguna vez, discurriendo en mañana alegre y fresca, al gotear de los árboles el rocío, unguida tu alma con pensamientos tiernos y apacibles sobre cuán bella es la naturaleza, cuán dulce es vivir, cuán santa cosa reír inocente al tefirse el cielo con los fulgores del día, pensando en tu madre, en tu patria; no sé si recorriendo los campos con el pecho

abierto de esa manera á los goces inefables de la poesía, has escuchado por ventura, no lejos, pero sin saber dónde, el hermoso gorjeo de un pájaro que acompaña con su melodía el murmurar de un arroyuelo, y que, habiendo sentido tus pasos, se calla de improviso. La voz del pájaro te ha embelesado; has sentido vibrar en tu alma mil cuerdas de oro, vibrar un instante, pero callar con aquel gorjeo; lleno de ansiedad te has quedado inmóvil aguardando otro; pero todo ha seguido en profundo silencio

Yo también he seguido un pájaro por ver sus plumas y escuchar su canto; pero te confieso que en aquellos momentos no era menos viva mi ansiedad. Lo apacible de la tarde había derramado en mi corazón las más tiernas impresiones, y por común que en nuestros campos sea el bohío de un *guardiero*, presentía que me esperaban instantes de gran placer. Eran además muy poéticos sus alrededores, muy adecuada la hora para gustar las bellezas del cuadro. El sol se estaba poniendo, á la sazón; sobre el *limpio* abierto delante del bohío, alumbraba todavía, como el dudoso resplandor de un incendio, y aquí y allí veíanse largos listones de sombra producidos por el tronco de las palmeras. En el bohío vara en tierra, fabricado al pie de un frondosísimo *jagüey* que se levanta á orillas del río, casi á oscuras ya, percibíase, como un fuego fatuo, la pálida claridad de la llama que en ellos arde perennemente, y cuya luz iba tomando por momentos un color más vivo. En el *limpio* no había ni una hierba siquiera, porque el *guardiero* muchas veces, antes de comenzar ó después que acababa de tejer canastas, le *daba una mano* con el machete, y todos los días lo barría con una escoba de palma. La tierra de allí era muy bermeja, y mucho más lo parecía por la verdísima hierba que circundaba el *limpio*. Éste se halla rodeado de algunas palmas, de un bosquecillo de cañas de *güin*, y no lejos se deslizan las azules aguas del río. Las hojas de aquéllas, estremecidas de vez en cuando por el soplo de la brisa, formaban un patético murmullo, que hacía más

dulce el lejano y sordo resonar de las cascadas. A ocasiones sucedía á tan deleitable concierto un silencio sepulcral, y sólo se escuchaba el ruido leve de alguna hoja que cayera tropeizando con las ramas, imagen triste de cómo nuestros días se van desprendiendo del árbol de la vida; y luego, de repente, tornaban los murmullos, tan suaves, tan melancólicos como los acordes de una arpa.

Después de haber ladrado, con la misma petulancia de siempre, estaba echado junto al *guano* el perrito manchado de blanco y negro, y el guardiero, luego que desgranó varias mazorcas, habíase sentado sobre el trozo de madera en que, tejiendo canastos para el ingenio, conversando con los ahijados y parientes, tocando la *marimba*, pasaba los iguales años de su vida. Dábale las últimas vueltas á una canasta, y, sin interrumpir su tarea, alzaba frecuentemente la vista para contar las gallinas que iban entrando una á una por la gatera. Así permaneció largo rato, hasta que, concluída la canasta, se levantó, colocóla sobre otras que tenía debajo del jagüey, y tapó en seguida la gatera con una piedra. Después entró en el bohío, le dirigió algunas palabras al *manchado*, que se levantó gruñendo y meneando el rabo; atizó la candela, puso á asar plátanos, y salió, arrojándole á aquél un poco de harina cocida, con una pequeña caja de madera en la mano; pero el *manchado*, en lugar de precipitarse sobre la comida, alzó la cabeza tristemente, mirando al guardiero, como significándole que le diera otra cosa, el cual, al parecer compadecido, mas riñéndole ásperamente, sacó un pedazo de tasajo y se lo arrojó en el suelo. El perrito lo devoró, se volvió á echar, puso la cabeza entre las manos, y clavó con aire de ternura y agradecimiento en el negro sus ojos llenos de inteligencia. ¿Acordábase de que tres años antes, una mañana en que el mayoral, habiendo separado dos cachorros no más, estrellaba los otros con bárbara frialdad en una cerca de piedra, y teniéndole ya asido por las patas, cruzó casualmente por allí, camino á su bohío, el viejo guardiero, y luego que lo vió,

pensando que las frutas de la arboleda y muchas gallinas se las robaban por falta de un perro, se acercó al mayoral, pidióle sumisamente el cachorro manchado que iba á morir, y aquél, no sin deseos todavía de matarlo como á sus hermanos, se lo había dado?

La escena del perro, amigo mío, hubo de interesarme más por aquel cuadro tan sencillo, pero al mismo tiempo tan original. La caja que el guardiero llevaba en la mano era una *marimba*, á cuyo són lúgubre acostumbraba cantar por las tardes, bien cuando se sentía triste, bien cuando algún pensamiento alegre aparecía como el iris en su imaginación. Sentóse en el trozo de madera, colocó la marimba entre las piernas, é inmóvil como una estatua estuvo algún espacio con los ojos fijos en el suelo. Yo aguardaba, con una curiosidad mezclada de tristeza que no te puedo explicar, que sus duros dedos tañesen los gruesos alambres, para escuchar los sonidos que sacaba, y sobre todo, para ver cómo cantaba un negro que de tan anciano apenas podía dar un paso sin apoyarse en su bastón. Cuando menos lo pensaba hizo un movimiento brusco, enderezó la marimba, y punteando los alambres sacó unos acordes muy bajos y entonó un cantarillo, que sólo por el silencio del lugar podía escucharse. Cantó al principio en un mismo tono, y su cuerpo conservaba una misma postura; pero luego fué interpolando un estribillo más triste, y cada vez que llegaba á él, movía la cabeza como llevando el compás. Al mismo tiempo que cantaba y tocaba, sonaban las hojas del jagüey, sonaba el río, sonaban las palmas y las cañas, haciendo tantas armonías juntas un concierto tristísimo que inútilmente se buscaría en otras partes.

A. SUÁREZ Y ROMERO.

(Cubano.)

Bosque tropical.

(Martín Flores.)

Cuando Martín emprendió la demarcación de las posiciones, hubo de explorar, por conveniencia y necesidad, los bosques más cercanos al territorio de la misión. Al hollar aquellos bosques primitivos, su alma se abrió á la contemplación de las maravillas de la naturaleza y á todos los encantos y delicias de una poesía sana, vigorosa y llena de grandiosidad. Había, sobre todo, un espacio comprendido en el vértice formado por la confluencia del Cravo y del Meta, que tenía todas las condiciones de lo maravilloso. Era un campo alfombrado de grama, que la naturaleza había encerrado como un primoroso parque inglés en medio de tres colosales y espesos muros de verdura.

De un lado estaba el Meta, sobre cuya margen izquierda se desarrollaba la selva diez veces secular, con toda la exuberancia, el desorden salvaje, la enormidad de formas, la variedad de matices, el agrupamiento y complicación de especies y familias y la prodigiosa hermosura de la vegetación primitiva. Del otro lado se extendía, sobre la margen derecha del Cravo, una ancha cinta de verdura, compuesta casi únicamente de cañabavales, guadales y cámbulos. En fin, desde la orilla del Meta hasta la del Cravo, cerrando un extenso triángulo, se ostentaba un bosque largo y angosto, compuesto solamente de palmeras.

El *Paraiso*, como denominó Martín aquel espacio triangular, tenía un no sé qué de pulcro y *civilizado* que maravillaba. La naturaleza parecía haber prodigado allí toda su coquetería seductora, todas sus delicadezas de ornato y elegancia, todo lo que sus creaciones pueden tener de caprichoso y risueño. La grama del *parque* estaba salpicada á trechos desiguales, en mil puntos, de matorrales de estoraque y otros pequeños arbustos aromáticos, de cepas, de piñas y piñuelas, matas de fique

y otras plantas de la elegante familia de los aloes, y bosquillos de arrayán, de guayabos, de anoncillos y otros arbustos y árboles frutales. Y todo aquel enjambre de cepas, matas, matorrales, arbustos, arbolillos y árboles de mediana talla, se dispersaba en la pradera, sobre la alfombra verde y fresca de grama, describiendo innumerables plazas, plazoletas, calles, callejones, encrucijadas, galerías, círculos, semi-círculos, triángulos, cuadriláteros, y espacios de todas las formas imaginables, formando en su totalidad un prodigioso laberinto de verdura en que lo caprichoso armonizaba con lo regular, lo enano con lo grande, lo rastrero con lo aéreo, lo dulce y apacible con lo grave ó severo, los matices de lo verde, en cien gradaciones diversas, con el oro de las frutas amarillas, el carmín de las piñas en embrión, el rubí de los convólvulos, el blanco brillante de los racimos de flores de estoraque y el rojo vivo de las estrelladas florecillas de *venturosa*.

Y del seno de aquel paraíso, ebrio de fecundidad voluptuosa y palpitante al contacto de los besos del sol, se alzaba un concierto de trinos de pajarillos primorosos que saltaban sobre los arbustos, y un olor á felicidad, compuesto de los aromas de las plantas: trinos y aromas que subían á perderse en los senos diáfanos de la brisa, bajo la bóveda de un cielo deslumbrador.

Al acercarse á la orilla del Cravo, el paisaje tomaba otro aspecto, presentando las proporciones de lo brillante y seductor. Si en el centro del *Paraiso* la naturaleza se había hecho coqueta, voluble y caprichosa, adornando su seno como un inmenso retrete de mujer, en la orilla del Cravo se había hecho artista consumada, sacando de su paleta formas admirables y matices prodigiosamente bellos. La base de aquel bosque se componía de matorrales de carrizo, tan tupidos y apretados, que formaban como una inmensa onda de verdura. Sobre las arqueadas palmillas de los carrizos aparecía otra capa de verdura más clara, compuesta de cañas-bravas, cuyas hojas largas y tendidas como abanicos, y cuyos plumeros de

espigas grises ondeaban con una gracia encantadora. Encima todavía, se mecían, formando una muralla movable de banderas y flotantes colgaduras de terciopelo verde-claro, innumerables guadas, cuyos magníficos penachos describían en pintoresca confusión mil curvas diversas, arcos inversos ó concéntricos, agujas rectas ó tortuosas y pabellones desiguales, en que lo majestuoso de los movimientos que la brisa imprimía á los nudosos mástiles y sus delgadas y espinosas ramas, armonizaba primorosamente con el verde suave y pálido de todo el follaje. Por último, sobre el inmenso cojín de verdura de las guadas, pues los carrizos, las cañas-bravas y las guadas formaban como tres inmensos cojines superpuestos sobre una alfombra, se alzaban las copas de numerosos *cámbulos* ó *cachimbos*, esos dandis colosales de las selvas americanas, príncipes de la moda entre los árboles elegantes, que dos veces al año se despojan de su follaje como de un vestido usado, y se cubren durante algunas semanas con las más rojas y lindas flores de novedad que puede inventar para el estío la gran modista de los desiertos, la naturaleza. Los tupidos ramilletes rojos y algo anaranjados de los cámbulos, sobresaliendo encima de las guadas, entre el verde-claro de la tierra y el vivo azul del cielo, parecían islas de corales construídas por legiones de titanes artistas entre las ondas de un mar de esmeralda.

Más lejos se ostentaba la otra maravilla, el bosque de palmeras, donde la grande artista, dejando á un lado la paleta, y sirviéndose de la escuadra, la plomada y el cincel, se había convertido en arquitecto y escultor. Aquello era un laberinto de palmeras de veinte especies distintas, desde la palma casi enana, la *yagua* ó *nacuma*, la *pepire* ó *noll*, la romántica *chuapo*, y el punzante *corozo*, hasta la elegante *moriche*, la esbelta *mararai*, y la encumbrada y corpulenta *putui* ó palmera real, soberana de las llanuras. Aquello era un semillero de troncos, un almácigo de mástiles, un prodigioso enjambre de columnas formidables y gruesos tallos de acero vegetal, que

parecían hechos para sostener el velamen de mil flotas y las bóvedas y cúpulas de mil catedrales.

Los corozos, erizados de púas casi metálicas, se entrelazaban en grupos apretados, como si quisiesen proteger contra los rayos del sol sus abundosos racimos de un verde-gris manchado, en su primera edad, y de un morado casi negro, en su madurez. Las yaguas, esas fecundas y regorditas matronas de la selva, de cuyo seno saca el indio su mazamorra, su chicha, sus bateas, sus arcos y su yesca, dejaban caer á una vara de la tierra, como gemelos numerosos y robustos, sus rojos racimos de cuescos llenos de pulpa, sus arqueadas ramas, cuyas puntas barrían el suelo, y sus mullidas guedejas de yesca. Otras palmeras, de mediana talla y hojas anchas y desprovistas de ramas leñosas, se ostentaban al soplo de la brisa, ya como abanicos desplegados, ya como elegantes quitasoles ó paraguas. Otras más enhiestas y empinadas, hacían subir sus mástiles y copas hasta una altura donde sólo la inquieta ardilla ó el bullicioso yátaro podían regalarse con el opíparo banquete de sus dulces racimos. Otras, en fin, las grandes palmeras, columnas maestras de la selva, salían de entre el laberinto de verdura, como si quisiesen aspirar y beber libremente el aire del desierto y alzar sus copas á la región de los huracanes, y las ostentaban en toda su grandiosidad sobre troncos estupendos, asilos perforados por los guacamayos, semejantes á esas columnas de granito sobre las cuales elevaban los griegos y romanos sus capitolios, sus templos y sus arcos triunfales más extraordinarios.

Todo aquello tenía un aire de basílica, pero de basílica inmensa, prodigiosamente complicada, en que lo griego y lo romano se confundía con lo gótico y lo moderno; en que la estatuaria y la arquitectura colosal se disputaban el campo; en que la severidad de las líneas rectas y las curvas regulares armonizaba con las formas ojivales y las filigranas de verdura, como si la naturaleza hubiese empleado allí una pléyade de artistas de todos los tiempos, para componer una babilonia de al-

tares y santuarios, de grutas y retretes, de columnas diversas, de arcos y artesonados prodigiosos, de bóvedas grandiosas y cúpulas aéreas.

Martín salió de aquel laberinto de catedrales, embargado de admiración y poseído de santo recogimiento. Pero le faltaba todavía sentir una grande y profunda emoción. Penetró en la selva de la orilla del Meta, como entra un huésped azorado en un vasto edificio que le es desconocido, y en cuyo seno reinan el silencio, la soledad, el misterio y las vagas sombras de la noche que se acerca. Aquello era más que la exuberancia y la majestad de la vida: era el delirio silencioso de las fuerzas creadoras de la naturaleza en increíble actividad. Lo colosal protegía á lo enano; lo gracioso y encantador se abrigaba á la sombra de lo monstruoso; la vida crecía sobre la muerte, se nutría con sus despojos, y regenerándolos, perpetuaba la savia de la creación en una infinita variedad de formas.

El cielo estaba allí invisible. No había más cielo que el formidable ramaje de miles de caracolfes y ceibas estupendas, caobas colosales, guayacanes de troncos de hierro, cumulaes rugosos y empinados, diomates encorvados y de corteza manchada como la piel del tigre, y cien otras especies de gigantes de la vegetación intertropical. Todos esos gigantes formaban con sus ramas como una sola bóveda, pero dividida en mil cúpulas que se sostenían entre sí contra el furor de los huracanes, como se sostienen todas las torres, la naves y las cúpulas de un templo.

Debajo de aquella inmensidad de ramas y follaje hormigueaba un mundo de cosas exuberantes, de maravillas vivientes, de fuerzas vegetales que, como si quisiesen imitar todas las pasiones y todos los instintos de la humanidad, se buscaban, se abrazaban, se besaban, se retorcían, se perseguían, huían luego unas de otras, trepaban, volvían á caer, subían á dar saltos atrevidos, se agarraban, se columpiaban, se cernían en el aire, se entretejían en guirnaldas, se agrupaban en cordones y cables apretados, se desataban y descomponían en mil

brazos, horquetas y garfios; se hacían ora troncos, ora lianas, aquí árboles ó arbustos, allí bejucos trepadores y flotantes cortinajes; se comprimían, se estrangulaban mutuamente, se enroscaban para estirarse después, se descomponían en gajos innumerables é innumerables arabescos.

Aquello era el amor y era la rabia, era la hermosura y la fealdad, era la armonía y la disparidad, lo esbelto y lo contrahecho, la juventud y la vejez, la vida y la muerte. Era la anarquía de todas las formas, el tumulto de todas las fuerzas, la insurrección de todas las necesidades de crecimiento, expansión y exuberancia; era la naturaleza con toda la voluptuosidad de sus amores, con toda la majestad de su opulencia soberana, con toda la gloria de su perpetuidad divina!

De tiempo en tiempo se sentía algún rumor que interrumpía el silencio de aquella rebelión oprimida y domada por los colosos de la selva: era la queja profunda de algún paují solitario, el eco del paso cadencioso de algún tapir perdido en la espesura, el ruido fugitivo de alguna serpiente que se deslizaba entre la seca hojarasca del suelo, el sordo zumbido de algún enorme insecto ó de alguna colmena de abejas, el salto repentino de algún ciervo asustado con el vuelo de un pájaro, la evolución de algún mono, haciendo en las altas ramas sus ejercicios de trapecio, ó el metálico chasquido de los dientes de algún pecarí que devora el tronco de una palmera enana.

De trecho en trecho se entreabría la muralla espesa de la selva, presentándose limpia de matorrales y arbustos, y dejaba ver á lo lejos, por en medio de los troncos de ceibas, unas grandes manchas amarillentas, lívidas é inmóviles, que contrastaban con la verdura del bosque: eran las aguas del Meta, que resbalaban silenciosas, mansas, desiertas y con una majestad solemne.

JOSÉ MARÍA SAMPER.
(Colombiano.)

Unidad del castellano en América.

(*Apuntaciones sobre el lenguaje bogotano.*)

Nada, en nuestro sentir, simboliza tan cumplidamente á la Patria como la lengua: en ella se encarna cuanto hay de más dulce y caro para el individuo y la familia, desde la oración aprendida del labio materno y los cuentos referidos al amor de la lumbre, hasta la desolación que traen la muerte de los padres y el apagamiento del hogar; un cantarillo popular evoca la imagen de alegres fiestas, y un himno guerrero la de gloriosas victorias; en una tierra extraña, aunque halláramos campos iguales á aquellos en que jugábamos de niños, y viéramos allí casas iguales á donde se columpió nuestra cuna, nos dice el corazón que, si no oyéramos los acentos de la lengua nativa, deshecha toda ilusión, siempre nos reputaríamos extranjeros y suspiraríamos por las auras de la Patria. De suerte que, mirar por la lengua, vale para nosotros tanto como cuidar los recuerdos de nuestros mayores, las tradiciones de nuestro pueblo y las glorias de nuestros héroes; y cuando varios pueblos gozan del beneficio de un idioma común, propender á su uniformidad es avigorar sus simpatías y relaciones, hacerlos uno solo. Por eso, después de quienes trabajan por conservar la unidad de creencias religiosas, nadie hace tanto por el hermanamiento de las naciones hispano-americanas, como los fomentadores de aquellos estudios que tienden á conservar la pureza de su idioma, destruyendo las barreras que las diferencias dialécticas oponen al comercio de las ideas.

Pero ¿y cual será la norma á que todos hayamos de sujetarnos? Ya que la razón no lo pidiera, la necesidad nos forzaría á tomar por dechado de nuestra lengua á la de Castilla, donde nació, y, llevando su nombre, creció y se ilustró con el cultivo de eminentísimos escritores, envidia de las naciones extrañas y encanto de todo el mundo; tipo único reconocido entre los pueblos civilizados, á que debe atenerse

quien desee ser entendido y estimado entre ellos. Desechado éste, pero reconocida la ventaja de un medio solo de comunicación, ¿cuál entre los países de Hispano-América descuella tanto por su cultura, que dé la ley á los demás hermanos, les imponga sus idiotismos y alcance á arrancar de ellos para sí el pleito homenaje que de grado rinden hoy á la autoridad de la madre, sancionada por los siglos y el consentimiento universal? Excusado parecería tocar este punto si personas desorientadas que miran con ridículo encono cuanto lleva el nombre de España y cierran los ojos para no ver que en todo lo relativo á lenguaje hemos de acudir á ella, como que gramáticas y diccionarios son españoles ó fundados sobre lo español, no graduasen de indigno vasallaje el acatamiento razonable que todos,—y ellas mismas sin quererlo confesar,—rendimos á la preeminencia de su literatura, y pretendiesen preconizar por árbitros de nuestra lengua á solos los escritores americanos, que, si se saca la caterva de los periodistas, de poca autoridad ordinariamente, por razones á todo el mundo obvias, ni son todos tan excelentes que merezcan aquella primacía, ni, los que lo son, han llegado á ser dignos de ella sino mediante su estudio de los modelos castellanos; de manera que, el día en que se presumiese componer gramáticas y diccionarios exclusivamente americanos, se carecería para ello casi absolutamente del ejemplo de los más acreditados hablitas y, en general, de las personas cultas. Semejante pretensión no se ha ocurrido ni aun á los Estados Unidos de la América del Norte, patrón que á todas horas se propone á nuestra imitación, con gloriarse de los Prescott, Irving, Bryants y Longfellow; y hoy se venera allí á Shakspeare y Pope, á Gibbon y Hume lo mismo que en Inglaterra. Por otra parte, esos odios son ya inoportunos, y sólo nos parecen buenos para fingidos en discursos estudiantiles: la Historia tiene ya dado su fallo, y en su tribunal oprimidos y opresores han llevado su merecido; rotas las antiguas ataduras, unos y otros son pueblos hermanos, trabaja-

dores de consuno en la obra de mejorarse impuesta por el Señor á la familia humana; en el templo de la gloria se ven hoy resplandecer los nombres de Ricaurte, Bolívar, Sucre, San Martín é Hidalgo, apareados con los de Guzmán, Padilla, Palafox y Castaños, y todos proclaman al mundo que en su raza son ingénitos la sed de libertad y el esfuerzo para conquistarla.

RUFINO JOSÉ CUERVO.

(Colombiano.)

María.

Levantéme al día siguiente cuando amanecía. Los resplandores que delineaban hacia el oriente las cúspides de la cordillera central, doraban en semicírculos sobre ella algunas nubes ligeras, que se desataban las unas de las otras para alejarse y desaparecer. Las verdes pampas y bosques frondosos del valle, se veían como al través de un vidrio azulado, y en medio de ellos algunas cabañas blancas, humaredas de los montes recién quemados elevándose en espiral, y alguna vez las revueltas de un río. La cordillera de Occidente, con sus pliegues y senos, semejaba mantos de terciopelo azul oscuro suspendidos de sus centros por manos de genios velados por las nieblas. Al frente de mi ventana, los rosales y los follajes de los árboles del huerto parecían temer las primeras brisas que vendrían á derramar el rocío que brillaba en sus hojas y flores. Todo me pareció triste. Tomé la escopeta; hice una señal al cariñoso Mayo, que, sentado sobre las piernas traseras, me miraba fijamente, arrugada la frente por la excesiva atención, aguardando la primera orden; y saltando el vallado de piedra, cogí el camino de la montaña. Al internarme, la hallé fresca y temblorosa bajo las caricias de

las últimas auras de la noche. Las garzas abandonaban sus dormideros, formulando en su vuelo líneas ondulantes que plateaba el sol, como cintas abandonadas al capricho del viento. Bandadas numerosas de loros se levantaban de los guaduales para dirigirse á los maizales vecinos; y el diostedé saludaba el día con su canto triste y monótono desde el corazón de la sierra.

Bajé á la vega montuosa del río por el mismo sendero por donde lo había hecho tantas veces seis años antes. El trueno de su raudal iba aumentándose, y poco después descubrí las corrientes, impetuosas al precipitarse en los saltos, convertidas en espumas hervideras en ellos; cristalinas y tersas en los remansos, rodeando siempre sobre un lecho de peñascos afelpados de musgos, orlados en la ribera por iracales, helechos y cañas de amarillos tallos, plumajes sedosos y semilleros de color de púrpura.

Detúveme en la mitad del puente, formado por el huracán con un cedro corpulento, el mismo por donde había pasado en otro tiempo. Floridas parásitas colgaban de sus lamas, y campanillas azules y tornasoladas bajaban en festones desde mis pies á mecerse en las ondas. Una vegetación exuberante y altiva abovedaba á trechos el río, al través de la cual penetraban algunos rayos del sol naciente, como por la techumbre rota de un templo indiano abandonado. Mayo aulló cobarde en la ribera que yo acababa de dejar, é instado por mí, se resolvió á pasar por el puente fantástico, tomando en seguida, antes que yo, el sendero que conducía á la posesión del viejo José, quien esperaba de mí aquel día el pago de su visita de bienvenida.

Después de una pequeña cuesta pendiente y oscura, y de atravesar á saltos por sobre el arbolado seco de los últimos derribos del montanés, me hallé en la placeta sembrada de legumbres, desde donde divisé humeando la casita situada en medio de las colinas verdes, que yo había dejado entre bosques al parecer indestructibles. Las vacas, hermosas por su tamaño

y color, bramaban á la puerta del corral buscando sus becerros. Las aves domésticas alborotaban recibiendo la ración matutina; en las palmeras cercanas, que había respetado el hacha de los labradores, se mecían las oropéndolas bulliciosas en sus nidos colgantes, y en medio de tan grata algarabía, se oía á las veces el grito agudo del pajarero que, desde su barbacoa y armado de honda, espantaba los guacamayos hambrientos que revoloteaban sobre el maizal....

A mi regreso, que hice lentamente, la imagen de María volvió á asirse á mi memoria. Aquellas soledades, sus bosques silenciosos, sus flores, sus aves y sus aguas, ¿por qué me hablaban de ella? ¿Qué había allí de María, en las sombras húmedas, en la brisa que movía los follajes, en el rumor del río...? Era que veía el Edén, pero faltaba ella; era que no podía dejar de amarla, aunque no me amase. Y aspiraba el perfume del ramo de azucenas silvestres que las hijas de José habían formado para mí, pensando yo que acaso merecerían ser tocadas por los labios de María: así se habían debilitado en tan pocas horas mis propósitos heroicos de la noche.

Apenas llegué á casa, me dirigí al costurero de mi madre: María estaba con ella; mis hermanas se habían ido al baño. María, después de contestarme el saludo, bajó los ojos sobre la costura. Mi madre se manifestó regocijada por mi vuelta, pues alarmados en casa con la demora, habían enviado á buscarme en aquel momento. Hablaba con ellas, ponderando los progresos de José, y Mayo quitaba con la lengua á mis vestidos los codillos que se le habían prendido en las malezas.

Levantó María otra vez los ojos, fijándolos en el ramo de azucenas que tenía yo en la mano izquierda, mientras que me apoyaba con la derecha en la escopeta; creí comprender que las deseaba; pero un temor indefinible, cierto respeto á mi madre y á mis propósitos de por la noche, me impidieron ofrecérselas. Mas me deleitaba imaginando cuán bella quedaría una de mis pequeñas azucenas sobre sus cabellos de

color castaño luciente. Para ella debían ser, porque había recogido durante la mañana azahares y violetas para el florero de mi mesa. Cuando entré en mi cuarto, no vi una flor allí. Si hubiese encontrado enroscada sobre la mesa una víbora, no hubiera yo sentido emoción igual á la que me ocasionó la ausencia de las flores: su fragancia había llegado á ser algo del espíritu de María, que vagaba á mi alrededor en las horas de estudio, que se mecía en las cortinas de mi lecho durante la noche.... ¡Ah! ¿con que era verdad que no me amaba? ¡Con que había podido engañarme tanto mi imaginación visionaria! Y de ese ramo que había traído para ella, ¿qué podía yo hacer? Si otra mujer, pero bella y seductora, hubiese estado allí en ese momento, en ese instante de resentimiento contra mi orgullo, de resintimiento con María, á ella lo hubiera dado, á condicion de que lo mostrase á todos y se embelleciera con él. Lo llevé á mis labios, como para despedirme por última vez de una ilusión querida, y lo arrojé por la ventana.

JORGE ISAACS.
(Colombiano.)

Poesías de Andrés Bello.

No obstante la fidelidad con que en algunos de nuestros Estados Colombianos se ha seguido en materia de legislación, salvo algunos puntos capitales, la norma de los Códigos chilenos, y á pesar de que sus *Principios de derecho internacional* son el texto más de ordinario adoptado en nuestros colegios, para la respectiva asignatura, por fuerza se ha de confesar que, en lo político, no ha logrado Bello en Colombia, ni con mucho, la influencia que por dicha ejerció en la nación chi-

lena. No así en lo literario. En esta parte Bello ha sido maestro más respetado tal vez, y por lo menos mejor interpretado y más fielmente seguido en Colombia que en Chile. Las ediciones de su *Gramática*, de su *Ortología* y *Métrica* se repiten y propagan de continuo; la doctrina de estos textos se estudia con afán, la comentan algunos, la consultan muchos, y, conocida, á sus cánones se someten todos de buen grado.

En suma: así chilenos como colombianos, y con nosotros no pocos ciudadanos de otras repúblicas de la América Española, ya por un título, ya por otro, estamos acostumbrados á acatar á Bello como á maestro por excelencia.

Mas este patriarca de nuestras letras y ciencias también es generalmente considerado en la América Meridional como príncipe de nuestros poetas líricos, gloria que la naturaleza, en la distribución de sus dones, rara vez dispensa al más erudito, y no siempre concede al más sabio. Y no que se señale nuestro autor por la fecundidad de su vena, ni por la profundidad de sus concepciones; no que sorprenda por el ímpetu de sus arranques ni por la alteza de sus vuelos. Las poesías originales se cuentan con los dedos. En espontaneidad, vigor y fácil abundancia, otros le superan y oscurecen. Pero hay en la poesía de Bello cierto aspecto de serena majestad, solemne y suave melancolía, y una como aureola celeste, y ostenta él, más que nadie, pureza y corrección sin sequedad, decoro sin afectación, ornato sin exceso, elegancia y propiedad juntas, nitidez de expresión, ritmo exquisito: las más altas y preciadas dotes de elocución y estilo. Es Bello, en poesía, incomparable artista, y la perfección es la nota que mejor le cuadra.

Diríase que, por lo mismo que estas condiciones escasean en la América Española, es natural echarlas menos, y de aquí apreciarlas en lo que valen; pero ciertamente que no estimamos bien las cosas de que carecemos, sólo por la ausencia de ellas, sino cuando sentimos la necesidad de poseerlas, y tenemos plenas facultades para gozarlas; por lo cual el aprecio que siempre se ha hecho de Bello en Venezuela y Colombia, co-

locándole en lugar preeminente entre los escritores americanos, acredita el instinto artístico y sentimiento de la belleza que reina en estas regiones, donde ya desde la conquista hubo poetas que enseñaron, y, á modo de tradición, legaron el culto de las Musas. En cuanto á otros países americanos donde el gusto poético, ó no brota, ó fácilmente se extravía, la autoridad de Bello, como sabio y publicista, no fué pequeña parte á robustecer su doctrina y su ejemplo como poeta, contrarestando al mismo tiempo el necio desdén de aquellos que no quieren otras artes sino las que ofrecen resultados tangibles y material provecho, y la funesta influencia de los que con vano aparato de figuras extravagantes y hueca palabrería, á modo de sacerdotes de un culto supersticioso, ó vendedores de falsas joyas, dañan por oficio á los intereses de la verdad y la justicia. . . .

La *Alocución á la Poesía* y la *Silva á la Agricultura de la Zona Tórrida*, la primera por largos trozos que presenta de noble pensamiento y esmerado estilo, la segunda como obra acabada é incomparable ¹ en conjunto y pormenores, constituyen á nuestro juicio, el mejor título de Bello como poeta.

Cuando adelantos progresivos de las ciencias y una legislación más perfecta hayan oscurecido los trabajos á que consagró Bello lo más de su existencia como filólogo y como jurista, todavía vivirá en la posteridad más remota el cantor de la zona tórrida.

Es la originalidad nota distintiva de toda obra de arte, pero bien entendido que la extravagancia, que algunos equivocan con aquella cualidad, la copia al modo que las contorsiones del pobre payaso remedan los fáciles y naturales movimientos del atleta. No ha de buscarse, por tanto, la originalidad de la *Silvas* en peregrinos conceptos, ni en furiosos arrebatos, ni en chocantes novedades de estilo ó de lenguaje. Bello expresa nobles pensamientos sin afectación ni esfuerzo, en estilo puro y castizo lenguaje; y es original, no porque viole reglas ó haga ostentación de rarezas, sino porque puso en sus obras

¹ *Méndez Pelayo*. Prólogo á las poesías de D. C. del Collado.

la estampa de individualidad con que la naturaleza sabe distinguir un ejemplar hermoso sin separarlo de la familia á que pertenece y en que ha de clasificarse....

La *Alocución á la Foesta*, en que se introducen las alabanzas de ciudades y de personas que se distinguieron en la guerra de independencia de la América española, es un poema histórico y en parte descriptivo. La *Silva á la Zona Tórrida*, reseña de galas y tesoros de la naturaleza tropical y exhortación dirigida á los moradores del Ecuador para que, en lugar de agotarse en la fiebre de la política y en domésticas disensiones, se consagren á empresas agrícolas, es, como el asunto lo anuncia, un poema descriptivo y moral á un tiempo. Abrazando á entrambas silvas bajo una sola denominación, diríamos que el carácter mixto y comprensivo de una y otra, como obras de arte, consiste en ser poesía científica, sin que demos á este término el sentido, restricto en demasía y falso, en que le toman los que sueñan con una regeneración fundamental de la poesía.

Quando decimos poesía científica, poesía denota el género, y lo científico la especie. Poesía es una manera ideal y bella de concebir, de sentir y de expresar las cosas; por manera que la esencia de la poesía es siempre una misma, si bien la esfera en que se ejercita, inmensa. Cada género de poesía es la aplicación de las facultades poéticas á determinado campo; por lo cual no es razonable fallar que en el siglo presente ó en el futuro no ha de cultivarse sino tal género de poesía, la científica, v. gr., pues no hay motivo ni derecho para estrechar ni localizar la jurisdicción del poeta. Buena fué, es y será en cualquier género la poesía, siendo poesía. La que denominamos *científica*, especula sobre los fenómenos naturales; adorna y hermosea verdades descubiertas y explicadas por la ciencia. Pero lo que, en nuestra clasificación, mejor la caracteriza, lo que suele refundirla en otros géneros cuando cumplen con esta condición, es el amor á la exactitud en las descripciones y definiciones, idealizar siempre

sobre la realidad, no fantasear jamás en el vacío. En este sentido el poema de Dante, que si bien fantástico en lo tocante á lo suprasensible, suele definir y describir con puntualidad las cosas del mundo visible, sin ser poesía científica propiamente hablando, participa de su naturaleza; al paso que descaminados siempre por el sistema de la realidad, nada tienen de aquélla los poemas de Ariosto.

Científica es la poesía de Bello en sus *Silvas americanas*, por lo cual no va fuera de razón Trübner cuando clasifica la *Silva á la Zona Tórrida*, como «uno de los más bellos ejemplares que hay en castellano de poesía didáctica,» dado que con este término se designaban en la antigua nomenclatura retórica géneros de poesía de la clase que con más generalidad, y acaso con más propiedad, denominamos científica.

Dícese que la presencia de Alejandro de Humboldt en Caracas, á principios de este siglo, la noticia de sus empresas científicas y de sus viajes, despertaron en el ánimo del joven Bello el amor á las ciencias naturales, que, beneficiadas por el ilustre viajero, se le mostraban tan útiles cuanto amenas. Que á ellas, no importa si desde entonces ó más adelante, se dedicó Bello con provecho, lo patentizan multitud de artículos que con la transparente firma A. B., ya del propio caudal, ya con acierto traducidos y rectificadas, salieron á luz en la *Biblioteca y Repertorio americano*, sobre geografía y agronomía de las regiones equinociales.

Si consideramos la parte descriptiva de la *Silva á la agricultura de la Zona Tórrida*, notaremos que las majestuosas cordilleras, los abundantes pastos, las plantaciones de añil, de caña de azúcar, de cacao, descritas en sus viajes por Humboldt y Bompland, reaparecen adornadas de imágenes y colores en el poema de Bello.

Consiste en este punto el arte del poeta, en animar lo inanimado, en dotar de sentimiento y expresión las plantas que describe, en amplificar en forma poética definiciones científicas, empleando recursos, ya pictóricos, ya rítmicos. ¿Pinta

en la *Zona Tórrida* el erizado maíz? Dos versos de determinado corte imitativo sonarán bien con las especiales condiciones sensitivas que la fantasía del poeta atribuye al erguido vástago:

Y para ti el maíz, jefe altanero
De la espigada tribu, hincha su grano.

¿Describe seguidamente, como solicitando la antítesis, el hojoso y derramado plátano? En una sucesión de palabras llanas, en ritmo como descendente, dirá con no menor acierto *onomatópico*:

Y para ti el banano
Desmaya al peso de su dulce carga...

Con explicaciones técnicas puestas al pie de las páginas, completa el autor el texto poético, no de otro modo que los autores ó comentadores de poemas épicos consignan en notas las fechas y otras circunstancias prosaicas de algunos sucesos.

Si apartando los ojos del paisaje que le embebece en la *Zona Tórrida*, los levanta el autor de la *Alocución á la Poesía* á la bóveda estrellada, no se contentará, como Fr. Luis de León en su admirable *Noche serena* (poesía religiosa y no científica), con expresar las impresiones que en el alma contemplativa produce el apacible disco de la plateada luna ó el purísimo rayo de la estrella del amor. No; señalará, determinará, como Virgilio, las constelaciones, cuidando, también como este gran maestro, de dar á los signos celestes vida y movimiento:

Vé, pues, vé á celebrar las maravillas
Del Ecuador; canta el vistoso cielo
Que de los astros todos los hermosos
Coros alegran; donde á un tiempo el vasto

Dragón del Norte su dorada espira
Desvuelve en torno al iluminar inmóvil
Que el rumbo al marineró audaz señala,
Y la paloma cándida de Arauco
En las australes ondas moja el ala...

Tan necesaria es la idealidad en poesía, que algunos la consideraron calidad única del arte, y extremando el culto que se la debe, la divorciaron de la observación y la experiencia, y la confundieron con la independencia de la imaginación. Nótase esta tendencia en las definiciones que han dado de la poesía algunos escritores célebres, acomodándose, con clara ó oscura conciencia, á una preocupación vulgar. Para Barthelemy la poesía es una «facultad brillante que atiende á lo posible más que á lo real, y que muchas veces prefiere á lo posible ficciones á que no puede señalarse límite.» Quintana enseña que «la ocupación primaria y esencial de la poesía es pintar la naturaleza para agradar, como la de la filosofía explicar sus fenómenos para instruir: así, mientras que el filósofo, observando los astros, indaga sus propiedades, sus distancias y las reglas de su movimiento, el poeta los contempla, y traslada á sus versos el efecto que en su imaginación y en sus sentidos hace la luz con que brillan». Según esta doctrina, no hubiera tenido parte alguna en los progresos de la ciencia (y la historia de los descubrimientos enseña que la ha tenido poderosa, con sus oportunas y luminosas sugerencias); al paso que la ciencia no podría tampoco suministrar materiales al poeta, y él sólo habría de cantar cosas ó vistas con los ojos corpóreos ó soñadas, y no las maravillas del cielo y de la tierra que la experiencia y el estudio nos han revelado.

Acaso de la difusión de semejantes nociones, de concierto con un conocimiento superficial ó completa ignorancia de la antigua poesía clásica, nace que muchos miren en la poesía de los siglos pasados un vano pasatiempo, y en la poesía sabia un objeto de esperanza, una gloria de la edad presente ó la futura, cuando cabalmente la opuesta tendencia, la que pro-

pende á dissociar, en las ideas, lo que Dios unió, parece prevalecer en la moderna civilización.

La poesía didascálica es en la antigua Grecia hermana de la épica, y Hesiodo se hombraea con Homero. La misma poesía homérica, si bien la narrativa histórica forma un departamento distinto de la ciencia, se allega y asimila á la poesía científica por el espíritu de observación que en ella se nota, y por la profundidad de la doctrina. Aun la mitología, cualquiera teoría que se adopte para explicarla, ora se considere histórica, ora simbólica, siempre envuelve, bajo formas agradables, verdades y moral enseñanza. ¿Qué más? Los críticos que establecieron las reglas del arte sobre las prácticas que hallaron sancionadas por los grandes poetas griegos, promulgan como ley fundamental de composición literaria la verosimilitud, ó sea, con palabras de Bello, «la armonía de los raptos de la fantasía con los fueros imprescriptibles de la razón». Como método, esta conciliación ó equilibrio así preside á las creaciones del genio como á las hipótesis del sabio; revela la uniformidad de las facultades mentales en sus operaciones, enlazando con vínculos de parentesco la ciencia y la poesía.

MIGUEL ANTONIO CARO.
(Colombiano.)

El Cotopaxi.

Está situado este volcán á ocho leguas N. N. E. de Tacunga. Ninguna montaña en América presenta una belleza tan caracterizada como el Cotopaxi: su forma es enteramente la de un cono truncado de exacta regularidad; su nieve es purísima, y su distribución en las faldas se hace con tanta simetría, que es

casí imposible contemplar, desde una distancia tan considerable como la en que se percibe esta bellísima montaña, un espectáculo más agradable, más brillante, ni más apacible. En las tardes de verano, especialmente cuando la atmósfera pura del Ecuador se encuentra libre de vapores y de nubes, las faldas argentadas de este rarísimo nevado, vistas de lejos, arrebatan el alma, aun de las personas que tienen menos hábito y menos propensiones á contemplar con entusiasmo las obras magnas de la creación. El color de esta montaña varía como el del camaleón, según la dirección y modo como la hieren los rayos solares: á veces es enteramente blanca; en ocasiones, bañada por la luz del sol poniente, parece una gran masa de oro bruñido; y otras veces, las sombras nacidas de la distribución de las numerosas rocas repartidas en toda su superficie, desde su elevada cima hasta su anchurosa base, le dan un aspecto semi-violado, con tintes purpurinos notables y espléndidos. En su cúspide truncada hay, con frecuencia, una columna de humo, y sucede de cuando en cuando que, durante la noche, arroja por su cráter, á manera de bomba, y de un modo intermitente, algunas sustancias inflamadas; gracias á este respiradero que se ha formado, y que desembaraza sus entrañas de los productos de una combustión permanente, los pueblos del Ecuador no experimentan frecuentes temblores y violentos terremotos, porque este nevado apacible, como hemos dicho, quieto, calmado é inofensivo en la apariencia, contiene en su seno el germen de la devastación, de la ruina y la desolación de los lugares circunvecinos, como lo ha demostrado en sus diversas erupciones.

MANUEL VILLAVICENCIO.

(Ecuatoriano.)

Un Viaje.

Mi partida es forzosa: que bien sabes
Que, si pudiera yo, no me partiera.

Lope de Vega.

El niño Goyito está de viaje. El niño Goyito va á cumplir cincuenta y dos años; pero cuando salió del vientre de su madre le llamaron niño Goyito; y niño Goyito le llaman hoy; y niño Goyito le llamarán treinta años más; porque hay muchas gentes que van al Panteón como salieron del vientre de su madre.

Este niño Goyito, que en cualquiera otra parte sería un don Gregorión de buen tamaño, ha estado recibiendo por tres años enteros cartas de Chile, en que le avisan que es forzoso que se transporte á aquel país á arreglar ciertos negocios interesantísimos de familia, que han quedado embrollados con la muerte súbita de un deudo. Los tres años los consumió la discreción gregoriana en considerar cómo se contestarían estas cartas, y cómo se efectuaría este viaje. El buen hombre no podía decidirse ni á uno, ni á otro. Pero el corresponsal menudeaba sus instancias; y ya fué preciso consultarse con el confesor, y con el médico, y con los amigos. Pues, señor: asunto concluido: el niño Goyito se va á Chile.

La noticia corrió por toda la parentela; dió conversación y quehaceres á todos los criados; afanes y devociones á todos los conventos, y convirtió la casa en una Liorna. Busca costureras por aquí, sastres por allá, fondista por acullá. Un hacendado de Cafete mandó tejer en Chíncha cigarreras. La madre Trasverberación del Espíritu Santo, se encargó en un convento de una parte de los dulces; Sor María en Gracia fabricó en otro su buena porción de ellos; la Madre Salomé, abadesa indigna, tomó á su cargo en el suyo las pastillas; una monjita recoleta mandó de regalo un escapulario; otra, dos estampitas;

el Padre Florencia de San Pedro corrió con los sorbetes; y se encargaron á distintos manufactores y comisionados, sustancias de gallina, botiquín, vinagre de los cuatros ladrones para el mareo, camisas á centenares, capingo (Don Gregorio llamaba *capingo* á lo que llamamos *capote*), chaqueta y pantalón para los días fríos, chaqueta y pantalón para los días templados, chaquetas y pantalones para los días calurosos. En suma, la expedición de Bonaparte á Egipto no tuvo más preparativos.

Seis meses se consumieron en ellos, gracias á la actividad de las niñas (hablo de las hermanitas de D. Gregorio, la menor de las cuales era su madrina de bautismo), quienes, sin embargo del dolor de que se hallában atravesadas con este viaje, tomaron en un santiamén todas las providencias del caso.

Vamos al buque. Y, ¿quién verá si este buque es bueno ó malo? ¡Válgame Dios! ¡Qué conflicto!—¿Se ocurrirá al inglés D. Jorge, que vive en los altos? Ni pensarlo: las hermanitas dicen que es un bárbaro, capaz de embarcarse en un zapato. Un catalán pulpero, que ha navegado de condestable en la *Esmeralda*, es por fin el perito. Le costean caballo: va al Callao: practica su reconocimiento, y vuelve diciendo que el barco es bueno, y que D. Goyito irá tan seguro como en un navío de la Real Armada. Con esta noticia calma la inquietud.

Despedidas. La calesa tragina por todo Lima. *¿Con que se nos va Vd.?* *¿Con que se decide Vd. á embarcarse?...* *¡Buen valorazo!* D. Gregorio se ofrece á la disposición de todos; se le bañan los ojos en lágrimas á cada abrazo; encarga que le encomienden á Dios; á él le encargan jamones, dulces, lenguas y cobranzas; y ni á él le encomienda nadie á Dios, ni él se vuelve á acordar de los jamones, de los dulces, de las lenguas ni de las cobranzas.

Llega el día de la partida. ¡Qué bulla! ¡Qué jarana! ¡Qué Babilonia! Baúles en el patio, cajones en el dormitorio, colchones en el zaguán, diluvios de canastos por todas partes.

Todo sale, por fin, y todo se embarca, aunque con bastantes trabajos. Marcha D. Gregorio, acompañado de una numerosa caterva, á la que pertenecen también, con vendones y cordón de San Francisco de Paula, las amantes hermanitas, que sólo por el buen hermano pudieran hacer el horrendo sacrificio de ir por la primera vez al Callao. Las infelices no se quitan el pañuelo de los ojos; y lo mismo le sucede al viajero. Se acerca la hora del embarque, y se agravan los soponcios—*¿Si nos volveremos á ver?...* Por fin, es forzoso partir: el bote aguarda. Va la comitiva al muelle: abrazos generales: sollozos: los amigos separan á las hermanas.—*¡Adiós hermanitas más!— ¡Adiós Goyito de mi corazón! La alma de mi mama Chombita te lleve con bien.*

Este viaje ha sido un acontecimiento notable en la familia; ha fijado una época de eterna recordación; ha constituido una era, como la cristiana, como la de la Egira, como la de la fundación de Roma, como el Diluvio universal, como la era de Nabonasar. Se pregunta en la tertulia: «¿Cuánto tiempo lleva fulana de casada?».

—«Aguarde usted: fulana se casó estando Goyito para irse á Chile.»

—«¿Cuánto tiempo hace que murió el guardián de tal convento?»

—«Yo le diré á Vd.: al padre guardián le estaban tocando las agonías, al otro día del embarque de Goyito. Me acuerdo todavía que se las recé, estando enferma en cama, de resultas del viaje al Callao.»

—«¿Qué edad tiene aquel jovencito?»

—«Déjeme V. recordar. Nació en el año de... Mire usted: este cálculo es más seguro: son habas contadas: cuando recibimos la primera carta de Goyito, estaba mudando dientes. Con que saque usted la cuenta.»

Así viajaban nuestros abuelos: así viajarían, si se determinasen á viajar, muchos de la generación que acaba y muchos de la generación actual, que conservan el tipo de los tiempos

del virey Avilés; y ni aun así viajarían otros, por no viajar de ningún modo.

Pero las revoluciones hacen del hombre, á fuerza de sacudirlo y pelotearlo, el mueble más liviano y más portátil; y los infelices que desde la infancia las han tenido por atmótera, han sacado de ellas, en medio de mil males, el corto beneficio, siquiera, de una gran facilidad locomotiva. ¿La salud, ó los negocios, ó cualesquiera otras circunstancias aconsejan un viaje? Á ver los periódicos. Buques para Chile. Señor consignatario, ¿hay camarote?—Bien.—¿Es velero el bergantín?—Magnífico.

Pasaje—Tanto más cuánto.—Estamos convenidos.—Chica, acomódame una docena de camisas y un almofrez. Esta ligera apuntación al abogado: esta otra al procurador. Cuenta, no te descuides con la lavandera, porque el sábado me voy. Cuatro letras por la imprenta, diciendo adiós á los amigos. Eh: llegó el sábado. Un abrazo á la mujer: un par de besos á los chicos; y agur. Dentro de un par de meses estoy de vuelta.

Así me han enseñado á viajar, mal de mi grado, y así me ausento, lectores míos, dentro de muy pocos días. Este y no otro es el motivo de daros mi segundo número antes que paguen sueldos.

No quisiera emprender este viaje; pero es forzoso. No sabéis bien cuánto me cuesta el suspender con esta ausencia mis dulces coloquios con el público. Quizás no sucederá otro tanto á la mayor parte de vosotros, que corresponderéis á mi amistosa despedida, exclamando: *¡Mal rayo te parta! ¡y nunca más vuelvas á incomodarnos la paciencia!* En fin, sea lo que fuere, los enemigos y enemigas, descansad de mi insorpotable taravilla: preparad vuestros viajes con toda la calma que queráis: hablad de la ópera como os acomode: idos á Amancaes como y cuando os parezca: bailad zamacueca, á taco tendido, á roso y velloso, á troche y moche, á banderas desplegadas: haced cuanta tontería os venga á las mientes: en suma, aprovechad estos dos meses. Los amigos y amigas, tened el presente artí-

culo por visita ó tarjeta de despedida, y rogad á Dios me dé viento fresco, capitán amable, buena mesa y pronto regreso.

FELIPE PALDO Y ALIAGA.
(Peruano.)

El Estrecho de Magallanes.

La entrada del Estrecho, viniendo del Pacífico, nada vale por espacio de algunas horas: muy ancho, las costas lejanas y como cualesquiera otras, y el mar *muy mar*, nada tiene de lago. Después se estrecha, sin que nunca llegue á parecer, como creen algunos, un canal ó lago. Comienzan también á mostrarse los *glaciers*, ninguno tan magnífico como los de Suiza, de los que se diferencian en el color verdoso herrumbre y la superficie de vidrio rizado que algunos presentan, tal vez por efecto de la luz.

Otras ocupan en pequeñísima porción el hueco almenado de alguna alta cresta, que parece entonces, por vulgar que sea la comparación, la mesa de una muela, con su relleno ó empastadura de plata.

Á veces en la parte más alta de una vertiente, se ve una placa blanca de tal ó cual forma y tamaño. ¿Qué es? ¿Es una ojiva abierta por la naturaleza? ¿Es un hueco *taillé á jour*? ¿Es una lacra? Ello parece uno de esos bодоques de papel mascado que los muchachos estampan en los cielos de las habitaciones para que de ellos cuelgue un muñeco de papel.

Esa oblea singular, ó parche, como el de una sien enferma, no es más que un trozo de *glacier* que no ha seguido el derretimiento general, y que se ha quedado allí fingiendo, ya

una montaña oval, ya una grieta por donde se diría que pasa la luz.

Por aquí ha empezado también la vegetación, que como el *glacier* y como el agua, se queda muy atrás del paisaje alpino. No hay *Jungfran*, ni *Finstern-Aarn-Horn*, ni *Mont-Rose*, ni *glacier del Ródano*, ni *Mar de hielo*, ni lago azulado, sino mar desapacible é ingrato como todo mar; porque el mar sólo es bello desde la orilla, como sólo lo es el mundo visto desde la infancia.

No hay, por último, pino, alerce ni abeto, coníferos en fin, que parecen índices del firmamento; sino unos arbustos, matas ó ramaje confuso, entre los cuales brillan y platean tenazmente, vistos desde á bordo, como los tallos de nuestros *yuccales*, ó como los troncos de ciertos árboles blancos, unos palos ó varas, como para advertir que son arbustos y no meras ramas.

Ni un sér viviente, ni un animal, ni una voz, ni un grito, nada, nada vimos ni oímos en nuestra desolada travesía de dos días, porque aun á Punta Arenas llegamos á media noche y zarpamos antes del amanecer.

¿Qué hacer en tan horrorosa soledad y ante tan magnífico espectáculo? El vapor mismo, doblando la punta más meridional de todo el continente, parecía un Atlas encorvado bajo el peso de un mundo.

¿Qué hacer? Celebrar consigo mismo funerales universales á los muertos de todos los tiempos. La luna llena, colgada de un firmamento opaco, era el fanal que alumbraba ese templo purísimo, exento de toda exhalación humana.

El padre y el amigo, llorado desde hace ocho años el primero, desde hace apenas dos el segundo, surgieron desde lo más hondo de mis afectos, y recibieron en el recogimiento de mi alma el tributo de mis lágrimas silenciosas.....

El segundo día, quizá porque hubiera menos viento, el mar se puso terso y pudo ser un poco más interesante. Ya no lo esmaltaban ó salpicaban esas infinitas ebulliciones

blancas, llamadas *des mouttons* por los franceses, como en recuerdo de los rebaños que apacentaba el marino Polifemo, y *palomitas* por los españoles, y cuyas espumitas no son nada tranquilizadoras, porque amenazan con balance en el barco y en el bote, y porque están identificadas con el mal tiempo y los desastres.

El *Valparatso* se deslizaba por el cristal del agua con el mayor sosiego, más que hendiéndola, cortándola, como el diamante llevado por la superficie de un vidrio.

Pasado Punta Arenas, ha concluído el Estrecho visible, y sólo queda el geográfico, el mar de Magallanes. Las costas de ambos lados, dibújanse á una distancia inmensa: ya no son montes, ni montañas, ni cordilleras, sino perfiles; pero ¡qué perfiles, y bajo qué luz! ¿Dónde están los coloristas de la tierra, que no vienen á enriquecer su paleta? Tiras, fajas, ya largas, ya cortas, matizadas por todas las medias tintas más apacibles y singulares, y en las que predominan el pardo y el bruno, van desfilando por derecha é izquierda, á la manera de grandes lagartos acostados á lo largo de la ribera, como playitas trazadas por un finísimo pincel; y detrás de todo esto, por la parte de la Patagonia, unos horizontes que nunca se acaban, si no es para confundirse con las placas de ópalo y oro de un cielo lejano.

Simultáneamente recordé las playas del Danubio y los celajes de Egipto.

Reducidos á su prosaica realidad esos distantes perfiles, no son más que bancos de arena ó playas arenosas, que parecen regoldadas por Neptuno desde el fondo de sus entrañas.

JUAN DE ARONA.

(Peruano.)

Los Apóstoles y la Magdalena.

Historieta tradicional.

El cronista Martínez Vela, en sus *Anales de la Villa Imperial de Potosí*, habla extensamente sobre el asunto que hoy me sirve de tema para esta tradicioncilla. Citada la autoridad histórica, á fin de que nadie murmure contra lo auténtico del hecho, toso, escupo, mato la salivilla y digo:

I.

Allá por los años del Señor 1657, era grande la zozobra que reinaba entre los noventa mil habitantes de la Villa, y en puridad de verdad que la alarma tenía razón de ser.

Era el caso, que á todos traía con el credo en la boca la aparición de doce ladrones capitaneados por una mujer. Un zumbón los llamó *los doce apóstoles y la Magdalena*, y el mote se popularizó, y los mismos bandidos lo aceptaron con orgullo. Verdad es que más tarde se aumentó el número, cosa que no sucedió con el apostolado de Cristo.

Los apóstoles predicaban el comunismo, no sólo en la población, sino en los caminos, y con tan buena suerte y astucia, que burlaron siempre los lazos que les tendiera el correjidor don Francisco Sarmiento. Lo único que supo éste de cierto fué, que todos los de la banda eran aventureros españoles.

Pero, de repente, los muy bribones no se conformaron con desbalijar al prójimo, sino que se pusieron á disposición de todo el que quería satisfacer una venganza pagando á buen precio un puñal asesino. Item, cuando penetraban en casa donde había muchachas, cometían en la honestidad de ellas desaguizados de gran calibre; y á propósito de esto cuenta el candoroso cronista, con puntos y comas, un milagro que yo referiré con rapidez y como quien toca un carbón hecho ascua.

Fueron una noche los apóstoles á una casa habitaba por una señora y sus dos hijas, mocitas preciosas como dos carbunclos. A los ladrones se les despertó el apetito ante la belleza de las niñas y las pusieron en tan grave aprieto que, madre y muchachas llamaron en su socorro á las que viven en el Purgatorio, que, en lances tales, tengo para mí, son preferibles á los gendarmes, guardias civiles y demás bichos de la policia moderna. Y quién te dice, lector, que las ánimas benditas no fueron sordas al reclamo, como sucede *ogaño* con el *piteo* de los celadores, y en un cerrar y abrir de ojos se coló un regimiento de ellas por las rendijas de la puerta; con lo cual se apoderó tal espanto de esos tunos, que tomaron el tole, dejando un talego con dos mil pesos de á ocho, que sirvió de gran alivio á las tres mujeres. No dice el cronista si dieron su parte de botín en misas á las tan solícitas ánimas del otro mundo; pero yo presumo que las pagarían con ingratitud, visto que las pobrecitas no han vuelto á meterse en casa ajena y que dejan que cada cual salga de atrenzos como pueda, sin tomarse ya ellas el trabajo de hacer siquiera un milagrito de pipiripabo.

II.

Pues señor, iba una noche, corriendo aventuras por la calle de Copacabana, el bachiller Simón Tórtolo, cleriguiello enamorado y socarrón, cuando de pronto se halló rodeado por una turba de encapados.

—¿Quién vive?—preguntó el clérigo, deshonrando su apellido, es decir, sin atortolarse.

—*Los doce apóstoles*, contestó uno.

—Que sea enhorabuena, señores míos. ¿Y qué quieren conmigo vuesasmercedes?

—Poca parola y que con los maravedises del bolsillo entregue la sotana y el manteo.

—Pues por tan *parva* materia no tendremos querella—repuso con sorna el bachiller.

Y quitándose sotana y manteo, prendas que en aquel día había estrenado, las dobló, formó con ellas un pequeño lío, y cuando estaba para terminar, dijo:

—Gran fortuna es para mí haber encontrado en mi peregrinación sobre la tierra á doce tan cumplidos y privilegiados varones como vuestasmercedes. ¿Con que vuestasmercedes son los apóstoles?

—Ya se lo hemos dicho—contestó con aspereza uno de ellos, que por lo rascarrabias y por llevar la voz de mando debía de ser San Pedro —y despache que nos corre prisa.

Mas Simón Tórtolo, colocándose el lío bajo el brazo, partió á correr gritando:

—¡Apóstoles, sigan á Cristo!

Los ladrones lo intentaron; pero el clérigo, á quien no embarazaba la sotana, corría como un gamo y se les escapó fácilmente.

III.

Poco después desaparecía de la Villa una señora principal. Buscáronla sus deudos con gran empeño y, trascurridos algunos días, fué hallado el cadáver en el Arenal, con la cabeza separada del tronco. Este crimen produjo tan honda conmoción, que el vecindario reunió en una hora cincuenta mil pesos, y se fijaron carteles ofreciendo esa suma por recompensa al que entregase á los asesinos.

Como el de Cristo, tuvo también su Judas este apostolado, salvo que aquí la traición no se pagó con treinta dineros roñosos, sino con un bocado muy succulento. Gracias á este recurso, todos los de la banda fueron atados al rollo y, tras de pública azotaina, suspendidos en la horca.

Sólo la Magdalena escapó de caer en manos de la justicia. Suponemos cristianamente que, andando los tiempos, tan gran pecadora llegaría á ser otra Magdalena arrepentida.

RICARDO PALMA.

(Peruano.)

El Río Grande.

A la falda de las elevadas montañas que forman el sistema orográfico oeste de las infinitas bifurcaciones secundarias de los Andes, y siguiendo la dirección de las fecundas serranías que corren de este á oeste en el límite divisorio que separa los departamentos de Chuquisaca y Cochabamba, se extienden las aguas rosadas y turbulentas del Río Grande.

Esta poderosa vena fluvial procede, según geólogos de sensato criterio, de las filtraciones del lago Titicaca, inmenso vaso suspendido en las mesetas de los Andes, á más de tres mil metros sobre el nivel del Pacífico, y sin desagüe natural visible. La teoría que atribuye al Río Grande tal procedencia es, pues, sobradamente razonable. Las aguas del río, después de recorrer una vasta extensión al pie de las cordilleras, cortan los fecundos senos del trópico, y dirigiéndose al oriente, se precipitan en el Madera y van á perderse en los senos robustos del Amazonas.

Pocas leguas más allá de la Barca, único punto vadeable, en las cabeceras del caudaloso río, en la época del descenso de las aguas, las montañas se van estrechando progresivamente, oprimiendo sus márgenes, hasta encerrar el inmenso caudal del río en un chiflón estrecho, rígido y profundo, abierto á tajo sobre la roca.

El lecho de las aguas en sus márgenes naturales, abraza una extensión de más de noventa metros, y su profundidad en la bajante es de una brazada. Nada más imponente, nada más bello, que aquel vasto cristal que se tiende majestuoso rizando su movable superficie con caprichosas ondas y espumosos oleajes.

Ese gran caudal de agua se precipita súbitamente, desesperado, rabioso, por aquel angosto canal, abierto indudablemente por un rompimiento brusco de las montañas, al pasar de improviso del período de ignición al de enfriamiento repentino.

La estrechez de la grieta no mide más de seis metros; de sobre sus bordes se divisan las aguas, apenas como una cinta de bruñido acero, semejando una serpiente de plata comprimida por dos gigantes murallas de granito.

La profundidad sombría de aquel recinto insondable, cuyas elevadas paredes negruscas, áridas, rígidas, parecen el sepulcro de la esperanza, no permite medir su seno, y ni aun los pájaros avezados á los abismos se aventuran jamás en su honda cavidad.

Las aguas se precipitan desesperadas, azotándose sobre los muros verdosos, intentando en vano romper aquella cárcel inquebrantable, ó escalar su inaccesible y elevada cima.

El espectáculo es aterrante y magnífico, conmovedor, indescriptible, lleno de toda la grandiosidad de los elementos en espantoso consorcio, y de todos los horrores de un abismo cuyo lecho es un vorágine hirviente, arrebatadora y ciega.

SANTIAGO V. GUZMÁN.

(Boliviano.)

La Serena.

Tendida en la vecindad del mar y á los pies de una serie de colinas que van alzándose en anfiteatro hacia el oriente, se ostenta risueña, hermosa, serena cual su nombre, la noble capital de Coquimbo. Una sábana de verdura llamada, cual en Granada, la *Vega*, la separa de la playa del Pacífico, y coronala en la altura una meseta de suaves declives, conocida con el nombre de *Santa Lucia*, que le diera, como á nuestro romántico cerro de Santiago, la piedad de los viejos castellanos; mientras que el azulado río que regala al valle su nombre y su tapiz de mieses y de flores, serpentea por su barranca del

norte, sirviéndole de marco en el costado opuesto la profunda *Quebrada de San Francisco*, cuyos modestos caseríos se esconden entre el follaje de las arboledas.

La perspectiva es risueña, el clima dulce, la planta de la ciudad, cortada como un tablero de ajedrez, limpia y esbelta. Las brisas que soplan por la tarde ó con el alba del día, vienen empapadas en la humedad del mar, y cuando aparece el sol ó se despidе, condénsalas en las tenues ráfagas de una niebla que envuelve la tranquila ciudad sin ocultarla, como el velo de gasa que esconde las espaldas de la virgen para hacer más bello el donaire de su rostro. Es grato entonces subir á las colinas y divisar á sus faldas el panorama de la tarde. Descórrense á la vista la ciudad, la vega, el mar, el río, y por los lejanos horizontes las velas que blanquean en la remansa bahía, ó los distantes picos de las montañas, que van encumbrándose por la costa en dirección al norte; grupos sueltos de ganado pacen en la *Vega*, y vienen lanzando inofensivos bramidos hasta la pintoresca *Barranca*, á cuyo borde se empina la ciudad, ostentando los blancos campanarios de sus siete iglesias, que se desprenden lucidos del fondo oscuro de los huertos de lúcumos y perfumados chirimoyos.

El ruido de la industria llega hasta el solitario pórtico del *Panteón*, que, cual diadema de mármol, corona la cúspide de la más alta meseta á la que el viajero llega; y reposando ahí, descansa y goza, ama y admira aquel apacible conjunto en que la labor del hombre y los primores de la naturaleza se han enlazado en un consorcio fecundo en mil bellezas. Vése desde ahí, serpenteando por la ribera del mar, el camino que conduce de la *ciudad* al *Puerto*, cuyas altas chimeneas asoman vomitando llamas por entre las rocas y farellones de la playa; y recogiendo de nuevo la vista, se abraza en un solo cuadro el delicioso alfombrado de verdura y de jardines, de arboledas y alfalfares, que desde la *Fortada* se dilatan hasta el aislado morrillo de *Pan de azúcar*. Lucen hacia el norte los flancos de montañas de desnudo aspecto, pero que esconden

los mil veneros de sus metales de plata y cobre entre la cumbre del monte *Brillador*, que se levanta hacia la costa, y las cadenas del famoso *Arqueros*, que van internándose por el valle hacia las cordilleras. Al pie de estas montañas, que retumban noche y día con el combo y la pólvora del minero, corre tortuoso, atravesando los vados del río, el camino por el que los arrieros de Elqui conducen á los puertos las sazonadas cosechas de sus viñedos, mientras las campanas de los establecimientos industriales que pueblan el valle, dan la señal del trabajo á las *peonadas*, y los dispersos pescadores arrancan de los guijarros del río los pintados *camarones* que van á ser el manjar apetecido de la opulencia.

Tal se ostentaba la Serena en la primavera de 1851, ceñida de mil guirnaldas de las flores silvestres que esmaltan sus prados, bañada del perfume de las tibias brisas de su clima. ¡Tres meses pasaron! Y aquel panorama deleitoso se había convertido en un páramo de horror y de muerte; tiñéronse rojas las aguas del río; huyeron las naves del puerto; bandas de mercenarios desalmados cruzaban por todos los caminos, llevando en una mano el botón del saqueo, y en la otra el sable de los deguellos; las festivas calles de la ciudad exhalaban ahora el hedor de los cadáveres insepultos, y después de oírse el reto de los clarines, bajaban á la Vega, antes apacible, los ginetes de la ciudad para medirse cuerpo á cuerpo con los invasores que habían venido de remotas campañas, y aun de más allá de los salvajes desiertos del otro lado de los Andes. Parecía que ya no brillara más en aquel recinto de la paz risueña y del amor fecundo, el astro del día, y que, para contemplar el horror de aquella súbita transformación, fuera preciso aguardar, como los espectros, la hora de la media noche, y divisar desde la altura, á la luz de los incendios y al estampido del cañón, la perspectiva de aquella Serena de ayer, erizada hoy, cual la melena de un león, con una red de trincheras, cuyas brechas tapaban los pechos de mil bravos, y cuyas almenas se disputaban con gritos de muerte un heroico pu-

ñado de sitiados con otro heroico puñado de invasores chilenos.

BENJAMÍN VICUÑA MACKENNA.

(Chileno.)

El paso de los Andes.

En este orden comenzaron á internarse en las cordilleras las tropas de San Martín. El ejército marchaba sin formación alguna, y del mejor modo que se lo permitía el camino. Era éste una estrecha ladera cortada á escarpe entre dos inmensas masas de piedras, por donde no podían caminar dos hombres de frente. En otras partes esta angosta ladera está limitada por un profundo barranco por donde corren rápidos torrentes arrastrando consigo gruesos peñascos, que hacen aún mayores los peligros del tránsito.

Ese sendero no tiene más perspectiva que las albas y estériles montañas de nieve, que parecen elevarse más y más al internarse en la cordillera, y cuyo fin no divisa el viajero sino después de algunos días de marcha. La naturaleza ha reconcentrado su fuerza y su vigor en aquellas grandiosas montañas, y ha retirado su mano de los árboles y las plantas. Allí no crecen más que algunos arbustos y una débil hierba que apenas basta para la manutención de los animales que habitan aquellas estériles rocas. En aquellas asperezas sólo se puede caminar al paso de la mula; y aun así se fatigan y sufren tanto estos animales, que no es posible hacer el viaje en una sola.

En el camino de los Patos había otro peligro de diversa especie. Si bien éste tiene menos precipicios que el de Us-

pallata, por donde seguía Las Heras, es sólo transitable en los meses de rigoroso verano, por las nieves casi perpetuas que lo cubren. Sus laderas son mucho más elevadas que las del paso de Uspallata: el frío de la noche y la dificultad de respirar, por el enrarecimiento del aire, en aquellas alturas, ocasionan una enfermedad conocida con los nombres de puna ó sorochó, que causó algunos estragos en las filas de los insurgentes. Previendo esto mismo, San Martín había dispuesto que la marcha se hiciese lentamente, y que se diesen cortos descansos á la tropa para evitar grandes males.

Siguiendo las instrucciones del general en jefe, las divisiones insurgentes se fueron internando en la cordillera con buen orden. Las milicias provincianas, encargadas del cuidado de los bagajes y víveres, dejaban en muchos puntos del camino provisiones de repuesto para que, en caso de una derrota, se encontrasen allí en la retirada.

El coronel Las Heras, por su parte, marchaba más lentamente que Soler, para no adelantarse á las otras divisiones, siendo tanto más accesible el camino que él seguía. El 24 de Enero estaba todavía acampado en Uspallata, cuando recibió parte de que el enemigo, en número de 60 hombres, había sorprendido antes de venir el día á una avanzada de trece soldados que tenía colocados en Picheuta. Siete de estos lograron ponerse en salvo, quedando los restantes prisioneros en poder del enemigo. Inmediatamente hizo salir la compañía de granaderos del número 11 y los 30 hombres de caballería, al mando del mayor don Enrique Martínez, con orden de perseguir al enemigo hasta dentro de la cordillera.

Como estaba convenido, Las Heras anunció inmediatamente esta ocurrencia á San Martín. Se hallaba éste en los Manantiales, á entrada de la cordillera, cuando recibió la nota; y, sin manifestar el menor temor por aquella desgracia con que comenzaba la campaña, siguió dando sus órdenes para continuar la marcha. Él mismo se disponía á entrar en

los senderos de la montaña cuando se le juntó el coronel don Hilarión de la Quintana, trayéndole pliegos del gobierno de Buenos Aires. En ellos le encargaba el director Pueyrredón que se abstuviese de abrir la campaña si no contaba con la seguridad de la victoria; pero San Martín había tomado ya su resolución, y estaba dispuesto á llevarla á cabo á todo trance. Aparentando una grande indiferencia, guardó las comunicaciones en bolsillo, y convidó al emisario á tomar parte en los triunfos de la campaña que iba á abrir. Quintana estaba relacionado con San Martín por vínculos de amistad y de sangre; lo había conocido en Buenos Aires desde los principios de la revolución, y además, la mujer del gobernador de Cuyo, doña Remedios Escalada, era su sobrina carnal. Estas consideraciones quizá movieron á Quintana á aceptar la propuesta de San Martín: se agregó gustoso á su estado mayor, y caminó á su lado á juntarse con las tropas insurgentes que marchaban adelante.

DIEGO BARROS ARANA.

(Chileno.)

La Calandria.

(*El Tempe Argentino.*)

Tiempo hacía que yo me ocupaba en el cultivo de una de las bellísimas islas del Delta. Una hermosa mañana de otoño salí de mi choza al amanecer, á dar un paseo por mi posesión. Caminaba lentamente; ya atravesando plantíos de jóvenes frutales que me presentaban sus primicias, hermoseedas con el lustre del relente; ya siguiendo las sendas umbrosas del monte, donde las aves que acababan de despertar, saltaban de rama en rama, haciendo caer sobre mí una llu-

via de rocío; ya abriéndome paso por la espesura y vagando sin sendero.

¡Que enajenantes descubrimientos! ¡Arroyuelos serpeando por entre espadafias coronadas de sus blancos penachos y de pintados pájaros; durazneros abrumados con su fruto en racimos rubios y carminados; hermosos panales colmados de miel...! ¡Oh qué dicha el descubrirlos por primera vez! ¡Qué gusto andar por sendas desconocidas, trazadas por la apacible capiguara; contemplar aquellas vertientes de agua cristalina, á cual más sinuosa y bella; y encontrarse sorprendido bajo una rústica glorieta que siglos haría esperaba la primera visita del hombre; y allí, sobre su alfombra de musgo, intacta aún, tenderse á reposar y á enajenarse con el recuerdo de las emociones de aquel día!

Á cada paso se ofrece un objeto nuevo, una planta, un insecto en que se descubren nuevas maravillas, que tienen el espíritu en incesante fruición. La naturaleza infinita en su variedad y portentosa en sus obras, ofrece al observador una fuente inagotable de goces intelectuales, que jamás terminan en la fatiga y el hastío de los placeres de los sentidos. Absorto en estas reflexiones, no había notado que ya un sol radiante había disipado las sombras del crepúsculo y los vapores del río. Me hallaba á la entrada de un dilatado bosque de setbos imponentes por su grandeza, bellos por sus flores y los festones de lianas que ondeaban de copa en copa, amenizados por los juegos de la luz del sol que penetraba en lampos temblorosos por entre el agitado ramaje. El árbol que me daba sombra estaba más espléndidamente decorado que los otros; entre mi árbol y el bosque se extendía un pequeño campo, y en medio de él había un mirto florido. Mil susurros agradables se sucedían á mi alrededor, y un ambiente fresco y oloroso, no sé por qué, al respirarlo me llenaba de contento, y embargaba mi espíritu en una vaga y dulce contemplación.

Repentinamente despierta mi atención una música deli-

ciosa, que parecía resonar en todos los ámbitos del bosque. Cuanto acento encantador puede salir de la garganta de las aves; cuantas seducciones hay en los instrumentos músicos más bien tocados y en la voz humana más dulce, más melodiosa y más querida, parecían haberse reunido en los acentos que escuchaba. La luz y el perfume y las bellezas que me habían enajenado, se habían confundido con la célica armonía, para no formar sino un solo concierto. Mis ojos buscan anhelosos la Sífide, la Ondina ó la Sirena que produce el encanto, cuando una faja vaporosa, compuesta de innumerables alas, elevándose en espiral sobre el mirto solitario, me presenta en su cima á la *calandria* ejecutora de aquel portento de melodías.

Á los hechizos de la música uníase la inexplicable gracia de los movimientos del ave.

Saltan de su garganta gorjeos vivos y sonoros, y al mismo tiempo se remontaba con raudo vuelo, describiendo círculos, y descendía con iguales giros, para volver á subir, sin cesar en sus hermosos concentos. Ciérase en el aire cual colibrí ante las flores, acompañando una suavísima cadencia con la vibración imperceptible de sus alas, como si expresiese allí toda la intensidad de su ternura. Acelera nuevamente su revuelo circular, y exhala suspiros melodiosos, que no pueden menos que corresponder á la voluptuosidad de sus recuerdos, degradándose al paso que asciende el cantor en rápido remolino, hasta apagarse en un silencio en que mi alma se deleitaba como si resonaran aún en mi interior los ecos de la divina armonía. Posada la calandria sobre la copa del mirto, nuevos acentos, estrépitosos y brillantes, llenan los espacios del bosque, sucediéndose con la volubilidad de los arpegios y los trinos; y el ave los acompaña con revuelos igualmente vivos y tumultuosos, que son acaso la expresión de los transportes de su júbilo, celebrando sus dichas y sus glorias.

MARCOS SASTRE.
(Uruguayo.)

A la caída de la tarde.

(*El Tempe Argentino.*)

Era una hermosa tarde del verano, en uno de los arroyos más frondosos de nuestro Tempe, donde todavía la naturaleza no había sido despojada de sus inimitables atavíos. El río rebosaba, precipitándose por los arroyuelos á refrescar el seno de las islas. Los árboles con sus frutos y las lianas con sus flores, vivamente retratados en el agua, añadían á la natural belleza del arroyo, el nuevo atractivo que se encuentra siempre en la armonía de las formas gemelas.

¡Qué banquete tan espléndido el que la naturaleza ofrecía á todos los vivientes, en aquellas frutas delicadas, de las más apetecidas en todo el mundo, derramadas allí con profusión!

Bosques interminables de durazneros silvestres orillan los canales, encorvándose hasta el agua cargados de melocotones maduros, que no ceden en tamaño, en sabor, en fragancia ni en colorido, á las más peregrinas variedades obtenidas por el cultivo.

Los *costeros*, los carapachayos, y todos los que viven ó se ocupan en las islas, hombres, mujeres y niños, en fin, todos los que tienen una pequeña barca, todos suspenden sus habituales trabajos, para aprovecharse de esta cosecha gratuita é inagotable. Se emplean millares de embarcaciones en el transporte de los duraznos á los pueblos de las costas del Plata, del Paraná y del Uruguay. Durante los dos meses de la *temporada de la fruta* el Canal de la villa de San Fernando se convierte en una feria incesante, donde día por día entran numerosos cargamentos de duraznos, y salen centenares de carretas y carros que llevan á granel la sazónada fruta para la ciudad de Buenos Aires y toda la campaña. Y á pesar de este inmenso consumo, suele ser tan excesiva la abundancia, que, á veces, en el puerto no vale más de medio peso fuerte

toda la cantidad de melocotones que puede cargar un hombre.

También nosotros habíamos escogido algunos de los más hermosos, en los duraznales del Tempe Argentino y tratábamos de regresar, aprovechando la bajante y la frescura de la noche. Al ponerse el sol emprendimos nuestra marcha. Liviana la canoa, y diestro el remero, pronto empezamos á dejar atrás todos los barcos que, cargados de fruta, de borda á borda, se dirigían al Canal como nosotros....

De repente, al trasponer la punta de un bosque, hiere mis ojos un luminoso disco de oro: era el sol en su ocaso. Yo contemplaba absorto la sublime hermosura de los cielos en aquel conjunto armonioso de luz, de colores y de formas. Como si una emanación celestial penetrara todo mi sér, me anegaba en inefables dulzuras; y aquella necesidad de expansión del corazón humano, que nos impele á comunicar á otro las emociones que sentimos, hacía más completa la fruición, porque allí tenía á mi lado un objeto el más querido, la dulce compañera de mi peregrinación por el valle de la vida; la que reúne en su persona lo más bello de la naturaleza; la lozanía y fecundidad de las islas, la belleza y el perfume de sus flores, la suavidad y dulzura de sus frutas, la gracia y la melodía de sus aves; aquella cuyo corazón tiene la bondad y pureza de los ángeles; aquella en cuyas manos mi venturosa estrella ha puesto la dicha de mi vida. Cuando contemplábamos juntos las magnificencias del ocaso, su clara inteligencia amplificaba los pensamientos inspirados por el grandioso cuadro que admirábamos en aquella tarde inolvidable.

El sol no irradia ya un calor ardiente; su luz no ofusca nuestra vista; ya no es sino un globo de oro, cuyo limbo toca el borde aparente de la tierra. Magnificado y despojado de sus rayos, parece un nuevo astro, más grandioso y bello que cuando resplandece en el meridiano. Brillantes nubes nacaradas le componen un magnífico dosel, desplegándose con las formas más graciosas, teñidas de púrpura y azul, contor-

neadas por un filete de oro, diáfano y luciente. La cortina del gran dosel es del más subido escarlata en torno del sol, y pasando por los matices intermedios, siguen el morado y el jacinto, confundiéndose al fin con el límpido azul-celeste de nuestro cielo.

Es inútil que me detenga á describir un espectáculo de belleza y magnificencia tal, que no hay símil que no le sea inferior; y tan diversificado, que no había momento en que no presentara un nuevo aspecto, ostentando nuevas armonías de formas, de tintas y de luces, desde que el sol llegó al horizonte, hasta que se acabó de ocultar de nuestra vista. Solamente me propongo excitar la curiosidad de los que visitan nuestras islas; porque desde los canales del Delta es de donde se debe contemplar la puesta del sol en toda su belleza. El aire transparente y puro de esta vasta llanura, donde no hay polvo ni vapores que puedan empañar la atmósfera, hace más perceptibles los fenómenos de la luz y los más delicados juegos de los suaves contornos de las nubes.

Nuestra atención se dirige á los objetos que nos rodean, atraída por el ruido del aire agitado por las alas de las aves, que eligen la caída de la tarde para retirarse á su acostumbrado asilo. Por donde quiera que se dirija la vista se descubren bandadas de diferentes especies, siguiendo todas la misma dirección del centro del Delta. Las unas vuelan apañadas y en desorden, en forma de nublados: tales son las palomas, los tordos, los jilgueros y las cotorras bulliciosas; otras van en hileras ordenadas, como las vandurrias, los patos, los cisnes de cuello negro, y los flamencos de alas de fuego; vuelan solitarios acá y allá las águilas, los halcones, los caracaras, las cigüeñas, los toyuyús y las garzas color de rosa. El zorzal, el piririguá, el bienteveo, la calandria y tantas otras avecitas se cruzan por todas partes, en busca de sus nidos, haciendo resonar los ecos del bosque con sus mutuos reclamos.

Los peces entran en cardúmenes á disfrutar del gran festín, y se precipitan por los arroyuelos para tomar su parte en el

suelo sembrado de melocotones, ahora cubierto por la *marea*. Bien se conoce su premura y muchedumbre en el escarceo de las aguas y en sus frecuentes brincos y colazos. El dorado que no quiere sujetarse al régimen frugívoro, salta á veces sobre el agua tras su presa, luciendo sus escamas cubiertas de oropel.

La entrada de la noche es la hora en que más se difunden los olores. Abren las flores sus cálices al relente y á las brisas de la tarde, y radiosas parecen dar al sol un tierno adiós, exhalando sus más suaves perfumes. El mirto, cuyo solo nombre dilataba nuestros pechos con eróticos recuerdos; el siempre verde mirto, delicado y elegante, todo lo llenaba con su exquisita fragancia, que trasciende entre los demás aromas, como la pasión de que es emblema domina sobre todas las pasiones. ¡Con qué delicia se respira, á la caída de la tarde, el aire embalsamado de las Islas!

El sol se ha ocultado bajo el horizonte; las nubes han perdido sus galas y el cielo su esplendor; la débil luz del crepúsculo precede al manto oscuro de la noche. La meditación, acompañada de un vago sentimiento de melancolía, ha reemplazado las efusiones de nuestro gozo.

El ocaso del sol, ¿nos daría la imagen del ocaso de la existencia? Si la mañana de la vida es la época más placentera, ¿no es la tarde más tranquila y templada? El sol cuando se pone, ¿no es tan bello y magnífico como cuando nace? Y ese sol, después de embellecer nuestro occidente, ¿no va á anunciar la aurora á otras regiones, dejándonos aquí los recuerdos de un hermoso día? Así el hombre, cuando se acerca al término de la vida, se goza en la calma de las pasiones; los inocentes placeres que encantaban su infancia, vuelven entonces á regocijar su corazón; se ejercita en la práctica de las buenas obras; y cuando llega á su ocaso, pasa tranquilamente á un nuevo mundo, donde su existencia será perdurable y su dicha sin amarguras, dejando acá la memoria de sus virtudes.

MARCOS SASTRE.

(Uruguayo.)

Revolución del Perú.

(Ensayo de la historia civil de Buenos Aires, Tucumán y Paraguay).

Este fué el momento en que, no descubriendo otra cosa Tupac-Amaru, que un oceano de males sin riberas en que iban á perecer muchas generaciones, creyó que era preciso una revolución para poner los pueblos en un estado más razonable y más feliz. Se ha querido poner en duda si pensó desde luego en la absoluta independencia del Perú, ó en una reforma general, cimentada en el castigo de los depredadores. Á la verdad, sus proclamas, sus autos, y todas las formalidades de que se hizo acompañar en las primeras escenas de este drama, fueron amalgamadas sobre el nombre del rey. Pero ¿quién no penetra que este era un artificio con que, huyendo de la nota de rebelde, quiso facilitar el éxito de sus primeros pasos? Con esta mezcla de vasallaje y libertad se conciliaba todos los respetos, y hacía un ensayo del entusiasmo nacional. ¿Ni cómo era posible que sin entrar en su cálculo secreto la independencia, esperara salvarse en otra tabla? Dió principio á su empresa por un acto de severidad, que debía traer á un interés común los ánimos de su nación. Éste fué el de la muerte de D. Antonio Arriaga, corregidor de Tinta, ejecutada en Tungasuca el 10 de noviembre de 1780. Inaccesible este hombre avaro á una reflexión de terror, tenía escandalizados con un reparto de trescientos mil pesos aun á los más acostumbrados á estos latrocinios. No parecía sino que en él obraba aquel dicho de Verres, según Cicerón, «que los pequeños ladrones corren riesgo de ser castigados, pero que él se había propuesto robar harto para enriquecer á muchos, y derribar las barreras más sagradas y más bien defendidas». Ignoraba que un agraviado había de ser su juzgador. Tupac-Amaru lo hizo venir á su pueblo bajo el pretexto de una sedición, y formado

su proceso por sus mismos registros, lo condenó en nombre del rey á una horca ignominiosa. Mitas, repartos, alcabalas, todo menos el tributo, quedó abolido desde este punto.

Sin apartarse aún del plan artificioso con que se daba el aire de defensor del rey y ejecutor de sus mandatos, pasó rápidamente á la provincia de Quispicancha con ánimo resuelto de vengar en su corregidor Cabrera otros ultrajes de esta clase. No logró el golpe, porque la fuga puso á Cabrera fuera de peligro; pero sus ricos almacenes y veintitres mil pesos de tributos quedaron por despojos de esta jornada. Todo esto, unido á los cuantiosos bienes de Arriaga, fué distribuído entre los indios con mano franca, empezándose á saldar por este medio esa cuenta atrasada de tantos latrocinios.

Apenas estas nuevas se extendieron por las provincias inmediatas, cuando todo se puso en movimiento. Los corregidores, azorados y confundidos, medían los peligros por su miedo, y se alimentaban de presagios funestos. Cuál salió huyendo como una liebre tímida que se asusta al blando ruido de una hoja; cuál imploró el socorro de sus convecinos; cuál se dispuso para la defensa. Entre tanto Tupac-Amaru propagaba por todas partes la llama de la revolución por medio de unos bandos en que, haciendo resonar los nombres de Incas, Libertad, le daba un sople activo y poderoso. . . .

Los golpes de Tupac-Amaru asestados á tantas provincias, le anunciaban el suyo á la ciudad del Cuzco, si con tiempo no oponía sus fuerzas á las de este caudillo. Un cuerpo de tropas heterogéneas al mando de los generales Escajadilla y Landa, las que unidas á las de Pancartambo y Quispicancha, componían el número de seiscientos cuatro hombres, salieron á campaña y asentaron su campo en la plaza de Sangarara. Estas tropas experimentaron bien presto de lo que es capaz un pueblo irritado en los momentos de su primer fervor. Cercadas de un crecido número de enemigos, buscaron un asilo en el templo, asociados del cura, su ayudante y algunas mujeres. Tupac-Amaru quiso ahorrar á estas gentes el sentimiento

de verse perecer, y las requirió con la paz; pero los fieros españoles la rechazaron con desprecio. Tupac-Amaru ofreció á los criollos un salvo-conducto con tal que abandonasen el templo. Convienen éstos en la propuesta, pero al quererla poner en práctica, un fanatismo bárbaro de los españoles les lleva hasta el exceso de causar muchas muertes en los que resistían. En esta situación de cosas, un accidente inesperado aumentó el peligro de los sitiados. Incéndiase su pólvora, desplómase una parte del techo, y queda abierta una gran brecha en uno de los costados. No pierden ánimo por esto esos hombres, determinados con toda esa heroicidad, á que debía su nación sus asombrosos triunfos y conquistas. La misma brecha les sirve para que intenten sacar provecho de su infortunio. Disparado por ella un cañonazo, matan siete indios de los que rodeaban á Tupac-Amaru. Déjase entonces sentir la preponderancia de este jefe, y los obliga á que, abiertas las puertas del templo, fien su suerte en los auxilios que podía darles la desesperación. Con puñal y pistola en mano se defiende Escajadilla heroicamente, hasta que rinde su alma á la violencia de los palos. No es menos esforzada la resistencia de Landa. Un golpe de lanza que le atraviesa el vientre, deja su muerte señalada en los fastos de esta historia. De los seiscientos cuatro combatientes quedaron heridos veintiocho criollos, á quienes Tupac-Amaru hizo curar, dándoles después su libertad y más de treinta indios. Los demás murieron en la refriega. Desde este suceso se concilió Tupac-Amaru, respetos y temores de que supo aprovecharse diestramente, ganando con partidos á los que temía, asegurando la confianza de los sobresaltados, y dando protección á los indefensos. No se oían por casi todas partes sino aclamaciones del nuevo redentor.

Con todo, el contagio de la sublevación no fué tan universal á los principios, que no dejase libre ciertas provincias. El cacique de Asangaro D. Diego de Chuquiguanca, y el de Umachiri, Pumacagua, en quienes la servidumbre había paralizado

los sentimientos de la patria, salvaron su territorio, entregando á sus corregidores las cartas de Tupac Amaru. La proximidad del peligro hizo que éstos buscasen otros confederados. Carabaya, Santa Rosa, Puno y Chucuito destacaron sus tropas con un trozo de las de Lampa; pero llegadas éstas á Pucará, tuvieron orden de retirarse. Esta retirada dejó á Tupac-Amaru una carrera abierta para que intentase extender su partido sobre los pueblos del Collado. En efecto, altivo con sus recientes triunfos, y precedido del terror que inspiraban sus armas, y después de una tentativa inútil sobre el Cuzco, dividió sus tropas en tres trozos. El primero fué encomendado á D. Diego Gabriel Tupac-Amaru, contra el real asiento de Pancartambo: los dos restantes á los capitanes Anca é Inguaricona, contra Puno. Cuando así Tupac-Amaru se daba en espectáculo al gran Perú, recibió carta de su mujer en que le encarecía su pronta vuelta á Tinta. El eco de sus acciones y proclamas había ya resonado en la capital de Lima, con la recomendación que le daba la humanidad y la justicia. En consecuencia se creyó que era preciso hacer esfuerzos extraordinarios contra un odio tan activo como merecido. Tupac-Amaru volvió sobre sus pasos; pero después de haber dejado en sus nuevos bandos materias combustibles, que debían hacer su explosión en todas partes contra una autoridad abusiva y tiránica.

GREGORIO FUNES.

(Argentino.)

Cartas á un amigo.

Noviembre 2.

Mi anterior fué escrita en camino, y hoy hace dos días que estoy en la estancia de... Pienso permanecer aquí algún tiem-

po por ver si consigo restablecer mi salud. El paraje es desierto y solitario y conviene al estado de mi corazón; un mar de verdura nos rodea, y nuestro rancho se pierde en este océano inmenso cuyo horizonte es sin límites. Aquí no se ven, como en las regiones que tu has visitado, ni montañas de nieve sempiterna, ni carámbanos gigantescos, ni cataratas espumosas desplomándose con ruido espantoso entre las rocas y los abismos. La naturaleza no presenta variedad ni contraste; pero es admirable y asombrosa por su grandeza y majestad. Un cielo sereno y transparente, enjambres de animales de diversas especies, paciando, retozando, bramando en estos inmensos campos, es lo que llama la vista y despierta y releva la imaginación. He notado en mi tránsito que las gentes son sencillas y hospitalarias; siempre me han dado alojamiento en lo interior de sus reducidas chozas, como si no fuese un desconocido. Mis huéspedes me han hecho el mismo acogimiento y me han cobrado en dos días una afección y cariño que no he podido adquirir con un trato largo y continuo en las ciudades. Se empeñan en que los acompañe algunos meses. No saben mi desgracia, pero han notado que estoy melancólico y que busco la soledad. ¡Buena gente! Ignoran que la tristeza ha hechado raíces profundas en mi corazón.

Diciembre 12.

Todo entregado á la meditación, paso momentos deliciosos en estas soledades. Mi imaginación se anima y sale del letargo sombrío y ominoso que la abrumba, al contemplar los encantos del espectáculo maravilloso que la rodea. De todo me olvidado, de mi dolor, de mi aislamiento, del mundo y aun á veces de mí mismo. Al romper el día hago ensillar mi bruto fogoso, monto, y salgo con algunos peones á recorrer el campo y los rodeos de ganado; luego me separo de ellos, y voy á visitar algunos ranchos vecinos, y en todos encuentro la satisfacción y el regocijo que huyen de mí. Huyó yo también de estas moradas de felicidad, y perseguido por mis lúgubres ideas,

suelto la rienda á mi caballo para aturdir mi mente, y me alejo más y más, hasta perderme en medio del desierto. Persigo al sagaz avestruz, corro en pos del ligero venado, y luego bajo fatigado á reposarme en el verde prado. ¡Qué gusto verse transportado de aquí allí como por las alas del viento; volar de un sitio á otro y esparcir su vista á la vez por horizontes diversos, y luego venir á reposarse al rededor de una multitud de insectos que hormiguan y chillan, de una multitud de aves que vuelan ó reposan también, y de enjambres de cuadrúpedos que rumian tranquilamente la hierba! ¡Observar el orden y la armonía de la naturaleza y elevarse hasta la meditación de sus leyes inmortales, y descubrir allá, en el corazón del universo, la mano omnipotente que lo rigel ¡Qué vuelo tan sublime toma entonces la fantasía; cómo se llena de gozo á medida que penetra y mira faz á faz los maravillosos arcanos de la creación! Su elemento es infinito, el cielo, los espacios imaginarios, el universo, todo lo abarca y lo sujeta á su atracción. ¿Quién no queda absorto al contemplar en la callada noche el disco melancólico y plateado de la luna, acompañado de esa multitud de faros rutilantes que pueblan el firmamento? ¿Quién, al respirar el aroma vivificante de las flores en medio de esta soledad y de este silencio, que no interrumpen sino el valido de la oveja, el relincho del caballo y el chillido de los insectos, queda frío espectador y no siente en su corazón emociones peregrinas? ¡Y luego tanta luciérnaga ambulante, el murmullo del arroyo, y esos juegos fatuos que se levantan, se acercan, se alejan y desaparecen, dando pábulo á la fantasía y aterrorizando al vulgo! Son las doce, y es la hora que yo voy, como Ossian, á interrogar mis recuerdos al resplandor de la luna, á escuchar las melodías aéreas y hablar con mi corazón.

ESTEBAN ECHEVERRÍA.

(Argentino.)

La poesía.

¡Ah! no desdeñéis los versos, vosotros, espíritus positivos que os afanáis en prosa por lograr los bienes tangibles de este mundo! Reflexionad un momento, y veréis que un endecasílabo bien hecho tiene todas las calidades de una guinea inglesa: el sonido metálico, el brillo, la gracia perfecta del sello, la buena ley y el peso íntegro; y que por esta razón los renglones que acuñaba el genio de Byron, se cotizaban á la par de las libras esterlinas sobre el mostrador de su librero.

Hay pobres de espíritu que, en servicio de lo que entienden por moral, levantan como á manera de un cordón sanitario de libros indigestos, en torno de las mariposas de su cariño que constituyen la ventura de sus hogares. Pero ¡qué! ¿no se aperciben que con esa táctica paraguaya, las echan á volar por los desiertos, expuestas al pico voraz de mil aves de pésima ralea? Denlas por el contrario un rumbo salvador en las correrías de la imaginación. Su mejor piloto será un poeta, y la más segura barquilla de su aerostático, un libro de versos selectos. La mujer, nacida en el Paraíso en medio de fantasías, seducciones y deseos, fraguará á su modo, entre puntada y puntada de su costura, poemas enmarañados é imposibles, que la produzcan vértigo y caídas, si no se los dan hechos de antemano por alguno de esos maestros del corazón, diestros en educarle y en conducir con riendas de seda.

Las cosas más visibles se nos esconden entre las sombras de nuestras distracciones. Desdeñamos la poesía, mientras que todo es música y poesía en la naturaleza, puesto que cantan las aves, susurran las ramas y los arroyos, y silba el huracán. en las montañas, y encima de las ondas hinchadas del mar. El libro por excelencia, la fuente perenne de la mejor moral, el que rebosa en espíritu de sabiduría, ya que le dictó el Espíritu Santo; el código de nuestra religión, en una palabra, está escrito en verso con el cálamo de los vates. David lo era, y

compuso en rima su Salterio para que fuese más digno de Jehová. Job se lamenta en consonantes hebraicas, y los Profetas vieron lo futuro porque estaban dotados de los ojos inspirados de aquellos seres que viven en lo porvenir.

Por consentimiento unánime de las naciones civilizadas, los maestros primeros de la juventud son los poetas. Virgilio, Horacio, desde que renacieron las letras, son quienes abren las puertas del alma á la claridad de lo bello, imprimiendo el carácter de su inteligencia á cuantos cultivan sus facultades intelectuales en las escuelas y liceos. Sus nombres, sus gustos, sus ideas, á manera de ondas que cunden sin detenerse ni agotarse, pasan de generación en generación, rejuveneciéndose por medio de mil traducciones y comentarios que dan á luz las imprentas de ambos mundos.

Los grandes reyes y los héroes famosos, necesitan, para no caer en profundo olvido, que la mano piadosa de la historia los levante, de tiempo en tiempo, de sus tumbas. Los grandes poetas siempre están vivos en la memoria, y nacen día á día, como soles, sobre el inmenso horizonte de la literatura.

El poeta es el único mortal que se trasustancie en pueblo y se convierta en muchedumbre; el único capaz de interpretar en lo presente, en el tiempo que fué, en el que ha de venir, la índole, el sentimiento y las aspiraciones de toda una nación. El alma de Schiller es el alma de la Alemania. Dante es, después de seis siglos, el representante *legítimo* de Italia, en el día que se incorpora unida y casi íntegra en la Asamblea de las naciones independientes. Los días de esos inmortales se cuentan por centurias, y las fiestas natalicias que se les consagra, son solemnidades seculares como las que la antigüedad consagraba á los Dioses.

El hálito de los pechos que ellos saben conmover, es el flúido que los levanta á tan eminentes alturas. Todas las opiniones, todas las ciencias, los intereses más rivales, se ponen de acuerdo para aplaudirlos y para amarlos. Son como luceros del

cielo estrellado, sublimes, hermosos para cuantos pueden levantar la vista más arriba del techo de sus casas.

La singularidad de este destino de los poetas se explica por la función que desempeñan: está prevista por el mismo Dios. Si el océano careciese de ciertas sales con que le dotó aquel gran químico, sus aguas estarían muertas y pestilentes como las de un lago maldito. La poesía es el grano de aroma que mantiene incorruptible á la sociedad que se agita en el piélagó de sus malas pasiones. Es la oración al cielo, que nos le vuelve propicio y nos alcanza su misericordia; es el vínculo de unión de nuestros espíritus con el eterno espíritu. Allí donde hay poesía, hay santidad, consuelo, alegría, porque ella es bálsamo, brisa y luz.

Su poder se manifiesta y se encierra en un átomo, como el incendio en una chispa. Tanto puede contenerse en un poema como en un renglón, y basta una página inspirada de poesía para inmortalizar el nombre de quien la suscribe. Santillana, Manríquez, Cetina, Alcázar, son nombres imperecederos en la literatura poética de España, y, sin embargo, las obras completas de estos afamados autores podrían contenerse en veinte páginas in 8°. Con la mejor prosa no habrían conseguido semejante milagro, ni llegar hasta los tiempos actuales, presentando tan cortos renglones como título á la celebridad....

La lectura de los poetas es una necesidad impuesta por la naturaleza, é impera tanto en nosotros como la de nutrirnos. Hasta las horas de este pasto de nuestra sensibilidad, están señaladas en la sabiduría de su código. Al comenzar el día, entre el rumor de los aires mansos y las «gracias á Dios» de los seres que despiertan del sueño; en la tarde, á la luz mustia del último rayo del sol que nos abandona, experimentamos ciertas sensaciones vagas y melancólicas cuya significación sólo puede dárnosla la ciencia del alma, que es la poesía. Entonces apelamos á los poetas, y ellos nos preparan con sus himnos armoniosos á comprender la solemnidad del día ó de la noche en que vamos á entrar, y á conducirnos como hombres durante

las veinte y cuatro horas de ese instante que media entre la aurora y el ocaso del sol.

Si hay cielos y climas propicios á la imaginación como los de Grecia é Italia, deben contarse entre ellos los del Nuevo Mundo, en donde sus primeros descubridores creyeron hallar el Paraíso terrenal, y admiraron constelaciones desconocidas y esplendentes. No sólo el mundo material se agrandó con el hallazgo de América, sino que tomó creces con él la fuerza intelectual del hombre, á quien vemos, desde fines del siglo XV, desplegar mayor inventiva y audacia. Colón, piloto y cosmógrafo, se transforma en poeta en presencia de las primitivas y fragantes florestas, y dirige á los Reyes Católicos aquellos bellísimos trozos de poesía descriptiva, rebosantes en profundo sentimiento de la naturaleza, que la historia nos ha dado á conocer con el humilde título de cartas. Su vida misma es una odisea, así como las narraciones de las proezas de los conquistadores pueden considerarse como Romanceros escritos con sus espadas tintas en sangre de indígenas.

JUAN M. GUTIÉRREZ.

(Argentino.)

Las ruinas de Mendoza.

Desde que á algunas leguas de Mendoza empezaron á presentarse las casas destruídas, advertimos que penetrábamos en la región de las ruinas, y descubrimos con religioso respeto nuestra cabeza para recibir el polvo de los muertos.

Llegamos al fin á la ciudad caída. Nos pareció que la noche era la hora más propicia para visitar á los muertos, y que el fúnebre espectáculo sólo podía ser bien examinado á la luz de la luna.

Se ha dicho con razón que la luna es la compañera del hombre. Buena y dulce compañera, en efecto, puesto que ella despierta en el alma los afectos generosos y tiernos y el recuerdo de las dichas perdidas, como la esperanza del bien que anhelamos. La luna nos acompaña en los momentos en que cesan los ruidos del mundo, del que nos convida á alejarnos para contar en la soledad y el silencio todos esos astros del cielo, que narran las glorias del Señor y sirven de pedestal á su trono. La melancolía es el sentimiento que se apodera de todo nuestro corazón en esas horas calladas de la noche; ella nos enseña á la vez nuestro origen y nuestro destino: nos dice por qué culpas perdió el hombre el paraíso en que Dios le creó, y cuáles son las virtudes que han de abrirle el paraíso que no se pierde. La melancolía no es la alegría, pero es el dolor consolado; es la más natural de las afecciones humanas: cuando ella domina su ánimo, el hombre recuerda y espera, está en plena posesión de sí mismo.

Y al que quisiera observar el mundo moral, que no se ve desde la altura del Tupungato, le aconsejaríamos visitara en Mendoza las ruinas bajo las cuales descansan tantos miles de hermanos nuestros, cuando arroja sobre ellas sus resplandores la reina de las estrellas.

Fué una noche de luna cuando visitamos la destruída ciudad, penetrando por entre los escombros con el cristiano recogimiento con que se marcha sobre las tumbas. ¿Cómo describir aquel horrible espectáculo? ¿Qué palabra puede bastar á hacer concebir al hombre lo que sus ojos no han visto?

Renunciemos á una descripción imposible, por lo menos para nosotros; en vez de pintar el aspecto material de aquel caos, hablemos sólo de los recuerdos y las imágenes que asaltaban nuestra mente abatida en presencia de cuadro tan afligente.

Imaginaos una ciudad en que todo está en movimiento, todo con vida. Era el último día de la estación del verano,

á las siete y media de una hermosa noche; y nadie sospechaba, por cierto, que un instante después el frío de la muerte había de apagar la existencia de casi todos los habitantes de la ciudad. Los unos, descansando de las tareas del día, acariciaban tranquilos á sus hijos en el seno de la familia; otros conversaban tristemente, en medio de los amigos, sobre las recientes calamidades que habían consternado á todo el país; las señoras aprovechaban la claridad de la noche para visitar las tiendas; las gentes piadosas se retiraban en gran número del templo, en que un padre jesuíta acababa de predicarles la palabra evangélica, y de exhortarlas á cumplir el deber de la penitencia, para asistir con la conciencia sin mancha, en los días santos que se acercaban, á adorar al Salvador muriendo en la cruz. Apenas se habían cerrado los labios de los que habían pedido á la Virgen Inmaculada en sus oraciones rogara á Dios por ellos en la hora de la muerte, que ignoraban ¡ay! estuviera tan cercana, cuando la muerte se presentó de improviso, ¡y cuatro segundos después la ciudad no existía!

El trueno subterráneo resonó al tiempo mismo que ella se desplomaba. El movimiento de la tierra fué tan violento, que no era posible mantenerse en pie ni marchar sobre ella. Los que lograron andar algunas varas para llegar á la calle, buscaban su refugio en el lugar precisamente del mayor peligro, pues las paredes, al derrumbarse, se cruzaban sobre el centro de las calles mismas.

Un silencio verdaderamente sepulcral, interrumpido sólo por el aullido lejano de los perros, siguió al espantoso temblor. Una nube densa de polvo se levantó de las ruinas, y cubrió la faz de la luna con un manto negro. En la calle principal estalló el incendio, cuyo humo se confundía con el polvo en el aire, y cuyas llamas, al tiempo que despedían sus luces siniestras sobre la ciudad hecha escombros, formaban como una muralla impenetrable de fuego, dentro de la cual perecieron abrasadas muchas personas, entre ellas al-

gunas jóvenes de las familias más distinguidas. Las pocas gentes que habían logrado salvar se agruparon en la alameda y la plaza, habiendo dejado los más, principalmente las mujeres, sus vestidos en los escombros. Muchos de aquellos infelices tenían roto algún miembro de su cuerpo, y todos ellos despedazados el corazón por ignorar la suerte que había cabido á sus padres, sus esposas, sus hijos. Un frío extremo y raro en aquella estación vino á agregar los sufrimientos físicos á las angustias indecibles del espíritu....

Todas esas escenas espantosas, horribles, que conocíamos al visitar las ruinas de Mendoza, y de las que hemos hecho una pálida y breve reseña, se presentaban á nuestra imaginación con sus coloridos más vivos, y hacían en ella impresión tanto más intensa, cuanto nos hallábamos en el teatro mismo de tan grande calamidad. Cada casa caída, y todas lo estaban, nos traía el recuerdo de una familia cuya mayor parte estaba allí sepultada, y los otros miembros abrumados bajo el doble peso del dolor y de la miseria. ¿Cuántas horas duró la agonía de gran número de esos difuntos, cuando han salido con vida varios individuos de entre los escombros, cinco, seis y hasta ocho días después? ¿Cuántos desgraciados buscaron inútilmente el cadáver de su padre ó su esposa, para poseer, á lo menos, cuando todo lo habían perdido, una tumba que guardara los restos del objeto de su ternura? ¿Cuántos otros vinieron á llevar su ropa y algunos muebles, y hallaron todo robado?

Llamaba nuestra atención en aquella noche, que ha dejado en nuestra memoria imperecederos recuerdos, el aspecto majestuoso é imponente de las ruinas de los templos, alumbradas por las antorchas del cielo que habían reemplazado á las del santuario. Menos las torres, la mayor parte del frente de ellos ha quedado en pie y grandes trozos de los muros de los costados. La Matriz, San Francisco, Santo Domingo, San Agustín y la Merced eran templos espaciosos y elevados, cuales sabían construirlos los españoles en tiempo de la

colonia. En los atrios de ellos veíamos muchas tumbas, sobre las cuales había cruces sencillas, formadas de simples cañas las más de ellas. Nos parece que las preces que se eleven á Dios desde esas tumbas y delante de aquellas iglesias caídas, han de hallar en el cielo acogida muy favorable, y que con la tierra humedecida con tantas lágrimas han de erigirse más tarde otros santuarios, predilectos para la piedad de los fieles en aquellos lugares consagrados por el infortunio.

FÉLIX FRÍAS.

(Argentino.)

Sabiduría é ignorancia del hombre.

(*Del sermón con motivo de la reforma de la Constitución de la Provincia de Catamarca.*)

La vida, ese hecho múltiple y variadísimo que nos rodea por todas partes y que se siente en cada uno de nosotros como si cada uno fuera el centro á que converge todo lo que vive sobre la tierra, ese hecho se ve, se toca, se siente, y, sin embargo, es inaccesible á la inteligencia y á las fuerzas humanas. La vida es un misterio que nos lleva como por la mano al reconocimiento y adoración del gran misterio, del Sér por excelencia, de Aquél que dijo en sus inefables comunicaciones con el hombre: *Yo soy quien soy*; de Aquél que es la misma eternidad y toda perfección infinita, y causa y razón de todo cuanto existe fuera de Él; según el Apóstol, la tierra ha sido dada en habitación á los hombres para que busquen á Dios y puedan llegar como á tocarlo, y en efecto, Linneo, aplicándose á la consideración de una hoja de hierba, exclama atónito: «He quedado mudo, herido de espanto: he visto á Dios, como otro Moisés, por las espaldas».

Sí; el misterio de la vida desafía á todo el orgullo humano. En nuestro siglo se ha dicho que, «por la ciencia llegará el hombre á la omnipotencia, y que así vendrá á ser Dios»; exactamente como en el principio de la historia humana había dicho el padre de la mentira: *Eritis sicut diis, scientes bonum et malum*. Yo no conozco, señores, los dominios de ese imperio de sabiduría que se dice haber conquistado nuestro siglo; no sabré deciros lo que hay de positivamente ganado en el terreno de verdades filosóficas y sociales; pero sí, quiero tributar el homenaje de mi asombro á la poderosísima actividad que despliega su ingenio: suscribo á la valiente frase de que «el hombre del siglo XIX ha arrebatado de las manos de Júpiter sus temibles rayos»; reconozco lleno de admiración, que ante él desaparecen las distancias; que su palabra recorre la tierra con la prontitud que se recibe una orden del amo de la casa; que él dispone y se sirve de mares, de flúidos impalpables é invisibles, con la precisión que yo muevo mi mano; que ha hallado ser el globo de la tierra un libro de inefables caracteres, que va ya deletreando; que, en fin, se ha aproximado á los planetas, los ha medido y pesado, y descubre que no sólo el planeta que habitamos tiene condiciones para la vida; y aun más que todo eso, ha llegado á sorprender la formación de estrellas todavía en embrión! ¡Ahl el hombre sabe y puede mucho, y con todo que nos olvidábamos de esos pinceles de pura luz que manejan sus diestras manos, y de tantas obras maravillosas cuya fama llena la tierra. Esta gloria no puede ser materia de envidia para nosotros, sencillos hombres de la fe antigua, sino de viva y sincera felicitación al hallar en el hombre del siglo XIX el perpetuo cumplimiento de aquella palabra del Señor en el principio de los tiempos: *Hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza: y tenga dominio sobre los peces del mar, y sobre las aves del cielo, y sobre las bestias, y sobre toda la tierra*. ¡Oh hombre! Aunque te hayas declarado enemigo de aquel Dios que adora mi fe, aun te saludo imagen de la eterna sabiduría, rey del mundo, y el más noble y

digno adelantado de toda la creación en presencia de su Autor.

Pues ello es tan triste como cierto que en el siglo XIX se ha cumplido lo que dijo Moisés en su cántico de muerte: *Engordó el amado y dió de coces; se ha visto grande y abandonó á Dios su criador y se apartó del Señor su salvador; y todavía más hinchado que sabio, más estúpido que grande, ha llegado á decir como frenético: ¡Escalaré el cielo, pondré mi trono sobre los astros más elevados, seré igual al Altísimo!* Pero ante ese monstruo de poder y de fatuidad, de orgullo y de ciencia, está en pie el misterio de la vida pronto á derribar todo su poder y aniquilar su presuntuosa sabiduría. Poned á la vista del nuevo Titán una semilla de hierba, el insecto que pisáis, y preguntadle: ¿Qué es aquello que vive en ese átomo? Tu te paseas por las alturas del cielo y registras las profundidades de la tierra: ¿podrías decirme lo que hay en un grano de trigo, y por qué brota, y cómo se multiplica en cien granos, y cada uno de estos en otros ciento más, tantas veces cuantas primaveras han pasado desde que se le cultiva sobre la tierra? ¡Oh! dime lo que es la vida, prodúceme una sola semilla, un solo insecto, y yo caigo de rodillas delante de ti, y te adoro por mi Dios!

Pero si nada puede decirnos acerca del misterio de la vida que hay en una semilla, en un insecto, ¿qué podrá acerca de esos microcosmos, de ese gran mundo en pequeño, del hombre, digo, considerado en sí y en sus misteriosas relaciones con los demás hombres? El hombre habla, entiende, goza de libertad, es un sér racional porque nace y vive en sociedad. ¿Cuál es el fin de esa sociedad después de dar la racionalidad de hecho á cada individuo? ¿Cuál es su origen? Cuántas y cuáles las leyes de su progreso á ese fin desconocido? ¿Qué cosas son efecto y qué son causa de su progreso en el triple aspecto humano de sér moral, inteligente y físico? ¿Puede el hombre disolver la sociedad humana? ¿Podría acaso rehacerla si se disolviera? Y una vez establecida, como está, con la firmeza de un diamante, por el autor del hombre, ¿qué es lo que corresponde á nuestra cooperación para su mayor perfeccionamiento?

Hé aquí, no uno, sino muchos misterios que descuellan sobre la cúspide altísima del misterio de la vida!

MAMERTO ESQUIÚ.

(Argentino.)

Pasado y Porvenir.

(*Facundo, ó civilización y barbarie.*)

¡ Ah! ¡ Cuando podrá escribirse la historia de la República Argentina, libre el ánimo de prevenciones de partido; y cuándo podrán leerla sus hijos, sentados en el hogar doméstico, sin un tiranuelo sombrío que les prive gozar á sus anchas del terrible drama de la revolución que abren los leopardos de Albión vencidos por mujeres, los leones de Castilla cazados por toda la América, ya que no les fué dado divisar el humo de nuestras habitaciones! Y después de tanta gloria, Rivadavia, que no tuvo más defecto que haberse anticipado dos siglos á su época, asustando á sus contemporáneos cual visión sobrenatural, ridícula y fascinadora á la vez; más lejos el terrible Facundo, haciendo centellear sus ojos de fiera entre los bosques, de donde se lanza sobre la bestia de la revolución para combatirla, hasta que, entre la sangre de los hombres cultos y el polvo de las masas populares, se presenta en la Babilonia, encarnado en Rosas, el tirano más grande que ha producido el siglo XIX, que ha visto, sin comprenderlo, revivir las sociedades de la edad media, y la doctrina de la igualdad, armada de la euchilla de Dantón y de Robespierre. Si la defensa de Montevideo cerrara gloriosamente el período revolucionario, podríamos presentarnos al mundo con un poema épico en lugar de historia, y con cuarenta años de revolución con todas las vicisitudes y elaboraciones que los estados de Europa no han visto desenvol-

verse sino al través y al paso lento y penoso de muchos siglos. ¿Qué nos pedirían para saber si éramos nación? ¿Gloria? Bastaría trazar con la vista un círculo en el horizonte: el Brasil, Chile, Perú, Bolivia, y los bárbaros del Sud, cuán grande es la América que nos rodea, por todas partes están nuestros trofeos y nuestros huesos! ¿Instituciones, lucha de ideas y de principios, de civilización y de barbarie, de libertad y de despotismo? Venid y recorred nuestro suelo: á cada legua un campo de batalla; en cada charco de sangre, una idea que ha sucumbido para levantarse en otra parte! ¿Porvenir? ¡Qué! ¿no veis ese río que arrastra los tributos de cincuenta canales navegables, que recorren millares de leguas desde las montañas del Perú, Bolivia y el Brasil; esas pampas que pueden alimentar doscientos millones de toros; esos inmensos bosques, esos climas diversos que fecundan todas las producciones de la tierra? ¿Pedís población? ¿Decidle á Europa: Aquí hay un pueblo libre, y en un siglo seremos innumerables como las arenas del mar: nuestras llanuras cultivadas pueden convidar á todos los habitantes de la tierra para un banquete: espacio y alimento habría para todos. ¿Pedís luces, hombres? ¡Oh! no somos los últimos entre los americanos. ¡Oh Dios! que nos ocultáis los secretos de lo porvenir! No nos los ocultéis: así se están preparando los destinos hispano-americanos: algo mejor que la América del Norte, ó mil veces peor que la Rusia, va á salir formidable de entre tantos escombros.

DOMINGO F. SARMIENTO.

(Argentino.)

El hogar paterno.

(*Recuerdos de Provincia.*)

La casa de mi madre, la obra de su industria, cuyos adoves y tapias pudieran computarse en varas de lienzo tejidas

por sus manos para pagar su construcción, ha recibido en el transcurso de estos últimos años algunas adiciones, que la confunden hoy con las demás casas de cierta medianía. Su forma original, empero, es aquella á que se apega la poesía del corazón, la imagen indeleble que se presenta porfiadamente á mi espíritu, cuando recuerdo los placeres y pasatiempos infantiles, las horas de recreo después de vuelto de la escuela, los lugares apartados donde he pasado horas enteras y semanas sucesivas en inefable beatitud, haciendo santos de barro para rendirles culto en seguida, ó ejércitos de soldados de la misma pasta, para engreirme de ejercer tanto poder.

Hacia la parte del Sud del sitio de treinta varas de frente por cuarenta de fondo, estaba la habitación única de la casa, dividida en dos departamentos: uno, sirviendo de dormitorio á nuestros padres, y el mayor, de sala de recibo, con su estrado alto y cojines, resto de las tradiciones del diván árabe que han conservado los pueblos españoles. Dos mesas de algarrobo indestructibles, que vienen pasando de mano en mano desde los tiempos en que no había otra madera en San Juan que los algarrobos de los campos, y algunas sillas de estructura desigual, flanqueaban la sala, adornando las lisas murallas dos grandes cuadros al óleo de Santo Domingo y San Vicente Ferrer, de malísimo pincel, pero devotísimos y heredados á causa del hábito dominico. Á poca distancia de la puerta de entrada elevaba su copa verdinegra la patriarcal higuera que sombreaba aún en mi infancia aquel telar de mi madre, cuyos golpes y traqueteo de husos, pedales y lanzadera nos despertaba antes de salir el sol, para anunciarnos que un nuevo día llegaba, y con él la necesidad de hacer por el trabajo frente á sus necesidades. Algunas ramas de la higuera iban á frotarse contra las murallas de la casa, y calentadas allí por la reverberación del sol, sus frutos se anticipaban á la estación, ofreciendo para el 23 de Noviembre, cumpleaños de mi padre, su contribución

de sazonadas brevas para aumentar el regocijo de la familia.

Deténgome con placer en estos detalles, porque santos é higuera fueron personajes más tarde de un drama de familia en que lucharon porfiadamente las ideas coloniales con las nuevas.

En el resto de sitio que quedaba, de veinte varas escasas de fondo, tenían lugar otros recursos industriales. Tres naranjos daban fruto en el otoño, sombra en todos tiempos. Bajo un durazno corpulento había un pequeño pozo de agua para el solaz de tres ó cuatro patos, que multiplicándose, daban su contribución al complicado y diminuto sistema de rentas sobre que reposaba la existencia de la familia; y como todos estos medios eran aún insuficientes, rodeado de cerco, para ponerlo á cubierto de la voracidad de los pollos, había un jardín de hortalizas, del tamaño de un escapulario, y que producía cuantas legumbres entran en la cocina americana, el todo abrigado é iluminado con grupos de flores comunes, un rosal morado y varios otros arbustillos florescentes. Así se realizaba en una casa de las colonias españolas la exquisita economía de terreno y el inagotable producto que de él sacan las gentes de campaña en Europa. El estiércol de las gallinas y la bosta del caballo en que montaba mi padre, pasaban diariamente á dar nueva animación á aquel pedazo de tierra que no se cansó nunca de dar variadas y lozanas plantas; y cuando he querido sugerir á mi madre algunas ideas de economía rural, cogidas al vuelo en los libros, he pasado merecida plaza de pedante, en presencia de aquella ciencia de la cultura que fué el placer y la ocupación favorita de su larga vida. Hoy, á los setenta y seis años de edad, todavía se nos escapa de adentro de las habitaciones, y es seguro que hemos de encontrarla aporcando algunas lechugas, respondiendo en seguida á nuestras objeciones, con la violencia que se haría, de dejarlas, al verlas tan maltratadas.

Todavía había en aquella arca de Noé algún rinconcillo en que se enjebaban ó preparaban los colores para teñir las telas, y un pudridor de afrecho de donde salía todas las semanas una buena porción de exquisito y blanco almidón. En los tiempos prósperos se añadía una fábrica de velas hechas á mano, alguna tentativa de amasijo, que siempre terminaba mal, y otras mil granjerías que sería superfluo enumerar. Ocupaciones tan variadas, no estorbaban que hubiese orden en las diversas tareas, principiando la mañana con dar de comer á los pollos, desherbar, antes que el sol calentase, las heras de legumbres, y establecerse en seguida en su telar, que por largos años hizo la ocupación fundamental. Está en mi poder la lanzadera de algarrobo lustroso y renegrido por los años, que había heredado de su madre, quien la tenía de su abuela, abrazando esta humilde reliquia de la vida colonial un período de cerca de dos siglos, en que nobles manos la han agitado casi sin descanso; y aunque una de mis hermanas haya heredado el hábito y la necesidad de tejer, de mi madre, mi codicia ha prevalecido, y soy yo el depositario de esta joya de familia. Es lástima que no haya de ser jamás suficientemente rico ó poderoso, para imitar á aquel rey persa que se servía en su palacio de los tiestos de barro que le habían servido en su infancia, á fin de no ensoberbecerse y despreciar la pobreza....

La lucha se trabó, pues, en casa, entre mi pobre madre, que amaba á sus dos santos dominicos como á miembros de la familia, y mis hermanas jóvenes, que no comprendían el santo origen de estas afecciones, y querían sacrificar los lares de la casa al bien parecer y á las preocupaciones de la época. Todos los días, á cada hora, con todo pretexto, el debate se renovaba; alguna mirada de amenaza iba á los santos, como si quisieran decirles: han de salir para afuera; mientras que mi madre, contemplándolos con ternura, exclamaba: Pobres santos! qué mal les hacen, donde á nadie estorban. Pero en este continuo embate, los oídos se habi-

tuaban al reproche, la resistencia era más débil cada día; porque, vista bien la cosa, como objetos de religión, no era indispensable que estuviesen en la sala, siendo mucho más adecuado lugar de veneración el dormitorio, cerca de la cama, para encomendarse á ellos; como legado de familia, militaban las mismas razones; como adorno, eran de pésimo gusto; y de una concesión en otra, el espíritu de mi madre se fué ablandando poco á poco, y cuando creyeron mis hermanas que la resistencia se prolongaba no más que por no dar su brazo á torcer, una mañana que el guardián de aquella fortaleza salió á misa, ó á una diligencia, cuando volvió, sus ojos quedaron espantados al ver las murallas lisas donde había dejado poco antes dos grandes parches negros. Mis santos estaban ya alojados en el dormitorio, y á juzgar por sus caras, no les había hecho impresión ninguna el desaire. Mi madre se hincó llorando en presencia de ellos, para pedirles perdón con sus oraciones; permaneció de mal humor y quejumbrosa todo el día, triste el subsiguiente, más resignada al otro día, hasta que, al fin, el tiempo y el hábito trajeron el bálsamo que nos hace tolerables las más grandes desgracias.

Esta singular victoria dió nuevos bríos al espíritu de reforma; y después del estrado y los santos, las miradas cayeron, en mala hora, sobre aquella higuera que vivía en medio del patio, descolorida y nudosa en fuerza de la sequedad y los años. Mirada por este lado la cuestión, la higuera estaba perdida en el concepto público; pecaba contra todas las reglas del decoro y de la decencia; pero para mi madre era una cuestión económica, á la par que afectaba su corazón profundamente. ¡Ah! si la madurez de mi corazón hubiese podido anticiparse en su ayuda, como el egoísmo me hacía, ó neutral, ó inclinarme débilmente en su favor, á causa de las tempranas brevas! Querían separarla de aquella su compañera en el albor de la vida y el ensayo primero de sus fuerzas. La edad madura nos asocia á todos los objetos que nos rodean; el hogar doméstico se anima y vivifica; un ár-

bol que hemos visto nacer, crecer y llegar á la edad provecta, es un sér dotado de vida, que ha adquirido derechos á la existencia, que lee en nuestro corazón, que nos acusa de ingratos, y dejaría un remordimiento en la conciencia si lo hubiésemos sacrificado sin motivo legítimo. La sentencia de la vieja higuera fué discutida dos años; y cuando su defensor, cansado de la eterna lucha, la abandonaba á su suerte, al aprestarse los preparativos de la ejecución, los sentimientos comprimidos en el corazón de mi madre estallaban con nueva fuerza, y se negaba obstinadamente á permitir la desaparición de aquel testigo y de aquella compañera de sus trabajos. Un día, empero, cuando las revocaciones del permiso dado habían perdido todo prestigio, oyóse el golpe mate del hacha en el tronco añoso del árbol, y el temblor de las hojas, sacudidas por el choque, como los gemidos lastimeros de la víctima. Fué este un momento tristísimo, una escena de duelo y de arrepentimiento. Los golpes del hacha higuericida sacudieron también el corazón de mi madre; las lágrimas asomaron á sus ojos como la savia del árbol que se derramaba por la herida, y sus llantos respondieron al estremecimiento de las hojas; cada nuevo golpe traía un nuevo estallido de dolor, y mis hermanas y yo, arrepentidos de haber causado pena tan sentida, nos deshicimos en llanto, única reparación posible del daño comenzado. Ordenóse la suspensión de la obra de destrucción, mientras se preparaba la familia para salir á la calle y hacer cesar aquellas dolorosas repercusiones del golpe del hacha en el corazón de mi madre. Dos horas después la higuera yacía por tierra, enseñando su copa blanquecina, á medida que las hojas, marchitándose, dejaban ver la armazón nudosa de aquella estructura que por tantos años había prestado su parte de protección á la familia.

DOMINGO F. SARMIENTO.
(Argentino.)

Literatura nacional.

(Prólogo á las poetas de Adolfo Berro.)

No debemos buscar nuestro origen literario en los días en que, colonos de España, dormíamos á los pies de sus leones; las colonias no tienen una vida propia, y para colmo de desdicha, el astro de nuestra metrópoli se había eclipsado: eran pasados los tiempos en que sus armas y sus vates hacían y cantaban cosas dignas del brazo y del ingenio de aquella hidalga nación.—Es justo abandonar las preocupaciones y el idioma de los campos de batalla.—No hay nación alguna que haya puesto menos trabas al desarrollo intelectual de sus colonias: sólo en las suyas se encuentran rastros de una enseñanza superior. Si lo que entonces se enseñaba casi no merece los honores de la ciencia, es, al menos, cuanto ella poseía.

La emancipación de las colonias, en su oportuna estación, es una de esas leyes naturales que los hombres no pueden contrariar. Los pueblos de la antigüedad, dice un escritor español, ¹ conocieron esta verdad mejor que los modernos; y así, las metrópolis dejaban independientes á sus hijas, apenas podían éstas sostenerse sin su auxilio; siguiendo la ley de la naturaleza, que reclama la independencia de los hijos, cuando ya no necesitan de los padres.

En nuestros tiempos, las naciones lo entienden de otro modo, y la independencia de las colonias demanda sangrientas hecatombes; si no conociéramos el vilísimo egoísmo que hace necesario este culto de sangre, tal vez pudiéramos decir que, en nuestros días, no alcanza ninguna colonia su carta de emancipación sin haber probado su temple y vigor para lidiar, vencer y conquistarla; es decir, sin que acredite su derecho, que en este caso es, rigurosamente, su fuerza.

¹ D. Alberto Lista.

Amaneció el día homérico de 1810; y nuestros gloriosos padres lidiaron, vencieron y sellaron la acta inmortal que agregó diez naciones al plano geográfico del mundo. De entonces hemos visto contar la era de las nuevas sociedades americanas, sin duda predestinadas por las leyes de la humanidad á resumir una civilización más completa que la que hoy conoce la tierra. Pero cuenta que nacer no es formarse: que hay un período de embrión, de incertidumbre, de vacilación, entre el primer vagido del niño y la primera palabra del hombre; período de extravío, de delirio, de crimen también, si el freno de una educación acertada, ó la pujanza del genio, no ponen á raya los fogosos ímpetus de la juventud inexperta y ardiente.

Las cuestiones, pues, en que nos ocupamos vienen á encerrarse en esta pregunta:—¿ Han alcanzado las nuevas sociedades americanas aquel momento en que las facciones mudables, oscilantes del niño, se pronuncian y toman los rasgos que han de distinguir la fisonomía del adulto?—Con sólo contar los días que nos separan del día inmortal, la cuestión se resuelve en buena parte; y si tendemos la vista á todo lo que nos rodea; si nos miramos á nosotros mismos volando en alas del huracán, salpicados de lágrimas y de sangre, sin tener donde sentar el pie, hemos de sentir, poderosamente, que nuestros pueblos no han entrado todavía en aquel período de aplomo y de vigor en que se desemboza y fija el carácter de las sociedades.

Acontece ahora en la nuestra lo que en todas las que se hallan en su caso; porque las leyes que rigen al mundo moral son tan constantes, tan uniformes, como las que gobiernan al mundo físico. Desquiciados los arrimos de la antigua sociedad; resfriadas sus creencias; mal avenida con sus antiguos hábitos; abandonada á impulsos excéntricos, accidentales, contradictorios, la sociedad es un caos; no tiene fisonomía alguna moral, y la literatura no puede ser su expresión, porque no tiene expresión el caos. ¹

¹ D. Javier de Burgos.

Las ideas que acabamos de emitir están en germen, como casi todas las que contendrá este escrito, cuyas regulares proporciones tememos exceder; son susceptibles de (y quizá requieran) más detenidas aclaraciones; pero, tales como están, las juzgamos bastantes para concluir que no hemos tenido ni podido tener *literatura nacional* en la acepción plena y ajustada de estas palabras.

Hemos tenido, sí, ensayos literarios, más ó menos felices, como hemos tenido ensayos políticos; pero dominando en unos y otros, como era natural que sucediera, las tintas del elemento extranjero, preponderante en nuestra condición política: el de la conquista, primero; el de las ideas que adoptamos, particularmente las exaltadas por la revolución francesa, después. Esto explica, si no disculpa, el que se hayan perdido tantas vigiliias en pálidas copias, en borradas imitaciones de instituciones y sistemas que no son los nuestros, que han engendrado violentas convulsiones, ó desaparecido por ese marasmo que aqueja á las plantas extrañas y las condena á una muda postración.

Historiar la marcha de esos ensayos, buscando su enlace con el pensamiento político que ha trabajado á nuestros pueblos, es el proceder que, según lo que alcanzamos, ha de conducirnos á señalar el lugar que merezca la obra que nos ocupa.

Sentidas quejas se han escapado contra la súbita y no preparada importación de instituciones políticas: confesamos que grave daño debe de haber ocasionado; no diremos que no ha podido obrarse con más acierto; pero sí, que, atentas las circunstancias de nuestra emancipación, era muy difícil que acaeciera de otro modo; difícil encajonar el torrente que se desborda; difícil no fascinarse con una luz llena y resplandeciente, y en aquellos momentos de animación, no entregarse, cuerpo y alma, sin discusión ni examen, con la confianza del ciego entusiasmo, á las colosales ideas que habían obrado el cambio más prodigioso de los tiempos modernos, hecho vacilar

tantos tronos y arrancado de raíz privilegios opresores, estableciendo la igualdad del hombre, la libertad de la inteligencia, de la tierra, del trabajo, de la industria.

Difícil era, repetimos, señalar el linde en que debiera contenerse el espíritu, ansioso de novedades y mejoras; y dado caso que se acertara en ello, difícil hacerlo respetar. La revolución nos había colocado sobre un plano inclinado, y el impulso fué tan vigoroso, que pasamos, de un salto, en política, de Saavedra á Rousseau; en filosofía, del enmarañado laberinto de la teología escolástica, al materialismo de Destut de Tracy; de las religiosas meditaciones de fray Luis de Granada, á los arranques ateos y al análisis enciclopédico de Voltaire y de Holbach. Ya no fué entonces cuestión política solamente: entraron en choque violentísimo todos los elementos sociales; y como la fuerza material es impotente para suprimir hábitos y creencias tradicionales, cumplió la revolución política en Ayacucho, dejando la social en su aurora. Los sangrientos crepúsculos de la guerra civil son una consecuencia lógica de estos antecedentes.

La literatura debió someterse á la influencia que se enseñoreaba del campo de las ideas; pero la musa francesa, que había asistido á las saturnales de aquella revolución portentosa; que vestía el gorro frigio, y evocaba las sombras de Maratón y Salamina, cuando la Europa entera se desplomaba sobre ella, no podía traernos sino las formas del genio griego que la esclavizaba. La poética de Aristóteles era su decálogo. ¹

Esta innovación era de poca monta. Desheredada la raza austriaca del trono de España, por la muerte del imbécil Carlos II, y sentado en él un nieto de Luis XIV, los Pirineos abatieron sus frentes altaneras, y el ingenio español, pervertido por el culteranismo en el siglo XVII, vino á postrarse ante la influencia gálica; que este es el hecho que representan

¹ Hoy la crítica ha asentado, como verdad indestructible, que no el genio griego, ni sus formas esenciales, *esclavizaron* á la musa francesa desde la época de Luis XIV, sino su falsa interpretación y su más degenerado remedo.—*Nota del colector.*

Luzán y los otros llamados restauradores de la poesía castellana en el siglo XVIII. Se solidaron, pues, entre nosotros las formas aristotélicas decoradas por Boileau y algún otro de sus continuadores; y encerrando á nuestros ingenios en estrechos carriles, detuvieron el vuelo que tal vez habría desplegado el genio americano, en el momento en que hundándose el edificio colonial, brillaba entre sus ruinas la espada popular y tremolaba en las crestas de los Andes la enseña de la libertad de un mundo. Grandioso espectáculo, á que servía de teatro una naturaleza desconocida: desiertos sin horizonte, montañas que tocan á las nubes, llanuras que se doblan como las olas del mar, iluminadas por un cielo que vaciaba sus colores en nuestras banderas.

Todo era nuevo; nuestra manera de guerrear, la indocilidad de nuestros caballos, que han conocido la libertad y como que luchan con las bridas que los sujetan; la postura de nuestros ágiles jinetes, sus especiales vestiduras, las armas de que se sirven; esas luchas en que inexpertos ciudadanos, que llevaban el pecho descubierto, alzaban por despojos, en la punta de la lanza, petos abollados, relucientes cimeras y estandartes, en cuyos dominios siempre había sol que los alumbrase, y que iban á encerrarse vencidos en un pedazo de Europa. Escenas que no se parecían á ningunas otras; victorias conseguidas rompiendo audazmente las leyes estratégicas, más importantes, sin duda, que las leyes de la poesía académica á que se sacrificaban las altísimas y nuevas inspiraciones que debía producir un drama de tanta altura y novedad.

ANDRÉS LAMAS.

(Uruguayo.)

El año XX.

La historia del año XX es única en su género. Si se exceptúa la guerra del Peloponeso, cuando Atenas caía llena de

glorias y de desastres, defendiendo su prepotencia fatal sobre las otras autonomías de la Grecia, la historia del mundo no presenta un asunto más digno de estudio ni más interesante, que el que ofrecen Buenos Aires y la República en aquel año. Es imposible concebir esfuerzos más tenaces de parte de los unos por destrozar los vínculos con que la ley española había reatado los vastos territorios del Río de la Plata. La rabia febril de la emancipación y de la independencia destrufa las provincias, demolía las naciones y segregaba las razas que el vireynato había atado durante tres siglos en un grupo heterogéneo y monstruoso. La más humilde de las aldeas que estaban apartadas allá en el centro de los campos, se alzaba resuelta á defender á todo trance sus derechos soberanos para ser una república independiente, y proclamaba la disolución política inmediata, sin consideración á las necesidades vitales del país y de la causa general en que la revolución de Mayo la había lanzado.

Si en ese movimiento instintivo de las masas, nada más se presentase á los ojos del historiador, él no tendría otras proporciones que las que tienen los movimientos con que las naciones demasiado extensas se enferman y se disuelven en los sacudimientos de un nuevo génesis social, como más ó menos tarde tendrá que sucederle al Brasil, por las mismas causas que obraron en nuestro vireynato. Pero lo maravilloso de nuestra historia política en el año XX, es, que una savia poderosa de juventud y de reorganización animaba esas aspiraciones semi-bárbaras con que los elementos sociales se combatían; y que ese designio tan inpetuoso por desmembrar, que sembraba la guerra y la matanza en toda la extensión de la República convulsionada, brotaba animado de propósitos orgánicos, y reanudaba al momento los miembros hermanos que él mismo destrozaba. Á la vez que las masas luchaban contra las masas; que desaparecían en un día los ejércitos y los gobiernos; una inclinación fraternal y unificante, inexplicable si se quiere, pero cierta, tendía á organizar de nuevo la vida social; un

esfuerzo común defendía la independencia, ganaba victorias importantes y libertaba á las otras repúblicas interesadas en la misma causa.

En el año XX estalla pues el nudo social de las tradiciones del vireynato, bajo el peso de las necesidades fatales y de los gérmenes nuevos que había creado la revolución argentina.

La tormenta que se había acumulado al influjo del espíritu republicano y democrático; la semi-barbarie social de nuestras campañas; las inmensas distancias que separaban á las ciudades capitales, de las provincias, y la pobreza en que yacían, se hallaban contrastadas por la concentración en la ciudad de Buenos Aires de todos los recursos y de todas las luces capaces de dar dirección y poder al movimiento revolucionario. Buenos Aires, por una necesidad fatal de las cosas, y por el efecto de ese vicio constitucional que estorba todavía el crecimiento y la emancipación de la vida de la República, tenía que usurpar, por decirlo así, la facultad soberana de dirigir á los demás pueblos, y de imponerles un gobierno militar tirante, para reunirlos en un empuje común contra las tentativas repetidas que la metrópoli hacía por reconquistar el perdido imperio de sus colonias.

Sin esta concentración impulsiva del espíritu militar y gubernativo, la Revolución de Mayo debía considerarse perdida delante del poder guerrero con que la reacción española la combatía. La nueva República no tenía más remedio que echarse en la guerra á todo trance y con los medios aventurados que tenía á la mano

No puede ponerse en duda que este espíritu insurrecto y divergente del patriotismo local, tenía bases justas y racionales. Pero al mismo tiempo, él no era el menos mortal de los peligros que amenazaban la causa de la emancipación en que todo el país estaba comprometido. La semi-barbarie de los lugares y los campos no tenía ni podía organizar medios regulares de acción como los que tenía y manejaba el *partido de los políticos* cuya base y cuya residencia estaba en la

comunidad de Buenos Aires. Los hombres y las clases civilizadas de los demás centros urbanos no podían tardar tampoco en comprender que, si ese movimiento impulsivo é inorgánico de las masas locales llegaba á preponderar, era imposible formar gobiernos fuertes para dirigir con unidad los intereses del país, y para mandar ejércitos regulares que pudiesen afrontar en el campo de batalla á los ejércitos de los vireyes: era imposible llevar la acción argentina á Chile y al Perú para vencer á España en el centro de sus recursos, y para librar definitivamente nuestro territorio de los peligros con que las invasiones realistas nos amenazaban, si, apoyadas por la expedición marítima que se preparaba en España, venían reunidas á darnos un golpe de muerte. En esta extremidad, que era sumamente probable, no le quedaba al país otro recurso que el de echarse en manos de su propia barbarie; que abandonar y prender fuego á los pueblos y las ciudades; y depositar el éxito de la lucha en las correrías y en las sorpresas del desierto bajo las banderas populares de las guerrillas.

En un país como el Río de la Plata, el triunfo final de los americanos era incuestionable. Pero estos medios eran tanto más aterrantes y brutales, cuanto, organizada centralmente la nación sobre los recursos de Buenos Aires, podía muy bien darse una vida constitucional y hacer prevalecer su poder sobre el de España, con *tropas regulares*, al mando de jefes de genio, y con oficiales tan brillantes y educados como los de cualquier poder europeo, para llevar la guerra á lo exterior y pasear sus ejércitos por el continente sud-americano.

La lucha fué, empero, irremediable, porque la razón *inmediata* de las cosas nunca es la ley de las revoluciones sociales. Ellas tienen un laboratorio hondo y tenebroso donde preparan sus productos. Lo singular de esta doble acción, que puso en guerra desastrosa al partido *de los hombres políticos* con las masas provinciales, es que los unos y los otros realizaron sus propósitos encontrados á un mismo tiempo. *El partido de los hombres políticos* persistió con una constancia heroica. Vencido

y vencedor á medias, contuvo con una de sus manos la desorganización interna, mientras que con la otra lanzaba sus fuerzas sobre los Andes y restauraba la libertad en Chile salvando para siempre á la Revolución de Mayo. Su adversario triunfaba de él y al mismo tiempo trastornaba todas las bases de la organización política con una palabra que había de servir de molde definitivo á la *sociabilidad argentina*.

Las montoneras federales, bajo el influjo de Artigas, desalojaban de las Provincias litorales al partido de los *hombres políticos*, y levantando poder contra poder, revolución contra revolución, aprestaban sus armas, sus banderas, para una lucha irremediable, tenaz, que tenía que terminar con el triunfo del uno sobre el otro bando.

En semejante situación era imposible encontrar una solución satisfactoria. La revolución del año X había nacido fatalmente destinada, como Yocasta, á fecundar y engendrar en su seno esos dos hermanos fraticidas. . . .

El mal llega á su colmo, y viene el momento climatérico de las crisis. La tormenta de elementos encontrados y de iras implacables que rugía en los horizontes, desata los estruendos de su furia sobre los pueblos argentinos. Nadaba la tierra en sangre y se rompían sus quicios en el desorden, al mismo tiempo que las salvas de artillería saludaban las victorias de nuestros ejércitos y de nuestras escuadras en Chile y en el Pacífico. Y cuando parecía que habíamos caído para no levantarnos; el mismo día 23 de febrero de 1820, en que las montoneras y la semi-barbarie de las campañas desiertas ataban sus potros alrededor de la pirámide de Mayo, brotaban del seno mismo de ese caos, aspiraciones y fuerzas para reanimar la vida nacional y para reemprender su reorganización inmediata; y vislumbra base la influencia de un nuevo principio, que, aunque inorgánico todavía, y mal escrito en las banderolas de las chuzas santafecinas y entrerrianas, debía arrojarnos en una vía, oscura entonces (y mal definida hoy todavía), que tenía que llevarnos, sin remedio, á la organización con que Washington

y Hamilton habían dado vida á la gran República del Norte.

Pasa el momento climatérico del año XX, y la atmósfera argentina ha recuperado en pocos días, como por encanto, esa su limpieza natural que la hace tan luminosa. Un espíritu de progreso, más confiado y libre que nunca, se apodera de Buenos Aires y funda una paz fecunda para las provincias. Los elementos semi-bárbaros de la lucha se han humanizado, y tomando inmediatamente un carácter político coherente, el país marcha con criterio hacia los propósitos de lo porvenir, para alcanzar las leyes definitivas con que quiere organizarse.

VICENTE FIDEL LÓPEZ.

(Argentino.)

**Carta confidencial á un amigo que comete
la indiscreción de publicarla.**

(*Ráfagas*)

Acaeció que en vez de nacer en el valle de Tempe, por una equivocación del destino, abrí tamaños ojos á la luz en la mismísima plaza de la Victoria en Buenos Aires. Esto, y declarar que fuí ladino y travieso desde el cascarón, viene á ser igual cosa. Pasóse la niñez entre caricias. Ráfagas frescas me llegan todavía de aquella edad feliz, cuyos celajes vívidos vánse poco á poco apagando entre las sombras de la noche que se aproxima silenciosa. En la escuela aprendí á deletrear, aventajando en esto á Homero, pues el ciego de Smirna no conocía ni la jota. Fué el primer *rabonero*; sabía dónde se encontraban, en los *cercos* de los arrabales, los mejores *huevos de gallo*, los *camambuses* más dulces, los tallos más tiernos; era la pesadilla de un viejo vizcaino llamado en casa *no Morao*,

torvo cancerbero de la quinta de la familia, quien á pesar de su vigilancia tenaz, no consiguió nunca presentar al amo de la casa ni una breva ni un durazno maduros. Nadie me ganaba á la rayuela, á la pelota, á los cocos; pero en lo que más adelanté fué en el juego de la taba, bajo la dirección del sargento Rojas, atezado tagarote riojano, un ordenanza de mi padre, con quien tenía yo hecha íntima aparcería. Tenía un caballazo moro que á cada instante ensillaba. Rojas no daba un paso á pie. Si le enviaban á la botica de enfrente, le plantificaba encima á su rocín el recado, empleando una hora en el acomodo de la complicada montura, en que figuraban multitud de jergas y cueritos. De contado, el primero á ahorcarse en el paciente bruto, al cual le habíamos puesto *el escribano*, por ciertos trabados manoteos cuando tomaba el trote, era yo. Excusa estos detalles y los que aún seguirán. Son simples reminiscencias infantiles, que se me escapan sin querer. Haz abstracción de lo prolijo, y déjame la libertad de aspirar, por el recuerdo, las emanaciones de las plantas case-ras, marchitas por el tiempo entre las ruinas del hogar.

No bien cumplidos los trece años, allá por el de 1840, cuan-ya me había engullido cuanto libraco me cayera á la mano, quiso mi estrella me apartase del triste espectáculo que ofrecía la patria, víctima de los estragos de la guerra civil y de la dictadura tremenda engendada entre las convulsiones políticas.

Mi padre, residente á la sazón en Río Janeiro, adonde, con mis dos hermanos mayores José Tomás y Daniel, había ido en calidad de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario, para asistir al acto de la coronación de Don Pedro II; conservando su carácter diplomático, llamaba á todos los suyos á su lado, queriendo apartarnos del foco ardiente de las pasiones de que era entonces Buenos Aires la encendida hornaza. Él, como los generales San Martín, Alvear, Soler, Brown; como los López, los Morenos, los Saenz Peñas y tantos otros patricios eminentes de América, no veían en la dictadura sino el fruto acerbo de las facciones que anarquizaran el país,

y aunque la aborrecían según su conciencia y sus principios, prefirieron seguir la lógica de los acontecimientos con la esperanza de poder dominarlos ó templar sus efectos, á oponerles una resistencia impotente, afiliándose á los antagonistas que, cegados del encono, llegaron hasta la enormidad de acogerse á la protección del extranjero poderoso, en abierta hostilidad con la República. Asiento el hecho y evito, por inoportuno, el comentario. Nuestra historia daría margen á formidables dilemas. Si hubieran de plantearse con severidad excesiva, quizás sólo quedarían subsistentes amargos desengaños, desesperantes decepciones. Mas vamos á mi plática, que no es mi intención llevarte por matuleras y breñales.

Héteme ya navegando en compañía de mi madre (bendita su memoria) á bordo de la fragata de guerra francesa la «Gloire», que enarbolaba la insignia del Almirante Mathieu de Clerval, y se perdió más tarde en el mar de la China; navegando, digo, á todo trapo, en dirección á Río Janeiro. Por la primera vez veía el mar, que me guardaré muy bien de describírtelo. Eso sí, le hice un saludo digno de un joven Triton: «Gran espejo de la naturaleza, le dije, te saco tres veces el sombrero; sólo tus aguas, aun después de haberse bañado en ellas el sol desde el principio del mundo, serían capaces de lavar las inmundicias de la tierra sumergiéndola. Eres un elemento más limpio y más decente; sigue criando eternamente tus pescados; muge, brama, rabia cuanto quieras, y no bañes sino las costas en donde el hombre pueda mirarte cara á cara sin avergonzarse de sí mismo.»

Llego á Río Janeiro.

¡Salve, románticas montañas, ondas apacibles, islas pintorescas, donde durante la friolera de unos diez años, corriendo la gandaya, debía deliciosamente holgazanear! ¡Si fuera yo pintor! Mas ¿qué pincel pudiera reproducir la agreste hermosura del paisaje, el verde y fresco panorama que se te presenta á la vista? Allí, la gracia de las líneas, la suavidad de los contornos, las elegantes ondulaciones del terreno; allá,

abruptas peñas que semejan toscos menhires cubiertos de hepáticas y anémonas, piedras drúidicas, fantásticos dólmenes. Al lado de un lago, un arrecife. Valles recónditos, colinas coronadas de palmeras no menos esbeltas que las de Idumea ó de Tadmor, y, limitando el horizonte lejano, bordado de trémulos celajes, serranías veladas en tenuísimos vapores violáceos, de cortes caprichosos, con escarpes y contra-fuertes sucesivos hasta perderse á la distancia. Fíjate luego en la ciudad graciosamente esparcida por laderas y honduras, rodeada de una atmósfera tan diáfana como el cendal sutilísimo de los genios del aire, bañada de poderosa luz que todo lo inunda, lo anima, lo colora, envolviendo en fúlgido esplendor la inmensa bahía, en la cual anclan, seguras de las perfidias del mar, millares de barcos de distinto porte y aparejo. En medio de aquella naturaleza soberana surge la vida opulenta y magnífica. La grandeza del espectáculo sumerge al observador en un éxtasis que no permite analizar sus bellezas. Admírase lo vasto, lo majestuoso del conjunto. Dios ha prodigado allí sus maravillas: la tierra es un altar, el cielo el cimborio resplandeciente del templo en cuyos ámbitos se adora á la divinidad que todo en torno glorifica; y, despertado en el alma el sentimiento de lo sublime, el hombre encuéntrase pequeño, confundiéndose luego sin esfuerzo en la armonía universal.

Vivísima impresión experimenté al contemplar el cuadro del cual sólo he trazado aquí el pálido bosquejo. Para animarle sería menester usar los tonos enérgicos, las cálidas tintas de los pintores venecianos, y pedir á la poesía oriental la brillantez de sus imágenes. Desde luego juré tácitamente á los dioses no hacer, de allí adelante, nada más que admirar la obra suprema de sus manos. Nunca juramento alguno fué cumplido con más fidelidad. ¡Qué vagar por aquellos matorrales! ¡Qué bañarme en los torrentes! ¡Qué hartarme de naranjas, de paltas, de *cambucás*, de *cayús* astringentes que me fruncían la boca, de.... Te puedo asegurar viví largo tiempo como un mono, solo en la espesura, alimentándome

de fruta. No por carecer de otros regalos; podía encontrarlos en mi casa, en donde había cierto fausto propio de la alta posición de su jefe. Á más, andando el tiempo, y rayando ya en la juventud, de vuelta de mis excursiones montesinas, frecuentaba yo la mejor sociedad, de que era núcleo principal el salón de mi madre, asistiendo con frecuencia á las tertulias, los bailes, los espectáculos públicos. Empero, á todo prefería ir á divagar solitario en el fondo de las misteriosas florestas.

¡Cuánto gozaba en la quietud solemne de esos santuarios de la naturaleza, entregados á los vagos anhelos del corazón que se despierta, á las promesas de la esperanza soñadora. Allí tendido á la sombra del rico y matizado follaje de los troncos añosos, cubiertos de musgos y de líquenes, formando de una en otra rama verdes pabellones, recordaba la patria ausente, con sus infortunios y sus vicisitudes. Lleno del sentimiento de mi humilde destino, llegué no pocas veces á desear quedarme olvidado para siempre en aquellas agrestes soledades. No obstante esas impresiones melancólicas que, cual la niebla en la alborada, nacen y se disipan en el oriente de la vida, eran muy luego sustituidas por otras más conformes con los instintos y las inclinaciones de mi edad.

Tentado estoy de hablarte de mis ensueños juveniles; de la exuberancia de sentimiento y de savia que sentía bajo aquel clima ardiente; de mis paseos nocturnos por el río, amaneciendo en alguna de esas islas desparramadas como esmeraldas en el azul del mar, y casi te cuento algunas de mis aventuras novelescas. Te diré que en Río Janeiro, á los veinte años, se ama como en ninguna parte. Aquel sol, aquellas dulzuras tropicales, los vivos perfumes de los montes, las excitantes exhalaciones del ubérrimo suelo, las voluptuosas armonías del cielo y de la tierra, te impregnan hasta el alma, y ésta, templada á las vivas emociones, á los éxtasis paradisíacos, siente la necesidad imperiosa de idolatrar á todas las mujeres.

CARLOS GUIDO SPANO.

(Argentino.)

La lluvia.

No creo que haya un hombre que guste más de la lluvia que yo.

La siento con cada átomo de mi cuerpo, la anido en mis oídos y la gozo con inefable delicia.

La primera vez que me acuerdo haber visto llover fué durante la convalecencia de una gran enfermedad, en mi infancia.

Había tenido la gran dolencia, la terrible fiebre tifoidea, esa enfermedad simpática, á pesar de sus horrores.

Me acuerdo todavía de la tarde que caí en cama, de la situación de ésta, del aspecto del cuarto vacío de muebles, de su aire frío y del número de tirantes del techo sin cielo raso.

Estuve cerca de cuarenta días enfermo y mis percepciones fueron, por lo que recuerdo, confusas y sin ilación. Me acuerdo que me quemaba y que no podía sudar, que pasaba horas enteras pellizcándome los labios cubiertos de costras que arrancaba sacándome sangre. Vea y oía todo, pero como si fuera yo otra persona; parecía un desterrado de mí mismo. El tiempo era eterno, y en su eternidad yo tomaba todos los brevajes imaginables, que tenían un mismo gusto detestable. Soñaba cosas increíbles, pareciéndome sueños las realidades y realidades los sueños. Los ruidos eran lejanos: los oía como si mis oídos fueran ajenos. Vea las cosas ó muy lejos ó muy cerca; cuando me sentaba, todo daba vueltas, y cuando me acostaba, mi cama se movía como un buque. Vea animales silenciosos y muebles con vida. Las personas de mi casa me parecían recién llegadas y extrañas. Un día me sangraron; al sentir la picadura de la lanceta y ver la sangre, me desmayé. Cuando volví en mí, cerca de mi cama estaba parada mi madre con su cara pálida y seria: era una estatua.

El médico me miraba con aquella dulce atención tan pro-

pia de su misión; su fisonomía no expresaba nada; yo creo que lo tomé por un hombre tallado en madera, como un santo sin pintar que había en la iglesia. No me acuerdo haber tenido dolores durante mi enfermedad. La naturaleza, en los graves estados, nos dota sin duda de una melancólica y suave indiferencia cuyos beneficios son innegables.

Poco á poco me fui restableciendo.

El día que me levanté me miré en un espejito redondo, como esos que usan los viajeros (siempre he sido un poco presumido), y en lugar de dos mejillas abultadas y coloradas que tenía antes, encontré dos huecos pálidos y chocantes; fui á levantarme, y me faltaron las fuerzas; llevé las manos á mis pantorrillas y no hallé nada, no tenía tales pantorrillas. Y mi pelo rubio y ensortijado, ¿qué se había hecho?

No tenía muslos, ni vientre, ni estómago: no tenía nada. Todo se había llevado la fiebre. «Pero que la busquen á la fiebre y le pidan que me devuelva mis cosas», me dió ganas de decir.

La fiebre me había dejado, sin embargo, un apetito insaciable, una hambre homérica y mortificadamente deliciosa, como pude observarlo en los días siguientes.

Si durante mi convalecencia hubiera oído á alguien decir que no tenía apetito, habría creído oír la mentira más hiperbólica.

Yo soñaba con comidas y componía platos imaginarios con todo lo que uno podía llevarse á la boca. Si alguna vez tuve una idea clara de la eternidad fué entonces, al considerar los millones de siglos que había entre el almuerzo y la comida.

El que no ha sido convaleciente no sabe lo que es bueno, como el que no tiene callos no conoce las delicias de sacarse las botas. Yo no he tenido nunca ni callos ni botas, pero sé lo que digo por el testimonio de personas fidedignas y experimentadas.

La convalecencia es una nueva vida que se comienza siendo

grande. Uno nace de la edad que tiene al salir de su enfermedad.

¡Cómo se aspira la vida, cómo se siente uno vivir! Para el convaleciente la vida tiene sabor, perfume, música y color; la vida es sólida, puede uno tocarla, sentirla, alimentarse con ella y absorberla con todo el cuerpo.

La luz es más luz, el aire más puro, más fresco, más joven; la naturaleza es nueva, risueña, alegre, coqueta, sabrosa, encantadora.

Los órganos, que asimilan el alimento con incomparable rapidez, se apoderan de todo con la energía del hambre y la ambición de las necesidades imperiosas de la vida.

Convalecer es una suprema delicia.

Parece que la debilidad nos vuelve niños, y nuestros sentidos gozan con el espectáculo de la naturaleza, hallándole la novedad y el atractivo que los niños le encuentran.

Ninguna mala pasión, ninguna de esas ideas insanas que son el sustento de la sociedad, germina en la cabeza de un convaleciente; él no quiere sino vivir, comer y descansar.

Se levanta tan pronto como puede para tomar el día por la punta; vive con gusto su vida durante unas cuantas horas, y se acuesta después para dormir con un sueño profundo, robusto, intenso, dormido de una pieza.

Y luego las gentes son buenas, compasivas; las caras amables; hay sonrisas en todas las bocas para el convaleciente que se deja adular, regalar, felicitar y cuidar sin inquietarse siquiera con la sospecha de que sus contemporáneos no esperan sino que se ponga fuerte para volver á agarrarlo por su cuenta y morderlo, despedazarlo y combatirlo, como se usa entre hombres que se quieren y que por eso viven en sociedad.

En fin, yo estaba convaleciente, pálido flaco, sin fuerza.

¡Qué traza la que tenía! Me parecía que yo era mi propio abuelo; un abuelito chico, disminuído, como si me hubiera secado y acortado; era mi antepasado en pequeño, un

antiguo concentrado, que no había comido nada durante muchas generaciones; mi apetito era del tiempo de Sesostri y yo había estado en el sitio de Jerusalén; la conciencia de mi persona se confundía con las más remotas tradiciones, y no podía entender cómo pudo llegar hasta mí la noticia de mi existencia, siendo como era una momia mayor que sí misma y contemporánea de los mastodontes.

La enfermedad había retirado en mi memoria las épocas, y yo tenía por sensaciones todas esas paradojas disparatadas.

Conforme iba ganando en fuerza, los días eran más placidos. Durante algunas horas me sentaba á recibir el sol que entraba en la pieza, y mi silla lo seguía en sus cambios de dirección hasta la tarde.

Nunca he visto sol más amable, más abrigado, ni más cariñoso.

Verdad es que mi dicha se aumentaba con las delicias de una excepción legítima: no iba á la escuela y mis hermanos iban. No ir yo era por sí sólo una bienaventuranza; que otros fueran era el colmo de la dicha. ¡Tan cierto es que no hay nada que abrigue tanto como saber que otros tienen frío!

Un día de tantos no hubo sol, pero en cambio llovió; llovió á torrentes. El patio se llenó pronto de agua, y las gotas saltaban formando candeleros que la corriente arrastraba. Estos millones de existencias fugitivas corrían como si estuvieran apuradas, al són de la música del aguacero con acompañamiento de truenos y relámpagos. Había en el aire olor á tierra mojada, perfume inimitable que ningún perfumista ha fabricado, y revoloteaban en la atmósfera las luces de cristal de las gotas saltonas y acompañadas por el ruido inmutable, acompasado, monótono, variado, uniforme, caprichoso, metálico y líquido, propio sólo de la lluvia.

Yo habría querido petrificar mis sentidos y que la lluvia continuara eternamente.

Allá lejos, en el horizonte limitado por cerros rojos ó gri-

ses que punzaban el cielo con sus picos, el agua caía en hilos paralelos, á veces, ó en torbellino, en polvo cuando el viento arreciaba, en bandas ó fajas impetuosas, según los sacudimientos de la atmósfera, y precipitándose por las hendiduras y las pendientes, llegaba roncando al río para enturbiar su clara corriente.

Las nubes viajaban por los cielos en montones, como arras-tradas por caballos invisibles, azotados por los relámpagos que cruzaban como látigos de fuego en todas direcciones.

El cielo en sus confines semejaba un campo de batalla; el oído estremecido recogía el fragor de la pelea, y los ojos seguían el fulgor de los disparos de la gruesa artillería eléctrica.

¡Pobres viajeros con semejante lluvia! Mi imaginación los acompañaba en su camino por los desfiladeros, por los bañados, y los veía recibiendo el agua en las espaldas, con el sombrero metido hasta las orejas y con la inquietud en el alma; aquí atraviesan un río cuya corriente hace perder pie á los caballos, allí cae una carga, más allá se despeña un compañero cuya cabalgadura se espantó del rayo.

¡Pobres navegantes con semejante lluvia! Sobre la cubierta de la nave solitaria que toma un baño de asiento y una ducha al mismo tiempo en el océano, corren los marineros, con sus ropas de tela perfumadas con brea, á recoger las velas, mientras el capitán se moja las entrañas con ron en su camarote, para que todo no sea pura agua. Las puntas de los mástiles convidan centellas, la lona se muestra indócil, la madera cruje, y el buque se ladea sobre las ondas como si fuera un sombrero de brigadier puesto sobre la oreja del mar irritado.

Solamente los mineros están á sus anchas con un tiempo tan hidráulico; no saben siquiera que ha llovido, y cuando salen de su trabajo, negros de polvo de carbón ó de metal, se sorprenden de que haya podido llover sin su consentimiento y sin su noticia.

¿Y las lavanderas? Nunca he podido explicarme por qué

dejan de lavar cuando llueve, y las vemos recoger sus atados, ponerlos en la cabeza y ganar su domicilio bajo ese paragua absorbente. ¡Pura rutina!

Cuando estaba yo en la escuela, (tiempos duros aquellos) y comenzaba la lluvia, el maestro, un terrible maestro, se distraía ó se dormía con el ruido narcótico del agua, y mi Catón, mi Robinson Crusoe y mi plana se retiraban al infinito y yo solo existía para adormecerme con la elegía de la lluvia. Una deliciosa estupidez se apoderaba de mí sin que fueran capaces de sacarme de ella todos los Catones posibles, todos los parientes de Robinson, todas las generaciones de maestros, ni todas las planas de la tierra.

¡Con qué envidia miraba á los pobres diablos que pasaban por la calle chapaleando en el barro y pegándose en las paredes para evitar el agua, ó á los provistos de paraguas que hacían un redoble al enfrentar las ventanas, merced á las gruesas gotas del tejado que, resbalando por la tela de seda ó de algodón, iban á colgarse de las varillas como lágrimas en una pestafia colosal!

Nunca pude comprender por qué no daban asueto en los días de lluvia.

El aire era libre, los pájaros volaban libremente, el ganado pastaba con libertad en los campos, el agua corría independiente por el suelo, buscando á su albebrío, ó al de la gravedad, los declives. ¿Por qué todo esto no estaba en la escuela como yo, ó por qué la escuela no era el campo, nosotros las vacas, los libros la yerba y el maestro un buey manso y gordo, semejante á esos aradores incansables é indolentes que miran con estoicismo la picana y con supremo desdén á los transeuntes?

Años más tarde, en el colegio, la lluvia solía venir á embargar mis sentidos, y muchas mañanas, antes que sonara la fatídica campana que nos llamaba al estudio, me despertaba oyendo llover como si el agua hubiera trasnochado y estuviera ya en movimiento á esa hora.

Mi pensamiento volaba entonces á mis primeros años; me cubría la cabeza con las frazadas, y mientras la lluvia cantaba en voz baja todas las elegías de la desdicha, mi delicia era representarme mi casa, las personas que conocí y amé primero, y mi propia figura correteando sin zapatos por el patio anegado.

Más tarde todavía, en el hospital, mientras estudiaba medicina, en mi cuarto húmedo y sombrío, la lluvia caía mansamente sobre los árboles de los grandes y solemnes patios, acompañando á bien morir á los que espiraban en las salas. La lluvia tristísima sonaba entre las hojas, y el cráneo de algún pobre diablo, ex-número de la sala tal, y famosa pieza anónima de anfiteatro, me miraba con sus cuencas triangulares y oscuras, como si quisiera entrar en conversación conmigo acerca del mal tiempo.

Alguna canilla, unas cuantas costillas y otros huesos de difunto amarillentos, adorno indispensable de todo cuarto de estudiante, tiritaban de frío en un rincón, ó se estremecían al sentirse trepar por un ratón de hospital, de esos ratones calaveras y descreídos que no saben lo que es la inmortalidad del alma y que viven entre huesos y entre cadáveres como en la mejor compañía.

Y mientras tanto, el agua eterna, siempre agua, viajando de la flor al océano, de la fosa á las nubes, del vapor al hielo, continuaba su ruta apurada por los fenómenos naturales, entonando su música en los mares, en los ríos, en las peñas, en los valles y, por fin, en los tejados, haciendo disparar á los gatos, que, como se sabe, tienen una marcada animadversión contra ese líquido.

El agua eterna, sirviendo de espejo á los pastores en el campo, amontonando hielo en las cordilleras, haciendo trombas en los mares, regando las sementeras, hirviendo en algún tacho de cocina, ó lavando la cara de cualquier muchacho de cuatro años, pues todos los de esa edad tienen la cara

sucia, continúa su ruta de la flor al océano, de la fosa á las nubes y del vapor á la nieve.

El agua eterna, siempre agua, empujando las locomotoras, haciendo navegar á los buques, surgiendo de los pozos artesianos, vendiéndose á peso de oro en las boticas, lavando las ropas en todo género de vasijas, entrando en la confección de las comidas, sirviendo para inyecciones higiénicas, ó ahogando gentes en las inundaciones, continúa su ruta, bajo el imperio de las fuerzas físicas, de la planta á los cielos, del corazón á los ojos, para desprenderse en lluvia de lágrimas sobre las mejillas abatidas.

No tengo preferencia por ninguna clase de lluvia: me gusta la lluvia mansa, la niebla, la bruna, la llovizna, la lluvia fuerte, la torrencial, la continua, la intermitente, la con sol y la inopinada, esa que toma sin paraguas á todo el mundo en la calle, haciendo la delicia y el negocio de los paragueros.

Las gentes de esta ciudad han podido verme con mi sombrero grande, caminando lentamente por las veredas, mientras otros corren presurosos buscando un abrigo contra la lluvia. Yo prefiero mojarme, y salgo á gozar cuando llueve como los demás hombres cuando hace lo que ellos entienden por buen tiempo. ¡Y pensar que hay países donde no llueve nunca!

Por mí, bien podía no haber paraguas, ni capas de goma, ni water-proof, y me irrito cuando algún tonto llama mal tiempo al lluvioso...

La lluvia lenta y suave canta en tono menor sus tiernas declaraciones, formula esperanzas, prodiga consuelos y adormece los cuerpos con sus secretas voces misteriosas.

La lluvia furiosa, torrencial, vertiginosa, relata batallas, catástrofes, aparta la esperanza, despedaza el corazón y hace brotar en los ojos esferas de cristal que, balanceándose en las pestañas, parece que vacilan antes de soltarse para regar la tierra maldita...

EDUARDO WILDE.

(Argentino.)

Tucumán.

(Del Discurso en la inauguración del Ferro-Carril Central del Norte.)

Pero detengámonos en esta jornada del gran camino. Hé ahí la gran Ciudad del Tucumán; quiero presentarla á los recién venidos.

Era apenas una aldea, y fué elegida como una trípode, por el genio de la revolución, para lanzar desde su recinto aquel grito que hizo alborear los horizontes de medio mundo. Creció, desde entonces, amando la libertad y execrando á los tiranos; y cuando uno de ellos extendía por la tierra del argentino su ominoso imperio, Tucumán se levantó casi sola en santa y patriótica lucha, convocó á sus hermanas del Norte, y fué á la guerra.

¿Para vencer? No. Tenía tan sólo la sed de la consagración y del martirio: y el noble pueblo se abrió estoicamente las venas, para que nosotros podamos hoy decir que las tiranías no avergüenzan, cuando han suscitado héroes por la desesperación y derramado, hasta la fatiga, sangre de mártires.

Todo esto ya pasó. No tenemos hoy por delante sino á Tucumán, la industriosa y la bella.

¿La veis elevando con esfuerzo los blancos campanarios de sus iglesias sobre la corona de naranjos y limoneros que la circundan? El naranjo y el limonero que producen flores y frutos, que embalsaman el ambiente de las tardes con sus perfumes, alimentan al pueblo y dan techumbre á sus hogares; son sus árboles predilectos porque son su emblema, asociando lo útil á lo bello. No hay suelo hermoso, si no es fecundo.

Buscaremos mañana al Tucumán de la leyenda poética, y lo encontraremos penetrando en la espesura de las selvas, escuchando sus rumores sordos que parecen los ecos doloridos de una lejana y vaga tristeza, ó viendo descomponerse los

rayos vívidos del sol sobre las copas movedizas de los árboles, para caer en hebras de luz matizadas de colores infinitos.

Pero lo encontraremos aún más, cuando hayamos ascendido sobre la cumbre de las montañas, en medio de la transparencia de la atmósfera, que aleja y hace desaparecer los horizontes; viendo los bosques descender en graderías hasta la llanura, y ésta abrirse y dilatarse en panoramas formados por los árboles, por las sombras y por los variados matices del campo fértil, al mismo tiempo que el ojo abarca el mayor espacio sometido jamás á su inspección, el pecho se dilata y se respira con expansión indecible, repitiendo instintivamente los versos de Goethe que Humboldt recordó en las cimas del Chimborazo. *«Sobre la montaña mora la libertad.»*

Oigo decir que este Tucumán poético desaparecerá en breve, porque el humo de la locomotora espesa la atmósfera y empaña los cielos. No lo creo.

Un país es doblemente hermoso, cuando á los maravillosos aspectos de la naturaleza se han agregado las creaciones del arte. La Grecia no desplegó por completo la fascinación de sus prestigios, que después de veinte siglos encantan aún la memoria, sino cuando el pincel de Fidias animó los blancos mármoles de Paros, y cuando hubo atraído por el comercio, las industrias y los cultivos de otros pueblos, al mismo tiempo que los pintores imitaban en la pureza de sus líneas la suavidad de sus horizontes, y los poetas buscaban la luz fulgente de sus creaciones en el majestuoso esplendor de sus cielos.

La naturaleza se embellece y se completa bajo la acción fertilizante de la industria. Lo que vemos, lo que admiramos en los valles y en las montañas, no ha tenido hasta hoy por autores, sino los tres artífices primitivos: el aire, el agua y la luz del sol. ¿Cuántos prodigios se producirán, cuando se agregue á ellos el trabajo viril é inteligente; cuando ningún hilo de agua descienda de la montaña para insumirse estéril; cuando el árbol espontáneo y el árbol cultivado, la

flor de las praderas y la flor de los jardines, entretejan sus ramajes y confundan sus perfumes?

La inteligencia humana habrá entonces pasado como un soplo de vida animando la segunda creación. El nuevo Tucumán se presentará al viajero transformado y embellecido; y si Dios nos depara la suerte de verlo otra vez, lo saludaremos con el grito de admiración del poeta latino: *O mater pulcra filia pulcrior! ¡Oh hija más hermosa que tu madre hermosa!*..... Permittedme ahora una expansión personal, que es la primera y que será la última en mis discursos públicos.

He vuelto á mi ciudad natal tras de largos años. Quería, después de tantas fatigas, ver nuevamente los rayos de su sol, y esperaba anhelante las brisas tibias de la tarde que jugaron con mis cabellos de niño, para que refrescaran mi frente con su blando y perfumado aliento. Doy gracias á todos, por haber encontrado esas acogidas penetradas de cariño y palpitantes en su efusión, que identifican á un hombre con millares de hombres, y que hacen experimentar la suprema de las emociones: la ebriedad del corazón.

NICOLÁS AVELLANEDA.

(Argentino.)

El doctrinarismo argentino.

(De la Conferencia dada á los alumnos del Colegio Nacional de Buenos Aires, el 24 de Mayo de 1879.)

La generación de 1810 fundó la nacionalidad argentina, desvinculada jurídicamente del imperio español por la caída de la dinastía borbónica, pero reciamente combatida por los

poderes coloniales y metropolitanos, luchando en desmedida arena, con sus letrados convertidos en caudillos, en héroes sus grandes capitanes, y sus pueblos en ejércitos, por la tierra y en las aguas, aquí y allá de las cordilleras, un año y otro año sin reparo ni desmayo; porque dos gloriosas virtudes cívicas la alentaban: fe indeclinable en sus designios, abnegación patriótica, que rivalizaba con la austera abnegación de los varones clásicos.

Si retrocedéis hasta aquellos años de maravillosa fecundidad, no sé qué cosa debáis admirar más vivamente: si la grandeza del propósito ó la mezquindad de los recursos de una pobre y despoblada colonia, que, mal contenta de emanciparse, desata uno de dos torrentes de soldados generosos, partidos del Plata y del Orinoco, que cruzan guerreando el Continente para confundirse en el campo sangriento de Ayacucho, magnánimos hermanos de un linaje olvidadizo, mártires y adalides de la independencia americana!

Un varón de epopeya álzase gallardo y severo, silencioso en medio de las contumelias, seguro, empero, de la justicia y del honor que la posteridad había de tributarle ufana, porque los velos fúnebres de la muerte son translúcidos para los justos y para los héroes. Fué grande por las concepciones de su genio militar, grande al trepar á los enhiestos riscos, sobre los abismos y los torrentes, para descender, como el ángel de las batallas, á tierra que pedía redención. Fué grande en las fatigas marciales y en el fragor de los combates; pero no le admiréis sobre su pedestal guerrero de pendones debelados y rotos atambores. Es más grande en aquel día, cuyo igual no ha vuelto á brillar para la América, en que abdica ante los Representantes del Perú el poder de que le invistieran el prestigio de su nombre y la gratitud de los pueblos: es más grande cuando niega su espada á la guerra civil y su pecho á la ambición: es más grande, cuando en la víspera de la última lid cede á Bolívar el último laurel: es más grande, en fin, por sus inmolaciones patrióticas, por su elevación moral,

por la virtud de vencerse á sí mismo y perderlo todo por la patria, menos su gloria por ser nuestra.

Hé ahí el hombre de la emancipación nacional. San Martín es el tipo culminante de la virtud patricia de sus contemporáneos; y contemplándola en su personificación mas brillante, hallaréis explicado que la generación de 1810 realizará tan grandes empresas y saliera victoriosa cuando retó á sus tiránicos gobiernos, por un arranque heroico, sin caudales, sin armas ni soldados. . . .

La generación de 1810 tuvo la pasión de San Martín; pero no toda tuvo conciencia tan delicada y severa. Su fecundo patriotismo fué fanático. Quiero decir que fué impiadoso; y por ello se ensangrentó en la *Cabeza del Tigre*, y en la matanza de 1812, imitada de los brutales ejemplos con que los terroristas franceses escandalizaron al mundo: que fué teatral, y por ello sus Castellis y sus Sarrateas llevaban á los ejércitos la declamación enfática, la dureza y las intrigas que los Convencionales llevaban á los ejércitos de la República francesa: que fué iluso, y por eso se nutría de paradojas transfundidas á las masas, que, al oírse preconizar soberanas, exigieron su soberanía ó la soberanía de sus caudillos: que fué presuntuoso, y por ello las clases cultas creían poder reprimir los apetitos populares oponiéndoles su prestigio, cuyas bases habían desmoronado con pueril ceguedad; y contagiada la fatuidad del conjunto á los individuos, cada hombre y cada círculo se ufaná de poseer el infalible remedio de las públicas dolencias. Ambiciones, quimeras, partidos de aspirantes y demoleedores, escepticismo religioso y moral, fueron los necesarios productos de aquella exageración del patriotismo, maleado por doctrinas insanas y ejemplos perversores. De esta manera, la gloriosa evolución política de 1810, se convirtió en una revolución; y el Río de la Plata, buscando la libertad, se sumergió en la anarquía.

Fué horrendo el antagonismo entre la barbarie, que seguía la lógica de las pasiones, y la civilización retenida por las in-

consecuencias del miedo. Oid la palabra de los letrados cuando legislaban: «Cada individuo, decían en el Estatuto de 1815, es miembro de la soberanía»... Esta máxima insensata tanto importa como negar que la sociedad política es una entidad moral distinta de los individuos que la componen, y que posee, en consecuencia, un poder natural y necesario, procedente de su constitución intrínseca, y en ninguna manera, de convenciones libres ni delegaciones revocables. Trastornados por los sofistas de la demagogia francesa, y principalmente por Rousseau, cómico precursor de los trágicos, esa y otras enormes fantasías avanzaron; y así como en pos de los que absolvían al hombre de su indeleble carácter de súbdito de la soberanía, á nombre del derecho político, cayeron sobre Francia los que consagraban la inalienable libertad con la guillotina permanente; así en el Río de la Plata, sombras pavorosas cerraron los horizontes, y el suelo retembló; sobre las hordas que brotaron de las entrañas de la sociedad, rasgadas y estremecidas, envuelto en los pintorescos paños del jinete pastor de las llanuras, lanza el grito de exterminio, dominando los silbos de los vientos y el víctor de las turbas enardecidas, fatídico y arrogante, el capitán montonero... Llamadle Artigas, Ramírez ú Otorgues. Otros le llaman el caudillo campesino. Yo le llamo la encarnación soberbia de la soberanía numérica, promulgada por los letrados de la revolución.

JOSÉ MANUEL ESTRADA.

(Argentino.)

El Patriotismo.

(Del discurso dirigido á los alumnos del Colegio Nacional de Buenos Aires, en la noche del 22 de Mayo de 1853.)

El régimen colonial era más flexible y complicado de lo que pretenden doctrinarios irreflexivos. Imperial y absoluto

en la esfera política, estaba, sin embargo, duplicado por lo que en la tecnología jurídica de aquel tiempo llevaba el nombre (suficiente para ilustrar el problema) de *Gobierno de República*, en el cual las corporaciones vecinales regían autónomicamente sus intereses comunes, administraban la justicia, consolidando así la paz social y el orden de derecho, y poseían costumbres y prácticas de libertad, que no era difícil desarrollar y extender á teatro más amplio de aplicaciones. Ya veis, señores, que ni los rudimentos ni el nombre de República eran cosas extrañas para aquellas altivas *burguesías* que se levantaban con Antequera en el Paraguay, repelían en Tucumán las exacciones fiscales, resistieron á Carlos III en Buenos Aires; vencían con Liniers á los invasores británicos, derribaron vireyes flacos para defender la honra del suelo y la bandera, y se transformaron por fin en el glorioso patriciado de 1810.

Era nuevo sí, declarar, bajo la fe de Robespierre, soberanas é infalibles las muchedumbres que se encarnan en Ramírez y en Quiroga. Era nuevo preconizar su omnipotencia y afirmar su ineptitud. Era nuevo inducir en los pueblos la humillante y supersticiosa convicción de que estaban condenados á ruina y vergüenza, si no buscaban el calor vivificante y la luz conductora en el reflejo de las doctrinas y ejemplos de la demagogia francesa. ¡Eso era nuevo, y era insensato!

Nuestros filósofos, como sus modelos, han obrado sin reato; y por obra suya cayó al fin la sociedad en la impotencia de organizarse, por la impotencia de restablecer el equilibrio que perturbaran sus sistemáticas destrucciones. Extirpados los centros de auto-gobierno local, se suprimió la instrumentalidad del régimen republicano bajo la acción absorbente del centralismo, llevado donde no alcanzaron á llevarlo los Reyes absolutos de la Europa continental.

El doctrinarismo francés, principalmente después de caída la tiranía de Rosas, ha perdido terreno, pero sin ceder en ventaja del espíritu nacional; antes para abrir cauce á nuevas corrientes de supersticiones extrañas, trasladadas en forma

dogmática. No os agobiaré con el inventario de estas fuentes de doctrina. Su nombre corre de boca en boca y de diario en diario, según las predilecciones de cada cual; y le hallaréis en el comentario de las leyes, en la censura y en la defensa de los Gobiernos, en las controversias de los partidos, y hasta en las sentencias de los Magistrados. No hay máxima ni institución, siquiera nazcan de estados enfermizos de las sociedades, que no se incorpore á la sinopsis inarmónica que llamamos ciencia, ni se repute trasladable, como elemento integrante de la política moderna. Verdad ó paradoja, todo se ensaya en la República Argentina, como en un hospital se ensayan todos los tratamientos.

¿No veis, señores, que olvidando el carácter nacional y la experiencia política, subordinamos la suerte de la patria á los errores dominantes en pueblos inquietos y lejanos, sin analogía histórica, social, ni económica con la República, é incurrimos en una positiva abdicación del pensamiento argentino, que implica un desdén, tan vituperable como funesto, por nuestra propia inteligencia y nuestras propias fuerzas? Pueblo sin confianza en sí mismo no es capaz de cosas grandes ni de vigor patriótico; y el argentino comienza á amilanarse delante de los ídolos que forja con sus mismas manos. El cosmopolitismo doctrinario surge, con la conciencia nacional, el patriotismo en el olvido; y teniendo el escepticismo por envoltorio, seca á la vez la fuente de todas las virtudes morales.

No ha contribuído menos la guerra civil á amortiguar la virtud cívica en las almas. Renuncio á bosquejar los personajes, el teatro, las escenas y peripecias de esa tragedia. Ya se alzarán las turbas en cobro de un poder efectivo proporcional al poder teórico que se promulgaba en su pro; ya las arrastrarán criminales ambiciosos á fines execrables por sendas ensangrentadas; ya el fanatismo ó el derecho de clases superiores las condujeran á revindicaciones violentas; por cualesquiera accidentes y por cualesquiera causas, dos generaciones han vivido familiarizadas con la revolución.

Amnistiemos, si queréis, la conciencia de las personas. A nada más nos obliga la ley de la tolerancia. El fenómeno moral, sin embargo, que caracteriza una sociedad lista para echar mano de la fuerza en todos los eventos y contrariedades de la política, y en la cual el influjo de pasiones indómitas sofoca los escrúpulos que cierran el paso al furor revolucionario, al egoísmo de las oligarquías y á los apetitos despóticos, excita repugnancia en el ánimo sereno de quien ve (y prescindiendo adrede de otros aspectos de la cuestión) que esas insanas costumbres reemplazan el genuino patriotismo con un patriotismo bastardo.

Necesito pintarlo, porque es sutil y engañoso. La frecuencia de las revoluciones pone los partidos en estado de guerra. Las disidencias se convierten en antagonismo. Los bandos políticos antes viven y se nutren de odios que de aspiraciones comunes. En vez de ideas, tienen concupiscencias; en vez de rivalidades, aborrecimientos implacables. En el poder son opresores, y en la derrota envidiosos; porque en la guerra se busca una victoria que con nadie, y menos con el enemigo, puede repartir sus frutos; y siendo para las facciones el gobierno un botín bélico, aspirantes y beneficiarios, vencedores y vencidos, lo gozan ó lo reclaman con igual exclusivismo. No contemplan ellos el poder como un instrumento del bien, instituido por Dios, cual atributo inherente á la constitución natural de las humanas sociedades. Si lo estimaran así, calcularían las ásperas responsabilidades que implica, y de cierto que no sería objeto de tan vivas ambiciones. Lo anhelan por mera sensualidad y por el concepto grosero que de sus fines y funciones desliza paulatinamente en los espíritus un estado doliente de prolongados conflictos y de perpetua crisis.

Las pasiones ponen á los hombres á servicio de los partidos; y los partidos los subyugan bajo una disciplina consentida por falsos puntos de honor. Pasa esta obediencia por una abnegación patriótica. Perseverar en los partidos, someterse á sus consignas, ceder á sus arrebatamientos, encenderse en sus

rencores, cooperar á sus violencias, contribuir á sus fraudes, complicarse en sus amañios, sacrificarles, en una palabra, la conciencia y la voluntad, ¡Dios nos perdone, señores! eso se llama patriotismo . . . ¡Ah! y la majestad de la patria ultrajada, y el nombre de la patria escarnecido, y su honor hecho el ludibrio de hipócritas y perversos, dejan hablar al alma de los facciosos, que desgarran la bandera para tremolar sus girones en campos fraticidas. No os maravilléis si el humo de la sangre no los estremece, ni los aterra el llanto de los huérfanos! . . . Sangre y llanto claman venganza sin conmovér al faccioso, empedernido en la ilusión de su bastardo patriotismo. Y nada, señores, amengua tan eficazmente una virtud, como los vicios que usurpan sus envolturas. Como flores que tapan podredumbre, la hipocresía oculta el cinismo, y viste las galas de virtud patriótica el tenaz egoísmo del faccioso . . .

El espíritu del hombre se siente levantado por un poder invisible hacia una región en que se eliminan de las cosas físicas las fealdades y las imperfecciones; suprímese la caducidad del tiempo, se purifica la imaginación, se ennoblece la mente y se cierne entre fulgores sin eclipse, no sintiendo nada que no sea generoso, ni amando nada pequeño ni grosero, nada que no cifia, por su pompa y esplendor, los incorruptibles ropajes de la inmortalidad. Poetas y filósofos concuerdan en llamarla «el ideal» . . . ¿Queréis tener la noción de la barbarie pura? Es el estado del hombre sin ideal. Y por la ingénita é instintiva aptitud del espíritu á ceder á su influjo, aún indeciso é inconsciente, son capaces las razas más bárbaras de llegar á la civilización. Si algo, entretanto, desgasta en las sociedades cultas esa potencia y ese estímulo que las mantiene en perpetua vigilancia y en perpetua actividad no dudéis que será el culto exclusivo de los intereses materiales, que engendra en el alma la más humillante de todas las pasiones: la pasión de la codicia. Ya veis que entrafia un extremo peligro la atmósfera artificial que comienza á envolver á la sociedad argentina. No negaré que tiene seducciones. Despliega,

las perspectivas de la fuerza y los deleites, que conmueven los resortes más impuros de la naturaleza humana; y se disfrazan con las apariencias de un interés elevado por el bienestar general. Pura paradoja, señores. La acumulación de apetitos no es transformable en virtud. El amor de la riqueza es por esencia y fatalmente egoísta, y puesto que el impulso que engendra es el anhelo de la ganancia, su imperio arrastra al aislamiento y al exclusivismo, que marchita los sentimientos de unión y solidaridad en que arraiga y florece el patriotismo. Subordinando, por otra parte, al medro y la granjería el total de complicados intereses de una sociedad, cuanto hace ganar á los caracteres en aspereza y vigor para el trabajo lucrativo, los hace perder en temple y adhesión por cuanto afecta á los derechos, á la honra, á las necesidades morales é intelectuales de una nación civilizada. Los apologistas del economismo lo aplauden como un elemento de conservación en los Estados, y se equivocan en el juicio y en el nombre, confundiendo con un vivaz sentimiento de respeto hacia el orden y la ley, el escepticismo político y la indiferencia cívica con que enerva los pueblos. Empequeñecido el horizonte de las esperanzas, porque suprime el ideal, y avivado el egoísmo, necesariamente destempla todas las virtudes que se perfeccionan en la abnegación y el sacrificio. Saber padecer y saber morir, las dos ciencias del héroe, son las dos ciencias del patriota, son las dos ciencias del gran Capitán de América, borradas de la memoria de los hombres que todo lo pesan, lo miden y lo cuentan. Ellos buscan en las Bolsas el barómetro de la justicia con que se gobierna una nación, y entre la ruina de las libertades públicas y la ruina de su propio caudal, prefieren, sin vacilación, la ruina de la libertad. Así pasan por conservadores, y por pacíficos, por magnánimos y discretos, oponiendo el interés de sus cotizaciones y sus cálculos sórdidos á la acción de propagandistas y diplomáticos, si defienden con entereza el honor y el derecho de la Nación, aunque sus rivales

afrenten su bandera y usurpen su territorio. Bastó un hombre codicioso para introducir la traición en el apostolado de Cristo. Calculad, señores, las posibles y aun probables consecuencias de ese vicio, cuando tiene por exponente el conjunto de una sociedad corrompida por el economismo, y decidme si alguna conjetura racional puede augurarnos otros frutos de la superstición utilitaria que fomentan las influencias cosmopolitas imperantes en la República Argentina, y que, divorciadas de los sentimientos y las glorias nacionales, se conciertan en el campo de la utilidad, y hacen preponderar el interés sobre todos los móviles de la vida y de la acción. ¡Cuánta mudanza, señores! ¡Qué sombríos principios de decadencia, en medio de tanto progreso industrial y tan pasmoso incremento de prosperidad económica! Perdemos en espíritu cuanto ganamos en cuerpo. Perdemos en patriotismo cuanto ganamos en población. La cuna de los Adalides formidables del derecho en el vasto Continente de la América cae de manos de los argentinos en manos de indiferentes y de extraños, que compran y venden en las plazas, sin que vibre en sus labios el cantar patriótico, ni en su corazón la gratitud de los hijos á los fundadores de la República!

No seré yo, sin duda, señores, quien condene ninguna preocupación legítima: ni la del trabajo, ni la actividad política de los hombres consagrados por una vocación respetable á los afanes de la vida pública, ni, por fin, la amplitud de espíritu y el ánimo imparcial de los que inquieren en la historia y en el derecho comparado, el ejemplo y las lecciones de la experiencia universal, á fin de no esterilizar la actividad nacional por un ensimismamiento supersticioso, que conduce á la decadencia y á la barbarie. Mas una sociedad no recibe su fisonomía característica de la muchedumbre de sentimientos y pasiones que actúan en ella, sino de las pasiones y sentimientos predominantes que la equilibran y dirigen. Lamento el cosmopolitismo doctrinario que subordina la marcha de la sociedad argentina á las influencias de la de-

magia europea, en el radio de la política fundamental, y á los influjos del utilitarismo *yankée*, en cuanto á los resortes morales que la gobiernan, reforzando ambas corrientes perversoras, un espíritu díscolo y revolucionario, manifiesto en las luchas de los partidos, y el exorbitante prestigio de las masas extranjeras alojadas en las ciudades más populosas de la República. El sentimiento patrio, aunque marchito, sobrevivirá, sin duda, á esos estragos, porque es menester arrancarlo de los hombres con el corazón; pero tened presente que el patriotismo no es sentimiento, sino virtud; y que esa virtud, que tanto vigoriza cuanto más inmola á los hombres, por su abnegada consagración á la ventura y á la gloria de su patria; esa virtud que resplandece en los tipos de estampa más grandiosa de la historia, Viriato, Pelayo, ó San Martín, indispensable para crear las naciones, indispensable para conservar su entidad moral y absorber en ella los elementos que la engruesan, en vez de dejarla anonadada al impulso de invasiones extranjeras armadas ó pacíficas; esa virtud, no prospera en las masas que olvidan y que abdican, que idolatran en la novedad y abaten sus ciudades el nivel de factorías: mansiones sin historia como campamentos de beduinos....

La conciencia de esa individualidad nacional es tan dormitante hoy día cuanto fué vivaz y enérgica en la generación argentina que emancipó con su espada la mitad del Continente. Queremos templar la fibra política del pueblo, y le infiltramos idolátrica veneración por otro pueblo, sediento de oro, cuya sensatez es cálculo, cuyo corazón jamás comprenderá las palpitaciones de un corazón de argentino. Queremos vigorizar las instituciones republicanas, infundiéndoles la mente de naciones que las han ensayado con fracasos desastrosos, sumergiéndolas, para valerme de una expresión ya célebre, en la ineptitud ó en la sangre. Queremos robustecer el cuerpo social, y nos dejamos ahogar por el extranjero, sin curarnos de incorporar sus grandes masas á la nacionalidad, abdicando,

al revés, por un cosmopolitismo insensato, nuestra iniciativa, nuestras costumbres, y á veces, señores, delicadezas de honor, que habrían llevado á los contemporáneos de San Martín á la muerte ó á la gloria.

No, señores; no basta para la vida de un pueblo el patriotismo individual y tímido, sino aquella virtud austera y unánime que forma la conciencia y la fuerza de las naciones. Nuestra historia lo prueba en sus episodios brillantes y en sus episodios sombríos.

JOSÉ MANUEL ESTRADA.

(Argentino.)

La quena.

... La quena, fabricada generalmente con una caña peculiar de las montañas del Perú, mide media vara de largo y dos tercios de pulgada de diámetro. Abierta por sus dos extremos, con la embocadura formada por un resorte en forma de rectángulo, pero cuyo lado superior está eliminado, y el opuesto á éste cortado, como en los clarinetes, hacia lo interior y en forma de chafán, tiene cinco agujeros en la parte superior, y uno al costado, por lo cual sólo produce semitonos fúnebres.

Los indios introducen algunas veces una parte de la quena en cántaros de barro, horadados exprofeso. Por medio de esta operación, las melancólicas voces de la flauta americana adquieren una resonancia y una tristeza imponderables.

El *Yaravi* ó *Haravi*, que se canta acompañado por la quena, existía también en la época de la dominación de los Incas. El nombre de esta composición es derivado del de

Haravicus, «inventores», con que eran conocidos los elegíacos poetas peruanos.

La desgarradora tristeza del yaraví, proviene, más del presentimiento del destino adverso que aguardaba á la raza de los compositores, que de esa especie de nostalgia que domina á los poetas que se creen peregrinos en la tierra. La indolencia y melancolía de los antiguos indígenas del Perú puede achacarse á una causa parecida á la que produjo el abatimiento de los hombres en el milenio.

El presentimiento de la esclavitud ó de la muerte, arranca lágrimas á los débiles, mientras los fuertes se aprestan para luchar, ó esperan el golpe fatal sumergidos en indolente reposo. Es conocido el vaticinio de Viracocha. Cuando Huaina-Capac fue advertido de la llegada de los españoles al Perú, recordó inmediatamente que había sido anunciado que, en el reinado del duodécimo Inca, el imperio sería conquistado «por hombres blancos y barbudos».

Un escritor peruano dice que la música y el canto de la quena son gemelos del *Super flumina Babilonis* del pueblo hebreo. El hijo de América, á semejanza de los hijos de Sion, ha cantado y ha llorado su cautiverio en sentidas estancias, mezclando sus lágrimas con las aguas del lago Titicaca y con las ondas del río Apurímac. Eco de aquel quejido del Profeta, «contemplad y ved si hay dolor semejante al dolor mío», lanzado desde las barbacanas de Jerusalén, es el triste y desgarrador acento de los haravicus, repetido de generación en generación, en las profundidades de las *yungas* y en las alturas de las *punas*....

Los tocadores de quena ejecutan dúos inolvidables para el que es capaz de percibir, dentro de tan imperfecto instrumento, el alma sollozante del indio triste. Una de las queñas lleva el canto y otra el acompañamiento, ó la primera hace una especie de reclamo, al cual responde la segunda á la distancia.

Es imponderable la sensación que produce el diálogo de las

flautas, cuando se le escucha en la montaña, áspera como el camino de la vida, y en una noche nebulosa, como el destino del músico desdichado. Pero aún mayor y más imponderable efecto produce el monólogo de la flauta americana.

El dúo nos inclina á pensar en el dolor compartido: el monólogo es la querrela del solitario sin consuelo. Estos monólogos suelen partir del corazón del indio errante, ó del alma del amante traicionado. El primero llora su libertad y su esposa, dos ilusiones perdidas: el segundo suplica á Pachacamac, «el que da vida y anima el universo», ó á la luna, púdica amada del padre de los Incas, que le devuelva el corazón de la mujer, á quien pretende levantar en la montaña un altar, adornado con flores de amancai y perfumado con resinas de sus selvas tropicales.

La música de la quena no encuentra atmósfera propicia, ejecutada á la luz del día: es música de la noche, del misterio y de la soledad.

Yo la escuché por primera vez al pie del nevado Tacora.

El agua de una acequia murmuraba no sé qué historia de lejana vertiente, y los insectos formaban, con sus zumbidos, una especie de vibración de cuerdas formadas con hilos de luz. Se aspiraba un aroma tan leve, tan delicado, como el perfume que dejan tras sí las vírgenes que pasan adornadas para la fiesta. En el azul firmamento brillaba la luna, muestra transparente del reloj de los amantes, despojada por las hadas buenas del horario que señala las divisiones del tiempo, pero que siempre marca el momento de la cita.

Era uno de esos instantes en que la memoria recuerda, detalle por detalle, la historia de largos y melancólicos días; instantes que nos dejan el alma herida ó la frente cubierta de nieve. En las alturas del recuerdo cae nieve incesantemente, y el hombre pierde en ellas la voz, como al tocar la cima de la encumbrada montaña, después de una ascensión fatigosa. Mudo, cual todos los que en la noche, á la luz de la luna, con los ojos puestos en los Andes y el pensamiento

fijo en el amor de la patria, recuerdan y se lamentan en silencio, comprendí entonces que la voz de la quena es la voz de los dolores íntimos, la única voz capaz de expresar fielmente las amarguras de la ausencia, del peregrinaje y del olvido.

SANTIAGO ESTRADA.

(Argentino.)

Félix Frías.

¡Qué vida tan pura se había extinguido! Don Félix Frías era un hombre ejemplar. Lo fué desde niño. A sus días de inocencia feliz, siguió, como ya hemos dicho, una juventud consagrada por completo al estudio, á la patria, á la religión. Soldado en defensa de la libertad, escritor propagandista de la verdad católica, las rudas tareas y las serias meditaciones fueron para él lo que son generalmente para los jóvenes las locas aventuras y los placeres engañosos. No podían serle indiferentes las gracias seductoras que sonrén al corazón en la edad de la poesía y de las bellas ilusiones; pero dedicado sin limitación al cumplimiento de sus deberes cívicos y religiosos, no se dió tiempo para procurarse los goces del hogar, que suavizan la aridez ó la amargura de la existencia humana. Sus amigos le profesaban una estimación invariable. Era animoso y perseverante en las buenas obras. No conocía el miedo ni el cansancio cuando se trataba de luchar por la verdad ó la moral. Conservó hasta el fin la fogosidad del sentimiento, el calor del alma, desconocido al egoísta, y que no se explica sino por las creencias sinceras y las convicciones arraigadas.

Estudiaba á fondo las cuestiones antes de emitir su juicio; y seguía el movimiento religioso y social del mundo con esmerada atención. Su inteligencia era elevada y sagaz. Su estilo, amplio y firme llegaba á veces á ser majestuoso, sin degenerar en la hinchazón enfática, ni en la vana declamación. Sus escritos recuerdan los de Guizot, por la digna gravedad, y los de Montalambert, por el número y la vitalidad de la frase.

Era un notable orador. Su elocuencia solía inflamarse y vibrar como un apóstrofe incendiario. En otras ocasiones arrullaba al auditorio con los suaves acentos de la unción y de la ternura. El período armonioso, la corrección sin remilgo, la viril sonoridad de la palabra, la nota franca de la indignación hirviente en el discurso parlamentario: tales eran los rasgos distintivos de su grande y hermosa oratoria. Todo le ayudaba, todo le servía: su rostro expresivo, sus ojos brillantes, su ademán solemne sin afectación, su voz ¡sobre todo su voz! una de esas voces de pecho que tienen el timbre del corazón, justas, claras, acordes con la idea y el sentimiento del que habla; una de esas voces que son como el retrato del alma, es decir, lo contrario de la voz del retórico, educada en los artificios de la declamación, y que deja frío al oyente, cuando no lo irrita ó lo fastidia. Y luego, otro prestigio: la vida del orador. Nadie se atrevía á poner en duda su honradez, su lealtad, su patriotismo. Jamás habló sin causar profunda sensación. Su discurso era un acto: el cumplimiento del deber.

Encontramos siempre la huella de su paso en los caminos del bien. Un recuerdo lleno de cariño lo asocia á los cristianos que, siguiendo el ejemplo de San Vicente de Paul, proporcionan á los pobres los auxilios del cuerpo y los auxilios del alma; y evoca su figura austera en los hospitales donde prodigan los consuelos de la caridad á los enfermos y moribundos las *Hermanas* protegidas y honradas por él. Si defendemos de los ataques de un liberalismo insensato, la en-

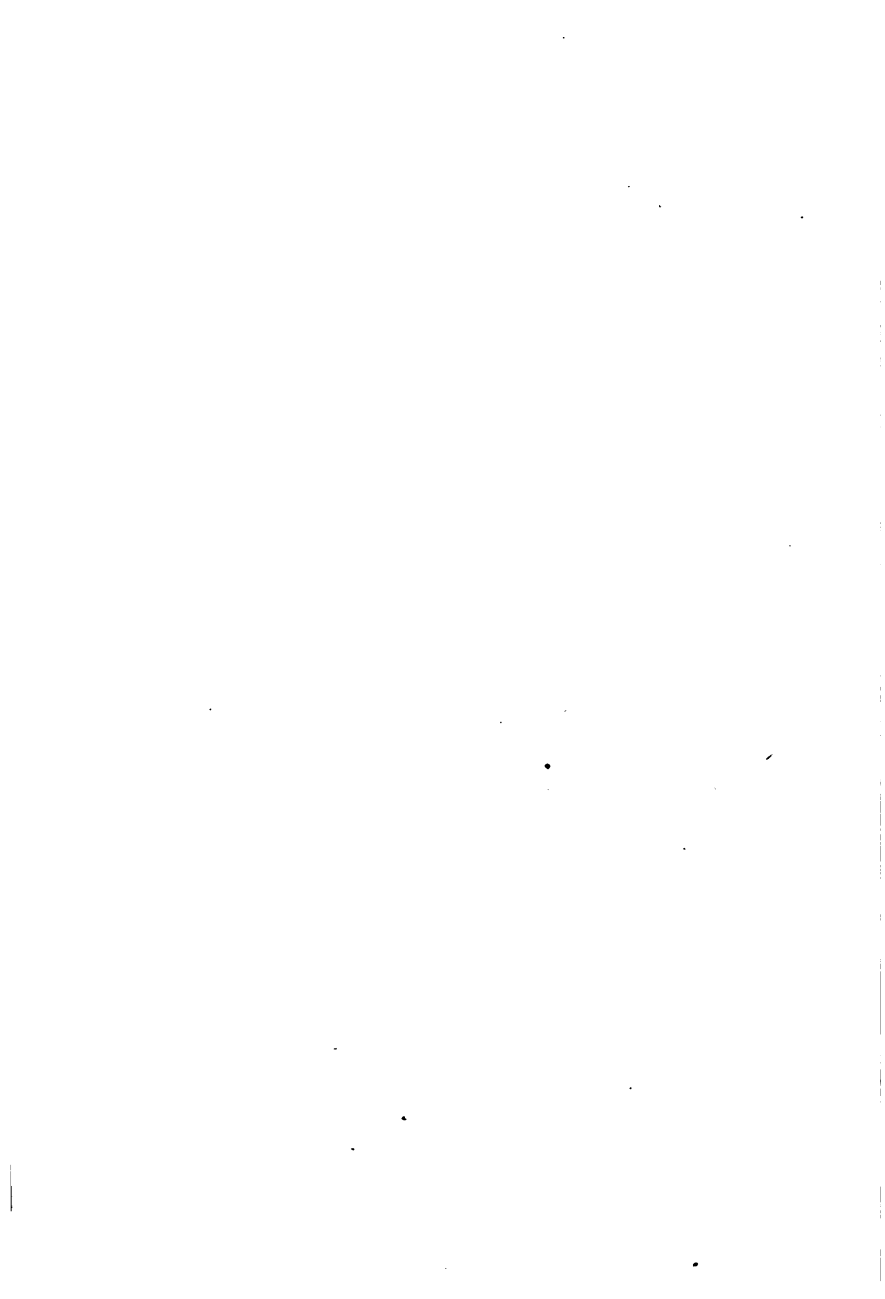
señanza religiosa, y con ella el porvenir de las nuevas generaciones; si combatimos el matrimonio civil y los avances cometidos contra la Iglesia por gobernantes infieles á su mandato, el señor Frías nos ha precedido en la tarea y dejado lecciones admirables para llenarla con celo y perseverancia superior á toda fatiga. Donde quiera, por fin, que nos congregamos para ocuparnos en los intereses de la religión, su nombre venerable nos preside, porque fué el fundador de la primera Asociación católica establecida en nuestro país.

Pasando el tiempo, muchos personajes, todavía prestigiosos en nuestra historia, se desvanecerán en una indiferencia desdefiosa, ó serán objeto de amargas censuras. Habrán tenido la popularidad que dan los partidos; pero se verá que fueron inconsistentes y efímeros como ellos. Otros pueden invocar títulos legítimos al respeto de su nombre en lo porvenir, por haber concurrido á la obra del progreso social. Pero ninguno de nuestros hombres públicos supera á Don Félix Frías en la sanidad de los sentimientos, en la elevación de las miras, en la trascendencia de su benéfica acción. Él ha ligado su memoria con una causa inmortal; y el Señor, que no le faltó sobre la tierra para ayudarle á ser virtuoso, no le habrá faltado en el cielo para remunerarle con la abundancia de su infinita bondad.

PEDRO GOYENA.

(Argentino.)





ÍNDICE DE ESTE TOMO

	Páginas.
JOSÉ SOMOZA.	
Usos, trajes y modales del siglo XVIII— <i>Fragmento</i>	1
Mi primera sensación benéfica— <i>Fragmento</i>	5
JAVIER DE BURGOS.	
Historia del reinado de Isabel segunda.....	8
DIEGO CLEMENCÍN.	
Elogio de la reina Isabel la Católica.....	11
JOSÉ MAMERTO GÓMEZ HERMOSILLA.	
Oratoria política— <i>Arte de hablar en prosa y verso</i>	14
AGUSTÍN DURAN.	
Discurso preliminar— <i>Romancero de romances caballerescos é históricos</i>	19
EL CONDE DE TORENO.	
Entrada de los franceses— <i>Historia del levantamiento, guerra y revolución de España</i>	24
Acción del Bruschi— <i>Historia del levantamiento, guerra y revolución de España</i>	29
MANUEL JOSÉ QUINTANA.	
Triunfos navales de Roger de Lauria— <i>Vida de españoles célebres</i>	32
ALBERTO LISTA.	
Lecciones de literatura española— <i>Introducción</i>	35
MANUEL BRETÓN DE LOS HERREROS.	
Una nariz— <i>Anécdota de Carnaval</i>	41
SERAFÍN ESTÉBANEZ CALDERÓN.	
Un baile en Triana— <i>Escenas andaluzas</i>	48

Asamblea general de los caballeros y damas de Triana, y toma de hábito en la orden, de cierta rubia bailadora— <i>Escenas andaluzas</i>	50
RAMÓN DE MESONERO ROMANOS.	
De tejas arriba— <i>Panoramas matritenses</i>	59
MARIANO JOSÉ DE LARRA.	
El castellano viejo.....	71
La noche buena de 1836—Yo y mi criado— <i>Delirio filosófico</i>	82
ANTONIO ALCALÁ GALIANO.	
Voltaire— <i>Historia de la literatura española, francesa, inglesa é italiana en el siglo XVIII</i>	91
Rousseau— <i>Historia de la literatura española, francesa, inglesa é italiana en el siglo XVIII</i>	94
FERNÁN CABALLERO.	
Elia, ó la España treinta años há.....	100
El Nacimiento— <i>La Noche de Navidad</i>	104
Descripción— <i>La Gaviota</i>	106
JOAQUÍN FRANCISCO PACHECO.	
La poesía andaluza— <i>De un discurso académico</i>	110
MODESTO LAFUENTE.	
Los Reyes Católicos— <i>Historia general de España</i>	115
JUAN DONOSO CORTÉS.	
La Biblia— <i>Fragmento de un discurso académico</i>	120
De la sociedad bajo el imperio de la Iglesia Católica— <i>Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo</i>	125
JAIME BALMES.	
Conocimiento adquirido por el testimonio inmediato de los sentidos— <i>El Criterio</i>	128
El Protestantismo comparado con el Catolicismo en sus relaciones con la civilización europea.....	133
Id. id. id.	135
NICOMEDES PASTOR DÍAZ.	
De Villahermosa á la China.....	140
Id. id.	144

De Villahermosa á la China.....	149
Id. id.	157
JUAN EUGENIO DE HARTZENBUSCH.	
La hermosura por castigo.....	161
SEVERO CATALINA.	
La Maternidad.....	170
GUSTAVO A. BÉCQUER.	
Desde mi celda	177
Las hojas secas	182
JOSÉ AMADOR DE LOS RÍOS.	
Historia social, política y religiosa de los judíos de España y Portugal.....	186
Id. id. id.	188
Id. id. id.	192
JOSÉ SELGAS.	
El Crédito.....	194
PEDRO FELIPE MONLAU.	
¿Cuándo está fijado un idioma?	200
JOSÉ COLL Y VEHÍ.	
Representación del movimiento en el arte— <i>Diálogos literarios</i> ..	202
FRANCISCO DE P. CANALEJAS.	
Del carácter de las pasiones en la tragedia y en el drama....	211
MANUEL DE LA REVILLA.	
El naturalismo en el arte.	215
Id. id.	218
Adelardo López de Ayala.....	220
ANTONIO DE TRUENBA.	
El Gabán y la Chaqueta.....	222
LUIS FERNÁNDEZ—GUERRA Y ORBE.	
Los tres maldicientes— <i>D. Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza</i>	226
AURELIANO FERNÁNDEZ—GUERRA Y ORBE.	
Reflexiones.....	228

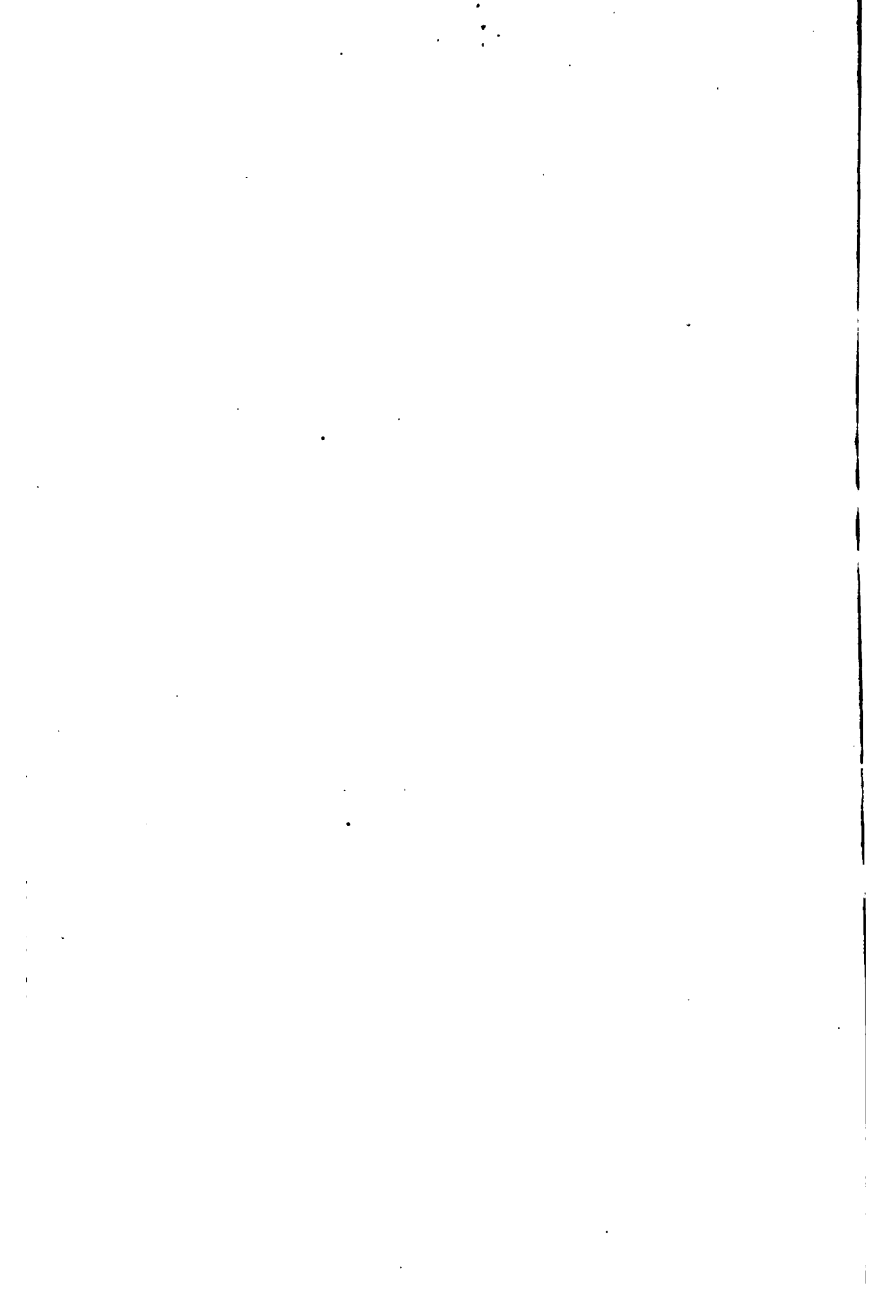
	<u>Páginas.</u>
PEDRO A. DE ALARCÓN.	
La noche buena del poeta— <i>Cosas que fueron</i>	230
MANUEL MILÁ Y FONTANALS.	
La poesía— <i>Compendio del arte poética</i>	234
EL MARQUÉS DE PIDAL.	
La nobleza de Aragón— <i>Historia de las alteraciones de Aragón</i> ..	238
EMILIO CASTELAR.	
La civilización en los cinco primeros siglos del Cristianismo...	240
España— <i>Del Discurso de recepción en la Academia Española</i>	244
ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO.	
Carlos V.....	251
JOSÉ DE CASTRO Y SERRANO.	
La educación de la mujer— <i>Cartas trascendentales</i>	255
JUAN VALERA.	
Asclepigenia.....	257
Carta de D. Luis á su tío— <i>Pepita Jiménez</i>	259
Carta de D. Luis á su tío— <i>Pepita Jiménez</i>	262
Pepita Jiménez.....	265
Del discurso de recepción en la Academia Española.....	269
JOSÉ MARÍA DE PEREDA.	
El fin de una raza— <i>Esbozos y rasguños</i>	272
La derrota— <i>El Sabor de la Tierrauca</i>	275
Entreacto ruidoso— <i>El Sabor de la Tierrauca</i>	278
Pedro Sánchez.....	282
BENITO PÉREZ GALDÓS.	
Bailén— <i>Episodios nacionales</i>	284
Naufragio del «Plantagenet»— <i>Gloria</i>	287
ARMANDO PALACIO VALDÉS.	
El idilio de un enfermo.....	291
LEOPOLDO ALAS.	
La crítica y los críticos— <i>Á Jerónimo—Solos de clarín</i>	295
EMILIA PARDO BAZÁN.	
San Francisco de Asís.....	299
Id. id.	303

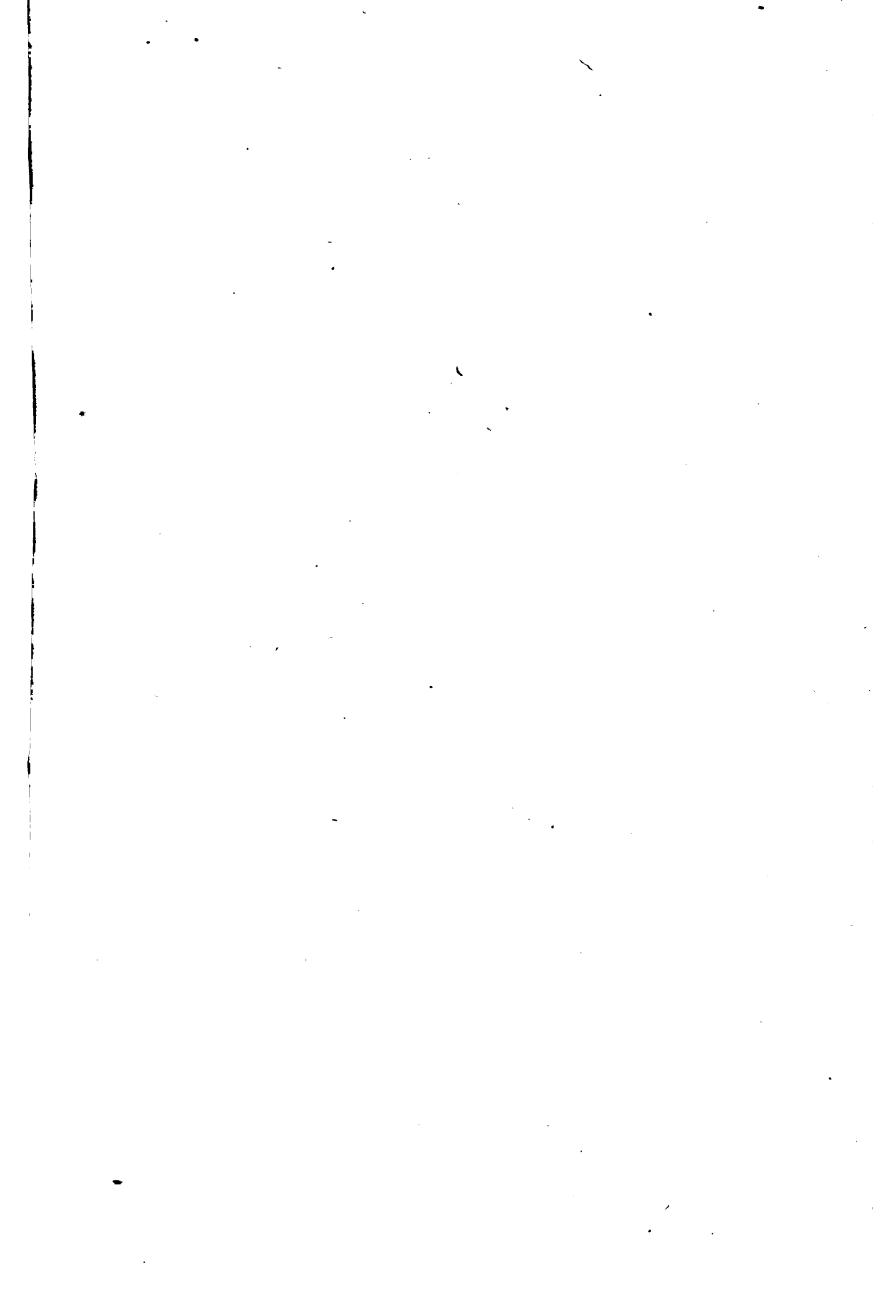
MIGUEL MIR.	
La materia y el espíritu— <i>Armonía entre la ciencia y la fe</i>	306
MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO.	
De la Historia considerada como obra artística— <i>Del Discurso de entrada en la Real Academia de la Historia</i>	309
Francisco Martínez de la Rosa— <i>Estudios de crítica literaria</i>	319
ANDRÉS BELLO (Venezolano).	
Del estudio de las ciencias exactas y naturales.....	322
Pensamientos— <i>Del discurso en la instalación de la Universidad de Chile</i>	325
Iniciativa americana en el estudio de las ciencias y las letras— <i>Memoria de la Universidad de Chile</i>	327
CECILIO ACOSTA (Venezolano).	
Las letras— <i>Discurso</i>	330
RAFAEL MARÍA BARALT Y RAMÓN DÍAZ (Venezolanos).	
Bolívar y Miranda— <i>Resumen de la historia de Venezuela</i>	333
LUÍS DE LA ROSA (Mejicano).	
El bosque de Chapultepec.....	337
MANUEL PAYNO (Mejicano).	
Allende.....	340
ENRIQUE PIÑEYRO (Cubano).	
Madame Roland— <i>Estudios y conferencias de historia y literatura</i>	345
A. SUÁREZ Y ROMERO (Cubano).	
El guardiero.....	347
JOSÉ MARÍA SAMPER (Colombiano).	
Bosque tropical— <i>Martin Flores</i>	351
RUFINO JOSÉ CUEBVO (Colombiano).	
Unidad del castellano en América— <i>Apuntaciones sobre el lenguaje bogotano</i>	357
JORGE ISAACS (Colombiano).	
María.....	359
MIGUEL ANTONIO CARO (Colombiano).	
Poesías de Andrés Bello.....	362

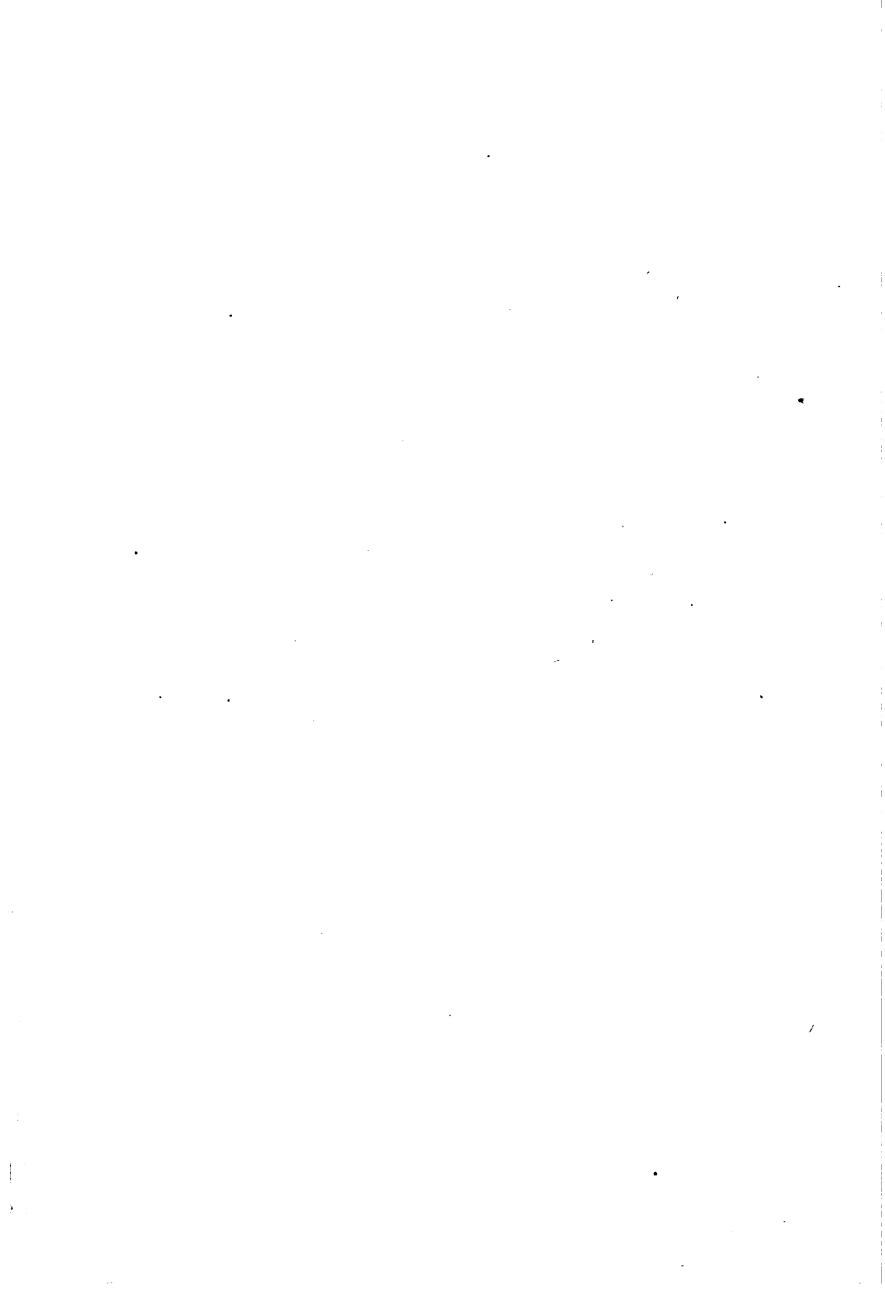
	<u>Páginas.</u>
MANUEL VILLAVICENCIO (Ecuatoriano).	
El Cotopaxi	369
FELIPE PARDO Y ALIAGA (Peruano).	
Un viaje.....	371
JUAN DE ARONA (Peruano).	
El Estrecho de Magallanes.....	375
RICARDO PALMA (Peruano).	
Los Apóstoles y la Magdalena— <i>Historieta tradicional</i>	378
SANTIAGO V. GUZMÁN (Boliviano):	
El Río Grande.....	381
BENJAMÍN VICUÑA MACKENNA (Chileno).	
La Serena.....	382
DIEGO BARROS ARANA (Chileno).	
El paso de los Andes	385
MARCOS SASTRE (Uruguayo).	
La Calandria— <i>El Tempe argentino</i>	387
Á la caída de la tarde— <i>El Tempe argentino</i>	390
GREGORIO FUNES (Argentino).	
Revolución del Perú— <i>Ensayo de la historia civil de Buenos Aires, Tucumán y Paraguay</i>	394
ESTEBAN ECHEVERRÍA (Argentino).	
Cartas á un amigo.....	397
JUAN MARÍA GUTIÉRREZ (Argentino).	
La poesía.....	400
FÉLIX FRÍAS (Argentino).	
Las ruinas de Mendoza.....	403
MAMERTO ESQUITÚ (Argentino).	
Sabiduría é ignorancia del hombre— <i>Del Sermón con motivo de la reforma de la Constitución de la Provincia de Catamarca</i>	407
DOMINGO F. SARMIENTO (Argentino).	
Pasado y Porvenir— <i>Facundo, ó Civilización y Barbarie</i>	410
El hogar paterno— <i>Recuerdos de Provincia</i>	411

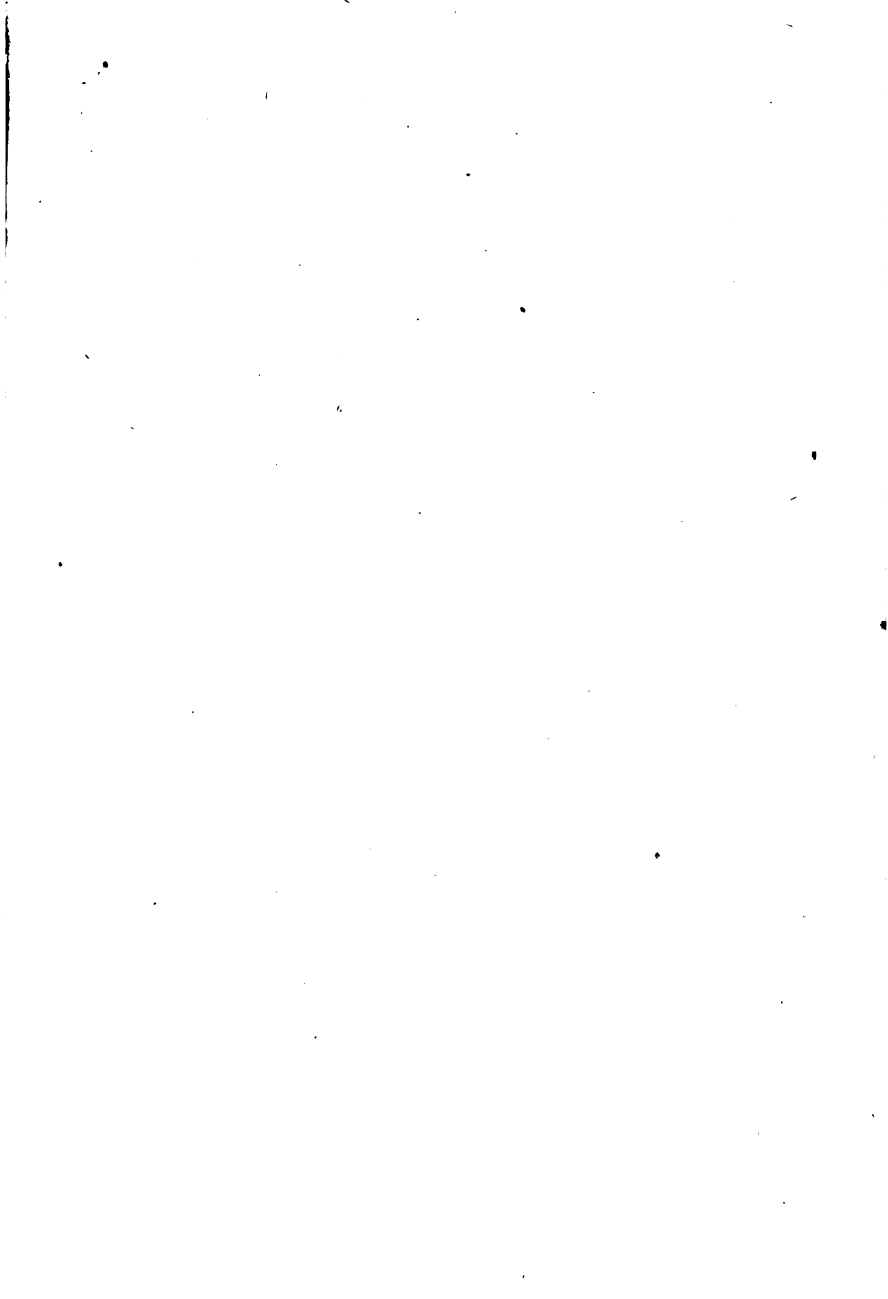
ANDRÉS LAMAS (Uruguayo).	
Literatura nacional— <i>Prólogo á las poesías de Adolfo Berro</i>	417
VICENTE FIDEL LÓPEZ (Argentino).	
El año XX.....	421
CARLOS GUIDO SPANO (Argentino).	
Carta confidencial á un amigo que comete la indiscreción de publicarla— <i>Ráfagas</i>	426
EDUARDO WILDE (Argentino).	
La lluvia.....	431
NICOLÁS AVELLANEDA (Argentino).	
Tucumán— <i>Del Discurso en la inauguración del ferro-carril Central del Norte</i>	439
JOSÉ MANUEL ESTRADA (Argentino).	
El doctrinarismo argentino— <i>De la Conferencia dada á los alumnos del Colegio Nacional de Buenos Aires, el 24 de Mayo de 1879.</i>	441
El Patriotismo— <i>Del Discurso dirigido á los alumnos del Colegio Nacional de Buenos Aires, en la noche del 23 de Mayo de 1883.</i>	444
SANTIAGO ESTRADA (Argentino).	
La quena	452
PEDRO GOYENA (Argentino).	
Félix Frías	454

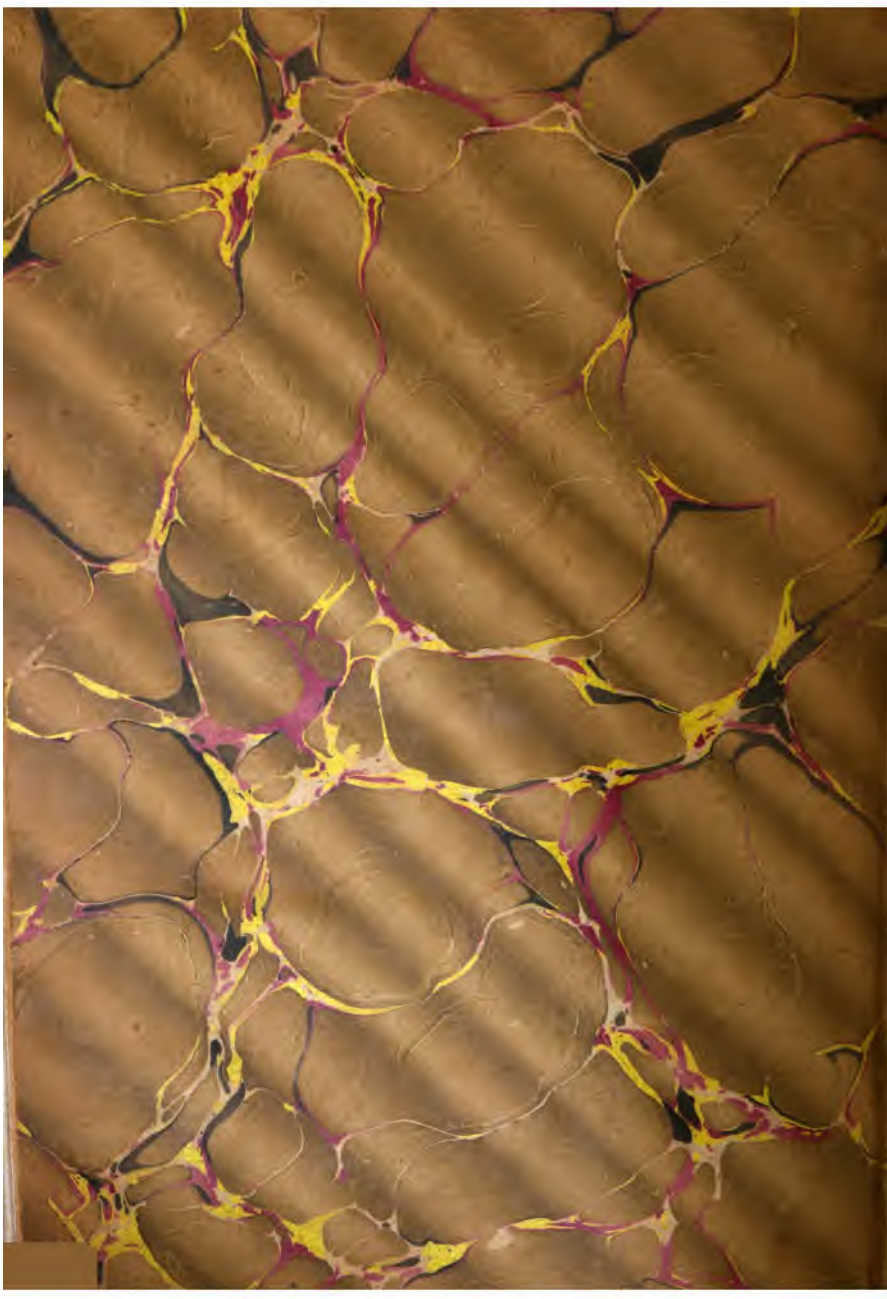


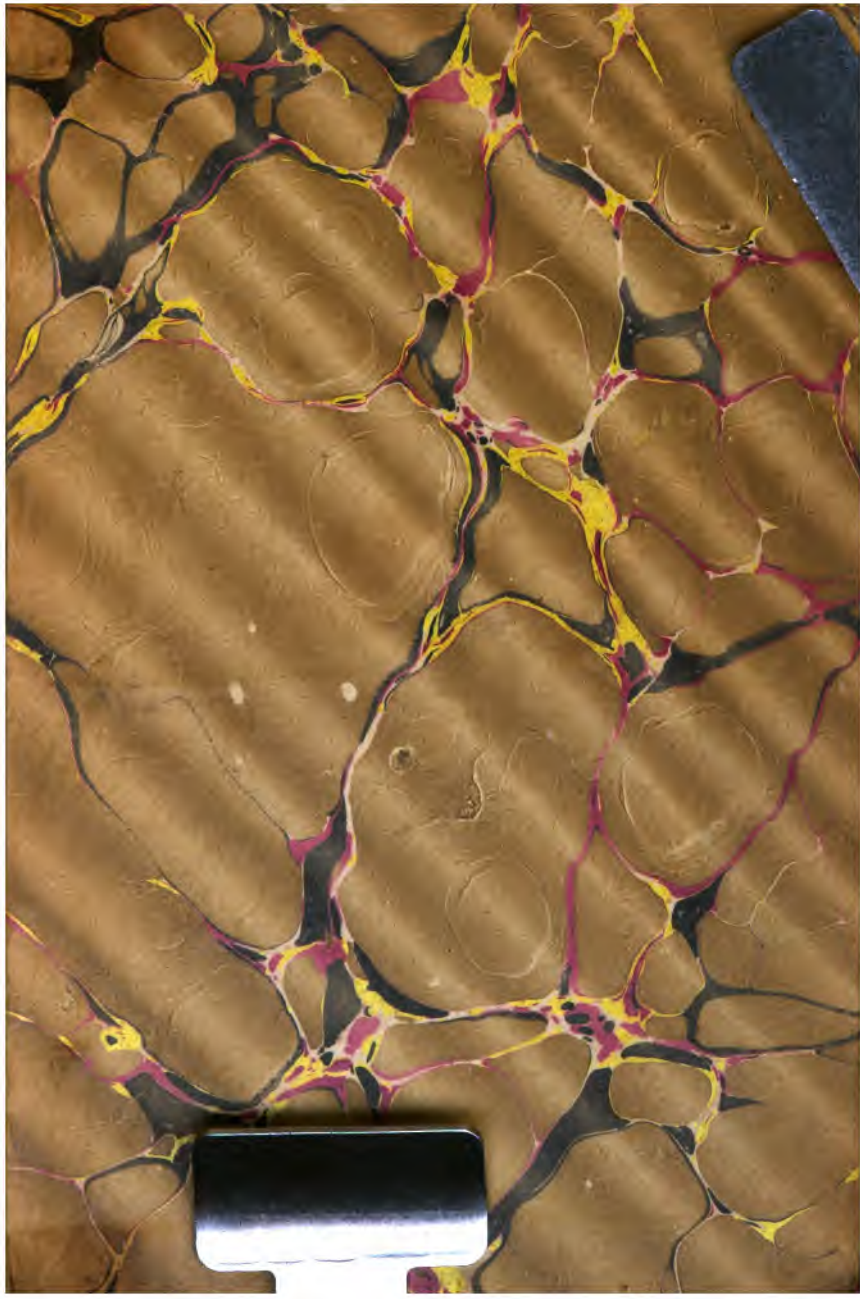












UNIVERSITY OF TEXAS AT AUSTIN - UNIV LIBS



3024426996

0 5917 3024426996